
PIETRO
EL DON DE LA MAFIA
HEREDEROS ZAMPIERI - 1
CECÍLIA TURNER



EL DON DE LA MAFIA

HEREDEROS ZAMPIERI - 1

CECÍLIA TURNER

1.ª edición
2026

Copyright© 2026 Cecília Turner
Revisión: Barbara Pinheiro
Diseño de portada: Lilly Design
Maquetación: Cecília Turner
Asesoramiento: Ariel @arielassessoria

Esta es una obra de ficción. Su objetivo es entretener al lector. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son fruto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con nombres, fechas y acontecimientos reales es pura coincidencia.

Esta obra sigue las normas de la Nueva Ortografía de la Lengua Portuguesa.

Todos los derechos reservados. Queda prohibido el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio —tangible o intangible—, sin el consentimiento por escrito de la autora.

Creado en Brasil.

La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la ley n.º 9.610/98 y castigado por el artículo 184 del Código Penal .

DEDICATORIA



Para ti, que viste nacer a Pietro Zampieri…
Descubre que se ha convertido en un *hombre tan guapo* que te encantaría que fuera tuyo.

SINOPSIS



« Ustedes son el futuro de la organización, de esta famiglia, cada uno de ustedes. Manténganse unidos, protejan y cuiden unos de otros. Famiglia para siempre.—Matteo Zampieri

Pietro Zampieri es el nuevo *Don* de la Sacra Siena Organizzata; junto con su hermano y sus primos, dominan la Toscana, cuentan con poderosos aliados y enemigos más que interesados en ver cómo se derrumba su imperio.

Es un hombre inteligente, práctico e implacable, hecho para liderar, entrenado para matar y dispuesto a sacrificarse para proteger a quienes ama y honrar a la familia.

Aprendió desde muy joven que la paz en el mundo en el que viven no es una realidad, por eso, cuando se avecina una guerra, no duda: negocia una alianza con el *Don* de la mafia rival.

Se suponía que iba a ser una reunión de negocios, un contrato sin sentimientos, solo por interés, pero bastó con que oyera la voz de la hija de su rival para que todo cambiara.

Elena Del Vecchio es la hija menor del *Don* de Civitavecchia, pero, al contrario de lo que muchos piensan, no es la niña de los ojos de su padre, nunca lo ha sido.

Su padre la odia.

Ella y su hermana no significan nada para él, salvo mercancías con las que negociar en un futuro próximo.

El futuro ha llegado, y la idea de ver cómo entregan a su hermana a alguien le asusta más que su propio destino.

Por eso, cuando el *Don* de la mafia rival le da a elegir, ni siquiera tiene que pensárselo: *lo elige a él*, no por amor, sino para proteger a su hermana.

Su vida y sus decisiones nunca le habían pertenecido; al final, solo pasaría de un monstruo a otro.

Su lado racional le dice que, por muy guapo que sea, o por mucho que sus ojos verdes parezcan ver a través de ella, debe de ser un monstruo igual que su padre y sus hermanos, igual que todo lo que ella siempre ha conocido.

Pero cuanto más lo conoce, más la sorprende, la conquista, debilita las barreras que ella ha levantado a su alrededor, y resistirse a su futuro marido resultará más difícil de lo que había imaginado.

.

Él le dio una alternativa.
Ella lo eligió para proteger a su hermana.
Él la quiere como nunca ha querido a nadie.
Puede que ella sea incluso la hija del enemigo…
Pero él la quiere para sí, y no solo por conveniencia.
Quiere ser su verdadera elección…



Este es el primer libro de la segunda generación de los ZAMPIERI, y si no conoces la primera, deja todo lo que estés haciendo y ve a conocer a MATTEO, VINCENZO y CHIARA, que también están disponibles en Amazon.

Créeme, así disfrutarás más de la lectura.

Al igual que los primeros libros, este **NO** es un romance oscuro, sino un romance picante ambientado en la mafia. Si esperas ver escenas de abuso *extremo* o detalles operativos de la mafia, te recomiendo que lo dejes ahora mismo.

Aquí la atención se centra en la pareja y en el desarrollo de su relación, por supuesto con una pizca de acción y misterio.

Este libro contiene escenas de duelo, abuso verbal, violencia, uso habitual de palabrotas y sexo explícito.

<u>No recomendado para menores de 18 años.</u>

Quiero destacar que la historia se ha escrito tras una exhaustiva investigación sobre la mafia italiana; sin embargo, he optado por crear mi propia mafia, con sede en la provincia de Siena, en la región de la Toscana (Italia).

Si, a pesar de todo, sigues aquí, espero que te diviertas tanto como yo me divertí escribiéndola.

¡Un beso muy fuerte, Cecília!



Como siempre, muchas canciones han acompañado esta historia…

Y algunas encajaron a la perfección… ¡ME ENCANTA!

¿Te ha picado la curiosidad?

Abre Spotify en tu móvil, haz clic en «buscar» y, a continuación, en la cámara.

¡Solo tienes que apuntar con la cámara al código que aparece a continuación y darle a «Me gusta»!

JERARQUÍA

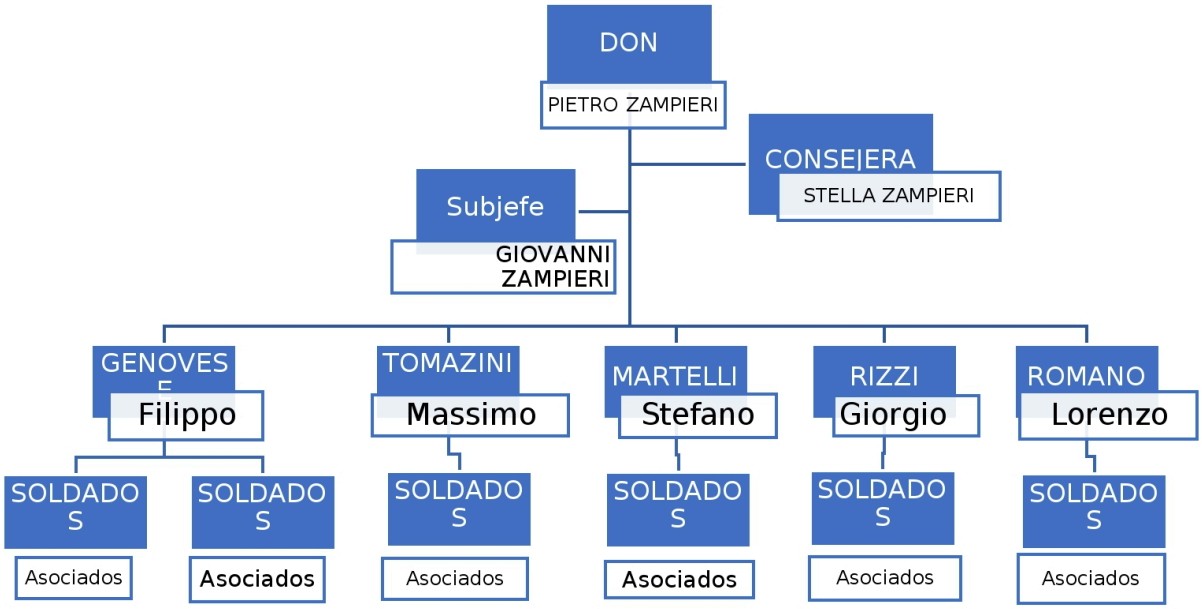
Sacra Siena Organizzata

Sacra: proviene de «sagrada», porque cuando un nuevo miembro se afilia a la organización, este es «bautizado» o «consagrado» en una ceremonia religiosa que culmina con un ritual de iniciación, en el que cada nuevo miembro jura lealtad a la organización y mata a un traidor.

Siena: provincia donde, hace décadas, se fundó la organización y se reunieron las familias. Es la sede donde reside «il capo del capi», el jefe de los jefes, en este caso, el Don de la Famiglia Zampieri.

Organizzata: solo con organización y consenso en intereses y valores serán unidos y fuertes. Cada parte de la organización es esencial para el funcionamiento de la famiglia, al igual que cada engranaje de un motor.

La SSO se divide en seis familias autónomas en su propia zona, pero obligadas a respetar los intereses comunes de todos y a transferir parte de los ingresos al Don de la Famiglia Zampieri.



Los *jefes* de cada provincia se reúnen anualmente en un consejo denominado «*Sacro* Consiglio», ocasión en la que se debaten temas de interés general para la organización y, en particular, la elección y el nombramiento del *Don*, en caso de fallecimiento del anterior sin que haya dejado un heredero legítimo. En caso de fallecimiento y si hay un heredero, este será el sucesor legítimo en la administración de la SSO.

Dentro del consejo, la figura con mayor poder es siempre el *Don*, de modo que, aunque el consejo delibere en un sentido determinado, la decisión final sobre el rumbo de los negocios de *la famiglia* recae siempre *en* él, *el Don*.

La economía de la SSO se basa principalmente en el tráfico de drogas, el fraude en la contratación pública y el tráfico de armas. Los beneficios generados por las actividades delictivas se reinvierten con frecuencia en empresas comerciales y legales, como constructoras, cadenas hoteleras y restaurantes, entre otras actividades.

Está presente en toda Sudamérica, destacando sus operaciones en Brasil, Paraguay, Colombia y Bolivia.

10 000 millones de euros al año con el tráfico de drogas;

3.5 mil millones de euros con delitos relacionados con el mundo empresarial (contratos amañados, blanqueo de dinero, etc.);

4 000 millones de euros con el tráfico de armas;

492 millones de euros con la usura.

TERRITORIO DE LA SSO

Mapa de las Provincias



Las Provincias de Massa-Carrara y Lucca: *Responsable Capo Genovese.*

Provincia de Arezzo y Florencia: *Responsable, Capo Tomazini.*
Provincia de Livorno y Grosseto: *Responsable, Capo Martelli.*
Provincia de Pistoia y Prato: *Responsable, Capo Rizzi.*
Provincia de Pisa y las islas del archipiélago toscano: *Responsable Capo Romano.*
La provincia de Siena está a cargo de *la familia Zampieri*



ÍNDICE

DEDICATORIA

SINOPSIS

NOTA DE LA AUTORA

LISTA DE REPRODUCCIÓN

PRÓLOGO 1 - PIETRO

PRÓLOGO 2 - ELENA

CAPÍTULO 1 - PIETRO

CAPÍTULO 2 - ELENA

CAPÍTULO 3 - PIETRO

CAPÍTULO 4 - ELENA

CAPÍTULO 5 - PIETRO

CAPÍTULO 6 - ELENA

CAPÍTULO 7 - PIETRO

CAPÍTULO 8 - ELENA

CAPÍTULO 9 - PIETRO

CAPÍTULO 10 - ELENA

CAPÍTULO 11 - PIETRO

CAPÍTULO 12 - ELENA

CAPÍTULO 13 - PIETRO

CAPÍTULO 14 - ELENA

CAPÍTULO 15 - PIETRO

CAPÍTULO 16 - ELENA

CAPÍTULO 17 - ELENA

CAPÍTULO 18 - PIETRO

CAPÍTULO 19 - ELENA

CAPÍTULO 20 - PIETRO

CAPÍTULO 21 - ELENA

CAPÍTULO 22 - PIETRO

CAPÍTULO 23 - ELENA

CAPÍTULO 24 - PIETRO

CAPÍTULO 25 - ELENA

CAPÍTULO 26 - PIETRO

CAPÍTULO 27 - ELENA

CAPÍTULO 28 - PIETRO

CAPÍTULO 29 - ELENA

CAPÍTULO 30 - PIETRO

CAPÍTULO 31 - ELENA

CAPÍTULO 32 - PIETRO

CAPÍTULO 33 - ELENA

CAPÍTULO 34 - PIETRO

CAPÍTULO 35 - ELENA

CAPÍTULO 36 - PIETRO

CAPÍTULO 37 - ELENA

CAPÍTULO 38 - PIETRO

CAPÍTULO 39 - ELENA

CAPÍTULO 40 - DONATELLA

CAPÍTULO 41 - ELENA

CAPÍTULO 42 - PIETRO

CAPÍTULO 43 - PIETRO

CAPÍTULO 44 - ELENA

CAPÍTULO 45 - ROMEO

CAPÍTULO 46 - PIETRO

CAPÍTULO 47 - ELENA

EPÍLOGO - ELENA

UN ADELANTO DE LO QUE TE ESPERA EN:



Bad to the bone – George Thorogood & The Destroyers

2045 - 20 años

El ruido en los jardines es otra señal de que *mamá* está animada en la planta baja, supervisándolo todo con mirada de águila.

Le dije que no quería nada, pero ella simplemente me ignoró.

Algo sobre que no todos los días se cumplen veinte años.

Sonreí, aunque sabía que es lo que dice todos los años, y ni se imagina que me siento mucho mayor.

— Joder… —murmuro, apartando la cortina solo para confirmar que hay decenas de hombres trabajando en los últimos detalles de la decoración.

Respiro hondo, consciente de que no puedo quejarme.

No tuve una infancia difícil.

No como la mayoría de los niños nacidos en nuestro entorno, con padres ausentes o, cuando están presentes, abusivos. Hijos

tratados como una mercancía, un activo que se negocia en el momento adecuado, a menudo incluso antes de nacer.

En absoluto.

Aquí tengo una familia unida, que se quiere, que se cuida, pero, aun así, el peso de ser el próximo *Don*, el responsable de mantener en marcha a la Sacra y todo lo que representa, no es ligero.

No lo es.

Es una carga: la mía.

Mi responsabilidad.

Mi padre intentó darme una infancia lo más normal posible, dentro de las limitaciones que supone formar parte de una de las mayores organizaciones criminales de Italia, con enemigos repartidos no solo por todo el país, sino por todos los continentes.

Por suerte, aunque tengamos muchos enemigos, tampoco nos faltan aliados.

Pero basta ya de pensar en eso.

Hoy no.

Mi padre está más que bien y seguramente seguirá al mando de la Sacra durante muchos años más y, por lo que a mí respecta, aún pasarán años antes de que yo tome el relevo.

Hasta entonces, seguiré ayudando a mi padre y a mis tíos en el día a día de las operaciones y formándome cada vez más para que, cuando llegue el momento, esté preparado.

No hay otra opción.

Pero mientras no llegue ese día, mientras no tenga la responsabilidad de ser el líder, de proteger todo lo que representa la *familia*, además de, claro, casarme y tener al próximo heredero, pienso divertirme, lo cual no debería ser complicado, teniendo en cuenta que Roman está de camino, al igual que Romeo.

Estoy seguro de que esos dos críos, además de mi hermanito, están haciendo planes para después de la fiesta, y ni siquiera tengo que esforzarme: sé que acabarán en una de nuestras discotecas, con nosotros cuatro disfrutando de un coño caliente y más que dispuesto a un polvo duro, fuerte y sin compromiso.

Sí, el día promete.

Si lo pienso bien, *tanto* el día *como la noche*.

No puedo contener la sonrisa, porque si hay algo que nos gusta es una buena juerga, pero ahora no es momento de pensar en lo que vendrá después de la fiesta, sino en la celebración que me espera: *en familia.*

Estarán todos aquí, reunidos.

No podría ser de otra manera.

Si vamos a celebrar una fiesta, está claro que mi amigo y futuro *Pakan* de la Bratva estaría aquí. Por mucho que el muy cabrón se queje diciendo lo contrario, al fin y al cabo, él también es de la familia. Crecí con la presencia constante de mi «tío» Dimitri, el Demonio Ruso, en casa; me harté de presenciar las conversaciones y bromas entre él y mi tío Enzo[1] , el Diablo de Sacra; sí, en la familia solo hay apodos suaves, mejor ni entrar en ese tema, créeme.

El caso es que, por muy loco que le parezca a alguien de fuera, no somos solo socios comerciales, los lazos son profundos, estamos aquí para ellos, al igual que sabemos que ellos están ahí para nosotros, y así ha sido desde que tengo uso de razón.

Pero volviendo al día de hoy y a la «pequeña» fiesta que la señora Giulia ha organizado, en contra de mi voluntad, da la sensación de que, con cada cumpleaños, ellas —es decir: *mamá*, la tía Isa y la tía Chiara[2] — intentan superarse unas a otras a ver quién organiza un evento más rápido y mejor; es casi como una competición descabellada solo entre ellas.

Mi padre, mis tíos y mis primos… nosotros solo disfrutamos.

¿Y la *nonna*? Ah, ella solo observa y se ríe, para, al final, decir lo que habría hecho de otra manera, para deleite de ellas.

Las locuras de la mejor familia: la mía.

Sonriendo, me alejo de la ventana y miro a mi alrededor: todo está impecable.

Limpio y ordenado.

Cada objeto en su sitio.

Sí, soy metódico y me gustan las cosas a mi manera, y me duele saber que, en cuestión de minutos, todo será un caos.

Sí, porque Roman y la tranquilidad no pueden coexistir en el mismo ambiente.

Él trae consigo el caos y la diversión, y voy a centrarme en esta última parte; de lo contrario, el dolor de cabeza llegará antes de tiempo.

Un golpe en la puerta me devuelve al presente.

—Adelante —digo bruscamente, imaginándome cualquier cosa menos que sea ese maldito.

—¿Puedo saber por qué el cumpleañero está escondido aquí, joder? —exclama Roman en cuanto abre la puerta de par en par y no puedo contener la sonrisa.

— Ni de coña. Si llegas antes de la hora acordada, joder, va a llover, tengo que avisar a *mamá*.

— Ya me ha visto, idiota, y quizá haya pedido que pongan unas carpas más en los jardines. — Te guiña un ojo. — Ya sabes, solo por si acaso.

— Con discreción, señora Giulia.

— ¡Siempre!

Me echo a reír y me acerco a él, chocando mi mano contra la suya y tirando de él para darle un abrazo.

—Me alegro de verte, R —exclamo, al fijarme en el hombre que está de pie en la puerta.

El tatuador.

—Lo mismo digo, P. ¿Qué tal, lista para añadir un poco más de tinta? —Arquea una ceja, apartándose y mirando hacia el chico que hasta ahora no ha abierto la boca—. Pietro, te presento a Alexei, este cabrón hace magia con la aguja —bromea, y el ruso, que incluso tiene la cara tatuada, se limita a saludar con la mano.

—Alexei —saludo, volviendo mi atención hacia mi amigo—. Vamos pronto antes de que me eche para atrás.

—No te arrepentirás. ¿Será esa de ahí? —pregunta, recordando la foto que le envié al móvil hace unas semanas, y yo asiento con la cabeza.

Después de ver el trabajo de Alexei en la espalda de Roman, no tuve ninguna duda.

Joder, al contrario, me animé.

No es que pretenda ni por un solo día acercarme al nivel de mi amigo.

Ni de coña.

Roman no pierde la oportunidad de añadir más tinta a su piel; yo ya soy más selectivo, pero hay algunos tatuajes que me empeño en llevar conmigo para siempre.

Este es uno de ellos.

—Empecemos, pues, que después de ti voy a aprovechar para pedirle a Alexei que me añada unas calaveras aquí, en el brazo. —Sonreí, quitándome la camiseta solo para enseñar el brazo derecho que, a este ritmo, pronto estará completamente cubierto.

— ¿Más muertes?

— Ha sido una semana ajetreada. — Se encoge de hombros, como si no fuera gran cosa, pero yo sé que no es así. La verdad es que ese hijo de puta puede que sea el futuro *Pakhan*, pero no le importa mancharse las manos de sangre; al contrari , le encanta, y siempre que puede acompaña a los hombres de su padre en las operaciones.

Lo cual me recuerda a mi prima Martina, que tiene el mismo problema, o quizá sea incluso peor, porque a la futura torturadora de Sacra no solo le gusta sentir la sangre caliente resbalando por su mano, no, lo que realmente saborea son los gritos desgarradores de sus víctimas resonando en Chiusure, o dondequiera que esté, para completa desesperación de su madre y, por supuesto, orgullo de mi tío Enzo.

—Pietro… —La inconfundible voz de la gemela buena resuena en el pasillo, y no tarda mucho en aparecer Alessia en la puerta de la habitación, solo para detenerlo todo. —Dios… — exclama, sin saber hacia dónde mirar, si al gigante ruso con la pistola de tatuajes que ha empezado a trabajar en mi espalda, o a Roman, que está de pie en medio de la habitación, esbozando esa sonrisita pícara en su dirección.

—Rayito de sol —la provoca, guiñándole un ojo, y ella solo pone los ojos en blanco.

—¿Es que en tu país no se llevan camisetas, ruso?

— ¿Te gusta la vista? —Arquea una ceja, y no sé qué me divierte más, si él tomándole el pelo o la cara de disgusto de mi prima, mientras analiza lentamente los innumerables tatuajes que le cubren el pecho.

—En tus sueños, quizá —se burla, haciendo una mueca. — Solo tengo curiosidad —admite, dando un paso hacia él, con la mirada fija en el centro de su pecho—. Este es nuevo, ¿qué significa? —pregunta, estirando el brazo, pero antes de que consiga tocar a Roman, él se aparta y toda la broma parece haberse esfumado.

—Nada que puedas entender —replica secamente, mientras se pone la camiseta a toda prisa.

—Vaya, no hace falta que seas tan grosero. Eres tú quien va por ahí medio desnudo —refunfuña Alessia, pero es evidente que se siente incómoda—. A la mierda, ni siquiera quería saberlo —continúa, con las mejillas enrojecidas, y sé que está cabreada.

Roman tiene ese don: sacarla de quicio.

— Sí… — Alexei abre la boca, pero basta con que Roman le eche una mirada para que se calle y vuelva a centrar su atención en el instrumento de tortura que tiene en la mano.

Eso ha sido interesante.

¿Qué problema tiene con este jodido tatuaje?

—Alessia —la llamo, y sus ojos azules se encuentran con los míos.

— Lo siento, P… — Esboza una sonrisa forzada, alejándose de mi amigo y acercándose a mí. — Solo he venido a decirte que ya he hablado con Gio y Romeo.

—¿Sobre qué?

—Martina, Stella y yo vamos con vosotros a La Spiaggia —me avisa, y ni siquiera tengo tiempo de decir nada.

— Ni de coña. Vamos a buscar coños, no a hacer de niñeras.

— Venga ya, tú… — Alessia aprieta los puños y se acerca hasta quedar cara a cara con Roman.

Ya dije que el día prometía, ¿no?

— Si alguien necesita una niñera, ese eres tú, Russo, ¿te has olvidado de que eres más joven que yo?

—Es un detalle sin importancia.

— Matemáticas, si es que sabes lo que eso significa —replica, señalándome con el dedo en el pecho—. En fin, no voy a perder el tiempo intentando explicarte lo obvio —exclama, y su mirada vuelve a posarse en mí, como si esperara mi opinión.

—Estoy deseándolo —suelto, conteniéndome para no reírme, sobre todo cuando Roman simula apuñalarme en el pecho.

—Idiota —murmura ella. —Hasta luego, P —exclama, acercándose y dándome un beso en la mejilla.

—Hasta luego, Les.

—¿No me dices adiós? —Roman no puede evitarlo, pero ella ni siquiera se gira para responder, solo levanta el dedo corazón mientras se dirige de nuevo hacia la puerta.

— Eres un auténtico cretino, en serio.

— ¿Qué puedo decir? Tu prima siempre consigue sacar lo mejor de mí.

—Algún día te arrepentirás. Ya verás cuando ella pierda la paciencia contigo.

—¿Y qué va a hacer? Si fuera Martina, hasta estaría preocupado, esa tiene una puntería del infierno; pero con Alessia, mi única preocupación es que me dé con una caja de bombones. —Me río y, joder, no consigo ponerme serio.

— Solo te diré una cosa: todo lo que ella haga por ti…

— ¿Qué?

— ¡Es poco!

— Joder, pensaba que éramos amigos.

— Precisamente por eso te lo estoy avisando con antelación.

—Ya he terminado aquí —dice Alexei, que desde aquel momento tan extraño se había quedado callado y había seguido trabajando.

— ¿Ya? —pregunta Roman, acercándose y estirándose para ver el resultado. — Joder, ha quedado de puta madre.

Me levanto y me acerco al espejo que hay en una de las paredes de la habitación, y cuando veo el resultado, no podría estar más de acuerdo con mi amigo.

La piel todavía está enrojecida, pero, aun así, se pueden ver con claridad las palabras que ahora llevo en medio de la espalda:



LEALTAD, HONOR y VALENTÍA. Cualidades y valores que quiero llevar siempre conmigo: ser leal, honorable y valiente.

— ¿Qué tal? —pregunta Roman observándome con atención.

—Nos veremos otras veces, Alexei.

—Sabía que te iba a gustar —dice emocionado, quitándose de nuevo la camiseta—. Me toca a mí —anuncia, preparándose para añadir más calaveras en el brazo, y yo, claro, no dejo pasar la oportunidad.

— Sobre el tatuaje —señalo su pecho—, ¿quieres explicarme qué era eso? —le pregunto, sin apartar la mirada de la suya, y es raro ver a Roman quedarse bloqueado o no tener una respuesta rápida.

— Créeme, es mejor que no lo sepas —suspira, dejando claro que es un límite, incluso para mí, lo que significa que este puto dibujo es más importante de lo que él quiere admitir.

— Si tú lo dices… —asiento con la cabeza, consciente de que el muy cabrón sabe que, si quiere, puede hablar conmigo.

—Lo digo —exclama, sin vacilar, dando por zanjado el tema, y todo está bien.

Somos amigos, pero eso no significa que compartamos todos nuestros secretos y demonios. Ni de coña, hay cosas que cada uno de nosotros guarda y oculta lo mejor que puede.

—¿Listo para la fiesta y lo que venga después? —pregunta, cambiando de tema, y yo podría responderle la verdad, que no me podría importar menos, pero opto por el camino más fácil.

—Siempre —respondo, esbozando una sonrisa.

Como he dicho: cada uno oculta, o lo intenta…

Porque las preocupaciones, las inseguridades, el miedo… por mucho que intentes ahogarlos, siempre encuentran la manera de salir a la luz, tarde o temprano.

Pero que sea tarde.

Hoy no.

Ni hablar.



Skyscraper – Demi Lovato

2043 – 9 años

No sé cuánto tiempo llevamos aquí encerradas en nuestra habitación, escribiendo y escribiendo en este estúpido cuaderno.

Asegurándonos de que nuestra letra quede bonita y elegante.

De una dama.

—Esto es ridículo —murmuro, y veo a Dona levantar la vista hacia mí, sin dejar de escribir.

—Sigue, solo sigue —susurra, sabiendo que enseguida nuestra tutora volverá con alguna otra tarea estúpida.

Siempre es así.

No vamos al colegio como los demás niños.

No.

Tenemos clases particulares en casa, es más seguro.

Eso es lo que entendí.

Lo que no entiendo es por qué no tenemos clases con los mismos profesores que los gemelos.

Somos cuatro, pero a veces parece que solo ellos existen.

Casi siempre, si soy sincera.

Donatella —o Dona, como yo la llamo— es la mayor, con 11 años, y es la persona más increíble y cariñosa que conozco, siempre

preocupada por los demás, aunque eso le meta en líos.

Es la que lleva más tiempo aguantando las maldades de *papá*.

Sí.

Porque, después, llegué yo, otra niña para empeorar la situación, y entonces, lo que ya estaba mal se puso aún peor.

Yo era muy pequeña, no recuerdo nada, pero las empleadas hablan y yo siempre las escucho a escondidas; es una de mis habilidades: pasar desapercibida y obtener información. Así fue como supe que *papá* apenas esperó a que *mamá* se recuperara de mi nacimiento y ya se aseguró de que volviera a quedarse embarazada. Estaba desesperado por tener un heredero, un hombre, alguien que perpetuara el nombre de la familia, alguien digno, no dos *mujeres inútiles*.

Cuando oí esa palabra, sentí curiosidad y tuve que buscarla en el diccionario y, claro, lloré al descubrir su significado.

En fin, eso no importa.

Me gusta pensar que, al menos, *mamá* se alegró al saber que por fin había conseguido cumplir su deseo y que no solo había llegado un niño, sino dos, los gemelos: Fabrizzio y Federico.

Es una pena que no viviera lo suficiente para conocerlos, para criarlos como creo que lo habría hecho, con amor… igual que Dona cuida de mí; no, por desgracia se fue ese mismo día.

Ellos llegaron y la perdimos.

Tiziano Del Vecchio consiguió lo que quería, sus hijos varones, y Dona y yo perdimos todo lo que teníamos allí, a nuestra madre, porque de padre… nunca tuvimos.

—No puedo más. —Tiro el lápiz sobre la mesa y me levanto, dirigiéndome a la diminuta ventana del ático.

Sí, nuestra habitación está aquí.

Lejos de la habitación de *papá* y de nuestros hermanos, y no te equivoques, la casa es enorme, con innumerables habitaciones en la planta baja, pero a él le gusta mantenernos escondidas aquí.

Es casi como si quisiera olvidarse de nuestra existencia

— Lena… — Mi hermana se levanta, y sé que está tan frustrada como yo, solo que lo disimula mejor.

—Tengo que hacer algo, lo que sea —susurro, viendo a mis hermanos divirtiéndose ahí fuera, en el jardín.

Siento un enorme opresión en el pecho.

Es casi asfixiante.

Ya te he dicho que no tenemos clases con los mismos profesores que los gemelos, ¿verdad?

Los suyos son diferentes, mejores.

Y sí, yo también he oído eso.

No de los empleados, sino del jefe…

Para él, no tiene sentido malgastar recursos con nosotras, no cuando solo somos mujeres.

¿Por qué?

¿Por qué todo lo mejor es para los chicos?

¿Por qué no estudamos todos juntos? ¿Por qué tenemos que quedarnos en el ático? ¿Por qué no podemos jugar fuera?

Son tantas preguntas.

Tantas.

Si él supiera lo difícil que es hacer algo divertido aquí dentro...

No se permite hacer ruido, ni correr tampoco.

—Ya sé… —digo, y noto la mirada de Dona sobre mí.

— ¿Qué?

— Vamos a jugar al escondite —exclamo, sin disimular mi entusiasmo.

— Tenemos que terminar el ejercicio.

— Ya lo terminaremos después.

— Lena…

— Solo un momentito, por favor. — La miro a sus ojos de un azul tan claro, tan bonitos, y sé que la he convencido cuando veo cómo se dibuja una sonrisa en su rostro.

— Vale, pero solo unos minutitos.

— ¡Genial! —exclamo, aplaudiendo, pero me detengo, por miedo a que alguien nos oiga.

— Ay… — Se ríe. — Vale, tú te escondes primero. Solo vale en la planta baja, no podemos…

— Ya lo sé, que nos descubran o que hagamos ruido.

Ella asiente y, con cuidado, abro la puerta, asegurándome de que no hay nadie fuera, ni cerca de las escaleras que llevan a la planta de las habitaciones.

A estas horas, *papá* está en su despacho y nuestros hermanos están fuera, es seguro.

—Sin mirar a escondidas, ¿vale? Cuenta hasta cincuenta —le digo y, con una sonrisa en los labios, cierro la puerta detrás de mí.

Me dan ganas de correr y esconderme detrás de alguna puerta, pero no puedo; todos mis pasos deben estar calculados, cada movimiento, preciso.

Como ya me imaginaba, no hay nadie allí.

Todo está despejado.

Miro a mi alrededor, buscando un buen sitio.

Miro las puertas cerradas y ni se me pasa por la cabeza entrar en la habitación de *papá* o de los chicos; solo Dios sabe qué asquerosidades me voy a encontrar.

Mis hermanos no paran de traer ranas y animales muertos a su habitación, y eso cuando no dejan alguno de ellos en la puerta de nuestra habitación para asustarnos.

No es que a mí me asuste, pero a Dona le da un miedo de muerte.

No me dan miedo los animales muertos, pero las lagartijas… eso es algo que no puedo controlar.

No sé cómo explicarlo.

Ni siquiera dan tanto miedo, pero solo de pensar en esa piel blanca y fría rozando la mía, me dan ganas de gritar y salir corriendo muy lejos.

Esta es mi debilidad: las lagartijas.

Vuelvo al presente y sé que se me acaba el tiempo.

Piensa, piensa.

Miro el mueble de madera que hay en el pasillo, con unas estatuas feas y unos jarrones aún más horribles.

Me acurruco junto al mueble y es tan ancho que consigue esconderme.

Dudo que la señora me encuentre allí; irá a buscarme a las habitaciones, sé que lo hará.

Me muerdo los labios para no reírme ni hacer ruido alguno, mientras oigo cómo se abre la puerta y el sonido familiar de unos pasos.

Todo va perfecto hasta que noto que algo me roza el brazo.

Giro la cara despacio, imaginándome de todo: una telaraña, hasta la propia araña, cualquier cosa menos ella…

—¡Oh, Dios! —jadeo, apartándome de un salto, pasándome las manos apresuradamente por los brazos, sintiendo aún esa agonía solo de imaginar que ese bicho me ha tocado, y ahí es donde todo sale mal.

Mucho.

En mi prisa por alejarme de mi escondite, hago lo que no debería: choco contra la cómoda y, presa del pánico, veo cómo el feo jarrón se balancea hacia un lado, una, dos veces; corro hacia él, intentando estirar la mano, pero ya es demasiado tarde.

Cierro los ojos cuando el inconfundible sonido de algo rompiéndose inunda la habitación.

—Lo siento —susurro cuando abro los ojos y me encuentro con la mirada asustada de mi hermana.

Maldita sea, maldita sea…

—¿Estás bien? —pregunta, acercándose, y ni siquiera tengo tiempo de decir nada, cuando se oyen más pasos y enseguida aparece nuestra tutora con cara de pocos amigos.

—Ha sido un accidente —jadeo, sabiendo que se dirigirá directamente al despacho de *papá*.

—Las dos deberíais estar en la habitación —replica con brusquedad, y es evidente que está muy enfadada.

Ni siquiera hace falta que baje a avisarle.

Contengo la respiración cuando se oyen más pasos y aparece *papá*, que no dice nada, solo nos mira a mi hermana y a mí con evidente desaprobación.

—Papá… —empiezo, notando cómo se me hielan las manos.

—¿Quién ha sido? —pregunta con voz dura, sin emoción.

—He sido yo, *papá*. Lo siento —dice Dona, dando un paso hacia él, y luego mira hacia sus propios pies, sabiendo que esto no quedará impune.

Nunca queda impune.

—No —grito, incapaz de permitir que la castiguen por mi culpa. Nunca. —Fui yo, yo tiré el jarrón. Fue un accidente.

Veo cómo se le enrojece el rostro y aprieta los puños mientras se acerca a donde estamos las dos.

Detrás de él, mis hermanos lo observan todo con una sonrisa en los labios.

Les gusta vernos metidas en líos.

Y lo estamos, y mucho.

Contengo la respiración cuando lo veo detenerse frente a ella.

—Mírame, chica —le ordena, y ella obedece.

La bofetada llega rápida y fuerte, haciéndola volar unos metros, solo para que su cara se estrelle de lleno contra el maldito mueble, tirando todo lo que había encima.

—Señora… —grito, mirando a mi hermana tirada en el suelo, con el rostro teñido de rojo, mientras la sangre brota de un feo corte en la ceja.

Siento las manos heladas, miedo, pero también tanta, tanta rabia.

—Mira lo que has hecho —exclamo, sin importarme lo que me pueda pasar. Le doy la espalda a *papá* y corro hacia ella; sangre, tanta sangre, pero apenas consigo dar dos pasos.

Unas manos fuertes me agarran, impidiéndome llegar hasta ella, ayudarla.

—Llamad al médico —dice la tutora, y por primera vez noto preocupación en su voz.

—Señora… —la llamo y ella intenta sonreír, pero es evidente que está tan asustada como yo. —Déjame ir con ella, déjame —exijo, gritando, haciendo fuerza para liberarme de su agarre.

No puedo perderla.

No puedo.

La señora es todo lo que tengo.

Grito desesperada, allí, al ver a mi hermana herida, magullada, pierdo el control, solo suplico que me dejen ir con ella, para ayudarla, estoy a punto de soltarme, a punto, siento más

brazos que me agarran y me sujetan, hasta que un grito se superpone al mío.

Papá.

Se acerca y, con un movimiento rápido, su puño me golpea, fuerte, tan fuerte que no tengo tiempo de reaccionar ni de defenderme; de repente, solo hay oscuridad y silencio.



Abro los ojos con dificultad.

Me duele.

Me late la cara y tengo la sensación de que mi cabeza está más grande.

Aunque no consigo abrir el ojo derecho, enseguida me doy cuenta de que ya no estoy en la planta baja.

Estoy en el ático, en mi cama.

—¿Qué…? —empiezo a decir, confundida, y entonces los recuerdos me inundan.

Yo, aburrida, insistiendo a la señora para que jugara conmigo.

Me muerdo los labios, solo para descubrir que ahí también estoy herida.

La lagartija, el jarrón hecho añicos en el suelo, *papá*, tanto odio en su rostro, la señora intentando protegerme y echarse la culpa, y luego la sangre.

Hago caso omiso del dolor y giro la cara, mirando hacia su cama, que está cerca de la mía, y entonces mi mirada se cruza con la suya, y me invade un alivio absurdo.

—Dona —susurro, y sé que está llorando—. Lo siento.

—Ay… estoy bien —me tranquiliza, y es imposible no fijarse en el vendaje de su frente—. Tú es que me has asustado —susurra, con la voz entrecortada—. No vuelvas a hacer eso nunca más.

—No podía dejarte…

—No lo vuelvas a hacer nunca más, yo soy la hermana mayor, mi papel es protegerte. —Un sollozo sacude su cuerpo y se

detiene, mirándome fijamente, y sé lo que iba a decir.

Que ella debe protegerme, pero no podría estar más equivocada.

—Nos cuidamos la una a la otra —replico, sintiendo cómo una lágrima rebelde resbala por mi mejilla.

¡Maldita sea!

Odio llorar.

Odio que me vean así: débil.

— ¿Te pasa algo, pequeña? — me pregunta Fátima, nuestra cocinera, con tanta ternura en la voz.

Más de lo que nosotras dos hemos recibido aquí.

Ella y Ottavia son las únicas que parecen preocuparse por nosotras, y nos traen a escondidas algunas golosinas cuando *papá* no está.

—Estoy bien —respondo, tras unos segundos que parecen una eternidad.

—Has estado inconsciente varias horas —me revela, y ahora comprendo la angustia en su mirada y en la de mi hermana.

Estaban preocupadas.

— ¿Puedo llamar al médico? Es lo correcto… —empieza a decir, pero ni siquiera la dejo terminar.

—No. Sin médicos, solo quiero quedarme aquí.

Niega con la cabeza y acerca una compresa fría a mi cara.

— Ahora que te has despertado, voy a ver si hay algo rico para vosotras dos en la cocina.

Esbozo una sonrisa, pero hasta eso me duele.

—Gracias, Fá…

— Gracias, Fá —mi hermana también le da las gracias y juntas acompañamos a la señora a salir del ático, hasta que nos quedamos solas las dos.

Como siempre.

Vuelvo a mirar a mi hermana y la veo llorando otra vez.

— ¿Te duele mucho?

— No.

— Deja de llorar —le pido, sintiendo cómo me arde la garganta.

— Tenía miedo —confiesa, y se me llenan los ojos de lágrimas.

—Yo también —admito, haciendo una mueca—, mucho.

— Lo sé, pero solo fue un corte.

— Aun así, era mucha sangre… mucha.

—Me han dado unos puntos.

— ¡¿Qué?! —No disimulo mi sorpresa—. Incluso tuvieron que coserte.

—Solo fueron cuatro puntos.

— ¿Solo? — Abro mucho los ojos. — Hubiera preferido que no te hubieran dado ninguno.

—Yo también —susurra, apartando la mirada, y sé que hay algo más.

— ¿Qué pasa? Si es por la cicatriz, no te preocupes, seguro que es pequeña.

Dona esboza una sonrisa triste, y sé que no me va a gustar lo que va a decir.

—*Papá* vino aquí.

Oh…

— Después de que el médico terminara de… —señala el vendaje— …tú todavía estabas desmayada.

Por culpa de él.

Siempre es culpa suya.

— ¿Qué te dijo?

Se muerde los labios y veo cómo se le llenan los ojos de lágrimas.

—¿Sabes qué? Ni me lo digas, porque sé que es alguna tontería —digo, intentando aligerar el ambiente, pero la veo negar con la cabeza.

— Dijo que ahora ya nadie me va a querer —jadea, apretando la sábana con fuerza—. Gorda —se muerde los labios— y con una cicatriz en la cara.

Maldito.

Ni siquiera lo pienso, sé que debería quedarme tumbada, pero no puedo.

— Lena, tú no… — Dona jadea al verme de pie, pero ni siquiera le respondo; en unos pocos pasos ya estoy sentada en la cama.

— Muévete un poco más allá, que yo me voy a quedar aquí contigo.

— Solo tú… — susurra, moviéndose, y enseguida estamos las dos allí, tumbadas, muy juntas.

—Estoy segura de que encontrarás a alguien. Alguien bueno y que no se parezca en nada a nuestro padre —digo, y mi voz se quiebra, pero sigo hablando de todos modos, porque ella necesita oírlo—. Alguien inteligente y que se dé cuenta de lo guapa que eres.

— Te quiero, Lena.

—Te quiero, Dona. —Sonrío—. Siempre juntas, ¿te acuerdas?

—Siempre —responde, estirando el brazo, y aprovecho para acurrucarme allí.

— Tu cama es más cómoda que la mía.

— Ni se te ocurra.

— Vaya… — Me río, y me emociono al ver que ella está sonriendo.

Todo irá bien.

Sé que así será, porque estamos juntas.

Porque nos tenemos la una a la otra.

Ese día no fue solo el día en que a Donatella le pusieron cuatro puntos; fue el día en que por fin lo entendí.

Comprendí que mi padre no nos quiere, que nunca nos ha querido.

No como quiere a nuestros hermanos, si es que eso es amor.

No, no lo es.

Más tarde, mientras dormitábamos abrazadas la una a la otra, nos despertamos con el sonido de gritos en la planta de abajo.

—¿Qué…? —pregunta mi hermana, y enseguida reconozco una de las voces.

—Es el *abuelo* —le digo, sabiendo que eso la tranquilizará.

Él y *papá* siempre discuten, siempre.

Nuestro abuelo, Cesare Del Vecchio, puede que tenga más de 85 años, pero sigue activo y amargándonos la vida a todos los que le

rodeamos. Ya estoy harta de oírle gritar que, mientras siga vivo y respire, él es el dueño de todo y quien manda aquí.

Mi padre lo odia, y son pocas las ocasiones en las que le veo contenerse.

Sí, aquí no hay ningún abuelito tierno, él es el que manda, pero, por increíble que parezca, se porta bien con nosotros.

Trae dulces y esas revistas para colorear, acertijos lógicos y sopas de letras que a Dona y a mí nos gustan mucho.

A nuestro padre le horroriza y, en varias ocasiones, en cuanto se marchaba nuestro abuelo, lo tiraba todo a la basura o lo trituraba.

No sé cómo, pero el *nonno* se enteró y, desde entonces, los dulces y las revistas aparecen por aquí siempre después de que él nos visita.

No es él quien los trae, pero sé que es él quien se las arregla para que los recibamos a escondidas.

No soy tonta.

Sé que es una mala persona, pero, de alguna manera, es bueno conmigo y con Dona.

Es mejor que *papá*.

Por eso, cuando se acercan unos pasos y se abre la puerta revelando su presencia, mi corazón se acelera, pero no por miedo.

Sé que el abuelo no nos hará daño.

Nos quiere.

—*Pezzo di* Merda—, nos insulta en cuanto nos ve, y supongo que la escena no debe de ser muy bonita.

— *Abuelo* — susurro, intentando sonreír, mientras me siento en la cama.

— *He fracasado como padre* —susurra, acariciándome el pelo, solo para hacer lo mismo con Dona—, *pero ya no te decepcionaré*.[3]

¿Qué quiere decir con eso?

— Haced las maletas. Nos iremos dentro de una hora.

— No lo entiendo —exclamo, sin ocultar mi desconcierto.

—Tu padre no entiende lo valiosas que sois las dos, yo sí.

— ¿Nos vamos a vivir contigo, abuelo?

— Me encantaría, pero estaréis mejor y más protegidas lejos de mí.

Miro a Dona, que parece tan aturdida como yo.

Si no nos vamos a quedar aquí ni con él, entonces…

— Os iréis a un colegio interno, al norte, cerca de Venecia. A salvo.

Un internado.

—Es un buen colegio, de prestigio; aprenderéis todo lo que estos imbéciles os están privando; seréis mujeres inteligentes y fuertes, para honrar a la familia cuando llegue el momento.

Honrar a la familia.

Significa casarse y tener hijos, y saber leer y escribir.

Me muerdo los labios, sabiendo que no sirve de nada discutir.

Al final, estaremos mejor lejos de *papá* y de los chicos.

Lejos de aquí.

Cualquier destino es mejor que la realidad.

— ¿Y tú qué, *papá*? —pregunta Dona.

—Volverán a Civitavecchia unos días al año, cuando haya alguna fiesta, siempre y cuando yo esté presente —subraya la última parte y yo solo asiento con la cabeza, ansiosa por hacer la maleta.

No estoy triste, estoy… aliviada.

—Una hora —dice, dándonos un beso en la frente antes de salir de la habitación y dejarnos solas.

Salto de la cama, corro hacia el armario y solo entonces me doy cuenta de que Dona sigue sentada en la cama.

—Oye —susurro, acercándome y, aunque estoy a unos pasos de distancia, consigo ver las lágrimas resbalando por su rostro—. No llores, todo irá bien…

—No nos quieren —susurra con voz quebrada, y su mirada se cruza con la mía.

—Pues ¿sabes qué…? —digo, acortando la distancia y deteniéndome frente a ella—. ¡Yo tampoco los quiero! —exclamo, levantando la barbilla con orgullo.

—Es todo lo que tenemos.

—Tú eres todo lo que tengo. Tú y el *nonno*. —Parpadeo, y una sonrisa se dibuja en su rostro, incluso entre las lágrimas—.

Vamos, el abuelo es puntual.

Dona se levanta y, codo con codo, empezamos a hacer las maletas.

No necesito mucho.

Solo necesito salir de aquí.

Claro que Dona sigue llorando, pero eso no le impide hacer la maleta; por mucho que *papá* la haga sufrir, Donatella sigue queriendo complacerlo, tiene la esperanza de que él nos quiera.

Yo ya no tengo eso.

Y solo espero, algún día, descubrir si realmente existe eso del amor, el cariño, ese que vemos en la tele, en las películas y en los libros: una familia que se cuida, que se preocupa, que protege, *que ama*.

Una muy diferente a la mía.

Y, quién sabe, solo quién sabe… quizá pueda formar parte de ella, quizá pueda… *ser amada.*



Mayo de 2053 - 28 años.

Human – Rag' n' Bone Man
Back to the Bone – George Thorogood & The Destroyers

Miro mi reflejo en el espejo y no podría estar más satisfecho.

Puede que esté a punto de cumplir veintiocho años, pero nunca me he sentido mejor.

Envejecer no me da miedo.

No cuando tengo los mejores ejemplos en casa.

Mi padre y mis tíos.

Todos rondan los sesenta, pero ve a decírselo a ellos. Entrenan todos los días y dejan en ridículo a muchos novatos, no solo en cuanto a condición física, sino también en técnica y habilidad.

Los tres se jubilaron, tras mucha insistencia de la familia y un empujoncito de nuestro viejo médico, que casi acabó sirviendo de comida para los cerdos en Chiusure, al soltar que mi padre tenía que bajar el ritmo a principios de año.

Creo que nunca olvidaré lo mucho que palideció al tener el cañón del arma metido en la boca, en un rápido movimiento de mi padre.

Que él no me oiga decir esto.

Matteo Zampieri[4] no es nada viejo, pero tiene una experiencia de cojones, como a él mismo le gusta recordar.

El caso es que ahora la Sacra está en mis manos y, aunque mi padre me ha preparado toda la vida para este momento, la realidad es mucho más dura y difícil.

Fracasar y decepcionarle no es una opción.

¡Nunca!

Por eso, por mucho que mi madre, mi abuela y mis tías estén preparando todo en la planta baja, solo consigo pensar en los problemas, porque mi padre tenía razón: no dejan de surgir.

Desde principios de año, hemos tenido problemas con algunos contratos con el Gobierno, nada que yo no pueda resolver. Lidiar con esos estirados es fácil: una visita, un buen susto, y enseguida se acuerdan de quién está al mando.

Ojalá fuera solo eso…

Lo que me quita el sueño —por mucho que Giovanni, mi hermano y subjefe, insista en que estoy viendo problemas donde aún no los hay— es Tiziano Del Vecchio.

No es de hoy que tengamos problemas con Civitavecchia, llevan años, pero mi padre se las apañaba para manejar el asunto mientras el viejo Del Vecchio estaba vivo.

Desde su muerte, a mediados del año pasado, todo se ha ido al traste definitivamente.

Los antiguos acuerdos que teníamos sobre la distribución de cocaína en la frontera del territorio se ignoran constantemente, con bloqueos en rutas previamente definidas, supuestas incautaciones y constantes pérdidas.

He tenido paciencia, pero se me ha acabado.

Y después de pensarlo mucho, he decidido que hay dos caminos a seguir: la guerra o un nuevo acuerdo.

No soy ingenuo.

Puede que ganemos esta batalla, pero la cuestión es: ¿a qué precio?

No estoy dispuesto a desperdiciar innumerables vidas, a traer miedo y preocupaciones a mi hogar, no cuando puedo resolver fácilmente el asunto.

No cuando el sacrificio sea solo mío.

Ya lo tengo todo pensado y decidido, ahora es el momento de comunicarlo.

Así de sencillo.

Un golpe en la puerta me devuelve al presente.

La maldita fiesta.

—Entra —le digo, solo para llevarme una sorpresa al ver a mi hermano, que parece que apenas se ha peinado el maldito pelo.

— ¿En serio, Giovanni? — Arqueo una ceja.

— ¿Qué?

— Al menos podrías intentarlo…

— ¿Qué? —insiste, haciéndose el tonto.

— Vete a la mierda antes de que se me olvide. Si vuelves a decir «¿qué?» una vez más, te juro que haré que te afeiten lo que llamas pelo —replico en serio, aunque en el fondo me lo estoy pasando bien.

Pero él no tiene por qué saberlo.

Mi hermano y yo no podríamos ser más diferentes.

Mientras yo soporto el peso y la responsabilidad de ser el *Don* de la organización, él, por su parte, aunque es mi mano derecha y trabaja a mi lado todos los días, se toma las cosas con ligereza.

Yo no.

— Vaya, ¿todo esto es envidia de mi estilo? —Se pasa la mano por los mechones desordenados, y yo solo entrecierro los ojos —. Vale, vale, me callaré. Solo pasaba para avisarte de que todos te están esperando en la oficina

— ¿Roman? — Arqueo una ceja, sabiendo que, si hay algo que mi amigo y *Pakhan* de *la Bratva* no consigue ser, es puntual; es algo que se le resiste.

—Hasta él.

Interesante, creo que he conseguido despertar su curiosidad tras nuestra última conversación.

—Tío Dimitri… —empiezo a decir, pero ni siquiera necesito terminar la frase.

—En los jardines, con el *tío Enzo*.

—Bueno, ya voy bajando.

— ¿Puedo saber qué ha motivado esta reunión, ahora que los invitados están a punto de llegar?

—Lo sabrás junto con los demás —replico, por fin satisfecho con cómo me queda la corbata.

— Joder, de verdad que te estás haciendo mayor y más gruñón —me provoca, pero ni siquiera le respondo, solo le hago un corte de mangas mientras lo veo salir de mi habitación.

Bajo justo detrás de él, y Gio no mentía: todo está impecable, los camareros van de un lado a otro comprobando los últimos detalles, y los soldados y guardias de seguridad están en sus puestos, repartidos por toda la finca.

Aprovecho que mis padres aún no han bajado y me dirijo directamente al despacho, sabiendo que la señora Giulia Zampieri no quedará nada satisfecha con el resultado de esta reunión.

Pero no hay otra opción.

Mi padre lo entenderá.

—Vaya, vaya, ya ha llegado el cumpleañero —dice Romeo, mi primo y abogado de *la familia*, levantándose para saludarme.

—¿Cómo te sientes, a punto de cumplir los treinta?

— No hace falta que les recuerde que todos los que estamos aquí tenemos casi la misma edad, ¿verdad?

— Aun así, tú eres el primero en alcanzar esta cifra —me guiña un ojo.

—Si sobrevivo a vosotros —murmuro, pero Martina, mi Ejecutora, me oye; lo veo en su mirada.

La diablilla es tan callada como su padre, e igual de atenta y letal.

Todos en la organización la temen, y con razón. Si hay una forma dolorosa de sacarle respuestas a alguien, Martina la conoce, y no dudará en utilizarla; tuvo un maestro de primera.

— Vaya, P, ¿cómo puedes estar de mal humor en tu cumpleaños? —pregunta Alessia, que es la más alegre y extrovertida de todos nosotros, y yo ni siquiera sé qué decir.

—No todo el mundo se despierta sonriendo como tú, Rayo de Sol —Roman, por supuesto, no se aguanta y tiene que meter baza.

—Como si tú supieras cómo me levanto, Russo —le responde ella, y toda la alegría parece abandonar su cuerpo. No me preguntes cómo, pero mi amigo tiene el poder de hacer que la «gemela del bien», como la llamamos, deje a un lado la paz y el amor, para deleite de todos los aquí presentes.

No hay nada como tener a todos en la misma sala.

Unos minutos más aquí y seguro que habría sangre, pero eso es porque nos queremos; de lo contrario, habría cadáveres.

— Vale, vale, ya basta de charla… — Stella mira hacia Roman y Alessia, mordiéndose los labios para no reírse, pero luego fija la mirada en mí, y toda la broma y la ligereza desaparecen. — ¿Pero qué tal si vamos directamente al grano? — La benjamina de la familia, pero la más sensata y lógica, es quien toma la palabra, y no en vano la elegí para ser mi consejera, un cargo que, hasta hace poco, ocupaba su padre, quien estuvo al lado del mío durante décadas.

Se trata de eso… de la familia.

Y para proteger sus intereses y los de todos los que están ahí dentro, tomé mi decisión.

—Gracias, Stella —le doy las gracias, y capto la atención de todos—. Sé que estáis impacientes por ir a la fiesta o por acudir a vuestros propios compromisos, así que seré breve.

Silencio.

Respiro hondo, sabiendo que no hay una forma fácil de decir esto, así que voy al grano.

—Me voy a casar.

— ¡Pero joder! —Mi hermano y su sutileza de un millón.

— ¿Cómo coño? — Romeo incluso se levanta, sin disimular la sorpresa.

— ¿Ahora es cuando dices que estás bromeando, P? — suelta Roman, pero ni siquiera tengo que responder: su mirada se cruza

con la mía y sabe que no estoy bromeando, ni mucho menos.

Se acabaron las fiestecitas que le encanta organizar, al menos para mí.

—¿Alguien te ha robado el corazón? —pregunta Alessia, y me dan ganas de reír.

No podría estar más lejos de la verdad.

—Mi madre cree en esas cosas, yo no —le recuerdo.

—Si no es por amor, es por interés —dice Stella, acercándose y mirándome con preocupación—. ¿Qué estás tramando, Pietro? —pregunta, y, como ya imaginaba, la única que permanece en silencio es ella, Martina.

Porque sabe que, en el fondo, no importa el motivo.

Lo que importa es que se hará.

—Todos aquí saben que la situación con Civitavecchia es insostenible.

—Sí, pero… —mi hermano empieza a argumentar, pero ni siquiera le dejo continuar.

—No voy a permitir que todo lo que hemos conseguido en las últimas décadas se vaya al traste.

— ¿Qué piensas hacer? —pregunta mi consejera, aunque en el fondo ya sabe la respuesta; solo quiere que se lo confirme.

—Voy a conceder la alianza que esa familia lleva años deseando: *me casaré con la hija de Tiziano Del Vecchio*.



Mayo de 2053 – 18 años

Nobody is home – Avril Lavigne

Me resultaba imposible dormir.

¿Cómo iba a hacerlo, sabiendo que nuestra vida volverá a ser un infierno?

Porque una cosa es segura: si uno de los gemelos malvados, como llamo cariñosamente a mis hermanos menores, viene a buscarnos para llevarnos a la mansión, eso es lo único seguro.

Casa, hogar… ese lugar nunca fue eso, sino más bien una prisión.

Una de la que Dona y yo conseguimos escapar y salir ilesas en los últimos años: paz, aun sabiendo lo que nos deparaba el futuro, aun sabiendo que este día llegaría.

Pues bien, ha llegado.

Se pueden contar con los dedos de una mano las pochísimas veces que hemos abandonado la seguridad de los muros del internado para ir a la casa de nuestra familia, a pocos kilómetros de Roma.

Nunca me quejé.

Yo lo prefería así.

Nuestro abuelo nos visitaba todos los años, más de una vez; siempre se las apañaba, a pesar del ajetreo y la carga que le suponía dirigir la organización, hasta que eso se fue volviendo cada vez menos frecuente.

Sabía que su salud era cada día más delicada.

El hombre fuerte que lideró Civitavecchia ya no existía, y falleció poco antes de mi cumpleaños, el año pasado.

Todavía me cuesta recordar aquel día y, mucho más, pensar que ya ha pasado casi un año desde su partida.

Ay, abuelo, ¿qué será de nosotros sin ti?

Siento cómo se me eriza el vello y, sin darme cuenta, me abrazo a mí misma, sabiendo que no sirve de nada lamentarse.

—Todo irá bien, Lena. —La inconfundible voz de mi hermana resuena justo detrás de mí y respiro hondo, deseando tener un poco de su esperanza.

— Eres una mentirosa pésima —replico, haciendo una mueca.

— Oye, yo realmente me lo creo.

— ¿He dicho mentirosa? Olvídalo, más bien estás loca —bromeo, y esta vez es ella quien pone los ojos en blanco.

— Oye, un poco más de respeto con tu hermana mayor.

Me muerdo los labios para no reírme.

—Ay, Dona, solo tú podrías estar con este humor, sabiendo lo que nos espera.

Intenta mostrarse indiferente, pero sé que, en el fondo, está tan preocupada como yo.

Si mi vida era un infierno, la suya era mil veces peor, por eso tengo que protegerla, tengo que ser fuerte y cuidar de las dos.

Cueste lo que cueste.

—Me gusta pensar que Dios tiene un plan para todos nosotros —suspira, encogiéndose de hombros.

— Volver a ser el saco de boxeo de *papá*, de Federico y de Fabrizzio, además de, probablemente, tener que casarme con algún desconocido, no me parece un buen plan.

— Deja de ser tan negativa, a veces puede haber otra razón.

—Ni tú te lo crees, admítelo —le respondo, entrecerrando los ojos, y ella se calla. —Ya lo sabía.

Dona incluso abre la boca para discutir, pero no puede, no cuando llaman suavemente a la puerta y enseguida aparece la directora, que se ha convertido en lo más parecido que tenemos a una familia, y, a juzgar por su expresión, las noticias no son buenas.

—Ha llegado tu hermano —avisa, y siento cómo se me encoge el corazón—. El helicóptero acaba de aterrizar.

— Ya… —exclamo, intentando no mostrar cómo me siento realmente—. Es hora de volver a casa —digo, y las palabras tienen un sabor amargo, sobre todo la última.

—Siempre seréis bienvenidas aquí, queridas —replica la señora de casi setenta años, con la voz ligeramente embargada, y siento c e opresión en la garganta, sabiendo que las posibilidades de que eso ocurra son tan remotas como la posibilidad de que Dona y yo seamos… felices.

No llores.

Todo irá bien.

De eso se trata, al fin y al cabo, siempre supiste que iba a pasar.

Sí, me enteré, pero confieso que cuando *el Papa* nos mandó de vuelta al internado, tras el entierro de Cesare Del Vecchio, llegué a soñar que algo podría ser diferente, que tal vez, quién sabe, simplemente podría olvidarnos allí.

Y luego me quejo de que Dona es la más soñadora de las dos.

Soy un chiste.

Al final, volvimos al colegio, ya no como alumnas —puesto que habíamos terminado los estudios meses antes—, simplemente nos quedamos allí, calladitas, sabiendo que la alternativa sería algo peor.

Mucho peor.

Aquí, al menos, podía mantener mi rutina de ejercicios matutinos, que incluye unos minutos en el gimnasio —que casi nunca se usa— y, después, mi parte favorita: descargar toda mi

frustración en el saco de boxeo al que cariñosamente he apodado *«papá»*.

No me juzguen.

Cada uno afronta sus fantasmas a su manera, esta es la mía y, cuando puedo, termino con unas brazadas en la piscina.

A pesar de haber nacido en una ciudad costera, ninguna de nosotras se acercó al mar, nunca… joder, ni siquiera podíamos ir al césped.

Fue aquí donde aprendí a nadar, y fue amor a primera vista desde la primera zambullida; desde entonces, no he parado. Me gusta ir y venir en la piscina semiolímpica, da igual la temperatura, simplemente lo necesito, esos minutos en los que solo estamos yo, el agua y el silencio.

A mí me funciona.

Es mi refugio de la realidad, de no ser deseada, amada, de ser solo una carga, un objeto guardado para ser negociado.

Todo lo que he conseguido me lo están arrebatando.

—Acabemos de una vez con esto —suelto, señalando mi propia maleta, y el silencio es cortante, pero me viene bien, porque me recuerda que no hay escapatoria, no hay palabras bonitas ni reconfortantes, solo hay realidad y, en ella, no tengo control sobre nada, ni sobre mi rutina y, mucho menos, *sobre mi vida*.



— Que Dios os acompañe, queridas —me susurra al oído Annelise, la directora de la institución, una alemana que lleva tanto tiempo viviendo en Italia que ya se la puede considerar italiana—, y me cuesta todo lo que tengo para mantener mis emociones bajo control.

Dona ya no tiene la misma suerte, y la veo secarse disimuladamente una lágrima rebelde.

Nuestro hermano lo observa todo desde lejos, y sé que solo nos quedan unos segundos más antes de que se manifieste.

Fabrizzio no ha cambiado casi nada desde la última vez que nos vimos, en el funeral. Sigue siendo tan alto como *un papa* y tiene los mismos ojos maliciosos.

No te dejes engañar por su rostro angelical ni por su corta edad. Puede que sea solo unos meses más joven que yo, pero en cuanto a crueldad, parece más bien un anciano de ochenta años, y no se molesta en ocultarlo.

Federico es igual de despreciable que él.

Los dos se complementan y, por supuesto, son los hijos predilectos de Tiziano Del Vecchio desde siempre, sus herederos.

—Estamos perdiendo el tiempo —exclama y, como he dicho, nos quedaban pocos segundos.

Con una señal, uno de los soldados se acerca y coge nuestras maletas.

Echo una última mirada atrás, a todo lo que estamos dejando atrás, y cierro los ojos un segundo, deseando que el universo nos eche una mano y que nuestro destino no sea tan miserable.

Nos detenemos delante de Fabrizzio y, tal y como ya imaginaba, mi hermano me mira a mí y luego a Dona sin decir ni una sola palabra.

Parece que nos está analizando.

Como alguien que observa un microbio bajo un microscopio, no es que él fuera lo suficientemente inteligente para eso, pero bueno, ya me entendéis.

—Ya hemos perdido demasiado tiempo. *¡Andiamo!* —escupe las palabras, y no respondemos, solo hacemos lo que nos ha pedido: nos vamos, subiendo lo más rápido posible a la aeronave.

No tarda mucho, despegamos y la antigua construcción al norte de Venecia se va alejando cada vez más.

Siento su mirada sobre mí, analizándome, buscando alguna debilidad, algo que pueda explotar o denunciar al *Papa*, pero no le daré esa satisfacción.

Me mantengo impasible, sin siquiera mirar en su dirección, y Dona hace lo mismo; de reojo, veo que mantiene la mirada fija en las manos entrelazadas sobre su regazo.

La tensión y el silencio son asfixiantes, pero, afortunadamente, el trayecto es rápido y, en pocos minutos, comenzamos el descenso.

Como siempre, es difícil no quedar impresionado por el tamaño de la construcción, antigua pero imponente y situada en una de las mejores zonas de Civitavecchia.

Nuestra familia domina toda la región del Lacio, Umbría y Abruzos, limitando al norte con el territorio bajo el dominio de la Sacra Siena y al sur con la Camorra.

Sí, puedo ser mujer, pero sigo teniendo cerebro —aunque ni mis hermanos ni mi padre lo sospechen—.

Mejor así.

El caso es que nuestra organización no es pequeña, pero desde que la salud del *nonno* empezó a deteriorarse, le he oído varias veces hablando por teléfono con su asesor, y las cosas no pintaban nada bien, lo que probablemente sea la razón por la que ahora, meses después, *papá* nos haya sacado del internado.

Algo me dice que ese maldito va a negociarnos.

Un matrimonio, una alianza, algo que reporte alguna ventaja a la Civita.

No debería sorprenderme, pero solo de pensar en cambiar un infierno que conozco por otro desconocido, el miedo se apodera de mí, y si hay algo que odio es sentir eso… sentirme débil e impotente.

Mi mayor preocupación es, por supuesto, mi hermana.

Basta con echar un vistazo a Dona para saber que cualquiera de esos imbéciles con los que negocia nuestro padre se la tragaría sin problemas.

Todos son monstruos.

Todos.

Tengo que protegerme, protegernos…

Solo tengo que pensar en una forma de hacerlo.

—Bienvenidas de nuevo, sorellines—, Fabrizzio escupe las palabras en cuanto la aeronave toca tierra, y si tuviera algo en el estómago, vomitaría.

La falsedad en su voz es casi palpable.

«Hermanitas» y «bienvenidas» en la misma frase… Dime otra y no me la trago.

— Gracias — Dona comete el error de responder y veo cómo se le estrechan los ojos.

Maldita sea.

—¿Dónde está *papá*? —pregunta ella, y sé que no me va a gustar lo que viene a continuación en cuanto veo su sonrisa.

—Ocupado con algo que es realmente importante.

—Oh… —jadea, avergonzada, y yo aprieto los puños.

—Vamos, Dona, imagino que estarás tan hambrienta como yo. —Guiño un ojo, intentando relajar el ambiente.

— Quedaos arriba hasta que os llamen.

— ¿Cómo que no? — se me escapa, antes de que pueda controlarme.

Enhorabuena, Elena, has hecho exactamente lo que él quería.

— ¿Qué parte no has entendido, hermanita?

— Yo… —empiezo, pensando en cómo salir del paso, pero desisto y hago la pregunta del millón: — ¿No podemos andar por la casa?

— Dentro de tu jodida habitación, haz lo que quieras, me da igual.

—¿Ahora somos prisioneras? —replico, levantando la barbilla y viendo cómo le brillan los ojos.

Mierda.

— Creía que eras más lista, Elena. —Su voz es dura mientras se acerca, sin apartar nunca la mirada de la mía—. Aunque, al fin y al cabo, es una tontería por mi parte —me toca la mejilla con el meñique, donde lleva un anillo con sus iniciales, FV, y yo no me muevo—, nunca podría esperar tanto de ti… de vosotras —suelta—. —Guárdate esa lengua afilada, o no te va a gustar nada tu estancia aquí —me susurra al oído, antes de alejarse.

Aprieto el puño, dispuesta a insultarlo y mandarlo a la mierda, pero el suave roce de Dona en mi mano me recuerda que no merece la pena.

Tenemos que elegir bien nuestras batallas por aquí y Fabrizzio no es una de ellas.

—Ah, estad listas a partir de las 20:00, tendremos visita —destaca, deteniéndose a unos pasos de distancia.

Visita.

Sabía que nuestro regreso no era algo fortuito ni motivado por la nostalgia, pero no pensé que fuera a ser tan pronto.

— Y nada de comer, Donabola, ya tienes suficiente carne, si es que me entiendes. — Me guiña un ojo y no me puedo creer que realmente haya dicho eso.

— *Stronzo* —le insulto, sin importarme mucho si me oye, pero, a juzgar por el hecho de que sigue su camino, no ha sido así, por ahora, porque, conociendo a mi hermano, no tardaré mucho en volver a insultarlo y alejarme de su ira.

Ni hablar.

— Déjalo estar… —suspira Dona, pero está claro que sus palabras la han herido. Cretino. —Venga, Lena. No le hagas caso. ¿De vuelta al desván, hermanita? —Arquea una ceja y extiende la mano en señal de invitación.

Oh, mierda.

— De vuelta, al menos hasta que descubramos qué están tramando.

— Ay, Dios, conozco esa mirada, ya sé lo que viene, apuesto a que ya estás pensando en algo que seguro que voy a decir: *«No, no lo hagas»*.

— Probablemente, pero ¿sabes lo que pasará?

— Lo sé, lo harás de todas formas.

—Exacto —digo, mordiéndome los labios para no reírme—. Pero tranquila, tengo mucho tiempo para pensarlo; al fin y al cabo, no tendremos visita hasta bien entrada la noche.

— Elena…

— Solo lo digo. — Me encojo de hombros, necesitando hacerla sonreír. — Pueden pasar muchas cosas mientras tanto.

—¿Como qué?

—Que *papá* y los gemelos malvados desaparezcan sin más de la faz de la Tierra. —Arqueo una ceja y ella abre mucho los ojos.

—*¡Dio mio!* —Mira a ambos lados, preocupada—. Si algún empleado te oye…

—Probablemente estaría de acuerdo, pero no tiene el valor suficiente para decirlo en voz alta.

—Y tú tampoco deberías —me recuerda, pero la ignoro.

— Venga, subamos ya, hasta yo sé que no tendríamos tanta suerte.

— Loca.

—Por desgracia —añado, haciendo una mueca, y ahí está su sonrisa. —Me gusta así —destaco y ella parece confundida. —Tú sonriendo —explico, y su sonrisa se amplía.

—Te quiero, hermanita, promete intentar controlar tu lengua, no quiero que te hagas daño.

Me arde la garganta.

— Prometo intentarlo.

— Todo irá bien. Recuerda lo que siempre te digo cuando estamos a solas… —empieza a decir, pero ni siquiera la dejo terminar.

— Pero *siempre juntas* — susurro la última parte, y su sonrisa se hace aún más grande.

— Siempre —subraya, como si pudiera olvidarlo.

Mientras que yo tengo «*para* siempre» tatuado en el costado, Dona lleva la palabra «insieme»; puede parecer una tontería, pero para nosotras tiene un significado enorme, porque, por mucha vida de soledad y desprecio que hayamos tenido, las dos siempre estaremos juntas, la una por la otra, siempre, y eso es lo que significan ambas palabras juntas: «*para siempre juntas*».

Mirando atrás, reconozco que fue la mayor locura que hemos hecho, pero no me arrepiento. Unas cuantas adolescentes, una excursión que la directora consiguió autorizar en el último momento gracias al *nonno* y, claro, yo me las apañé para escaparme un ratito.

Nos castigaron un mes, haciendo unas actividades que nadie quería, pero nunca descubrieron nuestro secreto, y mucho menos *papá*, y así debe seguir siendo, amén. Él sería capaz de arrancarnos la piel por atrevernos a mancillar su preciada propiedad.

Porque eso es lo que somos.

Nada más.

— Tierra para Elena… — La señora agita la mano delante de mí, devolviéndome al presente.

— Lo siento.

— Disculpa aceptada, ahora subamos, que todavía tengo fe en que te haré desistir de cualquier idea descabellada que tengas.

—Eso ya lo quiero ver —exclamo, y juntas subimos los escalones.

No me siento como en casa, ni mucho menos.

Pero si tengo que estar allí, al menos estoy en la mejor compañía: la suya.

Dona no es solo mi hermana, es todo lo que tengo.

Ella es mi familia.



Human – Rag'n Bone Man
Walking the wire – Imagine Dragons

Estos últimos días han sido de todo menos tranquilos.

Como ya me imaginaba, anunciar que voy a proponer una alianza con Civitavecchia a través del matrimonio ha sorprendido a todos, sobre todo *a mamá*.

Mi padre no cuestionó mi decisión; me conoce lo suficiente como para saber que, si he llegado a esta conclusión, es porque lo he pensado mucho, hasta la extenuación, y es un sacrificio que estoy dispuesto a hacer.

Por la organización, pero, sobre todo, por *la familia*.

Lo difícil ha sido ver la mirada angustiada y preocupada de la señora Giulia; quien no lo sabe, pensaría que esta noche voy a mi propio funeral y no a una reunión de negocios, pero quiero creer que esto será temporal, que pronto ella y todos los que tienen reservas se acostumbrarán a la idea y comprenderán que ha sido una buena decisión.

La más racional y lógica.

El amor y toda esa mierda sentimentalista es un extra… que, si tienes suficiente suerte, puedes encontrar. Fue el caso de *papá* y

de mis tíos, pero, como suelo bromear con mi hermano y mis primos, no creo que nuestra familia tenga tanta suerte; el hecho de que todos sigamos solteros hasta ahora es prueba de ello.

Y nadie se queja.

Porque estar soltero es muy diferente a estar solo y, a decir verdad, a todos nos gusta variar.

Como dice Roman: *¿para qué tener solo una, cuando se pueden tener varias?*

Pero lo cierto es que esa ya no es mi realidad.

Si mis planes salen bien, al final del día seré un hombre comprometido, y mis días de juerga…

...quedarán en el pasado.

Lo que me devuelve al presente y a Giovanni, que sigue observándome con atención.

—¡Venga, habla ya, Gio! —exclamo, tirando el último informe sobre la mesa; ya basta de papeleo por hoy. Durante la última hora, hemos repasado varios asuntos operativos.

Nada grave, por suerte.

Hoy no.

Algunos retrasos en los envíos en La Spezia, nuevos contratos de obra en Arezzo, el jefe de Pistoia trayendo problemas que él mismo debería resolver, como de costumbre, y, por suerte, avances en la construcción de la nueva cadena hotelera en Pisa.

—¿Hablar? —Arquea una ceja, enderezándose en el sillón, pero no me engaña.

— ¿En serio? ¿Crees que no me he dado cuenta de que no dejas de fijarte en cada uno de mis jodidos movimientos? — le señalo lo obvio y él sonríe.

—Solo veo lo inteligente que pareces cuando estás en modo empresario —me provoca, y yo solo le enseño el dedo corazón.

— Deberías probar a hacer lo mismo.

—¿Yo, empresario?

— No, lo de ser inteligente —replico, y su sonrisa se hace aún más amplia.

—Vale, me lo he ganado.

— ¿Y bien? —insisto, dejando claro que el tema aún no ha terminado—. ¿Cuál es el problema?

— Aparte de lo que hemos discutido hoy, nada. Solo estaba pensando… —empieza, y me contengo para no provocarlo; la verdad es que quiero saber qué le molesta. — Sobre hoy.

— ¿Qué pasa con hoy? — le pregunto, aunque ya me imagino a dónde quiere llegar el muy cabrón.

—¿De verdad vas a seguir con esto, hermano? —No hay tono de broma en su voz.

Giovanni parece genuinamente preocupado.

Me quedo en silencio unos segundos, pensando en cómo responder y zanjar el tema de una vez por todas.

La verdad es que este tema me está cansando.

No es más que una puta boda.

Nada del otro mundo.

No para mí.

Estoy a punto de responder exactamente eso cuando unos golpes en la puerta llaman nuestra atención.

—Adelante —digo, y al poco rato entran Stella y Romeo.

—¿Molestamos? —pregunta mi asesora, al ver que no estoy solo

— En absoluto —señalo con un gesto los demás sillones que hay frente a mi mesa—. Solo estaba repasando esos asuntos con Gio.

—Perfecto, si necesitáis mi ayuda para lidiar con…

—Un poco de ayuda con Rizzi nos vendría muy bien —suelta mi hermano, guiñándome un ojo, pero mi prima se da cuenta enseguida.

—Estoy segura de que *hasta tú* puedes lidiar con ese imbécil, primo. —Esboza una sonrisa, y yo me limito a guardar silencio, observando cómo se desarrolla la situación. La verdad es que a nadie le gusta tener que tratar con Giorgio Rizzi; es un hombre difícil, terco e incompetente.

Lo único que me ha impedido matarlo hasta ahora es el respeto por su padre, que fue un gran *capo*, pero, o bien ese cretino

se adapta a su nuevo cargo y a sus responsabilidades, o no durará mucho, al menos no en la Sacra.

Si hay algo que he aprendido de mi padre es a no tolerar la incompetencia. Todos en la organización dan lo mejor de sí mismos, y no espero menos de nadie, y mucho menos de un *capo* de una región tan próspera como Pistoia.

— Joder, vale, yo me encargo de ese capullo, *yo solo* — subraya la última palabra.

— Pobrecito, casi me das pena, pero luego recuerdo que es tu jodido trabajo —replica ella y, joder, me contengo para no reírme.

—Vaya, qué enfadada está Stellinha —exclama mi hermano, levantando las manos. —¿Qué le pasa a tu hermana, Romeo?

—Creo que eres tú. Al fin y al cabo, hasta ahora estaba bien —responde nuestro primo, uno de los mejores abogados de toda Italia, serio como siempre, vestido con uno de esos trajes de diseño, impecables, que solo de pensarlo ya me dan picor.

Mil veces mejor los buenos y viejos vaqueros y la camiseta.

Ya he ido a muchas reuniones así, y estoy deseando ver quién va a ser el primer cabrón que se atreva a cuestionar lo que llevo puesto o lo que no.

Claro que ninguno de ellos tiene agallas para eso.

No son tontos.

Puedo ser un *Don* racional, pero no confundas eso con debilidad, y desde luego no con ser menos letal. Sonrío al pensar en esta última cualidad, ya que si hay algo que aprecio, es sentir el peso del arma en mi mano, el retroceso al disparar y, por último, ver cómo mi objetivo se derrumba ante mis ojos: muerto.

—Parece que tendrás que resolver tu propia mierda, hermano —destaco, captando la atención de todos.

—Lo haré, pero, antes de eso, no has respondido a mi pregunta.

Joder, Giovanni.

— ¿Qué tal, Stellinha? No me digas que tú y Romeo habéis venido al funeral del año.

—¿Te refieres a la reunión con los Civitavecchia? —pregunta mi prima, sin ocultar su sorpresa.

—¡Por supuesto! Casarme con alguien *de esa familia*, Dios, iría a la guerra sin pensarlo dos veces —replico sin perder el tiempo.

—Por eso yo soy el *Don* y tú no, hermanito —exclamo, pero Giovanni sigue hablando.

Pero qué coño.

— Menos mal que eres *Don*, así me tocan más coños. — Guiña un ojo. — Al menos, dime que está buena.

Aprieto el puño, necesitando calmar mis nervios.

Mi hermanito y su increíble habilidad para decir lo primero que se le pasa por la cabeza, sin ningún tipo de filtro.

Me incorporo y, sin apartar la mirada de la suya, digo pausadamente:

—No podría importarme menos eso. Lo único que importa es su apellido.

— Ni de coña. P, ¿de verdad estás dispuesto a atarte la polla sin saber siquiera si se te va a poner dura al ver a la chica? —suelta, y la sorpresa en su cara no tiene precio, lo que alivia un poco mi ira.

Un poco.

Stella carraspea, recordándome que no estamos solos.

Joder.

— No le hagas caso —exclamo, volviendo mi atención hacia la consejera.

—Es lo que hago, casi siempre —me avisa, sin pestañear siquiera.

— Oye, eso ha dolido. Solo estoy aquí velando por la vida de mi hermano.

—Ya hemos terminado, Gio —replico con seriedad, y veo que se da cuenta de que no estoy bromeando.

Se acabaron las bromas y los comentarios inapropiados.

Esta conversación se ha acabado.

—Vale, entendido. Me encargaré de las operaciones con Giorgio. Si cambias de opinión, podemos salir a celebrarlo —me guiña un ojo, mientras se dirige hacia la puerta—, llamaré a Roman en dos segundos —añade, con la mano en el pomo.

Claro que llama.

Este es otro cabrón que no me deja en paz desde el día que anuncié mi plan.

Ni siquiera me molesto en responder y Giovanni sale de la oficina riéndose, y lo único en lo que puedo pensar es que le llegará su hora, joder, me aseguraré de ello, pero ahora, vamos a lo que importa.

—¿Qué habéis conseguido? —pregunto, centrando mi atención en mis primos, sabiendo que si Stella ha llegado temprano y acompañada de su hermano, es porque ha conseguido algo. *Ella siempre lo consigue*.

—Tiziano ya se lo debe imaginar —comienza, y no puedo contener la sonrisa.

—Claro que sí, ese hijo de puta es de todo menos tonto —respondo, volviendo a sentarme y apoyando los pies sobre la mesa.

—Mi fuente me ha informado de que hoy ha aterrizado un helicóptero en la mansión de los Del Vecchio, trayendo a sus dos hijas.

— ¿Dos? —pregunta Romeo.

—Sí, Donatella y Elena Del Vecchio.

—¿Dónde estaban? —Ni siquiera hace falta que lo pregunte, mi primo se adelanta.

—En un internado, al norte de Venecia.

— Joder, ¿cuántos años tienen?

—No te preocupes, las dos son mayores de edad, 21 y 18. Y, por lo que parece, siguieron viviendo allí incluso después de terminar los estudios.

Vale, eso es raro.

— Pero lo que más me llamó la atención fue: ¿desde cuándo están allí?

Hago un gesto con la cabeza, pidiéndole a Stella que continúe.

— Llevaban casi diez años en la institución, de la que habían salido muy pocas veces, y siempre acompañadas por su abuelo.

— Pero joder —se me escapa, y sé que mis primos están tan indignados como yo.

Dos niñas abandonadas y olvidadas en un jodido internado.

¿Qué mierda de familia es esta?

— Y eso no es todo: Tiziano se deshizo de sus hijas, pero se quedó con sus hijos.

— Sin duda, es un hijo de puta machista —exclamo, sabiendo muy bien que su reputación no es precisamente la mejor. El nuevo *Don* de Civitavecchia, antes conocido por vivir a la sombra de su padre, Cesare Del Vecchio, tiene fama de ser ambicioso, traicionero y cruel.

No son precisamente las cualidades que necesitaba en un suegro, pero eso es lo que dicen: mantén a tus amigos cerca *y a tus enemigos aún más cerca.*

¿Habrán heredado sus hijas las cualidades de su padre?

¿O acaso la distancia las ha protegido?

—No podría estar más de acuerdo —dice Stella, y sé que quiere decir algo más, pero parece pensativa.

—¿Qué pasa?

—Tengo fotos de las dos.

— No hace falta que las vea.

— No me lo puedo creer —rompe el silencio Romeo.

—Ni se te ocurra, primo. Ya he tenido suficiente con Giovanni.

—No diré nada, pero hasta a mí me ha picado la curiosidad —replica, mirando hacia su hermana, que, por supuesto, cierra el portátil, acabando con su esperanza de enterarse de algo antes que nadie.

— Pero joder, Ste… —refunfuña.

—He traído las fotos para Pietro, no para ti. —Esboza una sonrisita pícara, y sé que se lo está pasando en grande—. A menos que tú también estés pensando en casarte. ¿Debería avisarle *a mamá*?

—Cierra el pico —exclama, levantándose apresuradamente, arreglándose la corbata y esbozando esa sonrisita que hace que las mujeres caigan rendidas a sus pies—. Antes de que eso ocurra, el infierno se congelará. —Me guiña un ojo, y yo solo pongo los ojos en blanco.

Estoy rodeado de hijos de puta.

Eso es.

— Vale, ya basta de charla, pero me voy arriba. Necesito una ducha y unos malditos minutos a solas, antes de… — Dejo la frase a medias, pero nadie dice ni una sola palabra.

Todos se limitan a mirarme, con una mezcla de expectación y lástima.

— Joder, no me miréis así —escupo las palabras, levantándome de un tirón—. Os veo dentro de cuarenta minutos — suelto, saliendo de la oficina antes de que ninguno de ellos tenga la oportunidad de decir nada más.

Ni siquiera me molesto en terminar la frase, es una pérdida de tiempo, ya saben lo que iba a decir… y, si depende de mí, pronto lo sabrán todos en la organización —y fuera de ella—.

Esta maldita alianza se forjará, o que no me llamo Pietro Zampieri.



Ni siquiera sé cuántos minutos me quedé bajo la ducha dejando que el agua caliente me cayera por la espalda, con los ojos cerrados y las manos apoyadas en los azulejos helados. Necesitaba ordenar mis pensamientos, calmar mi propio caos.

Cierro el grifo de la ducha y me dirijo al dormitorio con la toalla enrollada en la cintura.

La brisa fresca del atardecer me da la bienvenida y me acerco a la ventana del balcón, observando la calma que reina ahí fuera, tan diferente de cómo me siento yo.

Respiro hondo y cierro la ventana, sabiendo que, si no me pongo en marcha, llegaré tarde, lo cual no es una opción; quiero resolver esto cuanto antes.

Un tema menos, si me preguntas.

Me termino de poner la camiseta negra; sí, me voy con estos jodidos vaqueros, camiseta y chaqueta de cuero, mi compañía constante, y espero que Tiziano Del Vecchio suelte alguna gilipollez.

No lo haría… qué pena.

Y solo pensar en su cara de sorpresa al verme es lo que hace que la idea de ir a su mansión sea soportable, lo admito. Una sombra de sonrisa se dibuja en mi rostro con solo imaginar su indignación disimulada tras sonrisas falsas.

Un ligero golpe en la puerta me devuelve al presente.

— Entra — digo de un tirón, mientras me pongo el reloj de pulsera, y al poco rato asoma la cabeza de la señora Giulia Zampieri por la pequeña rendija.

— ¿No te molesto?

—Claro que no, *mamá*. Nunca —le respondo, y ella sonríe, pero no me engaña, veo la preocupación en su mirada.

Me mira de arriba abajo, hasta que se detiene frente a mí y me pasa suavemente la mano por el pelo húmedo.

— Estás guapísimo, cariño —exclama—. Y hueles de maravilla.

—Me alegro de que el baño haya surtido efecto —bromeo, intentando aliviar la tensión.

—Desde luego que ha funcionado —no me perdona, y me guiña un ojo—. Claro que un traje te haría más elegante —continúa, y estoy a punto de replicar, pero ella se me adelanta. —Pero —hace una pausa, creando suspense—, eres como tu padre, guapo de cualquier manera, y tu futura esposa será una afortunada —dice la última parte con los ojos llorosos, apoyando la mano sobre mi pecho.

—Mamá… —Le toco la mano, sin saber cómo tranquilizarla.

— Sé que ya estás a punto de irte…

—Para ti siempre tengo todo el tiempo que haga falta, señora Giulia.

— Buena respuesta. — Sonrío y contengo la respiración, imaginándome ya el rumbo que tomará esta conversación. — No voy a discutir…

Ay, mamá.

— Sé que eres un hombre maduro y que conoces la importancia y las implicaciones de las decisiones que tomas. — Me acaricia la mano, con su mirada cariñosa siempre fija en la mía. — Sé que lo haces —respira hondo— para protegernos.

—Siempre, daría la vida por todos los que están aquí —digo, sin titubear ni un instante, y la veo respirar hondo.

—Oh, querido mío… —me acaricia la cara—… solo quería que las cosas fueran más sencillas, que la carga que llevas sobre los hombros fuera más ligera y que fueras feliz.

—Lo soy.

—Me has entendido. —Hace una mueca.

—Seré feliz honrando a *la familia*, *mamá*.

—Nos honras todos los días, querido, todos…

Joder.

— Solo me gustaría que tú y tu hermano encontrarais el tipo de felicidad que tenemos tu padre y yo.

— Sois afortunados.

— Lo somos, y tú… —continúa, y la interrumpo, sabiendo ya adónde va a parar esto.

— *Mamá*.

— Lo sé, lo sé —dice con la voz entrecortada—. ¿Puedo pedirte solo una cosa, hijo?

— Sabes que sí, excepto…

— No conozco a esa mujer, pero hay algo que tengo claro: a nadie le gustaría estar en su lugar.

Joder.

— Sé lo de las tradiciones, de toda esa mierda… —continúa, y ahí está la matriarca de Sacra—. Ni se te ocurra explicármelo, tu padre ya lo intentó y hasta hoy no lo ha conseguido —suelta de golpe y se detiene, como buscando las palabras adecuadas—. De alguna manera, confío en que dejarás que *ella* te elija.

Así me jodes, señora Giulia.

Elegir, joder, no quería estar en esta jodida situación.

—Mamá… —empiezo a decir, pero ni siquiera me deja terminar.

—Prométeme que harás todo lo posible para que esa chica tenga al menos la oportunidad de hablar, de decir algo, de expresarse, por el amor de Dios.

—Haré todo lo posible —me oigo decir, aunque sé que tengo un grave problema por delante.

Porque una cosa es segura: con elección o sin ella, solo saldré de Civitavecchia con un jodido «sí» y un compromiso firme.

Mamá se queda mirándome en silencio unos segundos, pero luego sonríe y me acaricia la cara.

—Sé que irás, eres un buen hombre, Pietro.

Ay, mamá…

En este momento, no creo que esa sea la definición adecuada, ni para mí ni, mucho menos, para este momento, porque ahora lo único que me mueve es el interés más puro.

— ¿Vas a cenar? —pregunta de repente, cambiando totalmente de tema, y se lo agradezco en silencio.

— Seguro que todo está delicioso, pero no —respondo—. Stella y Romeo ya deben de estar esperándome.

—No puedes culparme por intentarlo —me guiña un ojo—. ¿Nos vamos, entonces?

—¡Vamos!

Codo con codo, bajamos las escaleras y, tal y como imaginaba, toda la familia está reunida, y siento las miradas de todos fijas en mí.

—Buenas noches —saludo, sintiendo una extraña sensación en el pecho.

Es por ellos…

La Famiglia, siempre.

— ¿Stella y Romeo? — Arqueo una ceja, extrañada por su ausencia.

—Ya te están esperando ahí fuera —me avisa la tía Chiara, y yo asiento en señal de agradecimiento.

—En ese caso, no los voy a dejar esperando —aviso, esbozando una sonrisa forzada que no refleja cómo me siento. — Que paséis una buena noche —digo rápidamente, y todos, sin excepción, saludan con la mano.

Incluso Alessia, que siempre es tan habladora, parece demasiado callada.

Tengo que salir de aquí cuanto antes.

Me despido de *mamá* con un beso en la frente, pero antes de dirigirme hacia la salida, me veo acercándome a ella: *la señora*

Eleonora Zampieri.

— Abuela… — Me arrodillo frente a su silla y le toco la mano con cuidado. Con casi noventa años, su salud ya no es la misma, pero no te dejes engañar: esta mujer no tiene nada de frágil, como le gusta recordar; aún le queda mucho por vivir antes de ir al ataúd, y muchas veces es más astuta y ágil que nosotros.

—Que Dios te proteja en la ida, durante tu estancia y en el regreso, y que guíe tus decisiones. —Me acaricia el pelo, como siempre ha hecho todos estos años.

Beso su palma y me levanto, intercambiando una rápida mirada con su marido, y solo entonces me doy cuenta de que mi padre y mis tíos ya no están sentados a la mesa.

No.

Están de pie a pocos pasos de distancia, mirándome fijamente, y, joder, cómo se me acelera el corazón.

No puedo decepcionarlos.

No puedo fallar.

Todos tienen cara seria, bueno, excepto mi tío Lucca, pero este no podría poner esa cara ni aunque quisiera; apuesto a que está listo para soltar alguna broma, igual que Giovanni.

—Ni una palabra, tío —le espeto, con la mirada clavada en él.

—Vaya, ni siquiera iba a decir nada —replica, fingiendo estar ofendido, pero con ganas de reírse.

—Claro, ¿a quién quieres engañar?

— Oye, te vi nacer, chaval —bromea, atrayéndome hacia él para darme un abrazo—. Buena suerte ahí. Si son muy feas, huye sin mirar atrás.

—Lucca… —grita Chiara, y esta vez soy yo quien se muerde los labios para no reírme.

Mi familia es la leche.

— ¿He dicho que corras? Corre hacia tu futura esposa, joder. Ni siquiera me dejan terminar la frase.

El tío Enzo se queda en silencio, y mi padre solo pone los ojos en blanco, acercándose y deteniéndose frente a mí, mirándome a los ojos.

— Sé que, sea lo que sea lo que decidáis allí, será una buena decisión.

— Gracias, *papá*.

Me aprieta el hombro con fuerza.

— No lo olvides, estamos aquí por ti; da igual la decisión que tomes, siempre estaremos a tu lado.

—Aunque eso signifique matar y torturar a unos cuantos hijos de puta de Civita —subraya el tío Enzo, rompiendo el silencio, y joder, no puedo contener la sonrisa.

— Sé que tú… vosotros —destaco, mirándolos a cada uno—, estaréis conmigo, pase lo que pase.

—Siempre —dicen casi al unísono, y joder, me arde la garganta, y es precisamente por eso por lo que voy allí, porque sé que si eligiera el camino de la sangre, ellos irían a mi lado, cueste lo que cueste, y no estoy dispuesto a vivir con ese peso.

El sacrificio será solo mío.



Stronger (What Doesn't Kill You) – Kelly Clarkson
Running Up that hill (A Deal with God) - Kate Bush

— ¿No me vas a decir qué estás planeando?

— ¿Eh? — Dirijo mi atención hacia Dona, que me mira como si me hubiera salido un cuerno en la frente.

— Llevas ahí dando vueltas de un lado a otro desde hace treinta minutos.

— No puedo quedarme tirada en la cama sin hacer nada. No saber qué está pasando ahí fuera me está matando.

—Vamos a recibir una visita, eso es.

—Sabes que es más que eso.

Como si respondiera a mi pregunta, la puerta se abre sin previo aviso y aparece una de las empleadas, una que nunca me ha caído bien y que siempre nos chivaba a *papá*.

No sonríe ni dice nada.

Simplemente se acerca a mi cama, vacía, y me pone un vestido rosa claro, lleno de volantes y pompones, demasiado recargado para mi gusto.

— ¿Qué es eso?

—Tu ropa para más tarde, señorita Del Vecchio —destaca con sorna, como si yo no supiera que es un maldito vestido.

—¿Acaso parezco tener diez años para llevar eso? —replico, y veo cómo se le estrechan los ojos.

Sí, ve corriendo a contárselo.

—Lo ha elegido tu padre, quejate con él —replica, acercándose a la cama de Dona, que se ha levantado y me mira con los ojos muy abiertos, en un claro «*cállate*».

—Este es el tuyo —observa con disgusto mi hermana—. Espero que te quede bien —añade antes de salir, cerrando la puerta tras de sí.

—¡Menuda zorra! —exclamo, con los puños cerrados—. Lo que no daría por llenarle de bofetadas esa cara snob que tiene.

—¡Elena!

— ¿Qué? Tú también puedes darle unas cuantas.

—No es tan malo… —intenta tranquilizarme, echando un vistazo a mi cama.

— Ni se te ocurra suavizarlo. Esto es una locura. ¿Qué más va a querer? ¿Que me deshaga la trenza? Dime que el tuyo es mejor.

—Yo… —Se detiene, mirando por fin el modelo colocado sobre el colchón.

— ¡Pero qué mierda! —suelto al ver la prenda que tengo delante.

También es de color rosa, pero, a diferencia del mío, el de Donatella es de un tejido brillante y el escote se nota claramente. Por el amor de Dios, tiene una abertura, discreta, pero, aun así, una abertura en el lateral.

— Elena…

— ¡Lo siento, se me ha escapado! —Pongo cara de asco y ahora todo empieza a cobrar sentido en mi cabeza.

—No tiene sentido —balbucea mi hermana sin apartar la mirada del vestido.

—Sí que tiene sentido —replico, y su mirada se cruza con la mía—. *Papá* te va a presentar a los invitados.

— Yo…

— Eres la mayor —señalo lo obvio—. El vestido es para que te encuentren atractiva. —Guiño un ojo, intentando relajar el

ambiente, aunque, por dentro, estoy en pánico.

Esto no puede pasar.

Dona es demasiado buena para cualquiera de esos monstruos con los que *papá* hace negocios. Ella no ve el peligro, la van a… masacrar.

¡Piensa, Elena, piensa!

—Todo va a salir bien —susurra, pero la conozco demasiado bien. Tiene miedo.

— Voy a bajar.

—¡No puedes! —exclama, agarrándome de la muñeca—. Fabrizzio lo dejó muy claro: no debemos salir de aquí hasta que nos llamen.

— No se enterará de que he bajado.

— Lena, eso es una pésima idea.

Maldita sea, tiene razón, pero es la única opción que tengo y necesito saber algo sobre la visita.

¿Quizá consiga asustarlo? ¿Podré echarle algo en la bebida?

Veneno, un laxante…

Dios, perdóname, pero sonrío al pensar en la última posibilidad. Eso sería, como mínimo, interesante, aunque poco práctico. El muy desgraciado podría incluso salir de aquí hoy hecho caca, pero ¿quién garantiza que no volvería mañana, listo para vengarse?

—Tenemos que ducharnos y empezar a arreglarnos —dice Dona, y asiento, sé que tiene razón.— ¡Genial! Me alegra ver que aún te queda algo de sentido común en la cabeza.

Pongo los ojos en blanco.

— Ve tú primero. Yo iré después, tengo que intentar encontrar unos zapatos que combinen con esa monstruosidad. — Le guiño un ojo y ella sonríe.

— Trato hecho. No tardaré mucho.

Ah, no te preocupes.

—Tómate todo el tiempo que necesites —le digo para tranquilizarla, y veo cómo Dona se dirige al pequeño cuarto de baño que hay en el ático.

No es nada lujoso, como los que hay en el resto de la casa.

La verdad es que no, pero es mejor que nada.

Me muerdo los labios y camino despacio hacia la puerta.

Echo un vistazo al reloj y confirmo que aún me quedan unos minutos antes de que empiece el caos.

Oigo el ruido de la ducha y es mi señal; abro la puerta despacio, miro a ambos lados, no hay nadie, solo silencio.

Bajo los escalones, rezando para que nadie se cruce en mi camino.

Mis hermanos y *mi padre* deben de estar terminando de arreglarse, lo que me recuerda que yo debería estar haciendo lo mismo.

Que le den.

Unos pasos más, solo unos pocos más.

Lo primero que noto al llegar al gran salón es el olor.

Seguro que ese perfume no estaba ahí antes, ni mucho menos.

Es agradable…

No es dulce y empalagoso como el que suelen usar Fabrizzio y Federico. Solo de recordarlo, me dan náuseas.

Este es… fresco, limpio y, al mismo tiempo, intenso, llamativo.

¡¿Qué demonios, Elena?! Céntrate en la misión y no en intentar adivinar qué perfume ha decidido ponerse alguien.

Vuelvo a caminar y el aroma del café recién hecho me envuelve, ayudándome a dejar de lado ese perfume tan agradable.

—*¡Dios mío*! ¿Qué haces aquí, chica? —Fátima abre mucho los ojos y se pone las manos en la cintura.

—Tengo hambre.

— Elena, Elena, te encanta jugar con fuego. Sube ya, más tarde comerás todo lo que quieras, niña —exclama, y parece olvidar que ya no soy la niñita a la que le llevaba comida a escondidas.

—Vale, no tengo tanta hambre —admito, haciendo una mueca, y ella entrecierra los ojos. —Cuéntame, Fat… —la llamo como solía hacer antes de irme al internado.

— ¿Contarte qué?

—¿Quién es el visitante que va a llegar dentro de un rato?

—¿Llegar? —Abre mucho los ojos—. Niña, ya ha llegado.

Ahora me toca a mí abrir los ojos como platos.

—Vaya, eso no me lo esperaba. Si ha llegado antes de tiempo, solo puede ser uno de esos viejos paranoicos con los horarios, y debe de estar realmente desesperado por casarse.

— ¡Elena! —Me agarra del brazo, prácticamente empujándome hacia las escaleras.

— Tranquila, Fat, ya voy.

— ¡Ahora mismo!

— Si ya has visto a ese desgraciado, cuéntamelo… — Pongo esa cara de perrito abandonado, que suele funcionar, pero ella ni pestañea. — Vaya, Fat, esto es importante, ¿es muy mayor?

La señora solo niega con la cabeza y no dice nada.

¡Maldita sea!

— ¿Calvo, gordo? — Veo que esboza una reacción.

Eso es.

— ¿Gordo? Dios, no me digas que es de esos que apenas pueden ver…

— Elena Del Vecchio —jadea, indignada, y yo me muerdo los labios para no reírme.

—¡Para verte los pies! —exclamo rápidamente—. ¿Qué mente tan sucia tienes, Fatinha? —bromeo, sin poder contenerme.

—Vete ya antes de que te metas en problemas —susurra, y sé que está preocupada.

— Vaya, de verdad que no tienes corazón —hago un puchero, pero reconozco mi derrota.

—Sí que lo tengo, y estoy a punto de sufrir un infarto. Que sepas que, si muero, volveré solo para atormentarte.

Qué pesada.

—Dios me libre. —Me santiguo—. No lo harías.

—Sí que lo harías, traviesa. ¡Sube, sube! —Me echa y me río, pero hago lo que me ha dicho.

— ¿Qué te llevas ahí? ¿Hay alguna posibilidad de que…? — Me detengo, le guiño un ojo y se le pone la cara roja—. Ya sabes.

— ¡Por Dios! No te acerques al café, Elena Del Vecchio, no creas que me he olvidado de aquella vez que le echaste laxante a la

bebida del pobre chico.

— Era un imbécil y tú lo sabes.

— Sí, pero, aun así, el chico se cagó por completo.

—Nunca olvidaré la escena, o, mejor dicho, el olor. —Hago una mueca y ella no puede contener la sonrisa.

— Ay, tú, tú, chica, vuelve a tu habitación y cámbiate ya, enseguida os llamarán a ti y a tu hermana, y entonces, que Dios nos ayude.

Sus palabras me dan de lleno, porque sí, enseguida tendremos que bajar… y no hay nada que pueda hacer para proteger a la señora.

—Dios se fue de esta casa hace mucho tiempo —las palabras se me escapan y toda la broma se esfuma.

Fátima me mira con cariño y lástima, y eso me destroza; me doy la vuelta rápidamente y empiezo a subir las escaleras a toda prisa, sin siquiera mirar a los lados.

He fallado.

No he descubierto una mierda, a menos que nuestro invitado, o quienquiera que esté con él, se haya dado un baño de perfume.

Está claro que ese olor tan agradable no puede ser de ninguno de los imbéciles que trabajan con mi padre.

El olor era agradable…

Impregnaba toda la planta baja y parece que no quiere salir de mi nariz.

—No habrás hecho… —exclama la señora, saliendo del baño justo en el momento en que cierro la puerta del dormitorio.

Por los pelos.

Me doy la vuelta, solo para encontrarme con su mirada.

— Lo hice, y nadie se ha dado cuenta, así que cálmate.

—Podrían haberte pillado.

—¿Y qué iban a hacer? ¿Pegarme? ¿Encerrarme en la habitación? Quizá debería haberme pillado —susurro, y Dona da un paso hacia mí.

— No digas eso ni siquiera en broma.

No lo estoy, quiero decir, pero me callo.

— Te necesito, Lena, no puedo… no sola.

— Nunca sola, ¿te acuerdas? —le respondo, sintiendo cómo se me acelera el corazón.

—Nunca —dice, y veo que se le humedecen los ojos.

— Vamos a cambiarnos, que ese desgraciado ya ha llegado —digo, dirigiéndome al baño para darme una ducha rápida.

— ¿Qué? —grita ella, pero yo simplemente la ignoro.

—Ya me has oído —le respondo, mientras me quito la ropa, y me divierte ver su mirada de sorpresa.

—¡Oh, Dios, voy a cambiarme! —grita, y corre de vuelta al dormitorio.

Me meto en la ducha y cierro los ojos, enjabonándome de forma automática, mientras mi mente no para de dar vueltas.

¿Qué voy a hacer?

Dios, si de alguna manera me estás escuchando, sé que no soy un ejemplo de fe; de hecho, hace mucho que dejé de creer…

Me tiemblan los labios y me los muerdo con fuerza.

Pero si, de alguna manera, el Señor está ahí…
Por favor, muéstrame el camino.
Ayúdanos.

Apenas cierro el grifo de la ducha, oigo a la señora maldecir alto y claro, lo cual, créeme, es raro.

Sí…

Yo soy la que dice palabrotas, y ella, la dama de la familia.

—¿Qué pasa? —pregunto, mientras termino de envolverme la toalla alrededor del cuerpo, pero ni siquiera necesito una respuesta, no cuando, nada más entrar en el dormitorio, la veo intentando ponerse ese maldito vestido.

Intentándolo, porque está claro que no le queda bien.

— Vale.

— No te queda bien, Lena. —Hay desesperación en su voz.

— Oye, no pasa nada, no es culpa tuya que compraran la talla equivocada.

—Sabes que *papá* no lo verá así.

Joder.

— Oye, lo que él piense no importa. ¿Me oyes?

Veo una lágrima rebelde resbalando por tu mejilla y me apresuro a secártela.

— Solo es una maldita ropa.

— La ropa —me corrige.

— Solo un trozo de tela —insisto—. Te voy a ayudar a quitártela y lo intentamos una última vez, ¿qué te parece?

— Vale —susurra, pero la tela, para colmo, parece ser de pésima calidad. — No quiere salir, no quiere… —murmura, tirando por un lado, mientras yo intento hacer lo mismo por el otro.

— Si se ha metido, se va a sacar —digo y, justo en ese momento, se oye el inconfundible sonido de algo rasgándose y el tiempo parece detenerse.

—Oh, Dios.

— Mierda —maldigo, mirando el trozo de tela que tengo en la mano. — Sí… realmente tendrás que ponerte otra cosa.

Donatella arranca el resto del vestido de un tirón que sin duda lo ha destrozado por completo, y me mira presa del pánico.

— Todo bajo control.

— Eres una mentirosa pésima —jadea, sin poder contener el llanto.

Mierda, mierda, mierda.

Corro hacia nuestro armario.

Encerradas aquí durante las últimas horas, si hay algo que hemos hecho ha sido deshacer las maletas, y nuestra ropa está toda debidamente organizada.

Piensa, piensa…

— ¡Ya lo sé! —casi grito, con el corazón a punto de salirse por la boca.

— ¿Qué?

— Eso. — Saco las perchas y las sostengo sonriendo frente a mi cuerpo.

— No…

—¡Sí! —replico, sin dudar ni un instante.

—Son los vestidos que llevamos en el funeral del *nonno*.

— Exacto, son perfectos para este momento. — Guiño un ojo.

—*Papá* nos va a matar —suspira ella, y no deja de ser irónico.

—Pues iremos a nuestro propio funeral —suelto, y ella abre mucho los ojos. —Es broma, tranquila, pero piénsalo conmigo, Dona… —le digo, y ahora hablo en serio—. No tenemos nada adecuado. — Echo un vistazo a las demás perchas y no miento. Después de tantos años viviendo en ese internado, nuestro armario se reduce a pantalones, sudaderas, camisetas y algún que otro vestido raído, nada adecuado para el momento. — Es esto o ir con vaqueros y camiseta, lo que incluso preferiría, pero creo que este es elegante y perfecto *para la ocasión.*

—Te estás divirtiendo.

— Quizá un poco.

— Recuérdalo más tarde.

— Yo apuesto por vivir el momento; del mañana solo Dios sabe.

Mi hermana se queda en silencio unos segundos, mira lo que queda del vestido rosa y luego extiende la mano.

— Dame eso, al menos sé que me va a quedar bien.

— ¡Vaya!, te va a quedar precioso, porque tú eres preciosa, Donatella.

— Ay, Lena, solo tú, solo tú podrías convencerme de ponerme esto.

—Ahora hasta me he animado —digo, quitándome la toalla y corriendo a vestirme.

Unos minutos después, por fin me miro en el espejo y sonrío. No está nada mal…

De verdad que no está nada mal.

Me echo un poco de perfume en el cuello y en la muñeca, y sonrío satisfecha.

— ¡Perfecto!

—Que Dios nos ayude —susurra Dona justo detrás de mí, y nuestras miradas se cruzan.

Sí, ojalá Él me haya escuchado y *por fin nos ayude.*
Soñar no cuesta nada.



Take me to the church - Hozier
«Dream on» — Aerosmith

—Ya sabes, el helicóptero habría sido una opción más rápida y no tendríamos que salir de Siena con tanta antelación —comenta Romeo, y veo cómo su hermana se contiene para no reírse.

Stella sabe el motivo de mi elección, aunque no lo diga en voz alta.

— Créeme, primo, a mí también me gustaría llegar y volver lo antes posible; sin embargo, la idea de acercarme a la mansión de los Del Vecchio en una lata voladora, a más de tres kilómetros de altura, no me parece segura.

— Joder, tienes razón.

Sonrío.

— Además, aunque se trate de una reunión de negocios con vistas a una futura alianza, me siento más tranquilo teniendo a varios soldados a nuestro lado.

—El que dijo eso ya no está aquí.

El silencio vuelve a reinar en el todoterreno.

Formamos parte de un convoy de cinco vehículos.

Sí, cuando dije que no quería ir sin estar preparado, no bromeaba. Estamos a punto de entrar en territorio enemigo y toda precaución es poca.

— Nicola, ¿qué tal va nuestro explorador? — Aprovecho el momento para ponerme al día.

— Todo tranquilo, *Don* Zampieri.

Bien.

Que siga así.

Si hay algo que detesto, son las sorpresas.

— Vamos a llegar antes de la hora prevista — dice Stella al ver la señal de tráfico.

— Bueno… —exclamo, y veo las miradas curiosas de los dos fijas en mí.

— Vale, ¿a dónde quieres llegar, primo? —pregunta Romeo.

— Estará bien ver qué es lo que los Del Vecchio aún no han conseguido disimular u ocultar antes de nuestra llegada.

— Vaya, recuérdame que nunca te invite a mi piso —le guiño un ojo y no dejo pasar la oportunidad.

—Como si necesitara una invitación —le respondo, y él sonríe.

—¡Es verdad!

— A ver quién lo diría, parece que Pietro fuera a encontrar algo en ese sitio. Parece uno de esos pisos de exposición, se podría dormir en el suelo de lo limpio que está, ni siquiera parece que vivas realmente allí.

—A eso se le llama trabajo —bromea, pero sé que no miente. Con nuestra expansión en la red hotelera y el aumento de nuestra participación en licitaciones públicas, la oficina ha recibido una demanda considerable de asuntos, algo que mi primo gestiona con maestría.

El cabrón es bueno en lo que hace.

Muchísimo.

— En serio, Rô, no parece que vivas ahí.

—Eso es porque paso más tiempo fuera. Últimamente, solo voy para ducharme y dormir.

— ¿Y qué hay de la diversión? —Arqueo una ceja, sabiendo que el abogado de la mafia no solo usa el cerebro.

Romeo se ríe.

— Eso lo arreglamos en algún momento del día o después del trabajo. — Guiña un ojo. — Pero nunca en mi rincón, ese es sagrado.

—Al menos, nunca tendré que estar recogiendo braguitas o sujetadores cuando vaya a visitarte —bromea Stella, y él se ríe a carcajadas.

—Claro que no. Si algún día llevara a alguien a mi rincón, hipotéticamente hablando, lo más probable es que ella ya estuviera desnuda antes de que entráramos por la puerta principal.

— ¡Madre mía, qué detalle! Dios, eres tan cabrón como Giovanni, ¡en serio!

—Quizá más… —toso, y entonces ya nadie puede ponerse serio, todos se ríen, y joder, qué bien sienta.

Es justo lo que necesitaba.

Unos minutos de distracción, de ligereza, porque, lo sé, los próximos serán todo *menos eso*.

—Tiempo hasta la llegada: cinco minutos —avisa Nicola, y la tensión vuelve a apoderarse del vehículo.

Saco mi pistola de la funda y compruebo el cargador.

Todo en orden.

No tengo intención de usarla, pero mi padre me enseñó a estar siempre preparado.

Siempre.

Romeo hace lo mismo, y resulta incluso extraño ver al miembro de la familia que siempre lleva corbata sacando una Beretta APX, su pequeña joya.

Stella se muestra indiferente, mirando su tableta, pero no te engañes, sé muy bien que mi prima también va armada.

Detrás de ese rostro y esa apariencia angelical, también hay una mujer con una puntería excelente.

Me he asegurado de ello.

Si, de pequeños, mi hermano y el suyo le hicieron la vida imposible por sus habilidades en el campo de tiro, eso ya es cosa del

pasado.

Toda familia lo sabe y no dudará en usar lo que sea necesario para protegerse y honrar a la familia.

De eso se trata.

El todoterreno reduce la velocidad, lo que significa que ya estamos cerca de la puerta principal.

A diferencia de la mansión de los Sacra, que está rodeada de acres de terreno, lo que nos proporciona privacidad y protección, los Del Vecchio están ubicados en una zona urbana, elegante, pero que, aun así, implica la presencia de vecinos más cercanos de lo que me gustaría.

—Nos han dado permiso para entrar, señor —avisa Alessandro, uno de nuestros soldados, y yo asiento en señal de agradecimiento.

No tardamos mucho en aparcar frente a un gran edificio.

Nuestros soldados son los primeros en bajar y comprobar la seguridad a nuestro alrededor; solo entonces salgo del vehículo, sintiendo cómo la adrenalina corre por mis venas.

Ha llegado el momento.

Respiro hondo, sintiendo el inconfundible olor a mar, y enseguida veo acercarse a un hombre, de más de sesenta años, que imagino que es el consejero de Tiziano Del Vecchio, acompañado de varios soldados fuertemente armados.

Ya me lo esperaba.

El muy cabrón quiere demostrar su poder, como si esta mierda fuera a intimidarme.

—*Don* Zampieri —me saluda el hombre y, con un gesto, mis hombres se apartan, dejándome acercarme al desgraciado; solo Domenico, mi guardaespaldas personal, permanece a unos pasos, aunque no es que necesite su ayuda.

En un abrir y cerrar de ojos, el viejo estaría muerto ante mí, si así lo deseara.

Por suerte para él, no es el caso; vengo en son de paz.

—Orlando Ferraro —digo, y él parece sorprendido.

Sí, he hecho los deberes.

El anciano trabajaba con el difunto Cesare Del Vecchio y sigue al servicio del actual *Don*.

—Espero que hayáis tenido un buen viaje —continúa, y no se me escapa la forma en que mira a mis primos, que están a mi lado, con una mezcla de curiosidad y, diría yo, desprecio.

Jodido imbécil.

—Genial. Estos son Romeo Zampieri y Stella Zampieri, abogado y *asesora* de Sacra, respectivamente —subrayo, y él no consigue disimular la sorpresa al mirar a mi prima.

Sí, has oído bien: mi jodida asesora.

—Hemos llegado un poco antes de lo previsto, espero que no sea un gran inconveniente —exclamo, aunque, en el fondo, deseo que sea todo lo contrario.

Vuelve a mirarme, aún desconcertado, y respiro hondo, deseando ya que nuestro viaje de vuelta se haga lo antes posible.

—En absoluto, Don Del Vecchio vendrá enseguida a recibirlos, solo me ha pedido que los acompañe hasta el despacho mientras termina de resolver un asunto.

Ni siquiera respondo; ese crío no merece ni que le dedique una palabra, y, ante mi silencio, se pone en marcha y se dirige hacia la mansión.

Con una señal, mis hombres ya saben qué hacer.

La mayoría se quedará fuera, vigilando el perímetro, asegurándose de que nadie toque nuestro vehículo y atentos a cualquier señal de peligro.

Solo Domenico nos acompaña, y aunque pueda parecer que estamos en desventaja numérica, es una ilusión, ya que no en vano lo elegí como mi sombra.

—¡Bienvenidos! —anuncia, empujando una pesada puerta de madera que da paso a un amplio salón-comedor que parece sacado de alguna película antigua; el papel pintado ha visto días mejores, una espantosa alfombra adorna el suelo de mármol, que contrasta con los muebles de madera que deben de ser más viejos que *el Papa*, aunque no pienso mencionarle esta parte a él.

Y, para rematar el horror, hay dos lámparas de araña gigantes, un claro intento de demostrar poder y estatus, pero que,

para mí, solo pone de manifiesto lo snobs y horteras que son los Del Vecchio.

No hay decoración, cuadros, marcos de fotos, cojines, cortinas, nada que aporte calidez alguna o que haga que este lugar se parezca ni remotamente a un hogar; al contrario, da la sensación de estar en un mausoleo.

Contemplo la gran escalera que da acceso a la planta superior, donde imagino que estarán los dormitorios, y solo puedo imaginar que el terror continúa allí. Dirijo mi atención hacia la puerta de la derecha, donde supongo que se encuentra el reduto de Tiziano Del Vecchio.

—Por aquí —anuncia el consejero, confirmando mis sospechas.

Y si el exterior ya me había sorprendido, ni siquiera sé qué decir del despacho.

A pesar de que la luz está encendida, el lugar sigue siendo oscuro, y el olor a cuero, puro y madera es casi asfixiante.

Hay cosas que se pueden reformar, pero este era uno de esos casos en los que no serviría de nada.

Si fuera yo, lo derribaría y construiría uno nuevo desde cero.

—¿Dónde está el baño? —pregunto sin rodeos, necesitando unos segundos fuera de aquí.

No sé cómo explicarlo, simplemente lo necesito.

— Al otro lado del despacho, cerca de la base de la escalera, hay un pequeño aseo, *Don* Zampieri.

Miro a mis primos y los tranquilizo con la mirada.

A Domenico también le queda claro, aunque sea sin palabras, que no hace falta que me acompañe.

Abro la puerta, dejando a Romeo y a Stella en compañía de ese desgraciado, y, por muy cursi que parezca, estar fuera de la oficina es mil veces mejor que estar en ese agujero.

Nunca he sido de creer en esas mierdas de la energía o el ambiente tenso, pero te diré una cosa: nada más salir de allí, ya me siento mejor.

Quién lo entiende.

No tardo mucho en encontrar el baño, y no pierdo el tiempo: me lavo la cara y enseguida me siento mejor.

Qué sitio de mierda.

Jodido Del Vecchio.

Miro mi reflejo en el espejo y respiro hondo, sabiendo que tengo que calmarme de una vez.

Hay mucho en juego.

Me seco y tengo la mano en el pomo cuando oigo voces de mujeres fuera y me detengo.

Sé que no es de buena educación escuchar la conversación ajena, pero no podría importarme menos.

Una de las voces pertenece a lo que imagino que es una señora, a juzgar por su tono y su marcado acento, y parece muy alterada mientras reprende a la otra.

Elena…

La hija menor de Tiziano Del Vecchio.

Esto se acaba de poner más interesante, sobre todo cuando oigo que la chica está jugando con fuego.

— Cuéntame, Fat… — Suena una voz suave, totalmente diferente a la otra, y joder, todo mi ser se estremece.

Pero qué demonios.

Me acerco más a la madera, intentando escuchar con precisión la conversación.

— ¿Quién es el visitante que va a llegar dentro de un rato?

—¿Llegar? Chica, ya ha llegado.

Joder.

No hay nada como saber que el tema de conversación eres tú, pero joder, no me esperaba la respuesta que vino a continuación.

—Eso no me lo esperaba. Si ha llegado antes de tiempo, solo puede ser uno de esos viejos paranoicos con los horarios, y debe de estar realmente desesperado por casarse.

Joder, tengo que reconocerlo, la chica es atrevida.

Se alejan un poco y me cuesta oír lo que dicen, pero aun así la oigo preguntar si el visitante es muy mayor y tengo que contenerme para no soltar una carcajada que delataría mi presencia.

Aquí no hay ningún viejo.

Ni mucho menos.

— ¿Calvo, gordo? —insiste ella.

Ni de coña.

Aprieto los puños, sabiendo que ya he oído suficiente, pero, aun así, queriendo saber hasta dónde llega la curiosidad de Elena Del Vecchio, y casi abro la puerta de un tirón cuando la oigo preguntar si podía verme… los pies.

Pies, y una mierda.

La otra señora pensó lo mismo que yo, a juzgar por su sorpresa.

Mi móvil vibra en el bolsillo, y ni siquiera necesito mirar para saber que debe de ser Stella, preocupada por mi retraso.

Escribo rápidamente una respuesta, pidiéndole que distraiga a ese imbécil del *consigliere* rival.

Esto es demasiado divertido.

—¿Qué mente tan perversa tienes, Fatinha? —me suelta, y me pillo sonriendo.

Joder, ya estoy deseando conocer a esa mujer.

—Vete ya, antes de que te metas en líos.

La conversación continúa hasta que, por fin, la chica parece volver a su habitación, de donde no debería haber salido, según tengo entendido.

Y cuando creo que nada de esa conversación de locas podría sorprenderme, me equivoco.

¿Qué coño es eso de poner laxante en la bebida?

Casi me atraganto con la saliva, pero consigo mantenerme en silencio.

Joder, la chica es el mismísimo demonio, con una voz angelical, pero es su última frase, antes de que por fin vuelva a reinar el silencio, la que parece despertar algo dentro de mí.

«Dios se marchó de esta casa hace mucho tiempo».

Las palabras parecen resonar dentro de mi cabeza y es entonces cuando sé exactamente qué rumbo tomará mi conversación con Tiziano Del Vecchio.

Simplemente lo sé.

Espero un minuto más y, solo entonces, abro la puerta.

El pasillo está vacío.

Ni rastro de las mujeres.

Vuelvo a la oficina y me reciben con miradas curiosas.

—*Don* Zampieri, les estaba diciendo a su asesora y a su abogado que, por desgracia, tengo que ausentarme unos minutos para atender una emergencia, pero que volveré enseguida.

Una emergencia, claro está: el *Don* quiere hablar con él ahora mismo y saber algo sobre nosotros, algo que le pueda dar alguna ventaja.

No podría estar más equivocado.

Ni siquiera respondo, solo hago un gesto con la mano y, en un abrir y cerrar de ojos, ese imbécil nos deja solos en la oficina

—Caramba, Pietro, casi le pido a Domenico que fuera a buscarte —susurra Stella en cuanto se cierra la puerta y Romeo se ríe.

—Ya ni siquiera puedes cagarte en paz, Pietro.

—Vete a la mierda, Romeo. —Tu hermana es más rápida que yo.

— Me he demorado por una buena razón —digo, y noto sus miradas curiosas.

—¿Qué ha pasado?

—Ya lo descubriréis —digo, acercándome a un cuadro horrible colgado en una de las paredes, y lo único en lo que puedo pensar es en esa voz, en esa descaro.

—¿En serio?

—¿Qué? —Me giro, solo para encontrarme con la mirada asesina de Stella, y me contengo para no reírme—. ¿Cómo alguien tiene el valor de colgar semejante monstruosidad?

—Sobre el mal gusto no se discute, ¿verdad?

— Ah, no, por eso sí que se discute. Estoy de acuerdo contigo, esta mierda es extraña —interviene Romeo y su hermana solo pone los ojos en blanco.

— Además de desaparecer, vuelve lleno de secretitos y bromas. Perfecto.

Apenas tengo tiempo de tranquilizar a mi consejera cuando la puerta se abre de golpe, y no hace falta presentar a nadie:

aparece Tiziano Del Vecchio, con una sonrisa amarillenta en el rostro y, justo detrás, uno a cada lado, sus hijos gemelos, Fabrizzio y Federico, que, a pesar de sus trajes impecables, parecen haber salido hace poco de los pañales.

Cada vez mejor.

—Don Zampieri—, me saluda, con la mirada fija en mí, y sé que por dentro está criticando mi elección de ropa.

Que le den.

Sus estúpidos hijos miran hacia Romeo, sin duda, pensando que él es el *Don*, por lo que doy un paso hacia él, con la mirada impasible.

—Don Del Vecchio —lo saludo, y la sorpresa en las caras de esos mocosos no tiene precio—. Gracias por recibirnos. —Le tiendo la mano, que el líder de Civitavecchia acepta de inmediato.

No es el apretón fuerte y firme al que estoy acostumbrado; al contrario, su tacto es gélido, débil, lo que dice mucho del hombre que tengo delante.

— Por favor, les presento a mi asesora, Stella, y a Romeo, nuestro abogado.

—Veo que ha venido preparado, Don —bromea, saludando a mis primos.

—Siempre estoy preparado —destaco, y su mirada vuelve a posarse en la mía.

—Te presento a mis hijos… —comienza, pero ni siquiera le dejo terminar.

—Fabrizzio y Federico, ¿verdad? —pregunto, demostrando que, por nuestra parte, hemos hecho los deberes.

—Encantados, Don Zampieri —dicen al unísono, como robots programados, y me gustaría poder decir lo mismo, pero lo único que siento en presencia de los tres es un profundo rechazo.

El ambiente, que ya era malo, parece haberse vuelto mil veces peor con su llegada.

No suelo equivocarme en mis juicios.

Tiziano Del Vecchio y sus hijos no son precisamente una flor que oler, lo que me recuerda los motivos que me han traído hasta aquí.

—Tenemos que hablar —digo sin rodeos.

—Me imaginaba que no habrías venido hasta aquí solo para charlar —dice, señalando con un gesto los sillones frente a su mesa de madera—. ¿Quieres algo de beber? ¿Café, vino, algo más fuerte? —pregunta, e inmediatamente recuerdo su voz y lo que hizo.

—Estoy bien —le tranquilizo, sentándome frente a ella mientras Romeo y Stella se acomodan a mi lado.

—Entonces, ¿cómo puedo…? —empieza, y ni siquiera le dejo perder el tiempo.

—Quiero casarme con su hija —suelto sin rodeos, y su mirada astuta se clava en la mía; el hijo de puta quiere sonreír, se nota claramente.

—Eso ha sido… —Se ajusta el cuello de la camisa, aflojándose un poco la corbata—. Siempre me han dicho que Don es tan directo como su padre, veo que no exageraban… —empieza a decir, pero no le dejo continuar.

No hay tiempo que perder.

—Sabemos que esto es algo que interesa a Civitavecchia.

—Podría casar a mis hijas con líderes de otras organizaciones, de pretendientes no hay falta —replica, serio, y me contengo para no reírme.

El hijo de puta quiere ponerme a prueba.

—Pero ambos sabemos que eso no es lo que quieres —replico, y un silencio sepulcral se apodera de la sala.

Nadie se atreve a decir nada y yo sigo mirando fijamente a Tiziano, sin dejarme afectar por sus últimas palabras.

—Reconozco que una alianza con la Sacra es algo que —hace una pausa, eligiendo las palabras— nos interesa.

Jodido hijo de puta.

— Romeo se encargará del contrato de compromiso —digo, mirando a mi primo, que se limita a asentir; y, conociéndolo como lo conozco, el documento ya está prácticamente listo.

—En ese caso, le diré a Donatella que baje y así podréis conoceros y charlar mientras se prepara todo el papeleo…

—Me voy a casar con Elena Del Vecchio —le corrijo, y mi corazón se dispara en cuanto las palabras salen de mi boca.

—¿Cómo? —No consigue disimular la sorpresa, ni tampoco sus hijos, que se miran el uno al otro como dos cucarachas aturdidas.

—Papá… —susurran, sin entender nada.

—No conozco a tu hija mayor, ni necesito conocerla —suelto, y Tiziano Del Vecchio se pone rojo.

Por un segundo, creo que el viejo va a sufrir un infarto y me va a facilitar la vida, pero no, se levanta, se dirige a la barra y se sirve una generosa ración de whisky, vaciando el vaso de un trago.

—Elena es mi hija menor —susurra, sin mirarme—. Donatella es la mayor, ella tiene que casarse primero —exclama, serio; solo entonces « » y vuelve su atención hacia mí, y en ese momento me cuesta mucho mantener la indiferencia.

—O me caso con Elena, o no habrá alianza —sentencio, sin titubear ni un instante.

—¡Joder! —maldice uno de sus hijos, pero basta con una mirada de su padre para que se calle.

El *Don* de Civita no dice nada.

Se sirve otra copa y luego rodea la mesa, caminando hacia mí y deteniéndose a pocos centímetros de mi sillón.

Domenico está a unos pasos, atento a todo, pero el viejo no estaría tan loco. Lo habría matado antes de que se le ocurriera siquiera actuar.

—¿Tenemos un acuerdo, Don? —le pregunto, con la mirada fija en la suya, y tras unos segundos, el hijo de puta no dice nada, bebe su whisky despacio y luego sonríe, apoyando el vaso vacío sobre la mesa con fuerza.

—Tenemos un trato, joder —exclama, tendiéndome la mano.

Me levanto y se la estrecho y, en ese momento, es como si me hubieran echado una tonelada sobre los hombros.

Está pasando.

Pero al mismo tiempo que me golpea el peso de este acuerdo, me acuerdo de ella…

De la desconocida que, con media docena de palabras, se ganó mi atención y selló su futuro.

Créeme, por muy descabellado que parezca, la escuché y la quiero.

Elena Del Vecchio, la atrevida, la hija del enemigo.

Será mi futura esposa.

Sí, porque en este momento solo sé una cosa: será ella.

Solo ella.

— En ese caso, ¿qué os parece si nos ocupamos del papeleo mientras pido que llamen a mis hijas? Supongo que el novio querrá conocer a su futura esposa —exclama el anciano, guiñándome un ojo, lo que me revuelve el estómago.

Da la sensación de que habla de un objeto vendido que va a ser entregado a su nuevo dueño, y no de su hija, la menor, como hace un momento no paraba de repetir.

E de inmediato me vienen a la mente sus palabras.

«Dios se marchó de esta casa hace mucho tiempo».

Joder…

Joder…

— Los papeles pueden esperar, quiero hablar con Elena ahora mismo.

— Claro, claro… — Sonríe y hace un gesto con la mano hacia sus hijos, y uno de ellos sale rápidamente del despacho.

Puede que esté perdiendo la cabeza, pero, locura o no, voy a darle a elegir, y no solo porque la señora Giulia me lo haya pedido, sino porque es lo correcto.

Porque Elena se merece eso.



Nobody's home – Avril Lavigne
Wings - Birdy

—Esto no va a salir bien, no va a salir bien. —La señora va de un lado a otro mientras yo me cepillo mi larga melena por décima vez.

En cualquier momento nos llamarán, lo sé, y siento que el corazón se me va a salir por la boca, aunque lo disimulo mejor que ella.

— Piensa en positivo, Dona.

— ¿Cómo? *Papá* nos va a matar.

— La culpa es mía, si hay algún problema, puedes decirlo, no deja de ser verdad. — Guiño un ojo.

—No fuiste tú quien rasgó el vestido, fui yo… —Se muerde los labios.

— Olvídalo, estamos guapísimas.

— Para un funeral —replica ella, y ni siquiera tengo tiempo de hacer una broma: un golpe en la puerta seguido de la voz ronca de Federico es la señal de que ha llegado la hora.

Ni siquiera espera una respuesta, simplemente abre la puerta, y mi cuerpo se hiela al ver su mirada y cómo aprieta los puños.

— Os vais a arrepentir —exclama, esbozando una sonrisa enfermiza.

—La ropa no nos quedaba bien —explico, pero él simplemente lo ignora.

— ¡Bajad ahora mismo! *Papá* os espera a las dos — escupe las palabras, y respiro hondo, sabiendo que no es momento de replicar.

De los gemelos malvados, él es el peor, perverso, cruel hasta el extremo…

Recuerdo, como si fuera ayer, cómo le daba pellizcos a Dona solo por el placer de hacerla llorar. Lo cierto es que, aunque éramos mayores, no podíamos regañarlos ni devolverles los golpes.

Habría sido peor.

Siempre han sido intocables.

Miro a Dona y, aunque no digo nada, intento tranquilizarla.

Le toco la mano y ella acaricia la mía con el pulgar.

Todo va a salir bien.

Bajamos las escaleras en completo silencio.

Con cada paso, siento que el corazón se me va a salir por la boca.

Ni siquiera hemos llegado a los últimos peldaños, pero veo que la puerta del despacho está entreabierta.

Respira. No servirá de nada que te pongas mal. La señora te necesita.

Federico es el primero en entrar; la señora y yo nos quedamos paradas frente a la gran puerta de madera, pero no hay forma de escapar.

Ella me aprieta la mano con fuerza y mi mirada se cruza con la suya.

—Siempre juntas—, le susurro al oído, y entonces doy el primer paso hacia el interior del reduto del *Papa*.

Un lugar prohibido para nosotras.

Lo primero que me llega es ese aroma tan agradable, el perfume de antes, mezclado con el olor a madera y cuero de los muebles.

—Donatella, Elena, os presento a *Don* Zampieri y a sus invitados —exclama *el Papa*, y al levantar la vista me encuentro con unos intensos ojos de color verde claro fijos en mí y, en ese instante, todo mi ser se agita.

No sé cómo explicarlo.

No es miedo, es algo que nunca había sentido antes.

Mi pecho sube y baja y temo que él pueda darse cuenta de cómo me afecta.

No es más que un hombre.

Solo eso.

Joder, pero no se parece en nada a lo que me imaginaba.

Olvídate de lo de gordo, calvo y barrigón.

No…

Definitivamente, no.

El desconocido que me observa, haciendo que todo mi cuerpo arda, es alto, fornido, con el pelo liso y corto, pero no demasiado corto, no, le cae ligeramente sobre la cara, lo que lo hace aún más misterioso, y, joder, si no me pillo pensando en cómo debe de ser la sensación de pasar la mano por ahí, pero claro que no sería solo eso, no…

Es la barba que enmarca su rostro la que le da un aspecto a la vez serio y peligroso, que es casi como un imán, manteniendo mi mirada clavada en la suya, y lo mejor de todo es que: el muy cabrón no lleva esos trajes caros, como mis hermanos o *papá*, no… lleva vaqueros, camiseta negra, chaqueta de cuero y, aun así, emana poder absoluto.

Es casi agobiante.

Casi, porque podría quedarme allí horas, simplemente admirando a ese desgraciado.

¡Elena!

Mi lado racional intenta que aparte la mirada, pero es imposible y eso da miedo.

Estoy acostumbrada a ocultar mis emociones y a leer bien a las personas, *él no*.

Es diferente a todo lo que he conocido hasta ahora y, para colmo, es el hombre más guapo y peligroso que he visto jamás.

Peligroso, sí, porque sus ojos no me engañan…

Me destruiría sin pestañear.

—Elena… —La voz de *papá* me saca de mis ensoñaciones, y vuelvo mi atención hacia él, sintiendo cómo me arde la cara.

—Lo siento —susurro, sintiéndome una idiota por dejar que este hombre me haga olvidar la tragedia que está a punto de ocurrir aquí.

—*Don* Zampieri —lo saludo, levantando la barbilla y haciendo una ligera reverencia, tal y como nos enseñaron hasta la saciedad en el internado, y podría jurar que veo la sombra de una sonrisa en su rostro.

¡Pero qué demonios! Se está riendo a mi costa.

— Pietro —responde, sin apartar la mirada de la mía, y, joder, ¿soy yo o de repente hace demasiado calor aquí?

¿No han encendido el aire acondicionado?

Mientras sigo intentando calmar mi ritmo cardíaco, veo cómo Dona lo saluda, solo para volver a sentir su mirada sobre mí al instante.

Son cosas de tu cabeza.

No lo es.

De verdad me está analizando.

Desvío la mirada e intento concentrarme en las palabras del *Papa*, pero no lo consigo; vuelvo a fijar mi atención en el hombre rubio de traje y en la mujer guapísima que tiene a su lado, y, de alguna manera, él se da cuenta, porque lo siguiente que oigo es su voz ronca y potente.

—Estos son Romeo, mi primo y abogado de *la familia*, y su hermana Stella, mi asesora —explica, y no consigo disimular mi sorpresa.

¿Acaba de decir *«asesora»*?

Saludo a ambos de forma automática, mientras mi cerebro se limita a procesar la información.

No me había equivocado.

El hombre de los vaqueros es realmente el *Don* de la Sacra, la mafia de Siena, un enemigo al que hay que respetar y temer, tal y como recuerdo haber oído comentar a mi abuelo cuando creía que

no prestábamos atención a las conversaciones de los adultos y, para mi sorpresa, tiene a una mujer como su mano derecha.

Alzo la mirada, solo para volver a encontrar la suya, y tengo la sensación de que esta no será la última vez que me sorprenda.

—Una vez intercambiados los saludos, vayamos al grano.— La voz de *papá* vuelve a resonar y mi estómago parece dar una voltereta.

Miro a mi hermana y parece aún más pálida de lo habitual.

Disimuladamente, le toco la mano y ella me devuelve el gesto.

— Les he pedido que bajen porque hay algo importante que comunicar.

Oh, mierda.

—Don Zampieri ha venido hoy hasta aquí y ha expresado su deseo de forjar una alianza con Civitavecchia —comienza a decir, y yo respiro hondo, sabiendo muy bien a qué tipo de alianza se refiere.

Una de esas que te pones en el dedo anular y te lleva a otra cárcel.

—Y, por supuesto, eso es algo de lo que nos sentimos muy orgullosos —exclama, adulando al anfitrión, que ni se inmuta.

Sí, claro que tuve que echarle otro vistazo, pero tan pronto como lo hice, volví a fijar la mirada en mis pies, deseando que se abriera un agujero.

—Durante décadas, este ha sido el deseo de mi difunto padre, y por fin puedo decir que Sacra y Civita quedarán unidas ante Dios y los hombres, *Don* Zampieri se casará con…

—*Papá*, no —suspiro, demasiado alto, y todos me miran, justo cuando mi padre termina la frase:

—… contigo, Elena.

—¿Contigo? —jadeo, y todo parece dar vueltas.

Oigo voces, pero me parecen lejanas, amortiguadas.

¿Qué acabo de oír?

Que no me pase nada, que no me pase nada, la humillación sería demasiado.

Aprieto los puños y fijo la mirada en el suelo, respirando con fuerza, pero parece que no me entra nada en los pulmones.

No sé cómo explicar lo que siento.

Es una mezcla de alivio por no ser la señora, miedo… pero hay algo más, algo que no debería sentir.

—*Don* Del Vecchio, me gustaría quedarme unos minutos a solas con mi prometida —dice Pietro, y el pánico se apodera de mí.

No, no…

Alzo la mirada hacia mi padre, pero si nunca me ha protegido, tampoco lo hará ahora, ¿verdad?

Con un gesto, asiente.

—Les concederé la intimidad que han solicitado. Estaré fuera con su abogado, ocupándome del contrato.

Contrato.

Respira.

— Lena… — La voz de Dona resuena en voz baja a mi lado, y mi mirada se cruza con la suya, llena de lágrimas.

—Todo va a salir bien —le tranquilizo, fingiendo una serenidad que no refleja el torbellino que hay dentro de mí, pero entonces es como si me invadiera una sensación de plenitud.

Es mejor así.

Mejor que sea yo, y no mi hermana… ella estará a salvo.

En un instante, la oficina se queda vacía.

La puerta se mantiene abierta; al fin y al cabo, existen todas esas costumbres y tradiciones que impedirían que el *Don* se quedara a solas conmigo, fuera yo su futura esposa o no.

Alzo la mirada, solo para encontrar la suya, y lo que veo allí me conmueve.

Parece… preocupado.

Mis pies parecen pegarse al suelo mientras se acerca, deteniéndose a unos pocos pasos de distancia.

— ¿Estás bien?

— ¿Te parezco estar bien? —se me escapa, y enseguida me arrepiento—. Lo siento, yo…

— Disculpa aceptada. —Su voz ronca resuena y me invade una sensación de alivio—. ¿Y bien? ¿Necesitas agua? Parece que vas

a desmayarte en cualquier momento.

—Estoy nerviosa —reconozco, mordiéndome los labios—. Pero no… no voy a desmayarme.

—¿Te ayuda si te digo que yo también estoy nervioso? —suelta de repente, sorprendiéndome, y no puedo contenerme, es más fuerte que yo.

— Qué curioso, ya que no eres tú a quien están obligando a casarse con un desconocido.

Él entrecierra los ojos y no dice nada.

Joder.

Enhorabuena, Elena, buen trabajo enfadándolo.

—Yo… —empiezo—. Joder, ¿qué quiero decir…? —sigo, pero él levanta la mano y me callo, respirando hondo.

Estoy jodida.

Y mucho.

Ya no me querrá y se quedará con mi hermana y, Dios sabe, qué le hará a ella.

Arregla las cosas.

—Créeme —dice, dando un paso más hacia mí, y siento que el corazón se me va a salir por la boca—, si dependiera exclusivamente de mí, *no estaría aquí* —subraya, y sé que me lo merezco, pero, aun así, levanto la barbilla.

—Tú eres el *Don*, puedes hacer lo que quieras —exclamo desafiante, y él esboza una sonrisa triste.

Y, maldita sea, lo único en lo que puedo pensar es en que eso le hace aún más guapo.

¿Qué me pasa?

Es el enemigo… y mi futuro marido —me acuerdo de eso.

—No siempre —dice, y hay tristeza en su voz—, pero puedo hacerlo… —comienza, y su mirada vuelve a posarse en la mía, tan intensa que parece ver dentro de mí.

— ¿Qué quieres decir?

—Has dicho que te están obligando a casarte con un desconocido.

Asiento con la cabeza, sin entender a dónde quiere llegar.

— La alianza con Civitavecchia tiene que sellarse, de eso no hay discusión, pero te voy a dar a elegir…

—¿Elegir? —Arqueo una ceja, y Pietro da un paso más hacia mí.

Tan cerca.

Demasiado cerca.

¿Está mal que me esté gustando esto? Sé que lo está.

— O aceptas casarte conmigo, o me casaré con tu hermana.

— ¿Qué? — Apenas reconozco mi propia voz.

Indignación, rabia… no sé cómo definirlo, pero él continúa:

— Te estoy dando el poder de decidir tu futuro, de tomar tu propia *decisión*. — Mi corazón late tan fuerte que parece que se me va a salir del pecho.

Si le digo que no, estoy condenando a Dona.

Si acepto, la condenada… *soy yo*.

Parece amable y es guapísimo, pero las apariencias engañan.

Piensa, Elena, piensa. ¡Dios, ayúdame!

Le pedí una salida, una vía de escape para hoy, y Él me la está dando a través de este hombre, de este *Don* que va en contra de todo lo que conozco.

—Yo…

— ¿Entonces, Elena Del Vecchio? —insiste, y su voz me pone los pelos de punta.

Maldito.

Odio cómo me afecta.

— No es que tenga muchas opciones.

— Ah, sí que las tienes —replica, mirándome fijamente—. Sabes que las tienes.

Cierro los ojos, sabiendo que tiene razón, a pesar de todo.

— Repite eso unas diez veces, a ver si así te ayuda a dormir tranquilo —le respondo, con una ira inexplicable hirviendo en mi interior.

Él me da a elegir, pero al final no hay nada que elegir, porque nunca traicionaría a mi hermana.

— Ah, Elena, esta noche voy a dormir de maravilla —me susurra al oído, y siento su aliento, su perfume—. Voy a dormir

pensando en mi futura esposa —afirma, y yo debería insultarle, mandarle a la mierda, pero me veo haciendo justo lo contrario.

—Me voy a casar contigo —declaro, y él sonríe. —¿Cómo puedes sonreír?

—¿Cómo no vas a sonreír, *bella*? Al menos ya sabes que no soy un viejo gordo y calvo —suelta, y si antes no estaba pálida, ahora sí lo estoy.

¿Cómo?

¿Cómo sabe que le dije eso a Fat?

Su sonrisa se amplía ante mi sorpresa.

—Vamos a reunirnos con tu padre, hay mucho que tratar, *mia bella fidanzata.*

— No soy tu prometida, el contrato aún no se ha firmado —le recuerdo, y, si las miradas mataran, él ya estaría a mis pies, duro y desplomado.

— Pero lo estarás, no lo dudes, saldré de aquí con ese jodido contrato firmado —subraya cada palabra, provocándome—. Serás mía, Elena Del Vecchio.

De ser un viejo, gordo y calvo a alguien prepotente y engreído.

—Esto se pone cada vez mejor —exclama, esbozando una enorme sonrisa.

Mierda, mierda…

No puedo creer que lo haya pensado en voz alta, pero, a juzgar por la forma en que me mira, sí, ha oído cada palabra.

—Habla por ti —exclamo, y su sonrisa se hace aún más grande.

Increíble.

Mira, Dios, si esa es tu forma de ayudar, lo único que se me ocurre es que, efectivamente, tus caminos son inescrutables, porque lo único que pienso es: estoy jodida, *muy jodida*.



Walking the wire – Imagine Dragons

No le mentí a Elena.

Solo salí de ese jodido sitio después de haber firmado el puto contrato.

Aunque el documento redactado por Romeo no tenga ningún valor en el ámbito jurídico, entre las familias es ley, crea compromisos y obligaciones.

Y en ese maldito trozo de papel consta que Elena Del Vecchio pronto será una Zampieri.

Será mía.

Y, joder, si pensar en eso me hace sentir bien…

Increíblemente bien.

—Al final no ha estado tan mal —comenta Stella en cuanto dejamos atrás Civitavecchia y entramos en territorio de la Sacra.

—Podría pasarme horas hablando de ese lugar, de los gemelos que apenas han dejado los pañales, de las hijas de Del Vecchio vestidas de negro, listas para un funeral —empieza Romeo, y sé que no me va a gustar el rumbo que toma esta conversación—.

Pero lo mejor fue que Pietro sorprendiera a todos y eligiera a la benjamina de *la famiglia*.

Ni siquiera me molesto en responder, sigo contemplando el paisaje.

Mi mente sigue en esa mujer.

En su mirada.

En cómo no se dejó intimidar.

Cómo, aunque sorprendida y asustada, levantó la barbilla y dijo lo que pensaba, lo que quería, aunque eso pudiera meterla en problemas.

Una loca…

—Don Tiziano no parecía muy satisfecho con esta parte —señala Stella, y vuelvo la mirada hacia mi consejera.

—Le guste o no, es lo que tendrá.

— Lo has dejado muy claro, y creo que no le costará nada encontrar un nuevo pretendiente para su hija mayor. ¿Verdad, hermano?

— ¿Qué?

—No creas que no me he dado cuenta de cómo se quedaba mirando a la pobre chica.

— No sabía que solías beber mientras trabajabas, hermanita.

—No lo hago.

—Pues no lo parece —replica mi primo demasiado rápido, casi molesto.

Arqueo una ceja en un gesto de interrogación silenciosa y ese hijo de puta se da cuenta.

— Ni se te ocurra, Pietro, ya basta con que Stella vea cosas donde joder no las hay. Estoy muy bien soltero y pienso seguir así, hasta… —Pausa, mirando de mí a su hermana.

— Si no me equivoco, era hasta que «el infierno se congelara» —provoca Stella, citándolo.

—Muy bien recordado. —Guiño un ojo e intento poner cara seria, pero es imposible.

— Yo no estaría tan seguro; siempre hay algún *capo* con alguna hija lista para encontrar marido, y tú eres un buen pretendiente. No me preguntes por qué.

— Vete a la mierda. Volvamos a lo que nos importa, tu compromiso —subraya, y no puedo contenerme, me echo a reír a carcajadas.

Y está bien…

Parece que se lleva parte de la tensión, pero enseguida sus ojos verdes me vienen a la mente.

La boca carnosa.

Los mechones rubios que le caen en ondas por la espalda.

Pequeña, preciosa, atrevida…

Mía.

—Pietro.

— Lo siento, me he distraído.

Stella se queda en silencio, mirándome.

— Sigue —le hago un gesto y ella continúa.

Los próximos minutos se dedican a preparar todo lo que hay que hacer en los próximos días, ya que, dentro de siete días, se hará público oficialmente el compromiso durante una cena en la residencia de los Del Vecchio.

El viejo insistió y yo simplemente acepté.

Lo importante es que la boda sea en Siena.

O eso, o *mamá* me mataría.

Ya me imagino su cara de enfado cuando le diga que quiero que la boda se celebre como máximo quince días después del compromiso.

Joder, si pudiera lo resolvería todo esta misma semana, pero sé que es imposible.

— Para la fiesta de compromiso, ¿debo invitar a alguien más?

— No, solo a *los jefes* y a los socios importantes —destaco, ya que prefiero que sea algo más reducido en este primer momento —. Estoy seguro de que en la boda *mamá* no escatimará en invitaciones.

Stella sonríe.

—No todos los días se casa el primogénito —exclama, y yo intento mantenerme indiferente

No es para tanto, pero maldita sea si no me pillo otra vez pensando en esa descarada.

¿Tenía que ser tan guapa, esa muy lista?

¿A quién quiero engañar? «Guapa» no basta para describirla.

Ni de coña.

Y joder, a ver si consigo olvidar su mirada, o la forma en que su cuerpo reaccionó al mío.

Está buenísima, eso es todo.

Sí…

Y será mi mujer.

Mierda.

Me presiono la punta de la nariz, ya sintiendo que se avecina un dolor de cabeza y, esta vez, tiene nombre y apellidos.

Elena Del Vecchio.

Ella no quiere esto y lo ha dejado muy claro; dijo «sí», pero sé que fue para proteger a su hermana.

Vi las miradas que se cruzaron, la preocupación reflejada en su rostro, la complicidad entre las dos, y joder, lo entiendo y lo respeto.

Yo haría eso por Giovanni sin pensarlo dos veces, pero lo que más me molesta es saber que ella tiene tan poca opinión de mí, de nosotros… hasta el punto de querer sacrificarse.

¿Tan aterradora es mi fama? ¿Qué tipo de hombre cree que soy? O quizá la pregunta correcta sea: ¿a qué tipo de hijos de puta está acostumbrada?

Si tomamos como referencia a su padre y a sus hermanos, se ve que no tiene buenas referencias.

Esto va a cambiar.

Me aseguraré de ello.

—Stella, envíame lo que hayas averiguado sobre Elena —le pido, y ella no hace ninguna broma, solo asiente y sé que en unos minutos lo tendré en mi móvil.

Siento la mirada de Romeo y sé que tiene un comentario gracioso a punto de salirle de la boca. En este sentido, él y Giovanni se parecen tanto que podrían ser hermanos.

Cabrones y graciosillos.

—Veo que la chica ha despertado tu curiosidad —le provoca, sin saber que eso no fue lo único que despertó esa maldita.

—La chica —enfatizo la palabra, en serio, no es ninguna broma, y él se da cuenta— es mi futura esposa y la matriarca de tu familia, recuérdalo.

—Joder, sí. No quería ofenderte, Pietro.

—No me has ofendido —le tranquilizo—. Y sí, ahora quiero saberlo todo, absolutamente todo lo que tenga que ver con Elena, y lo quiero para ayer.

Dirijo mi atención hacia la oscuridad de la noche y cierro los ojos, recostando la cabeza contra el respaldo del asiento, con una única certeza en mi mente: esta semana va a ser jodidamente larga.

La bruja rubia apenas ha entrado en mi vida, pero ya ha demostrado que ha venido a volverme loco.

Es la única explicación sensata, porque apenas acabo de verla y, joder, ya quiero tenerla cerca de mí, una y otra vez.

Es solo eso.

Nada más.

Solo tengo que recordarlo.



Nobody's home – Avril Lavigne
Wings - Birdy

Ni siquiera sé cuánto tiempo llevo despierta.

Es mucho tiempo, pero la verdad es que no me apetece levantarme.

¿Para qué?

Otro día infernal.

Otro día encerrada en esta habitación.

—¡Ánimo, Lena! —La señora corre la cortina de la pequeña ventana que hay en el ático y, lo creas o no, la luz es suficiente para que me tape la cabeza.

—Solo unas horas más.

—Loca, ya son más de las nueve.

—Es pronto —replico, pero ella sabe que estoy mintiendo.

En el internado, me levantaba antes de las siete.

Allí tenía un motivo.

Allí tenía mi rutina; aquí estoy encerrada en una jaula y a punto de irme a otra.

No pienses en eso.

No te acuerdes de él.

¡Maldita sea!

Fallo por completo, y son su imagen, sus ojos, su olor los que me inundan de nuevo.

Aparto la manta a un lado, deseando que hoy el daño sea menor.

— Vaya… — exclama Dona y, por su mirada, no debe de ser nada bueno.

—¿Tan mal está? —Arqueo una ceja y el movimiento me hace palpitar la cara, y ya tengo la respuesta.

Hace tres días, Pietro Zampieri se marchó y Dona y yo tuvimos que aguantar las locuras de Tiziano Del Vecchio y de los gemelos malvados.

Toda esperanza de limitarme a subir a mi habitación e intentar olvidar aquella noche tan desagradable se desvaneció; al contrario, *papá* no estaba nada contento ni satisfecho, como yo había imaginado, y, tan pronto como los coches con *Don* da Sacra y sus hombres salieron de nuestra finca, volvió a ser el monstruo de siempre.

Nos gritó, nos insultó y nos humilló.

Primero fue por la ropa negra.

Gritó que intentábamos humillarlo, y ni siquiera tuvimos la oportunidad de explicarle que las otras no nos valían.

No quería escuchar nada, *salvo su propia voz*.

Pero fue cuando se acercó a Dona, la agarró por la barbilla y le gritó que era una inútil, que tendría que pagar para que algún imbécil se la llevara de esposa, cuando no pude contenerme y grité.

Le grité que se callara y se calló.

Su atención se centró en mí.

Sus ojos ardían de ira, de rabia, y en ese momento pensé que me iba a dar la paliza más grande de mi vida, pero no, solo me agarró el pelo con fuerza, tirándome de la cabeza, haciéndome arder el cuero cabelludo, pero no me quejé.

No dije nada.

Y eso le irritó aún más, porque quería verme llorar, suplicar.

Al final, me soltó, se alejó y escupió en dirección a Donatella y, cuando me di cuenta, ya era demasiado tarde.

Grité, sin importarme que me oyeran, simplemente no podía guardarme eso para mí.

«¿Qué clase de padre eres? ¿No puedes simplemente ser feliz? ¿No has conseguido lo que querías? ¡Tu maldita alianza! ¿Tienes que seguir tratándonos así, como basura?»

Lo sé…

Fue una locura, pero en ese momento no pensé.

Por supuesto, después todo fue un caos.

En cuanto las palabras salieron de mi boca, la bofetada llegó rápida y fuerte, no de *papá*, sino de Federico.

Mi cara se giró de golpe y el sabor a sangre me inundó la boca.

«Vaca estúpida».

Así es como me llamó mi hermanito.

¿Qué había hecho?

Escupí la sangre al suelo, a sus pies, y volví la cara hacia él, levantando la barbilla en señal de desafío y le provoqué:

«¿Eso es todo lo que tienes?»

—Dios, ¿en qué estaba pensando para plantarle cara a Federico de esa manera? —murmuro al ver mi rostro en el espejo del baño.

Aquella noche estaba un poco suicida.

Es la única explicación.

—Para el sábado ya estará menos hinchado —dice Dona, mirándome fijamente sin ocultar su preocupación.

—Ni siquiera me importa —me encojo de hombros, y eso es cierto.

— No digas eso, ya has oído lo que ha dicho *papá*.

¿Que si lo he oído?

Recuerdo cada gesto, cada palabra.

De cómo impidió que Federico volviera a pegarme, no porque se preocupara por mí, sino porque no podía dañar el precioso

objeto.

«Don Zampieri se merece una novia en perfecto estado».

«No seas tonto, Federico, tu hermana tiene que estar presentable y no llena de moratones. Y solo por eso no voy a mandar a mis hombres a darle la paliza que se merece. Como se merecen las dos malditas».

Siento un nudo en la garganta y se me llenan los ojos de lágrimas; aprieto con fuerza el lavabo, negándome a derramar ni una sola lágrima por culpa de ellos.

No, no lo haré.

Respiro hondo, necesito calmar mis emociones.

Estoy hecho un desastre y lo sé, pero voy a mejorar.

Es solo un día más, como tantos otros.

—Hablemos de algo bueno. ¿Qué tenemos para comer? — pregunto, aunque ya sé la respuesta.

— No mucho, pero… te he esperado. — Señala la bandeja donde hay dos trozos de pan duro, una botella de agua y dos manzanas.

— Al menos nos han mandado dos piezas de fruta. Eso es mucha generosidad.

Papá no puede pegarnos, pero eso no significa que no pueda maltratarnos de otras formas.

Dejarnos pasar hambre y sed es una de sus formas favoritas de tortura.

— Lo siento, Lena, debe de estar haciendo esto para… ya sabes.

— ¿De qué estás hablando, loca?

— Para que pierda unos kilos antes del sábado.

— No seas tonta, Dona. Lo está haciendo porque es un auténtico hijo de puta, eso es todo. Y aunque tu tuvieras que adelgazar, no le corresponde a él decidirlo, sino solo a ti.

Se muerde los labios y yo me acerco, tocándole la mano.

— Y, para que conste, no creo que necesites adelgazar ni un poquito.

— No hace falta que mientas.

— Oye, ya sabes que no miento —replico, con cara de enfadada, y pongo una mueca de dolor—. En serio, Dona, estás buenísima, métetelo bien en la cabeza de una vez.

— Me gustaría sentirme así, pero lo único que veo es una barriga que sobresale, unos pechos demasiado grandes, unos muslos gruesos, mucho culo…

— Todo lo que les gusta a los hombres. Parece que estás haciendo alarde de ello, por favor.

Ella se ríe, una risa encantadora, y ahí me gané el día.

—Tengo miedo —suelto sin pensar, pero ya es demasiado tarde, ella lo ha oído.

—Todo va a salir bien —me tranquiliza, acariciándome la cara con cuidado, y yo cierro los ojos, sintiendo cómo se me acumulan las lágrimas.

—No tengo miedo por mí.

—Estaré bien —susurra, y la sonrisa se desvanece.

Maldita sea.

—No quiero dejarte sola, *ni aquí, ni con ellos*.

—Sobreviviré.

¿A qué precio? ¿Hasta cuándo?

No pienses así, no pienses.

— Bueno, aún tendrás que aguantarme aquí contigo durante varios días. Si por mí fuera, esta boda tardaría un año en organizarse.

— Ni lo cuentes, tonta.

— Soñar todavía no da dinero.

— Algo me dice que esta boda se celebrará antes de lo que tú y yo imaginamos.

— Vaya, Dona, de verdad que quieres aguarme el humor. No te voy a dar ninguna manzana. Me voy a comer las dos, solo por rabia.

— Como quieras, y no solo eso…

— ¿Hay más? Por el amor de Dios.

— Creo que esto, la boda, la unión con Sacra, va a ser lo mejor que te podría pasar a ti, a nuestra familia —afirma, y parece

creerlo de verdad.

— Vaya… ni siquiera sé qué decir después de eso, y tú sabes que es raro que me quedes sin palabras.

— Y que raro sea.

Le doy un empujoncito en el hombro y ella sonríe.

— Anota lo que te he dicho, ya hablaremos de esto en el futuro y dirás: «Qué razón tenías, Dona».

— Ay, hermana mía, si eso ocurre, cosa de la que dudo totalmente —subrayo—, será un placer decirlo; de hecho, hasta lo grabaré para que puedas escucharlo una y otra vez —bromeo, y al final las dos estamos sonriendo.

Y así, en una mañana que podría ser cualquier cosa menos alegre, encontramos estas pequeñas alegrías en la compañía mutua, y saber que pronto no la tendré a mi lado… me da mucho miedo.



Walking the wire – Imagine Dragons
Bad Liar – Imagine Dragons
Human – Rag' n' Bone Man

Hoy debería ser un día como cualquier otro, pero no lo es.

Por el ajetreo que hay, con tanta gente entrando y saliendo y circulando por la mansión, parece que el compromiso fuera a celebrarse aquí y no en Civitavecchia.

Estoy a punto de terminar la reunión con Giovanni e ir al gimnasio a darme un rato con el saco de boxeo, antes de subir a arreglarme, cuando unos golpes en la puerta anuncian una nueva interrupción.

—Adelante.

— Espero no molestar. — Aparece *papá*, y me levanto de inmediato.

—¿Algún problema?

— No. — Entra, y veo que no viene solo: mis tíos están a su lado, incluido mi tío Dimi, que, para mi sorpresa, realmente ha venido.

Todos están ya listos, elegantes con trajes negros.

— Solo encontré algo en el jardín y decidí traerlo aquí.

Sonrío.

— Tienes que mejorar la seguridad, P —bromea el tío Enzo —. Estáis dejando entrar a cualquiera —me provoca, solo para recibir un corte de mangas como respuesta.

—De verdad habéis venido, joder —exclamo, acercándome a él, solo para que me reciba con un cálido abrazo.

—¿De verdad creías que íbamos a perdernos esta oportunidad? —comenta mi tío—. Mi mujer me arrancaría las pelotas antes de que me olvidara de este evento. El hijo mayor de Matteo Zampieri se va a comprometer, joder, me siento viejo.

—Eso es porque eres… —exclama el tío Lucca, recibiendo una mirada asesina.

—¿Puedo matarlo? —pregunta, mirando a mi padre—. Ya no es tu consejero.

—Me temo que sigue siéndolo, *de manera informal*; además, mi hermana se enfadaría; después de tantos años, me temo que le tiene cariño al muy cabrón.

—Que os jodan los dos, antes de que se me olvide.

Es imposible no reírse con estos locos.

Y, joder, eso era justo lo que necesitaba, este caos tan agradable de cuando nos reunimos, de *cuando la familia está junta*.

— ¿De verdad tienes ganas de comprometerte? —pregunta Roman, apretándome el hombro, con la mirada fija en la mía, mientras nuestros padres siguen discutiendo sobre qué armas se van a llevar.

— Sí —admito.

— Joder, pensé que te iba a encontrar…

—¿Encontrarme? —Arqueo una ceja, curioso.

—No sé, encendiendo unas velas, escondiéndote en algún rincón de la finca o, mi opción favorita, contratando a algún mercenario para matar a Tiziano Del Vecchio.

Me río.

— Joder, yo ya estaría en otro país mientras aquí se resuelve todo —exclama mi hermano, haciéndose la señal de la cruz.

— Creedme, a ese hombre, yo mismo me encargaría de matarlo —digo, y no hay tono de broma en mi voz, y ellos se dan cuenta.

—¿Ya te estás haciendo amigo de tu suegro? —pregunta R, observándome con atención.

—Ojalá fuera así —me encojo de hombros, dirigiéndome hacia la barra, sintiendo de repente la necesidad de tomarme una copa.

—¿Tan mal está la cosa? —continúa, y les ofrezco una copa a él y a Gio, que la aceptan sin dudar.

—Solo espero que se mantenga lo más lejos posible de mi vista y que intente no entorpecer nuestras operaciones.

— Parece que esta alianza tiene todo lo necesario para empezar con buen pie —me provoca, y yo solo pongo los ojos en blanco. — Al menos, la chica es…

— Ni se te ocurra terminar esa puta frase —digo, y mi voz suena más dura de lo necesario.

— Mmm, interesante.

—Eso es lo que dije, *jodidamente interesante*. —Giovanni no se contiene, y de hecho el muy cabrón ya dijo eso cuando no le respondí cómo era Elena.

—Que os jodan a los dos, cómo sea ella o no, solo es asunto mío —exclamo, apurando el resto del whisky de un trago.

—Esto se pone cada vez mejor —exclama Roman, entrecerrando los ojos.

— Pietro —llama mi tío Lucca, y dirijo mi atención hacia él, agradeciendo la interrupción.

—Tío…

—Estamos aquí discutiendo…

— ¿Ahora «discutir» tiene otro nombre? —pregunto, y los cuatro sonríen.

—Sinónimos —bromea—. En fin, ¿cómo va hoy el tema de la seguridad?

—Todo bajo control —le tranquilizo—. Nos acompañarán varios soldados, además de algunos de incógnito entre los invitados. —Guiño—. —Todos armados.

— Este es mi chico —exclama *papá*, sin ocultar su orgullo.

—Pero aún tengo esperanza —suspira el tío Enzo, y me contengo para no reírme.

—¿Cómo coño? —Lucca no se aguanta.

— Solo lo digo, son años de mucha sed de sangre, allí puede pasar cualquier cosa, una mirada extraña, un roce, ya sabéis cómo es —guiña un ojo—. — Solo lo digo, Martina se lo iba a pasar en grande —comenta con una sonrisita macabra en el rostro.

— ¿Solo ella? Pietro, controla a tu tío y a tu prima —dice el antiguo consejero con seriedad, pero ni siquiera él puede contenerse y sonríe.

—Es una fiesta, joder, se supone que hay que divertirse… y que haya cadáveres.

— Vale, dejemos esta parte para cuando estemos en nuestro territorio, tío. ¿Qué te parece?

— Intentaré comportarme, pero no te lo puedo garantizar, depende de esos hijos de puta.

— Claro, es comprensible —digo, intentando mantener la seriedad.

Ni siquiera hemos salido de casa, pero ya sé que la noche promete.

Menos mal que Stella, Giovanni y yo hemos pensado en todas las precauciones y medidas de seguridad posibles hasta la saciedad.

Será una fiesta sin contratiempos, al menos sin ninguno muy grave.

— Joder, ni me atrevo a imaginar cómo será la boda, si en el compromiso los ánimos ya están así —comenta Dimitri, y ni siquiera tengo tiempo de responder, porque mi padre lo hace.

— La boda será aquí —explica, y el padre de Roman sonríe.

— Qué precipitado, ¿eh? Entonces la preocupación será suya.

—Exacto.

— O sea, que les den por culo.

—No podrías haberlo dicho mejor, Russo.

— La charla está bien, pero hablando de muertes, será mejor que vosotros —*el padre* mira de mí a Giovanni— os preparéis. Las

mujeres estarán listas enseguida, y si vuestra madre sale de ahí y no os encuentra…

— Ni hace falta que termines la frase, voy a arreglarme ya — comenta Gio—. Lo último que necesito es que la señora Giulia me esté dando la lata esta noche.

—Ya estás pensando en la felicidad de las invitadas, ¿verdad, guarra?! —bromea Roman y mi hermano sonríe.

—Mantén tu polla lejos de las casadas, Giovanni, o me aseguraré de que seas el próximo en casarte, y no bromeo, hijo — dice Matteo Zampieri con seriedad y luego me mira, como pidiendo que respalde el tema.

—Tu petición será una orden, *papá* —exclamo sin dudar ni un segundo, y mi hermano solo pone los ojos en blanco.

—Qué buen amigo eres.

—Qué le voy a decir, es algo en lo que pienso todos los días —bromeo, y él se apresura hacia la puerta.

—Me voy, ya he tenido suficiente con este tema. Hasta luego.

Todos se ríen.

—No te rías, Roman, porque este también es tu destino —le recuerdo, pero mi amigo ni se inmuta.

— No mientras pueda evitarlo. — Guiña un ojo, y su padre se echa a reír a carcajadas.

—Deja que tu madre oiga eso. Ella ya quiere nietos y *yo también*.

— Joder, creo que yo también me voy, porque Giovanni tenía razón, el ambiente aquí está tenso.

— Cobarde —grito, y él ni siquiera se molesta en girarse, solo levanta el dedo corazón.

—Solo os diré una cosa —empieza Dimitri, y Roman se detiene con la mano en el pomo de la puerta, atento a lo que le dice su padre—, disfrutad mientras…

¿Qué quieres decir?

La interrogación se refleja claramente en nuestros rostros, y el antiguo *pakhan* de la Bratva sigue serio.

—¿Mientras qué? —provoca Roman, arqueando una ceja.

—Mientras aún seáis dueños de vuestra polla y de vuestro corazón.

— Pero joder, *papá*. ¿Cuántos vodkas te has tomado ya? Solo yo mando sobre mi polla.

—Por ahora, hijo. —Se acerca a mi amigo, agarrándole con fuerza por la nuca—. Hasta que la mujer de tu vida se instale de una vez por todas en ella, con los dos pies sobre tu pecho, entonces… no podrás hacer nada.

— A menos que te pongas a cuatro patas y lamas el suelo por donde pasa esa maldita, y reces para que te acepte, por muy jodido que suene, o que ella se merezca a alguien mil veces mejor que tú, pero solo porque la idea de no tener a esa desgraciada es insoportable — Lucca sigue serio, y todos se quedan en silencio unos segundos, solo para estallar en una carcajada, comentando que es exactamente así.

¿Qué coño está pasando aquí?

¿Desde cuándo mi despacho se ha convertido en una sesión de terapia?

Incluso pienso en responder, en dar la razón a Roman y decir que solo yo mando sobre mi polla y mi corazón, y que lo de ponerme a cuatro patas por una mujer, desde luego, no se aplica a mí, pero me callo.

Mejor alejar su atención de mí.

Ya tengo suficientes problemas: *ella*.

—¡Menudo tema macabro, ¿eh?! —suelta Roman cuando por fin se calman—. Pietro, después de esto voy a buscar algo que hacer y te dejo con estos viejos locos. —Me guiña un ojo y, antes de que tenga tiempo de responder, cierra la puerta tras de sí.

—¿Cómo nos ha llamado? —pregunta Enzo, serio.

—Menuda falta de respeto. Eso es inadmisible —exclama Lucca, indignado—. Te voy a enseñar quién es el viejo, chaval. —Abre la puerta lo justo para gritar y que Roman lo oiga.

—Tu hijo va a tener que dar una vuelta por Chiusure, Russo —exclama *papá*, y joder, intento no reírme, pero no puedo.

Me parto de risa y, al final, todos nos estamos riendo.

—Voy a dejar pasar esta mierda porque no quiero estropear el compromiso de Pietro, pero que vuelva a llamarme viejo —destaca el tío Enzo.

— ¿Quieres torturar a Roman? Fácil, tío, basta con dejarlo a él y a Alessia media hora en la misma habitación —suelto, pero la respuesta no se hace esperar.

—¿Y tú vas a querer a este crío cerca de mi princesita? Ni de coña, que se quede bien lejos, y que no aguante estar a menos de unos tres metros de ella.

Dimitri se limita a reírse.

Joder, qué pasada.

— Ay, para, no puedo parar de reírme —refunfuña Lucca, para deleite del antiguo subjefe de la Sacra.

—¿Acaso estoy diciendo algo gracioso, Lucca?

— Mira, la charla está bien, pero tengo que irme a arreglarme también. Intentad no mataros hasta que salgamos —exclamo, y tras saludar a mi padre con la mano, salgo del despacho y, aunque ya estoy fuera, sigo oyendo la discusión, así como las risas, y me sorprendo sonriendo.

Otro día más en *la famiglia*, y ni siquiera estamos todos reunidos.

La noche promete.

Sin duda.



Treinta minutos después, estoy listo y tengo que reconocer que el traje azul marino me queda de muerte, y ya espero las bromas de Roman y compañía.

Estos tíos son demasiado predecibles.

Me acerco a la mesita de noche y cojo mi pistola, compruebo el cargador y el seguro, y enseguida la guardo en la funda bajo la chaqueta. Algunos hábitos están muy arraigados y, por supuesto, no podía faltar mi navaja karambit, además de las mininavajas que llevo en el cinturón.

Y si me consideran exagerado es porque no han visto a mi prima. Estoy seguro de que Martina se las arreglará para llevar sus armas y dagas favoritas bajo el vestido, y ¡ay de quien la obligue a usarlas!

Echo un último vistazo a la habitación, y el objeto principal está sobre la cómoda: la pequeña caja de terciopelo negro que contiene el anillo que simboliza este asunto, este compromiso entre las familias, pero no puedo engañarme: podría haberle pedido a alguien que comprara cualquier modelo, pero me sorprendí a mí mismo eligiéndolo personalmente; me pareció lo correcto, Elena no se merecía menos que eso.

Y joder, espero que a esa descarada le guste.

Porque en cuanto vi la maldita joya, me pareció perfecta para ella.

Mi móvil vibra y sonrío al ver el mensaje de Gio.

Gio: ¿Bajas? Por favor, Alessia y Roman están a punto de matarse y aún no he bebido lo suficiente para aguantarlos.

Yo: Bajo ya.

Gio: ¡Joder, sí! Aún estás a tiempo de echarte atrás, hermano. Te cubro las espaldas.

Ni siquiera respondo, guardo el móvil y abro la puerta de la habitación.

Ni siquiera tengo que dar dos pasos hacia las escaleras para saber que Giovanni no exageraba.

Abajo, todos están reunidos en el salón, listos para la gran noche, elegantes con sus trajes y vestidos, y hasta resulta extraño ver *a mamá*, a mis tías, a mis primas y a la *nonna* sin la ropa de todos los días.

—¡Por fin! —exclama Romeo, pero no le hago caso.

—Veo que ya os estáis divirtiendo.

—Habla por ti —susurra Alessia, lanzándole una mirada fulminante a Roman, y veo esa sonrisa de cabrón en su rostro.

—Por favor, dime que no tendremos que ir en coche hasta Civitavecchia —bromea él—, pero si no hay más remedio, solo necesito asegurarme de mantenerme alejado de tu prima.

— Vaya, tú…

—Niños —interviene la tía Isa, y me contengo para no reírme.

Son dos críos con más de veinticinco años a sus espaldas.

—Lo siento, mamá —suspira ella, con las mejillas enrojecidas.

— ¡Roman, deja de fastidiar a Alessia! —le ordena su madre, y el muy muya se limita a sonreír.

— Imposible, es casi como respirar.

—Sigue creyendo que solo Martina es mortal, muchacho —dice el tío Enzo con una sonrisa en los labios, mientras le da un beso en la frente a la gemela buena—. Será un placer ver cómo Alessia acaba con tu alegría.

Vaya, joder, la cosa se ha puesto seria.

—Vale, vale… Creo que será mejor que nos vayamos, no quiero llegar tarde a mi propio compromiso.

— No me puedo creer que esto esté pasando de verdad y que aún ni siquiera conozca a la futura mujer de mi hijo.

— Giu, no te quejes, amiga, tú aún tienes una nuera por conocer. Mírame a mí: Romeo no hace más que holgazanear y Stella no hace más que trabajar; no sé qué he hecho para merecer unos hijos así —exclama la tía Chi, y ni siquiera miro hacia mis primos, porque si no, no voy a poder mantener la seriedad.

—*Mamá* —casi grita Stella, sonrojándose.

—¿He dicho alguna mentira?

—No vivo solo para el trabajo —replica, seria—. —Vale, quizá un poco —sonrío.

— Oye, yo también trabajo mucho, no me paso el día holgazaneando.

—Ya me entiendes, sinvergüenza. Cuando no estás trabajando, estás todo el rato con alguna zorra en el regazo.

—Estoy buscando a la mujer ideal.

— ¿En serio, Romeo?

Lucca se ríe y recibe una mirada asesina de su mujer.

—Qué comportamiento tan lamentable, hijo —dice, pero está claro que solo lo dice por decir.

— Te juro que no sé qué hacer con vosotros dos.

—No he hecho nada, *bambina*.

Ella solo entrecierra los ojos.

—Mis hijas no me dan ningún trabajo —el tío Enzo habla sin tapujos—. Ya os he dicho que solo después de los cuarenta podéis traer a alguien para que lo conozca.

—Enzo. —Isa le da una palmada en el hombro a su marido—. No seas ridículo, o ingenuo, no sé qué es peor.

— ¿Qué coño es eso de «ingenuo»? — Mira de su mujer a sus hijas.

—No te preocupes, *papá* —dice Alessia para tranquilizarlo, mordiéndose el labio para no reírse—. A Tina solo le interesa torturar a alguna pobre alma —señala a su hermana, que no responde, solo sonríe, en clara señal de acuerdo— y yo últimamente estoy igual que Stella, viviendo solo para el trabajo.

—¿Qué coño es eso de «últimamente»? —pregunta Roman, sorprendiendo a todos.

—Por primera vez, tengo que darle la razón al chaval —exclama mi tío Enzo, y da igual que mi amigo haya crecido y dirija la mafia rusa, para Enzo Zampieri todos seremos eternos chavales. —¿Qué quieres decir con «últimamente»? —repite la pregunta, y Alessia se sonroja y su mirada hacia Roman podría matar.

—Voy a ignorar la pregunta, en serio, sobre todo viniendo de ti… —Le da un golpecito con el dedo índice en el pecho al ruso—. ¿Quién crees que es? ¿Mi hermano, mi padre?

—No lo es, pero tu padre está aquí mismo, señorita.

Ni siquiera mira hacia otro lado, su mirada sigue fija en él y, sinceramente, no sé qué demonios le ha pasado hoy para hacerle la vida tan imposible.

—Vale, vale, seguro que el jet ya está listo —interviene *mamá*, tan segura y precisa como siempre.

—Exacto —subrayo, tomándole la mano entre las mías—. Quiero zanjar este asunto de una vez y dejar que la señora se

divierta con los preparativos.

—Más bien para volverme loca, pero será un placer, hijo. —Me acaricia la cara con cariño.

—¿Crees que veinte días son suficientes? —suelto, y su mirada asustada es mi respuesta.

—¡Pietro Zampieri, veinte días! ¿Cómo es eso?

—Quiero casarme antes de que acabe junio, *mamá* —aclaro, y la veo mordiéndose los labios, mirando a mi padre, a mis tías y, por supuesto, a *la nonna*, que se queda calladita observando esta locura—. Seguro que no le faltará ayuda.

—Sé lo que estás haciendo… —responde seria, pero luego esboza una enorme sonrisa—. Pero ya sabes que me encantan los retos. Esta boda se celebrará antes de que acabe el mes, o no me llamo Giulia Zampieri. —Guiña un ojo, y todos a su alrededor se emocionan.

—Ahora que ya hemos superado esta parte, vamos al jet; para que haya boda, primero tengo que comprometerme —exclamo, sintiendo el peso de estas palabras.

Observo cómo todos se dirigen hacia la salida, donde nos esperan los todoterrenos para un rápido trayecto hasta Chiusure, donde los aviones ya nos están esperando.

Incluso podríamos ir todos en un solo avión, ya que tiene capacidad suficiente, pero, por seguridad y comodidad, viajaremos en grupos separados y, como soy un cabrón, por supuesto que he enviado a mi tío Enzo y a mis primas al avión de la Bratva.

Alessia me va a insultar muchísimo, pero no he podido evitarlo.

Este vuelo sin duda será interesante; el resto seguirá con más soldados en el jet de Sacra, y en menos de una hora todos estaremos aterrizando en Civitavecchia.

Eso es todo.

Es hora de volver a ver a Elena Del Vecchio y, joder, estoy más ansioso de lo que jamás imaginé, por todas las razones equivocadas: *ella*.



Wings - Birdy
Dinasty – Mia

Voy a vomitar.

Respira.

No me puedo creer que este día haya llegado de verdad.

No te asustes, Elena, solo es el compromiso, ¿te imaginas cuando sea la boda?

Dios, ni siquiera quiero pensar en eso.

Un problema cada vez, y el de ahora es ponerme presentable para ese…

Nada de «guapo» ni «atractivo».

Para ese ser prepotente e increíblemente bien oliente llamado Pietro Zampieri.

Estoy perdida y voy con retraso.

La planta baja es un caos desde esta mañana; no es que la señora o yo hayamos bajado, seguimos «castigadas», pero hemos podido echar un vistazo y Fat nos ha soltado algunas migajas cuando vino a traernos el almuerzo y luego cuando llegaron los vestidos.

Al menos, en eso, *papá* ha aprendido la lección: vinieron a tomarnos las medidas antes de mandarnos cualquier porquería, así

que creo que, al menos, el vestido nos quedará bien; ahora bien, en cuanto a si será bonito, no tengo muchas esperanzas.

— Tenemos que empezar a arreglarnos —suelta Dona, dando vueltas por la habitación como una cucaracha aturdida.

—Me alegro de que alguien esté animado por aquí.

—¿Tú no lo estás? —Arquea una ceja.

— ¿En serio, Dona? Mira bien mi cara de entusiasmo —replico, y ella se muerde los labios para no reírse.

—Podría ser peor.

—Sí, lo sé, al menos tiene pelo y ve sus pies —digo, y en cuanto las palabras salen de mi boca, me acuerdo de él y de lo que dijo.

Maldito.

—Es guapo, tienes que admitirlo.

—Eso es irrelevante. —No la corrijo, y eso me irrita—. Es un imbécil que se cree el dueño de todo y de todos.

—Y de ti —me provoca.

— ¡Exacto! —casi grito, levantándome de un salto y empezando a dar vueltas de un lado a otro.

— ¡Vaya, te ha dejado marcado de verdad, ¿eh?!

— Ni siquiera voy a responder a eso.

— Quizá sea bueno, Lena.

— ¿Te has dado un golpe en la cabeza? ¿Cómo puede ser eso bueno?

— No sé… —parece pensativa— …algo me dice que serás feliz.

Feliz.

Es incluso extraño oír esta palabra.

— Menos mal que una de nosotras tiene la cabeza en su sitio.

— Qué dramática.

— En serio. ¿Quieres cambiarte de sitio conmigo? Aún estás a tiempo, se lo diré a *papá* —bromea.

— Ni hablar.

— ¿Lo ves?! —Entorno los ojos—. Lo sabía.

— No es eso. Es que, de alguna manera, creo que ha sido Dios.

— ¿Dios? Señora, en serio, me estás preocupando.

— Basta, Lena, lo digo en serio.

—Yo también —replico.

—Quiero decir que Dios lo quiso así, tonta. Que hizo que este hombre te escuchara, que te quisiera.

— Él no me quiso —subrayo—. Yo lo elegí a él… —recuerdo, y es imposible no recordar nuestra conversación, la intensidad de su mirada.

— Podrías haberlo rechazado —señala, y, maldita sea, podría haberlo hecho.

—No me recuerdes eso —hago una mueca.

— Admítelo, te pareció guapo.

—No estoy ciega —me encojo de hombros, como si fuera algo irrelevante.

— De verdad que lo es, pero…

— ¿Qué quieres decir con «pero»? Sigue, y ni se te ocurra quedarte a medias.

— Nada, loca. Solo iba a decir que su primo… —empieza, sonrojándose, y no puedo creer lo que estoy oyendo.

—¡Listilla! —exclamo, y ella incluso abre mucho los ojos—. Ahora entiendo por qué te alegra que me vaya a comprometer con Pietro… tú quieres al abogado.

—Claro que no.

— Sí, claro, como si me fuera a creer eso.

—Como si ese hombre alto, fuerte, rubio y con esos increíbles ojos azules… —suelta de golpe, ajena por completo a cómo se está delatando.

—Donatella —susurro, y ella se lleva las manos a la boca, dándose cuenta de lo que ha dicho.

—Yo… no le hagas caso, como si él fuera a querer a alguien como yo.

—Pues sería muy feliz e inteligente si quisiera —subrayo, acariciándole la cara con cariño.

Ay, señora, ¿qué te ha hecho papá?

Me mira con los ojos llorosos, da una tosecita, intentando disimular, y luego vuelve a centrar su atención en su neceser de maquillaje, apoyado en el tocador.

— Siéntate aquí, vamos a intentar arreglarte la cara — bromea.

— Buena suerte con eso —sonrío, sentándome y deseando que ella haga un pequeño milagro ocultando el hematoma del lado izquierdo de mi cara.

Media hora después, tengo que admitir que apenas se nota.

Solo alguien muy observador, o que sepa lo que pasó aquel día, quizá se dé cuenta de esa parte de la cara. En cuanto al pequeño corte en mi labio inferior, aunque lleve pintalabios, todavía se nota, pero de excusas para eso no me faltan.

—¡Lo has clavado, señora! —exclamo, girando la cara de un lado a otro.

— ¿En serio? ¿De verdad te ha gustado?

—¡Me ha encantado! ¡Gracias! Si no fuera por ti, saldría de aquí solo con pintalabios y quizá un poco de sombra de ojos; soy un desastre con estas cosas, ya lo sabes.

—Lo sé, apenas distingues entre corrector y base.

—Exacto.

En lugar de reírse, mi hermana se pone seria, y solo sé que su mente está en otra parte, probablemente en el motivo que la llevó a aprender desde pequeña a maquillarnos.

Teníamos que disimular los moratones.

— Oye… ¿quieres que te ayude con algo? Sé cómo poner sombra de ojos, y me atrevería a pintarte los labios.

— Ni hablar. No quiero bajar pareciendo un payaso.

— Vaya, qué desagradecida —fingo estar ofendida—. Pensándolo bien, mejor así —exclamo, sin poder contener la sonrisa.

— Eres horrible. Sigue con tus aficiones, por el amor de Dios, y déjame esta parte a mí.

— Es un placer.

Unos minutos después, las dos estamos maquilladas, con el pelo arreglado en un peinado improvisado. Nada muy elegante, pero el tutorial de YouTube nos ha salvado.

— Las uñas te han quedado genial, Lena —dice Dona de repente, mirándose la mano, donde le he aplicado un esmalte claro, el mismo que llevo yo.

—«Geniales» es una palabra muy fuerte, pero están mejor que antes —digo, guiñándole un ojo y esbozando una sonrisita.

— ¿Lista para cambiarte? —pregunta, dando una palmada.

—¿De qué sirve que diga que no? —Arqueo una ceja.

—¡No! —responde sin dudar.

—Pues vamos a cambiarnos —exclamo, y con cuidado caminamos hasta el lugar donde están colgados los vestidos.

— Tú primero.

— Eso no es justo.

—¡Yo lo he dicho primero! ¡Vamos, Dona! —Aplaudo, animándola a que vaya al baño a arreglarse—. Si necesitas ayuda con la cremallera, grita.

— Cuenta con ello. — Me río, cogiendo la percha con cuidado.

Cinco minutos después, casi me estoy comiendo las uñas.

— Dios mío, ¿quieres matarme de curiosidad?

—Casi… —grita, pero enseguida oigo el ruido de la puerta al abrirse. —No sé… —Parece insegura.

— Venga, seguro que estás guapísima —exclamo, y no me equivocaba.

Ni de coña.

Donatella aparece ante mí con un vestido largo, de un rosa muy claro, delicadísimo, con mangas hasta los codos, pero el encanto reside en el e l corpiño discreto, todo cubierto de lentejuelas, en un tono de rosa más intenso que el tul que compone la falda vaporosa.

Es para quedarse sin aliento.

—¡Joder! —Me llevo la mano a la boca y silbo—. Estás guapísima.

— ¿En serio? —pregunta, y la inseguridad en su voz me destroza; me acerco, haciendo un esfuerzo enorme por no llorar.

—Mírame… —le pido, y sus ojos azules se encuentran con los míos, y, joder, hay tanto miedo ahí—. Estás maravillosa, divina,

preciosa, sexy, en serio, no sé cómo describirlo —exclamo, queriendo decir cada palabra, y ella esboza una tímida sonrisa.

— ¿De verdad?

—En serio de verdad. No sé cómo, pero *papá* ha acertado de pleno con el vestido.

—Seguro que no lo eligió él. —Hace una mueca.

—Seguro, pero ¿a quién le importa? Lo importante es que te queda perfecto. Eres perfecta, hermanita —subrayo, besándola en la mejilla.

— ¡Gracias, Lena!

—Solo he dicho verdades. —Guiño un ojo—. Ahora me toca a mí, no te rías si salgo por esa puerta pareciendo una payasa.

—Como si fuera posible.

—Todo es posible —bromeo, cogiendo la percha, sintiendo de repente cómo el nerviosismo se apodera de mí.

No es un vestido cualquiera, es el de mi compromiso.

Una fecha que se supone que es importante.

Deja de soñar despierta, Elena. ¡Concéntrate!

Respiro hondo y, con cuidado, me quito la capa, dejando al descubierto un vestido largo de color lila, con mangas largas de tul y pequeños cristales, y mi corazón incluso se me salta un latido al ver el corpiño, todo él adornado con bordados.

—Qué bonito —susurro, pasando con cuidado el dedo índice por la tela. Parece hecho para una princesa, lo cual no es mi caso, ni mucho menos, pero es la imagen que *papá* quiere vender.

No pienses en él. No dejes que te arruine el momento.

Cierro los ojos y respiro hondo, una, dos veces, y luego, con cuidado, me lo pruebo, prestando especial atención a la falda de gasa, y cuando por fin me atrevo a mirar mi reflejo en el espejo, casi me asusto.

Un poco recargado para mi gusto, pero es realmente… impresionante.

—Fat ya ha venido a avisar de que los invitados están llegando. *Papá* vendrá a buscarte enseguida.

—¿Acaso aún hay tiempo para escapar? —pregunto, abriendo la puerta de un golpe, y la expresión de sorpresa en su rostro no

hace más que confirmar mi opinión sobre el vestido.

— Dios mío, Lena, estás…

— Un poco recargado en los detalles, pero… —ni siquiera consigo terminar la frase.

—¡Estás guapísima! —suspira, con la voz cargada de emoción.

— Oye, nada de llantos, por el amor de Dios. Ya sabes que tengo un problema: en cuanto veo a alguien llorar, me dan ganas de hacer lo mismo —murmuro, sintiendo cómo me arde la garganta, y ella ni siquiera responde, solo niega con la cabeza.

No sé cuánto tiempo nos quedamos allí, simplemente mirándonos.

Una complicidad y una unión que son solo nuestras.

—*Don* Zampieri es un afortunado.

— Yo no estaría tan segura —bromeo, odiando recordarlo y sentir cómo se me acelera el corazón.

Un golpe en la puerta es la señal de que ha llegado el momento.

—Más vale que estéis listas. —La voz de Fabrizzio resuena desde fuera, y es como un jarro de agua fría que me recuerda que no soy más que una mercancía.

—Lo estamos —avisa la señora, sin apartar la mirada de la mía.

Con un fuerte empujón, la madera golpea contra la pared y ahí están mis dos hermanos, con trajes negros, el pelo cuidadosamente peinado hacia atrás, el rostro deformado por el odio, hacia mí, hacia nosotras, y por muchas veces que lo vea, no entiendo por qué.

¿Qué hemos hecho para que nos traten así?

Siento que nos observan con atención y ya me preparo para alguna broma.

—Hasta parecen personas —exclama Federico al cabo de unos segundos—. Vale, quizá esté exagerando —continúa, dirigiendo su atención hacia Donatella, que permanece en silencio—. Pero, al menos, han encontrado algo que te quedaba bien, hermanita.

— Deben de haber cosido dos vestidos juntos —comenta Fabrizzio y luego sonríe.

Aprieto los puños, lista para responder, pero siento el suave toque de Dona en mi brazo; mi mirada se cruza con la suya y veo allí esa petición silenciosa.

Ignóralo. No merece la pena.

Asiento con disimulo y, al poco rato, oímos el inconfundible sonido de unos pasos.

Papá.

—Menos mal que ya estáis listas —exclama, deteniéndose frente a nosotras—, y presentables —murmura.

No hay ningún elogio, ni una palabra de cariño, nada.

—Los Zampieri ya han llegado, *papá* —avisa Federico, y al oír el apellido, me pongo en guardia.

Está aquí.

Me invade una mezcla de sentimientos y, por mucho que intente ignorarlo, la felicidad es uno de ellos.

Es incomprensible, lo sé, pero… es la realidad.

— Vamos a resolver esto de una vez —exclama, haciendo un gesto con la mano en mi dirección, y me acerco, deseando que mis pies se mantengan firmes sobre los zapatos de tacón.

Respira, tú puedes.

— Que uno de vosotros la acompañe… — Mira hacia Dona con evidente disgusto y, joder, me cuesta mucho mantenerme callada.

— No hace falta, *papá*.

— No te he preguntado si hace falta, niña —replica él, y ella se limita a asentir.

—Lo haré yo —Federico escupe las palabras, caminando hacia ella, sin ocultar su descontento con la misión que le han encomendado.

Malditos.

Salimos de la habitación y caminamos hacia las escaleras, y sé que es un pecado, pero en mi cabeza puedo imaginarme *a papá* bajando los escalones tranquilamente.

Incluso desde la distancia ya puedo oír los ruidos de la planta baja, las risas, las conversaciones, y se me revuelve el estómago; unos pasos más y todos podrán vernos.

—No te atrevas a avergonzarnos, Elena —me susurra *papá* al oído, con voz seria, mortal—. O me importará muy poco que seas de mi sangre.

Como si eso hubiera importado algún día.

Me arde la garganta y, por un segundo, creo que no voy a poder contener las ganas irrefrenables de llorar, pero entonces lo veo, entre los innumerables invitados, casi todos desconocidos, lo veo… a él, a Pietro Zampieri, y en ese momento su mirada, la forma en que me mira, es como un bálsamo para mis heridas, aquellas que nadie ve; es un maldito soplo de esperanza, es todo lo que tengo.

Ni siquiera me molesto en responder *«papá».*

Mantengo la mirada fija en él, y muchos pueden incluso tomarme por la novia enamorada, pero nada más lejos de la realidad; es solo que no puedo dejar de observarlo.

Tan diferente de su última visita, tan guapo como…

Y me sorprendo pensando cuál de sus versiones me gusta más, la de vaqueros y chaqueta de cuero, o esta, impecable, y enseguida descubro que me gustan las dos.

Menudo hombre.

Una sombra de sonrisa se dibuja en su rostro, y si no supiera que es imposible, juraría que él sabe lo que estaba pensando, que sabe *cómo me afecta.*

Llegamos al último escalón y me obligo a apartar la mirada; frente a nosotros, a pocos pasos de distancia, Dona está de pie junto a nuestros hermanos y es evidente que ellos y el resto de invitados están esperando el próximo movimiento del *papa*, y está claro que Tiziano Del Vecchio no podría simplemente lanzarme a los brazos del enemigo.

No.

Tiene que haber todo un espectáculo, la farsa de un padre que celebra el compromiso de su hija.

Siento que se me hielan las manos e intento concentrarme en cualquier cosa que no sean las mentiras que salen de la boca del

monstruo que tengo a mi lado, y ahí estoy de nuevo, perdida en esa mirada intensa.

Oigo una salva de aplausos y veo a varios hombres levantando sus copas llenas de whisky, y me invade el alivio al saber que el discurso, fuera cual fuera, ha terminado, pero enseguida vuelve la tensión, porque Pietro Zampieri camina hacia mí y hacia *el Papa*, y el calor que había en sus ojos ha desaparecido.

Ahora solo veo rabia, ira…

Que Dios nos ayude.



Walking the wire – Imagine Dragons
Bad Liar – Imagine Dragons
«Welcome to the Jungle» – Guns N' Roses

— Vaya, eso ha sido realmente rápido —dice la tía Chiara en cuanto bajamos del jet.

—Mucho mejor que venir en helicóptero, *sorellina* —comenta *papá*, y ella esboza una enorme sonrisa.

—Vaya, sin duda, aunque, dadas las circunstancias —mira a su alrededor, observando la mansión toda iluminada y a los invitados paseando por los jardines—, así, hasta un helicóptero habría aceptado.

—Parece que Enzo no opina lo mismo que vosotros —exclama *mamá*, y nos giramos para ver cómo se acerca el resto de la familia.

Y, joder, la señora Giulia no mintió.

—Joder, y no solo a él no le ha gustado el viaje, parece que Roman y Alessia han tenido el mismo problema —comenta Romeo, mientras se ajusta la corbata y yo me sorprendo haciendo lo mismo.

Esta mierda es asfixiante.

—Eres terrible, P —suspira Stella, pero claro, todos los que están ahí lo han oído y se contienen para no reírse.

—Si no se han matado allí, estamos a salvo en la fiesta —comento en serio, observando a mi prima caminar hacia nosotros con paso firme y, por un segundo, temo que tropiece con el vestido.

—Esto no quedará sin consecuencias, Pietro Zampieri —suspira, y ya está, no puedo contener la carcajada.

Joder, está realmente enfadada.

¿Qué coño has hecho esta vez, R?

Mi mirada se cruza con la de mi amigo, y él se limita a sonreír.

Hijo de puta.

— Todos los hombres están en sus puestos, *Don* Zampieri —me susurra Domenico al oído.

— ¿Y dentro?

— Sin ningún contratiempo. Los invitados están esperando a que *Don* Del Vecchio baje con sus hijas. Ya se le ha comunicado nuestra llegada.

Claro que el viejo quiere montar un escándalo.

Vamos a darle lo que quiere.

—Perfecto —respondo y cruzo una mirada con *papá*, que está atento a todo y capta el mensaje.

La fiesta está a punto de empezar.

En pocos minutos, estamos en la entrada de la mansión, y en cuanto los invitados se dan cuenta de que nos acercamos, el silencio inunda el ambiente.

La mayoría son hombres y socios de Civitavecchia, y aunque en los últimos años se ha mantenido el acuerdo con César Del Vecchio, lo cierto es que la rivalidad entre las organizaciones siempre ha estado presente.

Es hora de acabar con esta mierda de una vez por todas.

—*Don* Zampieri —como ya imaginaba, es el consejero quien nos recibe—, bienvenidos todos.

—¿*Don* Del Vecchio? —pregunto, yendo directo al grano.

—Ya bajará.

Asiento con la cabeza y doy unos pasos más por la sala abarrotada, ignorando las miradas curiosas y las conversaciones en voz baja; no podrían importarme menos.

Lo que tienen que preocuparse es… de mí.

El sonido de unos pasos atrae todas las miradas hacia la gran escalera; el primero en aparecer es uno de los hijos menores, y lo único en lo que puedo pensar es en que ese desgraciado no viene a buscarme.

Justo detrás de él aparece el otro, y no me preguntes quién es quién, para mí es sencillo: imbécil 1 e imbécil 2.

Fácil y práctico.

El segundo acompaña a su hermana, Donatella, que luce elegante con un vestido rosa, pero está tan pálida que parece que va a desmayarse en cualquier momento.

— Joder… — Romeo, a mi lado, suelta un taco, y parece que se ha dado cuenta de la situación y está listo para actuar, si es necesario.

Se oye un murmullo y la expectación crece en mí.

¡Concéntrate, joder!

Vuelvo a mirar hacia lo alto de la escalera y, en cuanto mi mirada se cruza con la suya, todo a mi alrededor parece desaparecer, incluso la concentración, que se va a la mierda.

Elena Del Vecchio está de pie junto a su padre, con el pelo rubio parcialmente suelto enmarcando su rostro perfecto, la barbilla levantada, atrevida como siempre, preciosa con un vestido largo morado, lleno de bordados, y aunque la conozco tan poco, sé que no lo ha elegido ella, pero es su boca y la forma en que su pecho sube y baja al ritmo de su respiración acelerada lo que me deja hipnotizado.

Joder, quiero saborearla, quiero hacerla mía.

¿Qué coño ha sido eso?

Cálmate, joder. Esto solo es un negocio.

Intento apartar la mirada, ser racional, pero no lo consigo, y se me dibuja una leve sonrisa al ver que ella tiene el mismo problema.

Están al final de las escaleras, y sé que tengo que acercarme, pero, cuando Tiziano Del Vecchio levanta la mano y empieza a hablar, me quedo ahí parado, atento a lo que ese desgraciado pueda decir, y joder, sigo sintiendo su mirada sobre mí.

Concentración.

—En primer lugar, quiero dar las gracias a todos los aquí presentes —exclama, mirando a su alrededor—. En especial, a *Don* Zampieri. —Me mira y, claro, todos hacen lo mismo, pero yo me mantengo indiferente—. No es ningún secreto para los más cercanos lo mucho que mi padre anheló durante años una alianza fuerte y duradera con la Sacra.

La tensión inunda el ambiente y ni siquiera necesito mirar atrás para saber que mi padre y mis tíos están en guardia, joder, todos lo están, y una sensación inquietante me invade.

—Me alegra decir que este día ha llegado, o, mejor dicho, que llegará pronto. —Sonrío, y varios invitados hacen lo mismo—. Es un placer anunciar que mi querida hija, Elena… —Ni siquiera se molesta en mirarla, pues si lo hiciera sabría que fijar la mirada en su hija menor es casi como presenciar una petición de ayuda, y que su mirada está fija en mí, joder.

En mí.

Aprieto los puños, deseando que esta mierda termine de una vez por todas, pero sé que nos queda un largo camino por recorrer.

—Se casará con *Don* Zampieri, haciendo realidad el deseo del *papa* y el mío propio —exclama, y la sala estalla en una salva de aplausos; varios invitados, ya más animados de lo esperado, levantan sus copas gritando palabras de felicitación, pero lo único que quiero es dirigirme hacia Elena.

Empiezo a caminar hacia ella, pero cuanto más me acerco, más evidente se hace lo que han intentado ocultar, y en ese momento veo todo rojo y estoy a punto de alcanzar a Tiziano cuando siento un toque firme en mi hombro, y ni siquiera necesito mirar para saber quién es.

Papá.

—Sé lo que has visto y lo que tienes en mente, *figlio* —me susurra al oído—. Pero ahora no es el momento.

Respiro hondo, sabiendo que tiene razón.

Hay mucho en juego.

— Deja claro a todos que Elena es tu prometida, y después… — Ni siquiera hace falta que termine la frase, soy yo quien lo hace.

—Me aseguraré de que entiendan lo que eso significa.

Papá asiente, sonriendo, y quien lo vea desde fuera pensará que es un padre felicitando a su hijo por la ocasión.

Vuelvo a mirar a Elena y veo preocupación en su mirada.

Quiero quitarle esa preocupación de encima, quiero tranquilizarla, quiero protegerla, pero eso significa calmar mis propios nervios y seguir con esta estúpida farsa.

—Don Tiziano —lo saludo, deteniéndome frente a él, y su mirada se cruza con la mía.

Viejo cabrón, ¿qué tan mal está querer casarte con su hija y estar ya pensando en mil formas de matarte?

— *Don* Zampieri. — Saluda con la mano.

Podría dar un discurso, hablar sobre la alianza, pero que le den por culo, quiero tener ya a Elena en mis manos, mi anillo, la alianza que simboliza nuestro compromiso, en su dedo, marcándola como mía ante todos los presentes y más allá.

Dirijo mi atención hacia ella, la razón de mis noches de insomnio.

—Elena—, susurro, y extiendo la mano hacia ella, sin apartar la mirada de la suya.

Tan guapa.

Tan pura.

Ella acepta y, sin apartar la mirada de la suya, le beso el dorso de la mano, inhalando el aroma de su piel.

Mía… mía.

El sentimiento de posesión crece dentro de mí sin control.

Es irracional, pero es real.

Muy real.

—Podría dar un discurso, podría hablar durante horas sobre la importancia de esta alianza, de este compromiso entre las familias, pero perdónenme si lo único que quiero ahora mismo es hacer esto.

Me arrodillo ante ti, para sorpresa de todos.

No es lo habitual, pero quiero que las tradiciones se vayan a la mierda en este momento.

Por un lado, todo en mí clama por honrarla, y lo haré, dejando claro mi respeto y mi devoción.

Elena me mira sin disimular su sorpresa, y veo cómo se le humedecen los ojos cuando saco de la chaqueta la pequeña caja de terciopelo negro, revelando en su interior un anillo de oro blanco trenzado, con una esmeralda ovalada en el centro y, a su alrededor, seis diamantes.

—Sé que ya hemos hablado de esto, de la elección, pero te vuelvo a dar la oportunidad, Elena Del Vecchio: ¿aceptas casarte conmigo?

Su padre parece a punto de decir algo, pero sin apartar la mirada de ella, digo alto y claro:

— La decisión es suya.

Elena se muerde los labios, que le tiemblan, y luego extiende la mano hacia mí.

— Sí, acepto casarme contigo, Pietro Zampieri.

Joder, parece que se me va a salir el corazón por la boca.

No es *Don* Zampieri.

Es Pietro, para ella quiero ser siempre solo Pietro…

Le deslizo el anillo, le beso la palma de la mano, sintiendo su piel cálida, y solo entonces me levanto.

A nuestro alrededor, los invitados estallan en una ovación.

Oficialmente, prometidos y, joder, ya estoy pensando en la boda.

—Gracias —susurra Elena, mirándome a los ojos.

— Podría haber elegido un diamante, pero en cuanto vi este anillo, me acordé de ti, de tus ojos, y en ese momento supe que sería tuyo.

— Yo…

—Según la dependienta, la esmeralda simboliza la sabiduría, el valor y la felicidad; espero que nunca nos falten esas cosas — digo, y lo digo de corazón.

—No esperaba algo así, nunca —confiesa, y hay tanto en esa frase—. Es tan bonito que ni siquiera hacía falta que tuviera diamantes.

—No sé hasta qué punto te lo crees, pero… —empiezo a decir, y ella me mira con curiosidad—. La esmeralda y los diamantes suman en total siete piedras, lo que, según algunos, es el número de la perfección.

— ¿En serio?

—Sí, tiene que ver con que Dios creó el mundo en seis días y descansó el séptimo; son siete los colores del arcoíris, los días de la semana… La lista es larga.

Arquea una ceja y me mira de una forma extraña.

—Desde luego, no me esperaba esto de ti, Don Zampieri — exclama con una sonrisa en los labios, y sin pensarlo mucho, me acerco más.

— Pietro —le corrijo. — Para ti, siempre Pietro.

— Pietro — repite, y me gusta. — Yo… ni siquiera sé qué decir.

—Lo más importante ya lo has dicho —subrayo, apartando la mirada de la suya para fijarme en el anillo de su dedo.

Todo en mí me pide a gritos que haga la pregunta que me da vueltas en la cabeza desde el momento en que vi su labio cortado, el moratón que el maquillaje intenta disimular, pero me contengo.

Todavía no.

Miro a mi alrededor y ese desgraciado de su padre y sus hermanos ya están lejos, charlando con los demás invitados, mientras que su hermana está sola, fuera de lugar, y ahí sé exactamente qué hacer.

— ¿Qué te parece si llamas a tu hermana para que conozca a la familia que te va a volver loca?

Sus labios tiemblan y ella me mira con los ojos llenos de lágrimas, antes de asentir con la cabeza, un «sí» que dice lo mucho que ese gesto significa para ella.

— Me encantaría, y seguro que a Dona también.

—No acepto quejas después —le advierto, en serio, y su sonrisa me desarma; es espontánea, genuina, real, y joder, haré

todo lo que esté en mi mano para verla más veces así, sonriendo.

—Eso ya es pedir demasiado.

— Dios, ya veo que voy a tener que mantenerte alejado de Alessia —digo, y ella, claro, no entiende nada.

De momento.



Wings - Birdy
Dinasty – Mia
Love is the Answer – Natalie Taylor

Me había imaginado de muchas formas cómo sería este momento.

Pero nunca, ni siquiera en mis mejores sueños, habría sido algo parecido a lo que ha pasado.

Mi corazón late tan fuerte que temo que Pietro pueda oírlo, y todavía no puedo creer que esto esté pasando de verdad.

Este hombre poderoso, que podría tener lo que quisiera con solo una mirada, con un chasquido de dedos, se ha arrodillado ante todos, *ante mí*, prácticamente le ha mandado callar a mi padre y me ha preguntado si aceptaba casarme con él.

Sí.

Lo hizo, aunque no lo necesitaba, aunque yo ya le había respondido antes; me volvió a dar la oportunidad de huir, de echarme atrás.

¿Cómo?

Si cada segundo a su lado me atrae más y más.

Y entonces llegó el anillo y, joder, ¿cómo voy a conseguir mantener la distancia y la frialdad cuando está claro que fue él mismo quien eligió la joya que ahora llevo en el dedo?

Es tan… bonito.

Hasta me tiemblan las manos, y como si todo lo que ha hecho y dicho hace un rato no fuera suficiente para ir rompiendo poco a poco las barreras que he levantado a mi alrededor durante años, ha demostrado una percepción, una sutileza y una empatía increíbles, al no limitarse a invitarme a conocer a su familia —lo cual, claro, ya quería—, sino que… ha incluido a mi hermana y eso, para mí, no tiene precio.

—Elena, te presento a mi madre, Giulia Zampieri, y a mi padre, Matteo Zampieri—, me dice, y no puedo evitar fijarme en la pareja que tengo delante, y lo primero que se me pasa por la cabeza es: «No es de extrañar que ese muy guapo sea tan guapo, fíjate en sus padres».

— Encantada. — Le tiendo la mano y, para mi sorpresa, su madre se queda mirándome unos segundos, y hay tanto en su mirada, tanto, que parece leerme el pensamiento, y no consigo decir nada, y menos aún cuando, para mi sorpresa, me abraza con fuerza, con cariño, y me susurra al oído: «Bienvenida a *la famiglia*, Elena».

Joder.

Respira.

Me aparto y parpadeo varias veces, porque no puedo dejar que se den cuenta de lo mucho que me ha conmovido esta bienvenida.

—Elena… —Su padre me tiende la mano, mirándome muy serio, pero, aun así, hay calidez en su mirada.

Mi padre nunca me ha mirado así.

Oh, mierda.

Y la situación se complicó aún más, porque no solo fueron Giulia y Matteo Zampieri quienes me dieron la bienvenida, no, también conocí a las tías de Pietro, una de pelo castaño, llamada Isabella, y la otra rubia, Chiara; junto a ellas, sus respectivos maridos: Vincenzo, del que ya se notaba que era el más callado de todos, pero que, aun así, me saludó y, aunque con pocas palabras, pude sentir sinceridad en cada una de ellas; y luego Lucca, que, a diferencia de él, quedó claro que era el tío…

—Bienvenida a esta locura —exclama, sonriendo.

Como iba diciendo: «qué gracioso».

—Lucca, deja de asustar a la chica.

—Pero solo te he dado la bienvenida, *bambina*.

Me muerdo los labios para no reírme.

Dios, son divertidísimos.

—No te alegres, aún no ha terminado —susurra Pietro, y noto que se me calientan las mejillas, porque sé que sus tíos lo han oído.

—A estos ya los conoces, son mis primos, Stella y Romeo, hijos de Chiara y Lucca —dice con cariño, mirando a su tía, y recibe una enorme sonrisa a cambio.

—Si te molestan, puedes venir a hablar conmigo, Elena.

—*¡Mamá!* —exclama Stella, indignada, pero al final se ríe de su madre.

—No te preocupes —exclamo, saludando a la consejera de Sacra con un apretón de manos que, obviamente, acaba convirtiéndose en un abrazo.

Dios mío, aquí les gusta eso y yo, claro, no estoy nada acostumbrada.

Saludo rápidamente a Romeo y no se me escapa la forma en que mi hermana se sonroja al saludar al abogado de la familia, y mucho menos el hecho de que él le diga algo, no sé qué, solo sé que Dona se ha sonrojado aún más.

Interesante.

Muy interesante.

Ah, más tarde no se me va a escapar. Ni hablar.

—Estas son Alessia y Martina… —empieza a decir, y ni siquiera le dejo terminar la frase; es demasiado obvio: las gemelas idénticas, absolutamente preciosas, con el pelo castaño oscuro y unos ojos de un azul tan claro que recuerdan a una piscina que te invita a nadar.

—Las hijas de Vincenzo e Isabella —añado, y él asiente con la cabeza para confirmarlo.

Es increíble que, aunque sean iguales en apariencia, parezcan tan diferentes, y ni siquiera me refiero a la ropa, va más allá.

Mientras que Alessia luce una enorme sonrisa en el rostro y parece una princesa con un maravilloso vestido azul marino, de cuello redondo, ceñido a la cintura y con la falda toda plisada; Martina, por su parte, es más seria; sus agudos ojos azules parecen estar atentos a cada movimiento que se produce en la sala, como si estuviera lista para entrar en acción, y el vestido negro liso, con una profunda abertura en el muslo, deja claro el mensaje: es una mujer fatal, y algo me dice que no solo por su belleza.

—¡Encantado! —saludo, sintiendo la mirada de ambas fija en mí.

—El placer es mío —exclama Alessia, y siento que mi corazón se acelera ante esa cálida bienvenida.

—Bienvenida —dice Martina con seriedad, todo lo contrario que su hermana, pero aun así me siento realmente bienvenida.

— Lena, ya me caes bien y siento que nos lo vamos a pasar muy bien.

— Joder, Rayo de Sol, te superas a ti misma: acabas de conocerla y ya le estás poniendo un apodo y hablando de divertirse. Es la hostia —comenta un hombre alto, de aspecto amenazador y lleno de tatuajes, a juzgar por los « » que destacan en su mano y cuello—, pero Alessia solo pone los ojos en blanco.

Vale, eso ha sido interesante.

¿Qué les pasa?

—Simplemente ignora a Roman —suelta—. Por desgracia, además de irritante y molesto, también sabe ser un entrometido.

Ni siquiera sé qué decir.

—Simplemente ignóralos a los dos —me susurra Pietro al oído, y, joder, me cuesta mantener la seriedad.

Están locos.

—A quien Alessia acaba de describir *con cariño* —subraya Pietro, y se nota claramente que se lo está pasando en *grande*— es Roman, mi mejor amigo y *el Pakhan* de la Bratva.

—Alessia es dramática de cojones. —Guiña un ojo, acercándose, y tengo que admitir que el hombre tiene carisma, además de la habilidad de irritar a la prima de Pietro, que ni siquiera

intenta disimularlo, mira en su dirección y, te lo digo yo, o lo mata, o…

—Espera un momento, ¿has dicho «Bratva»? —susurro, sin disimular mi sorpresa.

—Sí, lo he dicho. La Sacra y la mafia rusa tienen una relación que va mucho más allá de una simple asociación comercial —destaca, volviendo a mirar a su amigo—. Roman es de la familia —exclama, apoyando la mano en el hombro del ruso, y lo único en lo que puedo pensar es que su prima no parece opinar lo mismo.

—Solo si se trata de ese pariente lejano al que esperas que nunca venga de visita, pero que siempre está dando la lata —suelta ella como si nada, y eso es todo, no puedo contenerme, estallo en una carcajada.

Todos los Zampieri me miran atónitos, y por un segundo creo que se han ofendido, pero entonces, no hay ni uno que se mantenga serio; todos, sin excepción, incluso Alessia y Roman, se unen a mí, y por mucho que mi lado racional quiera decirme que no es para tanto… en el fondo, sé que es todo lo contrario.

Sí, y mucho.

—Ya está, ahora ya los conoces a todos —anuncia Pietro cuando nos alejamos de su *nonna*.

Sí, su abuelita todavía vive, y es tan, pero tan encantadora.

En serio, estoy hasta un poco emocionada.

No sé si es porque me ha recordado a mi abuelo, que nos dejó el año pasado y que, a pesar de todos sus defectos, siempre cuidó de mí y de Dona.

Lo cierto es que casi me eché a llorar cuando aquella señora de más de ochenta años se quedó mirándome muy seria, para luego esbozar una enorme sonrisa, de oreja a oreja, y pedirme un abrazo.

«Ven rápido a dar un abrazo a tu abuela, cariño».

Abuela… ahora tengo una abuela.

Siento que se me hace un nudo en la garganta y me obligo a respirar hondo.

Nos alejamos unos pasos y, disimuladamente, miro a mi alrededor, fijándome en que mi hermana está charlando

animadamente con Alessia, y me alegra saber que no está sola, que ya se ha integrado.

—Eres un hombre de suerte, Pietro Zampieri —comento, cruzando la mirada con él, y, joder, ¿cómo es posible que ese maldito sea tan guapo?

Pietro se queda unos segundos mirándome fijamente y ya estoy a punto de preguntarle si pasa algo, cuando simplemente dice:

— Sí, lo soy. — Me mira con tanta intensidad que mi corazón parece a punto de salirse por la boca y juro que no sé si solo estamos hablando de su familia.

—Yo… —tartamúneo, sintiendo la necesidad de alejarme un poco de él, pero ni siquiera tengo tiempo de terminar la frase.

— Ven conmigo. — Me agarra de la mano y me empuja, y, antes de que me dé cuenta, estamos en la cocina, con todos los empleados mirándonos. — Fuera — ordena con un tono de voz que no deja lugar a dudas y, sorprendida, veo cómo cada uno se marcha sin decir ni una sola palabra.

— ¿Qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loco? — le pregunto, soltándole la mano y alejándome unos pasos. — Van a correr a hablar con mis hermanos o con mi padre — le advierto, imaginándome ya mil situaciones en mi cabeza, ninguna de ellas buena.

—Genial, así ya zanjamos el asunto de una vez —exclama, y su mirada vuelve a posarse en la mía.

—¿Asunto? ¿Qué asunto? —pregunto, sintiendo cómo mi pecho sube y baja al ritmo de mi respiración acelerada.

Pietro parece haberse dado cuenta, pues su mirada se dirige hacia allí y luego vuelve a posarse en mis ojos.

—Voy a preguntarte lo que llevo deseando desde que te vi en esa escalera…

—¿Preguntarme? Pero qué locura… —Ni siquiera termino la frase, cuando, con dos pasos rápidos, Pietro se detiene a pocos centímetros de mí.

Tan cerca que puedo sentir su aliento contra mi cara.

—¿Quién te ha hecho daño? —escupe las palabras y, por un segundo, el tiempo parece detenerse.

—¿Cómo? —jadeo, intentando pensar en una respuesta convincente, cualquier cosa, pero pierdo el hilo cuando siento su dedo índice bajo mi barbilla y mi mirada se cruza con la suya.

—¿Quién? —insiste.

Piensa, piensa…

No hay forma de escapar, y algo me dice que mentir no es una opción.

— Mejor no preguntes, si no quieres la respuesta, *Don* Zampieri —replico a la defensiva, pero lo único que veo en su mirada es furia contenida y preocupación.

— Créeme, la quiero —subraya, sin apartar la mirada de la mía—. La quiero desde que te vi y me di cuenta de eso… —Me acaricia con cuidado la mejilla, y yo cierro los ojos, conteniendo la respiración ante ese roce suave, gentil, pero que hace que todo en mí se agite. —Y para ti, yo siempre soy Pietro; ahora, mírame, Elena —me pide, y lo hago, solo para encontrarme con él esperando una respuesta.

—Prométeme que no harás nada imprudente —empiezo a decir, pero él no dice nada, y algo me dice que cada uno de sus pasos está cuidadosamente planeado, que nada es casualidad. —Maldita sea —maldigo en voz baja—. Puede que te haya irritado… —Hago una mueca, y tan pronto como las palabras salen de mi boca, Pietro me sujeta la cara entre sus manos, con sus ojos clavados en los míos.

—No hay justificación para lo injustificable —replica, sin titubear ni un instante, y mi corazón se acelera aún más al oír sus palabras.

—Fue… fue Federico, ¿contento? —exclamo, y es como si un peso se me hubiera quitado de encima—. —Ocurrió justo después de que te fueras —le advierto.

—*Stronzo*[5] —insulta, y hay tanta rabia en su voz, tanta, que empiezo a preocuparme. —Aún no estoy satisfecho —destaca, y una sombra de sonrisa se dibuja en su rostro mientras saca el móvil y llama a alguien.

—Traedme a Federico Del Vecchio y aseguraos de que no nos molesten.

— ¿Qué estás haciendo? ¿Qué parte de *«no hagas nada imprudente»* no has oído? —casi grito, ya preocupada por las consecuencias de este encuentro.

— Una cosa más: dile a *papá* que mantenga ocupado a Tiziano, y espero a Martina. ¡Bien!

—No sé con quién demonios estabas hablando, pero más te vale saber lo que… —Ni siquiera consigo terminar la frase, pues, con un movimiento rápido, Pietro me empuja contra la pared, con la cara tan cerca, tan cerca, que me quedo paralizada, embriagada por su perfume.

—Pietro —jadeo, y su mirada se dirige a mi boca.

Va a besarme, va a…

Y yo lo deseo, muchísimo.

Pero, para mi sorpresa, acerca su rostro, casi rozando sus labios con los míos, y luego se acerca a mi oreja.

— Eres mía, y yo cuido de lo que es mío, Elena. — Esa voz ronca me pone la piel de gallina y un calor inexplicable me inunda.

Joder.

Mi mente quiere gritar que no soy un objeto que le pertenece, pero, al mismo tiempo, quiero decirle que sí, que soy toda suya, y que él es mío.

Estoy loca, es la única explicación.

—Estás loco… —jadeo, y él sonríe, alejándose como si no hubiera dicho nada fuera de lo normal.

Y, sinceramente, no sé qué es peor, lo que ha dicho o el hecho de que me haya encantado cada segundo de su cuerpo tan apetecible pegado al mío, haciéndome desear tocar cada parte que se esconde bajo esa maldita ropa.

¡Elena! ¡Por el amor de Dios! —me reprendo, sabiendo que tengo las mejillas ardientes y que la culpa es solo suya.

El sonido de unos pasos delata el motivo por el que se ha alejado y me obligo a centrarme en el problema que tengo delante, y no, no es lo increíblemente…

No vayas por ahí, no vayas…

— ¿Qué está pasando? ¡Esto es inadmisible! — La inconfundible voz de mi hermano suena exaltada y, sin darme cuenta, doy un paso atrás, pero siento sus dedos rozar mi palma, recordándome que está ahí, y una sensación agradable me inunda; *estoy a salvo*. — ¿Puedo preguntarle por qu e su hombre prácticamente me ha arrastrado hasta aquí, Don Zampieri? — Federico entra en la cocina hablando en voz alta, cabreado, y cuando ve que solo estamos Pietro y yo allí, su rostro se transforma. —¿Estás a solas con él? Joder, hermanita, la zorra ni siquiera ha esperado a casarse para echarse un polvo… —suelta, y sus palabras duelen, pero ni siquiera tiene tiempo de terminar la frase: en dos pasos, Pietro se abalanza sobre él y, con un movimiento rápido, le agarra del pelo y le empuja la cabeza contra la encimera de mármol de la cocina.

—Oh, Dios… —jadeo, llevándome la mano a la boca al ver cómo brota sangre de la nariz de Federico.

—Mi nariz, hijo de…

Pietro vuelve a estrellarle la cara contra la piedra y la sangre salpica por todas partes.

—No te he oído. Debe de ser por la fiesta —exclama, tirándole del pelo y dejando al descubierto su rostro ensangrentado —. ¿Me vas a dejar hablar o vas a seguir empeñado en escuchar tu propia voz? —pregunta, con voz firme, y mi hermano se limita a asentir con un gesto—. Bueno, parece que no eres tan tonto como pensaba.

Sin soltarle el pelo, Pietro acerca uno de los taburetes de la cocina.

— Siéntate.

Mi hermano me mira, y yo sigo paralizada observando la escena que tengo delante.

—Menos mal que la estás mirando… —La voz de Pietro suena fuerte, y mi hermano empieza a fijar la mirada en el suelo, serio; nunca lo había visto tan asustado; aunque no muestre ningún arma, Federico sabe que está en desventaja: *Pietro lo mataría con sus propias manos si fuera necesario.*

Y eso, en lugar de asustarme, me enciende.

¿Qué me pasa?

—Mírame, pedazo de mierda —le ordena, y Federico levanta la vista, con los dientes manchados de sangre. —Si vuelves a tocarle un solo pelo a tu hermana —dice pronunciando cada palabra despacio—, no tendremos una charla amistosa como esta. —Pietro sonríe—. Me da igual quién seas, quién sea tu padre, me dan igual las consecuencias: te encontraré, me tomaré mi tiempo contigo y desearás estar muerto antes de que acabe el día.

—Lo siento, no volverá a pasar —tartamudea Federico.

—Buena respuesta. —Pietro le da una palmada en la cara, como diciendo: «buen chico». Y yo ni siquiera sé qué decir ante esa escena. — Ahora, pide perdón a tu hermana y hazme creer que de verdad lo sientes —gruñe, y yo contengo la respiración.

—Yo… —empieza Federico, pero se queda bloqueado y escupe sangre al suelo.

—¿Algún problema? —Pietro le aprieta la nariz, haciéndole gritar de dolor.

Por un segundo, siento lástima, pero tan rápido como llega, se va.

—Lo siento —susurra, y apenas se le oye.

—¡Más alto! ¿No has llegado aquí gritando? Ahora quiero oír esa puta disculpa. —Le tiro del pelo y estoy a punto de decirle que no pasa nada, que lo he oído, cuando Federico dice alto y claro:

— Lo siento, Elena.

— Bueno, solo una cosa más… —continúa el *Don* de la Sacra, pero se detiene cuando el sonido de unos pasos indica que se acerca alguien más.

El tiempo parece detenerse y creo que solo exhalo cuando veo que no es *el Papa* ni uno de los soldados.

No…

Es alguien a quien nunca hubiera imaginado encontrar allí.

—Por fin, ya pensaba que hoy no te ibas a animar a divertirte —suelta Pietro, señalando a mi hermano.

—No me lo perdería por nada del mundo —exclama Martina, entrando en la cocina, imponente y aterradora con un cuchillo curvo

en la mano, y, a juzgar por la destreza con la que gira el mango, diría que está muy familiarizada con el instrumento.

—Federico, no he tenido ocasión de presentarte, pero quiero que conozcas a mi prima…

Mi hermano levanta la vista y, de todo lo que me imaginaba ver hoy, nada me había preparado para esto.

Absolutamente nada.

—No, por favor, ya lo he entendido, no volveré a tocar a Elena nunca más… —empieza a balbucear, presa del pánico.

—Ni a Elena ni *a Donatella* —añade Pietro, y él se limita a asentir, repitiendo nuestros nombres. Federico amenaza con levantarse, pero Pietro le agarra del hombro, manteniéndolo firme en la silla, mientras Martina se acerca con una sonrisa en el rostro, y es en ese momento cuando el olor a orina inunda la habitación.

No…

No puede ser.

—Por favor, no… te lo prometo.

Martina sonríe y le susurra algo al oído a mi hermano, que tiembla como un flan, mientras ella le pasa la cuchilla por el muslo.

— ¿Te lo crees? — le pregunta Pietro a su prima, que permanece en silencio unos segundos, con la mirada fija en mi hermano y la mano aún cuidadosamente colocada sobre sus pantalones empapados de pis.

—Por ahora —exclama, alejándose.

—Ya puedes irte, Federico. Te recomiendo que te des una ducha y te cuides esa nariz, y que tengas más cuidado de no tropezar y darte un golpe en la cara, ¿vale? —pregunta Pietro, con un mensaje más que claro: esta conversación no ha existido.

Y no sé qué pasa con Martina, pero lo cierto es que nunca había visto a mi hermano tan asustado como ahora.

Aún en estado de shock, veo a Federico salir apresuradamente por la puerta lateral, y estoy segura de que se irá a la casa de invitados a arreglarse antes de volver a la fiesta.

—Joder, Martina, has hecho que el tío se mee encima, no hacía falta todo eso.

—No tengo la culpa de que ese imbécil no controle su propia vejiga. —Se encoge de hombros y solo entonces parece acordarse de que estoy ahí, observando la interacción entre los dos—. Lo siento, sé que es tu hermano.

—No por eso, es un imbécil de todas formas —digo lo primero que se me pasa por la cabeza, y ella sonríe.

Martina Zampieri me sonríe.

—No me extraña que me cayera bien, P —le dice a su primo, sin apartar la mirada de mí, y noto que Pietro me observa, con tanta intensidad que siento cómo se me enrojecen las mejillas.

Respira.

Respira.

—Os voy a dejar solos. Ha sido un placer ayudaros. Hasta luego, Elena.

— Hasta luego —susurro, sin saber qué hacer, qué decir; solo sé que Pietro se acerca hasta donde estoy y me da miedo que pueda oír cómo me late acelerado el corazón.

—Siento mucho que hayas presenciado esto —suelta de repente, y quiero decirle que no podría importarme menos, pero parece que no me salen las palabras.

— Yo… —empiezo a decir, pero me callo cuando se detiene delante de mí, tan cerca que me cuesta pensar con claridad.

Su dedo índice me roza la barbilla, levantándome la cara, y ahí estoy de nuevo, perdida en sus ojos verdes.

—Puede que Dios haya abandonado esta casa hace mucho tiempo, pero yo no te voy a abandonar.

Oh, Dios…

— Pietro —jadeo—, y si antes no sabía qué decir, ahora sí que soy un caso perdido.

— Eres mi futura esposa, lo que te convierte en parte de mi familia, y si hay algo que vas a descubrir es que nos cuidamos y nos protegemos unos a otros.

Di algo.

Se me hace un nudo en la garganta y ni siquiera puedo hablar.

Nunca…

Nunca nadie se ha peleado ni se ha enfrentado a mis hermanos o a mi padre por mí, nadie… excepto el *nonno*.

—Gracias —balbuceo, tras unos segundos que parecen una eternidad.

—No tienes por qué dar las gracias. —Me acaricia suavemente la mejilla y siento que el corazón se me va a salir por la boca—. Por mucho que me guste estar aquí a solas contigo, me temo que ya hemos estado demasiado tiempo alejados de los invitados, y el personal de cocina tiene que volver. —Mira a su alrededor, y ni siquiera quiero pensar en la reacción que tendrán al ver el desastre que Federico ha dejado a su paso.

Asiento con la cabeza, mordiéndome el labio por los nervios.

—¿Eso no te va a traer problemas? —La pregunta se me escapa y Pietro sonríe.

Sí, esboza una sonrisa.

—No te preocupes.

—Es difícil, conozco a mi padre y… —Ni siquiera consigo terminar la frase.

—Me encantaría que tu padre viniera a hablar conmigo, pero tu hermano es demasiado cobarde para reconocer que se ha meado en los pantalones solo con ver a Martina —señala, y tengo que reconocer que es un buen argumento.

—Dios, nunca lo olvidaré —replico, y aunque intento poner cara seria, me sorprendo sonriendo—. ¡Gracias!

Pietro no dice nada, se limita a mirarme fijamente.

Es tan intenso.

Extiende la mano hacia mí.

No tengo que pensarlo, simplemente la acepto, disfrutando de su tacto, de su calor contra mi piel, y cuando creo que simplemente vamos a volver con los invitados, se lleva mi mano a los labios, besa mi anillo y derriba otro trozo de la barrera que había levantado para protegerme.

Y como este hombre no deja de sorprenderme, sin apartar la mirada de la mía, pronuncia una frase, una que puede parecer trivial o insignificante, pero que para mí es enorme y, al mismo tiempo, aterradora, porque representa algo que nunca he tenido.

—Bienvenida a la familia, *mia bella maghetta*.[6]

Pietro me ofrece un lugar al que pertenecer, un mundo nuevo y la esperanza de días diferentes.

Y allí, en aquella cocina, supe dos cosas: *que nunca unas palabras habían significado tanto y que mi vida nunca volvería a ser la misma.*



Walking the wire – Imagine Dragons
«Bad Liar» – Imagine Dragons
High – James Blunt

Hace más de una hora que llegamos a Siena y, aun así, no consigo relajarme, no consigo dejar de pensar en ella, en sus ojos verdes mirándome con expectación, en su suave y delicioso perfume invitándome a hundir mi rostro en la curva de su cuello, y joder, en la emoción que vi en su mirada, por mucho que intente disimularla.

Ay, Elena… ¿qué voy a hacer contigo?

Se suponía que iba a ser algo sencillo, se suponía que yo tendría la respuesta a esta pregunta, pero con cada encuentro, lo único de lo que estoy seguro es de que esa palabra no existe, no en lo que a ella se refiere, a nosotros.

Y si hay algo que odio es esta incertidumbre, no saber qué esperar, joder, odio no tener el control de la situación.

Cierro la puerta del balcón, deseando que una ducha y la cama me ayuden a poner en orden mis pensamientos.

Media hora después, estoy tumbado, mirando al techo, y sigo con el mismo problema.

Cierro los ojos y lo único que veo es a ella.

Tan guapa.

Su sonrisa al conocer a mi familia, sus miradas disimuladas en mi dirección, la forma en que se muerde el labio cuando está nerviosa, y joder, algo se agita dentro de mí al recordar que Elena estaba realmente preocupada por si pudiera tener problemas a causa de la pequeña charla que tuve con su hermano, sin saber que *eso no fue nada*, ni de lejos lo que me hubiera gustado hacer.

Nada de lo que haría por ella.

Ese hijo de puta que se atreva a mirarla mal otra vez no tendrá una segunda oportunidad.

Al final, Federico Del Vecchio volvió a la fiesta, con un traje nuevo, la cara hinchada y una tirita en la nariz. No sé qué excusa les dio ese cretino a los invitados y, mucho menos, a su padre y a su gemelo, pero lo cierto es que sentí la mirada de ambos sobre mí, aunque ninguno tuvo la osadía de venir a hacerme preguntas.

Una pena.

El resto de la noche transcurrió sin incidentes.

Como ya me imaginaba, Elena y su hermana fueron acogidas de inmediato por la familia y se pasaron la mayor parte de la fiesta allí, con nosotros, y, joder, tengo que reconocer que me gustó verla charlando con *mamá*, con mis tías y primas, e incluso la señora Eleonora se quedó un buen rato charlando con ella.

Nuestras miradas se cruzaron varias veces y, en todas ellas, me costó mucho contenerme para no ir a su encuentro.

Quería estar allí…

Claro que eso no pasó desapercibido, no para ese cabrón de Roman, que estaba a mi lado, observándome como un buitre sobre la carroña.

Como si Romeo y Giovanni no fueran ya un dolor de cabeza suficiente, todavía tengo al Russo y su mirada perspicaz, pero ni siquiera le dejé abrir la boca.

Cuando mi amigo amenazó con soltar una broma, simplemente le mandé a la mierda, así de sencillo, confirmándole lo que ya se imaginaba.

Sí.

Ni siquiera me he casado todavía, pero mi mujer ya me está volviendo loco; prueba de ello es que, cuando el sueño finalmente

me vence, ella es mi último pensamiento.



Los últimos días han sido tranquilos.

Tres días de nuestro compromiso.

Tres largos días en los que me pillo pensando en cómo estarán las cosas en la mansión de los Del Vecchio.

Por suerte, no me fui de allí sin asegurarme de saber todo lo que ocurre en ese mausoleo. A Don Tiziano no le hizo mucha gracia la situación, pero no podría importarme menos, y, de nuevo, el desgraciado no tiene el valor suficiente para enfadarse conmigo, no cuando lo único que le importa es la maldita alianza.

Me aseguré de que Domenico eligiera a uno de nuestros mejores soldados, alguien de total confianza, para que se quedara en la finca hasta la fecha de la boda, como protección adicional y, por supuesto, para garantizar que Elena y su hermana permanecieran a salvo de la locura de esa familia.

Es evidente que, para su padre, el argumento fue que los enemigos y los peligros son muchos y que no está de más contar con una seguridad adicional, ya que el anuncio de la alianza podría despertar la ira de rivales interesados en entorpecer nuestros planes.

No es mentira.

No faltan enemigos, y no sería ninguna sorpresa que alguien estuviera dispuesto a impedir el matrimonio y la alianza.

El hecho es que Sacra ya es poderosa y conocida en todo el mundo por sí sola, y con la boda, en teoría, ampliaremos el territorio y los negocios, todo lo que nuestros rivales del sur quieren impedir.

Las mafias napolitana y siciliana están en mi punto de mira desde que me planteé conceder lo que Tiziano Del Vecchio deseaba, pero como siempre dice mi padre:

«No dejes que el miedo al futuro entorpezca el presente; nunca faltarán enemigos, y la paz en nuestro mundo no es una realidad. Simplemente, que sea así».

— ¿Alguna novedad de nuestros contactos en Palermo? — le pregunto a Stella, en cuanto entra en la oficina acompañada de Giovanni, y, a juzgar por su expresión, tenemos problemas.

—Como ya imaginábamos, a Renzo Barbieri no le ha hecho mucha gracia la alianza.

—Que le den por culo —exclamo, subiendo los pies a la mesa —. Justo lo que me faltaba ahora, tener que complacer al jodido *consigliere* de la Cosa Nostra.

Mi hermano se ríe y sé que piensa lo mismo.

—No podría estar más de acuerdo, pero sabemos que tiene una gran influencia sobre los movimientos de Valentino Cattaneo.

Me quedo en silencio unos segundos, sopesando sus palabras.

— Vamos a seguir de cerca sus próximos movimientos. Quiero saber qué está haciendo Valentino, desde que se levanta hasta que el muy cabrón se va a dormir.

—Ya he pedido a nuestros informantes que estén atentos a todo lo que se dice en las calles y que pueda repercutir en nuestras operaciones y en nuestra familia, por pequeño que sea.

Asiento con la cabeza en señal de acuerdo.

—¡Bien! —exclamo, incapaz de seguir sentado—. Si ese desgraciado se atreve a actuar contra nosotros, descubrirá que tiene que pensárselo dos veces. La respuesta será dura y sangrienta, y lo mismo vale para la región de Nápoles y Calabria.

—Hasta ahora no hay ningún rumor, ni de la Camorra ni de la 'Ndrangheta —señala Stella y su mirada se cruza con la mía.

—Eso es precisamente lo que me preocupa, su silencio — exclamo, y nadie dice nada; ambos saben que tengo razón.

El perro que ladra no suele morder, pero el peor es aquel que se mueve a escondidas, listo para atacarte cuando menos te lo esperas.

—Vale, dejando a un lado a esos cabrones, ¿cómo van nuestras operaciones? Supongo que los cargamentos estarán pasando sin problemas por la frontera con Roma.

— Ni un solo incidente —señala Gio, soltando una risita, y ya sé que viene una broma. — El compromiso debe de haber animado

a Tiziano, eso, o la paliza que le diste a su hijo.

—No sé de qué estás hablando —digo, como si nada, pero sé que mi hermano sabe lo que pasó—. Por lo que he oído, el imbécil resbaló y se cayó de bruces al suelo.

— ¿Y se meó después de la caída? —Arquea una ceja.

— Joder, sois un puñado de chismosos, ¿eh? —exclamo en serio, pero no puedo resistirme y estallo en carcajadas al recordar su reacción al ver a Martina—. Espero que Tina os haya contado todos los detalles.

— Como si no la conocieras. Solo dijo: *«Ni siquiera tuvo gracia, ni siquiera le corté la palabra y el muy cabrón ya se había meado todo».*

—¡Joder! ¡Así fue exactamente! Tendrías que haber visto el pánico que le entró.

—Su fama la precede —destaca Stella.

—Y a ella le encanta —señala Giovanni, y no podría tener más razón; al fin y al cabo, a Martina le encanta ver el miedo y el pánico en la mirada de cada una de sus víctimas; una pena que con Federico solo fuera un pequeño anticipo.

Por ahora…

Un golpe en la puerta pone fin al tema.

—Adelante —digo, y al poco rato aparece Romeo.

Con traje y corbata, como siempre.

— ¿Algún problema?

—¡Ninguno! —responde, esbozando una sonrisa.

Vale, el muy pícaro me ha dejado intrigado.

— Venga, suelta la lengua —exclamo, haciéndole gestos para que se siente en el sillón junto a mi hermana.

—El funcionario del ayuntamiento acaba de informarme de que toda la documentación necesaria para la boda está lista. Si quieres, puedes casarte mañana. —Me guiña un ojo y lo único que siento es emoción.

— Cuidado, que la señora Giulia no te oiga —bromeo—. ¿Algo más?

—No.

—Vale, ¿entonces has venido hasta Siena solo para decirme eso? —Arqueo una ceja, porque si hay algo que sé es que a Romeo le encanta quedarse en su maldita oficina, y una llamada habría sido más que suficiente.

—Joder, ¿no puedo venir a visitar a mi madre, a mi hermana y a mis primos? —Romeo se defiende, demasiado rápido, lo que solo confirma que hay algo más, y el hecho de que Stella se contenga para no reírse solo demuestra que se me está escapando alguna información.

—Stella…

Ella levanta las manos y miro a mi hermano, que parece tan perdido como yo.

—Hombres… —Pone los ojos en blanco—. Algo me dice que el interés de mi hermano tiene que ver con la visita de hoy.

—No sé de qué estás hablando —responde él sin pensarlo, pero lo conozco demasiado bien.

Hay algo ahí.

— ¿Qué coño de visita?

—No me lo puedo creer —suspira mi consejera y empiezo a impacientarme, ya que no me han dicho una mierda.

—Tu novia vendrá hoy aquí.

Mamá.

— ¿Y por qué coño le interesaría a Romeo la visita de Elena? — Mi voz suena dura, con unos celos irracionales que hierven en mi interior.

—Oye, yo no tengo… —se apresura a decir, al tiempo que se levanta y se dirige a la barra para servirse un trago generoso de whisky.

—No es Elena quien te interesa, Pietro —comenta Stella, mirando a su hermano, que pone los ojos en blanco—, sino su hermana.

—¡Joder! —Giovanni me quita las palabras de la boca.

—De verdad que tienes que empezar a hacer algo más que trabajar, hermanita; a lo mejor así dejas de inventarte teorías absurdas y te ocupas más de tu propia vida.

Stella se limita a reírse y, por la reacción de Romeo, algo me dice que no se equivoca.

—Ni de coña. Eso no es posible, con tantos coños de calidad por ahí… —empieza Giovanni, pero ni siquiera llega a terminar la frase, pues en dos pasos mi primo se planta delante de él.

— Ni una palabra más —espeta, y está claro que no se lo ha tomado con buen humor. —Donatella no es como las zorras con las que estás acostumbrado a tratar, primo. Te sugiero que tengas más respeto al hablar de ella, y no solo porque sea la hermana de nuestra futura matriarca, sino porque se lo merece —subraya, dejándonos atónitos no solo a mí, sino a todos.

— Oye, relájate, Rô. No tengo nada en contra de la chica, parece majilla, solo digo que hay muchas mujeres disponibles para que nos divirtamos.

Romeo ni siquiera se molesta en responder, me mira en una petición silenciosa y, ante un gesto mío, sale de la oficina pisando fuerte.

— ¡Pero qué coño! ¡No he dicho nada de más! —se defiende mi hermano.

— Créeme, has dicho más que suficiente —le digo, intentando asimilar lo que acaba de pasar, sabiendo ya que tendré que pensar qué hacer si Stella realmente tiene razón.

Pero ahora no.

Ahora, lo único en lo que puedo pensar es que pronto veré a Elena y, por muy irracional que sea, *lo estoy deseando.*

Muchísimo.

Justo lo que menos me hacía falta: una distracción.

El día apenas ha empezado, pero ya sé que va a ser un infierno.



Breakaway – Kelly Clarkson
Already Gone – Kelly Clarkson
Dinsatu - MIA

—¿Queda mucho, Nicola? —le pregunto al soldado que Pietro dejó en casa.

No dijo nada, pero tampoco hacía falta.

Sé que lo hizo para asegurarse de que estuviéramos a salvo.

Ha funcionado.

No he visto a Federico, a Fabrizzio ni a mi padre desde la fiesta de compromiso, y no me vas a oír quejarme, pero tengo la sensación de que están tramando algo, y por muy descabellado que parezca, no estoy preocupada por mí, sino *por él*.

Pietro no conoce a Tiziano Del Vecchio como lo conocemos Dona y yo; *ese tipo* es peligroso.

Puede que no lo parezca, pero lo es.

Pero no quiero pensar en eso, hoy no.

No cuando voy de camino a la mansión de Sacra, mi futuro hogar.

—En unos minutos llegaremos a la verja, señorita Del Vecchio.

—Elena —le corrijo, y su mirada se cruza con la mía a través del retrovisor—. Ya te lo he dicho, puedes llamarme simplemente

Elena.

El señor, que tiene edad para ser mi padre, se limita a asentir, y sé que seguirá llamándome señorita, porque, como todos los hombres, tiene una característica en común: la terquedad.

— Qué bonito es esto… —exclama la señora, y no podría estar más de acuerdo.

Hace ya unos quince minutos que salimos de una autopista más grande y transitada, y ahora estamos en una carretera de doble sentido donde prácticamente no hay tráfico.

Solo están nuestros coches y, a nuestro alrededor, colinas y más colinas verdes; y sobre nosotros, únicamente el cielo azul de otro día de verano.

Abro la ventanilla y, sin importarme lo que puedan pensar, dejo que la brisa me revuelva el pelo.

Es agradable.

El olor a campo, el canto de los pájaros…

Huele a libertad, a descubrimientos…

—Elena, es peligroso—, me advierte Dona.

Estoy a punto de replicar que estamos en medio de la nada, en territorio de la Sacra, cuando veo un muro de piedras rústicas, en cuyo centro hay una verja de hierro con las letras SSO.

—Ya hemos llegado —exclamo, y dirijo mi atención hacia Dona, sin ocultar mi emoción.

—Todavía nos quedan unos minutos de camino, pero sí, ya estamos en la finca.

¿Cómo que «minutos»? ¿De qué tamaño es esto?

Obtengo mi respuesta, o al menos parte de ella, cuando Nicola sigue conduciendo durante unos minutos más que parecen eternos.

La sinuosa carretera continúa con enormes cipreses que marcan el camino y, justo después de una suave curva, lo veo.

—*Dio* mio… —casi grito, tal es mi sorpresa.

— Vaya, es gigantesca. — Mi hermana tampoco puede disimular su sorpresa.

La mansión de los Del Vecchio es grande, pero nada, nada comparada con esto.

En lo alto de una colina, una construcción robusta; ni siquiera sé si llamarla mansión, castillo o fortaleza, solo sé que es lo más bonito que he visto nunca.

Toda de piedra rústica, con varios detalles en madera, y hay tantos árboles y flores a su alrededor que parece formar parte del paisaje.

Y lo mejor de todo es que los grandes ventanales, estratégicamente situados, ya me hacen imaginar lo luminosa y aireada que debe de ser por dentro.

Nada que ver con ese lugar claustrofóbico en el que vivimos.

Donde estamos ahora mismo… Me corrijo.

Porque yo no vivo allí, estoy allí, es diferente.

—Estoy deseando ver cómo es por dentro —susurra Dona, y esbozo una enorme sonrisa.

—Yo también —guiño un ojo, agradeciendo en silencio la invitación de Giulia Zampieri.

Cuando ayer Nicola me avisó de que la matriarca de Sacra quería hablar conmigo y me pasó su teléfono, casi me da un ataque.

Y sí, ni Dona ni yo tenemos móvil; no parecía necesario cuando estábamos encerradas en el internado y ahora, en casa, seguro que no es una prioridad para *papá*.

Superado este pequeño detalle, lo cierto es que fue muy atenta e invitó a mi hermana y a mí a visitarlos y a aprovechar para ver algunas cosas de la boda.

Cuando dijo esta última parte, el corazón se me aceleró y me quedé sin palabras unos segundos, pero, por suerte, si se dio cuenta, no dijo nada.

Todavía me cuesta creer que todo esto esté pasando de verdad.

Que sea yo la que se case, y *con… él*.

El coche se detiene y me obligo a respirar hondo.

Nada de flipar. Ni siquiera debe de estar allí.

Sí, debe de estar en alguna reunión de negocios o dándole una paliza a alguien, como le hizo a mi hermano.

Por el amor de Dios, Elena, ¡concéntrate!

—¿No vas a bajar? —La voz de Dona me devuelve a la realidad y solo entonces me doy cuenta de que ella ya ha bajado y me está mirando fijamente, sin ocultar su desconcierto.

— Sí, sí, bajar.

Eso es, la hora de la verdad.

Nada más bajar del coche, veo que la madre de Pietro se acerca hacia nosotros.

— Bienvenida, Elena.

— Dona Giulia…

— Ya puedes dejarlo, nada de «señora», eso me hace sentir vieja, y no lo soy. —Me guiña un ojo.

—Exacto, tenemos experiencia. —La madre de Martina aparece justo después, acompañada de Chiara, y me alegro de volver a verlas; me encantó charlar con todas en la fiesta y sé que hoy no será diferente.

—Vale, prometo intentarlo —aviso, notando cómo se me calientan las mejillas.

— Eso ya es un comienzo; quién sabe, quizá algún día desaparezca la «Giulia» y aparezca la *«mamá»* —dice Giulia mirándome a los ojos, y, joder, no está bromeando.

—Ya vas a asustar a la niña con tanta sensiblería —bromea Chiara y me muerdo los labios para no reírme.

—Eso dices, pero apuesto a que quieres que te llame tía.

— Ni hablar. Nada de «tía», ¿me oyes? Solo Chiara o Chi —dice con seriedad, y estoy a punto de asentir con la cabeza cuando la rubia se acerca y me abraza—. Es broma, puedes llamarme «tía» todo lo que quieras, aunque tenga edad *para ser tu amiga*.

—Amiga es aún mejor —susurro, sin poder contener la sonrisa.

— Mamá, contrólate, por favor, no querrás asustarla —aparece Stella y me alegro de verla—. Hola, Elena, ¿qué tal estás?

—Bien, ¿y tú?

—No podría estar mejor.

—Vaya, ya ves lo mal que me tratan —refunfuña Chiara, pero esboza una enorme sonrisa cuando Stella pone los ojos en blanco y la abraza con fuerza.

Siento que se me hace un nudo en la garganta al ver la escena.

Es algo tan sencillo, pero con tanto significado.

Las bromas, las risas.

Es cariño, es familia.

Miro a mi hermana y sé que está pensando lo mismo.

—La charla está bien, pero vamos a entrar, seguro que estáis hambrientas después del viaje —dice Giulia de repente y nos echa un vistazo a las dos.

—Si este olor tan delicioso es una muestra de lo que nos espera, no me oirás negarme ni andarme con ceremonias —exclamo, y ella sonríe satisfecha.

—Genial, nada de formalidades, estás en casa, querida.

En casa.

Entramos por la gran puerta de madera y, si pensaba que el interior sería luminoso y acogedor, mi imaginación no hizo justicia a la realidad.

Ni mucho menos.

Me quedo paralizada en el sitio, sin saber hacia dónde mirar.

Un salón amplio y diáfano, con grandes puertas acristaladas que dan al jardín exterior y…

—Una piscina —se me escapa, y noto cómo se me calientan las mejillas al sentir las miradas curiosas fijas en mí.

—¿Qué pasa con la piscina? —pregunta Giulia, desconcertada.

— Lo siento… — empiezo a decir, pero Dona acude en mi ayuda.

—A Lena le encanta nadar —explica, y siento que me arden las mejillas.

— Eso está genial, qué bien que puedas divertirte y darte unos chapuzones allí. Yo ya estoy en esa fase en la que prefiero quedarme sentada, tomando el sol, mientras bebo algo estúpidamente helado —guiña un ojo, y me imagino la escena.

—Pero ten cuidado con el bikini —suelta Chiara, y la madre de Pietro abre mucho los ojos y empieza a toser.

—¿Quieres agua? —pregunto, preocupada, pero enseguida Isa vuelve con un vaso y se lo da a la matriarca, y juraría que se está conteniendo para no reírse.

¿Qué está pasando? ¿Y a qué viene lo del bikini?

—Ya estoy mejor —dice Giulia entre jadeos al cabo de unos segundos—. Y en cuanto a los bikinis… —empieza a decir, pero se detiene, como si estuviera pensando—… simplemente ignora a Chiara —exclama, y ahí es donde no entiendo nada.

—Solo quiero ayudar, por si acaso Pietro se parece a Teo.

—Chiara —la reprende Isa, y yo ni siquiera sé dónde mirar.

Seguro que la cara de desconcierto se me nota en la cara.

—¡Tú misma, Chi! —suspira Giulia y acude en mi ayuda, y así es como descubro que, cuando conoció a Matteo, hubo un día en el que él se sintió «molesto» por el bikini que ella llevaba puesto.

—¡Vale! —exclamo, avergonzada, cuando termina de contar la historia.

—¿Molesto? En serio, Giu, ya que te has puesto a contarlo, vamos al grano —suelta Chiara, y su mirada se cruza con la mía—. Lo que no te está contando, Lena, es que mi hermano la echó al hombro como si fuera un saco de patatas y se la llevó hacia la habitación, cabrón.

— Vaya…

— Exageras.

— Sí, claro, recuerdo que tú también estabas muy cabreada por aquel entonces, pero nada que no se pueda arreglar con decenas de bikinis de regalo.

— ¿Decenas? —Arqueo una ceja, sin poder contenerme.

— Fueron cincuenta. —Giulia Zampieri pone una mueca, pero se nota claramente que se está divirtiendo con el recuerdo.

—Bueno, podéis estar tranquilas, estoy segura de que no tendré el mismo problema —afirmo, y todas me miran como si hubiera hablado en un idioma desconocido, e inmediatamente noto que se me calientan las mejillas.

Respira.

—Esto va a ser divertido —exclama Alessia bajando las escaleras, y le agradezco que haya desviado la atención de ellas,

pero no se me escapa el significado de sus palabras.

Se equivoca.

No va a ser nada divertido, porque no va a pasar nada entre Pietro y yo… nada de nada.

Ni en la piscina ni en ningún sitio.

—Qué bien que hayas bajado, cariño —dice Isa, mirando a su hija, que sonríe.

—Perdonad el retraso. Estaba terminando una reunión con Romeo y la gente de la oficina, pero ahora soy toda vuestra. —Guiña un ojo—. Hola, Lena, Dona, espero que estéis preparadas —exclama, con una sonrisa llena de malas intenciones, y me dan ganas de gritar que no estoy nada preparada, pero me sorprendo diciendo justo lo contrario.

—¿Preparada? Esa soy yo.

—Me alegro de oírlo, porque el día promete, tenemos mucho que ver… —exclama la señora Giulia; *ups*, Giulia, me corrijo mentalmente, sabiendo que enseguida se me escapará un «señora» por aquí.

—Ya veo que más tarde voy a necesitar un medicamento para el dolor de espalda —comenta Isa, haciendo una mueca.

—Por Dios, Isa, dile a Enzo que te dé un masaje. —Chiara guiña un ojo, y esta vez es la madre de las gemelas la que se sonroja ante el comentario de la rubia.

—No es mala idea, en absoluto. Siempre vuelve tan animado después de ir a Chiusure.

—Demasiados detalles… —Hace una mueca e Isa se limita a sonreír.

—Hablando de eso, Tina ha dicho que llegará a tiempo para ver el vestido —avisa Alessia, guardándose el móvil en el bolsillo de los vaqueros.

— Perfecto. Délia va a traer montones de modelos para que nos divirtamos y encontremos el «perfecto»; lo difícil será convencer a tu hermana de que no se ponga negro.

—Eso sí que quiero verlo —suelta Alessia y luego me mira—. No te preocupes, Lena, lo conseguiremos… o no. —Sonrío.

—No me importa —destaco.

— Ah, pero a nosotras sí, querida. Nada de negro en la boda, ¿verdad, señora Eleonora? —dice Giulia, y solo entonces veo que la *nonna* se acerca, elegante como siempre y llevando en las manos una bandeja con una tarta.

—Ya ha llegado la culpable de este delicioso aroma.

Ella sonríe y se dirige hacia la mesa del comedor, que solo ahora me doy cuenta de que está toda preparada con platos, tazas, fruta, y mi estómago se agita al verlo.

—*Ciambellone all'arancia*[7] —anuncia, llena de orgullo, y luego dirige su atención hacia mí—. ¿Cómo estás, querida? —me pregunta, acercándose sin apartar la mirada de la mía.

— Ahora estoy mejor, *nonna* —exclamo, pronunciando cada palabra con énfasis, y ella sonríe—. Y tengo muchas ganas de probar esta delicia —continúo, y su sonrisa se hace aún más amplia.

—Lena es lista, ya le está haciendo la pelota a *mamá* para asegurarse más pasteles y tartas —suelta Chiara, guiñándome un ojo, y siento que se me enrojece la cara.

— Yo… — empiezo a decir.

— Tiene razón —exclama Alessia—. Si tuviéramos que depender de tus aventuras en la cocina, tendríamos que tener una ambulancia de guardia. —Guiña un ojo, y todas se quedan en completo silencio, hasta que estallan en una carcajada contagiosa, incluso la *nonna*.

—Vaya, qué desagradecidas. He mejorado mucho en los últimos años. Esto es una injusticia —intenta argumentar Chiara, pero solo empeora las cosas; las risas continúan hasta que ella misma se rinde y se une a ellas.

Miro a mi hermana y veo que Dona también quiere reírse, pero está como yo, conteniéndose.

—Podéis reíros —refunfuña Chiara, entrecerrando los ojos en nuestra dirección, y ahí ya no hay remedio, somos un caso perdido, nos unimos a ellas

—Me duele hasta el estómago —comenta Isa, al cabo de unos segundos.

—Eso ha sido una maldad, solo quiero destacar: ¿qué va a pensar Lena de mí después de esto?

—Que debe mantenerse alejada de tus intentos de cocinar, tía Chi —señala Alessia con total naturalidad, y recibe una mirada asesina de ella.

—Vale, vale, dejemos de criticar las dotes culinarias de Chiara, Dios y «nosotras» somos testigos de que lo ha intentado… —empieza Giulia.

—Ah, no puede ser —refunfuña la rubia.

—Lo intentó, pero —continúa la matriarca— afortunadamente descubrió que es mejor limitarse a comer y dejar el trabajo a los demás. —Guiña un ojo, y ahí estoy yo, mordiéndome los labios otra vez.

Son divertidísimas.

—En eso tengo que dar la razón —replica, soltando una risita.

— Amén a eso —responde Isa—. ¡Vamos a comer!

Y comimos.

Yo, por mi parte, incluso repetí.

No había manera.

Todo estaba tan delicioso, la comida, y ¿qué decir de la compañía?

Están siendo educadas.

No es eso… no hay falsedad, eso es auténtico.

Son ellas.

Y si me pareció que aquello ya había sido fantástico, es porque no me había preparado para lo que Giulia Zampieri tenía en mente.

Justo después de comer las delicias preparadas por *la nonna*, fuimos a una habitación de invitados, y lo único en lo que podía pensar era: si esa es la de invitados, ¿cómo será la de ellos?

Amplio, luminoso y…

—Tiene una terraza… —suelto, abriéndome paso hasta la puerta de cristal que da acceso al balcón y a unas vistas impresionantes—. ¡Es precioso! —exclamo, sin poder contenerme, y me giro, solo para encontrar todas las miradas fijas en mí.

— Todas las habitaciones tienen su propio balcón, Lena —explica Alessia—. Te va a encantar las vistas desde el tuyo —añade, e inmediatamente siento que se me acelera el corazón.

Su habitación… la de Pietro.

Respira. Concéntrate en las vistas.

—Es increíble, ¿verdad? —Giulia se acerca y le hago un gesto con la mano—. Me enamoré de estas vistas en cuanto pisé este lugar —confiesa.

—Eso y por mi hermano —bromea Chiara.

—Tu hermano tardó un poco —sonríe Giulia—. Al principio —mira a su alrededor, como para asegurarse de quién está en la habitación— solo quería sacarle los ojos —admite, soltando una risita.

—Que no lo oiga *mamá*… —comenta la rubia con seriedad, pero luego sonríe.

—Como si ella no lo supiera.

—Es verdad, lo sabe todo.

—Bueno, mientras no llega la gente del taller, ¿qué os parece si hablamos de algunos detalles de la boda? —dice Giulia, mirándome a los ojos.

Oh, mierda.

—Hay tanto que ver: la decoración, las flores, el menú… —empieza a decir y, con cada palabra que sale de su boca, el pánico se apodera de mí.

—No te olvides de los padrinos —apunta Chiara, y en ese momento mi mirada se cruza con la de Dona.

¿Padrinos?

Nunca había pensado en eso.

Joder, nunca pensé que me encontraría en esta situación.

De alguna manera, parecía algo lejano, pero ya no.

—Yo… —empiezo a decir, pero me quedo bloqueada y ella se da cuenta, porque en dos pasos ya está delante de mí.

—No te preocupes, Elena —me toca la mano con cariño, y me obligo a soltar el aire—, lo resolveremos todo y lo dejaremos tal y como siempre has soñado.

En cuanto las palabras salen de su boca, siento que se me hace un nudo en la garganta.

¿Cómo decir que nunca he soñado con esto?

¿Cómo decir que no tengo ni la más mínima idea de qué esperar, de qué elegir?

—¿Tenéis alguna tradición? —pregunta Chiara, y veo que la señora Eleonora ha vuelto a la habitación y lo observa todo sentada en un sillón

Piensa.

Piensa.

Miro a la señora, pero parece tan perdida como yo.

— Yo… no lo sé —admito y veo sus miradas.

— ¿Sabes qué? ¿Qué tal si creáis las vuestras propias? —suelta Alessia y mi corazón se acelera—. ¿Quieres algo en especial? —pregunta, y todas siguen mirándome fijamente.

—A Lena le encantan las fresas —revela Dona, de repente, sorprendiéndome, y ni siquiera puedo negarlo.

— Sí, ME ENCANTAN —confieso, aunque ni siquiera recuerdo la última vez que las comí.

—Es una pena que *papá* casi nunca las compre —se le escapa a mi hermana y veo cómo se le enrojecen las mejillas al darse cuenta de que ha pensado en voz alta.

—Pues vamos a tener fresas a montones —exclama Giulia y todas asienten, mientras que lo único que puedo hacer es saludar con la mano y sonreír.

«*Cálmate*», repito la frase en mi cabeza, pero es inútil.

Porque, tras pasar unas horas con ellas, descubrí que no se trataba solo de las fresas.

Eso solo fue el principio.

Fueron las flores que se iban a utilizar en la decoración, el menú, los sabores de los dulces, la tarta e incluso los confetis que se iban a repartir entre los invitados.

Giulia Zampieri se mostró muy atenta y delicada; la matriarca me hizo sentir a gusto, me dio su opinión, pero, sobre todo… *me escuchó*; todo giraba en torno a mí.

Y para alguien acostumbrada a no tener nada, eso lo era todo.

Hasta que llegó Pietro, siempre me quitaban mis decisiones, pero ya no…

— ¿Y qué hay del ramo? —pregunta Alessia, y ya tengo la respuesta en la punta de la lengua: no tengo ni la más mínima idea.

Lo juro. Y no soy capaz de pensar ni un segundo más en colores, arreglos y combinaciones.

—Esa misión le corresponde a Pietro —destaca Chiara, y no oculto mi sorpresa—. Es la tradición: el novio elige y le regala el ramo a la novia. —Le guiña un ojo a su sobrina.

Ni me lo imaginaba y, lo confieso, tengo curiosidad por saber qué se le ocurrirá. Si el anillo que llevo en el dedo es una señal, diría que Pietro Zampieri volverá a sorprenderme.

—Vaya, si yo ya tengo curiosidad —exclama Alessia, cruzando la mirada conmigo—, me imagino cómo te sentirás tú, Lena. —Sonrío, y no puedo negarlo.

—Quizá lo esté —admito, como si no fuera gran cosa—, un poco —añado, seria.

—Ajá, *un poco*. Claro —Arquea una ceja y, maldita sea, no consigo mantener la seriedad, me pillo sonriendo.

—¡Lo sabía! —dice, riéndose.

—Ay, aún queda mucho por ver, pero hoy ya hemos avanzado mucho —dice Giulia, mientras toma más notas en su agenda—. Y estoy segura de que el ramo será precioso, como todo lo demás —exclama, guiñándome un ojo, y lo único que puedo hacer es sonreír.

Otra vez.

Intento recordar la última vez que sonreí tanto, pero el recuerdo no me viene y siento que se me humedecen los ojos.

Aprieto los puños, necesitando calmar el torbellino que hay dentro de mí, pero es difícil.

¡Muchísimo!

¿Cuándo me he convertido en mantequilla derretida así?

La verdad es una sola: nunca soñé con esto, con una boda, con un cuento de hadas, pero confieso que elegir cada detalle de

este día me ha hecho, de alguna manera, desear que llegue pronto, me ha hecho desear que sea real.

Una locura, lo sé.

—Mientras no llega la gente de los vestidos, ¿qué os parece si salimos a tomar el aire? —pregunta Isa, y confieso que me vendría bien estirar las piernas y dejar de pensar unos minutos.

—Tenemos cuarenta minutos —señala Giulia, mirando hacia la *nonna*—. Podemos almorzar en los jardines —sugiere, y todas están de acuerdo.

Los siguientes minutos pasan en un abrir y cerrar de ojos y, al igual que la tarta, el almuerzo fue otra experiencia deliciosa.

Y ahora, de vuelta en la habitación, lo único en lo que consigo pensar es que no hay ni rastro de Martina. Intento convencerme de que estoy preocupada porque no consiga elegir su vestido, pero es mentira.

Lo que quiero saber es de él, de su primo.

Y como para demostrar lo tonta que soy, las imágenes de él, de su mirada, me invaden y hacen que mi corazón se acelere, y no tiene nada que ver con los maravillosos vestidos que tengo delante.

Respira, Elena.

La mayoría ya ha elegido sus vestidos, y mira, fue difícil porque uno era más bonito que el otro, pero al final fue casi como amor a primera vista, porque bastó con una mirada y ya se enamoraron. Ni siquiera Dona tuvo ninguna dificultad; no, se enamoró del primero que vio y confieso que solo puedo imaginar lo guapa que estará mi hermana y cómo les cerrará la boca a todos.

Y ahora aquí estoy yo, contemplando este increíble vestido que tengo delante.

—¿Estás segura de que no quieres ver ningún otro modelo? Hay otros que quizá te puedan interesar… —empieza a decir la dependienta, pero solo niego con la cabeza.

No necesito ver ningún otro.

Porque me enamoré de este en cuanto lo vi.

Es casi inexplicable.

Recorro con el dedo índice la suave tela, sintiendo su suavidad, los bordados, la delicadeza de cada detalle.

Estoy a punto de decir que este es el elegido, cuando el sonido de unas voces en la planta de abajo me hace contener la respiración.

—Han vuelto —exclama Giulia, levantándose—. Ahora vuelvo, solo voy a asegurarme de que no se asomen por aquí. —Guiña un ojo—. Que no vean ningún detalle de nuestros vestidos.

—Solo el gran día —destaca Isa.

Pietro está aquí… simplemente lo sé, y la expectación me invade.

— ¿Estás bien? — me susurra Dona a mi lado, y mi mirada se cruza con la suya.

—¿Por qué no iba a estarlo? —Intento parecer indiferente, pero ella me conoce mejor que nadie.

—No lo sé —continúa, analizándome con esos ojos azules que parecen ver dentro de mí—. De repente pareces nerviosa, estás sonrojada.

—Es una gran decisión —me encojo de hombros, mirando hacia el vestido.

—Estarás preciosa con lo que elijas, pero las dos sabemos que ya te has decidido —señala, sin apartar la mirada de la mía.

Sonrío.

Como decía, me conoce demasiado bien.

—Tú también —le respondo—. Y estoy deseando ver la reacción de cierto abogado cuando te vea con ese vestido maravilloso.

— ¡Basta ya, loca! A ver si alguien nos oye. — Mira a ambos lados, pero todas están distraídas.

—Dirán lo mismo que yo. —Guiño un ojo y la veo ponerse roja como un pimiento—. Apuesto a que te mueres de ganas de que terminemos y nos vayamos a la sala; quién sabe, quizá Romeo todavía esté por aquí, ¿no?

—No sirve de nada intentar desviar la atención hacia mí, hermanita. Fuiste tú la que te quedaste tan desconcertada en cuanto oíste el ruido de voces en la planta de abajo —susurra, esbozando una sonrisa—. ¿Ansiosa por ver a tu prometido? —me provoca, y ni siquiera sé qué responder.

Porque lo estoy… mucho.

El resultado es que me quedo sin palabras, y ella sabe que tiene razón.

—Mira a quién me he encontrado ahí abajo —exclama Giulia, y ahí está Martina a su lado. Con el pelo castaño oscuro recogido en una coleta, toda de negro y, como siempre, intimidante.

—Por fin —dice Isa de inmediato, sonriendo a su hija—. Por favor, dime… —empieza, pero ni siquiera termina la frase.

— Sí, puedes estar tranquila, mamá, me he duchado antes de volver aquí, no hay sangre que gotee en la alfombra ni en los muebles. — Esboza una sonrisita.

— Buena chica —suelta Giulia—. Deberías oír cómo se queja María cuando te olvidas de este pequeño detalle.

—No puedo decir lo mismo de *papá*, él hoy ha querido ayudarme. —Esboza una sonrisa macabra, y ni siquiera quiero pensar en lo que estaban haciendo.

—¡No me lo puedo creer!

Martina no dice nada más, pero su cara lo dice todo. Se lo está pasando en grande.

—Los hombres —dice Chiara, encogiéndose de hombros, y yo me contengo para no reírme.

—Menos mal que has llegado a tiempo, Tina —comenta Stella, zanjando todo el tema de la sangre—. Solo faltáis tú y Lena.

Podría corregirla y decir que solo falta ella, pero me quedo callada y sigo observando a la *torturadora de Sacra*.

Sí, todavía estoy en estado de shock con esta información.

Pero debería haberlo esperado de él.

Pietro no solo ha nombrado a Stella su mano derecha y consejera, no… claro que iría más allá: es a Martina a quien la Sacra envía o utiliza cuando quiere respuestas.

Y ellas vienen, cueste lo que cueste.

Aquí no importa si eres hombre o mujer, sino si eres bueno en lo que haces. Y no me cabe duda de que Martina es increíblemente buena en eso; por eso mi hermano entró en pánico.

Sabía con quién se estaba enfrentando.

Y por muy loco que parezca, no le tengo miedo; de alguna manera, sé que reserva toda su *habilidad* para quien se lo merece.

—El mío es fácil de resolver.

—Nada de negro, Tina —le recuerda Alessia, para sorpresa de su hermana, que no replica, pero se queda pensativa.

— Seguro que encuentras algún otro que te guste —comenta su madre, y todas se quedan a la espera.

—Hay unos modelos nuevos preciosos —empieza la dependienta, un poco temeroso—. Tonos rosados, melocotón… —continúa, y es divertidísimo ver a Chiara gesticular disimuladamente para que ni siquiera termine. —Yo… —balbucea, toda nerviosa.

—Ya lo sé —dice Martina, tras unos segundos analizando los modelos disponibles.

—Que Dios nos ayude —bromea Alessia, y lo admito, tengo curiosidad.

— Mi color favorito, después del negro, claro…

— ¿Cuál? — Dona se me adelanta con la pregunta.

—Rojo sangre —añade, esbozando una enorme sonrisa al coger una percha en la que cuelga un vestido maravilloso.

De un tono más oscuro, que casi recuerda al burdeos, de un solo hombro, de satén liso, sin bordados ni florecitas, con una abertura espectacular.

Perfecto para ella.

—¡Vaya! —se me escapa, y su mirada se cruza con la mía. —Parece hecho a tu medida —comento, y ahí está de nuevo su sonrisa.

—Mi parte ya está resuelta —avisa, dejándose caer en el sillón junto a *la nonna*, y todas las miradas se dirigen hacia mí.

—Ahora le toca a la novia —dice Chiara, aplaudiendo con entusiasmo—. ¿Y bien? —pregunta, sin ocultar su expectación.

—Es ese… —Miro hacia el vestido que me robó el corazón en cuanto lo vi.

—Lo sabía —exclama Alessia, y todas aplauden sin ocultar su emoción.

Intento mantenerme seria, indiferente, pero es imposible; me sorprendo sonriendo, con una amplia sonrisa… feliz.

—Vas a estar preciosa de novia —exclama Giulia Zampieri, de pie a unos pasos de distancia, con sus ojos verdes clavados en los míos, y siento que se me humedecen los ojos.

Maldita sea.

Respira, respira.

Desvío la mirada, pero ella se da cuenta y me toca la mano con delicadeza, y no me queda más remedio que volver a mirarla.

—¿Estás bien? —me susurra al oído, y la preocupación en su voz, en su mirada, me desarma.

— Todo va más que bien —susurro—. Gracias por acogerme —balbuceo, y mi voz se quiebra, pero me obligo a continuar—: Gracias por este día increíble.

—Ay, querida mía, el placer ha sido todo mío, de todos nosotros… —Mira a su alrededor y lo que veo allí, en el rostro de cada una, no hace más que confirmar sus palabras.

Me muerdo los labios con fuerza.

—Nunca tuve una madre, tías, primas… y hoy, aquí, he ganado el paquete completo. —Mi voz se quiebra y una lágrima rebelde resbala por mi mejilla.

— Sin duda lo has ganado… — exclama Giulia, y en cuestión de segundos estoy en sus brazos, en un abrazo fuerte, reconfortante, que dice más que mil palabras.

— Joder, ni siquiera es el gran día y ya queréis hacerme llorar. Increíble.

— ¡Chiara!

—Lo siento, *mamá*, pero la culpa es de ellas —dice con la voz entrecortada, y Giulia se aleja lo justo para extender el brazo hacia ella, en una invitación silenciosa, y cuando me doy cuenta, no es solo la rubia la que viene a nuestro encuentro, sino todas… todas, y allí, envuelta en el abrazo de las Z Zampieri, de mi futura familia, dejo que se me escapen más lágrimas y, por primera vez en años, *son de felicidad.*

—Ahora que ya habéis conseguido hacerme llorar, ¿qué tal si bajamos? Quiero ver si Enzo ha ensuciado la alfombra… —Guiño un ojo y todas sonríen, menos Isa, que solo entrecierra los ojos—.

¿Qué? Es eso o quedarme pensando cuándo será mi turno. —Pone una mueca y mira hacia su hija.

— ¿Cómo que «tu turno»? —pregunta Giulia.

—De ver a uno de mis hijos casarse —refunfuña, muy dramática.

—Si depende de mí, tardará… mucho —suelta Stella, como si estuviera hablando del tiempo.

—¿Ves lo que tengo que aguantar, Giu?

—En mi defensa, quizá Tina o Alessia se animen, y entonces tendremos más bodas en la familia —continúa Stella, guiñando un ojo a sus primas.

Martina ni se inmuta, sigue manejando una navaja con extrema destreza. Si fuera yo, ya me habría cortado unos dedos.

—Ni se te ocurra venirme con esas historias —replica Alessia, riendo—. Es tu madre la que quiere una boda. Mi padre ya ha dejado muy clara su opinión al respecto.

—Ah, claro, si dependiera de tu padre, vosotras dos estaríais encerradas en una torre, lejos de cualquier pretendiente, hasta los cincuenta años, vírgenes.

— Stella —exclama Chiara, sin disimular su sorpresa—. Cuida lo que dices, hija. Te estás pareciendo a tu padre.

— ¿Papá, eh? — interviene Isa, divirtiéndose con la situación.

—No exageres. Dijo cuarenta —corrige Alessia, seria, pero luego se ríe, y nadie puede mantener la seriedad, todas se ríen, incluida la señora Eleonora.

— Bajemos, por el amor de Dios —dice Isa, levantándose—. Tengo curiosidad por saber qué están tramando ahí abajo, y cuando digo «están», que quede claro: mi marido.

— Vaya, en momentos así hasta me da miedo —Giulia se suma a la broma.

— Mejor ni saberlo —dice la rubia—. Id aprendiendo, chicas, que hay ciertas cosas que es mejor fingir que ni veis ni oís, a menos que queráis matar a vuestro marido. —Guiño un ojo y me muerdo los labios.

Joder.

—Sabias palabras —exclama Isa.

—Dejad de asustar a mi nuera, por favor —comenta Giulia, intentando no reírse—. El matrimonio es una bendición. Y, modestia aparte, mi hijo es un príncipe —guiña un ojo, mirándome—.

—Ah, ya está, justo lo que faltaba. Bajemos ya, si no, el tema se va a alargar —exclama Chiara, mientras se dirige hacia la puerta.

Esto se pone interesante.

Giulia se ríe, pero sigue en la misma dirección.

—Espero que no te hayan asustado de verdad. —La voz de Martina resuena a mi lado, y lo único en lo que puedo pensar es: *¿cómo demonios ha acabado ella ahí a mi lado?*

— Dios, qué callada eres.

No dice nada, solo sigue mirándome.

— Y no, no me han asustado ni un poco —destaco—. —Al contrario, me han conquistado —revelo, pronunciando cada palabra con convicción.

Esta vez, una leve sonrisa se dibuja en su rostro, y me sorprendo sonriendo también.

Qué bien…

— Vamos, vamos, seguro que podemos tomar otro tentempié antes de que las chicas se pongan en camino. — La voz de la madre de Pietro resuena en la distancia y giro ligeramente la cabeza, solo para ver que ya están en el pasillo esperándonos.

— ¿Nos vamos? — Arqueo una ceja en dirección a Martina y, para mi sorpresa, ella responde:

— Vamos, *prima.*

Prima. Martina Zampieri me ha llamado prima.

¿Te lo puedes creer?

Con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, me dirijo hacia el pasillo y las escaleras, y sé que la situación no hará más que empeorar.

Pietro está ahí abajo… y mentiría si dijera que eso no me afecta.

Puede que no sepa lo que me depara el resto del día, pero si todo acabara aquí, ahora mismo… *«inolvidable»* sería una buena palabra para describirlo.



Walking the wire – Imagine Dragons
Bad Liar – Imagine Dragons
I See Red – Everybody Loves an Outlaw

Cuando Martina me llamó y me dijo que me gustaría visitar Chiusure, supe que me lo pasaría bien, y no me equivoqué.

Nada me alegra más que ver a un traidor arrepentirse y pagar con mucho dolor y con su vida.

Domenico ya había dado a entender que había notado un comportamiento extraño por parte de uno de los soldados que vigila el perímetro.

Al desgraciado lo pillaron más de una vez merodeando por donde no debía, haciendo preguntas que no le incumbían.

Podría haber llamado a Fausto desde el principio, pero preferí darle un voto de confianza; al fin y al cabo, llevaba años al servicio de *la famiglia*. La respuesta llegó tras semanas siguiendo cada uno de sus movimientos, revisando todas las cámaras y escudriñando cada detalle de su vida.

Apenas me quedé solo en el despacho, llegó la noticia: pillaron al muy cabrón merodeando por la mansión y, cuando le

preguntaron, se puso nervioso y se le cayó un micrófono oculto del bolsillo.

Ordené un registro exhaustivo de todas las habitaciones, pero algo me dice que no llegó a completar la misión que le habían encomendado, lo que plantea la pregunta: ¿quién está detrás de todo esto?

¿Quién es el cabrón que convenció a Fausto para que traicionara a la organización, a su propia familia, a sus valores? Porque una cosa es segura: hoy es su último día en la Tierra, y él lo sabe; y, dependiendo de su buena voluntad para darme lo que quiero saber, la diferencia entre que su mujer y su hermano sigan protegidos por la familia o corran la misma suerte que él.

El sonido de los gritos me recibe nada más acceder al sótano, y no tardo en ver el motivo.

—¿Ya estás trabajando? —pregunto, observando a mi prima trabajar con maestría sobre el cuerpo desnudo del pobre soldado.

Decenas de cortes derraman sangre, manchando el suelo y yendo directamente al desagüe.

—Ya sabes cómo soy, no me gusta quedarme parada.

—Ya lo veo —digo, acercándome.

—Por favor, *Don* Zampieri, por favor… —suplica, pero ni siquiera me molesto en responder; con un gesto, veo cómo Martina se pasa lentamente el cuchillo por el pecho. —Dios, ayúdame —grita, y le agarro la barbilla, obligándola a mirarme a los ojos.

—Dios no te va a ayudar, ni hoy ni mañana.

—Por… —empieza a decir, pero ni siquiera le dejo terminar.

—Solo saldrás de aquí muerto —sentencio, sin piedad—. Pero podrás tener una muerte rápida si me das lo que deseo.

—No sé nada, te lo juro.

— Vaya, vaya, veo que la diversión ya ha empezado por aquí. — Resuena la inconfundible voz de mi tío Enzo.

—Papá… —exclama Martina, esbozando una sonrisa y acercándose a él, con las manos cubiertas de sangre.

— ¿Cómo estás, *figlia*? ¿Te lo estás pasando bien? — Le da un suave beso en la frente.

— ¡Siempre! ¿Qué te parece si te unes a mí?

Ni siquiera se molesta en responder, solo esboza una sonrisa.

— No hay nada como padre e hija trabajando juntos, qué escena tan bonita —bromea Lucca—. Nada de acabar empapado de sangre, por favor. Gracias.

—¿No te cansas de intentar sacarlo de quicio? —pregunta *papá*, y yo me limito a observar la interacción entre los dos mientras me acerco.

—Nunca. Es uno de mis muchos pasatiempos.

— Tío, papá… — los saludo, deteniéndome frente a los dos.

— *Figlio*. —*Papá* me agarra por la nuca y apoya su frente contra la mía.

No dice nada más, y lo entiendo: a veces las palabras sobran.

— ¿Problemas? —pregunta mi tío.

— Solo intento averiguar qué llevó a Fausto a traicionar a *la familia* —espeto, dirigiendo mi atención hacia donde el desgraciado se retuerce y suplica, mientras los mejores torturadores de la Sacra se encargan de él.

El maldito acabará suplicando que le metan una bala en plena cabeza.

— ¿Hay alguna posibilidad de que haya conseguido instalar algún dispositivo?

—Giovanni está supervisando el registro de la mansión.

—Bien.

Los gritos de dolor se intensifican y, al poco rato, Tina y su padre regresan junto a nosotros.

— ¿Qué parte de *«no estar cubiertos de sangre»* no habéis entendido? —espeta Lucca, mirándolos a uno y otro, y no hay forma de llevarle la contraria, ya que ambos están manchados de pies a cabeza.

— No te preocupes, tío… — Tina esboza una sonrisita, al tiempo que guarda su karambit en una funda en la cintura. — Me voy a dar una ducha rápida antes de volver.

—A la mierda la ducha, me voy así de sucio, y me aseguraré de ensuciar bien el asiento de tu coche.

— Pero qué hijo de…

Enzo entrecierra los ojos.

—De una madre maravillosa, mi querida madrina —murmura —. Al menos, ¿habéis conseguido algo?

La pregunta del millón.

Miro a mi prima; ni siquiera hace falta que responda.

Su mirada lo dice todo.

El imbécil está diciendo la verdad, no sabe quién lo contrató.

— Insiste en que recibió un sobre sin nombre, con diez mil euros e instrucciones precisas. Si hacía lo que le pedían, recibiría otros diez mil.

—No me puedo creer que ese cabrón se haya vendido por tan poco —espeta Lucca, indignado, y comprendo su rabia.

Lo que me apetece ahora mismo es matarlo con mis propias manos.

¿Por qué no vino a hablar con nosotros?

—Les le ha dado la vuelta a su vida; Fausto está endeudado. Apuestas ilegales. Quienquiera que haya hecho esto, conocía la situación y se ha aprovechado de esta debilidad —avisa Martina.

—Pídele a Alessia que le envíe los datos del acreedor a Giovanni; él y yo iremos a visitarlo —digo sin rodeos, y ella entiende perfectamente a dónde quiero llegar.

—¿Me necesitarás? —pregunta, sin disimular su entusiasmo, y joder, esta mujer tiene sed de sangre, no puede ser.

—Si no coopera, será un placer traérselo.

—Bueno, y ahora, ¿qué quieres hacer con él? —pregunta, mirando al soldado, y este se inquieta, casi como si supiera que su fin está cerca.

—No me has dado la respuesta que quería… —exclamo, encogiéndome de hombros—. Lo dejo a tu criterio.

Martina asiente y apenas puede disimular su emoción.

—¿Soy solo yo o parece que Tina ha recibido un regalo? —comenta Lucca.

—De tal padre, tal hija —comenta *el abuelo*, divirtiéndose con la escena.

— Diviértete, niño.

—Siempre, *papá*, siempre. Voy a probar unas cosas —guiña un ojo—, pero enseguida termino aquí.

—No tardes mucho, tu madre ha dicho algo sobre vestidos.

Ella pone los ojos en blanco, nada animada, se despide y camina despacio hacia Fausto.

— ¿Seguro que no te vas a dar una ducha? Debe de haber toallitas húmedas en la guantera.

— Vete a la mierda, Lucca. Vámonos ya —replica Enzo, y ahí ya es demasiado: *papá* y yo estallamos en carcajadas y ni siquiera los dos críos pueden contenerse; de repente, los cuatro nos estamos riendo.

— Vamos a casa —digo, y todos asienten.

Es hora de volver y encontrarme con la mujer que apenas ha entrado en mi vida, pero que no se me va de la cabeza.

¿Qué voy a hacer contigo, Elena?



Ya han pasado más de treinta minutos desde que la señora Giulia se llevó a Martina a una de las habitaciones de invitados y nos amenazó por si nos atrevíamos a pasar por allí.

—¿Qué es lo que estáis mirando tanto?

—Es uno de los misterios del mundo, Pietro: las mujeres y las bodas. Créeme, siempre hay mucho que ver, comprar y elegir. Quién sabe —bromea el tío Lucca.

—Pediste que la boda fuera en veinte días, *figlio*, y este es el resultado —suelta *papá*, apoyándome la mano en el hombro.

—Si dependiera de mí, sería incluso antes —susurro, y claro, los tres me miran como si me hubiera salido un cuerno en la frente. —Ni lo intentéis —les advierto, en serio, y veo que se contienen para no reírse—. Ya tengo suficiente con Giovanni.

— Oye, esta vez me voy a quedar callado. Ni siquiera voy a decir nada —dice, pero sé que se está muriendo de risa.

—Yo también prefiero guardarme mis comentarios —suelta Romeo, y entrecierro los ojos en su dirección.

Dos cabrones.

Una pequeña tos me recuerda que mis tíos y mi padre siguen ahí, observándolo todo en silencio.

Joder.

— Ni una palabra.

— Yo no iba a decir nada, ¿y vosotros, Matteo, Enzo?

—Nunca —responden al unísono, y por suerte ni siquiera tengo tiempo de replicar, pues el sonido de pasos y voces femeninas indica que han salido de la habitación.

Por fin.

Mi corazón se acelera y me siento como un idiota.

Ni siquiera cuando maté a mi primer hombre estuve tan nervioso.

Ella ya es tu prometida, tu futura esposa… contrólate, joder, eres el puto Don.

No para ella… nunca para ella —recuerdo, y entonces mi mirada se cruza con la suya.

Y ahí, es como si todo lo demás hubiera desaparecido.

Guapísima con esos vaqueros y esa camiseta blanca.

—Joder —maldigo, pasándome la mano por el pelo, y ya espero alguna broma de Giovanni o Romeo, pero mientras el primero está distraído con el móvil, mi primo parece tener ojos solo para la hermana de Elena, que baja las escaleras a su lado.

Stella tiene razón.

—Ya pensé que tendría que ir a rescatarte, *bambina* —bromea Lucca, y sé que mi tía no dejará pasar la oportunidad.

— ¿Todo esto es nostalgia, consejero? —Arquea una ceja mientras se acerca a donde estamos.

—Siempre.

— Buena respuesta —susurra, saludándolo con un besito—. ¿Qué puedo decir? Giu nos ha tenido muy ocupadas.

— Por una buena razón. — *Mamá* me guiña un ojo mientras se acerca a nosotros, pero lo único en lo que consigo fijarme es en ella, en cómo se le mece el pelo, en cómo se perfila el contorno del sujetador bajo la camiseta, y ya me imagino arrancándoselo, dejando al descubierto sus pechos, sintiendo su peso en mis manos,

mi lengua rodeando el pezón, antes de morderlo y chuparlo con ganas.

Pero joder.

Aprieto los puños; al fin y al cabo, lo último que necesito ahora mismo, en medio de todos, es una erección.

Piensa en cualquier mierda, en cualquier cosa, menos en ella.

—Pietro…

Joder, si hasta oír mi nombre en su boca me excita.

— Elena —respondo, ignorando a todos los que nos rodean, centrando mi atención en su rostro y, como todo lo que es complicado siempre puede empeorar, ella se muerde los labios, y joder, no puedo resistirme, mi mirada se dirige hacia allí.

Tan cerca, tan fácil…

Por un instante, tengo la sensación de que solo estamos nosotros dos allí, es una tensión inexplicable, pero entonces alguien carraspea a mis espaldas y me devuelve a la realidad.

—Y… ¿qué os parece un tentempié? —pregunta *mamá*, y sé que se ha dado cuenta de mi interés; he visto su sonrisita.

Justo lo que me faltaba, la señora Giulia ya haciendo planes para sus nietitos.

—Me apunto —exclama Lucca.

— ¿Y cuándo no lo estás? —bromea la tía Chi, y sé que él no se quedará sin respuesta cuando veo su mirada.

—Cuando eres tú quien cocina —susurra, pero todos lo oímos, y la palmada en su hombro no se hace esperar.

— Vaya, tú…

—Tú has preguntado, *bambina*, solo te he respondido — sonríe, acercándola hacia sí.

— Lucca, Lucca, hoy estás muy atrevido, ¿eh? —bromea Enzo.

—No tanto como tú, que estás manchando la alfombra de sangre.

—Oh, Dios mío, de verdad lo has hecho… —exclama la tía Isa, acercándose a él a toda prisa.

—Solo han sido unas salpicaduras. Nada comparado con lo que puede pasar si me acerco a Lucca ahora —exclama, como si

nada.

— Vale, vale, portaos bien. Isa, no te preocupes, amiga, por desgracia o no, por aquí estamos acostumbrados a limpiar manchas de sangre —comenta *mamá*, encogiéndose de hombros, y yo intento poner cara seria, pero es imposible.

Cuando me doy cuenta, me estoy riendo, y en un santiamén todos se unen a mí.

De eso se trata.

La familia.

Que me vuelve loco, que es intensa, protectora y, a veces, incluso asfixiante, pero, joder, que no la cambiaría por nada, porque sé que soy el hijo de puta más afortunado por tener a cada uno de ellos a mi lado.

—¿Un tentempié? —pregunta *mamá*, cuando por fin conseguimos dejar de reírnos.

— Te lo agradezco, pero tenemos que volver —dice Elena, llamando la atención de todos.

No la mía, porque esa nunca ha dejado de tenerla.

—¿Ya? —pregunta Alessia.

—Por desgracia, sí… —Se sonroja y, joder, me dan ganas de acercarla a mí—. Muchísimas gracias por este día increíble —dice, y no me cabe duda de que lo dice de corazón.

La emoción en su voz es evidente.

—Me sumo a las palabras de Lena —añade su hermana, también visiblemente emocionada—. Gracias, señora Giulia.

—¿Señora qué? —interviene *mamá*.

—Giulia… —se corrige y le arranca una sonrisa a la matriarca.

— Isa, Chiara, Alessia, Martina, Stella, *nonna*, todas, sin excepción, vosotras… —hace una pausa, como si respirara hondo, y veo cómo Elena le acaricia suavemente la mano— …gracias por acogernos a mi hermana y a mí.

—Ay, no empecéis con eso o volveré a llorar —exclama la tía Chi, acercándose a ellas y abrazándolas a las dos.

De repente, todas se abrazan e incluso mi abuelita se une al grupo.

— Aprovecha mientras estás dando las gracias —bromea Lucca, y solo recibe un dedo corazón de su mujer.

Una vez despedidas, sigo observando cada movimiento desde cierta distancia.

La verdad es que no quiero despedirme.

No cuando no he tenido suficiente, no de ella…

Esto es una locura.

—Los vehículos están listos, *Don* Zampieri —me avisa Domenico, que ya sabe lo que pretendo hacer, esté de acuerdo o no.

—Que tengáis un buen viaje de vuelta. Mañana mismo empezaré a llamar a los proveedores y a organizarlo todo —avisa *mamá*, y Elena asiente con una sonrisa en el rostro.

—Lo que quiere decir es que va a convertir la vida de todos en un infierno —exclama Chiara.

—Quizá —reconoce *mamá*, esbozando una sonrisita—, pero tengo una buena razón. —Guiña un ojo—. —Ah, Elena, en cuanto el taller me responda sobre los ajustes del vestido, te llamaré y concertaremos la prueba, ¿vale?

—Claro, solo avisa a Nicola o a *papá* —dice.

—Danos tu número, Lena —pide Alessia, sacándose ya el móvil del bolsillo, y ya sé la respuesta, incluso antes de que ella diga nada.

—No lo tengo —comienza, avergonzada—. Según *papá*, no hace falta.

— Oh… — Mi prima ni siquiera consigue disimular la sorpresa; en cuanto a mí, me invade una rabia absurda.

—Mañana, tú y tu hermana recibiréis los móviles, con los números de la familia ya configurados —suelto, sin rodeos.

— No hace falta.

— Sí que hace falta —exclamo irritado, y su mirada se cruza con la mía.

— Yo… — Se muerde los labios, y sé que está nerviosa.

Joder, cálmate de una vez, antes de que la asuste.

—Tienes que poder ponerte *en contacto conmigo* —insisto, pasándome la mano por el pelo, incapaz de quedarme quieto—, o

con cualquiera de nosotros, si lo necesitas; eso es lo mínimo, joder —añado, apretando los puños.

La sala se sumerge en un silencio sepulcral, y me temo haber sido demasiado enérgico, pero joder, es que estoy cabreado con ese desgraciado de su padre por privarla de algo tan sencillo y necesario como un móvil, y conmigo mismo, por no haberme dado cuenta antes.

—En cuanto tengas el móvil, envíanos un «hola» —dice Alessia, intentando relajar el ambiente, y Elena se limita a asentir.

Mierda, mierda…

— Los coches están listos, *Don* Zampieri —avisa Nicola, e intercambio una mirada con Domenico y ahí se da cuenta de que tengo otros planes.

—¡Perfecto! —exclamo, y veo a Elena empezar a caminar hacia la salida.

No tan rápido, guapa.

Todos se dirigen hacia el exterior de la mansión y veo cómo la sorpresa inunda la mirada de todos cuando se dan cuenta de que no solo hay todoterrenos aparcados allí.

Hoy no.

—Señor… —empieza Domenico, pero lo callo con la mirada.

—Donatella seguirá en compañía de Nicola y Domenico —le aviso, y mi mirada se cruza con la suya, verde, intensa, confusa—. —Elena, tú vienes conmigo, tenemos que hablar —subrayo, en un tono que no admite réplicas, y veo cómo le afecta la noticia, con el pecho subiendo y bajando al ritmo de su respiración acelerada.

¡Joder!

La chica me va a matar.

— Pues sí, hermano, vas a quitarle el polvo a este cacharro —dice Giovanni, sin ocultar su emoción al acercarse al Lamborghini Aventador rojo sangre.

No respondo, solo acciono el mando, abriendo las puertas y dejando al descubierto el lujoso interior del deportivo que ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que tuve el placer de conducir.

Me gusta la velocidad, sentir el poder de la máquina bajo mi control, pero en el día a día acabo siendo lógico y racional; al fin y al

cabo, es más práctico y seguro desplazarme en los todoterrenos, con los soldados y la escolta. Pero esta noche no.

Hoy tengo la oportunidad de conducir una preciosa máquina junto a una mujer aún más guapa y temperamental: *la mía*.

—Señor —empieza Domenico, y ya sé incluso lo que quiere el viejo guardaespaldas.

—Me aseguraré de que la escolta pueda acompañarnos —le aviso.

—¿Y entonces qué gracia tiene? —bromea Giovanni.

—Seguir con vida —replica Stella, poniendo los ojos en blanco.

Observo cómo Elena intercambia una mirada con su hermana, que se dirige rápidamente hacia el todoterreno tras despedirse con la mano.

Su mirada se cruza con la mía y ella sabe que no hay forma de escapar.

No de mí.

— ¿Vamos? — Le tiendo la mano y ella se acerca sin apartar la mirada de la mía.

— No es como si tuviera otra opción, ¿verdad? —me susurra al oído y todo en mí vibra.

Atrevida.

El viaje será de todo menos aburrido.



Intenta disimular, fingir indiferencia, pero veo su mirada curiosa, observando cada detalle del interior del coche.

— Es un Lamborghini Aventador —le explico.

—Es un coche —se encoge de hombros, como si no fuera gran cosa.

— Sí, te lleva del punto A al B, pero la diferencia está en cómo lo hace.

La veo mordiéndose los labios, mirando a todas partes menos a mí.

En cuanto nos incorporamos a la autopista, piso a fondo, sintiendo cómo vibra el motor, y veo cómo la escolta se queda unos metros atrás.

Domenico debe de estar insultándome.

— ¿Por qué estás haciendo eso? — Su pregunta me pilla por sorpresa.

— ¿Haciendo qué?

—Ya sabes… —Gira la cara hacia mí, su mirada se cruza con la mía, y la osadía ha desaparecido; ahora solo hay confusión—. ¿Por qué me estás llevando tú, cuando tus hombres podrían hacerlo? —susurra, y yo aprieto el volante, sin saber qué responder sin asustarla.

Me decido por la verdad.

—Porque… —empiezo, y siento que el corazón se me acelera.

Joder.

—Es que necesitaba —Arquea una ceja, confundida— más de ti.

—Yo… —Se muerde los labios, y vuelvo a centrar mi atención en la carretera.

— Además, ¿estás segura de que, después de pasar toda la tarde con mi madre, mi abuela, mis tías y mis primas, tenías que confirmar que no te habías escapado? —exclamo, y ella esboza una sonrisa.

— Preciosa.

— ¿Eh? —pregunta, con las mejillas sonrojadas.

—Estás aún más guapa cuando sonríes, Elena.

Mi mirada se clava en la suya y empiezo a arrepentirme de haber decidido conducir.

Joder, tengo que mantener la atención en la carretera, pero lo único que quiero es perderme en la mujer que tengo a mi lado.

— Gracias —susurra.

— ¿Y bien? —pregunto, volviendo a fijar la vista en la carretera.

Concéntrate, joder.

—Aún así me voy a casar contigo, y todas son maravillosas. Algunas un poco locas —destaca, y esta vez soy yo quien sonríe,

porque es exactamente la definición que yo daría. —Tú también estás guapísimo cuando sonríes —suelta, mordiéndose los labios.

—No te muerdas los labios —le espeto con seriedad, con voz ronca y dura.

— Lo siento, yo… —susurra.

—No te disculpes, es que me cuesta conducir cuando lo único en lo que pienso es en aparcar el puto coche en el arcén y probártelos, para saber si son tan suaves como me imagino.

—Oh… —jadea, volviendo a fijar la mirada en la ventanilla.

Aprieto el volante con fuerza y se instala un silencio opresivo.

Enhorabuena, Pietro.

—Padrinos —dice Elena, al cabo de unos minutos.

— ¿Padrinos? —repito, y ahí está ella, mordiéndose los labios otra vez, sin darse cuenta.

Contrólate.

—Tu madre me preguntó quiénes serían nuestros… padrinos.

— ¿Qué quieres?

Me mira fijamente, sin ocultar su sorpresa.

— Nunca le había dado muchas vueltas.

— Somos dos —le revelo, y el ambiente vuelve a relajarse.

— Señora, me gustaría que ella fuera mi madrina.

— ¿Con tus hermanos?

— ¡No! —responde sin pensarlo siquiera—. Dios, no.

— Vale, sin hermanos.

— No es que Federico o Fabrizzio quieran participar en nada, ya han dejado muy claro que no quieren saber nada del asunto.

—Genial, porque no me importa lo más mínimo que estén cerca de nosotros. Por mi parte, ni siquiera los invitaría, pero eso sin duda llamaría la atención.

Ella sonríe, asintiendo ligeramente con la cabeza

—Pensaba en que ella fuera con tu primo, Romeo —suelta de repente, y yo aparto la mirada de la carretera para mirarla fijamente, y ahí me doy cuenta de que no solo Stella se ha dado cuenta de algo —. A menos que él tenga novia o algo así —continúa, tanteando el terreno.

— Nada de novia, quédate tranquila. Romeo y Donatella, es un hecho. ¿Alguna sugerencia más? —pregunto y, para mi sorpresa, la tiene.

—¿Y bien? —pregunta, mirándome.

—Estoy de acuerdo con todo, pero ten en cuenta que puede que a Alessia no le guste mucho esta elección.

—Lo sé —reconoce y, joder, esta chica no deja de sorprenderme.

—¡Joder! ¡Quieres ver cómo se arma el circo! —suelto, y ella sonríe.

—¡Nunca! Vale, quizá solo un poco…

Intento contenerme, pero no puedo.

Me echo a reír a carcajadas y ella se queda mirándome atónita, hasta que no puede resistirse y se une a mí.

—Son solo unos pasos juntos y unas cuantas fotos —comenta, cuando consigue calmarse.

—¡Créeme, es mucho!

— No sé, no —empieza, pensativa, y yo me quedo esperando.

— Sigue.

— Nada, es solo que creo que hay algo más, aparte de las provocaciones.

— ¿Y quieres poner a prueba esa teoría? —le pregunto, imaginándome cómo reaccionaría mi amigo ante la idea.

— Si crees que va a causar muchos problemas, podemos cambiarlo: ella sale con tu hermano y Roman sale con Martina.

—Ni de coña, ella con Roman es la mejor opción —digo, imaginándome ya a Alessia montando un numerito mientras él se ríe.

— ¿Tú también crees que hay algo?

—Nunca me había parado a pensar en eso —confieso.

— Entonces, ¿por qué has aceptado?

—Porque quiero ver el caos.

— ¿En nuestra boda?

— Admítelo, va a ser divertido.

—Es verdad, eso va… —exclama ella, sonriendo, pero entonces, tan rápido como ha aparecido, la sonrisa se desvanece, y Elena empieza a mirar por la ventana.

—¿Qué pasa?

— Nada —dice, pero no me engaña.

— Si fuera nada, no te estaría molestando.

—No es eso, es que… —Se detiene, como buscando las palabras adecuadas, y yo me quedo en silencio, esperando, sin gustarme nada ver que estamos casi en el límite del territorio de Sacra; unos kilómetros más y ya estaremos en territorio de Civita.

Joder, ni siquiera me he dado cuenta de cómo ha pasado el tiempo.

Miro por el retrovisor y la caravana sigue pisándonos los talones.

Elena vuelve a mirarme y se nota claramente que está nerviosa.

—¡Dilo! —insisto, y ella suspira.

—No vas a olvidarte de esto y seguir conduciendo, ¿verdad?

—No —digo, y ella me mira a los ojos.

— Yo… —empieza—. Iba a preguntarte por la luna de miel. —Hace una mueca.

— ¿Qué quieres saber sobre ella? ¿Nuestro destino? — Arqueo una ceja, intrigado por el rumbo que toma la conversación.

—No, no, eso es irrelevante —se apresura a decir, y ahí me doy cuenta de adónde quiere llegar.

— ¿Qué, entonces?

— Ninguno de los dos quería…

— ¿Ninguno de los dos quería qué? Tienes que ser más clara —le respondo, apretando con fuerza el volante.

—Lo has entendido perfectamente —escupe las palabras—, casarnos, eso, los dos —señala entre nosotros—.

—Yo ya he aceptado mi destino, tú deberías aceptar el tuyo; al fin y al cabo, fue tu elección —le recuerdo, y veo cómo le brillan los ojos de rabia.

— A veces se me olvida lo imbécil que puedes llegar a ser.

Ah, Elena, te llevarías una sorpresa.

Acelero, viendo cómo los todoterrenos desaparecen por el retrovisor.

—Pietro… —jadea ella, pero sigo acelerando; solo para, entonces, frenar en seco el Lamborghini unos metros más adelante y, antes de que ella tenga oportunidad de decir nada, me desabrocho el cinturón y mi cara queda a centímetros de la suya.

Tan cerca que puedo sentir su respiración entrecortada, su perfume.

—Ese imbécil será tu futuro marido dentro de unos días, recuérdalo.

— ¿Me estás amenazando? — Levanta la barbilla, con los labios a punto de rozar los míos y, Dios, cómo me apetece besarla.

— ¡Nunca! — Sonrío, fijando la mirada en su boca carnosa. — Solo te lo estoy recordando —destaco, necesitando alejarme de la tentación.

—Como si pudiera olvidarlo —replica ella, y me exige todo mi autocontrol para no devorar sus labios allí mismo y hacerla suplicar por más.

—Ah, Elena, esto va a ser divertido —susurro, acariciándole la mejilla con el dedo índice, antes de alejarme, sabiendo que en unos segundos llegará el tren, y lo último que necesito es a un grupo de soldados haciendo preguntas.

—¿Vas a tomarme a la fuerza? —suelta de repente, y la pregunta cae como una bomba, haciendo que mi sangre hierva.

Respira, respira…

A la mierda con respirar, no pienso, solo actúo, la agarro por la nuca y acerco mi cara a la suya.

— ¿De verdad crees que te tomaría a la fuerza? — Mi voz es dura, implacable, y veo cómo el arrepentimiento se refleja en su mirada.

— Yo… — susurra, con la mirada clavada en la mía.

— Responde, joder.

— No. No lo creo.

Apoyo mi frente contra la suya, con nuestras bocas a punto de tocarse, y veo cómo su pecho sube y baja, rápido, acelerado.

—Pietro… —jadea, y hay una nota de necesidad en su voz.

La hechicera me desea.

Me alejo solo unos centímetros y acerco mis labios a su oreja, inhalando el aroma de su pelo.

— No necesito tomar a nadie a la fuerza, Elena. Me voy a casar contigo porque lo necesito —digo, y en cuanto sale la frase, me arrepiento.

No es verdad.

No del todo.

Su mirada brilla, una mezcla de rabia, tristeza y decepción, no sé cómo definirla, y me molesta saber que soy yo quien la provoca.

— ¿Estás diciendo que no vas a consumar el matrimonio? ¿Que no quieres descendencia? —pregunta, levantando la barbilla en señal de desafío, con esa descarada actitud de siempre.

Ay, Elena…

—No tengo prisa por tener herederos, y cuando llegue el momento, siempre podemos recurrir a la ciencia —digo sencillamente, y su mirada es de puro ultraje.

—¿Estás diciendo que me vas a inseminar, como a una yegua? —grita, y resulta divertido ver su indignación.

—Siempre podemos hacerlo a la antigua usanza, *bella* —exclamo, recorriendo su cuerpo con la mirada.

—Eres realmente un imbécil, Pietro Zampieri —escupe las palabras.

—Soy tu futuro marido —subrayo, acercando de nuevo mi rostro al suyo, deleitándome con el fuego de su mirada—. Y no creas que me engañas, Elena Del Vecchio, puedes hablar todo lo que quieras, puedes negarlo, pero cuando te folle, *porque lo* haré… —destaco, y ella entreabre los labios, dispuesta a decir algo, pero se calla. —Cuando eso ocurra —continúo, rozando mis labios contra su oreja, sintiendo cómo se estremece su cuerpo contra el mío—, será porque tú lo quieres, será porque me quieres bien dentro de ti —sentencio, dándole un suave beso en el cuello, rozando mi barba contra su delicada piel, y volviéndome a mirar a los ojos, solo para encontrar pura furia y fuego en su mirada, y joder, si eso no me pone duro.

—Espera sentado—, exclama, sin dejar de mirarme.

Menuda descarada.

Podría seguir discutiendo, pero doy la mejor respuesta posible: sonrío ante sus labios, más que preparado para el reto que tengo por delante, y cuando suena el teléfono, rompiendo el silencio, ni siquiera me molesto en contestar, solo vuelvo a poner el coche en marcha, con dos grandes certezas: la primera, que necesito dejar urgentemente a Elena en la mansión de su padre y alejarme de la tentación; y la segunda no podría ser más contradictoria, porque quiero esta boda *para ayer*.

Elena Del Vecchio es una maldita bruja.

La mía.



Nobody's home – Avril Lavigne
Already Gone – Kelly Clarkson

Quince días.

Quince días sin verlo.

Debería estar contenta, pero lo único que siento es una mezcla de irritación, ansiedad y emoción.

Sí, has leído bien.

No me puedo creer que haya vuelto a soñar otra noche con ese maldito Don Zampieri.

Y claro que no fue un sueño normal y tranquilo.

Ni mucho menos.

Todo menos eso.

Puede que sea virgen y que nunca me hayan besado, pero sé muy bien lo que pasa entre cuatro paredes.

He tenido clases de ciencias y anatomía, y no han faltado ocasiones, ya sea aquí o en el internado, en las que, por casualidad, la señora y yo nos hemos topado con alguna que otra pareja más animada en plena acción.

Como apenas salimos de la habitación desde que volvimos a vivir aquí, el riesgo en la mansión es mínimo, pero ya me ha pasado bajar a escondidas a la cocina por la noche, en busca de algún

dulce, solo para encontrarme con uno de los soldados echando un polvo con una de las limpiadoras.

Por suerte, no me vieron, y volví corriendo al ático.

De eso se trata.

Los adultos tienen sexo, *pero yo no lo voy a hacer.*

Pietro se equivoca si cree que le deseo.

Nunca, jamás.

Imágenes de él, su mirada intensa recorriendo mi cuerpo, su cuerpo cerca del mío, su respiración, su olor… bueno.

¡Mierda, mierda!

Me sacudo, sintiendo un calor inexplicable.

¿Qué me pasa?

—¿Estás bien? Estás roja.

— Estoy genial, es este tiempo tan loco. —Me subo el cuello de la camiseta y me soplo en los pechos. Siento que Dona me está mirando fijamente.

— Estás muy rara —suelta, cerrando el cuaderno donde ha anotado toda la planificación de los próximos días, como si fuera posible olvidar lo que nos espera.

El gran día.

Dios, voy a vomitar.

—Estás viendo cosas que no existen —le respondo, tirándome en la cama y encendiendo la tele en cualquier canal.

— Niega todo lo que quieras, pero desde que volvimos de Siena, te has comportado de forma extraña, has hablado mientras dormías.

Joder.

Casi salto de la cama.

— ¿Qué he dicho?

Que no haya gemido, que no haya gemido, o peor aún, que le haya pedido a Pietro que siguiera besándome por todas partes…

—No me he fijado —replico, e incluso dejo escapar un suspiro de alivio—. ¿Te preocupaba que hubiera oído algo, doña Elena? ¿Me estás ocultando algo, hermanita?

—¿Estás loca? ¡Claro que no! —Pongo los ojos en blanco; ni siquiera me arden las mejillas, de lo descarada que es la mentira—.

Solo quería evitar preocuparte o asustarte, nada más. Por lo que sé, podría estar teniendo una pesadilla.

— No lo parecía.

Arqueo una ceja.

— ¿Cómo es eso?

— Parecías *muy feliz* —subraya la última parte, y me muerdo los labios, recordando que realmente lo estaba.

Respira hondo y no se enfada; ni siquiera sospecha de las obscenidades que eran mis sueños.

— Estabas pensando en él, ¿verdad, traviesa?

— ¿Qué? —casi grito, y eso es lo que me delata.

— Joder, sí que lo estabas.

— Yo no…

— ¡Elena! —Se incorpora, poniéndose las manos en la cintura y mirándome fijamente—. ¡No mientas!

—Fue una pesadilla. —Hago una mueca.

— Lo sabía, sabía que pasaba algo. Vosotros dos, ahí parados en ese coche en la autopista, ¿pasó algo? ¿Te besó?

— ¡Claro que no! —replico, sin titubear ni un segundo.

— ¿Lo juras? ¿Ni siquiera un besito?

—Ni por asomo —declaro con énfasis.

— ¿Qué pasó entonces? — No oculta su curiosidad.

—Me estaba sacando de quicio, eso es lo que pasó, ese hombre es un imbécil —digo, y enseguida recuerdo lo que me dijo.

«Y tu futuro marido».

Sí, dentro de cinco días, él será…

Y yo no debería estar contando los malditos días.

Pero lo estoy haciendo.

—No sé si «imbécil» es un adjetivo que yo usaría para describir a tu futuro marido —exclama ella, y sé que me está provocando.

—Quizá debería preguntarte qué adjetivo usas para describir a su primo —le suelto, y ella, claro, se sonroja al instante.

Ay, señora…

— Romeo es un caballero.

— Y está buenísimo.

— Elena… —casi grita, poniéndose roja como un pimiento.

— ¿Qué pasa? Que vaya a casarme con ese primo *idiota* no significa que esté ciega.

Para nada, pero lo cierto es que solo tengo ojos para ese maldito *Don*.

—Ya me te imagino ligándotelo con el abogado de Sacra, en la boda.

— Dios mío, ¿te has tomado algo en la cafetería? —replica, indignada, y yo solo me río a carcajadas.

Qué bien…

— No cambies de tema —sigo, porque esto está demasiado bien—. Aprovecha el momento, «Carpe Diem», hermanita. *Carpe Diem*.

— Dejemos de decir tonterías y vayamos al grano: la señora Giulia ha conseguido que vengan hasta aquí a hacer la prueba final de nuestros vestidos.

—Perfecto —exclamo, pero por dentro pienso: «Maldita sea, maldita sea, me encantaría ir allí, solo para mirarle bien a la cara y…»

¿Y qué?

La señora tiene razón, estoy loca.

— Supongo que hubiera preferido ir allí, la última vez fue tan bien, y así pasaría menos tiempo aquí. — Esboza una sonrisa triste, y yo entiendo perfectamente su frustración, aunque, gracias a Dios, apenas hemos visto *al padre* ni a los gemelos malvados.

No sé qué está pasando, pero apenas se han parado en la mansión.

Al contrario, no paran de viajar: reuniones con los jefes, clientes, proveedores.

Es incluso extraño.

Pero, volviendo al tema, hacer las pruebas de los vestidos en Siena sería estupendo, no tengo ninguna duda; todo fue maravilloso aquel día, hasta que Pietro lo estropeó todo.

Hasta ese momento en el coche.

¡No lo recuerdes!

Demasiado tarde.

Siento que se me calientan las mejillas solo de pensar en lo que dijo y en cómo me sentí al escuchar cada frase que salía de su boca. Claro que me cabreé, sobre todo conmigo misma, porque, donde solo debería haber ira y furia, había deseo.

¡Muchísimo!

Soy un chiste; en el fondo, quiero algo que ni siquiera debería plantearme, y mucho menos desear, pero si los últimos días han servido para algo, ha sido precisamente para mostrarme lo metida que estoy en un lío, porque, me guste o no, lo cierto es que me he pillado varias veces imaginando cómo sería si todo lo que él dijo… *sucediera*.

Eso no va a pasar.

No va a pasar, no va a pasar.

Voy a repetirlo hasta que se me meta bien en la cabeza.

Es la única opción.

Respiro hondo, sabiendo que parte de la culpa de toda esta situación es mía. No debería haber hecho esa pregunta.

Fue ofensiva, grosera, joder… estuvo mal, porque, aunque hacía poco que lo conocía, Pietro siempre me había respetado y nunca se me había pasado por la cabeza que pudiera hacerme daño, más bien al contrario.

No sé cómo explicarlo, pero en ese momento dejé que el miedo se apoderara de mí.

Son tantos años andando con pies de plomo, mirando por encima del hombro, teniendo cuidado incluso con las sombras, que me cuesta creer que no tengo que preocuparme, que no tengo que protegerme…

Pero Pietro Zampieri y su familia son diferentes a todo lo que he conocido en toda mi vida.

Son personas honradas, íntegras…

Por eso, en cuanto salieron las palabras, en cuanto vi su mirada, la sorpresa, la decepción, lo que me apetecía era darme un puñetazo, pero fui demasiado orgullosa para reconocerlo y pedir perdón.

Y ahora estoy aquí… pensando en él y en el lío en el que me he metido.

Un lío, sí, y de los grandes, porque me voy a casar dentro de cinco días, y Pietro tiene razón: mi boca puede decir que no lo quiero, que nunca consumaremos este matrimonio, pero mi cuerpo… ah, tiene voluntad propia y quiere todo lo que Pietro ha dicho, quiere todo lo que solo él puede darme.

Por suerte, no es mi cuerpo el que me controla, sino mi cerebro.

Solo queda por ver hasta cuándo prevalecerá mi lado racional.

Preveo tiempos difíciles por aquí.



Es mañana.

¿Te lo puedes creer?

¿*Cómo ha podido pasar esto*?

Siento que el pecho me va a estallar.

Es una angustia, un sentimiento que no sé cómo explicar.

Ya he perdido la cuenta de cuántas veces me he dado la vuelta en la cama, intentando encontrar una postura, intentando simplemente dormir y olvidarlo todo, pero nada funciona.

Cierro los ojos con fuerza y respiro hondo.

¡Necesito dormir!

Ya es más de medianoche y, a este paso, ni siquiera el maquillaje conseguirá disimular mis ojeras.

Abro los ojos solo para ver la habitación sumida en la más absoluta oscuridad.

Me doy la vuelta de nuevo, y esta vez es solo para encontrarme con la mirada de Dona clavada en mí.

—Hola… —susurro.

— ¿Te cuesta dormir?

— ¿Es tan obvio? —Hago una mueca.

— ¿Quieres contarme qué te preocupa?

—Nos pasaríamos toda la noche despiertas hablando —revelo y, para mi sorpresa, mi hermana se mueve en la cama, se hace un hueco a un lado y levanta el edredón en señal de invitación, y mi corazón se acelera porque siempre corría a su cama cuando algo me preocupaba

— Ay, Dona… —suspiro, esbozando una sonrisa de alivio.

Dios, lo necesitaba.

Me levanto, cogiendo mi almohada, y me acuesto ahí, pegadita a ella.

La cama es estrecha, pero ni me importa.

—Todo va a salir bien —me susurra, y sus palabras me conmueven muchísimo, por mucho que intente disimularlo.

— Tengo miedo —digo en voz baja.

—¿Tú? Eres la persona más valiente que conozco.

Niego con la cabeza. Siento cómo se me hace un nudo en la garganta.

—Pues aquí está esta valiente… —empiezo a decir, pero se me quiebra la voz y me detengo, necesitando calmarme.

Maldita sea.

— Lena… — Su voz es mi perdición.

Siento cómo se me acumulan las lágrimas y, si hay algo que odio, es llorar.

—Esta valiente está a punto de sufrir un infarto solo de pensar en mañana, en lo que vendrá pasado mañana —hago una mueca— y, sobre todo, en ti —mis labios tiemblan y me los muerdo con fuerza— aquí, sola, con ellos.

La señora no dice nada.

Solo me abraza fuerte y nos quedamos las dos ahí, pegadas, muy juntas.

Las dos, siempre…

—Voy a estar bien —susurra, y sé que está llorando.

Somos dos casos perdidos.

—Me alegro tanto de que estés libre, tanto.

—No es justo que yo me vaya y tú te quedes —le digo, pero ella hace como si no me oyera.

—Siempre he oído hablar muy bien de ellos, y ahora que los he conocido, no tengo ninguna duda: te cuidarán muy bien, tú… serás feliz, Lena.

Más lágrimas se empeñan en caer.

—¿Cómo voy a ser feliz sabiendo que tú estás aquí, en este infierno, sola?

— Deja de preocuparte por mí. Tienes tus propias preocupaciones.

— Nunca.

— Céntrate en tu marido, en tu matrimonio… —empieza a decir, pero ni siquiera la dejo terminar.

— Él solo necesita el anillo, y ya lo ha conseguido; yo solo soy un detalle.

— ¡No digas eso! —exclama, acariciándome el pelo con ternura.

—Es la realidad, lo único que quiere Pietro es a alguien con el apellido Del Vecchio; yo solo soy un medio para alcanzar un fin —subrayo, y decirlo en voz alta duele más de lo que creía posible, porque…

Porque no quiero ser solo eso; quiero ser más, mucho más. Pero da igual lo que desee, o lo mucho que me afecte, hay cosas que nunca cambiarán, y lo que nos ha traído hasta aquí es una de ellas.

No hay sentimientos, solo interés.

—Él se preocupa por ti, Lena —insiste Dona, y yo cierro los ojos, deseando creerlo.

Tanto…

—Quizá —suspiro, soñadora—, pero, por ahora, solo soy aquella que en el futuro le dará un heredero.

Mediante inseminación artificial —recuerdo, y me dan ganas de reír, de tristeza.

—Solo soy un objeto.

— Eres la persona más increíble que conozco, eres mi hermanita loca, mi todo, la que me hace sonreír, la que me hace aguantar todo y un poco más, la que me hace querer ser valiente y luchadora.

— Eres… —jadeo, y maldita sea, si no caen más lágrimas—. Deja de hacerme llorar, maldita sea, he venido a tu cama a dormir y voy a acabar con la cara hinchada —refunfuño, y ella sonríe, sonreímos. —Te quiero, Dona.

—Te quiero tanto, Lena… —Me acaricia la mejilla, secándome la lágrima que se desliza. —Déjale que te conozca de verdad, sin todas esas barreras que has levantado a tu alrededor; sé la Lena que yo conozco, es imposible no quererla —destaca, y ni siquiera soy capaz de responder.

«*Ser yo* misma», eso debe de ser fácil.

—Lo intentaré —digo, tras unos segundos.

—Es un buen comienzo.

— ¿Prometes que te irá bien? — Arqueo una ceja.

—Lo intentaré —repite mi frase, y lo único en lo que puedo pensar es en que tiene que conseguirlo.

No hay otra opción y, con la voz entrecortada, le digo exactamente eso.

— Lo *vas a conseguir* —susurro. — Lo vas a conseguir — repito, secándome las lágrimas que se empeñan en caer—. No tienes más remedio que conseguirlo, ¿me oyes, Donatella Del Vecchio? —lo digo en serio, y ella ni siquiera es capaz de responder.

Las lágrimas le resbalan por la cara cuando, sin decir nada, me atrae hacia ella, y nos quedamos allí, no sé cuánto tiempo, simplemente abrazadas.

—Gracias —susurro cuando por fin nos separamos—. Necesitaba esta charla.

—Cuando quieras. —Me guiña un ojo—. ¿Lista para dormir?

— ¿Puedo quedarme aquí un rato más?

—¡Ya te estás pasando! —exclama, seria, pero luego sonríe —. Claro, claro, tonta —añade, tumbándose de lado, y yo hago lo mismo.

Y allí, con mi hermana a mi lado en mi último día en este lugar que nunca fue un hogar, sino siempre una prisión, cierro los ojos y dejo que el sueño finalmente se apodere de mí, deseando que mañana sea mi nuevo comienzo.

Todo puede ser incierto.

Pero, en el fondo, por primera vez en años, tengo esperanza. *Lo creo*.



Ode to my Family – The Cramberries
A Thousand Years – Christina Perry y Steve Kazee

— Respira — me susurra Dona a mi lado y esbozo una sonrisa forzada mientras camino despacio por nuestra habitación.

La cama hecha, la mesita de noche vacía, todas mis cosas metidas en una maleta no muy grande que irá a parar a la mansión Zampieri.

Me voy.

Por fin.

—No echaré de menos este lugar —susurro, dejando que el alivio me inunde.

Tengo mis preocupaciones, no puedo mentir.

Pero, aun así, la felicidad es mucho mayor.

—Bueno, ya iba a llamar a un médico si hubieras dicho lo contrario —comenta a mi lado, observándome con atención; después de ayer, de nuestra conversación, conseguí dormir unas horas.

El sueño fue agitado, me desperté varias veces, pero seguí allí, con ella, disfrutando de nuestras últimas horas juntas.

Todo va a cambiar.

Nada volverá a ser como antes.

Un golpe en la puerta me devuelve a la realidad y supongo que nuestro transporte ya está aquí.

A diferencia de la última vez, iremos en helicóptero, por orden de Pietro, y estoy segura de que su madre tiene algo que ver en ello. Aunque la ceremonia está prevista para poco después de las 16:00, es importante que lleguemos con tiempo para arreglarnos con tranquilidad.

Papá no comparte esa opinión, pero claro que no se opuso; aun así, le oí decirles a mis hermanos que todo eso es un montón de tonterías, que la novia solo necesita un buen baño, ponerse el maldito vestido, decir «sí» y abrir pronto las piernas para garantizar un heredero.

«Aprended esto, chicos. Una buena mujer es aquella que no abre la boca, sino las piernas».

Solo de recordarlo, se me revuelve el estómago, pero, por suerte, no es ninguno de ellos.

— Fat… —exclamé al ver a la cocinera, que es la única persona allí, aparte de mi hermana, a la que echaré de menos.

—¿De verdad pensabas que te irías sin despedirte de esta vieja?

Sonrío mientras me acerco a ella.

— Ay, hija, todavía no me creo que te vayas de verdad.

—Yo tampoco. —Hago una mueca.

— Compórtate, por el amor de Dios, o ese hombre es capaz de devolverte.

—¡Fat! —suelto, conteniéndome para no reírme.

—Solo un santo podría aguantarte, y ese de ahí no es ningún santo, no, es la tentación.

— ¿Le estás echando el ojo a mi futuro marido, Fatinha? Qué traviesa eres.

— Ay, chica, ya tengo edad para ser su abuela, pero qué buen hombre es, eso sí. Has tenido suerte.

—¿Suerte? Increíble.

—Tus hijos serán guapísimos —dice, esbozando una sonrisita, y casi me atraganto.

— Hijos, Dios mío, Fátima, ni siquiera me he casado todavía.

— Pero te vas a casar, hoy, y después… ya sabes.

— Sé lo que hacen las parejas, vale, por favor, no hace falta que me traumatices más intentando darme una clase sobre cómo se hacen los bebés.

La anciana sonríe de oreja a oreja.

Creo que nunca la había visto así.

— Me alegro muchísimo por ti, pequeña.

— Yo también —confieso—. ¿Prometes cuidar de ella? —susurro, pero Dona me oye.

— ¡Estoy aquí, ¿sabes?!

— Sin ti para meterla en líos, todo irá sobre ruedas.

— Ah, claro, ahora la culpable soy yo.

— El helicóptero ya está en el jardín esperándoos. Que Dios os acompañe.

— *¿Papá?*

— En el despacho con tus hermanos —avisa—. Ha pedido que no le molesten.

El mensaje es claro: nosotros somos la molestia.

— Vale, en ese caso, lo veré allí —digo, y ella asiente con la cabeza.

Perfecto.

La verdad es que no tengo ningún interés en ver a ninguno de ellos.

Si fuera posible, preferiría que ni siquiera estuvieran allí, pero eso sería pedir demasiado.

—Gracias por todo, Fat. —La sorprendo con un abrazo y siento sus manos callosas acariciándome la espalda.

—Siento no haber podido protegerte, cariño —susurra, con la voz entrecortada, y siento que me arde la garganta.

—Eso ya pasó, ¿vale? Cuida de ella y, si pasa algo, busca la forma de llamarme, ¿vale? —le susurro al oído y ella asiente.

Me alejo y me dirijo hacia mi maleta.

—Boda, allá vamos —exclamo, y tanto Dona como Fat aplauden.

El trayecto dura menos de media hora, muy diferente de las más de dos horas que tardaríamos en coche, y Nicola ni siquiera tiene que avisar de que estamos llegando. Veo la mansión, a la gente trabajando en la decoración y en la organización de las mesas y las carpas, y, en ese momento, la realidad me golpea.

De verdad está pasando.

—Prepararse para el aterrizaje —avisa el piloto, y mi mirada se cruza con la de mi hermana.

No hace falta que diga nada; ella entrelaza sus dedos con los míos, reconfortándome, tranquilizándome, como siempre ha hecho.

—Va a ser un día precioso—, dice, con una enorme sonrisa en el rostro, en cuanto tocamos tierra y, de alguna manera, siento que tiene razón: será precioso e inolvidable.

Apenas se abren las puertas, veo a Giulia Zampieri esperándome en el césped, con una sonrisa tan grande y tan sincera en el rostro que me desarma.

Se acerca a mí y, sin decir nada, simplemente me abraza con fuerza.

—Bienvenida, querida —me saluda, besándome en la mejilla y acariciándome la cara con cariño—. ¿Todo bien?

— Mejor ahora que estamos aquí, en casa —respondo y veo cómo se le humedecen los ojos.

—En casa —afirma, antes de ir a saludar a mi hermana con el mismo cariño y atención que me ha brindado a mí.

—Vámonos de aquí pronto, antes de que Pietro aparezca de la nada. Le he prohibido salir de la oficina o del gimnasio sin avisarme, pero toda precaución es poca.

—¿Se lo has prohibido? —Arqueo una ceja.

—Puede que sea el *Don* de Sacra, pero siempre será mi hijo —le guiño un ojo—. Y hoy, hasta que digáis «sí», soy yo quien está al mando.

— Justo —exclamo, y ella se ríe.

—Vamos, vamos, ya está todo listo esperándote.

Se me revuelve el estómago y noto que tengo las manos heladas.

¿Qué estarán tramando?

Pensaba que solo tendría que llegar y que me arreglaran: el pelo, el maquillaje, ese tipo de cosas.

Miro a mi hermana y ella solo esboza una sonrisita pícara, y ahí sé que ella sabe exactamente lo que me espera.

— Dona — susurro, pero ella simplemente me ignora.

—Ya has oído a Giulia, vamos, vamos.

Sigo a las dos, y si fuera hay un ajetreo tremendo, dentro también el ritmo es frenético. Gente con uniforme yendo de un lado a otro, y solo puedo pensar en el trabajo que debe de tener hoy el personal de seguridad.

Subimos las escaleras y, tal y como imaginaba, Giulia se detiene frente a la puerta de la misma habitación que usamos la otra vez.

—Aquí es donde nos prepararemos.

— ¿Y los hombres? — Dona me adelanta la pregunta.

— ¿Y los hombres se arreglan? Como mucho, se dan una ducha, se recortan la barba, se cortan el pelo, se visten y ya están listos —suelta, y me muerdo los labios para no reírme.

—Nunca lo había pensado mucho, pero estoy totalmente de acuerdo —exclama mi hermana—. ¡Qué suerte tienen!

—Las afortunadas somos nosotras, querida, que nos van a mimar durante las próximas horas —me guiña un ojo.

—No puedo más que estar de acuerdo —rompo el silencio, y las dos me sonríen.

—¿Nos van a mimar? —pregunta Giulia, con la mano en el pomo de la puerta.

—Solo si es ahora mismo —bromeo, y ella abre la puerta. — ¡Dios mío! —No puedo contenerme ante lo que tengo delante.

A diferencia de la otra vez, hoy la habitación está diferente.

La cama de matrimonio, de alguna manera, ha desaparecido. En su lugar, hay varios sillones repartidos y, pegada a una de las paredes, una mesa de desayuno con fruta. Mi mirada, claro, se posa

en el tarro de cristal con enormes fresas rojas, que piden a gritos ser devoradas. Pero hay más: panes, embutidos, zumos.

—Fresas —susurro, emocionada, porque se han acordado de ellas.

Sí, ellas.

Todas están ahí: Isa, Chiara, Alessia, Martina, Stella, incluso la señora Eleonora, y me miran con una enorme sonrisa en el rostro, mientras agitan globos con forma de corazón.

Las tías, las primas y la abuela de Pietro, a quienes me gusta pensar que ahora también son mías.

—Bienvenida—, dicen al unísono y, durante los siguientes minutos, a Dona y a mí nos abrazan y nos besan, algo a lo que no estamos acostumbradas en absoluto y resulta muy extraño recibir tanto cariño.

Es bonito…

Siento que se me humedecen los ojos y me obligo a respirar hondo.

—Gracias —digo, un poco cohibida.

—Aún no hemos empezado, Lena. —Alessia me guiña un ojo y sé que el día estará lleno de emociones.

Dirijo mi atención hacia la habitación y sigo explorándola, y Alessia tiene razón, las sorpresas no han terminado; además de la mesa con los aperitivos, hay otra estratégicamente colocada junto a la pared cercana al balcón, toda decorada con flores blancas y verdes y pequeñas ramitas de olivo, y sobre ella hay cuatro cajas de regalo.

—Veo que ya has descubierto parte de la sorpresa —comenta Giulia, y me giro solo para encontrar su mirada.

—Yo… —balbuceo, sin saber ni qué decir.

—Dijiste que en tu familia no había ninguna tradición, así que pensé en traer esta, que es muy conocida, preciosa y que será tuya, si quieres, querida. —Señala las cajas.

Asiento con la cabeza, sabiendo ya que me voy a emocionar, da igual lo que haya dentro de esas cajas.

Es el gesto, el cariño.

—Cada una de estas cajas tiene su propósito —comienza Giulia, deteniéndose junto a la mesa donde están las cajas—. Algo viejo, algo nuevo, algo prestado y algo azul —añade—. —*Mamá* —dice, mirando a doña Eleonora, que se levanta de su sillón y se acerca a la mesa, cogiendo la caja en la que se lee «algo viejo».

—¡No creas que no me he dado cuenta de que me han puesto aquí precisamente para entregar lo viejo, ¿vale?! —dice, seria, pero luego sonríe y todas hacen lo mismo, menos yo, que estoy paralizada, observando cómo la vocecita de Pietro se acerca hasta detenerse delante de mí.

Respira.

—Esto lleva generaciones en *la familia*, fue de mi abuela, de mi madre, de mi… —dice con las manos temblorosas y la voz entrecortada, y siento un nudo en la garganta—. Y ahora es tuyo, figlia… —Me tiende la pequeña caja y la cojo, y solo entonces me doy cuenta de que mis manos también tiemblan.

—Yo… —empiezo a decir, pero ni siquiera consigo terminar la frase.

—Eres la elegida de Pietro. —Apoya su mano sobre la mía—. Tú darás continuidad a nuestra familia, serás la nueva matriarca de los Sacra —dice con orgullo, y ya no puedo contener las lágrimas rebeldes que resbalan por mi rostro—. Y yo no podría estar más feliz y orgullosa de la elección de mi nieto —añade, besándome la frente con cariño.

Con cuidado, abro la caja, solo para descubrir en su interior una pequeña caja de terciopelo negro.

Bajo la atenta mirada de todos, la abro, dejando al descubierto un precioso anillo de plata envejecida con una obsidiana negra engastada en el centro.

—No sé ni qué decir —susurro, sacándolo con cuidado, sintiendo su peso, observando los pequeños detalles grabados en el lateral, las palabras «Zampieri» y «Sacra». —Es tan precioso —exclamo, y solo entonces veo un pequeño papel junto a la cajita.

«Si estás leyendo esta nota, es porque mi abuela ya te habrá explicado que este

anillo ha pasado de generación en generación y lleva años esperando a su nueva portadora: mi esposa, la matriarca de la « » Sacra, y mi elegida eres tú, Elena, tú… solo tú.
Que algún día seas tú quien entregue esta joya a la esposa de nuestro hijo, y que la tradición pueda continuar.
Y que seamos tan felices y bendecidos como los que nos precedieron.
Tu Pietro».

—Oh, Dios… —balbuceo, doblando con cuidado el pequeño papel.

¿Acabo de leer «Tu Pietro»? Porque, joder, me ha encantado esa sensación.

—Póntelo, es tuyo, cariño —insiste *la abuela*, mirándome con los ojos llenos de lágrimas, y ni siquiera tengo que pensarlo mucho: lo hago, deslizo el anillo por mi dedo índice, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

Precioso, absolutamente precioso.

Una salva de aplausos estalla en la habitación, y lo único que puedo hacer es sonreír emocionada.

—Ahora que ya hemos visto algo viejo, pasemos a algo nuevo —anuncia Giulia, acercándose a la mesa y cogiendo otra caja.

— ¿Más?

— Esto no ha hecho más que empezar, cariño —me advierte, y lo único en lo que puedo pensar es que nada me ha preparado para esto.

De verdad que no.

— Prepárate, Lena —exclama Alessia, y ni siquiera puedo responder, solo sonrío mientras me seco una lágrima rebelde, sin acabar de creer que todo esto esté pasando de verdad.

—«Algo nuevo» para ti —declara Giulia, entregándome otro paquete—. Es de Matteo y mío, pero sé que todas las que estáis aquí pensáis lo mismo.

¿Cómo es eso?

—Vale, ahora sí que tengo curiosidad —exclama Chiara.

—Más vale que sea algo bonito, eh, Giu, ya que es para toda la familia —dice Isa.

—Claro que lo es, locas.

—Vamos, vamos —me anima Alessia, y me enredé todo al abrir el envoltorio.

Aparece otra caja de terciopelo, esta vez de un rojo vivo.

—Ya me gusta el color. La tía Giu debe de haber dado en el clavo —dice Martina, que hasta entonces solo estaba observando, y su hermana pone los ojos en blanco.

—¡Hoy nada de sangre, Tina, por el amor de Dios!

— Gracias, cariño, por fin alguien que me apoya.

Con cuidado, abro el pequeño cierre y no puedo creer lo que tengo delante.

— Ahhh… —exclaman Chiara e Isa al unísono, y yo solo puedo mirar a Giulia Zampieri con los ojos llenos de lágrimas.

Joder, joder, respira…

—No es un collar cualquiera —dice mi hermana con la voz entrecortada.

—Desde luego que no —susurro, mirando atónita el collar de oro blanco, con dos colgantes: un diamante con forma de corazón y una plaquita rectangular en la que se lee «FAMIGLIA ♥ ».

—Lee la nota —me pide Giulia, y la emoción en su voz es evidente.

Respiro hondo, una, dos, tres veces, y solo entonces empiezo, en voz alta:

«Elena, querida…
Puede que hayas entrado en nuestras vidas hace poco, pero sin duda ya te has ganado nuestros corazones.
Que este collar te recuerde, cada día, lo querida, amada y especial que eres…

Hago una pausa y cierro los ojos; las lágrimas caen sin control, pero respiro hondo y me obligo a continuar.

…eres parte de nosotros, eres familia.
Con cariño, Giulia y Matteo Zampieri».

Termino, con más lágrimas resbalando por mi rostro, y cuando levanto la cabeza, solo veo que todas están llorando, como yo.

— Ni siquiera sé qué decir… — Me tiemblan mucho las manos.

—Eso es porque no tienes que decir nada, nada… solo aceptarlo. —Giulia se acerca y me acaricia la cara con ternura—. Espero que te haya gustado y que lleves siempre contigo el amor de nuestra familia.

—Me ha encantado… tanto, que las palabras nunca serán suficientes —exclamo, y me giro, apartándome el pelo hacia un lado, en señal de invitación—. ¿Me ayudas a ponérmelo?

— ¿Ahora?

—¡Ahora! —digo, sin dudar ni un instante, y ella sonríe.

— Será un placer, *mia figlia* —susurra, sin apartar la mirada de la mía, y esta vez soy yo quien sonríe—. Ya está —avisa, y me doy la vuelta, y donde antes había lágrimas, ahora hay sonrisas.

— Joder, tú y el tío lo habéis hecho de maravilla —suelta Martina.

— Ah, yo quiero uno para mí —exclama Alessia, y las sonrisas dan paso a las risas, muchas risas. — Lo digo en serio, apuntadlo ya, idea para un regalo de Navidad —bromea.

—Creo que todas deberíamos recibir uno —se suma Stella al coro.

—Vale, vale, todas tendréis uno, lo prometo —responde Giulia, riendo—. Ahora pasemos a la siguiente caja, que dentro de un rato llegará la gente del salón.

—Estoy deseando que me mimen —exclama Chiara.

—¿Cuándo no lo estás, Rubia? —bromea Isa, y las dos intercambian esa mirada de complicidad.

Para mi sorpresa, no es Giulia ni una de las tías de Pietro quien se acerca a la mesa, sino Dona.

— Oh…

— Lena, has recibido algo viejo, algo nuevo y ahora tendrás algo prestado, para que recuerdes que nunca estarás sola y que, siempre que lo necesites, podrás contar con nosotras —dice, sin dejar de mirarme ni un segundo.

Joder…

¿Cómo voy a dejar de llorar así?

— En serio, se me va a hinchar tanto la cara de tanto llorar que ningún maquillaje me va a servir —me quejo, mientras recibo la caja de mi hermana, y cuando la abro, pierdo hasta la capacidad de hablar.

Dona sigue de pie mirándome, expectante, con los ojos llenos de lágrimas.

—No puedo —empiezo, tocando con cuidado la tobillera de oro que era de nuestra madre.

Era la única joya que quedaba, y eso porque Fat la encontró tirada detrás de un mueble, años después de su muerte, y la guardó.

Ella sabía lo que significaba, sabía que si se la entregaba a *papá* la tiraría a la basura, por eso se la dio a Dona antes de que nos fuéramos al internado, cuando ya teníamos cierta comprensión.

Fue entonces cuando nos explicó que había pertenecido a nuestra madre, que lo llevaba todos los días. Originalmente, había dos colgantes, dos niñitas, una con la letra D y la otra con la letra E.

Con el nacimiento de las gemelas, se iban a añadir dos colgantes más, pero eso nunca sucedió. Cuando ella murió, *papá* ordenó que se deshicieran de todo lo que era suyo; sus joyas se vendieron, pero, por un milagro, la tobillera se salvó; mi colgante nunca se encontró, pero el de Dona está ahí, intacto, y es todo lo que ella tiene de nuestra madre.

— No. — Niego con la cabeza.

—Insisto —dice, agarrándome las manos con fuerza—. Yo… creo que es una forma de que ella esté aquí *contigo*, con nosotros —susurra, y ¿cómo decir que no después de eso?

Asiento, incapaz de responder, y la atraigo hacia mí para darle un abrazo, solo nuestro, pero lleno de significado.

Perdimos *a mamá* demasiado pronto, pero siempre nos hemos tenido la una a la otra.

Ella nos dio eso: la una a la otra.

Y hoy, de alguna manera, ella también estará aquí, conmigo, con nosotras.

— Vaya, las maquilladoras van a tener mucho trabajo con todo el mundo —exclama Alessia, levantándose, y yo solo sonrío, secándome las lágrimas con un pañuelo.

Gracias a Dios por la caja de pañuelos que hay a mi lado.

—Debo decir que cuando me encargaron que buscara algo azul, todavía estaba enfadada contigo —dice Alessia, con la mirada fija en mí, y yo abro mucho los ojos, sorprendida. —Sí, contigo. No creas que no sé lo que Pietro y tú habéis montado.

Roman…

Ya lo sabe.

—Sí, ya sé que voy a tener que entrar y además hacerme fotos con ese desgraciado —responde, casi como si me leyera la mente, y me muerdo los labios para no reírme, mientras que las demás no se contienen y se ríen descaradamente.

—Exacto, familia, seguid riéndoos de la desgracia ajena, ¡qué feo, ¿verdad?! Pero, en fin, como soy de las que no guardan rencor…

— Excepto el de Roman —Martina tose, sin siquiera mirar a los lados, porque si no, me echaría a reír a carcajadas.

—Como iba diciendo —Alessia ignora a su hermana y continúa—, acepté la misión porque, de lo contrario, te habrías ganado, sin duda, un cuchillo con mango azul —señala, mirando a Martina.

—Al menos sería algo útil —se encoge de hombros—. Yo te lo daría con una funda a juego para la pierna, que quedaría perfecta debajo del vestido de novia.

— ¡Dios mío, Tina! —exclama Isa.

—Es súper práctico, *mamá*. Tengo varios.

—Ya lo sé. Dejemos que tu hermana te dé el regalo, que seguro que no es nada mortal.

—He investigado un poco, porque, ya sabes, no me he podido resistir, y, históricamente, el azul representa el amor, la pureza y la fidelidad. No voy a ponerme a discutir sobre esa tontería de la pureza en pleno 2053…

— Alessia…

—Mi regalo, mis definiciones, que no os falte: amor, puro y sincero —me guiña un ojo—, que ambos seáis fieles el uno al otro, a lo que sentís y a la vida que construiréis juntos, y que Dios nos libre de todo mal de ojo y de lencería azul en la luna de miel, ¡amén! —exclama, y yo solo puedo sonreír mientras abro la última caja.

—Ni siquiera es Martina, pero confieso que tengo miedo de lo que Les pueda haber tramado —le susurra Chiara a Isa, pero todas lo oyen.

— No le hagas caso, solo ábrela —dice la prima de Pietro, y hago exactamente eso, solo para descubrir uno de esos accesorios para el pelo, un peine con flores azules y blancas de tela, con varios detalles de perlas y pedrería en el follaje.

— Es maravilloso.

— Dios mío, Les, es precioso —exclama Giulia, aplaudiendo —. Te quedará perfecto en el peinado, Lena.

Dejo la caja sobre uno de los sillones y, sin decir nada, sorprendo a Alessia con un abrazo.

—Gracias, me encanta —le digo, mirándola a sus ojos azules, y ella esboza una enorme sonrisa.

—Me alegro de que te haya gustado, prima.

— Sigo pensando que el cuchillo sería más útil, pero te ha quedado genial, hermanita. — Tina no pierde la oportunidad y ninguna de ellas se queda seria.

Cuando todas se calman, sé que ha llegado mi momento.

—Sé que debéis de estar deseando hincarle el diente a esas fresas —bromeo, señalando la mesa del desayuno— y, después, que os mimen, pero tengo que deciros algo a todas… —Mi voz se quiebra, pero respiro hondo y me obligo a continuar—: Lo que

habéis hecho hoy por mí, nunca, nunca lo olvidaré. —Se me escapa otra lágrima rebelde, pero me apresuro a secármela. —Los recuerdos de este momento, de este día, siempre me acompañarán y no podría estar más feliz de poder llamaros «nonna» —miro a doña Eleonora, que sonríe—, «mamá»… —mi mirada se cruza con la de Giulia Zampieri, y veo en ella la misma emoción que me embarga —, tías, primas, familia.

Nadie responde.

Todas se levantan y se acercan a mí, y vuelvo a sentirme envuelta en un abrazo que dice más que mil palabras.

— Bueno, vamos a comer, que no quiero que nadie se ponga mal; quiero ver a todo el mundo bailando hasta que no podamos más —exclama Giulia, y todas nos emocionamos con ella.

Treinta minutos y muchas risas después, todas estamos satisfechas, por ahora.

—Solo estaba pensando… —empieza Stella, llamando la atención de todas.

—Que no sea nada grave, hoy solo se trata de divertirse.

—No lo es —nos tranquiliza—. Lena se ha llevado un anillo, un collar, un adorno para el pelo y una tobillera.

—Lo último es prestado —le recuerdo.

— Sí, sí, pero le faltaba un pendiente.

—Ah, he traído un par de pendientes que creo que le van a quedar bien —empiezo a decir, pero ni siquiera consigo terminar la frase, porque unos golpes en la puerta me interrumpen.

—¿Ha llegado la gente del salón? —pregunta Isa.

—Algo me dice que es otra cosa y que resolverá ese pequeño detalle —me guiña un ojo.

Dios mío, ¿no me dirás que hay más sorpresas?

Giulia se acerca a la puerta, la entreabre un poco y no consigo ver quién es.

Sale, solo para volverme loca de curiosidad, pero cuando vuelve, es para dejarme sin aliento.

—¡Dios mío! —exclamo, sin poder apartar la mirada de la caja de acrílico transparente envuelta en una cinta de raso con un

lazo enorme, pero es su interior lo que me hace derramar más lágrimas.

Un ramo de margaritas en miniatura.

Son tantas, y es lo más bonito que he visto nunca: delicado, alegre y todo lo que nunca había imaginado, pero con lo que siempre había soñado.

¿Cómo lo sabía?

Miro a mi hermana, que sigue en estado de shock, y veo la sorpresa en su mirada.

Ni siquiera hace falta que pregunte, debe de verse claramente en mi mirada, porque ella niega con la cabeza, lo que hace que todo sea aún más emotivo, y lo único que puedo hacer es llevarme las manos a la boca, mientras veo cómo la madre de Pietro apoya la caja sobre la mesa.

—Pietro pidió que te lo entregaran, cariño.

Maldito hombre.

¿Cómo voy a resistirme a él? ¿Cómo?

— ¿Quién diría que P fuera tan romántico? ¡Vaya, qué ramo más bonito!

—Son minimargaritas —susurro, sin poder apartar la mirada del ramo.

Siento que el corazón me va a estallar.

—Hay una tarjeta —me dice *mamá*, y, con cuidado, abro el sobre; dentro hay una nota escrita a mano.

«Elena,

Cuando fui a la floristería, no faltaban opciones: rosas, lirios, tulipanes, girasoles y muchas otras, pero nada me parecía adecuado, nada me recordaba a ti, hasta que vi estas flores y ya no pude fijarme en ninguna otra.

En ese momento supe que eran las adecuadas, porque me sentí así, tal y como me sentí al escucharte en aquella

mansión, en cuanto mis ojos se encontraron con los tuyos.
Puede parecer sencillo, pero ¿no reside la belleza de las cosas precisamente en la sencillez?
El vendedor dijo que representan nuevos comienzos, alegría y amor verdadero…
Que nuestra boda sea un nuevo comienzo para los dos, y que no nos falte alegría, y mucho menos amor… nunca.

P. D.: En nuestro compromiso te regalé el anillo, así que nada más justo que en nuestra boda recibas los pendientes y tengas el conjunto completo, y que sepas que, por lo que a mí respecta, siempre lo tendrás todo (y no me refiero a joyas)… todo, Mia Maghetta.

Hasta dentro de un rato, tu futuro marido, Pietro.

No sé si llorar o reír.

—Junto con el ramo, también venía esto—, exclama Giulia, entregándome otra cajita de terciopelo, que recibo con las manos temblorosas.

La abro y encuentro los pendientes de esmeraldas con el contorno de diamantes.

—De verdad lo ha hecho —susurro para mis adentros.

— Problema de los pendientes resuelto —comenta Stella, guiñándome un ojo, y yo me quedo paralizada, sin saber cómo reaccionar.

El ramo, los pendientes, Dios mío, la carta… todo ha sido… tan especial, que incluso voy a pasar por alto que vuelva a llamarme con ese apodo absurdo.

Justo lo que me faltaba.

No solo «bruja», no, tenía que ser el diminutivo.

¿A quién quiero engañar?

Me ha encantado todo, incluso el maldito *«maghetta»,* sobre todo el pronombre posesivo «mi».

Es sencillo: Pietro y su familia me han derretido el cerebro con todo este cariño y esta acogida.

Eso es, la única respuesta lógica.

Me seco las lágrimas disimuladamente y luego levanto la cara, solo para encontrarme con todas mirándome con tanto cariño que me caen más lágrimas y no puedo resistirme. Me rindo, dejando que caigan.

—Odio llorar —susurro, y ellas se ríen.

—Imagínate si me gustara, y encima haces que todo el mundo llore contigo —bromea Alessia, y ahí estoy yo, llorando y riéndome al mismo tiempo.

— Así son las bodas, las maquilladoras siempre tienen trabajo —dice Chiara—. ¿Te acuerdas de la tuya, Giu? Vaya, en la de Isa también lloré un montón. Siempre me hacéis llorar —comenta.

—Son lágrimas de felicidad, estas sí que valen —replica Giulia, y creo que tiene razón, estas sí que valen.

—Pero que las maquilladoras tendrán el doble de trabajo con nosotras, eso sí que lo tendrán —observa Stella, y no hay forma de negarlo.

—Hablando de ellas —Giulia mira el móvil—, ya están en la finca, así que basta de lágrimas. Es hora de ponernos guapísimas. —Guiña un ojo, y todas aplauden emocionadas, yo incluida.

Se acabaron las lágrimas, por ahora, al menos.

Apenas tengo tiempo de comerme unas fresas más cuando varias mujeres irrumpen en la habitación, y no han venido a jugar.

Ni mucho menos.

Tras los saludos, ya han empezado a atendernos, y si pensaba que solo serían las uñas, el maquillaje y el pelo, estaba equivocada.

Incluso hubo un masaje relajante y, con esta diva, me habría quedado tranquilamente media hora más.

—Lena se está quedando con toda la masajista —señala Alessia, y me dan ganas de reír.

—Es la novia —dice Martina encogiéndose de hombros.

— Deberías apoyarme, no darle la razón —hace una mueca.

— Ay, lo siento, es que estaba tan bien que puede que haya pedido unos minutitos más.

— No le hagas caso, hija. Te mereces cada uno de esos minutos extra —dice Isa.

—Tienes que estar bien relajada para la boda, para luego disfrutar mucho de la luna de miel —comenta Chiara y casi me atraganto con la saliva.

—¡Cuidado con lo que dices, señora! —exclama Isa.

—No he dicho nada de más. Todas las que estáis aquí sabéis lo que pasa después de la boda, ¿verdad? —pregunta, y mi cara debe de haberse puesto de todos los tonos de rojo.

—*Mamá*, por favor —murmura Stella.

—Hablando de luna de miel… —empieza Alessia, volviendo la cara hacia mí—. ¿Dónde está tu maleta, Lena?

—Buena pregunta —respondo, pero, por suerte, la madre de Pietro acude en mi ayuda.

— Les pedí que la dejaran en la otra habitación, junto con la maleta de Pietro, así es más fácil a la hora de llevarlas al helicóptero.

—Vale, vale, Lena no sabe dónde será la luna de miel, pero yo sí… —exclama, guiñándome un ojo—. He hablado con la señora y he preparado algo más de ropa para la ocasión —avisa, y dirige la mirada hacia mi hermana.

—No me has dicho nada.

La pícara se encoge de hombros.

—Vas a estar intrigada hasta que abras la maleta allí… —bromea la prima de Pietro, y yo solo entrecierro los ojos, en un claro mensaje: esto tendrá sus consecuencias.

— Además, a mí me gusta la tortura —suelta Tina, y no puedo contenerme.

—Solo diré una cosa… —digo, seria, atrayendo todas las miradas—. Cuando sea tu boda, me acordaré de esto —subrayo, aunque no tengo ni la más mínima idea de lo que ha hecho, y tan pronto como las palabras salen de mi boca, la habitación se queda en silencio.

Todas me miran fijamente y, por un segundo, creo que me he pasado con la broma, pero entonces…

—No te lo vas a salir con la tuya, Lena —exclama Tina a voz en grito, y la habitación estalla en una carcajada contagiosa—. ¡Ha llegado la matriarca! —exclama emocionada, y todas hacen lo mismo.

Quiero decir que nada ha cambiado, que sigo siendo solo yo… Elena, pero me callo, porque no es cierto, todo está cambiando, todo lo que conocía está a punto de convertirse en pasado, y un mundo nuevo se abre ante mí y una cosa es segura: cada minuto me gusta más lo que estoy descubriendo.



Después de horas de que me mimen, me consientan… ni siquiera sé qué adjetivo usar, los resultados empiezan a verse.

La abuela es la primera en estar lista, elegante como siempre con un vestido rosa con detalles de encaje.

— ¡Vaya, Rafaelle ni se va a dar cuenta de lo que le ha golpeado, *mamá*! —exclama Chiara.

— ¿Te queda bien, *figlia*?

— ¿Y aún lo preguntas? Pero qué modesta eres.

— Estás preciosa, *mamá* —reafirma Giulia, e Isa asiente con la cabeza.

La señora pasa las manos con cuidado por la tela.

—¡Que las señoritas sigan el ejemplo de su primo y se casen mientras yo esté viva! —suelta, mirando a las primas de Pietro.

—*¡*Qué dices, *nonna!* Vas a vivir muchos, muchos años más —comenta Stella, abrazando a su abuela.

—Que Dios te escuche, *figlia*. Que Dios te escuche. Pero, aun así, tenéis que daros prisa; ni siquiera voy a decir lo que yo hacía a vuestra edad, porque ya he perdido la cuenta de cuántas veces lo he dicho.

—Uf… —exclama Alessia, y recibe una mirada seria de su abuela.

—Es broma, abu, no te preocupes, hoy mismo empezaré a buscar un candidato —continúa, pero está claro que lo dice sin convencimiento.

—Ay, querida mía… —Dona Eleonora acaricia con cariño el rostro de su nieta—. Ya lo has encontrado, lo tienes justo delante de tus ojos.

—¿De verdad? Necesito gafas, en serio.

—Sigue haciendo bromas; que Dios me dé fuerzas para ver cómo eso ocurre antes de que decida clavar el último clavo en la tapa de mi ataúd.

—¡*Mamá*! —exclama Chiara—. Vamos, por favor, dejad de hablar de muerte y ataúdes. Voy a vestirme, portaos bien —avisa.

—¡Es hoy, Rubia! —Isa da un golpe en la puerta de la suite, acelerando el paso, y no me canso de ver esta relación entre ellas.

—Voy tan rápido como puedo —responde ella, e Isa incluso amenaza con volver a dar un golpe en la puerta, pero no da tiempo.

La puerta se abre y Chiara Zampieri aparece preciosa con un vestido largo verde musgo, con escote en V y mangas transparentes,

— ¡Vaya, estás espectacular, señora Chiara! —comenta Stella, mirando a su madre de arriba abajo.

— ¿Te gusta? Es un poco recatado, pero…

— Estás preciosa y, créeme, *papá* ya se va a quejar de ese escote.

Chiara se mira el escote y se ríe.

— Ay, hija, créeme, ya ha visto vestidos mucho más…

— ¿Provocativo? —sugiere Giulia.

— Exacto, este es muy recatado —subraya.

— Sí, sí, no digas que no te lo he advertido.

— Toma nota: tu padre no va a quitarle los ojos de encima a la señorita.

— ¿A mí? ¿Por qué?

— Pues porque eso es lo que hacen los padres y los hermanos mayores…

—Vaya, justo lo que me faltaba, precisamente el mío, tan bueno. Además, tengo veinticinco años.

— Siempre serás nuestra pequeña.

— Tranquila, Ste, nada va a ser peor que la reacción de mi padre.

— Alessia —la regaña Isa, pero está claro que se lo está pasando bien.

— Sabes que es verdad, *mamá*.

— Quizá solo se enfade un poco.

— ¿Un poco? —Arquea una ceja.

— Vale, mucho —admite su madre.

— Estáis hablando demasiado y, por ahora, solo *mamá* y yo estamos listas. Vamos a darnos prisa, porque quien debería llegar tarde es la novia —dice Chiara, ¡y resulta que funciona!

Una tras otra, van saliendo del baño, todas espectaculares.

Isa lleva un vestido largo, azul marino, con mangas tres cuartos, pero lo que le da encanto es el corpiño de encaje con lentejuelas y la falda totalmente plisada. Por su parte, la madre del novio está divina con un vestido color champán, todo de encaje, con escote en V y pequeños cristales que resaltan el corpiño.

— ¡Vaya! —exclamo, mirándolas una a una.

— ¿Aprobado? — Giulia da una vuelta de 360°, con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

—Más que aprobado —digo, y ella sonríe.

— Amiga, si aún no te hubieras buscado un italiano al que llamar tuyo, te diría que hoy era el día —bromea Isa.

—Tú también estás espectacular.

— No exageremos. Esa parte se la dejo a mi hija —guiño un ojo—. Por cierto, ¿aún no han aparecido?

—Las dos se han metido en el baño y aún no han salido. Dona y yo estamos listas, solo a la espera de ponernos el vestido —avisa Stella, y miro a mi hermana, que está de pie, muy quieta, sujetando su vestido, mientras observa los últimos retoques en mi pelo.

—¿Y bien? —pregunto, haciendo una mueca.

— Estás guapísima, Lena —susurra—. Estoy deseando verte lista.

—Yo también estoy deseando verte con ese precioso vestido, no tardes mucho ahí dentro.

—Déjalo en mis manos —me guiña un ojo, y justo en ese momento se abre la puerta y la habitación queda sumida en el silencio más absoluto.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Alessia, mirándonos preocupada.

Se le ha esfumado toda la alegría y parece genuinamente insegura.

—Una princesa —susurra su madre, y no podría estar más de acuerdo.

Está increíble con un vestido rosa claro, con un escote en V muy pronunciado, y todo el corpiño está cubierto de bordados y cristales, que bajan hasta parte de la falda, compuesta por capas de tul.

Una mezcla de sensualidad e inocencia.

—¡Guauuu! —exclamo, y ella se sonroja.

—Y luego hablan de mi escote, que sí que es de lo más llamativo. ¡Me encanta! —dice Chiara emocionada, y Alessia se ríe.

—¿De verdad os ha gustado? Sé que el escote es un poco llamativo, pero estoy segura de que *papá* estará más ocupado con Tina que conmigo —guiña un ojo.

—Ah, no te preocupes, aunque te escapes de tu padre, seguro que vas a irritar a cierto ruso —se me escapa, y tan pronto como las palabras salen de mi boca, siento que se me enrojecen las mejillas.

—Por mí, que se enfade y que se vaya al cuerno —responde ella, con una mirada fulminante, y lo único en lo que puedo pensar es que la fiesta promete, oh, sí que promete. —Pero basta ya de hablar de mí, o de gente indeseable, ¿dónde estás, Tina? ¡Vamos! —casi grita.

—Estaba terminando de ajustarme la funda —explica Martina, apareciendo preciosa con un vestido rojo largo y ceñido, con una abertura que le llega hasta la parte superior de los muslos.

—¡No puede ser en serio! —Isa no se contiene—. ¿Queréis matar a vuestro padre, es eso? Una con un escote que casi llega al ombligo y la otra con una abertura que…

—Deja de ser tan puritana, Isa, lo bonito está para lucirlo. Pero recordad lo que siempre decía la tía Chi.

—«Nada de viejos gordos y barrigones» —repiten ellas, y yo no puedo contenerme.

—No te olvides de los calvos —destaco, y todas las miradas se posan en mí.

Oh, Dios.

— Muy buena observación, Lena. Añadid eso a la lista de cosas que hay que recordar. Os merecéis algo mejor, por el amor de Dios.

Miro a mi alrededor y todas se están riendo, incluso la señora Eleonora.

Vale, todas menos Isa, que parece realmente preocupada.

—Enzo se va a volver loco —susurra Isa, mirando a sus hijas.

— Solo he elegido este modelo por la abertura; así puedo sacar mi karambit en segundos. — Lo demuestra, mostrando la funda de cuero que lleva en el muslo cubierto.

Caramba, de verdad que va armada.

— Dale unos tranquilizantes a Enzo —dice Chiara, como si nada, y te juro que me cuesta mucho contener la risa.

—Sabes muy bien lo que calma a tu hermano.

—Si *papá* va a Chiusure, yo también iré —se manifiesta la ejecutora de la Sacra, y no hay tono de broma en su voz.

—Hoy nada de Chiusure, ni cadáveres ni sangre. ¡Nada!

— Cálmate, Isa, al final todo saldrá bien —interviene Giulia, divirtiéndose con la situación—. ¿Quién falta?

—La señora y yo —avisa Stella—. Y luego la novia —añade, mirando en mi dirección.

—Ya casi he terminado aquí —avisa la mujer que me está peinando.

—Ya volvemos —dice Stella, y veo cómo Dona y ella se dirigen al baño y no puedo hacer otra cosa que mirar esa maldita puerta.

La primera en salir es la consejera, de todas ellas la más discreta, con un vestido largo azul grisáceo, pero no por ello menos bonito. Ni mucho menos: el corpiño de satén en un tono más oscuro

con tirantes finos llama la atención sobre el busto; la cintura está marcada por un cinturón con un adorno en el centro; y, por último, la falda de tul, en un tono más claro, remata el conjunto.

—Estás maravillosa, *figlia* —exclama Chiara, observándola sin ocultar su orgullo.

—Gracias, *mamá* —sonríe Stella, acercándose a su madre, que le acaricia con delicadeza el pelo—. ¡Todas lo estamos!

—¿Quién tiene ganas de que empiece esta fiesta? —pregunta Giulia, y todas levantan los brazos, yo incluida.

La verdad es que, aunque estoy a punto de dar un ataque de nervios y ansiedad, yo… quiero acabar con esto de una vez por todas.

Claro, ¿no? Ya estás pensando en la luna de miel, que no vas a disfrutar.

¿Qué locura de pensamiento es esa? Me reprendo a mí misma, pero, por suerte, el sonido de unos pasos me devuelve a la realidad.

Señora…

Absolutamente deslumbrante con un vestido largo lila, con un corpiño de sutil escote en V, todo cubierto de bordados y lentejuelas; las mangas largas y transparentes, con algunos bordados, le dan ese encanto que se completa con la falda plisada hasta el suelo.

Ay, señora…

Apenas puedo contener la emoción, sobre todo cuando su mirada insegura se cruza con la mía.

—¿Y bien? —susurra, casi como si temiera la respuesta.

—Ni siquiera sé qué decir —susurro, y ella abre mucho los ojos—. Excepto que estás increíble, hermanita.

Sus ojos se llenan de lágrimas.

—No podría estar más de acuerdo. Vaya, te ha quedado precioso —exclama Alessia, y todas empiezan a opinar y, Dios, qué bien sienta ver cómo la inseguridad da paso a la confianza, ver cómo surge la sonrisa en el rostro de Donatella.

—Va a ser divertido ver a mi hermano sin palabras —susurra Stella, pero yo la oigo y me contengo para no reírme.

Somos dos.

—¿Romeo? ¿Qué le pasa a tu hermano? —pregunta Chiara, arqueando una ceja, y queda claro que no he sido solo yo quien lo ha oído.

—Nada, mamá, nada —esquiva Stella y, por suerte, justo en ese momento me dejan ir a cambiarme y toda la atención se centra en mí.

—Vale —suspiro, notando que tengo las manos heladas—. Creo que solo me falta a mí por aquí —bromeo, desconcertada por todas las miradas.

—Si ya estás así de guapa, me imagino cómo estarás cuando te pongas el vestido —comenta Alessia, y noto que se me calientan las mejillas.

Mi maquillaje ha quedado exactamente como quería.

Suave, discreto; al fin y al cabo, es una boda de día, solo un ligero efecto ahumado en los ojos, que resalta mis ojos verdes, un pintalabios nude rosado, pero te diré una cosa: esta mujer sí que sabe lo que hace.

Casi no me reconozco.

Me siento guapa.

Llevo el pelo largo y podría haber elegido un peinado elaborado o un moño, pero he optado por dejarlo suelto, cayéndome en ondas por la espalda, con solo un adorno de rosas blancas y azules, cortesía de Alessia, sujeto a un lado de la cabeza, que le da ese encanto y el toque final.

No sé si es el conjunto —el pelo y el maquillaje—, pero lo cierto es que, a pesar de ese cosquilleo en el estómago, me siento más que preparada para la siguiente etapa.

Miro a la madre de Pietro, a punto de pedirle ayuda, pero ni siquiera hace falta, ella viene en mi auxilio.

—Te ayudo, querida —dice Giulia al instante, leyéndome el pensamiento—, y no me vas a oír negarme.

—Lo estás haciendo solo para ver a la novia primero, no creas que nos engañas, Giu —exclama Chiara.

—Claro, es puro interés —añade Isa.

—Envidiosas. Ser la madre del novio tiene que tener alguna ventaja —bromea Giulia, ayudándome a llevar el vestido y las joyas hasta la suite.

— Nuestros invitados ya están llegando, no tardéis.

— Sin prisas.

La puerta se cierra detrás de nosotras y, de repente, solo quedamos las dos allí; sin darme cuenta, me pillo pensando en cómo sería si mi madre estuviera aquí.

— ¿Todo bien? —pregunta Giulia, mirándome con atención.

— Sí, lo siento, solo estaba pensando…

—En tu madre.

Abro mucho los ojos.

—¿Cómo?

—Cuando fui a arreglarme, me ayudaron las chicas del salón, unas chicas maravillosas, pero lo único en lo que podía pensar era en lo mucho que me hubiera gustado que ella estuviera allí, conmigo —revela, esbozando una sonrisa.

— Lo siento mucho.

—No te disculpes, de alguna manera ella estaba allí, sé que sí.

Niego con la cabeza, incapaz de hablar.

— Y seguro que la tuya también está viviendo esta locura.

Sonrío, porque no se me ocurre una palabra mejor para definir estas últimas horas.

—Y… gracias.

Arqueo una ceja, con una mirada interrogativa en mi rostro.

— ¿Por qué?

—Por dejarme venir aquí, ayudarte…

—Soy yo quien te lo agradece —subrayo, sosteniendo su mano entre las mías—. Gracias por todo.

—Ni se te ocurra hacerme llorar, señora Elena, no después de todo el trabajo que se han tomado para maquillarme —replica, seria, pero sé que está emocionada.

Sin dejar de mirarla fijamente, respiro hondo y veo que ella hace lo mismo.

—Vamos allá —digo, sonriendo.

—¡Vamos! —responde ella, sonriendo también.

Con la ayuda de Giulia, me visto y, tras unos minutos en los que ella me abrocha los innumerables botones que hay en la espalda del corpiño, por fin se aleja sin decir absolutamente nada.

— ¿Y bien? — pregunto, girando ligeramente la cara, solo para verla con la mano sobre la boca, mirándome totalmente emocionada.

Oh, Dios…

Me giro despacio, pasando delicadamente las manos por la tela, con la expectación devorándome.

—Míralo tú misma, querida —dice, con la voz entrecortada, señalando hacia el espejo de cuerpo entero.

Doy unos pasos en esa dirección y, cuando me miro, apenas puedo creer lo que veo.

El vestido largo, sin mangas, todo de encaje floral y pequeños cristales, tiene un sutil escote en V. Nada indecente, pero que cumple su función y resalta el pecho.

Parece incluso que tengo más pecho del que, en realidad, tengo.

Me encanta, pero lo que sin duda atraerá algunas miradas es la espalda.

No es cerrado ni recatado, al contrario, deja al descubierto una generosa porción de piel, pero consigue ser a la vez romántico, con decenas de botones forrados de tela.

¿Y qué decir de la falda y la cola?

No puedo dejar de mirarlo: son capas y capas de tul, con pequeños detalles de cristales.

Mi corazón late tan fuerte, tan fuerte, que parece que se me va a salir por la boca; me siento como la princesa que nunca fui.

Puede que sea la hija de un *capo* de la mafia, pero mi vida ha sido todo menos un cuento de hadas.

—Estás… —Giulia se detiene, como buscando la palabra adecuada—… magnífica, Dios, yo…

Sonrío ante su reacción.

—Yo… ni siquiera sé cómo describir cómo me siento —continúa, y respiro hondo, sabiendo exactamente cómo es ese

sentimiento. —¿Puedo abrirla? —pregunta, y echo un último vistazo al espejo, admirando el adorno de mi cabello, el pendiente de esmeraldas, el collar que descansa sobre mi pecho, el anillo de la matriarca en mi dedo y, por supuesto, nunca podría olvidar la tobillera, que, aunque oculta bajo la falda, me recuerda su presencia a cada paso.

Todo está ahí, conmigo.

Todo está perfecto.

—Adelante —respondo, respirando hondo.

Se abre la puerta y allí están todas, mirándome fijamente, con los ojos muy abiertos, emocionadas, y lo único que puedo hacer es sonreír.

— *Dio* mio… — *Nonna* incluso se levanta del sillón y camina hacia mí con los ojos llenos de lágrimas.

No llores, no llores.

Para mi sorpresa, se detiene delante de mí, me observa en silencio unos segundos, completamente embelesada, y, cuando creo que va a alejarse, me sorprende.

— Eres preciosa —susurra, sonriendo, y luego me besa en la frente.

—¡Joder! —exclama Martina, y mi sonrisa se hace aún más grande ante su reacción sincera.

—Vaya, ni siquiera sé qué decir —exclama Chiara, mirándome con tanto cariño—. Y créeme, eso es raro, querida —destaca, acariciándome la cara—. Preciosa, demasiado preciosa, Dios…

—Y que raro sea. —Isa no pierde la oportunidad y se acerca a mí—. Estás para quitar el aliento, cariño. —Me guiña un ojo.

—Me muero de ganas de ver la cara de P —suelta Alessia, y mi mirada se cruza con la suya—. Estás guapísima, Lena —dice, con su estilo tan extrovertido, y a este ritmo no hay corazón que lo aguante.

—Esto va a ser hasta divertido —comenta Stella, seria como siempre, pero luego sonríe—. Estás increíble, Elena.

Entonces mi mirada se cruza con la suya.

No somos gemelas, pero es casi como si lo fuéramos.

—No llores —le susurro, porque con cada paso que Dona da hacia mí, parece que va a hacer precisamente eso.

—Tú… —empieza a decir, pero se detiene, parándose frente a mí y respirando hondo.

Le tiendo las manos y ella las acepta, apretándolas con fuerza.

No sé cuánto tiempo pasa.

Parece mucho y, al mismo tiempo, poco.

Las dos nos quedamos allí, mirándonos fijamente.

Diciendo mucho, sin decir nada.

—Estás fantástica —balbucea, con la voz entrecortada, haciendo una mueca.

—Gracias —susurro.

—Pero, más que eso —continúa—, estás feliz —exclama sonriendo y yo ni siquiera puedo responder, y mucho menos negarlo.

Lo estoy.

Solo asiento con la cabeza, confirmándolo, y su sonrisa se hace aún más grande.

Respiro hondo, una, dos, tres veces, y con el corazón a punto de salirse del pecho y la garganta ardiendo por contener el llanto, digo:

—Gracias, gracias a todas… —miro a cada una, sin excepción —, por formar parte de este momento conmigo. Lo habéis hecho inolvidable.

Todas me miran, nadie dice nada, no hace falta, la respuesta está en sus miradas.

Un ligero golpe en la puerta atrae nuestra atención.

— ¿Sí? —pregunta Giulia.

— Todo está organizado y listo —avisa una mujer, que supongo que es la organizadora de la ceremonia—. Es hora de que bajéis —añade, y la realidad me golpea de lleno. Me voy a casar.

De verdad que sí.

—Creo que vamos a ver cómo están los chicos ahora —suelta Chiara.

—Me preocupa más cómo se va a poner «uno» en concreto —comenta Isa, mirando a sus hijas, pero luego sonríe.

—Todo saldrá bien, *mamá*. Una vez pasado el susto, se pondrá bien —bromea Alessia.

— Como si no conocieras a tu padre —se ríe Isa.

— ¡Oh, Dios, está pasando! —exclamo, nerviosa, y lo único en lo que puedo pensar es que es real.

¿Estará *papá* ahí? ¿Habrá venido?

Respira, si todo está listo, significa que está ahí.

Mi corazón se acelera, pero esta vez la sensación es diferente.

Es angustia.

— Bajemos, Lena —dice Giulia, deteniéndose delante de mí, mirándome con sus increíbles ojos verdes, y recupero un poco la calma.

Todo va a salir bien.

Están aquí para mí.

Famiglia.

Asiento con la cabeza, y entonces, para mi sorpresa, se acerca, me abraza con delicadeza y me susurra al oído:

— Nos vemos abajo, *figlia.*

No respondo. No puedo. Solo sonrío. Rezando para que el maquillaje sea realmente resistente al agua.

Giulia se aleja y siento las miradas.

— Ni se os ocurra —advirto, seria, con los labios temblorosos —. ¡Marchaos o no me hago responsable de que el maquillaje se mantenga intacto, en serio! —ruego, sintiendo cómo me arde la garganta.

—Ya habéis oído a la matriarca. ¡Bajemos! —exclama Giulia, y todas me saludan con la mano y, una a una, empiezan a salir de la habitación.

Bueno…

Váyanse.

Paso mis manos heladas por el vestido y veo que solo queda una, allí de pie mirándome: mi hermana.

—Señora, la advertencia también se aplica a ti —susurro, esbozando una sonrisa forzada.

Ella me mira con los ojos llorosos.

— Vete, vete… Apuesto a que el abogado guapo ya está ahí abajo. — Guiño un ojo.

—Te quiero, Lena.

—Maldita sea, Dona… —jadeo, sintiendo cómo me arden los ojos.

—No dejes que *papá* ni nadie te arruine el día —dice, seria, con sus ojos azules clavados en los míos.

—No lo haré —prometo, y ella sonríe.

—Hasta dentro de un rato, *sorellina* —susurra, antes de cerrar la puerta tras de sí.

Hasta luego.

Me quedo unos segundos paralizada, simplemente mirando la puerta cerrada, y entonces exhalo el aire que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba conteniendo.

Todo va a salir bien.

Todo va a salir…

Empiezo a repetirlo, paseándome de un lado a otro, pero no tarda mucho en volver a llamar a la puerta.

Cuento hasta tres, respiro hondo y luego la abro.

—Papá… —se me escapa, y no consigo disimular la sorpresa.

Pensé que sería la mujer otra vez, pero no, es él, de pie en el pasillo, vestido con un traje negro, que juraría que es el mismo que llevó en el funeral del *nonno*.

Me examina de pies a cabeza, y siento que el corazón se me va a salir por la boca; busco alguna emoción en su mirada, cualquier cosa, una mirada diferente, el esbozo de una sonrisa, pero no hay nada.

Nada.

— Vamos ya, no tengo todo el día.

Un puñetazo dolería menos, pero no voy a dejar que me haga daño, hoy no.

Recuerdo las palabras de Dona y esbozo una sonrisa.

—Vamos —respondo, dando un paso hacia él, esperando que me tienda el brazo, pero parece tan incómodo como yo.

— ¿A qué esperas? ¡Baja las escaleras!

No llores.

No dejes que te afecte.

Con cuidado, bajo cada escalón, haciendo todo lo posible e imposible para que las emociones no puedan conmigo.

Llegamos al salón, y todo está tan bonito que me obligo a centrarme en lo que me espera ahí fuera y no en quien está a mi lado.

—Por aquí—, reconozco la voz de la mujer y, con cuidado, camino hacia ella.

A lo lejos oigo voces y una melodía agradable.

Céntrate en eso.

—Cuando empiece *«Davanti a noi»*, tu padre te acompañará hasta el altar, donde te espera *Don* Zampieri —me explica con mucha amabilidad y luego me mira de *reojo*, algo desconcertada—. El señor debe situarse junto a su hija y ofrecerle el brazo para el paseo.

Papá no dice nada, y mucho menos me mira; solo hace lo que se le pide, como un robot.

Veo lástima en la mirada de la maestra de ceremonias y quiero tranquilizarla: todo va bien…

Casarme, definitivamente, no entraba en mis planes.

Las cosas entre Pietro y yo pueden estar un poco confusas e inciertas. Puede que ni siquiera sepa lo que me depara el futuro, pero si todo lo que ha pasado en las últimas semanas, *hoy*, es una señal de Dios, del universo, diría que solo tengo motivos para sonreír.

Puede que Pietro Zampieri no me quiera, que nuestro matrimonio sea un contrato de conveniencia, una mera alianza entre dos familias poderosas, pero aun así, sin saberlo, me ha dado algo que nunca tuve: un lugar al que pertenecer, una familia; *me ha dado un nuevo comienzo*.

Puede que exista el miedo, y también las dudas, pero nunca serán mayores que el deseo de ir a su encuentro y decir «sí»… *a él, a una vida a su lado.*

Y pensando en eso, apoyo mi mano sobre el brazo de Tiziano Del Vecchio, mi progenitor, no mi padre, porque eso nunca lo fue, y

camino por el césped cuando se oyen los primeros acordes, y no podría haber elegido mejor música.

«…Por fin estás delante de mí, prometiéndome que estás ahí
Por fin tú delante de mí, prometiéndome que estás ahí

Mientras podamos, mientras haya
Todo el tiempo que podamos, mientras haya tiempo

Hasta que me pidas todo lo que puedo dar
Hasta que me pidas todo lo que puedo dar

Cuidaré de tus límites y también de tus miedos
Cuidaré de tus límites y también de tus miedos

Y tú siéntate a mi lado para dejarme el horizonte
Y siéntate a mi lado para dejarme el horizonte

Siempre libre para elegir un camino diferente
Siempre libre para elegir un camino diferente

No te dejaré alejarte de mis ojos visionarios
No te dejaré alejarte de mis ojos visionarios

Quien no teme al futuro ni a los días extraordinarios

Que no temen al futuro ni a los días extraordinarios

Que todas tus promesas sean mías, en la salud y en la enfermedad
Que todas tus promesas sean mías, en la salud y en la enfermedad

Ya existe todo lo que deseas, ante nosotros
Ya está todo lo que deseas, ante nosotros.] – Fragmento de «Davanti a Noi» – Laura Pausini.

El día que nos conocimos, *Don* da Sacra me dio una alternativa, me dio la oportunidad de huir, de irme al lado opuesto; en aquella ocasión, lo elegí por miedo a lo desconocido, para proteger a mi hermana; hoy… hoy lo hago por mí, porque lo quiero.

Pietro es mi elección.



«Certain Things» – James Arthur con Chasing Grace
The Power of Love – Andrea Bocelli
Davanti a noi – Laura Pausini

Es hoy.

Debería estar tranquilo, sereno, pero joder, es todo lo contrario.

Apenas he dormido y, créeme, no han sido los innumerables problemas de las últimas semanas los que me han mantenido despierto, no… ha sido ella, ha sido pensar en lo que esa maldita estaba haciendo, si pensaba en mí tanto como yo pienso en ella, joder, si estaba nerviosa o tenía miedo…

Y pensar en esa última opción me inquieta, mucho, porque lo que quiero ver en su mirada es todo menos eso.

Nunca miedo.

No por mí.

A las cinco, dejé de intentar quedarme en la cama y me fui al gimnasio.

Aproveché las últimas horas de tranquilidad de la mansión vacía y descargué toda mi frustración, todas las noches de sueño perdido, en el saco de boxeo.

Cuando por fin volví a la habitación, casi dos horas después, ella seguía allí, persiguiéndome, nublando mi razón, lo que hace que su apodo sea perfecto.

Elena Del Vecchio es mi bruja porque solo un maldito hechizo sería capaz de convertir algo tan sencillo como esta alianza en este tormento.

Y pensar que todo esto no ha hecho más que empezar.

Tengo la sensación de que me han engañado y de que, en un trato que se suponía que iba a ser solo eso, he salido perdiendo; lo cual, en mi caso, se traduce en la total incapacidad de dejar de pensar en esa mujer de increíbles ojos verdes, boca carnosita que suplica ser devorada, y larga melena, que ya me imagino en mi mano, tirando de ella con fuerza, inclinándole el cuello mientras la beso y la chupo, por completo.

—¡Joder! —maldigo, sabiendo que necesitaré una ducha fría si quiero sobrevivir al día, y quizá una sola no sea suficiente.

Abro la ducha, dejando que el agua fresca me golpee la espalda

Por mucho que me provoque, por mucho que me irrite… quiero más y más de ella.

Maldito momento en el que dejé que su voz se colara en mi mente.

De vuelta en la habitación, veo que han dejado en la mesa comida suficiente para alimentar a un batallón y sonrío. La señora Giulia ya está en pie y decidida a mantenerme alejado de cualquier lugar donde corra el riesgo de ver a mi futura esposa.

Pronto estará aquí.

Pronto será mía.

Aprieto los puños y abro el portátil, decidido a intentar concentrarme en algo útil mientras estoy encerrado en mi propia habitación.

El día apenas ha comenzado, pero será largo.

Después de pasar más de treinta minutos mirando el mismo correo electrónico sin conseguir concentrarme, me rindo y me dirijo al balcón.

Varias personas están ultimando los detalles de la organización.

Todo está precioso y estoy deseando ver la reacción de Elena.

Ahí está ella, otra vez.

Mi móvil vibra en el bolsillo y sonrío al ver el nombre en la pantalla.

Roman.

—¿Qué tal, R.?

— ¿Seguro que no necesitas ayuda para escapar? —se burla, y yo solo pongo los ojos en blanco; si supiera la mitad…

— Y yo no soy de los que huyen —le respondo evasivamente —. ¿A qué hora vas a llegar? No te olvides de que eres el puto padrino.

— Como si fuera posible, has hecho que esta misión sea inolvidable —refunfuña—. Apuesto a que tu prima está pensando en las formas más dolorosas de torturarme.

—Si fuera Martina, quizá, pero Les, no…

—Claro, ella es demasiado buena.

—Lo es, pero es una de las nuestras, y hasta los más buenos pierden la paciencia —señalo.

— ¿Qué, eso es una amenaza?

—Un aviso: no la provoques demasiado, o puede que seas tú quien lo descubra.

—Te pareces a tu tío Enzo —dice el chaval riendo.

—Piensa también en él cuando se te ocurra hacerle la vida imposible hoy.

—Yo nunca haría eso —dice, con total descaro.

—Claro que no, eres un puto santo.

Roman se echa a reír a carcajadas, y yo me sorprendo haciéndolo igual.

Joder, siempre es un placer hablar con él.

Durante esos pocos minutos, he conseguido centrarme en cualquier tema aleatorio que no fuera ella.

Pero sé que Elena pronto volverá a hacerme la vida imposible.

— Dentro de unas dos horas estaré allí, listo para divertirme con todos los coños solteros que haya.

— Eres un capullo.

—Hasta hace unas semanas, estarías tan emocionado como yo.

Quizá…

Pero ya no.

— ¿De verdad quieres seguir adelante con esto, P? —dice, en serio, se le ha pasado todo el humor.

—Podría decir simplemente que no tengo otra opción, pero…

— Quieres a la chica. ¡Joder! —exclama, y se queda en silencio unos segundos.

—¿Sigues ahí?

—Sí, todavía intentando asimilar el shock que ha supuesto esta noticia. Pietro Zampieri atado por los huevos. No pensé que fuera a pasar.

—¡Que te jodan! —digo, y cuelgo, mientras sigo oyendo su carcajada.

Hijo de puta, ¿acaso soy yo un hombre al que se le ata por los huevos?

Ni de coña.

No sé qué estoy, salvo que «jodido» parece una buena definición para este momento.

Las siguientes horas pasan en un abrir y cerrar de ojos; no conseguí distraerme con el portátil, pero no faltaron llamadas de socios y proveedores, felicitándome por la boda; resultado: estuve ocupado.

Ahora, después de afeitarme la barba y cortarme el pelo, y de darme otra ducha, estoy a punto de terminar de vestirme cuando llaman a la puerta.

Miro el reloj y sé que no llego tarde, lo que significa que aún no debe de ser *mamá*.

—Adelante—, digo.

Giovanni aparece solo en pantalones, con el pelo revuelto.

— ¿No has encontrado la camisa? — le pregunto, sin dejar de ajustarme la corbata.

—Está ahí, esperándome, pero hace tanto calor que voy a dejarla para ponérmela en el último momento.

— Tu habitación tiene aire acondicionado, ¿lo sabías?

Me responde con el dedo corazón y no puedo evitar sonreír.

—¿Algún problema, aparte del calor?

— Ninguno del que tengas que preocuparte. Se ha reforzado la seguridad en todo el perímetro por precaución; además, he destinado a nuestros mejores hombres para que patrullen durante la fiesta, algunos de forma ostensible y otros de paisano, igual que hicimos en tu compromiso. Más vale prevenir.

—Perfecto. No quiero ninguna sorpresa.

—*Mamá* me ha enviado un mensaje diciendo que ya se están vistiendo.

Asiento con la cabeza, como si no fuera gran cosa, pero la verdad es que por dentro estoy enloqueciendo. Sé que Elena estará deslumbrante, no puede ser de otra manera, pero aun así, la curiosidad me está devorando.

Si la chica ya me pone a mil, incluso con vaqueros y camiseta, ¿qué será de mí hoy?

«Mía, mía» parece resonar en lo más profundo de mi mente.

— ¿Tiziano?

— Ni rastro del imbécil. Ya he llamado a su *asesor*, pero la llamada va directamente al buzón de voz.

— Justo lo que me faltaba, que el cabrón se retrasara.

— ¿Qué vas a hacer? —me pregunta, mirándome fijamente, y ni siquiera tengo que pensarlo mucho.

—Me voy a casar con tu hija, no con él —respondo, sabiendo que el matrimonio empezaría ya con una buena discusión.

— No harías…

— Reza para que llegue a tiempo, hermanito; si no, envía ya más hombres a la mansión. El tío Enzo y Martina se divertirán con un pequeño baño de sangre.

—No me jodas, Pietro.

—Te lo advierto: la única persona que me hará esperar hoy es Elena, solo ella.

— Joder, estás que te sales.

— ¿No tienes a nadie más a quien molestar?

— ¿He oído algo de «molestar»? — La inconfundible voz de Roman resuena en mi puerta.

— Joder, justo lo que me faltaba, estos dos capullos aquí para estropearme todo.

— Joder, ¿así es como recibes a tus invitados?

—Solo a los que dan la lata —bromeo, y él se ríe mientras me da un abrazo.

—Solo así conseguirás que te pongas algo que no sean esos vaqueros raídos y esa camiseta negra —bromea, mirándome de arriba abajo, y tengo que admitir que el traje gris claro le queda bien.

— Si por mí fuera, me casaría así mismo —bromea—, pero deseo que mi madre siga viva muchos, muchos años más.

— Joder, sería demasiado para su corazón —Giovanni es tajante.

—Estás jodidamente elegante —exclama mi amigo y no puedo contenerme.

—Tú tampoco estás nada mal —suelto, mirando primero a él y luego a mi hermano, ambos con traje gris oscuro—. ¿Vais a cantar juntos hoy? —No me resisto.

— Muy gracioso —replica Giovanni, sin dejar de mostrarme el dedo corazón—. Fue idea de *mamá*, los trajes del mismo color, y tu mujer estuvo de acuerdo.

Mi mujer… eso me gusta.

—Ni me importa esa puta couleur, a las mujeres solo les gusta una cosa… —empieza R, y ya sé adónde va a parar.

— Ahórrame el rollo.

— ¿Qué puedo decir si me prefieren sin nada?

— ¿Qué parte de «ahórrame eso» no has entendido? — Arqueo una ceja y Roman se echa a reír a carcajadas.

— Joder, ni siquiera te has casado y ya eres un capullo. Imagínate cuando te estés follando el mismo coño día tras día.

—Exactamente a eso me refiero.—Giovanni se une a ese cretino de mi mejor amigo.

No sé qué es peor, tener que aguantar esta sarta de tonterías que sueltan, o saber que acercarme al coño de mi mujer no entra en mis planes, no todavía, por ahora.

De inmediato, me vienen a la mente recuerdos de nuestra última conversación, su mirada indignada, ella diciéndome que más me valía esperar sentado.

Joder…

Mi polla palpita solo de recordar esa boca descarada, y lo último que necesito ahora es que mi polla se anime.

— Pietro, vuelve a la realidad… — Roman me pasa la mano por delante de la cara.

— ¿Qué coño pasa?

— ¿Dónde te habías metido? ¿Ya pensando en la luna de miel? — Me guiña un ojo con una sonrisita pícara, y yo solo pongo los ojos en blanco.

—Ya llegará vuestro momento, siempre llega —sentencio, en serio, y Giovanni incluso deja de reírse.

—Solo recuerda dejarme para el final en esta lista del mal —replica—. Empieza arruinando la vida de Romeo, Martina, Alessia —empieza a decir los nombres de nuestros primos.

—Joder, no me imagino a tu primo atado, y a Martina, ni hablar… —Roman se deja caer en el sillón, apoya los pies en la mesa de centro y parece reflexionar al respecto.

— ¿Y qué hay de Les? —pregunta Giovanni, arqueando una ceja.

—Esa, pues, aún más difícil —replica rápidamente.

—No sé, no, creo que sería más complicado encontrar un pretendiente para Tina. Uno al que ella no se lo comiera vivo —dice, y luego estalla en una carcajada.

—Es un buen argumento, pero sigo apostando por Rayo de Sol.

—¿No tenéis otro sitio al que ir mientras os dedicáis a decir tonterías? En serio, hermanito, ya estoy pensando que debería buscarte una novia en cuanto vuelva de la luna de miel.

— Ni se te ocurra bromear con algo así, P. En serio, déjame para el final. —Ya no hay tono de broma en su voz. Está realmente

preocupado.

— Deja de asustar a tu hermano, joder.

— Algún día tendrá que calmarse.

—Pero no tiene por qué ser ahora —insiste Giovanni, y yo le lanzo una mirada severa.

Mi respuesta está a punto de salirme de la boca, pero unos golpes en la puerta salvan a Giovanni.

Por ahora.

—Adelante.

Romeo.

—Ahí tienes una opción estupenda para centrar tu maldad, hermano —Giovanni me guiña un ojo, y nuestro primo, claro, no pilla ni una mierda.

— ¿De qué estás hablando?

— Pietro no se conforma con «engancharse», ya está pensando en cómo acabar con la vida de los demás también, y por «los demás» entiende «nosotros» —explica Giovanni, y Roman no puede contenerse y estalla en una carcajada.

— ¿Qué coño quieres decir?

—Tenías el ojo puesto en la hermana de Elena, tu oportunidad, primo.

—Que te jodan, Giovanni.

Respiro hondo, viendo a esos dos imbéciles riéndose y a un Romeo cabreado delante de mí.

— No les hagas caso. Han decidido venir aquí para asegurarse de cabrearme antes de la boda.

—Y lo estamos consiguiendo —exclama Roman, esbozando una sonrisa de satisfacción.

Hijo de puta.

— ¿Algún problema, Romeo? —pregunto, sabiendo que él no habría venido a mi habitación solo para fastidiarme como estos dos holgazanes.

— Ninguno, mi padre solo me ha pedido que te avise de que tu futuro suegro ya ha llegado.

Asiento con la cabeza, y tan rápido como ha entrado, se dirige hacia la puerta.

Un problema menos.

Elena tendrá a alguien que la acompañe en la ceremonia.

—Hoy no habrá baño de sangre —bromea mi hermano, guiñándome un ojo.

—Yo no estaría tan seguro —le respondo con brusquedad, y él se levanta.

— Vale, vale, la charla está bien, pero voy a terminar de vestirme y a asegurarme de que *Don* Tiziano reciba la bienvenida que se merece, y de que tenga a un maldito soldado siguiéndole los pasos en todo momento. — Guiña un ojo. — Nos vemos abajo y, Russo, espero que estés listo para divertirte, ya sabes a qué me refiero.

—Siempre —responde el muy cabrón.

—En cuanto a ti… —Giovanni se detiene delante de Romeo, y sé que se avecina más mierda. Es un experto en cabrear a la gente —. Ni siquiera te voy a incluir en el plan de diversión, porque algo me dice que ya has encontrado a tu «Julieta» —suelta, y luego se echa a reír.

—No sé qué mierda te has metido, pero para, te está volviendo más imbécil de lo habitual.

La risa de Giovanni se hace más fuerte a medida que se dirige hacia la puerta, y por mucho que me haya encantado la respuesta de Romeo, lo peor de todo es saber que mi hermanito está sobrio.

¿Qué pasará antes de que acabe la noche?

—Recordad lo que os he dicho —grita, ya en el pasillo, y luego cierra la puerta tras de sí.

— ¿Qué coño ha sido eso? —pregunta mi primo, mirándome fijamente.

—Ni idea. Él y Roman han venido aquí solo para quitarme la paz.

—Vete acostumbrando, te vas a casar —señala mi amigo, todavía tirado en el sillón, divirtiéndose a lo grande.

—¿Y tú te vas a quedar aquí hasta qué hora? ¿Piensas cogerme de la mano y llevarme hasta…

— ¿Al matadero? —me provoca, y yo solo le levanto el dedo corazón.

—Que te jodan, Roman. ¿Qué te parece dejarme terminar de arreglarme en paz? Dentro de un rato tendrás a Alessia para hacerle la vida imposible —digo con una sonrisita, sabiendo que he dado en su punto débil.

—¡Golpe bajo! —Se levanta y se dirige al espejo, ajustándose la maldita corbata—. Voy a ver cómo está el ambiente ahí abajo, que aquí se está enrareciendo.

Ni siquiera le respondo, solo le acompaño hasta la puerta hasta que solo quedamos Romeo y yo.

—Eso ha sido… —empieza a decir.

— Ni me lo digas —digo, pasándome la mano por el pelo.

—Te voy a dejar en paz, P. Nos vemos abajo.

Hago un gesto con la mano mientras veo a mi primo dirigirse hacia la salida.

— Romeo —lo llamo, y él detiene la mano en el pomo de la puerta.

— Sobre la hermana de Elena… —empiezo, y veo cómo se le tensa el rostro—. No parece que hayan tenido una vida fácil…

— ¿A dónde quieres llegar, P?

Joder.

—Solo ten cuidado.

— No te preocupes, por lo que a mí respecta, Donatella no es más que la hermana mayor de tu futura esposa.

— Si tú lo dices.

—Lo digo —dice, muy rápido, muy a la defensiva, y ahí sé que Giovanni y Stella tienen razón.

Hay más.

— Hasta dentro de un rato.

—Hasta luego —saludo con la mano, respirando hondo cuando por fin se cierra la puerta.

Unos minutos de paz antes de bajar y que empiece todo el caos.

Es casi ridículo.

Empecé todo esto precisamente para mantener la paz, así que, ¿por qué parece que todo en mí está en guerra?

Miro mi reflejo en el espejo y estoy listo, o debería estarlo, pero la sensación es todo lo contrario: la de no tener control sobre nada.

Sobre todo, de cómo me siento.

Me agarro con fuerza al borde de la mesa y respiro hondo.

Todo está bajo control, todo…

Un nuevo golpe en la puerta me llama la atención.

—Joder, más vale que no seas tú, Roman —exclamo, abriendo la puerta de un golpe, solo para encontrarme con mi padre, elegante con un impecable traje azul marino.

—¿Algún problema con tu amigo? —pregunta, directo como siempre, arqueando una ceja, y me aparto para que entre.

—No —le tranquilizo—. Él y Gio acaban de marcharse de aquí, y digamos que necesito un pequeño respiro de los dos.

Papá sonríe.

— Créeme, lo entiendo.

— ¿Algo malo?

— ¿Hace falta que pase algo malo para que venga a verte, *figlio*?

—No, claro que no… —Me paso las manos por el pelo, sintiendo su mirada sobre mí, y si hay algo que Matteo Zampieri sabe hacer es leer a las personas como nadie, y lo está haciendo ahora mismo, *conmigo*.

Joder.

—¿Cómo estás? —pregunta, sin andarse con rodeos.

—Bien.

—Voy a repetir la pregunta, *Pietro.* ¿Cómo estás? —insiste, y su mirada se cruza con la mía.

—Nervioso como el carajo —admito, sintiendo cómo se me quita un peso de encima.

Para todos, tengo que ser fuerte, el *Don*; aquí y ahora, solo soy un hijo ante su padre.

—Me extrañaría que no estuvieras así —dice, tras unos segundos, y la verdad es que no parece sorprendido.

Se sienta en la cama y me hace un gesto para que haga lo mismo.

Ni siquiera lo pienso, simplemente le sigo.

— Habla — me ordena, y de repente me siento como un chaval de diez años otra vez, inseguro y, al mismo tiempo, emocionado.

—Es complicado, no sé cómo explicarlo.

— Inténtalo.

— Todo va bien con la alianza, los negocios están bajo control, pero…

— No es eso lo que te preocupa.

— ¿Es tan obvio?

Papa sonríe.

— Yo ya he estado en tu situación, y… a hombres como nosotros nos cuesta no tenerlo todo bajo control —dice, y no podría haberlo expresado con más precisión—. Has forjado esta alianza para proteger a *la famiglia*, pero la chica… también te importa.

No digo nada.

No mentiría, nunca.

De él aprendí el valor de la verdad.

— A su lado, todo se vuelve confuso.

—Lo que más me hizo tu madre fue dejarme así —comenta, y parece recordar el pasado—. Confuso, cabreado, loco… *por ella*, y sigue haciéndolo —subraya, esbozando una sonrisa.

Sonrío al escuchar su respuesta, sabiendo que así es como me siento.

Loco.

— Si algún día consigo la mitad de lo que vosotros habéis conseguido, seré feliz, *papá.*

— Lo que tenga que ser tuyo, lo será, y esa chica…

—Elena —le recuerdo.

— Sí, Elena, tengo la sensación de que ella no se ha visto contaminada por todo el odio que hay en esa familia.

— Eso es lo que yo también pienso.

— Ten paciencia, deja que el tiempo haga su trabajo; es algo nuevo para vosotros dos.

—¿Quién eres y qué le has hecho a mi padre? —bromeo, y él me aprieta con fuerza la nuca, con una sonrisa en el rostro.

—Tu viejo está aquí, joder. Siempre para ti, siempre, no lo olvides. ¡Nunca! —subraya, y siento un nudo en el pecho.

Matteo Zampieri puede ser un hombre de pocas palabras, pero cuando habla, joder.

—¿Viejo, eh? —Arqueo una ceja, necesitando calmar el torbellino que hay dentro de mí.

—De todo lo que he dicho, ¿solo te has fijado en eso, joder? —replica, intentando parecer enfadado—. Ni se te ocurra repetir esa mierda. Solo yo puedo llamarme así.

No consigo ponerme serio, me echo a reír a carcajadas y *papá* se une a mí.

—Tu secreto estará a salvo conmigo —destaco, cuando consigo dejar de reírme.

—Menos mal, ni siquiera puedo imaginarme a ese cabrón de tu tío Lucca oyendo algo así. Ese cretino ya se burla bastante de mí sin necesidad de oír eso.

Mi móvil vibra sobre la mesa, llamando nuestra atención, y apenas me levanto, el de *papá* empieza a sonar en su bolsillo.

—Seguro que es *mamá* —digo, antes de mirar la pantalla.

—Has dado en el clavo —confirma.

***Mamá**: Ya estamos listas. Enseguida bajaremos. ¿Estás listo, cariño?*

— ¿Contesto yo o lo haces tú? —pregunta *papá*.

—Déjamelo a mí.

— ¿Cuál es tu respuesta, *hijo*? —pregunta, levantándose y dando los pocos pasos que nos separan, solo para apoyar las manos en mis hombros.

—Nunca he estado tan preparado —respondo sin vacilar.

Papá asiente con la cabeza, con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

—No podría estar más orgulloso de ti, Pietro. —Acerca su frente a la mía.

—Papá…

— Vamos, que si no, tu madre nos va a matar.

—Sin duda lo haría —sonrío—. ¡Vamos!

Es hora de encontrar a Elena Del Vecchio y hacerle entender que, por mucho que intente resistirse, ya es mía.

Toda mía.



— Pietro, cariño — Apenas llego al salón, la voz de *mamá* resuena a mis espaldas.

Me giro y me encuentro con la señora Giulia, elegante como solo ella sabe serlo, con un vestido dorado, beige… no sé qué coño de color es ese.

—Mamá… —La saludo y ella baja apresuradamente las escaleras, deteniéndose frente a mí y a *papá*, y la emoción en su mirada es evidente.

—Estás guapísimo, cariño… —Su voz se quiebra y me acaricia la cara—. Parece que fue ayer cuando llegaste, y hoy… —Hace una pausa y respira hondo.

Tomo su mano entre las mías y le beso la palma con cariño.

— Estás radiante, *mamá*.

Ella sonríe, secándose disimuladamente una lágrima rebelde.

—¡Estoy aquí, ¿ves?! —dice *papá* con seriedad, y ella solo pone los ojos en blanco antes de volver a centrar su atención en él.

— Lo siento, amor, pero me he emocionado mucho al ver a nuestro hijo…

— Te perdono.

— No estás nada mal, Matteo Zampieri.

— Estás demasiado buena para mi gusto —replica *papá*, y *mamá* se sonroja y le da una palmada en el hombro.

— Matteo.

— Joder, diavoletta… — La atrae hacia sí, besándole el cuello, y ella se ríe.

— ¡Compórtate! Tenemos una fiesta por delante.

—Eso es problema de Pietro, seguro que nadie nos echará de menos durante unos minutos.

—Haced lo que queráis —digo, divirtiéndome con la situación.

— No animes a tu padre, chico —replica ella, seria—. Vamos al jardín, tenemos mucho que hacer: invitados a saludar y, enseguida, la maestra de ceremonias empezará a organizar la entrada para la ceremonia.

— Pero joder… —exclama *papá*, mirando hacia la escalera, y sigo su mirada, entendiendo al instante el motivo.

— ¿Qué pasa? — *Mamá* mira hacia atrás, preocupada.

— ¿Y aún te lo preguntas? Debo de haber hecho algo muy bien en la vida, y Dios me ha dado solo hijos varones, joder.

Me contengo para no reírme.

— No seas tan dramático.

— ¿Dramático? Me dan ganas de hacer que Alessia y Martina suban y se cambien este vestido, pero se lo dejaré a mi hermano. Me muero de ganas de ver la cara que pone.

— Tío —exclama Alessia, con los ojos muy abiertos—, pero es tan recatado —argumenta, alisando la tela, y, de las dos, de hecho, su vestido es el menos extravagante.

—Tú y yo tenemos conceptos diferentes de lo que es «recatado», querida —replica *el abuelo*, y es demasiado.

Me echo a reír a carcajadas y todos se quedan mirándome atónitos.

— Lo siento, pero joder, hasta yo quiero ver la cara del tío Enzo.

Y la de Roman, pero eso me lo guardo para mí; Alessia ya parece lo suficientemente preocupada.

—Ríete, Pietro, ríete, ya verás lo que te espera.

— ¿Qué coño quieres decir?

—Ya lo descubrirás, primito —me provoca, esbozando una sonrisita, y mil hipótesis empiezan a pasar por mi cabeza.

Ninguna de ellas es buena.

— Cálmate, *hijo*. Elena está guapísima.

—De eso no tengo ninguna duda —susurro—. Solo espero que no lleve un escote hasta el ombligo o que se haya inspirado en Martina y aparezca con medio vestido.

Mi verdugo levanta el dedo corazón, divirtiéndose con la situación.

Joder, joder…

Justo lo que me faltaba para ponerme aún más nervioso.

— Vamos a dejar de charlar, que me muero de ganas de ver la decoración —dice la tía Chi, seria—, y la reacción de Enzo. — Guiña un ojo.

— ¿Tú también, tía?

— No te quejes, Les, tú tienes a tu hermana para compartir la atención de tu padre, y yo tenía que aguantarlo todo sola: dos hermanos y un *consigliere* entrometido.

—No por eso, lo que no nos faltan son primos entrometidos.

—¡Buena observación! Soy testigo de lo pesados que pueden llegar a ser; al fin y al cabo, mi hijo es uno de ellos —bromea.

—¡Oh, mierda! —exclama Alessia, mirando hacia la puerta lateral que da a los jardines, y ni siquiera tengo que darme la vuelta para saber quién se acerca.

—Ahí estáis, me cansé de esperar en el césped y vine a ver qué pasaba, pero joder… —La inconfundible voz de Enzo Zampieri resuena a mis espaldas, y me giro hacia él, no sin antes ver la sonrisa pícara en la cara de *papá*.

—Joder, veo que los has encontrado a todos —exclama Lucca, justo detrás de mí.

—¿Alguien puede explicarme qué…?» —empieza el antiguo torturador de Sacra, pero es evidente que le cuesta encontrar las palabras.

— Vamos al jardín —interviene *mamá*, intentando calmar los ánimos, pero entonces llega Giovanni, acompañado de Romeo y Roman, y eso es la receta perfecta para el caos.

—Perfecto, la familia al completo —susurra Stella, leyéndome el pensamiento.

— ¿Pero qué coño es esto? —es mi amigo quien suelta la frase, con la mirada fija en mi prima, y está cabreado, tipo, mucho;

mientras que Romeo parece ajeno al lío que tiene delante, con la mirada fija en la hermana de Elena, que está guapísima con un vestido morado, y lo observa todo con evidente curiosidad.

Bienvenida a la locura, cuñada.

Aún no he visto a ningún invitado, pero la fiesta ya ha empezado por aquí.

—Alessia, Martina… —empieza mi tío, con la cara roja, y por un segundo creo que se va a encontrar mal.

—Enzo, solo es un vestido —interviene su mujer, acercándose a él con una sonrisa.

—Solo veo la mitad por ahí, *pequeñita*.

—No podría estar más de acuerdo —añade Roman, y no debería haberlo hecho.

—Nadie te ha pedido tu opinión, Russo —le espeta Alessia, con los ojos prácticamente lanzándole dagas.

—Vale, vale, la conversación va bien, pero ¿seguro que podemos seguir fuera? —dice *papá* por fin, mirándome, y decido zanjar el tema.

— Sí, se acabó la diversión.

—Vaya, pensaba que solo estaba empezando —Gio no puede evitar meter baza.

—Giovanni —le reprende *mamá*, fulminándolo con la mirada, y él levanta las manos, riéndose.

—Joder, que me echen ya a los cerdos, ¡*vivo*, joder, vivo! —exclama el tío Enzo, sin dejar de mirar a sus hijas.

La tía Isa le susurra algo al oído, no sé qué, pero parece que funciona. Respira hondo un par de veces y luego se acerca a ellas, besándoles la frente.

—Estáis preciosas, *figlie mie*, pero tened un poco más de compasión por vuestro padre la próxima vez —dice, con la voz ligeramente alterada y bajo la atenta mirada de su mujer.

Alessia sonríe, se acerca y lo abraza con fuerza.

—Prometo intentarlo, *papá.*

—¿Ha dicho «intentarlo»? Disparadme ahora mismo, joder —espeta Roman, indignado—, y le agarro por la nuca para acercarlo a

mí, viendo de reojo cómo Alessia le muestra el dedo corazón, solo para dejarlo aún más alterado.

Pero qué infierno.

—Tienes que calmarte, R —le digo, en serio, y su mirada se cruza con la mía.

—Joder, P. Yo… —Se pasa la mano por el pelo corto.

—Lo sé. —Apoyo mi mano en su hombro, rozando mi frente contra la suya—. Sal a tomar el aire. Si su padre ya ha aceptado el puto vestido, no vas a ser tú quien lo cuestione. ¿Entendido?

El chaval echa un vistazo rápido en dirección a ella, y sé que no está contento con lo que acabo de decirle, pero así son las cosas.

—¿Lo has entendido? —repito la pregunta y él asiente con la cabeza.

—Tu prima aún me va a matar —escupe las palabras y yo sonrío. —Sí, ríete, hijo de puta —me insulta, saliendo a toda prisa hacia el césped, y yo respiro hondo.

Todo solucionado.

Una pequeña tos llama la atención de todos, y me sorprendo mirando a una señora vestida con un traje de chaqueta que lleva una carpeta en la mano.

— Disculpen que les interrumpa, pero ya es hora de dar comienzo a la ceremonia. La novia está lista y su padre también.

Va a suceder.

Me voy a casar.

Elena será mi esposa, y no estoy tan asustado como pensaba que estaría. Estoy emocionado a más no puede, y ese es precisamente el problema. Y darme cuenta de ello hace que mi corazón se acelere en el pecho.

¡Eso es!

El momento.

Juntos, caminamos hacia los jardines, donde se ha montado la estructura.

—*Mamá*, todo ha quedado increíble —suelto en cuanto piso el césped, mirando a mi alrededor, impresionado por cómo se las ha apañado para organizarlo todo en tan poco tiempo. —Te has superado a ti misma.

—He tenido a las mejores ayudantes —exclama, sin ocultar la sonrisa, mirando hacia mis tías y la *nonna*.

—Gracias a cada una de vosotras.

—Ay, déjalo ya, cariño. Lo hice todo yo y lo volvería a hacer —exclama Giulia Zampieri, con la voz entrecortada, apoyando la mano sobre mi pecho.

—Ni lo empieces, Pietro, que voy a guardar las lágrimas que me quedan para el «sí» —refunfuña la tía Chi, mientras Isa y la señora Eleonora lucen una sonrisa enorme.

—¿Y este cielo? —exclama Stella, abriendo los brazos y contemplando el horizonte azul que se extiende sobre nosotros.

Ni una sola nube, solo una brisa agradable.

—Es el universo bendiciendo vuestra unión, *figlio* —dice la señora Eleonora, acercándose con Rafaelle a su lado.

— Pero qué elegante está usted —la saludo, besándole la frente—. ¡Ten cuidado, ¿vale, Rafaelle?!

— Nadie está tan loco. Mataría sin pestañear.

—Ay, ya está, justo lo que me faltaba, a mi edad, tener un marido celoso.

—Un marido listo, *nonna*, que cuida de tu bien más preciado —comento, y ella sonríe.

— Buena respuesta, chico. —Me da una palmadita en la mejilla—. Muy buena respuesta. Cuida bien del tuyo —me susurra esta parte solo a mí, y yo asiento con la cabeza.

Me voy.

La maestra de ceremonias se acerca, hablando sin parar, pero no oigo ni una sola palabra.

Siento un escalofrío en la nuca y centro mi atención en el ajetreo que me rodea. Reconozco varias caras: *jefes*, algunos socios, proveedores de toda la vida, políticos de la región y, por supuesto, miembros de Civitavecchia.

Todos charlan y beben tranquilamente, mientras se acomodan en las innumerables mesas de madera repartidas por el lugar y cuidadosamente decoradas.

No entiendo una mierda de decoración ni de bodas, pero una cosa sí sé: está jodidamente bonito.

Los cientos de flores blancas y verdes que se mezclan con los olivos y los cipreses, tan altos que tienes que inclinar la cabeza para ver la copa, componen el escenario perfecto.

Una boda que rinde homenaje a nuestros orígenes en la Toscana y, sobre todo, que une a las dos familias que durante décadas fueron enemigas.

En lugar de sangre, celebración.

Y con eso en mente, respiro hondo al ver acercarse al padre y a los hermanos de Elena.

—*Don* Zampieri —saluda, con un gesto de la cabeza.

—*Don* Tiziano —respondo, tendiéndole la mano, y él no ve otra opción que aceptarla—. Espero que haya tenido un buen viaje.

—Estupendo, acabamos de llegar. Por desgracia, había asuntos urgentes que atender y no he podido venir antes.

Urgente, y una mierda. Deberías haber acompañado a tu hija, pero eres un padre de mierda.

—Lo importante es que *Don* haya llegado a tiempo y que Elena y Donatella hayan podido venir antes.

—Una pérdida de tiempo, pero ya sabes cómo son las mujeres.

—No hay nada más justo que dediquen el tiempo necesario en una fecha tan especial como esta.

Se ríe.

Sí, el hijo de puta se ríe.

—Aún eres joven, *Don* Zampieri. Algún día comprenderás que esto… —mira a su alrededor— …no es más que una pérdida de tiempo y dinero.

— No creo que mi edad sea relevante, entiendo muy bien el tema y, por eso, discrepo totalmente —le respondo, serio, y su mirada se cruza con la mía.

Está cabreado, y a mí no podría importarme menos.

Si cree que voy a tragarme cualquier mierda que salga de su boca, más le vale pensárselo dos veces.

—*Papá*, mira esto —dice uno de los gemelos, interrumpiendo nuestra conversación, y, por primera vez, me alegro de ver a ese imbécil.

Evidentemente, dura poco.

—No me lo puedo creer, han encontrado un vestido que te queda bien, hermanita —suelta el capullo, mirando a su hermana, que está un poco apartada, y ella se sonroja inmediatamente, avergonzada.

Aprieto los puños, pero ni siquiera necesito decir nada.

—Es una pena que tú no hayas tenido la misma suerte, ¿verdad, Fábio? —Romeo avanza hacia el imbécil y, con sus casi dos metros de altura, el hermano de Elena parece un adolescente de doce años, mirando hacia arriba con miedo.

—Es Fabrizzio —corrige.

—Da igual. Deberías preocuparte por encontrar un sastre que sepa medirte el bajo de los pantalones, antes de preocuparte por la ropa de tu hermana, ¿no crees?

— Hace un día precioso, ¿verdad? —interviene *mamá*, apresurada, ante el recrudecimiento de la tensión—.

— Efectivamente, señora Zampieri —responde *Don* Del Vecchio.

—Vaya, qué bien que estén todos aquí. La banda ya está lista, va a tocar los primeros acordes para que los invitados se sienten cerca del lugar de la ceremonia —la organizadora de la ceremonia empieza a hablar, y parte de la tensión se disipa.

Un poco, pero sé que Domenico y nuestros hombres lo están vigilando todo, atentos al más mínimo movimiento por parte de los hombres de Civita.

—Vamos a empezar a organizar la entrada, os necesito a todos aquí —continúa, mirando a su alrededor mientras consulta su tableta—. ¿Dónde están las madrinas y los padrinos?

—Aquí —responde Alessia, señalando a su hermana y a Donatella, que todavía parece conmocionada por los últimos acontecimientos, y no es para menos.

—Perfecto, vosotras quedaos aquí. ¿Y ahora los padrinos? —Mira a su alrededor y Giovanni y Romeo se presentan, siendo colocados inmediatamente junto a Martina y Dona. —Falta uno… Roman —murmura, mirando a su alrededor.

—Claro que faltaría —exclama Alessia, abriendo el pequeño bolso que lleva, pero ni siquiera tiene tiempo de sacar su móvil.

—¿He oído mi nombre? —Mi amigo regresa, guiñándole un ojo a la mujer, que esboza una sonrisa de oreja a oreja ante el encanto del ruso.

— Sí, cariño. ¡Qué bien que hayas llegado! —responde ella.

—Perfecto, justo lo que me faltaba —resopla mi prima, sin disimular su irritación.

—¿Todo esto es nostalgia, Rayo de Sol? —Arquea una ceja y ella amenaza con decir algo, pero se calla, ignorándolo, con la mirada fija en el camino delimitado por grandes arreglos florales que conducen al altar, donde el cura ya nos espera.

Dejo de preocuparme por Roman y Alessia y me centro en mis propios problemas, cuando la organizadora de la ceremonia dirige su atención hacia mí y *mi madre*.

—Vale, repasemos esto. Seréis los primeros en entrar. El novio ya estará colocado en el altar, mientras que su madre volverá hasta aquí para reunirse con su marido e iniciar la procesión con los padrinos.

Ni siquiera presto atención al resto, las palabras me suenan lejanas; solo sé que mis padres entrarán juntos, seguidos de los padrinos y, por último, Stella como niña de las flores, y claro que eso dará pie a bromas *más tarde*.

Es increíble que la benjamina de los Zampieri, ahora consejera, vaya a entrar lanzando pétalos, pero entiendo perfectamente la elección: era eso o entrar con uno de los hermanos de Elena.

Imposible.

Hablando de eso, esos imbéciles ya han desaparecido de mi vista y, seguro, se han ido a sentar en los bancos reservados para los familiares.

—Una vez finalizada esta etapa, comenzará la música que marca la entrada de la novia. Voy a subir con su padre para dejarlo todo listo para esta etapa.

—¿Qué canción ha elegido? —pregunto.

—¿Perdón? —La chica parece sorprendida por la pregunta.

— He preguntado qué canción ha elegido —insisto, y me sorprende la respuesta.

La pequeña bruja es romántica.

Y teniendo en cuenta cómo quedó el ambiente entre nosotros en nuestro último encuentro, ya veo como una victoria que no haya elegido ninguna canción fúnebre ni de esas que parecen románticas, pero cuya letra es una bomba.

—Después del «sí», nos haremos unas fotos con los padres, los abuelos, los tíos y la familia, y luego los novios se harán unas fotos a solas —anuncia, aplaudiendo animadamente, y yo solo quiero que empiece ya esta mierda.

Necesito verla.

Simplemente… lo necesito.

—¡Eso es! ¿Podemos continuar, *Don* Zampieri? —pregunta, y extiendo el brazo hacia la señora Giulia, que ya tiene los ojos llenos de lágrimas.

—No quiero perder ni un minuto más —respondo alto y claro, ante los suspiros de mis tías y primas, y la sorpresa de mi hermano y mi amigo.

—¡Bravo! —exclama *papá,* emocionado—. Te estaré esperando aquí, *amore mio* —avisa, y *mamá* apenas puede responder.

—No pasa nada —la tranquilizo, besándole la mano.

—Lo sé, querido mío, lo sé, por eso estoy tan feliz.

—Nos vamos a acomodar —avisa la tía Chi, visiblemente emocionada—. Ni siquiera te voy a dar un beso ahora, Pietro, porque… —hace una pausa, respirando hondo— …porque no puedo estropearme el maquillaje antes de las fotos.

Lucca, a su lado, suelta una carcajada.

— Ni una palabra, *consigliere*. No sabes el trabajo que me ha costado esto —señala su propia cara.

—No he dicho nada, *bambina*.

—Pero pensaste que lo sabía. —Entrecierra los ojos con seriedad, pero luego sonríe, antes de volver su atención hacia nosotros—. Ni se os ocurra empezar a caminar antes de que me

siente —advierte, y tanto *mamá* como yo nos reímos cuando ella simplemente sale disparada hacia las sillas.

—Ve despacio o te vas a caer, por el amor de Dios —*la* tranquiliza *mamá*.

—Qué rápida ha sido la señora Eleonora y el Ruso, que ya están allí esperando —comenta *papá*, y, aunque desde lejos, se puede ver a todos sentados en la primera fila: *la nonna* con Rafaelle a su lado y los padres de Roman.

—Nosotros también nos vamos —avisa la tía Isa, acercándose a mí con los ojos llenos de lágrimas—. Que esta boda sea mucho más de lo que jamás hayas soñado, Pietro, que seas inmensamente feliz —susurra, besándome en la mejilla.

Ya lo es… mucho más de lo que esperaba.

Y ni siquiera ha empezado.

Mi tío se acerca y me atrae hacia él para darme un abrazo; no dice nada, no hace falta, su mirada lo dice todo.

Esperamos unos minutos más.

Todos se acomodan y un silencio absurdo se apodera del césped antes de que empiecen a sonar los primeros acordes de «*The Power of Love*», interpretada por Andrea Bocelli.

Es mi señal.

Aquí, ante Dios y ante todos los que realmente importan, voy a casarme.

Dejo que la melodía y la poderosa voz del gran tenor me inunden y, acompañado de *mi madre*, camino hacia el sacerdote. Doña Giulia me besa en la frente y, a continuación, discretamente se dirige hacia mi padre.

Hago caso omiso de todas las miradas, mantengo la vista fija en el camino que conduce hasta mí, y allí veo a mis padres, a mi hermano, a mis primos y primas caminando, sonrientes y emocionados, hacia mí, recordándome que nunca estaré solo.

Nunca.

Los acordes se desvanecen y el silencio vuelve a reinar.

Mi corazón late tan fuerte en el pecho que temo que puedan oírlo, pero, afortunadamente, la quietud dura poco: comienzan a

sonar las primeras notas de *«Davanti a noi»* y contengo la respiración.

No tarda mucho en aparecer y, joder, es casi como si el suelo se desvaneciera bajo mis pies.

Qué guapa…

No puedo apartar la mirada de ella.

Que no sea Elena acercándose a mí.

Mi mujer…

Con la mano apoyada en el brazo de su padre, parece abatida, angustiada, triste, y eso me parte el corazón, porque solo quiero verla sonreír, pero entonces sus ojos verdes se cruzan con los míos, y joder, puede que me esté volviendo loco, pero la sombra de una sonrisa asoma allí, tímida, pero suficiente para iluminarlo todo en mí, y que le den a todo, me pillo haciendo lo mismo, sonrío, sin importarme lo más mínimo lo que puedan pensar.

Los últimos acordes de la canción resuenan cuando Tiziano Del Vecchio se detiene a pocos pasos de mí.

No dice nada, solo tira del brazo y hace un gesto con la cabeza para que su hija se mueva.

Hijo de puta.

Respiro hondo, sabiendo que, en el momento oportuno, este pedazo de mierda y yo tendremos una charla.

La veo dar un paso hacia mí, pero no puedo quedarme quieta; camino hacia ella, me detengo frente a ella, y ahí está de nuevo su mirada clavada en la mía.

—Elena —susurro, tendiéndole la mano en señal de invitación, y me estremezco cuando ella no dice nada, solo acepta, con su palma helada tocando la mía, que está caliente.

—Pietro. —La emoción en su voz me oprime el pecho. Hay tanto ahí, tanto.

—Voy a cuidar de ti, mi hechicera —le susurro solo al oído, y ella escucha; veo en su mirada la sorpresa, la emoción y cómo asiente. —¿Lista, *maghetta?* —le pregunto y la veo entrecerrar los ojos, lo que la hace aún más guapa.

Acepta, preciosa, podría llamarte de mil maneras, pero eso es lo que eres para mí, mi bruja, mi hechicera…

Toda mía.

—¡Lista! —responde, esbozando una sonrisa enorme y sincera, y ahí, pierdo el rumbo; lo único que quiero es ignorarlo todo y a todos, solo atraerla hacia mí y perderme en ella.

No sé cuánto tiempo me quedo paralizado, perdido en su mirada; parece poco, no lo suficiente, pero una pequeña tos me devuelve a la realidad, y me obligo a apartar la vista, centrándome en el sacerdote que tenemos delante.

El cura empieza a hablar sobre el significado del matrimonio, sobre el amor y el plan de Dios en nuestras vidas, pero lo único en lo que consigo pensar es en la mano de Elena en la mía, en el hecho de que no se haya alejado de mí; sin embargo, cuando el anciano pregunta si hemos venido a contraer matrimonio por nuestra libre y espontánea voluntad, me pongo tenso, pero dura poco, porque Elena se apresura a responder que «sí».

—¿*Don* Zampieri? —pregunta el cura, y me doy cuenta de que me he quedado tan sorprendido que ni siquiera he respondido.

Pero, joder.

—Sí, claro que sí —respondo con énfasis, y veo que la pequeña se contiene para no reírse de la situación.

Su mirada se cruza con la mía, y se da cuenta de que la he pillado in fraganti, porque vuelve a fijar la vista en el sacerdote.

Menos mal que se lo está pasando bien…

Podría decir que el resto de la ceremonia transcurrió sin grandes emociones, pero estaría mintiendo.

No pensé que me afectaría, pero tener a Elena delante de mí y escucharla prometer, con la voz entrecortada, que me sería fiel, que me amaría y me respetaría todos los días de nuestra vida, me desarmó en todos los sentidos. Me perdí en su mirada, en la emoción que vi allí y que reflejaba la mía, y cuando hice mis propias promesas, lo hice queriendo decir exactamente cada palabra, cada una de ellas: «tu marido, en la alegría y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe»; eso es lo que quiero ser, pero, sobre todo, quiero ser su amor, su puerto seguro.

Lo quiero todo.

Por eso, cuando el cura finalmente pronunció la frase *«Puoi baciare la sposa, Don* Zampieri», supe que no podría ser un simple roce de mis labios contra los suyos…

Ni de coña.

Elena tiene que entender que estoy comprometido a hacer que todo lo que he prometido aquí, ahora, *se haga realidad.*

La pequeña bruja me mira expectante, con las mejillas ligeramente sonrosadas, y todo parece quedarse en silencio a nuestro alrededor.

—Pietro—, susurra, mordiéndose ligeramente los labios, y ahí lo pierdo todo.

Atraigo su cuerpo hacia el mío, deslizando mi mano por su espalda desnuda, sintiendo su piel caliente, y acerco mis labios a los suyos, al principio con suavidad, despacio, saboreándola, pero Elena acaba con el poco control que me quedaba; la bruja me corresponde, apoyando las manos en mi pecho, aferrándose a mí, y cuando me doy cuenta, la estoy devorando, deslizando mi lengua por su deliciosa boca.

Es intenso, apasionado, y joder, podría perderme allí mismo.

Me aparto, sintiendo cómo el corazón me late como loco en el pecho, y veo en su mirada la misma necesidad que hay en mí: de más, mucho, más.

—Esposa —susurro, acariciándole el labio con el dedo índice.

—Esposo —responde ella, con el pecho subiendo y bajando al ritmo de su respiración acelerada.

— ¡Ay! —grita Giovanni, y yo sacudo la cabeza, sabiendo que debería haberme imaginado que haría eso.

No tarda mucho en estallar una salva de aplausos a nuestro alrededor, todos emocionados ante nuestro beso.

—¡A eso es a lo que yo llamo no perder el tiempo! —grita Roman, con Alessia a su lado, y hasta ella se está riendo.

Dirijo mi atención hacia Elena, que está roja como un pimiento.

— No les hagas caso —le susurro, entrelazando mis dedos con los suyos.

—Lo intentaré —sonrío.

—¿Lista para la fiesta, señora Zampieri? —le pregunto y veo su mirada de sorpresa—. ¿He dicho algo mal?

—No, no… —se apresura a decir—. Es solo que… me ha gustado mucho.

Joder. ¿Cómo puede ser tan guapa?

Debería cumplir con mis compromisos, pero me sorprendo a mí mismo acercando a Elena de nuevo hacia mí.

Su rostro está a centímetros del mío, y sería tan fácil perderme en sus labios, una y otra vez.

Me acerco, y podría jurar que la bruja pensó que iba a hacer precisamente eso.

—A mí también me gusta —le susurro al oído, inhalando el aroma de su cabello, sintiendo cómo se estremece contra mí.

—Oh… —jadea, desconcertada.

—Más tarde.

—¿Más tarde qué? —pregunta.

—Puedo hacer lo que estabas esperando.

— ¿Y qué estaba esperando? —Arquea una ceja.

—Ya lo sabes —respondo, y ella se sonroja de nuevo, lo que lo hace todo aún más difícil.

La descarada está a punto de responder, pero la maestra de ceremonias se adelanta y, durante los siguientes minutos, recibimos felicitaciones, abrazos y deseos de felicidad.

La mayoría son un puñado de lameculos, pero cuando se trata de aquellos que realmente importan —los que ni siquiera necesitan decir nada, los que están a tu lado pase lo que pase—, es difícil no emocionarse.

Elena lloró abrazada a su hermana, a mis primas, a mis tías, a *mi* madre… y, por supuesto, la señora Eleonora no se iba a quedar al margen.

Todas se quedaron llorando.

Y no sé si fue la emoción de verla allí, arropada por la familia, recibiendo abrazos y besos, lo que me conmovió, pero sentí que se me hacía un nudo en la garganta en muchos momentos y, por poco, no lloro como un niño.

—¿Ya estás más tranquilo? —me pregunta *papá*, pasando el brazo por mi hombro.

Asiento con la cabeza y él se ríe.

—Apuesto a que ya estás pensando en el final de la fiesta —dice el tío Lucca, acercándose con una sonrisita.

—La fiesta apenas ha empezado, joder —exclama Enzo, a su lado.

— Justo por eso.

—Tengo que admitir que…

— ¿Lo ves? ¡Te lo decía! —exclama Lucca, y ni siquiera intento corregirlo; todos estallamos en carcajadas.

—De verdad te has casado, hermano. —Gio se acerca, con Roman y Romeo a su lado. —Todavía estoy en shock —murmura, apurando una copa de vino como si fuera agua.

—No te preocupes, *figlio*, pronto te tocará a ti —*papá* se empeña en recordárselo.

—Ya lo he acordado con Pietro, seré el *último* —destaca la última palabra.

—¿Lo has acordado, eh? No me acuerdo de eso —le respondo, conteniéndome para no reírme.

—No me jodas, hermano. Ya lo hemos hablado: primero te diviertes arruinando, ups, buscando una novia o un novio para nuestros primos.

—Ni hablar, mejor casar al hermano pequeño antes de pasar a las primas —suelta Romeo, solo para que Giovanni le haga un corte de mangas.

— ¿Primas, eh? Menudo estratega eres, ya tienes a tres delante de ti —exclama Roman, riéndose, y mi primo me guiña un ojo.

—La planificación lo es todo —bromea.

—Eres un jodido afortunado, Roman; al fin y al cabo, tú decides cuándo y con quién te vas a casar.

Roman se ríe, pero no lo niega.

—Vale, ya ha quedado claro que todos estáis deseando casaros —dice *papá*.

—Muchísimo —destaca Enzo, con los brazos cruzados, conteniéndose para no reírse.

—Pero debo decir que oí al padre de Roman decir algo sobre querer nietos —comenta Lucca como si nada.

—Hablemos de cosas alegres, ¿no? —el ruso cambia de tema, pero, por mala suerte, su padre se acerca por detrás y no deja pasar la oportunidad.

—¿Qué puede haber más alegre que hablar de eso? —suelta Dimitri, pasando el brazo por el hombro de su hijo.

—*Blyad* —maldice en voz baja en ruso, y cada vez me cuesta más mantener la seriedad aquí.

— Deberías inspirarte en Pietro —mira en mi dirección— y buscarte ya una mujer tú también —continúa, y es demasiado, no hay ni uno que se mantenga serio.

Todos estallan en carcajadas, incluso Roman.

—Mirad, la charla está muy bien, pero tengo que hacerme unas fotos con mi mujer —aviso—. Os sugiero que sigáis hablando del tema del «matrimonio» con Roman, Giovanni y Romeo —subrayo, guiñando un ojo.

—Hijo de…

Ni siquiera escucho el resto, ya me estoy dirigiendo hacia donde está mi mujer, y ella parece sentir que me acerco, pues gira la cara y su mirada se cruza con la mía.

— Pietro.

—Ven conmigo —le pido, tendiéndole la mano, y ella la acepta.

—¿Adónde vamos? —pregunta, mientras nos alejamos de los invitados, para locura de la organizadora de la ceremonia, que se queda hablando sola.

—Un poco lejos de todo, de todos —le explico, dando unos pasos más, hasta que llegamos a un lugar más apartado del césped, cerca de los olivos.

A solas.

—Qué bonito es esto —exclama Elena, mirando a su alrededor, la plantación, las colinas al fondo.

—Te lo enseñaré todo cuando volvamos —exclamo, y su mirada se clava en la mía—. Este es tu hogar, tu casa…

—Hogar —susurra, y veo emoción en su mirada, pero rápidamente baja la cabeza y se mira los pies.

Joder.

Acorto la distancia, necesito estar cerca de ella.

Es incontrolable.

—¿Cómo estás? —le pregunto, levantándole la barbilla con el dedo índice.

— Todo va de maravilla —responde, sonriendo.

—No es eso lo que te he preguntado —le digo, sujetándole la nuca y mirándola a sus ojos verdosos.

—Yo… —empieza, mordiéndose los labios, y mi mirada se dirige hacia allí.

— Elena… — Mi voz es una advertencia, y ella se da cuenta, ya que se detiene.

Dios, cómo quiero besarla.

—Soy feliz, más de lo que jamás creí posible —admite, con los ojos llenos de lágrimas.

— ¿Es eso algo malo?

—Sin duda es algo que no esperaba. —Su voz es solo un susurro.

—Yo también —confieso, acercándome aún más, con los labios a punto de rozar los suyos.

— ¿Es eso algo malo? — me devuelve la pregunta y sonrío, acariciándole la mejilla con el dedo índice.

—No me lo esperaba, no tan rápido…

Veo cómo la sorpresa inunda su mirada, y sé que tengo que alejarme antes de que pierda el control y la vuelva a abrazar.

—Pietro —susurra, como si supiera en qué estoy pensando.

—¿Te han gustado los regalos? —le pregunto, pasando a un tema seguro, al tiempo que me alejo unos centímetros.

Cálmate, joder.

—Me han encantado —responde, y ahí está su enorme sonrisa, que hace que todo en mí se agite. —Yo… —empieza a decir, pero se detiene.

— ¿Qué pasa?

—Me han gustado los pendientes —se toca las orejas, y solo entonces me doy cuenta de que los lleva puestos—, pero el ramo…

Ya me preparo para algún comentario sutil, en el que diga que le ha gustado, cuando en realidad lo ha odiado, pero entonces veo cómo se le humedecen los ojos y no puedo contenerme, me acerco.

—¿He hecho algo mal?

— Al contrario —me confiesa, con los ojos verdes llenos de lágrimas.

Me quedo en silencio.

—Cuando Dona y yo éramos pequeñas, nunca nos dejaban ir al césped —comienza, con la voz entrecortada, y veo lo difícil que le resulta hablar de ello.

— Elena —intervengo, pero ella niega con la cabeza, haciendo una mueca.

—No podíamos hacer muchas cosas —continúa, mirándose las manos, y me sorprendo levantándole la cara, necesitando que sus ojos se claven en los míos—. Solíamos pasar horas en nuestra habitación, en el ático, y allí había una ventanita… —Su voz se quiebra y veo cómo se le escurre la primera lágrima, pero se apresura a secársela. —Me gustaba sentarme cerca de ella y quedarme mirando las innumerables margaritas que crecían al otro lado; soñaba con ir algún día hasta allí y coger una para mí… —Le tiemblan los labios, y yo aprieto los puños, deseando con todas mis fuerzas acabar con la estirpe de Tiziano Del Vecchio por haber privado a la mujer que tengo delante de algo tan sencillo. — Entonces, no, no te has equivocado… —Sonrío, secándole las lágrimas rebeldes que insisten en resbalar por su rostro, por mucho que ella intente contenerlas. —Me has dado más flores de las que jamás imaginé recoger —concluye, y yo no digo nada, no puedo, solo la atraigo hacia mí, la abrazo con fuerza, le beso el pelo, la frente y, cuando me aparto, es para sostenerle el rostro entre mis manos.

—Mírame, Elena —le pido, necesitando que entienda, sin lugar a dudas, lo que voy a decir, y cuando su mirada se cruza con la

mía, yo , por fin digo: —Me aseguraré de que nunca falten margaritas en nuestra casa. *Nunca, mia maghetta*.

—Gracias… —Su voz es apenas un susurro.

—Ahora, creo que será mejor que volvamos antes de que esa señora venga a buscarnos con el fotógrafo.

—Creo que ya nos han encontrado —susurra, riendo.

—Joder, y eso que solo eran unos minutos más… *contigo* —digo, y veo la sorpresa en su mirada.

La chica no tiene ni idea de lo que me está haciendo.

Solo por estar aquí… a mi lado.

Sí, preciosa… ese beso solo fue el principio.

—No os acerquéis —ordino, sin siquiera girar la cabeza hacia atrás, con la mirada fija en sus labios.

— Pietro… —jadea, con el pecho subiendo y bajando—. La organizadora de la ceremonia, el fotógrafo… —balbucea.

—Si quieren seguir con vida, tendrán que esperar…

— ¿Esperar? —Arquea una ceja.

— Esperar a que bese a mi mujer.

—Oh… —jadea, humedeciéndose inconscientemente los labios, y mi polla se pone dura al instante.

— Joder, Elena —la insulto, agarrándola por la nuca y pegando mi cuerpo al suyo—. Di que no quieres mi beso, dime que me aleje —le espeto, pero ella permanece en silencio.

Froto mis labios contra los suyos, despacio, dándole la oportunidad de apartarse, de empujarme, pero la bruja hace justo lo contrario.

—Solo es un beso —exclama, agarrándome de la camisa y tirando de mí hacia ella, y todo mi control se va a la mierda; ya no es suave, es voraz, intenso, necesitado; la devoro, mordisqueándole el labio, solo para deslizar mi lengua, antes de volver a tomar su boca entre la mía.

— Pietro —gime contra mis labios.

—Me vuelves loco, *mia maghetta* —gruño, intentando controlar el hambre, la necesidad insana que Elena despierta en mí, pero no puedo; sigo besándola, deleitándome con los sonidos que deja escapar.

—Eso no cambia nada —dice ella; no sé si me lo dice a mí o a sí misma, pero ni de coña me voy a quedar quieto.

—Eso lo cambia todo —replico, interrumpiendo el beso, apoyando mi frente contra la suya, observando su mirada brillante, la boca hinchada, el rostro sonrojado, la respiración entrecortada—. Porque ahora sé que me deseas *tanto como yo te deseo* a ti.

— Yo no… —empieza a decir, intentando apartarse, pero la mantengo firme allí conmigo, con la boca a centímetros de la mía.

— No te preocupes, será un placer esperar a que me supliques que siga.

—¿Cómo consigues estropearlo todo siempre?

— ¿Siempre mientes sobre cómo te sientes? Debería enseñarte las consecuencias de mentirme —le respondo, serio, y ella entrecierra los ojos, pero no se atreve a responderme. — Pero la espera será tu mejor castigo.

— Eres… —empieza a decir, pero ni siquiera consigue terminar la frase.

— *Don* Zampieri… — La voz de la maestra de ceremonias resuena en la distancia.

—Nos vamos —respondo, sin apartar la mirada de la mujer que tengo delante, y entonces me acerco lo suficiente para susurrarle al oído: —Ahora, volvamos con nuestros invitados y a la fiesta, y da las gracias por no dejarte el culo todo rojo esta noche, porque eso es lo que me apetece en este momento, y es lo que te mereces —subrayo, antes de darle la espalda.

La tarde se va a hacer larga, y algo me dice que la noche será aún peor.

Joder…

Es increíble cómo siempre consigo echarlo todo a perder entre nosotros, pero no voy a dar marcha atrás. Elena aprenderá que mentir tiene consecuencias, da igual que su castigo sea también el mío.

La bruja reconocerá que me desea.

Suplicará mucho más que un beso y, si depende de mí, eso no tardará en llegar.

Ni hablar.



Already Gone – Kelly Clarkson
Die with a smile – Lady Gaga y Bruno Mars
Everything I Need – Skylar Grey

Sabía que el día prometía grandes emociones, pero nada me había preparado para esto.

¿En qué estaba pensando cuando dije que solo era un beso?

¿Dónde?

Ya lo sé, tenía la cabeza en el beso que me dio en el altar, en el beso que hizo que mi alma casi se saliera del cuerpo.

Sí, porque yo estaba preparada para un besito, algo rápido y sin gracia, no para eso.

Debería estar echando humo de rabia, pero no es así.

No…

Estoy enfadada, sí, conmigo misma, por no dejar de pensar en eso.

Debería estar pensando en lo bonito que está todo: la decoración, las flores, la música. Debería estar recordando cómo me sentí al ver a Dona en el altar con ese abogado tan guapo a su lado, mirándola boquiabierto, o lo divertido que fue ver a Alessia y a Roman uno al lado del otro, lo bien que hacen pareja, aunque ella pareciera querer abalanzarse sobre él en cualquier momento, pero no.

En todo momento estoy pensando en él… *siempre en él*.

En cómo me sentí al verlo esperándome al final de aquel pasillo lleno de flores blancas, en lo feliz que parecía al verme, y en lo fácil que me resultó sonreír, a pesar de toda la angustia que me invadía. En lo fácil que me resultaron los votos y las promesas, en cómo me sentí cuando prometió amarme, respetarme, honrarme…

Respiro hondo, sintiendo cómo se me empañan los ojos solo de pensar en ello.

Entonces llegó el beso y allí me fui con Dios.

Era real…

Puede que nuestro matrimonio sea un contrato, un acuerdo, pero aquello fue real.

Lo vi en su mirada cuando se apartó. Vi que quería más, vi en él lo que yo misma sentía, lo que nos lleva al sentimiento del momento.

Enojo conmigo misma.

¿Por qué me he hecho esto a mí misma? Un beso ya había causado estragos, pero ¿qué fui a hacer allí? Pedí más.

«Solo es un beso…» «Eso no cambia nada…»

¡Y una mierda!

No es solo un beso y, sí, lo cambia todo, porque ahora me pillo pensando en cómo sería tener más de él… todo de él.

Y lo peor de todo esto es recordar lo que dijo y saber que ese maldito tiene razón, excepto en lo de que yo le suplique, porque eso… *jamás, nunca, ni de coña…* va a pasar.

—Joder —maldigo en voz baja.

—¿Has dicho algo, querida? —pregunta la organizadora de la ceremonia, sonriendo, y yo asiento avergonzada; basta con una mirada al desgraciado que tengo al lado para saber que, sí, lo ha oído.

—Lo que mi mujer quiere saber es cuándo podremos bailar. Creo que ya hemos saludado a todo el mundo y nos hemos hecho fotos más que suficientes.

— Sí, sí, el baile de los novios. — Aplaude, muy animada, y yo podría matar a Pietro allí mismo.

— No sé bailar.

— Va a quedar precioso. — La mujer me ignora por completo, y Pietro, a mi lado, se está conteniendo para no reírse.

—Te vas a reír un buen rato cuando te destroce los pies, *Don* Zampieri —le provoqué, y ese es mi problema, que no tengo filtro.

Esperaba una respuesta, una mirada de reojo, pero en lugar de eso me atrae hacia él y acerca su cara a mi oreja.

— ¿Crees que eso me asusta? —susurra, y todo mi cuerpo se calienta.

—No has visto lo alto que es este tacón —es lo único que se me escapa, dada mi total incapacidad para pensar con claridad cuando estoy cerca de él.

Quiero besarlo, quiero estrangularlo, quiero arrancarle toda la ropa.

Dios…

Pietro se ríe, una risa deliciosa, y, joder, se pone aún más guapo.

—Te estás riendo, es increíble.

—Estoy feliz, voy a bailar con mi mujer, ¿por qué no reírme? —Me guiña un ojo, tendiéndome la mano, y no me queda más remedio que aceptarla.

Bailamos.

Al principio estaba muy nerviosa, muy preocupada por no hacer nada mal, por no hacerle daño, a pesar de haber dicho que lo haría, pero entonces Pietro me susurró al oído:

«Finge que solo estamos nosotros dos».

Tuve ganas de replicarle con un «eso solo lo empeora», pero intenté convencerme de que no había un público de desconocidos y familiares observando cada uno de nuestros pasos y, al cabo de unos segundos, funcionó.

Me relajé en sus brazos, dejé que la música me inundara y me lo pasé bien.

Y, al final, no fue solo una canción en sus brazos, fueron varias, y no solo las tradicionales; creo que nunca olvidaré a Pietro mirándome fijamente mientras bailábamos al son de la versión instrumental de *«Die with a Smile»* de Lady Gaga y Bruno Mars.

Soy una tonta porque, en mi cabeza, solo podía tararear y pensar en lo perfecta que era esa canción para ese momento, para mí, porque me sentía exactamente así:

[…Si el mundo se acabara, querría estar a tu lado
Si el mundo se acabara, me gustaría estar a tu lado

Si la fiesta hubiera terminado y nuestro tiempo en la Tierra se hubiera acabado
Si la fiesta hubiera terminado y nuestro tiempo en la Tierra también

Me gustaría abrazarte solo un ratito
Me gustaría abrazarte solo un ratito

Y morir con una sonrisa
Y morir con una sonrisa…] – *Fragmento de «Die With a Smile» – Lady Gaga*

Y no fuimos solo nosotros los que bailamos.

Puede que siga un poco atontada y algo irracional de tanto tiempo en tus brazos, pero aun así, veo a mi hermanita bailando con Romeo y no puedo contener la sonrisa.

—Tu hermana parece estar pasándolo bien —comenta Pietro a mi lado, como si me leyera el pensamiento.

—Así es —afirmo, sintiendo el corazón más ligero al ver a Dona así, sonriendo, pasándolo bien—. En cuanto a tu prima, no estoy tan segura —digo, señalando con un gesto en la dirección donde Alessia y Roman parecen más estar discutiendo que bailando —. No sé si la sugerencia de la organizadora de que todos los padrinos bailaran ha funcionado muy bien.

—Joder, desde luego que no —exclama, mirándome fijamente, y es evidente que se está conteniendo para no reírse.

—Eres muy amigo, o no —comento, entrecerrando los ojos, y eso basta: Pietro se echa a reír a carcajadas, y yo intento contenerme, mordiéndome los labios con fuerza, pero al final me uno a él. —¿Es mi impresión o Alessia nos está mirando como si

pudiera matarnos? —pregunto, al ver que realmente mira en nuestra dirección.

—No es una impresión, lo está haciendo —confirma mi sospecha, y eso nos hace reír aún más.

— Dios, hasta me duele el estómago —murmuro, y cuando me doy cuenta, Pietro me ha vuelto a atraer hacia él. — ¿Qué estás haciendo? Ya hemos bailado —balbuceo, sin poder apartar la mirada de sus labios.

—Estaba pensando en hacer otra cosa —susurra, acercando sus labios a los míos.

Mi cerebro dice: *«No, no…»,* pero todo lo demás grita: *«Sí, sí…»*

Por suerte, la bendita organizadora de la ceremonia me salva de humillarme aún más.

Durante las siguientes horas, estuvimos ocupados, divirtiéndonos, claro está, junto a aquellos que realmente importan: mi hermana y aquellos a quienes he aprendido a querer en tan poco tiempo, su familia… no, me corrijo, *mi* familia. *La que yo elegí, la que me acogió.* Y, en ese momento, me olvidé *de papá,* me olvidé de mis hermanos, solo había sonrisas, solo felicidad.

Todo fue como un auténtico sueño.

Después de los valses, la banda dio comienzo a un auténtico espectáculo, con canciones animadas de varias décadas, que hicieron bailar a todo el mundo, incluida yo, que me lo pasé en grande en compañía de las mejores, ¿no?!

Sí, todas las Zampieri salieron al césped, incluida la *nonna*, y nunca olvidaré las sonrisas, las risas, las bromas, *nunca*.

Puede parecer una tontería, pero son esos pequeños momentos los que estoy segura de que permanecerán conmigo, no importa cuántos años pasen.

Son buenos recuerdos…

Son las que vale la pena conservar.

Y las que no estaban bailando, se lo pasaron en grande comiendo o bebiendo, porque, te lo digo yo, ¡qué bufé tan divino!

Y cuando pensaba que ya nada podía sorprenderme, se hizo de noche, pero en lugar de que todo se volviera aburrido, no, se

volvió aún más bonito.

Se encendieron guirnaldas con cientos de bombillitas sobre nosotros, además de que varios olivos y robles tenían los troncos rodeados de innumerables luces.

Precioso.

Tanto que las palabras no parecen suficientes para describirlo.

Y así, con los ojos llenos de lágrimas, por fin llega el momento de que Pietro y yo montemos nuestra tarta.

Cuando veo la mesa que han preparado para nuestra misión, no puedo contener la emoción, y se me escapan una o dos lágrimas.

Mentira, fueron unas cuantas.

—Te dije que tendríamos fresas, *figlia* —exclama Giulia, mirándome con una sonrisa enorme, y yo solo puedo asentir, porque hablar me resulta imposible.

— ¿Lista? —me susurra Pietro al oído; mi mirada se cruza con la suya y hay tanto ahí.

Tanto…

—¡Lista!

Mientras la banda toca «Volare (Nel Blu di Pinto di Blu)», con todo el mundo de pie, aplaudiendo, Pietro y yo, con la ayuda del *chef*, montamos nuestro *milhojas* bien relleno de fresas.

Creo que hasta sorprendimos a los invitados, pero ni siquiera me importa; eché fresas troceadas hasta asegurarme de que no quedara ni un hueco de hojaldre sin rellenar.

Al final, quedó precioso y, con Pietro cogiéndome de la mano, cortamos la primera porción, entre aplausos, silbidos y fuegos artificiales que iluminaban la noche.

—Menudo gimnasio me va a tocar para quemar todas estas calorías —refunfuña Alessia a mi lado, mientras le da otro bocado al pastel.

—Eso es un problema para mañana; hoy lo que importa es cómo nos las arreglamos para comernos todo esto. —Le guiño un ojo.

— Sin duda.

—Solo tienes que venir conmigo a Chiusure, hermanita. Desmembrar un cadáver quema muchas calorías —dice Martina, como si estuviera hablando del tiempo.

— Tina, por el amor de Dios… ¿en serio?

—¿Qué pasa? —pregunta, con cara de auténtica sorpresa, y yo solo me río.

—¿Sabes qué? Olvídalo —Alessia se rinde, riéndose—. La afortunada es Lena, que va a quemar las calorías de otra forma. — Me guiña un ojo y casi me atraganto.

—Vaya, la chica ya se ha emocionado solo de imaginárselo.

—Qué loca… —suelto, en cuanto consigo dejar de toser.

— Lo siento, Lena, es que leí en una revista sobre esta teoría y me acordé de que tú… bueno, ya me entiendes —explica, y me dan ganas de gritar: «Sí, lo entiendo, y eso no va a pasar».

Dios, hasta tengo calor.

— Depende —suelta Tina de repente.

— ¿De qué depende? —pregunta Alessia, tan confundida como yo.

—Follar y quemar calorías.

— Tina… — Esta vez es ella la que casi se desmaya.

— Solo digo que no sirve de nada ligarse a un tío que lo hace suave y pensar que vas a quemar doscientas calorías; ahora bien, si es intenso, puede que quemes incluso más. — Esboza una sonrisita.

— Por el amor de Dios, Martina, no quiero oír ni una palabra más…

—Tú has empezado.

— Y voy a terminar. Si *papá* te oye, se va a quedar de piedra aquí mismo.

Ella se ríe.

—Vale, vale —suspiro, todavía asimilando todo lo que acabo de oír—. Hace calor, ¿verdad? —Miro a Alessia, que está tan sonrojada como yo.

— Vaya, sí, después de esto, voy a buscar al camarero, necesito algo fuerte para beber —dice ella, todavía desconcertada.

— Buena idea, yo voy… — Miro a mi alrededor, agradeciendo que Pietro esté distraído hablando con su padre y sus tíos, y con

algunos otros *jefes*. — Voy a buscar a la señora — aviso, sin saber ni por dónde empezar a buscarla.

—La he visto hablando con uno de sus hermanos hace un momento —me avisa Martina, y al instante me quedo helada, sabiendo que tengo que encontrarla de inmediato.

Pero justo cuando tenemos prisa, todo parece confabularse en nuestra contra. Solo quería encontrar a mi hermana, pero a cada paso que daba, alguien se paraba para saludarme y no había forma de ignorarlo; al final, acababa charlando unos minutos con esa persona, hasta que amablemente pedía permiso para marcharme.

Señora, ¿dónde está?

Ya he hablado con casi todo el mundo, y ni rastro de Donatella; bueno, en realidad, con casi todo el mundo.

No he hablado con *papá* ni con mis hermanos desde que terminó la ceremonia y tuvimos que saludar a los familiares.

Tiziano Del Vecchio está demasiado ocupado celebrando su boda, hablando con algunos invitados, y claro, ni siquiera se molestaría en venir a hablar conmigo.

No cuando ya ha conseguido lo que quería.

Por eso, cuando me lo he cruzado hace un rato, solo ha levantado su copa de whisky y me ha saludado con la mano.

En el rostro, una sonrisa; pero la mirada vacía.

Créeme, lo conozco bien: hay cosas que se pueden fingir, y otras no. Y solo lo hizo porque, justo en ese momento, Pietro estaba a su lado, así que se quedó sin otra opción o se sintió obligado a fingir ser el padre que nunca fue, y, aunque sea desde la distancia, consigue darme asco.

Le vi dar una palmadita en la espalda a Pietro y desearle una luna de miel «productiva».

¿En serio?

¿El hombre ya quiere que vuelva embarazada?

Ni se le ocurre que no corro ese riesgo.

Ni mucho menos.

En primer lugar, porque no vamos a hacer… eso, pero eso no viene al caso; lo cierto es que aproveché la excusa de la boda y pedí cita con la doctora que nos atiende a Dona y a mí desde hace años,

desde que tenemos la regla, y la directora se puso en contacto con *papá* y le preguntó si había algún médico en particular al que pudiéramos acudir.

La anciana no es nada amable, pero es la única que conocemos y parece tener mucha demanda, ya que su consulta en el centro de Roma siempre está llena.

No tuvimos que esperar, claro, pero aun así, es señal de que tiene pacientes fieles, y lo que considero más importante: no hizo preguntas cuando le dije que quería algo para evitar un embarazo no deseado.

Solo nos preguntó si teníamos alguna preferencia, si lo queríamos oral o inyectable, cada tres meses.

Por supuesto, me decidí por la inyección, así nadie se enteraría.

Sería nuestro secreto: el mío y el de Dona.

Nada de bebés por aquí.

Al menos durante un buen tiempo.

No te acuerdes de lo que dijo sobre la inseminación artificial, ahora no.

Respiro hondo, sabiendo que tengo que olvidar esa conversación tan desafortunada.

Ya tengo suficientes preocupaciones, y ella solo me hace sentir como una idiota por haberme tomado la pastilla; al fin y al cabo, ¿para qué tomar anticonceptivos si ni siquiera voy a tener sexo?

—¿Ya estás pensando en todo lo que quieres hacer con tu maridito? —La voz de Dona resuena a mis espaldas y suspiro, aliviada.

— Dios, ahí estás, te he estado buscando, no sé, unos quince minutos. ¿Estás bien? Tina me ha dicho que te vio cerca de uno de los gemelos.

Su expresión cambia, pero lo disimula haciendo una mueca.

— ¿Qué ha pasado?

— Nada que merezca la pena. Cuéntame de ti, ¿estás nerviosa? Ni siquiera has respondido a mi pregunta, así que lo voy a

interpretar como un «sí» —suele soltar de golpe, algo habitual cuando está nerviosa.

— ¿Cuál era la pregunta exactamente? —le cambio de tema.

—¡Ya lo has oído! —exclama—. Pero te lo repito, no hay problema, te pregunté si ya estabas pensando en todo lo que va a… —Me guiña un ojo.

—Ah, ya me acuerdo, y ni siquiera hace falta que termines esa pregunta absurda. Solo tú eres capaz de hacerme reír cuando estoy intentando no vomitar de los nervios —replico, y la broma se esfuma; Dona me mira con atención.

—No tienes por qué ponerte nerviosa —me coge de la mano —, todo ha salido bien, la ceremonia, la fiesta, todo ha sido precioso.

—Sí… —suspiro—… todavía no me creo que la madre de Pietro haya conseguido organizar todo esto —miro a nuestro alrededor—, en tan pocos días.

—De verdad que lo ha hecho, y todo está maravilloso — exclama Dona, sonriendo—. Parece un cuento de hadas, hermanita, el tuyo —subraya, emocionada.

Ay, Dona…

—¿Estás segura de que estarás bien? —le susurro la pregunta que no me sale de la cabeza—. Recuerda lo que me prometiste ayer —le digo, y ella solo pone los ojos en blanco.

—¿Te has olvidado de que aguanté *a papá* sola durante dos años hasta que llegaste? No soy tan frágil como parezco.

—Eres la persona más fuerte que conozco —le digo, y veo cómo se le humedecen los ojos.

—No te atrevas a hacerme llorar *más*, Elena *Zampieri* — pronuncia mi nuevo apellido y todo mi ser vibra.

Es extraño.

Es agradable.

—Recuerda lo que te dije: deja que Pietro te conozca, disfruta de cada momento y vive intensamente esta nueva etapa — dice, con la voz entrecortada, y ahí estoy yo, sintiendo cómo me arde la garganta.

Maldita sea.

— Prepárate para escucharme cuando vuelva —le advierto.

—No espero nada menos que horas al teléfono.

—¿Estás loca? Nada de teléfono, vas a venir aquí a visitarme, así ya aprovechas para ver al guapo. —Guiño un ojo.

— Elena…

— Ni lo intentes disimular, vi las miradas, a vosotros bailando… —sigo, viéndola sonrojarse.

—¿Has cogido tu maleta? —pregunta, en un claro intento de cambiar de tema.

—Ya está en el helicóptero; solo espero que no haga frío, porque, si hace frío, estoy perdida.

—No te preocupes, te lo vas a pasar bien y estarás vestida… *como es debido* —subraya, y yo solo entrecierro los ojos.

—Que solo yo no sepa adónde vamos es muy injusto, casi inhumano. —No seas tan dramática.

Ella se ríe.

—Ríete todo lo que quieras, porque cuando te toque a ti, me aseguraré de que tú también sientas curiosidad.

— Si eso llega a pasar algún día…

—Ocurrirá, y algo me dice que no tardará mucho —replico, esbozando una sonrisita.

— Ni siquiera voy a responder.

— Eso es lo que se dice, ¿no? ¿Quien calla, consiente? O bien: ante los hechos no hay argumentos; creo que ambas frases te vienen bien aquí.

— ¿Cuánto bebiste en la fiesta?

— Ni una gota —replico, y ella pone los ojos en blanco.

— ¡Imposible, en serio! —exclama—. Vaya, Pietro viene hacia nosotras, gracias a Dios.

— ¿Todo esto es porque quieres que me vaya, hermana?

— Es el deseo de que te quedes quieta —dice, seria, pero guiñando un ojo—. Y que seas feliz.

Extiendo el brazo y ella me abraza.

—Por tu nuevo comienzo —me susurra al oído, y siento un nudo en la garganta; ni siquiera puedo responder, solo asiento con la cabeza.

—¿Lista? —La voz que reconocería en cualquier parte, esa que hace que mi cuerpo cobre vida, suena justo detrás de mí y cierro los ojos con fuerza.

Un nuevo comienzo, es mi nuevo comienzo.

Respiro hondo, una, dos, tres veces, y solo entonces me giro para mirarlo a los ojos, a mi marido, Pietro Zampieri.

Y, maldita sea, aunque ya lo haya visto y admirado disimuladamente toda la noche, no puedo evitar darme cuenta de que ese desgraciado es demasiado guapo.

¿Cómo voy a resistirme a este hombre?

Siendo fuerte.

Siete días a solas con él, Dios sabe dónde…

Solo tiene que quedarse en su rincón, y yo en el mío.

¡Los dos vestidos, claro!

Va a ser fácil.

Va a… nada.

Va a ser un infierno.

—¡Lista! —respondo, mordiéndome los labios con fuerza, deseando que no se dé cuenta de lo nerviosa que estoy, de lo mucho que me afecta, pero e , cuando extiendo la mano y siento su tacto cálido contra mi palma, su mirada intensa clavada en la mía, lo único en lo que puedo pensar es que, en cuanto suba a este helicóptero y deje atrás la seguridad de la Toscana, estaré en serios problemas.

Graves…

Porque no quiero resistirme a mi marido.

Quiero… entregarme en cuerpo y alma.

Lo quiero todo.



[…Entraste en la habitación
Entraste en la habitación
Y ahora me has robado el corazón
Y ahora me han robado el corazón
Me has llevado atrás en el tiempo, a cuando aún estaba intacto
Me llevaste atrás en el tiempo, a cuando aún estaba entero
Ahora eres todo lo que quiero
Ahora eres todo lo que quiero…] *– Can I be him – James Arthur*

Nunca pensé que diría esto, pero…

Hoy ha sido uno de los mejores días de mi vida.

Increíble, lo sé.

Ni yo mismo me creo que esté diciendo esto, pero es lo que siento. Hay una felicidad inmensa dentro de mí, unas ganas de gritar para que todos lo oigan…

¿Qué coño es esto?

Respiro hondo, intentando calmar este torbellino, pero nada parece funcionar. Cuando creo que lo he superado, basta con mirar a mi mujer para que se esfume el poco control que había conseguido.

Es verla charlando animadamente con mi madre, con mis primas, o percibir su sonrisa sincera ante las pequeñas cosas, o incluso la forma en que intenta desesperadamente controlarse cuando se emociona, ya sea haciendo un pastel o, ahora, al despedirse de su hermana.

Elena me desarma.

Y, si soy sincero, la verdad es que quiero tenerla cada vez más para mí.

Quiero conocerla a fondo, ver todo lo que intenta ocultarme a mí y al mundo.

Quiero tenerla solo para mí.

Y estos siete días lejos de todo serán perfectos para eso.

No me preocupa si vamos a follar o no.

No quiere decir que no quiera.

Porque quiero, y mucho.

Pero soy un hombre de palabra y no he mentido. Eso solo pasará cuando ella quiera *y me lo suplique*, porque sí, *lo hará.*

Y quizá sea mi necesidad de verla reconocer que me quiere, o simplemente el egoísta que hay en mí que quiere tenerla ya solo para mí, pero lo cierto es que estoy deseando anunciar a todos que la fiesta continúa solo para ellos.

La mía tiene otra dirección y algo me dice que va a ser muy divertida.

—No me puedo creer que ya se vayan —exclama la señora Giulia, mirando de mí a Elena.

— Su fiesta va a continuar en otro sitio —dice Gio, que ya ha bebido más de la cuenta, sin ningún tipo de filtro.

—¡Giovanni! —le regaña *mamá* y veo que todos se están divirtiendo con la situación.

—No deja de ser cierto —comenta mi tío Lucca, guiñándole un ojo, solo para recibir una mirada de reproche de su esposa.

—Vale, la charla está bien, pero… —Ni siquiera hace falta que siga, mi padre se acerca y me da un fuerte abrazo.

—Buen viaje, *figlio*. —Me aprieta el hombro—. No te preocupes por los negocios. Disfruta.

—Tranquilo, no dejaré que Giovanni haga ninguna locura —comenta mi asesora, acercándose a mí para despedirse.

—Claro, porque para eso tendría que pensar —bromea Alessia y mi hermano incluso se levanta.

— No he entendido el chiste.

—Como decía… —replica nuestra prima, y nadie puede contener la risa.

Todos se despiden de nosotros y no se me escapa que el padre de Elena y sus hermanos no están aquí cerca de la aeronave, solo su hermana.

— ¿Quieres que llame a tu padre y a tus hermanos? —le susurro al oído.

— No. Si quisieran, estarían aquí.

— Elena…

— No pasa nada. Quienes importan están aquí —me tranquiliza, sonriendo, y joder, ¿cómo puede Tiziano ser tan cabrón con su propia hija?

¿Cómo?

Me guardo mis preguntas para el día en que ese hijo de puta no tenga más remedio que responderlas.

—En ese caso… —Hago un gesto a los pocos soldados que nos acompañarán y, tras un último gesto de despedida hacia todos, embarcamos.

En pocos minutos, despegamos, con solo la oscuridad como compañía, y lo primero que noto es lo tensa que parece Elena a mi lado.

— ¿Miedo a volar?

—No… —empieza a decir, pero se detiene, como si estuviera pensando, y yo me quedo en silencio, observándola mientras suspira profundamente. —La mayoría de las veces que me he subido a un helicóptero ha sido para volver a casa y, digamos, no ha sido precisamente la experiencia más agradable —confiesa, haciendo una mueca. —¿Sabes qué? Olvida lo que he dicho —continúa, y es evidente que hablar de sí misma le resulta incómodo.

— Lo siento —digo, y su mirada se cruza con la mía.

— No pasa nada.

—No está nada bien, no debería ser así.

—No todo el mundo tiene una familia como la tuya.

—Como la nuestra —recuerdo. —También es la tuya —destaco, y veo cómo se dibuja una leve sonrisa en su rostro.

Elena no dice nada, vuelve a fijar la mirada en la ventana.

— ¿Queda mucho?

— Menos de lo que te imaginas.

— ¿En serio? — Parece sorprendida.

— Sí.

— ¿Alguna pista? — Arquea una ceja. — Cualquier cosa.

—Ya te he dado una. Estamos más cerca de lo que imaginas.

Refunfuña, pero me callo, deseando ver su reacción.

—Bueno, eso ya descarta algunas opciones, al menos.

— Ya ves…

—¡Pero sigue siendo un disparate! —insiste, seria, y yo sonrío. Veo que ella tampoco puede fingir estar enfadada durante mucho tiempo.

Quince minutos después, el piloto avisa de que aterrizaremos en breve.

— ¿Cómo? —pregunta ella, intentando ver algo en medio de la oscuridad de la noche, y yo me contengo para no reírme.

— Eres muy curiosa.

—Di algo que no sepa, Pietro Zampieri —responde, con una sonrisa en los labios, y joder, todo mi ser se agita. —No veo nada —continúa, hasta que da un grito—. ¡Oh, Dios mío! Dios mío…

— ¿Qué pasa?

—Veo luces…

No puedo contenerme, me echo a reír a carcajadas, y Elena solo entrecierra los ojos.

— Como ya casi estamos aterrizando, te lo voy a contar.

—Por fin —susurra, sin saber si me mira a mí o al paisaje que se extiende bajo nosotros.

—La isla de Pianosa —le revelo, y me quedo en silencio esperando su reacción, que no tarda en llegar.

—¿Una isla… como en medio del mar?

—¿Hay algún otro tipo? —bromeo, arqueando una ceja, y la veo llevarse las manos a la boca, sorprendida.

—Voy a ver el mar, voy a… —murmura para sí misma, volviendo a mirar por la ventanilla, pero yo la oigo y no la entiendo.

— Vamos a Porto Romano, es una playa al norte de la isla, famosa por sus ruinas antiguas y por su magnífica puesta de sol. También es el lugar en el que la organización decidió invertir y construir un complejo turístico de lujo.

— No me lo creo.

—Créetelo —le respondo, y justo en ese momento comenzamos el descenso, y ya se pueden vislumbrar entre la vegetación los edificios de la zona principal, además de las innumerables piscinas que rodean el lugar.

— Yo… —empieza a decir, pero se detiene y me mira de una forma extraña.

— ¿Vamos? — le pregunto, tendiéndole la mano, cuando el helicóptero toca el suelo.

No dice nada, solo asiente con la cabeza, aceptando mi mano.

La ayudo a bajar sin que tropiece con la voluminosa falda y me arrepiento de no haber pensado en ello.

— Deberíamos habernos cambiado antes de salir.

—No por eso… —Sonrío, levantándome el dobladillo de la falda para poder caminar con más facilidad, y su entusiasmo es evidente. —Dime que tendremos una habitación con vistas al mar, es lo único que quiero —exclama, y no digo nada, muerto de ganas por ver su reacción. —Pietro —insiste, mirándome con expectación.

—Ya lo descubrirás —le respondo, serio.

—Eres terrible —refunfuña, impaciente, y no dejo pasar la oportunidad: la atraigo hacia mí, encantado de ver cómo su cuerpo responde a mi tacto.

—No tienes ni idea de cuánto —le susurro al oído y, incluso en la penumbra, la veo sonrojarse.

Joder, qué guapa.

Me alejo de la tentación y centro mi atención en mis hombres, que esperan instrucciones.

No hace falta que diga nada, solo les hago un gesto para que se pongan en marcha, y ya saben lo que tienen que hacer. Estamos en una propiedad de Sacra, lo que significa que la seguridad no debería ser un problema; además, son mis jodidas lunas de miel y no espero que nadie me siga a cada paso.

Ni hablar.

—Estaremos a su disposición, *Don* Zampieri —avisa Domenico, y sé que al hombre le costará mucho disfrutar de nuestra estancia aquí, aunque debería.

—Si os necesito, os avisaré. Disfrutad —insisto, observándolos alejarse hacia la recepción.

—*¡Don* Zampieri, sea muy bienvenido! —nos saluda el gerente—. —Señora Zampieri —saluda respetuosamente, y menos mal que no se queda mirando demasiado a Elena.

—Angelo. —Le devuelvo el saludo.

—Todo está preparado, tal y como usted solicitó. Aprovecho la ocasión para presentarle a Michel —señala al hombre uniformado que está a su lado, y que solo entonces levanta la vista hacia mí, asintiendo levemente—. Será su mayordomo personal. Para cualquier cosa que necesite, solo tiene que hablar con él o conmigo… —se apresura a añadir, nervioso.

Por muy divertido que sea ver al gerente sudando frío, quiero irme ya a estar con mi mujer, solo para mí.

—Perfecto, vamos entonces —ordino.

—Sí, sí, claro. Que tengan una estancia excelente —exclama, y ni siquiera me molesto en responder; centro mi atención en Elena, que lo observa todo sin disimular su ansiedad.

—¿Estás preparada, *mia maghetta?* —le pregunto, arqueando una ceja.

—Ya sabes la respuesta, *Don*, pero sí, mucho —sonríe, y me sorprendo haciendo lo mismo.

—Por aquí, si quieren acompañarme, por favor —dice Michel, y me sorprendo apoyando mi mano en la espalda de Elena.

—¿No vamos adonde se han ido los soldados? —susurra, mientras empezamos a caminar por la pasarela de madera que lleva hacia la playa.

—No.

—¿Cómo que no? El hotel está ahí, lo que significa que las habitaciones también.

—No el nuestro. —Parpadeo, y ella abre mucho los ojos.

—¿Cómo es eso? ¿Y nuestras maletas?

—No te preocupes, te las llevarán.

—Vale… —susurra, mordiéndose los labios, y me cuesta mucho no atraerla hacia mis brazos, saborearla una y otra vez.

Su mirada se cruza con la mía, es rápido, una fracción de segundo, pero ella se da cuenta de lo que me está haciendo.

Hechicera.

Concéntrate, joder.

A cada paso, el inconfundible sonido del mar y el olor a sal se hacen más intensos, hasta que ya no hay cubierta, solo la inmensidad del mar ante nosotros, iluminada por la suave luz de la luna llena, y en la franja de arena hay decenas de antorchas distribuidas estratégicamente que iluminan la pasarela y el acceso al complejo turístico.

—Oh, Dios… —jadea Elena a mi lado, y me giro solo para encontrarla mirando al mar, a las pequeñas olas que rompen en la arena, con los ojos llenos de lágrimas.

— Elena… — la llamo, y ella gira la cara, su mirada se cruza con la mía, y joder, la emoción que veo ahí me desarma.

— ¿Puedo? —pregunta, y no lo entiendo, pero enseguida la veo quitarse los zapatos de tacón, dejarlos en la cubierta, mientras se sujeta la falda y mira hacia la franja de arena. — ¿Puedo? — insiste, con la mirada fija en la mía.

—Claro que sí, joder —digo, y la sonrisa que esboza me da un puñetazo en el estómago.

Apresurada y sin importarle lo más mínimo lo que pueda pasarle al vestido blanco, Elena baja de la plataforma, con los pies descalzos tocando la arena y suave, y es casi como si todo sucediera a cámara lenta. Atónito, veo a mi mujer caminar hacia la orilla, hasta donde el agua finalmente se encuentra con la arena, y cuando las primeras olas le rozan los pies, su sonrisa se hace aún más grande, y se ríe, se ríe a lo grande, dando una vuelta de 360°, levantando

los brazos en medio de la noche estrellada, y lo único que puedo hacer es observarla hipnotizado por cada uno de sus movimientos.

—Señor —dice Michel, señalando con un gesto la lancha que nos espera, y yo solo le hago un gesto para que se calle y espere.

No pienso, simplemente actúo.

Salto de la cubierta y, en cuestión de segundos, estoy a su lado.

— Elena…

Ella permanece unos segundos en silencio, con la mirada fija en el mar, pero luego se gira y su mirada se cruza con la mía.

Las lágrimas le resbalan por el rostro y yo no digo nada, solo me acerco y le seco las lágrimas con el pulgar.

— ¿Qué ha pasado? Pensaba que te había gustado la idea de ver el mar.

Se muerde los labios con fuerza y le escapan más lágrimas.

Joder.

— Oye… — La atraigo hacia mí y le beso el pelo. — No pasa nada, no hace falta que digas nada.

Sus dedos aprietan mi camisa y ella se aparta, con sus ojos verdes fijos en mí.

— Lo siento… —empieza a decir, y le pongo el dedo índice sobre los labios.

—No hay nada de qué disculparse —le digo, serio, y ella parece querer decir algo, pero se calla—. No tienes que decir nada, nada, a menos que quieras.

—Gracias —susurra.

— Podría pasar horas contigo solo mirando el mar, pero ¿qué te parece si lo hacemos otro día, cuando estemos en nuestra habitación y llevemos otra ropa? —Arqueo una ceja y la sombra de una sonrisa vuelve a aparecer.

—Me parece un buen plan —replica, haciendo una mueca, y en cuestión de segundos la tengo entre mis brazos.

— Pietro… — jadea.

—Así llegamos más rápido —le respondo, y no deja de ser cierto, pero lo principal es sentir su cuerpo contra el mío.

—Y te voy a llenar de arena.

—Que le den a la arena —replico, y ella se ríe.

En cuestión de segundos, estamos de vuelta en la cubierta y listos para subir a la lancha.

—¿Adónde me estás llevando, Pietro Zampieri? —suspira, en cuanto la ayudo a subir a la pequeña embarcación.

— Ya verás —le respondo y, con un gesto, Michel pone la lancha en marcha.

Elena se aferra a mí mientras la lancha surca el mar a toda velocidad y, cinco minutos después, por fin obtiene su respuesta.

—No puede ser —exclama, mirándome completamente atónita—. Esto es…

— Un bungaló exclusivo en medio del mar Tirreno, solo para nosotros.

—¡Joder! —maldice, y me río de su falta de tapujos.

—Hay más de treinta bungalós en la costa sur de la isla, todos conectados a ella mediante una pasarela —explica Michel mientras nos acercamos a nuestro destino—. Este es el único al que solo se puede acceder por mar. Tendréis una moto acuática privada, además de la lancha, por si queréis dar un paseo por alta mar. Si necesitáis algo, solo tenéis que poneros en contacto conmigo, *Don* Zampieri.

— Perfecto.

Elena sigue en silencio a mi lado, atónita, y no es para menos, ya que la estructura de madera parece flotar sobre el mar, esperándonos.

Michel acerca la lancha a la cubierta de madera y esa es nuestra señal: desembarcamos y, en pocos minutos, estamos solo nosotros dos, a solas, con el mar como único testigo.

— Yo… — balbucea ella, inmóvil en el mismo sitio, y luego me mira.

— ¿Te ha gustado?

— ¿Que si me ha gustado? ¿De verdad me estás preguntando eso?

Sonrío ante su emoción.

—Ni siquiera he mirado dentro, pero mira esto. —Mira a nuestro alrededor, y es imposible no estar de acuerdo. Estamos en

un embarcadero privado, donde hay una piscina de borde infinito, toda iluminada; junto a ella hay dos tumbonas colocadas una al lado de la otra, y ya me pillo pensando en la tortura que será mañana, viendo a Elena con un jodido bikini.

Concéntrate, eso es un problema para mañana.

— Si por la noche ya es precioso, imagínate cómo será mañana.

— Lo descubriremos juntos —exclamo, y su mirada se cruza con la mía.

—Vamos —responde ella, con voz susurrante.

— ¿Qué te parece echar un vistazo ahí dentro?

— ¡Dios, sí! —responde emocionada, quitándose el zapato y agarrándose el dobladillo del vestido, pero yo soy aún más rápido y la abrazo.

— ¿Qué estás haciendo? —jadea.

—Me aseguro de que empecemos nuestra luna de miel con buen pie —digo.

— ¿Un *Don* supersticioso? —Arquea una ceja, y se nota claramente que quiere reírse.

—Más vale prevenir. —Me encojo de hombros y ella se ríe, mientras la puerta de cristal se abre ante nosotros y, tal y como prometí, me aseguro de dar el primer paso hacia nuestra habitación con el pie derecho. —Bienvenida a nuestra luna de miel, *mia maghetta* —le digo, con la mirada fija en la suya, cuando, con cuidado, la coloco delante de mí.

No sé cuánto tiempo nos quedamos allí de pie, mirándonos.

— Yo… —empieza a decir, y mi mirada se dirige a sus labios y ella se da cuenta. — Voy a ver… —tartamudea, alejándose, y yo respiro hondo.

Huye, preciosa… huye, mientras puedas.

Mientras Elena explora el lugar, aprovecho para quitarme la corbata, incapaz de aguantar ni un segundo más con esta mierda ahogándome.

Apoyo mi pistola sobre la mesa y la camisa será lo siguiente en salir; estoy a punto de terminar de desabrocharme el puño

cuando Elena vuelve al dormitorio principal y se queda paralizada, con la mirada clavada en mi pecho.

—¿Ibas a decir algo? —le pregunto, divirtiéndome cuando la diablilla levanta la mirada, con la cara completamente roja.

—Yo… sí, claro —responde, y podría simplemente dejar pasar el momento, pero, por el contrario, me encuentro caminando hasta quedar a solo unos pasos de distancia.

—¿Y bien?

Silencio.

Su pecho sube y baja y aprieto los puños, conteniendo el deseo irrefrenable de atraerla hacia mí.

Su mirada vuelve a posarse en mi pecho, en los tatuajes que tengo al descubierto.

— Elena… — Mi voz es toda la advertencia que necesita.

Buena chica.

—Yo, yo… —empieza a decir—. Iba a decir que el baño —se pone muy nerviosa y da un paso atrás— es enorme, y se ve el mar… —balbucea, pero en mi mente lo único que consigo imaginar es a los dos follando, a Elena con las manos apoyadas en el mármol blanco, el culo en pompa, mientras mi polla la penetra, profunda, dura, entrando y saliendo.

—Joder… —maldigo, y esta vez soy yo quien necesita alejarme de la tentación que tengo delante.

—¿Pasa algo? —pregunta, inocente, y me doy la vuelta para volver al dormitorio, intentando pensar en cualquier cosa que no sea mi adorable esposa desnuda.

—¡Nada! —respondo secamente, y enseguida me arrepiento —. ¿Entonces el baño tiene paredes de cristal? —Intento cambiar a un tema seguro.

— Sí, nunca había visto nada igual.

—Yo tampoco —susurro, sin poder apartar la mirada de ella, de la mujer preciosa que tengo delante. Descalza, con el pelo revuelto por el viento y, aun así, absolutamente increíble, *mía*.

Toda mía.

— Pietro… —jadea, con los labios entreabiertos, y todo mi ser me grita que me acerque, que le agarre la nuca, que la bese por

todas partes, pero recuerdo nuestra conversación y que no es tan sencillo así.

—Ya han dejado nuestras maletas en la cubierta. Voy a buscarlas, así podrás darte una ducha si quieres.

—Vaya, sí. Me encantaría. Gracias —responde, y agradezco que la brisa fresca me dé la bienvenida.

Tengo que aclarar mis ideas, o estos siete días serán un infierno.

Vuelvo a la habitación y me la encuentro de pie junto a la cama; de inmediato, su mirada se posa en mí, y no solo en mi cara.

Joder, Elena, no me jodas.

—¿Pasa algo?

— No, no, solo estaba pensando en cómo es la habitación… — Mira a su alrededor. — Es grande, y la cama también. — Señala, mordiéndose los labios, y no podría estar más de acuerdo. La cama king size está colocada justo frente a la puerta de cristal, lo que permite unas vistas privilegiadas del mar y garantiza que no se pierda ningún amanecer, pero no es eso lo que le molesta.

— Sí, es grande, esperemos que sea cómoda —le respondo, tendiéndole su equipaje.

—Ah, sí, gracias —balbucea—. Yo… voy… —señala hacia el baño—… ya sabes.

Créeme, lo sé, y no quiero pensar en ello.

Mis pelotas te lo agradecen.

Estoy terminando de ordenar mis cosas cuando siento su presencia y me giro para encontrarla todavía con el vestido de novia puesto.

—Necesito ayuda —dice, al cabo de unos segundos.

—Vale, sé más concreta —le respondo, y ella no dice nada, solo se da la vuelta, regalándome la vista de su espalda desnuda y de los innumerables botones de su vestido. —Ya entiendo.

—Pensaba que podría hacerlo sola, pero… —Gira ligeramente la cara hacia mí—. ¿Puedes?

Arqueo una ceja.

—¿Dudas de mi capacidad para desabrochar un vestido, esposa?

Ella sonríe.

— Creo que nunca lo has hecho —empieza a decir, pero enseguida se da cuenta de lo que está diciendo y se sonroja, poniéndose tan roja como un pimiento. — Olvida lo que acabo de decir, seguro que sí, quiero decir, no quiero saberlo… — Se enreda con las palabras y me contengo para no reírme.

— Vamos a quitártelo de encima de una vez —digo, sencillamente, acercándome y sintiéndome inmediatamente envuelto por su perfume.

Concéntrate, joder.

Con cuidado, empiezo a desabrochar cada uno de ellos, intentando no tocar su delicada piel, intentando no fijarme en cada uno de sus detalles, como las innumerables pecas que tiene en el hombro, o la forma en que su pelo se empeña en caer hacia atrás por mucho que ella se lo peine hacia delante.

—Ya casi he terminado —le aviso, sintiendo la tensión bajo mis dedos.

—Vale —susurra, y contengo la respiración cuando llego al último botón, situado prácticamente en la base de su columna.

—Ya está —le aviso, con el índice rozando ligeramente su piel desnuda, y veo cómo jadea, con el cuerpo reaccionando a mi tacto.

¡Joder, joder!

—¿Algo más? —le pregunto, cerca de su oreja, mientras espero que diga que no y se vaya ya a darse una ducha.

—Gracias —me da las gracias, dándose la vuelta, quedando cara a cara conmigo, y es solo su firme agarre lo que impide que el vestido se deslice por su cuerpo y se convierta en un montón de tela a sus pies.

Tentador.

Jodidamente tentador.

Elena se queda quieta, con la mirada clavada en la mía.

Es casi como si esperara algún gesto por mi parte.

No es tan fácil, guapa.

No importa lo difícil que sea.

—Déjame ayudarte con eso —le digo, mientras me acerco, con mi pecho casi rozando el suyo, y con cuidado le quito el adorno que lleva sujeto a un lado del pelo.

—Oh… —jadea, con el pecho subiendo y bajando.

—Ya está —le digo, observando cómo sus mechones rubios caen en ondas sobre sus hombros. —Fresita… —se me escapa, y mi mirada vuelve a posarse en la suya.

—Es el champú —susurra.

—Está bueno —replico, sin poder apartar la mirada.

Huye, preciosa. Solo huye.

Elena vuelve a dar las gracias en voz baja y, entonces, tal y como ya me imaginaba, se dirige apresuradamente hacia el baño.

No sé cuánto tiempo me quedo allí, mirando fijamente esa maldita puerta.

Aprieto los puños y respiro hondo.

Siete días.

Siete largos días y noches.

Este lugar puede que sea un paraíso, pero, para mí, será mi infierno, porque una cosa es segura: apenas hemos llegado y ya estoy pensando en cuándo nos iremos.

Una cosa es resistirme a Elena teniendo el trabajo para mantener la mente ocupada, pero aquí…

Aquí solo estaremos los dos.

La tentación en persona y yo… 24 horas, siete días.

En su presencia, sintiendo su cuerpo cerca del mío, su olor, y teniendo que mantenerme indiferente.

Que Dios me ayude a luchar contra los encantos de mi hechicera, porque ceder no es una opción.

Ni hablar.

Estoy jodido y la primera noche apenas acaba de empezar.



Royalty – Egzod, Maestro Chives, Neoni
I See Red – Everybody Loves an Outlaw.

Respira.

Respira, Elena.

Apoyo la espalda contra la puerta e inspiro una, dos veces, intentando calmar mi corazón.

No ha pasado nada, pero, Dios, ojalá hubiera pasado.

Quería más… de sus besos, de mi marido.

¡Contrólate!

Todo es por los nervios de que sea la primera noche y de que él sea un tío buenísimo.

Solo eso.

Ajá, claro, voy a estar repitiéndomelo unos minutos a ver si me convenzo.

Menudo hombre.

Cierro los ojos y lo único que me viene a la cabeza es su beso, sus labios sobre los míos, su amabilidad y su preocupación, y, claro, la forma en que me devora.

Aunque no diga ni una sola palabra, Pietro me enciende.

Esto no es normal.

Debo de estar enferma.

Es porque me ha besado, solo eso.

Pronto se me pasará la novedad y también este calor descabellado.

Y, si Dios quiere, también desaparecerá ese deseo casi incontrolable de continuar donde lo dejamos, de besarlo una y otra vez, de deslizar mis labios por su cuello, de sentir más su barba.

¿Y qué decir de esos abdominales?

¡Joder!

Me siento mal solo de recordarlo y ni siquiera necesito mirarme en el espejo para saber que estoy sonrojada.

Contrólate, Elena. ¿Qué es este ardor?

Pietro es un hombre con experiencia, seguro que se ríe cada vez que te sonrojas como una adolescente.

No quiero pensar en eso.

No quiero imaginarme a cada mujer que ha tocado lo que es mío o, lo que es peor, a él tocando a otra persona.

Definitivamente, no.

Me hierve la sangre, es una rabia inexplicable, lo cual es ridículo.

Pietro no es de mi propiedad y nunca he sido de las celosas.

Nunca…

Suspiro hondo, dejando que el vestido se deslice sobre mi piel, formando un enredo de tela a mis pies.

Abro el grifo de la ducha, y este lugar no deja de sorprenderme.

La cabina de ducha es casi tres veces más grande que el pequeño cuarto de baño que Dona y yo compartíamos.

¿Y qué decir del agua? Cierro los ojos, dejando que el líquido caliente caiga como un bálsamo sobre mi espalda tensa. Me tomo mi tiempo enjabonándome, me lavo el pelo y mi corazón se acelera al pensar en lo que me espera en el dormitorio.

Reacciona, Elena.

No puedes quedarte aquí en el baño para siempre.

El hombre se merece un baño, y no pienses en su pecho musculoso ni en los tatuajes que salpican su piel.

—¡Joder! —maldigo en voz baja, sabiendo que me estoy saboteando a mí misma.

Me seco el exceso de agua con la toalla y me seco rápidamente el pelo con el secador, sabiendo que ya he tardado lo suficiente.

Respiro hondo y apoyo la maleta sobre el inodoro, ya que, con las prisas por huir de mi marido, ni siquiera me he llevado el pijama.

Tiro de la cremallera y, por un instante, me quedo paralizada.

—Pero… —exclamo, mirando atónita el contenido de la maleta, que desde luego no se parece en nada a la que preparé anoche.

El corazón me late a mil por hora y empiezo a rebuscar en ella.

—No puede ser, no, no…

Encuentro algunas prendas mías: vestidos de verano, sandalias, chanclas, unos pantalones cortos, camisetas de tirantes, vaqueros, una chaqueta, unas botas… Todo lo que había separado, ya que no tenía ni la más mínima idea de adónde íbamos. Pero ¿dónde están los pijamas calentitos y recatados que estoy segura de que metí aquí, o los conjuntos para dormir —pantalón corto y camiseta— por si hacía calor?

— ¿Dónde? ¿Dónde? — Saco prácticamente todo de la maleta y no los encuentro.

No están.

En cambio, encuentro camisones transparentes, conjuntos de braguitas y sujetador que me hacen sonrojarme solo de imaginar a alguien comprándolos en una tienda.

¡Dios mío! Dios mío…

—Aquí ni siquiera hay tela —refunfuño, al ver ese trozo de tela roja, solo un pequeño triángulo por delante, que dudo que cubra todo lo que debería ocultar, y por detrás no es más que un hilo. UN HILO. —¡Por el amor de Dios, eso debe de ser muy incómodo! ¿Cómo puede alguien dormir con esta cosa metida en el culo?

—¿Todo bien por ahí? —La voz ronca de Pietro suena cerca de la puerta y casi doy un respingo, agarrándome con fuerza la toalla que envuelve mi cuerpo y metiendo las minúsculas braguitas dentro de la maleta.

— Sí, sí, todo genial —me apresuro a decir, con el tono de voz más tranquilo que puedo.

Piensa, piensa. ¿Qué voy a hacer?

Salir con ropa normal que cubra estos trozos de tela es una opción a tener en cuenta, pero en cuanto barajo la posibilidad, la descarto.

No sería nada cómodo, además de despertarme con la ropa toda arrugada.

Pero hay más…

Seguro que Pietro no pararía de hacer bromitas mientras se pasea semidesnudo por la habitación solo para provocarme.

¿De verdad lo hará? ¿Andar por ahí en calzoncillos? ¿Y si va sin nada?

Mi corazón se acelera solo de pensar en ambas opciones.

No lo haría, no lo haría… LO HARÍA, CLARO QUE SÍ.

Pietro dijo que yo le suplicaría, y como voy a tener que sufrir viendo todo eso, por muy vergonzoso que sea, puedo soportarlo.

Sí, puedo.

Solo es lencería con muy poca tela.

Algunas casi inexistentes —lo recuerdo—, pero aun así, braguitas y sujetador.

Vuelvo a mirar la maleta, decidida a elegir lo más recatado que haya por ahí, y cuando tomo mi decisión, sonrío.

A ver quién va a suplicar.



Hace ya cinco minutos que estoy vestida, pero todavía no me he atrevido a salir del baño.

El camisón negro de tul transparente apenas me cubre los muslos.

Es supercorta, abierta por la espalda, dejando al descubierto las braguitas de hilo dental en forma de V que llevo puestas.

He rebuscado en la maleta, buscando la más grande, y lo mejor que he encontrado ha sido esta, que hace que mi culo parezca diez veces más grande.

Pero eso no es todo.

Claro que no.

El camisón tiene tirantes finos, escote en V, sin relleno, con encaje en la parte que debería cubrirme los pechos.

Sí, *debería*, porque, en realidad, no los cubre.

Me miro en el espejo y lo único en lo que consigo fijarme son los pezones de mis pechos, que llaman la atención.

— No puedo…

Tienes que conseguirlo.

Empiezo a cerrar la maleta; al fin y al cabo, ya no hay nada más que hacer.

Si me quedo aquí un minuto más, seguro que Pietro entrará a comprobar si estoy viva, y es en ese momento cuando veo un pequeño trozo de papel blanco doblado, entre los bikinis indecentes que han sustituido a mis trajes de baño deportivos y recatados.

«Lena,

Espero que te haya gustado la sorpresa.

Claro que no iba a dejar que te fueras de luna de miel con ese montón de braguitas que ni siquiera mi abuela se pone.

Por favor, ¿no?…”

Sabía que ella tenía algo que ver en todo esto.

«Puede que ahora mismo me estés insultando, pero estoy segura de que al final me lo agradecerás, sé que lo harás y, al fin y al cabo, creo que es lo mínimo que os debo a ti y a Pietro por haberme puesto al lado de ese capullo de Roman en la boda.

¿Un poco resentida? Sin duda.

P. D. 1: La Sra. incluso intentó convencerme de lo contrario y de que me pusiera al menos unas braguitas de algodón, pero yo, claro, no le hice caso. ¡Viva el tanga!

P. D. 2: Diviértete en tu luna de miel, pon a Pietro a trabajar y haz que te haga correrte. Besitos. Tu prima favorita (no acepto nada menos), Les».

Increíble.

Me echo a reír.

Porque es reír para no llorar.

A esa traviesa, déjamela a mí.

Esto tendrá sus consecuencias; si ella es rencorosa, adivina qué: mi memoria también es de lo más buena, y me aseguraré de devolverle el cariño.

Cojo el albornoz blanco y me cubro.

No me voy a quedar con él, pero es solo una armadura mientras reúno un poco de valor.

Abro la puerta del baño y, al poco rato, me encuentro con Pietro.

Está fuera, de pie en la cubierta, con la mirada perdida en la oscuridad que nos rodea, y no sé si hice algún ruido o si simplemente sintió mi mirada; lo cierto es que se gira y su mirada se clava en la mía, intensa como siempre, haciéndome sentir calor, viva, y allí, en ese momento, sé exactamente qué hacer.

Me quito el albornoz y me quedo solo con el camisón, que debería ocultar algo, pero no lo hace, y ni siquiera la pequeña distancia que nos separa es capaz de ocultar la forma en que Pietro aprieta los puños, tensa la mandíbula y le late la vena del cuello, mientras sus ojos verdes nunca apartan la mirada de los míos.

Que empiecen los juegos o, mejor dicho, la luna de miel.



I Don't wanna live forever - Taylor Swift y Zayn
Pillowtalk - Zayn

Elena simplemente no sale del baño.

Ya les he avisado *a papá* y a Stella de que hemos llegado sanos y salvos, y sé que mi consejera se asegurará de que Tiziano reciba noticias de su hija.

También me he asegurado de que Domenico y los pocos soldados que he traído conmigo estén debidamente alojados, a pocos minutos de nosotros, por si fuera necesario, y como la protección nunca está de más, aunque estemos en nuestro territorio y a más de 15 kilómetros de la costa, tengo hombres vigilando cualquier embarcación que se acerque demasiado.

De luna de miel, sin duda, pero descuidada, nunca.

He visto noticias de personas asesinadas por un disparo de francotirador desde más de 3 kilómetros de distancia. Toda precaución es poca; al fin y al cabo, si hay algo que la Sacra ha acumulado a lo largo de las décadas son enemigos.

Enemigos dispuestos a todo.

Créeme.

Dejo de esperar dentro, me estoy volviendo loco.

La ducha lleva ya unos buenos minutos apagada, ¿qué dificultad hay en vestirse y salir?

Cinco minutos es tu límite.

Si Elena no sale de ese baño en exactamente cinco minutos, iré a ver qué demonios está pasando.

La brisa helada de la noche me da la bienvenida en cuanto piso la terraza.

A mi alrededor, solo silencio y el sonido de las olas rompiendo contra la estructura del bungaló.

Paz.

Cierro los ojos, dejando que esta sensación me invada y calme el torbellino que hay dentro de mí.

No dura mucho.

Oigo cómo se abre la puerta, y el aroma a jabón y champú de fresa me inunda sin que tenga que darme la vuelta.

Respiro hondo y vuelvo mi atención hacia el interior iluminado, y que le den si estaba preparado para eso. Aunque va cubierta casi hasta los pies con un albornoz blanco, la mujer hace que se me ponga dura.

Contrólate, joder.

Lleva el pelo rubio completamente suelto, no lleva maquillaje y, aun así, es la mujer más guapa que he visto nunca.

La mía —recuerdo, y mi pecho se agita—*.*

Un sentimiento enfermizo de posesión me domina.

No consigo apartar la mirada, no puedo, y entonces, como si no bastara con toda esta desgracia, Elena se quita ese trozo de tela y aparece ante mí con un camisón que debería estar prohibido.

— Pero joder… —maldigo, apretando los puños, sintiendo cómo mi sangre bombea más rápido.

Una tía de lo más buena, toda mía…

La tela negra es transparente y apenas le cubre los muslos.

¡Respira, joder!

No hagas nada imprudente.

No cedas al deseo insano de tenerla para ti, de hacer que reconozca aquí y ahora que quiere lo mismo que tú.

Maldita.

Sabe perfectamente lo que está haciendo.

Sabe que esas putas braguitas apenas le tapan el coño, y ni siquiera quiero imaginarme cómo está por detrás.

Concentración, concentración…

Alzo la mirada, intentando centrarme en su cara, pero solo para darme cuenta de lo duros que tiene los pezones, suplicando que se los chupe con fuerza, y me inundan imágenes de ella agarrándome del pelo, frotando su coño empapado contra mí, mientras yo hago exactamente eso.

Respiro hondo, una, dos, tres veces…

La bruja me está poniendo a prueba.

Veo en su mirada la osadía, el desafío, y ahí, el *Don* que hay en mí toma el control, estratégico, frío, implacable.

Me dirijo al interior del bungaló con un único propósito: hacer que Elena pruebe su propio veneno.

—Antes de que digas algo… —comienza, en cuanto entro y todo en mí vibra, más que listo para zanjar el asunto.

—No iba a decir nada —subrayo, mirándola a sus ojos verdes, y la bruja se sonroja, con el pecho subiendo y bajando, haciendo que la maldita tela se suba unos centímetros más—. ¿Hay algo que decir? —pregunto, haciendo un esfuerzo sobrehumano para disimular lo mucho que me afecta.

Como si no fuera nada del otro mundo tenerla delante de mí… así.

— Yo…

—Me voy a dar una ducha —le aviso, rompiendo el contacto visual y pasando junto a ella.

—No creas que llevo esto puesto para provocarte —exclama, haciéndome detenerme—. Tu prima rebuscó en mi maleta y la llenó de esto… —jadea, pero ni siquiera me giro.

Parece algo que haría Alessia.

Hija de puta.

— No es decisión mía.

Ni de coña.

—Te equivocas —le espeto, girándome solo para encontrarme con su mirada sorprendida.

— Yo… —empieza a decir, pero ni siquiera le dejo terminar; me acerco y me detengo a unos pocos centímetros de distancia.

Tan cerca.

—Podrías haberte quedado con la maldita bata, o haberte puesto cualquier cosa, menos eso… —insisto, con voz ronca. —Admite que lo has hecho a propósito, que querías hacerme la vida imposible —le susurro al oído, sintiendo cómo se le eriza la piel.

No dice nada y su silencio es toda la respuesta que necesitaba.

Aprieto los dientes, alejándome de la tentación.

Necesito urgentemente una ducha fría, muy fría.

—No te preocupes, nadie ha tocado mi maldita maleta, cariño, así que volveré enseguida —exclamo, mirándole a los ojos, a los labios, y luego me doy la vuelta.

— Pietro…

Cierro los ojos.

— Solo duerme, Elena, es lo mejor que puedes hacer por nosotros —le digo, cerrando la puerta del baño con más fuerza de la necesaria.

Apoyo las manos en la pared y dejo que el agua fría me golpee la espalda, con la esperanza de que me calme.

No sirve de nada.

Estoy que ardo, y la culpable está justo aquí.

Termino la ducha con la polla tan dura que estoy seguro de que me dolerán los huevos hasta el amanecer.

Podría haberme hecho una paja, pero que le den, ni siquiera recuerdo la última vez que tuve que masturbarme y, desde luego, hoy no va a ser el día.

Espero que Elena haya seguido mi consejo y se haya ido a dormir; de lo contrario, descubrirá que los calzoncillos negros no servirán de mucho para ocultar mi estado.

Y solo hay una culpable: ella.

Contemplo mi reflejo en el espejo, sabiendo la tortura que me espera ahí fuera.

Concentración, control e indiferencia.

Salgo del baño y la habitación ya está sumida en una suave penumbra.

Veo el contorno de su cuerpo en uno de los extremos de la cama.

De lado, acurrucada, y mi pecho se agita.

No sé cómo explicar esa sensación.

Solo sé que verla así no es bueno.

Estoy a punto de tumbarme en la cama cuando ella se da la vuelta y su mirada no se dirige a mi rostro, sino a lo que los calzoncillos no logran ocultar.

—Dios mío, ¿no llevas pijama, ni siquiera unos pantalones cortos? —casi grita, apartando la cara apresuradamente en la dirección opuesta.

Justo lo que me faltaba.

—Pues alégrate de que al menos lleve algo puesto, ya que normalmente duermo desnudo —exclamo, tumbándome a su lado, con los brazos cruzados detrás de la cabeza.

—Por Dios, eso apenas te cubre… —ni siquiera consigue terminar la frase, y me contengo para no reírme, ya que parece realmente sorprendida.

—Duerme, Elena.

—Como si fuera posible, contigo aquí, así…

—¿Así?

—Ya lo has entendido —espeta, desplazándose más hacia el borde de la cama; a este paso, unos centímetros más y acabará en el suelo.

Debería quedarme callado, desear que se duerma pronto y no provocarla, pero la bruja despierta lo peor que hay en mí.

— No hace falta que huyas, *mia maghetta*.

—No me llames así —espeta, y no puedo contener la sonrisa.

—Ya te lo he dicho, solo tendrás mi polla cuando reconozcas que la quieres bien metida en ese coñito, en esa boca tan atrevida que tienes… —Mi voz suena ronca, y ella gira la cara, lo justo para que su mirada, brillante de rabia, se cruce con la mía.

— Eres repugnante.

Ya no puedo contenerme más.

Estallo en una carcajada.

—Buenas noches, Elena —susurro cuando por fin consigo dejar de reír, y ella, claro, no responde.

No sé cuántos minutos llevo allí, quieto, en silencio, mirando al techo, observando cada detalle, la madera, la paja, hasta la maldita lámpara, mientras Elena sigue quieta, mirando a la pared, pero no está durmiendo.

Simplemente lo sé.

Su respiración sigue agitada, sin duda, la pequeña descarada quiere gritarme, insultarme y, tal vez, dormir a la intemperie, en una de las tumbonas acolchadas, no sea mala idea; así, al menos, Elena podrá dormir un poco tranquila.

Sé que es absurdo, pero me molesta saber que, de alguna manera, me tiene miedo.

Estoy a punto de levantarme e irme fuera, cuando ella se mueve, se pone boca arriba y mira al techo, igual que yo.

No muevo ni un músculo, solo espero su próximo movimiento.

—Gracias… —Su voz es solo un susurro, lo que me sorprende, y no puedo contenerme: giro el cuerpo hacia ella.

—¿Por qué? —pregunto, y Elena sigue mirando al techo.

— Por eso, por traerme a este lugar.

—No hace falta que me des las gracias —digo, sin entender muy bien por qué lo digo ahora.

—Ya hemos llegado, iba a darte las gracias, pero luego me distraje, me fui a dar una ducha y después…

Se desató el caos, quiero añadir, pero prefiero guardar silencio.

— En fin, solo quería que supieras que me ha gustado, mucho —dice, girando la cara lo justo para que su mirada se cruce con la mía.

Y la verdad que veo allí me desarma.

Sigue enfadada, pero aun así ha tenido la humildad de darme las gracias.

¿A que es una locura?

— Quizá no lo entiendas, pero para alguien que creció con ganas de ver y sentir el mar, estar hoy aquí es…

— ¿Nunca habías visto el mar? — La pregunta se me escapa sin poder evitarlo, y ella abre mucho los ojos, sorprendida por mi reacción.

Niega con la cabeza.

Cierro los ojos, intentando asimilar lo que acabo de oír.

— A ver si lo he entendido bien: me estás diciendo que, a pesar de haber nacido y vivido unos años en *Civitavecchia*, una ciudad a orillas del mar, en una mansión con acceso privado al puto océano, nunca habías… — Me callo, dominado por una rabia incontrolable.

—Solo mis hermanos podían ir —explica, con la voz entrecortada, volviendo a fijar la mirada en el techo, y veo la lágrima que ella, apresuradamente, intenta ocultar.

Joder, joder…

— Dime cualquier otra cosa, cualquier mierda…

Elena vuelve a mirarme, con los ojos llorosos, ahora confundidos.

— ¿Cómo?

— Háblame de cualquier tema, cualquier cosa que me impida coger mi móvil en este preciso instante y mandar a buscar a tu padre al agujero en el que esté y matarlo con mis propias manos.

— No lo harías… —jadea, con los ojos muy abiertos.

— No tienes ni idea de lo que haría —le respondo, sin apartar la mirada de la suya, y veo cómo se da cuenta de que estoy diciendo la verdad—. Mataría a ese cabrón, sin pensarlo dos veces, por ti.

—Pietro… —jadea, y no puedo contenerme, la atraigo hacia mí y le beso la frente.

No hay nada sexual en ello.

Solo estoy dejándole claro que estoy ahí por ella, *para ella*.

—Siento mucho todo lo que tu padre te quitó, *mia maghetta* —le susurro, acariciándole la cara con el dedo índice.

Elena no se queja del apodo, no dice nada, solo me abraza con fuerza, hundiendo la cara en la curva de mi cuello y susurrando

algo que no entiendo, pero ni siquiera pregunto, solo quiero seguir allí, con ella en mis brazos todo el tiempo que ella me permita.

No sé cuánto tiempo nos quedamos allí, juntos, abrazados.

Parece mucho y, al mismo tiempo, poco.

Solo sé que cuando Elena por fin se aparta y me dice «buenas noches», tumbándose a mi lado, no en el borde de la cama, sin huir de mí, joder, hay una parte de mí que no quiere gritar ante este pequeño avance.

Y es pensando en eso y en cómo me hace sentir la pequeña bruja que, con una sonrisa de hijo de puta en la cara y pensando ya en el infierno que será el día siguiente, dejo que el cansancio finalmente se apodere de mí.



Try – Pink
I See Red – Everybody Loves an Outlaw
You're the reason – Olivia Penalva
«Love the way you lie» – Skylar Grey

Pensé que tardaría en dormirme.

Me equivoqué.

Después de casi flipar al ver a Pietro en calzoncillos y enloquecer por una buena razón. En serio, ¿cómo podía esperar que me durmiera sin más, después de verlo así?

Igual que tú pensaste que él se dormiría después de verte sin bata.

¡No! ¡No!

Una cosa es una cosa, y otra cosa es otra cosa —intento convencerme—. Mi ropa puede que sea transparente y tal, pero él…

Además de llevar solo ese trozo de tela, mostrando sus abdominales, sus muslos gruesos, eso no ocultaba…

No te acuerdes, no te acuerdes.

No ocultaba el tamaño de su polla, que estaba dura, sí, ¡DURA!

Dios, se veía todo.

Ya está, lo he dicho.

Y lo peor fue darme cuenta de que él se lo estaba pasando bien, sabiendo que me afectaba.

Porque, sí, me afectó.

Nunca había sentido tanto calor.

Pero, por suerte, tras unos buenos minutos respirando hondo, conseguí calmarme, poco, pero lo suficiente como para querer terminar la noche de una forma menos pesada, si es que se puede decir así.

Por eso fui a darle las gracias.

No porque quisiera que se compadeciera de mí.

No quería.

Del mismo modo que no deseaba haber visto la sorpresa y la conmoción en su rostro.

Para mí, algunas cosas son tan naturales como respirar, joder, es mi vida, y ver la indignación en su mirada, la rabia, la forma en que afirmó que mataría a mi padre, *que lo mataría por mí*, me hizo sentir de una manera que nunca imaginé posible.

Me sentí protegida.

Y cuando me alejé de él, fue solo porque sabía que era lo correcto, lo que se esperaba de mí, no lo que yo quería.

Quería quedarme allí, en sus brazos.

Y lo más alucinante fue que, incluso lejos de él, aunque solo fueran unos centímetros, podía sentir su presencia, su fuerza *y su protección*; sabía que no dejaría que me pasara nada malo, él no me haría daño, nunca, y me resultó fácil dejar que mis ojos se cerraran, que el sonido del mar me inundara y dormir, como no dormía desde hacía semanas, como no lo hacía desde que había vuelto a vivir con mi padre y mis hermanos.

Ya no había miedo.

Solo expectativas.

Lo que me lleva al presente y al hecho de que tengo la pierna debajo de la de Pietro, pensando en cómo sacarla sin despertarlo, al mismo tiempo que intento averiguar cómo demonios he acabado ahí, toda enredada con él, para empezar.

Respira…

Levanto ligeramente la cabeza solo para encontrarme con la vista del mar azul.

— ¡Vaya, qué bonito!

—Gracias. —Su voz ronca y somnolienta me hace sonreír.

—No, tú… el mar —replico, y aprovecho el momento para alejarme, sintiendo ya cómo se me calienta la mejilla ante su mirada tan intensa.

El hombre acaba de despertarse, debe de tener los ojos llenos de legañas y, aun así, es para morirse de guapo.

Pietro se estira, haciendo que la sábana se baje unos centímetros y deje al descubierto más de su abdomen marcado, y mi mirada se dirige hacia allí.

Joder.

No te acuerdes de ayer. No te acuerdes de lo que hay más abajo. No lo hagas…

Cierro los ojos y vuelvo a fijarme en su rostro, solo para encontrarme con una sonrisita pícara.

— Ni una palabra —le advierto, incorporándome, sabiendo que quedarme en la cama con este hombre no es una buena opción.

—Solo iba a decir que, si querías seguir tocándome, no hacía falta que esperaras a que me durmiera, esposa.

—No te he abrazado —exclamo, y él se ríe, y lo que es peor, en lugar de mandarlo a la mierda, me pillo riéndome también. —Eres muy descarado, tengo que admitirlo —murmuro para mí misma, y es una constatación más.

—Solo lo digo, yo estaba tranquilito en mi lado de la cama.

—Claro, como si eso demostrara algo —replico—. ¿Sabes qué? No voy a dejar que empieces a sacarme de quicio…

—¿Irritarte? Nunca.

Entorno los ojos.

—Solo después del café. —Me guiña un ojo mientras se levanta, y la poca esperanza que me quedaba de no tener que volver a mirar esa parte de su cuerpo se desvanece.

— Joder, ¿eso se pone blando en algún momento? —casi grito, caminando a toda prisa hacia el baño, mientras oigo a Pietro reírse.

Stronzo.

Un idiota muy guapo, pero, aun así, un idiota.

Salgo del baño unos minutos después, con un vestido holgado de verano, el pelo recogido en una coleta y la dignidad ligeramente recuperada, solo para encontrarme con él desnudo de cintura para arriba, aunque al menos lleva unos pantalones cortos holgados.

Gracias, Dios.

—Espero que tengas hambre, ya ha llegado nuestro café —dice, pero no veo nada a mi alrededor—. —Ahí fuera —señala con la cabeza.

—¡No! —exclamo, y solo entonces veo una enorme bandeja rústica, toda decorada con flores, repleta de comida y bebida, y cuando digo «repleta», no exagero.

—Te espero fuera —avisa Pietro, dirigiéndose hacia el baño.

Vale, vale…

Solo es una cesta de desayuno.

No, es LA CESTA.

Desde donde estoy puedo ver minicroissants, donuts, magdalenas de chocolate, mermeladas, gofres, frutas variadas, uvas, melón, sandía, kiwi, cerezas y…

— ¡Una copa llena de fresas! — se me escapa, y sé que él tiene algo que ver con esta copa en concreto.

No me contengo, abro la puerta de cristal y me dirijo hacia la piscina.

—Pensaba que ya te lo estarías comiendo. —Su voz suena justo detrás de mí, y pongo los ojos en blanco. —¿Qué te parece si rescatamos nuestra comida? —Me guiña un ojo y no puedo contener la sonrisa.

—Por favor.

En cuestión de segundos, Pietro tiene la bandeja fuera del agua y sobre la mesa de la terraza.

Y si hay una forma mejor de empezar el día que esta, yo no la conozco.

De verdad.

—Es mucha comida —suspiro, incapaz de identificar todo lo que han metido ahí.

— Excepto la fresa —señala la copa de cristal—, no sabía qué me apetecía más, así que le pedí a Michel que trajera un poco de todo.

—Gracias —le doy las gracias—. Normalmente soy de las que no se despiertan hasta que no se toman un poco de café, pero hoy, con tantas opciones, voy a rendirme ante el zumo… —miro las diversas opciones que tengo delante y no puedo contener la sonrisa al elegir— …de maracuyá.

—Una elección interesante.

—Algo me dice que lo voy a necesitar —me encojo de hombros, dando el primer sorbo a la bebida—, si quiero seguir tranquila.

Pietro no replica.

Se queda mirándome fijamente unos segundos y luego se ríe, una risa tan agradable, tan agradable, que no consigo ponerme seria ni indignada.

—Ríete, ya que tú eres el responsable de volverme loca.

— Creo que voy a pedir que traigan unas jarras más, una para ti y las otras para mí —subraya el plural.

—Vaya, tú… ¿qué estás insinuando? —le pregunto, seria, pero, en el fondo, me estoy divirtiendo.

— Nada de insinuaciones, *bella*, solo afirmaciones —responde, y yo debería replicar, pero lo único que consigo es quedarme admirando su barba bien recortada, su mandíbula marcada, su cabello…

Concéntrate, Elena.

—Vale, ¿qué planes hay para hoy? —pregunta Pietro y siento que me ha pillado con las manos en la masa.

— Mmm, no sé, hacer cosas que la gente suele hacer en la luna de miel —digo sin pensar, y en cuanto las palabras salen de mi boca y veo su mirada pícara, me doy cuenta. — Oh, Dios, ¿sabes qué? Olvida lo que acabo de decir.

—Tu subconsciente sabe lo que quiere —me guiña un ojo, haciendo que mi corazón se acelere en el pecho—. Deberías hacerle

caso.

Ese maldito sabe cómo sacarme de quicio.

—Mi subconsciente no sabe nada —replico—. Y ya tengo un plan para hoy —destaco, solo para verlo cruzar los brazos sobre el pecho—. Intentar sobrevivir un día más a tu lado.

Pietro entrecierra los ojos y se queda unos segundos mirándome fijamente.

Y eso me afecta, y mucho.

—Buena observación, me aseguraré de que sigas viva, esposa —bromea, y yo pongo los ojos en blanco.

—No sé, como acabamos de llegar y esto —miro a mi alrededor— es maravilloso, pensé en disfrutar de la piscina, del mar —digo, y Pietro sigue en silencio, limitándose a observarme—. En el internado solía nadar todos los días por la mañana, era mi rutina.

—En casa podrás volver a nadar —exclama, y no puedo contener la sonrisa.

—Sí, en cuanto vi la piscina en Siena, ya empecé a soñar despierta.

— Bueno… —dice, con seriedad, pero su mirada hacia mí es tan intensa que me desconcierta.

¿De qué estaba hablando?

—Volviendo a los planes, pensaba en usar la piscina, tomar un poco el sol y, por supuesto, bañarme en el mar —digo, sin ocultar mi entusiasmo.

— El mar es muy diferente de la piscina, puede ser más traicionero, hay muchas corrientes marinas o grandes profundidades, pero creo que aquí estaremos a salvo.

— ¿Lo estaremos? — No me olvido de conjugar el verbo.

— Voy a nadar contigo —responde, sin apartar la mirada de mí.

— Oh, no hace falta —me apresuro a decir.

—¡Quiero hacerlo! —exclama, y su tono de voz deja muy claro que no hay discusión posible.

Mi corazón se acelera en el pecho.

Solo es nadar, por el amor de Dios…

—Vale —murmuro. ¿Soy solo yo, o hace más calor aquí? —Yo —me levanto, de repente nerviosa por los planes del día— voy a cambiarme —digo, tras unos segundos que parecen eternos y en los que Pietro no dice nada, sigue mirándome fijamente.

¿Tendré algo en la cara?

¡Muévete de una vez!

Respiro hondo y me doy la vuelta, imaginándome ya la tortura que será encontrar un bikini decente.

No seas ingenua, Elena, eso es imposible.

Diez minutos después, mis sospechas se confirman.

He revolvido toda la maleta.

Lo he sacado todo y lo he ido ordenando con calma, y la conclusión es una sola: no hay ni un bikini que me cubra ni la mitad del culo.

Respiro hondo mientras miro los tres conjuntos que he separado.

Los que considero que son los «más recatados».

El primero es de un rojo sangre; la parte de arriba es tipo cortinita que se ajusta, pero el problema son las braguitas de hilo dental.

El segundo es un modelo muy escotado. No llega a meterse en el culo, pero tampoco cubre gran cosa; y el tercero es precioso, de un solo hombro, lleno de recortes, es el más recatado por detrás, pero, en cambio, por delante, apenas lo cubre todo.

Me quedo mirándolos y, mientras una parte de mí quiere tranquilidad y llamar lo menos posible la atención, la otra, ah, esa, quiere ver cómo se desata el caos, y puede que Pietro no dijera nada ayer, pero vi su mirada.

El muy cabrón no quiere ceder, pero está tan jodido como yo.

Sí… no sirve de nada mentir.

—Que sea rojo —digo, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho—. Vamos a calentar aún más el ambiente por aquí.



Termino de atar el lacito en el lateral de las braguitas y miro mi reflejo en el espejo.

—¡Joder! Pietro va a sufrir un infarto.

No he sido muy afortunada en lo que al trasero se refiere, pero te diré una cosa: con este bikini hasta mi culo se ve enorme y apetecible.

Modestia aparte.

— Vaya —murmuro, con una mezcla de sorpresa y emoción. — Vale, ahora solo tengo que salir del baño, fingiendo una calma que no existe.

Respiro hondo, una, dos veces, y abro la puerta de cristal.

La hora de la verdad.

Me pongo la visera de paja que he encontrado en uno de los bolsillos de la maleta y me dirijo hacia la cubierta, llevando una toalla y el protector solar, agradeciendo que al menos la parte de delante no sea tan llamativa, pero, a juzgar por la forma en que Pietro entrecierra los ojos y aprieta con fuerza el brazo de la silla, diría que tiene una opinión diferente a la mía.

Que le den.

—El baño está libre —digo, intentando parecer indiferente, aunque siento cómo su mirada recorre cada centímetro de piel al descubierto.

Resiste, ignóralo…

—Estás jugando con fuego, Elena —espeta con voz ronca, levantándose, y todo mi ser vibra.

—No sé de qué estás hablando —me burlo, extendiendo la toalla sobre la tumbona y tumbándome bajo su intensa mirada—. Solo estoy trabajando con las opciones limitadas que me ha dado tu prima. Si no te gusta, quejate a ella —subrayo, y por un instante creo que he ido demasiado lejos.

Hay tanto en su mirada.

—Ah, me voy a quejar —espeta, con voz ronca, caminando directamente hacia mí, y yo contengo la respiración.

Joder.

Indiferente, resiste, resiste, por el amor de Dios.

Pietro se detiene a mi lado, su cuerpo musculoso a pocos centímetros de mi mano; sería tan fácil simplemente estirar el brazo y sentir todo eso.

—Ten por seguro que lo haré —continúa, y levanto la cara solo para encontrar su mirada.

—Hazlo —murmuro, temiendo cómo va a sonar mi voz.

Tengo mucho calor, y no tiene nada que ver con el sol que brilla sobre nuestras cabezas.

Él sonríe, inclinándose hasta que su rostro queda casi pegado al mío.

Oh, joder…

Me va a besar.

Lo va a hacer y yo lo deseo, muchísimo.

—Y para que quede claro. —Su voz es ronca, áspera, y me pone la piel de gallina a medida que se acerca cada vez más.

— Pietro… — susurro, sintiendo su aliento en mi cara.

—Me ha gustado, me ha gustado un montón, ese es el puto problema —gruñe cerca de mi oreja, con su aliento caliente haciendo que mi cuerpo ansíe algo que ni siquiera sé explicar.

Él, más de él…

Pero antes de que pueda darle una respuesta atrevida, el muy cabrón se aleja, dirigiéndose hacia el interior del bungaló, dejándome allí, ardiendo, y no tiene nada que ver con el calor de la Toscana.



No tarda mucho en volver mi marido.

¿Ya he dicho que me gusta mucho esto? *Mi marido.*

Sí, me gusta más de lo que debería, pero, en mi defensa, es imposible.

Menudo tío bueno.

Los calzoncillos bóxer negros cumplen sin duda su función al llamar mi atención hacia sus muslos gruesos, pero por mucho que

intente resistirme, me sorprendo a mí misma explorando cada centímetro de su pecho y observando disimuladamente los tatuajes.

En la espalda, Pietro lleva las palabras HONOR, VALENTÍA y LEALTAD, y ni siquiera necesito preguntarle por qué. Simplemente sé la respuesta. Son sus valores, es en lo que cree, en lo que creció teniendo como ejemplo.

—¿Te gusta lo que ves? —me pregunta, y me sonrojo al darme cuenta de que mi intento de ser discreta no ha funcionado tan bien como me hubiera gustado.

—Lo siento, estaba mirando tus tatuajes —admito, y él se acerca, lo que me permite verlos mejor.

Mucho mejor.

Concéntrate, Elena, en los tatuajes.

— El de la espalda es el más reciente. Me lo hice el día de mi cumpleaños —me cuenta, y yo asiento con la cabeza. Y, para mi sorpresa, durante los siguientes minutos descubro que Pietro recibió el tatuaje como regalo de Roman, que, de todos, es el que más tatuajes tiene en la piel, aunque todos comparten uno en común, que se hicieron hace muchos años, nada más cumplir los dieciocho: *«Famiglia per sempre».*

— ¡Qué bonito!

—Es lo que somos, nos pareció acertado llevarlo en nuestra piel. —Se encoge de hombros.

—Entonces, solo son estos dos y el de los dedos. —Señalo su mano, donde, desde que nos conocimos, he visto las letras que forman FAMIGLIA.

—Por ahora —dice, y su mirada vuelve a posarse en la mía.

—Por ahora —repito sus palabras y él sonríe.

—Hay cosas que merece la pena llevar no solo en el corazón, sino también en la piel.

Caramba…

— ¿Qué pasa? ¿Te sorprende? — Arquea una ceja, mirándome.

— No, es solo que… yo también pienso así —sonrío.

— ¿Qué llevas contigo, Elena? —pregunta de improviso, sin apartar la mirada de la mía, y me quedo en blanco.

Pensaba que mi tatuaje estaba bien escondido bajo el bikini, pero, al parecer, no lo suficiente.

—¿De verdad pensabas que no me daría cuenta, *mia maghetta?* —pregunta, pero en su voz no hay juicio ni reproche.

—Yo… —empiezo a decir, pero me callo, mientras una leve sonrisa se dibuja en mi rostro—. En cierto modo, contaba con que lo descubrirías… en algún momento —admito—. Pero no tan rápido. —Hago una mueca—. Es una parte de mí que llevo años ocultando y protegiendo.

—No tienes que ocultarme nada… nada —dice Pietro, y siento cómo se me hace un nudo en la garganta.

Oh, mierda.

Nada de llorar.

Solo es un tatuaje.

No, no lo es… y él lo sabe.

El muy cabrón lo sabe, me lee el pensamiento, aunque yo no quiera.

—¿Y bien? —Arquea una ceja, y si él me ha contado el significado de las suyas, yo puedo contarle el de la mía.

—Dona y yo siempre hemos estado unidas —empiezo, y él permanece en silencio—. Sé que puede parecer obvio, al fin y al cabo somos hermanas, pero no lo es. Lo que tenemos es algo difícil de expresar con palabras…

—Siempre os habéis tenido la una a la otra —dice Pietro y se me llenan los ojos de lágrimas.

Maldita sea, ¿cómo lo consigue?

—Sí —susurro—. Y cuando todo parecía ir mal, me bastaba con mirar a mi hermana para saber que todo saldría bien, porque…

—Porque ella estaba ahí.

Asiento con la cabeza, mordiéndome los labios.

—Así que, un día de locura, conseguimos plasmar en nuestra piel parte de lo que sentíamos en una pequeña frase. En mí, *«para* siempre» —revelo, levantando un poco la tela para que él pueda leerlo—. Dona, que ya lo lleva tatuado en la costilla, lleva la palabra *«insieme»*.

— Juntas para siempre.

—Siempre —exclamo, sonriendo.

Pensé que los siguientes minutos serían incómodos, o incluso extraños, pero Pietro y yo conseguimos hablar de temas aleatorios y seguros: comida, música, deportes, películas… Pero con él nada dura para siempre, y enseguida surgió una pregunta para la que no sabía la respuesta.

«¿Algo que te gustaría tener o hacer y que aún no has hecho ni tenido?»

— Vamos, lo primero que se te venga a la cabeza —insiste, con la mirada analizando cada uno de mis movimientos.

Me muerdo los labios, nerviosa.

— Tú primero —le respondo, y él entrecierra los ojos, pero responde al cabo de unos segundos.

— La Gran Muralla China.

— Vaya, eso ha sido rápido.

—Hay varias cosas que aún quiero hacer, y visitar este lugar es una de ellas —se encoge de hombros.

—Fácil para alguien que ya debe de haber viajado por decenas de países —exclamo, y él no lo niega—. Si empezara a enumerar los sitios que quiero conocer, nos quedaríamos aquí hasta la noche y la lista no estaría completa.

—Ahí está lo bueno, nunca lo está.

— Buena respuesta.

— Te toca.

— Vaya…

—Lo primero que se te venga a la cabeza.

— Un perro.

— ¿Qué? — Parece sorprendido y me río.

—¿Has dicho «tener» o «hacer»? —empiezo, notando cómo se me calientan las mejillas—. —Eso era «tener»; en cuanto a «hacer», mmm, creo que me haría otro tatuaje o quizá un piercing.

— Joder…

— ¿No te gusta?

—No soy yo quien tiene que gustarle.

Su respuesta me deja sin palabras.

— Solo pensaba…

— ¿Pensando? — Arqueo una ceja.

—En cómo mi mujer estará aún más guapa con un tatuaje o un piercing —dice con voz ronca, y no es broma, lo dice en serio.

Mi corazón se dispara en el pecho y ni siquiera sé qué responder después de eso.

— Solo acuérdate de llamar a una puta profesional; ningún hombre, aparte de mí, te tocará.

— Tienes que estar bromeando —espeto, y sé que estoy «jugando» con fuego, pero la mirada que me lanza hace que el riesgo merezca la pena.

En un segundo, estoy sentada en la tumbona a su lado; al siguiente, sus manos me rodean la cintura y, cuando me doy cuenta, estoy prácticamente sentada en su regazo, con su rostro a pocos centímetros del mío.

— ¿Qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loco?

—Llámame posesivo, celoso, machista, lo que prefieras… —comienza, agarrándome con fuerza por la nuca, manteniendo mi mirada fija en la suya, y yo debería insultarle, darle un puñetazo en el pecho, pero no consigo apartar la mirada de la suya—. Pero ten por seguro que no estoy jugando, no cuando se trata de ti, *bella maghetta*. Eres mía y no te comparto. Nunca.

¿Debería gustarme oír eso? ¡No!

Pero, joder, parece que todo mi cuerpo se ha calentado de repente.

—«Neandertal» parece una buena definición —exclamo, sin apartar la mirada de la suya, y él sonríe, aflojando el agarre en mi nuca.

Maldita sea.

Podría quedarme ahí un rato más…

¡Elena!

—Puedes volver a tu asiento, *amor*, a menos que te esté gustando.

—Una vez idiota, siempre idiota… —murmuro, apartándome de él a toda prisa, pero el muy muya se ríe, me vuelve a atraer hacia él y empieza a hacerme cosquillas en la barriga.

— ¿Qué te crees que estás…? —grito, pero no consigo terminar la frase ni defenderme.

Pietro no para y yo soy muy sensible en la barriga, muy sensible.

Resultado: grito, suplico, mientras él sigue haciéndome morir de risa, hasta que ya no me quedan fuerzas y caigo sobre su cuerpo.

—Toma, algo que Martina podría intentar poner en práctica en Chiusure —el muy cabrón sigue burlándose—. Seguro que revelarías todos tus secretos —me provoca.

— No te atreverías…

Él sonríe.

—Vale, tú sí te atreverías, porque eres un completo… —Respiro hondo, viendo cómo se amplía su sonrisa—. ¿Crees que eso te ha servido de algo? Porque sigo pensando que eres un idiota.

—Uno que te hace reír cuando hace falta.

—Contra eso, no puedo discutir —suspiro, levantándome y volviendo por fin a mi tumbona.

¿Qué ha sido eso?

¿Y por qué no puedo dejar de sonreír?



¿Qué estará haciendo Dona? Debe de haber vuelto a la cárcel, mientras yo estoy aquí, pasándomelo bien y tomando el sol.

Más tarde, por la noche, le enviaré un mensaje para ver cómo van las cosas. Conociéndola bien, si se lo envío ahora, me dirá que deje de preocuparme y que me vaya a divertir.

Sí, eso es algo que ella haría sin duda.

Y enseguida me acuerdo de sus palabras.

«Disfruta de cada momento y vive intensamente esta nueva etapa tuya».

Ah, señora, lo estoy disfrutando, a mi ritmo, con altibajos, pero lo estoy haciendo, y mucho. Ya es un avance que estemos

tumbados uno al lado del otro sin habernos matado, o, lo que es peor…

—Hay algo que todavía no me cuadra —suelta Pietro de repente, devolviéndome a la realidad, y abro los ojos solo para encontrarlo de pie.

Mírale a la cara, eso es, Elena, levanta la vista.

—¿De qué estás hablando? —le pregunto.

—De que Alessia haya hurgado en tu maleta —señala, y noto su mirada fija en mi bikini. Que no venga ahora a quejarse de él, después de todo este tiempo.

—¿No has leído la nota?

—¿Qué nota?

— Creía que te lo había dado —hago una mueca—, se ha enfadado con nosotras.

—No hemos hecho nada.

—Sabes que sí.

Pietro arquea una ceja y yo me muerdo los labios. Los hombres, siempre tan lentos.

—La metimos en la boda con Roman.

— Ni de coña que sea por eso.

— Querías el caos, pues ahí lo tienes: tu prima se lo ha tomado a pecho. ¿Estás seguro de que esos dos nunca han tenido, ya sabes…? — Y ni siquiera hace falta que termine la frase.

— No, nunca. Se llevan a muerte desde siempre, pero Roman es casi como un hermano pesado.

— Interesante.

— ¿Qué es lo interesante?

— Es que no lo veo así con Martina ni con Stella.

Silencio y un Pietro pensativo frente a mí.

Me muerdo los labios para no reírme de su cara.

— Pareces mi consejera.

— ¿Qué quieres decir con eso?

No responde; sin previo aviso, se zambulle en la piscina, salpicándome con un montón de agua helada.

— Hijo de… —empiezo a decir, en cuanto lo veo volver a salir a la superficie.

— ¡Oye, cuidado! — Me guiña un ojo.

—Hijo de una madre maravillosa —espeto, clavándole una mirada fulminante.

—Mucho mejor. La señora Giulia te lo agradece.

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a tumbarme, y lo único en lo que puedo pensar es que debería haberme traído las malditas gafas de sol, así podría quedarme observando a Pietro nadar como si no hubiera un mañana.

— ¿Te lo estás pasando bien?

— ¿Qué? —pregunto, y solo entonces me doy cuenta de que estaba mirando descaradamente a mi marido. — Solo observando lo bien que nadas.

—No solo nado bien.

— Qué asco. —Me tapo la cara con el brazo, mientras él se ríe.

Bien hecho, bien hecho.

Eso te pasa por quedarte admirando… *lo que es mío.*

No sé cuántos minutos pasan.

Solo oigo el sonido de las brazadas.

Pietro tiene energía.

Y pensar en eso me irrita.

Cuando por fin el ruido cesa, claro que no puedo quedarme quieta, echo un vistazo, solo para descubrir que ha salido de la piscina y ahora está tumbado en una especie de hamaca sobre el mar.

Con el cuerpo todo mojado.

Las gotitas brillan bajo el sol…

¡Dios, qué calor!

Debería refrescarme, la piscina es más que tentadora, pero de repente se me ocurren otros planes.

Sí, es el momento perfecto.

Me pongo de pie, cojo el protector solar, que incluso está caliente, y me echo un poco en la cara, sintiendo su mirada sobre mí.

¡Concéntrate!

Echo un poco más en la palma de la mano y sigo untándome la crema por los brazos, el vientre, los muslos y las piernas, y Pietro ni siquiera se molesta en disimular.

Bueno, fíjate en esto, cariño.

Me doy la vuelta dándole la espalda, me arrodillo sobre la tumbona, tardando más de lo necesario en tumbarme, y le oigo maldecir.

Qué predecible.

—¿Has dicho algo? —le pregunto, girando ligeramente la cara, mientras me ajusto un poco las braguitas, solo para tener el placer de verlo abrir una cerveza y bebérsela de un trago.

Vuelvo a fijar la mirada en la toalla que tengo delante y estoy a punto de tumbarme boca abajo, decidida a broncearme la espalda y el culo, cuando la idea me viene con toda su fuerza.

No debe de ser gran cosa, ¿verdad?!

No pienso, solo actúo.

Tiro del lacito que sujeta la parte superior del bikini y lo tiro al suelo de la cubierta, a mi lado, y solo entonces me tumbo.

Me gustaría que Dona viera esta nueva faceta mía.

Si ir en topless aquí y ahora no es divertido, no sé qué lo es…

—¿Sabes lo que no te cuentan sobre jugar con fuego, Elena? —La voz ronca de Pietro resuena a mi lado, haciéndome dar un respingo de susto, y casi acabo enseñando demasiado.

— Dios, qué susto, cómo tú… —empiezo a decir, pero me callo al ver su mirada.

Está cabreado.

—Cuando juegas con fuego, acabas quemándote —sentencia.

—¿Estás enfadado por lo de ir en topless? Estamos en medio de la nada —argumento, levantándome y llevándome la toalla blanca conmigo.

—Sabes que si Michel aparece aquí ahora mismo, tendré que matarlo —dice, y no hay ni una pizca de broma en su voz.

— Pietro.

— ¿Podrías dormir con su muerte acechándote? —insiste, y ni siquiera puedo responder. ¡Claro que no! Ni siquiera puedo

imaginarme que alguien salga herido por mi culpa, y menos aún un inocente.

—Eso es una locura. ¿Te estás escuchando? Es ridículo.

Pietro sonríe, agachándose para recoger la parte de arriba de mi bikini del suelo.

—No me provoques, Elena. Ya sabes que no bromeo ni miento —exclama, y luego me da la espalda y se dirige de nuevo al dormitorio.

Pero…

—Mi bikini —grito.

—Ya que tanto deseabas quedarte sin él, no lo echarás de menos, joder —replica, agitando el trozo de tela roja, y yo contengo las ganas de gritar.

Menudo cretino.

—Y no te olvides del protector solar —añade, y eso es la gota que colma el vaso.

—¡Que te jodan, Pietro! —espeto, lanzándole el frasco, pero ni siquiera se acerca.

Mierda.

Esto es una locura.

Nadie lo está viendo.

Nadie…

Debería quitarme la toalla y tomar el sol delante, debería, pero solo empeoraría la situación. Con lo loco que está, es capaz de venir a buscarme y aún tendré que aguantar que roce su cuerpo contra el mío, y por mucho que mi lado racional lo ignore, mi cuerpo… no lo hace.

Lo cual es aún más irritante.

Vuelvo a tumbarme y no sé cuánto tiempo me quedo ahí, dándole vueltas a sus palabras, recordando la irritación que me provocaba cada palabra que salía de su boca.

Como si de repente todo estuviera bien y, de pronto…

El caso es que ya no puedo quedarme aquí.

Ya me arde la espalda, refrescarme en la piscina no es una opción.

Hoy no.

Solo me queda volver a la habitación, darme una ducha refrescante, ignorar a Pietro Zampieri con todas mis fuerzas y descansar.

Sí, parece un buen plan.

Solo tengo que ponerlo en práctica.

Me levanto, con cuidado de mantener la toalla blanca delante de mi cuerpo, asegurándome de que nadie vea mis preciosos pechos.

Respira y se acabó la discusión.

Es demasiado intenso, mandón, posesivo y celoso y, pensándolo bien, si no estuviéramos en un lugar aislado, yo…

Joder.

Probablemente no me gustaría que nadie se quedara mirándolo, ya sea sus piernas fuertes, sus abdominales, joder, ni siquiera su cara.

Tacha el «probablemente». No mirarían ninguna parte.

Me ha dado mucho el sol en la cabeza.

Sí, eso es.

Debo de tener algún síntoma de insolación.

En cuanto se cierra la puerta de cristal detrás de mí, me doy cuenta de que Pietro ya se ha duchado y está completamente vestido, trabajando con su portátil.

Qué pena…

¡Elena, concéntrate! Estás enfadada, ¿te acuerdas?

¡Sí, mucho!

— ¿Algún problema? — se me escapa, y su mirada se clava en la mía.

—No —le respondo secamente, y no debería importarme, pero me importa.

—No deberías estar trabajando —le señalo, apretando con fuerza la toalla entre los dedos.

— Créeme, si fuera por mí, ahora mismo estaría haciendo otra cosa —dice con seriedad y me trago mi orgullo herido.

Claro que lo estaría.

Probablemente estaría en otro sitio, con otra mujer, no aquí conmigo.

Asiento con la cabeza y me doy la vuelta apresuradamente.

— Elena…

—Voy a darme una ducha —digo, deseando que no se dé cuenta de cómo estoy.

—Ya he pedido que nos traigan algo para comer.

Claro que haría eso.

Piensa en todo y, al fin y al cabo, yo solo debería estar agradecida.

—Gracias, Pietro —susurro, y me dirijo al baño sin siquiera mirar atrás.

Abro el grifo de la ducha y lo primero que noto es un pinchazo en la espalda. Sí, para rematar el día por todo lo alto, claro que me he quemado, y no ha sido poco.

No me puse el maldito protector solar y no pedí ayuda, fui demasiado orgullosa.

Cuando me doy cuenta, estoy llorando y eso… me hace llorar aún más.

— No me lo puedo creer.

No sé cómo explicarlo, es una sensación horrible, una frustración, un miedo inexplicable a estar echando a perder lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo, algo que ni siquiera ha empezado.

No ha empezado porque tú no has querido.

No ha empezado porque él está respetando tu decisión.

Más lágrimas.

No debería importarme lo que Pietro piense de mí, o de nuestra relación, sé que todo es mentira, pero…

Me importa.

No quiero que sea mentira.

Me lavo el pelo, me enjabono el cuerpo, y las palabras de mi hermana me llegan al alma.

«Haz que te conozca de verdad…»

— ¿Y si, al conocerme, él… se echa atrás?

Entonces, al menos, sabrás que hiciste lo que pudiste y que, esta vez, la decisión fue suya.

Cierro el grifo de la ducha, decidida a intentar… no sé qué, pero lo primero es salir del baño y enfrentarme al hombre, y no en sentido literal.

Por el amor de Dios…

Son unas lunas de miel, no una guerra.

Cuando abro la puerta, Pietro ya no está delante del ordenador.

Está fuera, preparando nuestra comida.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunto y él niega con la cabeza.

—Pensé que te apetecería comer aquí fuera y he abierto la sombrilla, pero si lo prefieres, podemos comer dentro, así no te quemarás… más —comenta, y sé que se ha fijado en el enrojecimiento de mis hombros.

—Si dices «te lo dije», no respondo de mis actos —bromeo, y él sonríe, levantando las manos.

— ¿Tan mal? —pregunta, y no hay broma alguna, sino preocupación.

—Sobreviviré —hago una mueca. Con cada ligero movimiento, la ropa me raspa la piel como si fuera lija.

— Come, luego te cuidaré.

—Estoy bien, ya me he puesto crema hidratante, enseguida mejorará.

No responde y creo que he ganado una batalla.

Dulce ilusión.

— El salmón estaba delicioso —exclamo, dejando los cubiertos sobre mi plato vacío. Satisfecha.

— Me alegro de que te haya gustado. Le diré a Michel que le dé nuestros saludos al *chef*.

—Hazlo, no hay nada como recibir un elogio, sobre todo cuando es muy merecido.

— No está nada mal para una comida/cena.

— Exacto —me río—. No me había dado cuenta de que ya era tan tarde. Se me ha pasado el tiempo volando.

— Nos hemos levantado tarde, y eso suele pasar cuando hace buen tiempo.

— Creo que tienes razón.

No hay por qué negarlo, a pesar de todo lo que ha pasado esta tarde, en general me lo he pasado *muy bien*.

— No sé tú, pero yo estoy agotada.

— Ve a cambiarte. Yo lo dejo todo listo aquí para que se lo lleven.

—Seguro, puedo…

—Ve. Elena, así podremos ver tu espalda.

— Pietro, en serio… —empiezo a decir, pero desisto, cojo mi maleta y vuelvo al baño, con la difícil misión de encontrar algo que no me pique ni me roce la espalda y, al mismo tiempo, no sea demasiado provocativo ni sensual.

Unos minutos después, encuentro un conjunto de pantalones cortos tipo «doll» de satén color champán, precioso, muy corto, y da la sensación de que apenas me va a cubrir todo el culo; aun así, es mejor que unas braguitas de hilo dental, ¿no?

Al menos, ese fue mi razonamiento.

La menor provocación posible.

La parte de arriba es holgada, fresca, con escote en V y un poco de encaje, pero lo mejor es que deja la espalda muy al descubierto, así Pietro podrá mirarme la espalda con facilidad.

Termino cepillándome los dientes y el pelo, y sonrío al ver mi reflejo en el espejo.

Salgo del baño y ya no hay nadie fuera.

—No me digas que he tardado tanto que ya han venido a recoger las cosas —digo, e inmediatamente su mirada se posa en mí, intensa, ardiente.

Pietro no dice nada, pero tampoco hace falta: me analiza de pies a cabeza, deteniéndose un poco más en mis piernas, y me preparo para algún comentario que no llega.

Se queda en silencio.

Cuando su mirada vuelve a encontrarse con la mía, tengo la sensación de que el corazón se me va a salir por la boca.

—¡No! —suelta de repente, y me quedo en blanco: ¿de qué estábamos hablando? —Ya lo he dejado en la zona técnica —continúa, y solo entonces lo recuerdo: Dios mío, era la vajilla.

Contrólate, Elena…

—Vale —murmuro, como si hubiera entendido algo, pero la cara de desconcierto que pongo debe de ser enorme, porque él sonríe y explica que los empleados del complejo pueden acceder a una zona restringida del bungaló que está oculta a los huéspedes, pero claro, él ya lo sabía.

—Entonces, ¿hay un pasadizo secreto?

—Un pequeño acceso a través de una plataforma en la parte trasera; es por donde entregan el equipamiento, hacen el mantenimiento cuando los huéspedes están fuera o, en el caso de mi petición en concreto, nos traen la comida.

— Vaya, ni siquiera había visto esa plataforma.

— Ese es el objetivo: que solo te centres en la terraza y en el mar que tienes delante y te olvides de todo lo demás.

—En ese caso, objetivo cumplido —exclamo, sonriendo.

— Voy al baño y enseguida vuelvo para ocuparme de ti, ¿vale?

Cuidar de mí.

Responde algo.

No se me ocurre nada y solo asiento con la cabeza.

Pietro se queda mirándome unos segundos, pero si se ha dado cuenta de algo, no lo ha dicho.

Respiro hondo y me voy al dormitorio, deseando que mi corazón ya haya vuelto a latir a un ritmo normal cuando él salga de allí.

Piensa en cualquier cosa.

Hoy no ha hecho ningún comentario sobre el pijama, no, pero a cambio, esa mirada suya…

No te lo tomes así.

Es para relajarse, no para volverse loca.

Me río sola.

Soy un chiste, me saboteo a mí misma.

Empiezo a hacer la cama para acostarme, cuando me detengo con la almohada en la mano. No se ha oído ningún ruido, nada, pero sé que está justo detrás de mí, siento su perfume, su presencia.

Me giro solo para confirmar mis sospechas y me encuentro cara a cara con Pietro.

—Has venido rápido —es lo que se me escapa, y me dan ganas de darme una bofetada.

¿En serio, Elena?

—No podía dejarte esperando —dice, y mi mirada se dirige a sus labios.

Tan cerca…

Céntrate en la cara, por el amor de Dios.

—Estoy bien —tartamúneo, volviendo a encontrar sus ojos verdes, y podría jurar que está a punto de reírse.

— Tu espalda y la forma en que pones cara cada vez que la ropa te roza la piel me dicen lo contrario —replica, dando un paso más hacia mí.

— Yo… —empiezo a decir, y me callo cuando su mano me roza la cara, apartándome un mechón de pelo y colocándomelo detrás de la oreja.

— Túmbate boca abajo —ordena Pietro, sin apartar la mirada de la mía, y eso no debería resultar tan sensual.

—¿Qué? —jadeo, con el pecho subiendo y bajando al ritmo acelerado de mi respiración.

Justo cuando pensaba que me iba a calmar, él suelta unas cuantas palabras y lo echa todo a perder.

— Túmbate — repite, con voz dura, ligeramente ronca.

Oh, Dios.

Hago lo que me ha pedido y me quedo tensa, esperando su siguiente movimiento.

Oigo sus pasos, parece alejarse de la cama, y luego el sonido de una cremallera al abrirse.

— ¿Qué estás haciendo? — le pregunto y, como respuesta, el colchón cede ligeramente con su peso y contengo la respiración.

Pietro no responde, pero antes de que pueda quejarme, siento su tacto sobre mi piel, helado, refrescante, y no puedo contener un gemido de alivio.

—Dios, qué bien sienta —exclamo, y ni siquiera necesito verle la cara para saber que debe de estar sonriendo—. ¿Qué crema es esa?

—Ya he perdido la cuenta de cuántas veces me he pasado con el sol —revela—. De hecho, cada vez que viajamos en familia, alguien acaba necesitándola, así que siempre la llevamos en la maleta.

—Interesante, viajes en familia y una especialización en quemaduras solares. ¿Qué más escondes, *Don* Zampieri? —bromeo, girando ligeramente la cara, solo para encontrarme con su intensa mirada.

Pietro no dice nada y un silencio extraño se cierne sobre nosotros.

No tarda mucho: noto que se aleja y se levanta del colchón.

—Ya está —dice, secamente, y yo me giro, sin entender nada.

—¿He dicho algo mal? —pregunto, incapaz de contener la pregunta, y su mirada se clava en la mía, intensa como siempre. —Lo siento… —empiezo a decir, pero ni siquiera consigo terminar la frase; su dedo índice se posa sobre mis labios, silenciándome, y entonces sus manos me sujetan la cara.

Oh…

—Cuando antes dije que, si por mí fuera, ahora estaría haciendo otra cosa… —comienza, y yo contengo la respiración—. No quería decir estar lejos de aquí, *lejos de ti*.

—No hace falta que me lo expliques —jadeo, odiando que se haya dado cuenta de lo mucho que me han dolido sus palabras.

—Sí que tengo que hacerlo —replica, mientras me acaricia la mejilla—. Tengo que hacerlo… porque lo has malinterpretado.

— Oh…

— Lo único que quería era no hacerte daño.

¿De verdad me está diciendo esto?

— Me gustaría hacerte reír, crear recuerdos que te llevarás cuando volvamos a casa y que seguirás recordando dentro de diez años —exclama, y siento ese nudo en la garganta.

Respira, Elena.

—Lo estás —susurro, tras unos segundos, necesitando tranquilizarlo.

—Buenas —destaca, y me contengo para no reírme.

—Buenos y algunos molestos. —Me encojo de hombros y él sonríe.

— Lo siento.

— ¿Qué has dicho?

— Quizá me haya pasado un poco…

—Vale, de verdad que tienes que repetir eso.

—No te pases de la raya, *maghetta* —dice de repente, levantándome la barbilla, y mi mirada se clava en la suya.

—No mentí cuando dije que te mataría —subraya, y sé que habla en serio. —Lo haría, porque la idea de que alguien te viera, te tocara…

—Nadie lo ha hecho —le interrumpo. —Ni siquiera tú. —Pongo una mueca y él entrecierra los ojos, lo que me hace morderme los labios para no reírme. —Solo digo lo obvio —me defiendo, y él me agarra con fuerza por la nuca, con la mirada fija en mis labios. —Pietro… —jadeo, con el pecho subiendo y bajando a medida que se acerca, hasta que se detiene a pocos centímetros.

Tan cerca que puedo sentir su aliento.

Me besa…

—Que duermas bien, Elena —susurra, besándome en la frente y alejándose.

No, no…

Conmocionada y deseando mucho más que eso, observo cómo Pietro apaga las luces de la habitación, dejando encendidas solo las de la cubierta.

—Gracias —digo cuando vuelve a la cama.

— ¿Por enfadarte? —Arquea una ceja.

—Por cuidar de mí.

—Siempre… siempre voy a cuidar de ti —dice, y siento que me arden los ojos.

—Que duermas bien, Pietro —digo, y sinceramente ni siquiera sé cómo he conseguido decir eso.

Me doy la vuelta y cierro los ojos, sintiendo cómo se me escapan unas lágrimas rebeldes, pero, a diferencia de la ducha, estas son buenas, son de felicidad, y, a diferencia de la noche anterior, cuando tardé en conciliar el sueño, hoy llega… rápido, con fuerza, y yo simplemente me entrego al cansancio, a la imaginación, sabiendo que ni siquiera allí estaré libre de Pietro.

La diferencia es que, en mis sueños, no me resisto, solo me entrego a la cruda realidad.

No quiero resistirme.



Tonight – Zayn
Use Somebody – Kings of Leon
Sweet Child on Mine – Guns & Roses
«Love the Way You Lie (Part II)» – Rihanna y Eminem
«Perfectly Broken» – Banners, Lily Meola

No sé qué hora es.

Solo sé que no puedo dejar de mirar a la mujer que duerme plácidamente a mi lado.

Preciosa, en paz…

Al menos, ahora.

Menudo día…

Respiro hondo y vuelvo a fijar la mirada en el techo, repasando mis acciones y reacciones.

No soy perfecto.

Ni mucho menos.

Soy consciente de mis cualidades y defectos; por eso, cuando, ya más tranquilo, me di cuenta de que quizá podría haber abordado el tema del topless de una forma menos tajante, tuve que reconocerlo.

Como le dije a Elena, no mentí, pero al mismo tiempo sabía que no había la más mínima posibilidad de que Michel o alguien del complejo viniera a buscarnos, no cuando dejé órdenes expresas de que no me molestaran.

Por lo tanto, la reacción fue desproporcionada respecto al riesgo, pero en ese momento no pensé, solo vi rojo.

Y luego…

Joder, vi su mirada cuando dije que me gustaría estar haciendo otra cosa, me di cuenta de lo mucho que le habían dolido esas palabras, y no podía permitir que siguiera pensando eso, no cuando… es exactamente lo contrario.

Lo único en lo que puedo pensar es en la bruja.

Cierro los ojos y me obligo a inspirar y espirar, despacio. Me concentro solo en los latidos de mi corazón, en el ruido del mar, y empiezo a relajarme cuando oigo mi nombre.

Joder.

Abro los ojos y me encuentro con Elena, con los ojos cerrados, durmiendo, pero ya no es el sueño tranquilo de antes, no…

Su respiración es agitada, sus dedos se aferran a la sábana y, de nuevo, me llama por mi nombre, casi como una súplica.

—Ni de coña. —Aprieto el puño, intentando convencerme de que la bruja está teniendo una pesadilla, pero es imposible, no cuando todo en ella grita exactamente lo contrario.

Sé qué tipo de sueño está teniendo, lo sé porque ya he perdido la cuenta de cuántos he tenido *con* ella…

Si ya me costaba dormir antes, imagínate ahora.

—Espero que el sueño sea bueno, *mia maghetta*, jodidamente bueno —murmuro, dando un puñetazo a la almohada, antes de volver a fijar la mirada en el techo, intentando pensar en cualquier cosa, cualquier mierda, menos en ella, menos en lo que acabo de presenciar, pero en el fondo sé que es imposible, y por mi parte solo me queda cruzar los dedos para que Elena deje de resistirse, deje de soñar y lo convierta en realidad: *la nuestra*.

No sé en qué momento me quedé dormido, solo sé que todavía está oscuro cuando me despierto, lo que solo puede significar una cosa: no he dormido lo suficiente.

Intento moverme, solo para descubrir que, como la noche anterior, mi mujer vuelve a estar acurrucada contra mí, y no puedo contener la sonrisa.

Con cuidado de no despertarla, hundo la nariz en la suavidad de su cabello, inhalando su aroma a fresa.

¿Qué me está pasando?

¿Cuándo se volvió todo tan complicado y, al mismo tiempo, tan sencillo?

Todo se reduce a ella…

Intento alejarme, sabiendo que mañana se despertará refunfuñando, pero, al hacerlo, la bruja vuelve a acercar su cuerpo al mío, con la mano extendida sobre mi pecho y la cabeza apoyada en el pliegue de mi brazo.

— Joder, Elena.

Me rindo.

No voy a alejarme.

La mantendré exactamente donde debe estar.

Aquí, conmigo.

En mis brazos.

Rozo mis labios contra su cabello y empiezo a acariciarlo, despacio, y cuando me doy cuenta, todo vuelve a ser solo oscuridad.

A juzgar por la luz que penetra en la habitación, diría que ya no es tan temprano.

Simplemente, me he quedado dormido y, créeme, eso es raro.

Tengo el sueño ligero.

Es lo que tiene el oficio, la costumbre, llámalo como quieras, pero lo cierto es que he dormido como si no hubiera un mañana, y en la mejor compañía.

Intento levantarme sin despertarla, pero no lo consigo.

—¡Buenos días! —susurro, sonriendo ante su rostro somnoliento.

—¡Buenos días! —me responde, pasándose la mano por la cara, y solo entonces se da cuenta de que estaba muy cerca de mí —. Dios, no me digas que hemos vuelto a quedarnos dormidos…

—No lo diré. —Le guiño un ojo y ella no se resiste, sonríe.

— Lo siento, creo que no puedo evitar moverme… —empieza a decir.

—Puedes acercarte a mí cuando quieras —le respondo, antes de que pueda terminar la frase, y su sonrisa se hace aún más grande.

Contrólate, joder, y ve poco a poco, o la alejarás.

—Vale, vale, ¿qué planes hay para hoy? —pregunta, sin ocultar su entusiasmo.

— Parece que alguien se ha levantado con ganas —comento, al mismo tiempo que envío el mensaje para pedir que nos traigan el café—. ¿Cómo tienes la espalda?

—Genial, ni siquiera parece que ayer estuviera cocinándome al sol.

—No me lo creeré hasta que lo vea.

—¡Te lo juro! —Se levanta, casi de un salto, y se da la vuelta, agitando el pelo, pero lo único que consigo ver son esos pantalones cortos minúsculos que apenas le cubren la mitad del culo. —¿Lo has visto?

— ¿Qué?

—¿Me estabas mirando el culo, en serio? ¿A estas horas de la mañana?

— En mi defensa, es casi como un imán, y da igual que sea de mañana o de noche.

Elena me mira, seria, y ya creo que vamos a tener nuestra primera discusión, pero, para mi sorpresa, se limita a reírse.

Una risa agradable, ligera…

De verdad que ha dormido bien esta noche.

— Joder…

— ¿Qué pasa? —Arquea una ceja.

— Nada, nada, ¿has dormido bien?

— Muy bien, ¿por qué?

— Por curiosidad. Hablemos de los planes para hoy, mientras llega el café.

Elena se queda mirándome fijamente, como si se diera cuenta de que hay algo más, pero le doy las gracias al universo cuando se limita a sonreír.

— ¿Qué tienes en mente, marido?

Ay, si te contara la mitad…

Durante los siguientes minutos, le cuento lo que tenía pensado para nuestro día, omitiendo solo lo que ya tengo reservado para la noche; al fin y al cabo, es un secreto, y no me sorprende en absoluto la enorme sonrisa que se dibuja en su rostro.

—¡Me encanta!

— ¿En serio? También podemos quedarnos en la piscina, si lo prefieres, ya que ayer no la disfrutaste nada.

— ¿Te has vuelto loco? Me quedaré en la piscina cuando volvamos. — Le guiño un ojo — Quiero explorar esta inmensidad azul contigo.

No me lo pierdo *contigo.*

Y todo mi ser se agita.

Conmigo, joder…

Conmigo.

— Espero que estés preparada —le provoqué.

— Nací preparada, Pietro.

— Ya lo veremos.

— ¿Es esto un reto?

— Eso es un: «No veo la hora».

— Buena respuesta.



— De verdad, ¿necesitas un chaleco salvavidas? —pregunta Elena cuando le tiendo el suyo.

— Sí, y, en tu caso, tengo algo más para tu seguridad.

— ¿Qué quieres decir con «en tu caso»? Me estoy sintiendo un poco discriminada.

Simplemente lo ignoro y le entrego la camiseta con protección UV que le había preparado mientras ella se ponía otro maldito bikini diminuto.

— ¿Una camiseta gigante?

—Es para protegerte la espalda; además, así te resultará más fácil ponerte el chaleco; si no, seguro que a mitad de camino ya se te habrá salido todo.

— ¿Y eso es un problema? —Arquea una ceja—. Pensaba que te gustaría verme con todo al aire —me provoca.

—No me jodas, Elena —le digo, acercándome, pero la bruja no se aparta, solo levanta la barbilla y me mira a los ojos.

—Vale, vale, no hace falta que te enfades, me pondré esta camiseta enorme, si eso te va a hacer feliz.

—Me haría feliz verte sin nada, mientras me la chupas, pero, por ahora, la «camiseta enorme» basta —le susurro al oído, solo para alejarme y ir a buscar mi chaleco.

Elena se queda sin palabras.

—¿Pasa algo? —la provoqué, y ella se limitó a clavarme una mirada fulminante con sus increíbles ojos verdes.

—Eso ha sido… innecesario. Solo te lo voy a perdonar porque nuestro paseo es en el agua y yo… bueno, estoy ardiendo —le guiño un ojo.

La bruja me guiña un ojo y mi polla palpita.

—Joder —maldigo, y ella sonríe.

— ¿Pasa algo? — repito mi pregunta, y en un segundo la tengo aplastada contra la pared, con mi boca a centímetros de la suya.

— Elena, Elena…

—Tú empezaste el juego, yo solo lo continué —jadea, sin apartar la mirada de la mía.

—No estoy jugando… —Apenas reconozco mi voz, está ronca, ansiosa. —¿Te parece un juego esto? —Con una mano, atraigo su cadera hacia la mía, haciendo que sienta lo duro y e e que estoy en este momento, lo mucho que la deseo, aquí, ahora… —¿Te lo parece, joder? —gruño, con el control pendiendo de un hilo.

—Pietro… —Apoya las manos en mi pecho, pero no me empuja; al contrario, sus dedos se deslizan por mi piel, provocándome, avivando el fuego.

Cierro los ojos, apoyando mi frente contra la suya, necesitando calmarme, alejarme.

No voy a echarlo todo a perder.

No cuando he aguantado hasta ahora…

—Solo tienes que decir lo que quieres, preciosa, solo tienes que decirlo…

Silencio.

Me alejo, solo para encontrarme con Elena mirándome fijamente, con la mirada ardiente de deseo, sonrojada, pero aun así, la bruja no quiere ceder, lo que significa más sufrimiento para los dos.

—En ese caso —le aparto un mechón de pelo de la cara—, te espero en la cubierta, con la camiseta y el chaleco —digo, caminando apresuradamente hacia fuera, y ni siquiera tengo que pensarlo dos veces, me meto directamente bajo la ducha que hay ahí fuera, el agua fría me recibe como un jodido bálsamo, pero ni siquiera ella es capaz de calmar la necesidad, el hambre que llevo dentro de mí.

Solo ella puede hacerlo. Solo Elena…

Y ella lo sabe, reconoce ese sentimiento, porque por mucho que lo niegue, veo la misma urgencia en su mirada.

Me pongo el chaleco y bajo las escaleras que llevan a la moto acuática, y al poco rato veo a Elena acercarse.

—¿Nos vamos en eso? —exclama, sin ocultar su sorpresa—. Lo siento, es que pensaba que íbamos en la lancha, y no, ya sabes…

—Es seguro —la tranquilizo.

—No es eso lo que me preocupa —murmura, pero yo la oigo, y ella se da cuenta, ya que se sonroja.

— ¿Quieres dejarlo? —Arqueo una ceja y ella entrecierra los ojos.

—Ni hablar —replica, acercándose, y le tiendo la mano para ayudarla a subirse a mi espalda.

— Agárrate fuerte y mantén tu cuerpo pegado al mío. Hacia donde yo me incline, tú te inclinas —le ordeno, y sus brazos me envuelven. — ¿Lista? —le pregunto, y su sonrisa lo dice todo.

Al son de los primeros acordes de *«Sweet Child of Mine»*, acelero, alejándonos de la orilla y adentrándonos más en el mar.

Elena se aferra a mí con fuerza, mientras suelta gritos de felicidad, y joder, todo mi ser vibra.

—¡Esto es increíble! —exclama, y yo sigo adelante, sin rumbo fijo, en la mejor compañía, la suya.

Al cabo de unos minutos, por fin reduzco la velocidad, más que preparado para lo que viene a continuación.

—¿Te gusta? —le pregunto, en cuanto apago la moto acuática y echo el ancla al mar.

No hay respuesta.

Me giro con cuidado, solo para encontrarme con una Elena completamente emocionada, sin saber siquiera hacia dónde mirar.

—Creo que eso es un «sí» —bromeo, y su mirada se cruza con la mía.

— Pietro, yo… —empieza a decir, pero se detiene, con los labios temblorosos y la cara empapada por las salpicaduras de agua.

No digo nada.

Simplemente me zambullo en el agua, sorprendiéndola, salpicando por todas partes, y cuando vuelvo a la superficie, no pierdo ni un segundo.

—No hace falta que digas nada, preciosa, solo ven.

Elena esboza una amplia sonrisa y entonces salta, apareciendo delante de mí.

—No está fría —exclama, sorprendida.

—No —susurro, sin poder apartar la mirada de la suya.

—El agua es tan clara que puedo ver más allá de mis pies —continúa, mirando hacia abajo, y de repente abre mucho los ojos—. ¡Es un pez, Pietro, puedo ver peces! —casi grita, tal es su emoción.

—Puedes, preciosa, puedes… —Su entusiasmo es tan contagioso que incluso yo, que ya he perdido la cuenta de cuántas veces he estado en el mar, me emociono.

Vuelve a mirarme y se acerca hasta que su chaleco queda pegado al mío. No dice nada, solo me sujeta la cara y roza sus labios contra los míos, suave, despacio, sorprendiéndome.

—Gracias —susurra contra mis labios, sin apartar la mirada de la mía, y yo debería dejarla alejarse, no se trata de mí, se trata de ella, pero me sorprendo sujetándole la nuca, y la bruja envuelve

sus piernas alrededor de mi cintura, pegando su boca de nuevo a la mía y, esta vez, no es despacio, no es suave, es intenso, urgente.

Somos los dos, en esa fracción de segundo, entregándonos, rindiéndonos.

—Joder —maldigo, apoyando mi frente contra la suya—. Ya me has vuelto a poner cachondo, joder.

Elena se ríe y, joder, no consigo ponerme serio.

—¿Te parece gracioso? —Le aparto un mechón de pelo que se le ha pegado a la mejilla.

—Decir que me entristece sería mentir —responde ella, y no puedo contenerme, estallo en una carcajada.

— Solo tú, Elena, solo tú…

— ¿Solo yo qué?

—Solo tú eres capaz de volverme loca, de hacerme reír en los momentos más absurdos, como ahora, de hacerme querer matar a todos los que te han hecho daño, sin importarme las consecuencias…

— No te olvides de la parte de matar al pobre Michel. — Ella parpadea.

—Joder, sí, lo mataría, sin pestañear, mataría a cualquier cabrón que te mirara mal, que tocara lo que es mío… Así de mucho me vuelves loco, precisamente a mí, que siempre he sido racional, que me criaron y entrenaron para no actuar sin tener en cuenta todas las posibles reacciones.

— Pietro…

—Me desarmas, me haces perder el control, Elena. —Le sujeto la cara, con la frente pegada a la suya. —Me haces desear algo tanto, tanto que duele… —Hago una pausa, necesitando calmar la mierda que hay dentro de mí, pero las palabras siguen saliendo: —Algo que muchos dirían que ya es mío, que me pertenece, que es mi derecho, pero que le den, no lo es y nunca lo será, nunca, porque la decisión de ser mía siempre será tuya… tuya.

—Yo… —empieza a decir, pero no la dejo continuar.

—Ahora no. He acabado hablando más de lo que debía, pero no te he traído aquí para eso, y mucho menos para esta conversación —subrayo, rozándole el labio con el pulgar—. Ya hemos

hablado de este tema y lo que dije aquel día, en el Lamborghini, no ha cambiado.

— Pietro…

—Puede que tarde días, semanas, meses, joder, el tiempo que sea, pero solo cuando tomes tu decisión y digas lo que *quiero y necesito oír*, volveremos a hablar de esto.

— Eres muy mandón —suelta, y yo sonrío.

—No tienes ni idea de hasta qué punto, pero aquí, ahora, esta noche, solo quiero verte sonreír, descubrir cosas, divertirte, *mia maghetta*.

Elena se muerde los labios y niega con la cabeza.

—Ahora, ¿vas a estar abrazándome o vas a nadar?

Ella sonríe, ampliamente, y nada, nada *mucho,* y yo solo puedo sentirme el tipo más feliz del mundo, solo por estar allí, con ella. Juntos, durante las siguientes horas, nadamos y hicimos snorkel en las aguas claras y cálidas del Tirreno. Vi a Elena emocionarse con cada descubrimiento, con cada pez y cada detalle que veía en el fondo del mar.

—Qué tranquilo se está aquí —exclama mi mujer, con la espalda apoyada contra el manillar de la moto acuática, relajada, a gusto, con las piernas apoyadas sobre las mías—. No hay gritos, no hay órdenes, no hay miedo… —Parece tener la mente en otra parte, y yo me quedo callado, dejándola hablar. —Solo está el vaivén del mar, el ruido de las olas, el sol… —Mira al cielo y permanece en silencio unos segundos—. Solo hay —su mirada vuelve a posarse en la mía— esperanza, felicidad, solo estamos nosotros. *Gracias por traerme aquí, Pietro Zampieri.*

¡Joder!

Siento un nudo en la garganta y no sé ni qué coño decir, solo consigo perderme en su mirada, y no sé cuánto tiempo pasa, solo sé que nos quedamos allí, disfrutando de esta paz, de la compañía del otro, lejos de todo, *solo nosotros…* y allí tuve la certeza de que no sería la última vez que tendríamos un momento así, nuestro.

— Sé que tenemos que volver a tierra firme, pero…

— Otro día volveremos —le digo para tranquilizarla, y ella sonríe.

— ¿Lo prometes?

— Y perder la oportunidad de que me agarres de nuevo en medio del océano, ni hablar.

— Dios, eres terrible —exclama, sonrojándose—. Y no te agarré.

Arqueo una ceja, pero no digo nada.

—Vale, vale, quizá un poco —admite riendo.

— Mejor volvamos ya, creo que te has tomado demasiado el sol y estás sufriendo pérdida de memoria reciente.

Su risa se intensifica y me doy cuenta de que yo también me estoy riendo.

—Vamos, guapa. —Le tiendo la mano y Elena se queda unos segundos mirándome fijamente. Qué guapa… —Recuerda que tengo una sorpresa para más tarde —la provoqué y ella abrió mucho los ojos.

—¡Claro que sí! En ese caso, vamos ya, porque necesito hablar con la señora y descansar un poco, antes de lo que sea que estés «tramando» —enfatiza la última palabra.

— Joder, ¿tramando?

— Ya lo has entendido: organizando, reservando… todo son sinónimos. No seas tan dramático, Pietro.

—Me lo recordaré —bromeo, ayudándola a colocarse detrás de mí, y sonrío al sentir cómo sus brazos me envuelven con naturalidad.

—Tierra firme, allá vamos —grito, poniendo el coche en marcha, y al igual que a la ida, tener a Elena allí, pegadísima a mí, sentir su tacto, la felicidad en su voz, hizo que cada segundo de nuestro paseo valiera la pena.

Cada jodido segundo.



Love the Way you Lie (Parte II) – Rihanna y Eminem
Perfectly Broken – Banners, Lily Meola

— ¿Quién eres y qué le has hecho a mi hermana? — exclama Dona en cuanto se completa la videollamada.

— Qué graciosa eres. — Hago una mueca. — ¡Y fíjate que me he puesto protector solar, ¿vale?!

— Ni siquiera me refiero a este bronceado rojizo. Lo que me llama la atención es esa sonrisa de oreja a oreja.

— ¡Dona! — Pongo los ojos en blanco.

— Ya lo sabía… — Me guiña un ojo.

— En serio, ¿ya vas a empezar con tonterías? Voy a colgar.

—¡No te atrevas! Te voy a perdonar que no me llamaras ayer, porque, bueno, supongo que estabas ocupada.

Casi me atraganto con la saliva.

— No necesito detalles, hermanita.

—Yo sí que necesito preguntarte dónde está mi hermana, eso sí —exclamo, cuando consigo dejar de toser, pero ella simplemente me ignora y sonríe.

—¿Dónde está Pietro?

—Ahí fuera, hablando con Giovanni —digo, girando rápidamente el móvil para que ella pueda verlo en la cubierta.

— ¡Vaya, qué bonito! No, tu marido, aunque lo sea, claro, pero estoy…

Me río.

— Respira, Donatella, sé que te refieres al paisaje.

— Sí, Dios mío, he podido ver la piscina y ese mar azul claro, ¡qué sitio!

Me quedo en blanco, dejando que la emoción de los últimos días me invada.

— Es tan increíble, Dona, te iba a encantar… — Mi voz se quiebra y respiro hondo.

—Me alegro tanto por ti, Lena, siempre has querido ver el mar.

Niego con la cabeza, incapaz de decir nada.

— Y ni siquiera hace falta que digas nada —continúa—, pero algo me dice que no es solo este lugar paradisíaco lo que te tiene así…

— ¿Así? — Arqueo una ceja.

— Con este aire de felicidad, nada me perturba… que le den a todo.

— Me encanta.

— La verdad es que hasta siento un poquito de envidia. — Me guiña un ojo.

— ¿Cómo van las cosas por ahí? — le pregunto, necesitando saber que está bien.

— Genial.

— Vale, ahora me has dejado con curiosidad, ¿qué quieres decir? Esa palabra no existe, no en el diccionario de esta casa.

— *Papá* y los gemelos están siempre fuera, apenas los he oído desde que volvimos de la boda.

— Eso es realmente algo que hay que celebrar y, al mismo tiempo, resulta extraño.

—¿A que sí? —comenta en voz baja, mirando a ambos lados.

Y tiene razón, ahí, toda precaución es poca.

—Están tramando algo —digo, y siento que se me encoge el corazón, porque sé que nunca es nada bueno. —Habla con Fat, a

veces ha oído algo; los soldados siempre se les escapa algo después de beber.

—Buena idea. Ahora ve a pasarlo bien con tu maridito, y no te olvides de hacer más fotos y enviármelas; estoy viviendo a través de ellas.

— Vaya, hoy he sacado unas fotos indescriptibles.

—Y aún no me las has enviado —refunfuña.

— Lo haré… —guiño un ojo— …en algún momento, porque en cuanto cuelgue contigo, tengo que pensar qué vestido me voy a poner más tarde.

— Qué asquerosa y presumida.

Me río.

— Y aún dices que no están bien.

— Estamos mejorando…

— Eso está bien, significa que hay progreso — señala, y no puedo negarlo.

Sin duda, hemos progresado.

Y, joder, si depende de mí, progresaremos aún más.

— Estás pensando en guarradas.

— Estás en el altavoz, señora.

—No tengo la culpa, desde aquí se te nota la mirada soñadora, las mejillas sonrojadas… Algo me dice que estás pensando en lo que pasará más tarde, cuando ya no lleves vestido.

— Dios mío, Donatella, hoy no te andas con rodeos, pareces yo misma. — Me río, agitando la cabeza, porque me ha calado demasiado bien.

— No voy a decir nada más, salvo: ¡DISFRUTA! — Me guiña un ojo.

— Loca…

— Aprovecha al máximo las locuras que te ha mandado Alessia.

— Vaya, hablando de eso, ¿por casualidad has visto lo que ha metido en la maleta?

—No todo, pero lo poco que he visto ya me ha dado un susto. No dejes que se acerque nunca a la mía, por favor —bromea, y yo intento ponerme seria, pero me echo a reír a carcajadas.

— Yo voy a ayudarla a hacer su maleta, hermana desnaturalizada. Ni siquiera me has protegido de su locura.

— Y apuesto a que tú estás cosechando los frutos de TODO eso.

— Ya basta, ya basta, eres muy traviesa, y Pietro está de vuelta, tengo que colgar. No te olvides de hablar con Fat, necesitamos información.

— Sí, sí, no te preocupes, ve a divertirte, sin moderación — exclama, lanzándome besitos, y yo solo esbozo una amplia sonrisa antes de colgar apresuradamente.

Eso ha sido… interesante.

Mientras *papá* y nuestros hermanos estén lejos, Dona estará bien; la cuestión es: ¿cuánto durará la paz? Porque una cosa es segura: están tramando algo, y tenemos que descubrirlo.

—¿Va todo bien con tu hermana? —pregunta Pietro nada más entrar en la habitación, con el móvil aún en la mano, y aunque ya lo había visto vestido cuando volvimos del paseo, todavía no consigo acostumbrarme.

¿Cómo es posible que este hombre esté tan guapo y tan atractivo solo con unos pantalones cortos?

—Elena… —me llama, y cruzo la mirada con él.

—Lo siento, me he distraído —digo apresuradamente, intentando no pensar si se ha dado cuenta de que lo estaba observando.

Espero que no.

—Todo va genial, gracias por preguntar —le respondo, y él asiente con la cabeza. —¿Y en casa? —pregunto, y Pietro esboza una sonrisa. —¿He dicho algo mal? Pensaba que estabas hablando con Giovanni.

—Nada malo —responde, acercándose hasta quedar de pie frente a mí—. Todo va bien en casa.

—Bueno… —jadeo, de repente nerviosa.

Es una tontería, lo sé, pero Pietro me deja así, en una eterna expectación.

Eterna porque tú quieres. Solo probar todo lo que pasa — parece gritar la diablilla que hay en mi interior, pero no estoy tan

segura de la última parte.

Mi miedo es precisamente ese, probarlo y querer cada vez más…

Porque, después de haberlo besado, si dependiera de mí, ahora estaría allí, en sus brazos, créeme.

—Saldremos de aquí dentro de una hora y media.

— ¿Qué? ¿Ya?

Concéntrate, Elena…

¿Qué estaba diciendo sobre distraerme cuando estoy cerca de él?

— ¿Tienes otros planes? — Arquea una ceja, divirtiéndose, y yo pongo los ojos en blanco.

— Qué gracioso, sabes que no, es solo que no pensaba que fuéramos a salir ya…

—Tenemos más de una hora —replica.

—Es poco, ni siquiera he elegido la ropa que me voy a poner. ¿Alguna sugerencia?

—Si es algo que te cubra el cuerpo, ya me da por bueno.

Entorno los ojos y sigo esperando una respuesta.

— Vamos a cenar a uno de los restaurantes del complejo; con un vestido estarás perfecta, *mia maghetta*.

Sonrío.

Dios, soy un caso perdido.

El hombre me llama su bruja, hechicera, lo que sea, y ya me derrito.

— Eso ya es un comienzo —exclamo, animada para rebuscar en la maleta, ya que me acordé de traer un vestido precisamente por si salíamos a cenar. — No te preocupes, tu prima solo ha metido mano en la lencería y los bikinis, lo que significa que estamos a salvo… o no. — Le guiño un ojo, solo para provocarlo, y empiezo a alejarme, pero apenas doy dos pasos, Pietro me agarra de la muñeca y me atrae de nuevo hacia él.

— Nada es tranquilo, no cuando se trata de ti… —Me levanta la barbilla con el dedo índice, y yo solo espero que me bese, sí, por favor. Su mirada se dirige a mis labios, como si leyera mis pensamientos. —Podrías llevar puesto un puto saco de patatas y,

aun así, me harías la vida imposible —me susurra al oído, con voz ronca y el aliento cálido rozándome la piel, haciéndome jadear—, para luego soltarme de su agarre y dirigirse hacia la cubierta, dejándome en una mezcla de frustración y ansiedad.

Maldito sea Pietro Zampieri.

Maldito seas por hacerme querer dejarlo todo atrás y entregarme en cuerpo y alma solo a ti, por hacerme pensar en dejar de luchar, porque… cada minuto a tu lado solo sirve para una cosa: demostrar lo perdida que está ya esta batalla.

La perdí en el momento en que *te* dije que sí.



Miro mi reflejo en el espejo y, por mucho que respire hondo, mi corazón sigue a punto de salirse por la boca.

El vestido largo con estampado floral verde me quedaba realmente precioso y combinaba con los pendientes que me regaló Pietro, además, claro está, del anillo de nuestro compromiso.

Precioso.

Con tirantes finos que se cruzan en la espalda, dejando casi todo al descubierto; una ligera abertura en el muslo, sí, ligera, pero aun así una abertura. Sin embargo, mi parte favorita son los pequeños recortes en la parte delantera, justo debajo de los pechos, a la altura de las costillas, que dejan ver un poco de la piel bronceada.

Menos mal que dije que mi ropa podía ser sencilla, *o no*, porque al mirar mi reflejo, lo único que se me pasa por la cabeza es un NO gigantesco.

Sonrío, con una mezcla de ansiedad y expectación, sabiendo que mi decisión está tomada y que, en el momento adecuado, le haré saber a Pietro cuáles son mis planes. Puede que él haya pensado en nuestra cena, pero eso no significa que yo no tenga mis propios planes, y el primer paso es salir de este baño y ver su reacción.

Nos encontramos en el dormitorio, y no sé quién parece más sorprendido: si él o yo.

—Tu definición de «tranquilo» debe de ser diferente a la mía —suelta de golpe, con voz ronca, mientras su mirada recorre mi cuerpo, la forma en que el vestido se ciñe a mi cintura y mis pechos, y queda holgado en las piernas.

— Tranquilo, *o* no… —le recuerdo, acercándome a él y analizándolo sin importarme que me pille; al fin y al cabo, si él puede devorarme, eso vale para los dos. — Además, dijiste que nada es tranquilo… —le provoqué, y él solo entrecerró los ojos.

—Joder, Elena…

—Mi vestido, al menos, es largo, pero tú… —empiezo a decir, pero ni siquiera consigo terminar la frase. Me quedo bloqueada, sin saber si mirar sus brazos, sus piernas fuertes o cómo le marcan el culo los pantalones cortos.

¿Qué me pasa?

—¿Decepcionada? —Arquea una ceja, metiéndose las manos en los bolsillos de los pantalones cortos, lo que no hace más que atraer aún más mi atención hacia sus músculos y tatuajes. Y si él supiera que, en realidad, ya estoy aquí pensando qué versión suya prefiero, si la del traje, todo un hombre de negocios malvado, o esta, más informal, pero con la misma intensidad y aura de peligro que le envuelve, y para hacer la elección aún más difícil, todavía está la de él solo en bañador, con el pecho marcado al descubierto y unos muslos de infarto. Dios, me encantan todas, aunque todavía necesito ver una más para poder dar una opinión seria y bien fundamentada.

Necesito ver a Pietro sin nada puesto.

Por el amor de Dios, Elena, qué traviesa eres.

Es verdad, claro… ¿cómo voy a decir cuál prefiero si no las he visto todas?

Siento que me arden las mejillas y el hecho de que Pietro me esté mirando no ayuda en absoluto.

—¿Y bien? —insiste, y tardo unos segundos en recordar su pregunta.

—¿Qué? Ah, no, nada decepcionada, *nada* —destaco, sintiendo que mi cara vuelve a arder, y él sonríe, esa sonrisa pícara que me encanta.

Maldita sea…

Contrólate, o lo vas a estropear todo.

— ¿Nos vamos ya?

— Sí, antes de que me eche atrás…

— Seguro que será divertido.

— Ah, de eso no tengo ninguna duda, lo difícil será no meterle una bala a cada hijo de puta que te mire.

Debería quedarme callada, pero me sorprendo acortando la distancia entre nosotros, parándome delante de ti, hasta que me pongo de puntillas y te susurro al oído:

— Recuerda que, al final de la noche, quien me traerá aquí serás tú… solo tú.

Pietro aprieta los puños, maldiciendo en voz baja, y todo mi ser vibra cuando su mano me acaricia la espalda y me mantiene allí, junto a él, mirándome con tanta intensidad, tanta, que ni siquiera sé cómo consigo respirar.

— Ese pensamiento es lo que me mantiene cuerdo —me responde, con los labios rozándome la oreja, y lo único en lo que puedo pensar es: que la noche apenas ha empezado, pero será larga.

Muy larga.



Perfectly Broken – Banners, Lily Meola
Love the Way you Lie (Part II) – Rihanna y Eminem
Piu bella cosa – Eros Ramazzotti
«Bailando» – Enrique Iglesias.

—¿Es eso lo que estoy pensando? —grita Elena al acercarnos, y sabía que se quedaría impresionada.

— Son los otros bungalós. A diferencia del nuestro, que está aislado, estos están muy cerca unos de otros, todos conectados a la isla por una pasarela.

— Impresionante. ¿Es ahí adonde vamos?

— No, seguiremos hacia el sur de la isla.

—Vale, has conseguido que sienta aún más curiosidad. ¿Queda mucho? —pregunta, con el pelo ondeando al viento.

— Casi… — Guiño un ojo y reduzco la velocidad de la lancha a medida que nos acercamos a nuestro destino.

— ¿Otro bungaló? —pregunta de repente, señalando la construcción que destaca más adelante.

— Un restaurante —explico.

— ¡No!

—¡Sí! —Me río ante su sorpresa.

— Juraría que el restaurante estaba en la parte principal del complejo.

—También hay opciones allí, pero hoy quiero que conozcas este —digo mientras atraco—. ¿Lista?

— ¡Por supuesto! — Sonrío.

—En ese caso, vamos… —Le tiendo la mano para ayudarla a bajar de la embarcación.

Caminamos codo con codo por la larga pasarela de madera que conduce a la entrada del edificio.

—Es precioso… —murmura Elena, sin saber si mira el edificio rústico que tenemos delante o la inmensidad azul que nos rodea.

—Bienvenida al «Sotto» —exclamo, y no me pierdo su reacción.

— Espera un momento, ¿cómo se llama? —pregunta de repente, abriendo mucho los ojos, pero ni siquiera tengo tiempo de responder, porque justo en ese momento el maître nos recibe, y no hace falta que diga nada: nos acogen de inmediato y nos acompañan a uno de los laterales del vestíbulo. —Pietro —susurra Elena, pero yo guardo silencio, con la mano apoyada en su espalda, mientras bajamos juntos una escalera de madera. —¿Adónde vamos? ¿El restaurante no está ahí arriba?

—En la planta superior recibimos a la mayoría de los huéspedes del complejo, pero quienes desean una experiencia más exclusiva acaban optando por la privacidad y la singularidad que ofrecemos aquí —dice el maître, seguramente tras haber oído la última pregunta—. Bienvenidos al Sotto —añade, haciendo una ligera reverencia cuando se abren unas enormes puertas de madera, dejando al descubierto el interior del restaurante.

— No puede ser —exclama Elena, llevándose las manos a la boca, sin saber si me mira a mí o a lo que tiene justo delante—. Estamos…

—A más de cinco metros bajo el agua, en el fondo del mar, de ahí el nombre *«sotto»* —explico, viéndola dar pasos tímidos, sin saber si admira los laterales o la parte superior de la cúpula de cristal que garantiza la vista de los arrecifes de coral, además de las innumerables especies marinas.

— Yo… — Se acerca al cristal, solo para alejarse apresuradamente cuando una raya surge de la nada, espantando a un banco de peces, como si quisiera acaparar toda la atención. — Ni siquiera sé qué decir.

— ¿Qué te parece si nos sentamos? Así podemos elegir algo de beber mientras contemplamos el paisaje.

Elena sonríe y elige una de las mesas del fondo.

—Todavía no me creo que este tipo de sitio exista de verdad.

—Hay unos pocos repartidos por el mundo: en Noruega, las Maldivas y Dubái. Aquí, en Italia, es el primero. En algunos sitios montan el restaurante dentro de un acuario gigante, pero aquí queríamos que el cliente pudiera admirar el fondo del mar mientras disfruta de un buen vino y una buena comida.

— Sin duda, lo habéis conseguido.

— Espera a probar los platos del *chef* —le advierto, y Elena sonríe.

— Estoy deseando hacerlo —me río—. ¿Puedo hacer fotos?

—Puedes hacer lo que quieras, *bella* —le digo, con la mirada fija en la suya y, por un instante, nos quedamos allí, absortos el uno en el otro.

El maître aparece con la carta de vinos y el menú. Una vez elegimos, volvemos a quedarnos solos los dos.

—Mi jefa no se lo va a creer cuando le enseñe estas fotos — comenta, guardando de nuevo el móvil en el bolso.

—Siempre puede venir hasta aquí, conocer el *Sotto* por sí misma —señalo, analizando cada uno de sus movimientos, y no se me escapa la tristeza que cruza su mirada; es rápida, una fracción de segundo, pero la veo.

— Sería increíble, pero *papá* nunca lo permitiría…

—Déjame a tu padre a mí —le digo, y ella se muerde los labios, de repente nerviosa.

—Antes de la boda y, bueno, de haber venido aquí contigo, ir a Siena fue el viaje más largo que tanto ella como yo habíamos hecho, excepto Venecia, pero eso no lo cuento, porque, bueno, ya sabes.

— No estabais allí de turismo.

— Desde luego que no, pero aun así, estuvo bien… —Hace una pausa, como si buscara las palabras adecuadas—. Fue mejor que… —Se detiene a mitad de la frase, y ni siquiera hace falta que termine, sé lo que va a decir, y eso me irrita de una forma que ni siquiera puedo explicar.

— Nuestra familia tiene una finca en Capraia; cada verano intentamos reunir a todos, aunque solo sea por una semana.

— ¿Todos?

—¡Todos! Incluso mi tío Dimi suele venir desde Rusia y se une a nosotros. Es una especie de tradición.

— ¿Roman?

— Ese muyito no se pierde ni una. Romeo también viene; siempre se queja de que está liado en la oficina o con plazos en el juzgado, pero al final todo se arregla.

— Ni me lo puedo imaginar.

— Es un caos, pero es garantía de buena comida y muchas, muchas risas. Es *la familia.*

— Estoy deseando que llegue el momento.

— Tu hermana es más que bienvenida.

Elena me mira con los ojos llorosos y, cuando rompe el silencio, su voz se quiebra.

—¿Lo dices en serio?

Joder…

— Podría limitarme a decir que es importante para ti, lo que automáticamente la convierte en alguien importante para mí y para Sacra, pero tú lo sabes mejor que nadie: tu hermana también se ha ganado a todos en casa, lo que la convierte en parte de este caos*. Es de la familia.*

La sonrisa que se dibuja en su rostro es casi un puñetazo en el estómago, tan genuina, tan emotiva.

—Gracias, gracias…

Le toco la mano y su mirada se clava en la mía.

—No tienes que dar las gracias por nada. Por nada. Pero no me pidas que extienda la invitación a tus hermanos o a tu padre —suelto en serio, y ella estalla en una carcajada.

—No, Dios mío, desde luego que no —dice, riendo y secándose las lágrimas rebeldes que le resbalan por la cara.

Preciosa.

Tan guapa.

— ¿Bailas conmigo? —se me escapa, y Elena se queda mirándome atónita.

— Pietro…

Me levanto, rodeo la mesa y me detengo frente a ella, justo cuando empieza a sonar una canción que nunca había oído en mi vida y, joder, no podría ser más perfecta.

Le tiendo la mano en señal de invitación, y todo mi ser vibra cuando ella acepta, con sus dedos rozando mi palma.

—Solo baila conmigo —le susurro al oído, atrayéndola hacia mí, pegando su cuerpo al mío.

— Bailaré contigo —susurra, rodeándome el cuello con los brazos, sin apartar la mirada de la mía.

[…Ojalá fuera perfecto, pero no lo soy
Ojalá fuera perfecto, pero no lo soy
Me estaba desvaneciendo, pero todo encajó en su sitio
Me estaba desvaneciendo, pero todo encajó en su sitio
Cuando me dijiste tu nombre
Cuando me dijiste tu nombre
Dos mitades de un corazón que apenas late por sí solo
Dos mitades de un corazón que apenas latía por sí solas
Pero ahora que te he encontrado, no voy a dejarte marchar
Pero ahora que te he encontrado, no voy a dejarte marchar
Déjate llevar por mí, todos están rotos y yo tengo esa pieza que falta

Enamórate de mí, todos están rotos y yo tengo esa pieza que falta
Sinceramente, encajas conmigo como nadie, estás perfectamente rota para mí
Sinceramente, encajas conmigo como nadie, estás perfectamente rota para mí ...] *– Fragmento de «Perfectly Broken» – Banners, Lily Meola*

La canción termina, pero seguimos allí, y joder, podría pasarme horas de pie si fuera necesario para tener a Elena en mis brazos.

—Creo que ya ha llegado nuestra cena —murmura, mordiéndose los labios, sin dejar de bailar conmigo.

— ¿Quién necesita comer? —pregunto de improviso, y ella esboza una amplia sonrisa.

—Creo que el maître opina lo contrario…

—Que le den.

—¡Qué loco! —exclama, apoyando la mano en mi pecho—. Por muy tentador que sea quedarnos aquí contigo, ¿qué te parece si comemos y luego seguimos? —Arquea una ceja.

— Puedo hacer ese sacrificio —respondo, y su sonrisa se hace aún más amplia.

—¿Y bien? —pregunto, cuarenta minutos después, cuando la veo dejar los cubiertos sobre el plato.

—Es que no podía dejar de comer —sonrío—. Todo estaba delicioso.

—Me alegro de que te haya gustado.

—No me ha gustado, ¡me ha encantado! Gracias por esta cena, por esta noche tan especial.

—Aún no ha terminado.

— ¿No?

— Me apetece volver a nuestro bungaló y tenerte solo para mí… —empiezo a decir, y veo cómo se le acelera la respiración, y joder, si mi polla no responde.

Elena lo desea tanto como yo.

— Me da la sensación de que hay un «pero»… —Arquea una ceja.

— Pero me han dicho que va a empezar una fiesta en la playa con bebidas, comida y música.

—Un luau —casi grita, sin ocultar su entusiasmo—. Podemos ir, ¿verdad? ¿Podemos?

Me quedo en silencio unos segundos, y su mirada no se aparta de la mía.

—¡Podemos! —afirmo, solo para verla aplaudir con entusiasmo.

— Va a ser increíble. Un luau, no me lo puedo creer.

— Vamos, antes de que cambie de opinión y me suba directamente a la lancha.

— ¿Has estado ya en alguno?

— No.

— Entonces, ¿cómo sabes que no te va a gustar? Deja de ser tan gruñón.

— ¿Cómo me has llamado? —Arqueo una ceja y ella se ríe.

—Ya lo has oído —replica, atrevida—. Va a ser divertido, Pietro.

Hago una señal al maître, que no tarda en venir a atendernos.

Nos despedimos, agradeciendo el excelente servicio, y salimos del *Sotto*.

El sol empieza a ponerse, tiñendo el cielo de tonos anaranjados, y, codo con codo, caminamos por la orilla, en dirección al lugar del evento.

Son solo unos metros y, aunque aún estamos lejos, ya se pueden ver las antorchas clavadas en la arena, proyectando sombras por toda la playa. Hay varias mesas de madera y sofás de fibras naturales con cojines repartidos por el lugar, y ya hay muchos invitados allí, unos sentados, otros bailando al son de la música que empieza a tocar la banda, instalada en un pequeño escenario un poco más alejado.

— Vaya, hay música en directo.

— Ojalá sean buenos. — Apenas salen las palabras de mi boca, cuando empiezan a sonar los primeros acordes de «Che la Luna», un clásico nacional, y hasta los que están sentados se levantan.

— Creo que eso responde a tu pregunta —exclama Elena, sonriendo y dejándose llevar por la música; es imposible no sonreír ante esa imagen.

El pelo meciéndose con la suave brisa que sopla del mar, sonriendo, feliz.

Demasiado guapa.

Mía.

— Vamos, ¿bailas conmigo? —me pide, tendiéndome la mano, y, esta vez, soy yo quien no se resiste; bailo con mi mujer al son de «Piu bella cosa».

[…Cantare d'amore non basta mai
Cantar de amor nunca basta
Ni servirá de más
Ni esto servirá ya
Para decírtelo otra vez, para decirte que
Para decírtelo otra vez, para decirte que
No hay nada más bonito
No hay nada más bello
No hay nada más bello
No hay nada más bonito que tú
Única como tú
Única como eres*,*
Inmensa cuando quieres
Inmensa cuando quieres
Gracias por existir
Gracias por existir…]
Fragmento de «Piu bella cosa» – Eros Ramazzotti

— Tienes una voz preciosa —susurra Elena, mirándome con los ojos llenos de lágrimas, y solo entonces me doy cuenta de que

me he dejado llevar y le estoy cantando en voz baja.

— Eres preciosa —le respondo, y ella sonríe, apoyando la cabeza en mi pecho, dejándome que nos guíe mientras resuenan los últimos acordes de la canción. — Più bella cosa non c'è —susurro, besando sus mechones, cuando estalla la salva de aplausos, y no podría ser más perfecto, ya que, para mí, *«no hay nada más bello»*.

Las siguientes horas pasan en un abrir y cerrar de ojos, como se suele decir: buena música, buena compañía.

— Admítelo, soy mejor que tú en esto.

Ah, y si hay algo más que he descubierto sobre mi mujer, es que es muy competitiva. Llevamos una hora compitiendo a ver quién adivina la canción con solo escuchar las primeras notas.

El caso es que, aunque Elena sea más joven, ha reconocido muchas más canciones que yo, aunque no se lo vaya a admitir, no ante esa pequeña descarada.

— Suerte.

— Suerte, y un cuerno. No sabía que fueras tan mal perdedor, *Don* Zampieri.

— Yo no pierdo. — Le guiño un ojo.

—Y encima, snob. Cada vez peor —refunfuña, dando otro trago a una bebida de la que no tengo ni idea de qué es, pero es lo que ha estado pidiendo cada vez que el camarero pasa por nuestro lado. —Voy a bailar —avisa, levantándose y, bueno, justo en ese momento empieza a sonar una animada canción española. —¡Dios mío, me encanta esta canción! —exclama, empezando a mover demasiado las caderas.

Sigo impasible, sin tener ni la más mínima idea de quién está cantando, y Elena me mira atónita.

— ¿En serio? Vaya, ¿en qué mundo vives? Es Enrique Iglesias, «Bailando».

—¿Eso debería significar algo?

Ella se ríe y camina hacia mí cada vez que el cantante dice «bailando» y, joder, lo único que puedo hacer es fijarme en cómo se contonea esa bruja.

Está jodidamente buena.

— Elena —le advierto, pero ella sigue bailando a solo unos centímetros de distancia.

Me está incitando, provocándome.

«Qué ironía del destino no poder tocarte».

Pero joder, hoy todas las canciones parecen mensajes dirigidos a mí, aunque mi perdición es cuando Elena pega su cuerpo al mío, levanta los brazos y me frota el culo.

—*«Yo quiero estar contigo, vivir contigo, bailar contigo, tener contigo una noche loca…»* —canta, sin dejar de restregarse.

— Maghetta… — gruño, apretándole la cadera, manteniéndola exactamente ahí, haciéndole sentir cómo me ha dejado, cómo me vuelve loco, y la muy diabla sonríe, disfrutando de mi sufrimiento.

Por suerte, la canción termina y, antes de que Elena acabe con mi cordura, le susurro al oído:

— Se acabó la fiesta. Volvamos al bungaló —le aviso, sacándome el móvil del bolsillo y enviándole un mensaje a Domenico. Él se ha mantenido a distancia junto con los demás soldados, pero siempre atento a nuestro entorno.

Como medida de precaución, se han comprobado los antecedentes de todos los huéspedes que estarían en el complejo durante nuestra estancia; esto incluye afiliaciones políticas, empleadores, conexiones con mafias rivales, fuerzas policiales, el ejército… cualquier cosa, por insignificante que sea, que represente un riesgo; y, aunque todo esté en orden, mis hombres siguen estando alerta.

—¿Ya? —Elena se gira y sus labios casi rozan los míos—. Pero si es tan divertido… —Hace un puchero.

Demasiado cerca, joder.

— Créeme, mañana me lo agradecerás.

—Mañana, ¿por qué no puedo darte las gracias hoy? —me provoca, esbozando una sonrisita, al tiempo que intenta pegarse a mí, pero me aparto a tiempo.

— ¿Me estás rechazando?

—Te estoy protegiendo —le respondo, viendo cómo cambia su mirada, y la descaro da paso a la ira.

— ¿De qué? —pregunta, levantando la barbilla.

—De los remordimientos.

— Vaya, pero eres muy… —empieza a decir, pero ni siquiera le dejo terminar. Le sujeto la cara, necesitando que sus ojos se claven en los míos, necesitando que lo entienda.

— Créeme, cuando me la folle por primera vez, estarás cien por cien sobria.

La comprensión se refleja en su mirada, pero no se aparta ni me insulta; no, sonríe.

—En ese caso, menos mal que no he bebido —suelta, con la mirada fija en mi boca.

— No me provoques, Elena.

— Las bebidas no tenían ni una gota de alcohol; si no me crees, pregúntale al camarero —señala—, o mejor aún, si no quieres, basta con que lo digas —replica, atrevida, y yo le agarro la nuca, observando cada uno de sus movimientos, cómo su pecho sube y baja aceleradamente, al ritmo de su respiración, la rabia, el fuego en su mirada, cada jodida reacción.

Está diciendo la verdad.

—Más te vale saber lo que estás haciendo, bella…

—No es que esté dando excusas.

Hija de puta.

— Ya quiero ver si sigues siendo tan valiente —le gruño al oído— cuando estemos solos.

— ¿Me vas a llevar ya de una vez para averiguarlo, o nos vamos a quedar aquí charlando, *Don* Zampieri?

— Joder —maldigo, y en un segundo la tengo en mis brazos, y camino a toda prisa hacia la cubierta.

— Eh, ¿tanta prisa? Ya sabes que puedo ir andando… — exclama, riendo, y eso es mi perdición.

La mujer no tiene ni idea de lo que me hace, ni una décima parte.

—Así es más rápido —le respondo, con voz ronca, pensando ya en todo lo que quiero hacerle a esa bruja. —¿Estás lista para

suplicar, Elena? —la provoqué, mordisqueándole la oreja, sintiendo cómo se le eriza la piel, solo para dejarla sobre la plataforma de madera, con la lancha a pocos pasos de distancia.

Elena levanta la cara, con sus ojos verdes clavados en los míos, y sé que la respuesta atrevida está ahí, en la punta de la lengua.

Sí, preciosa, ni por un segundo pienses que me he olvidado de lo que te dije.

Pero, esta vez, no dice nada, solo esboza una sonrisita cargada de promesas, se da la vuelta y empieza a caminar hacia la embarcación, hasta que se detiene y gira ligeramente la cabeza.

—¿Vienes o no? —me provoca, y ahora soy yo quien sonríe.

Ah, *maghetta*, no me perdería esto por nada del mundo.

Por nada del mundo.



Let the world burn – Chris Grey, G-Eazy y Ari Abdul
Royalty – Egzod, Maestro Chives y Neoni
I see Red – Everybody loves an Outlaw

Ya has tomado tu decisión.

No vas a rendirte, no ahora.

No cuando parece que mi cuerpo está a punto de arder con cada sacudida de la lancha en el mar.

Pietro no ha dicho ni una sola palabra más, nada desde que subimos a la lancha; está concentrado en la conducción, y yo, bueno, yo… estoy intentando no perder los nervios pensando en lo que estoy a punto de hacer.

Es hoy.

En cuanto a eso, no tengo ninguna duda, lo he pensado y repensado.

Las parejas tienen relaciones sexuales, estoy de luna de miel, es decir, no hay nada más racional que tener relaciones con mi marido.

Es solo mi curiosidad la que se impone, al fin y al cabo, quiero saber cómo es la experiencia. Lo importante es no repetirlo.

Tiene que ser solo una vez.

No me puedo creer que esté aquí, preocupada ya por no repetirlo, cuando ni siquiera sé si me va a gustar. Siempre he oído

que la primera vez no es para tanto, que duele, así que, quién sabe, quizá sea todo eso, quizá odie cada segundo.

Miro disimuladamente hacia Pietro, y algo me dice que no será así. Ese maldito debe de saber muy bien cómo se hace, cómo volver loca a una mujer y hacer que suplique por más, por él.

Joder, es exactamente lo que me está haciendo hoy, y ni siquiera sé qué esperar.

Solo sé que lo quiero.

Veo cómo se acerca el bungaló y me seco las manos en el vestido.

Respira… solo tienes que dejar claro lo que quieres y conseguir lo que es tuyo.

Sencillo y directo.

Entonces, ¿por qué parece que voy a vomitar?

Con tu ayuda, salgo de la lancha y, en cuanto mis pies tocan la cubierta, mi cuerpo parece quedarse paralizado.

Muévete.

Pietro se queda mirándome, seguramente pensando que voy a decirle que he cambiado de opinión, o que voy a correr al baño a vomitar.

Por suerte, suena su móvil, y es la distracción que necesito para recomponerme. Respiro hondo y empiezo a caminar hacia el dormitorio, lista para poner mi plan en práctica.

La puerta de cristal se cierra detrás de mí y mi mirada se dirige directamente a la bañera de inmersión situada en medio del baño, frente a los ventanales que ofrecen una amplia vista de la piscina y la cubierta iluminada.

— Eso es…

Sonrío mientras abro el grifo y dejo que el agua tibia empiece a llenarla.

Afuera, Pietro sigue hablando por el móvil, pero su mirada se cruza con la mía, y, incluso desde la distancia, veo su sorpresa, cómo se le marca la vena del cuello, y ni siquiera pienso, solo actúo: con un movimiento rápido, desato el nudo que sujeta los tirantes de mi vestido y dejo que se deslice por mi cuerpo, formando un montón

a mis pies, dejando al descubierto las minúsculas braguitas de encaje rojo que llevo debajo.

Sí, solo braguitas.

—Joder, qué bien que sepas lo que estás haciendo, Elena… —suena la voz ronca de Pietro, mientras la puerta de cristal se cierra tras él, y no me acobardo, levanto la cara y mi mirada se cruza con la suya.

—Estoy preparando mi baño —digo, con una tranquilidad que no siento, y tiemblo al ver cómo se le estrechan los ojos, devorándome, haciendo que se me pongan duros los pezones, y no es por el frío.

No…

—Ya te lo dije —suelta, quitándose la camiseta con un movimiento rápido, dejando al descubierto sus abdominales marcados, para mi deleite.

—¿Te lo dije? ¿Podrías ser más preciso? Dices muchas cosas —le provoqué, secándolo disimuladamente.

—Que cuando juegas con fuego… —continúa, acercándose a mí, deteniéndose solo cuando está a pocos centímetros de distancia, con su pecho casi rozando el mío, y me muerdo los labios con expectación.

Tan cerca.

—Acabas quemándote —exclama, agarrándome por la nuca, tirándome del pelo, obligándome a cruzar mi mirada con la suya.

— ¿Y si quiero quemarme? —suspiro, con la boca a centímetros de la suya, los dedos rozando su piel desnuda, los pezones de mis pechos rozando su pecho firme—. ¿Vas a apagar mi fuego? —le pregunto, sintiendo cómo me arde la cara.

Joder, de verdad que he dicho eso.

Pietro se limita a mirarme fijamente, con tanta intensidad que parece que el corazón me va a salir por la boca.

—No voy a apagar tu fuego —replica, sorprendiéndome, con los labios prácticamente rozando los míos, provocándome—. No, *bella maghetta*, voy a arder contigo —sentencia, tomando mis labios entre los suyos, al mismo tiempo que sus manos me agarran el culo, atrayéndome hacia su cuerpo, haciéndome sentir su excitación.

Sí, sí…

No es suave ni lento.

Pietro es exigente, hambriento, necesitado, y eso es exactamente lo que quiero, quiero todo lo que él pueda darme.

TODO.

Le agarro el pelo, entregándome en cuerpo y alma a este beso, dejando claro que necesito más, mucho más, mientras mi lado racional me recuerda que esto será todo lo que tendré.

Por mi propio bien.

Por mi propia protección.

Y si hoy es todo lo que tendré de él, haré que merezca la pena.

Tendré todo lo que pueda… todo.

—Elena… —jadea, apoyando la frente contra la mía, y los dos estamos jadeando.

—Por favor, no pares —se me escapa, y le veo sonreír.

Maldito.

— ¿Qué quieres? Dímelo, joder… — Su voz es ronca, cargada de deseo, por mí. — Dímelo y te lo daré, joder, te daré exactamente lo que pidas.

— Pietro… — gimo su nombre, y él me tira del labio despacio, solo para deslizar su lengua por ahí, antes de volver a devorarme, haciéndome olvidar hasta mi propio nombre.

— Dilo…

Sé lo que está haciendo, quiere que lo diga sin rodeos.

No, si puedo evitarlo.

—Dúchate conmigo —susurro, y él se aleja unos centímetros, analizándome, como si estuviera pensando.

— ¿Quieres que me duche contigo, *bella*?

Asiento con la cabeza para confirmarlo, y él vuelve a acercarse, apartándome el pelo y besándome el cuello.

— ¿Sabes lo que significa esto? —pregunta, sin dejar de dejar un rastro de besos en mi cuello—. —Significa que tendré que enjabonarte cada parte de tu cuerpo —destaca, mientras sus manos suben por mi vientre, acariciando mi espalda, hasta que sus dedos rozan el lateral de mis pechos, provocándome, y yo contengo la

respiración. —¿Es eso lo que quieres? ¿Que te toque, que te enjabone toda?

—Sí, por favor… —Apenas reconozco mi voz, y siento cómo me palpita el coño solo de imaginar las manos de Pietro explorándome, tocándome por todas partes.

Pietro no dice nada, solo se aleja, devorándome con la mirada, que va de mis pechos a las braguitas.

— Joder, Elena —maldice, con la mirada clavada en esa minúscula prenda, y yo miro hacia abajo, sin entender nada, hasta que veo una mancha en la parte de delante, de humedad.

— Yo no… —me apresuro a decir, preocupada por aclarar que no me he meado, pero ni siquiera puedo. Pietro se arrodilla delante de mí, con la cara a centímetros de mi intimidad, de mis braguitas estropeadas y, para mi total sorpresa, frota la cara allí. — Pietro — grito, y él solo levanta la cara, con la mirada clavada en la mía.

—Esto tiene que desaparecer —gruñe, y entonces, con un tirón certero, la lencería roja se convierte en un trozo de trapo en su mano.

—Yo, yo me lo iba a quitar… —jadeo, sin saber cómo afrontar el hecho de que Pietro tenga la cara a pocos centímetros de mi coño, tan cerca que siento su aliento contra mi piel.

Me voy a morir…

De vergüenza, de excitación, no lo sé, solo sé que mi corazón parece a punto de estallar.

—Te voy a enjabonar aquí, preciosa —exclama, deslizando el dedo índice por mi raja, que al instante se empapa, y quiero hundirme de la vergüenza, pero si eso me parecía un ultraje, es porque no esperaba que Pietro se llevara el dedo a la boca y lo chupara.

— ¡Joder!

No lo ha hecho.

Sí, lo ha hecho, y, en respuesta, mi coño parece humedecerse aún más.

— Estás buenísima —gruñe, frotando la nariz allí, hasta que se incorpora, quedando con la cara prácticamente pegada a la mía —. Voy a hacer exactamente lo que me has pedido, *maghetta*, voy a

enjabonarte cada centímetro, da igual que todo mi ser quiera hacer mucho más que eso…

¿A qué se refiere con «más»?

La interrogación debe de estar escrita a lo grande en mi cara, porque Pietro acude en mi ayuda, acercando los labios a mi oreja.

—Te voy a enjabonar, pero lo que realmente quería era chuparte, toda —subraya, y un calor inexplicable me inunda—, lamerte ese coño meloso, tus pechos, cada parte de ti, solo para luego verte tragarte cada centímetro de mi polla —destaca, pegando su cuerpo al mío, haciéndome sentir exactamente esa parte de su anatomía.

Oh, Dios…

Ya está, me he muerto.

— Llevas demasiada ropa —es lo que se me escapa de la boca al cabo de unos segundos, y tengo que felicitarme, porque, sinceramente, ni siquiera sé cómo se me ha ocurrido eso.

—No por eso —responde Pietro, quitándose los pantalones cortos y los calzoncillos de un solo tirón.

—¡Oh! —exclamo, con la mirada fija en la polla larga y gruesa que tengo delante.

No cabe, es imposible que quepa.

—Elena… —Su voz es una advertencia que hace que todo mi cuerpo vibre, y no digo nada, solo me meto en la bañera, dejando que la espuma me cubra, deseando que mi corazón vuelva a latir a un ritmo normal.

Imposible, no cuando no consigo apartar la mirada de la polla de Pietro.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta, moviendo la mano arriba y abajo, y ni siquiera sé qué decir.

Sí, es una polla preciosa, pero me va a partir por la mitad.

— No lo hará.

— ¿Qué?

—No te va a partir en dos —dice, pausadamente, y siento que se me enrojecen las mejillas.

Claro que tenía que pensar en voz alta.

Por el amor de Dios, un agujero donde poder esconderme.

— Yo… — tartamudeo, pero me quedo en blanco al ver que Pietro también se mete en la bañera.

Desnudo, completamente desnudo.

Respira, respira…

—No te va a hacer daño, *bella* —susurra, acomodándose en uno de los extremos.

— Olvida que he dicho eso —le pido, pero él me ignora y sigue, para mi desesperación.

—Porque, cuando me recibas, cuando sientas cada centímetro de mi polla estirándote, llenándote, estarás más que preparada. Solo te sentirás llena…

Llena y lista para ir directamente al hospital.

—Pero vayamos al grano, nuestro baño —concluye, y se lo agradezco.

—Sí, el baño —exclamo, intentando parecer normal y fracasando estrepitosamente.

—Ven aquí —ordena Pietro, y me quedo paralizada, sin entender qué quiere. —Siéntate delante de mí, entre mis piernas.

No lo pienses, solo hazlo.

Hago lo que me ha pedido, acurrucándome entre sus muslos.

La bañera es grande y nos cabe fácilmente a los dos, pero aun así resulta muy íntimo estar allí, atrapada entre sus piernas.

— Más atrás.

— Pietro… —jadeo, sabiendo lo que voy a sentir si me echo más hacia atrás.

— ¿Tienes miedo? —me susurra al oído, y ni siquiera tengo que pensarlo.

— No.

Solo si es de placer.

Cierro los ojos y me echo más hacia atrás, sintiendo cómo su polla me roza la espalda.

—Sí, así, que me toque el pecho —me susurra al oído, y hago exactamente eso, dejando a un lado los miedos, entregándome al momento.

Sigo con los ojos cerrados, y mi corazón late tan fuerte que temo que él pueda oírlo, pero, poco a poco, me olvido de eso y

empiezo a centrarme en las otras sensaciones que me invaden. Su respiración en mi cuello, sus manos deslizándose suavemente por mis brazos, subiendo y bajando, para luego dirigirse hacia mi vientre, acariciando, masajeando, y no tarda en empezar a subir, llegando hasta mis pechos.

¡Oh, Dios!

Me quedo inmóvil, sintiendo su aliento en mi oreja, mientras sus dedos siguen encendiéndome; me agarra los pechos, como si sintiera su peso, y luego empieza a frotar el pulgar contra mi pezón, que ya está erecto de tanta excitación.

— ¿Te gusta?

— Ya sabes que sí —jadeo, agarrándome al borde de la bañera como si mi vida dependiera de ello, observando, atónita, cómo sus manos sueltan mis pechos y siguen deslizándose más hacia el sur.

— Bueno… — Su voz ronca hace que mi coño palpite, y tenerlo moviéndose detrás de mí, recordándome lo duro que está, no ayuda en absoluto a mejorar la situación. —Ahora aquí… —dice, y sus manos están en mis muslos, con un tacto firme y preciso, acariciando, tocando, y cuando detiene los dedos a centímetros de mi coño, solo contengo la respiración, y él se da cuenta.

El muy cabrón lo sabe.

—Ábreme las piernas, Elena —me ordena, y yo no discuto, no le contesto, solo lo hago, abriéndome, exponiéndome a su tacto, a su tortura disfrazada de baño, pero cuando su dedo índice se desliza por mi raja, no puedo contenerme, ya no.

— Pietro… —gimo, y él no se detiene, no, sigue deslizando el índice arriba y abajo, mientras frota el pulgar sobre mi punto sensible, haciendo que mi cuerpo se retuerza de placer, haciéndome ansiar más, mucho más. — Yo…

—Te estoy enjabonando, *bella*, cada pedacito tuyo, ¿no es eso lo que querías? —pregunta, intensificando los movimientos, provocándome, y ni siquiera puedo responder, solo me muerdo los labios.

Qué bien…

— Ya está, he terminado —dice, retirando la mano, y la frustración me inunda.

¿Cómo que has terminado? No, no…

Yo… quiero más.

Necesito más.

— Sigue —le pido, pero Pietro no me lo va a poner fácil, ni mucho menos.

Sabe que estoy ardiendo, sé que él también lo está; la polla que me da golpecitos en la espalda es el recordatorio.

Me giro y lo veo relajado, con la cabeza apoyada en el borde de la bañera, mirándome con los ojos entrecerrados.

— ¿En serio?

— ¿Qué? Me pediste que me bañara contigo, que te enjabonara, y eso es exactamente lo que te he dado.

— Siempre consigues estropearlo todo, ¿verdad?

— No sé por qué estás enfadada, *amore mio*. ¿No fue eso exactamente lo que me pediste?

Me levanto de un salto, decidida a salir de esta bañera e irme a darme una ducha, sola, pero el muy cabrón me agarra por los muslos.

—¡Responde, joder! ¿No fue eso lo que me pediste, Elena?

Aprieto los puños.

—¡Sí, eso es lo que te pedí! —grito, dejando que mis emociones se apoderen de mí—. Pero sabes que quiero más. ¿Contento?

— ¿Qué quieres? ¡Habla, dilo, joder!

Su mirada intensa no me deja en paz, no, al contrario, recorre mi cuerpo, devorándome; la espuma ya no cubre nada, estoy desnuda delante de Pietro, y él parece un depredador, listo para devorarme.

—¿Sabes qué? Vete, vete ya, huye, joder —me insulta, soltándome los muslos y pasándose la mano por el pelo.

—¡Te quiero a ti! —exclamo, sintiendo cómo mi pecho sube y baja. —A ti, joder —insulto, con la rabia y el deseo hirviendo dentro de mí—. Quiero todo lo que has dicho y más, quiero que me chupes, que me lamas, Dios… —Hago una pausa, sin creer que realmente

esté a punto de decir eso, pero lo voy a hacer. —Quiero que me folles, Pietro, que me hagas tuya… solo hoy, solo hoy hazme olvidar todo, todo lo que no seamos tú y yo… solo hoy… —repito, sin reconocer apenas la necesidad en mi voz.

Pietro no dice nada.

No deja de mirarme fijamente, y creo que lo he echado todo a perder, que ya ha perdido la esperanza conmigo, cuando sus manos me agarran los muslos.

— Ni de coña que hoy sea suficiente para todo lo que quiero hacerte, *mia maghetta*, pero es el infierno de nuestro comienzo… — Me tira de mí hasta que mi coño está prácticamente en su cara. — Ahora tráeme este coño aquí, joder —me ordena, y yo le agarro con fuerza el pelo, mientras él me abre los labios con los dedos, saca la lengua y la desliza hasta el fondo, justo donde antes estaba su dedo.

— Pietro…

— Joder, te voy a chupar tanto las tetas y el coño, tanto, que mañana todavía te acordarás de mí con la cara metida entre tus piernas.

— Yo… —jadeo, con los pechos balanceándose al ritmo de mi respiración entrecortada.

—Voy a hacerte mía, Elena, voy a hacerte ver los días que hemos desperdiciado y comprender que «solo hoy» no es una opción.

Niego con la cabeza.

Tiene que ser hoy, tiene que ser hoy…

— Y si crees que soy un loco posesivo, piénsalo mejor, porque una vez que tu coño sea mío, el resto vendrá solo: veré tu boca atrevida tragándose mi polla hasta que te atragantes, veré cómo mi corrida te gotea por el culo, después de llenártelo y de que grites pidiendo más, y no habrá ni una sola parte de ti que no recuerde mi tacto, a quién perteneces; entonces sí que conocerás mi lado posesivo.

—Solo me pertenezco a mí misma —jadeo, sin poder creer que mi cuerpo esté vibrando con las palabras demenciales que acaba de decir, pero así es.

—Puede que tu cabeza piense eso, *bella*, pero tu cuerpo —me pellizca los pezones, haciéndome gemir—, me desea tanto como yo te deseo *para mí* —exclama, mordisqueando mi clítoris, chupándolo con fuerza, y yo ni siquiera intento discutir ni rebatirlo, solo me entrego, echando la cabeza hacia atrás, gimiendo fuerte, mientras Pietro sigue mordisqueando y chupando mi punto sensible.

—No pares —le suplico, frotando mi coño contra su cara, y eso parece excitarlo aún más, pues su agarre sobre mis muslos se intensifica y noto cómo tira ligeramente de mi clítoris con los dientes, solo para volver a metérselo en la boca, chupándolo con fuerza, sin parar.

—Solo si te corres en mi boca, inundándome con tu sabor, joder. Córrete, bruja, córrete y me lo voy a tragar todo —exclama, metiéndome un dedo dentro, empujando hasta el fondo, haciéndome gemir sin control.

— Pietro —grito, con los muslos temblando sin cesar, el placer inundándome con cada caricia de su lengua, pero él no para, sigue chupando con fuerza mientras me estimula la entrada con los dedos.

Me estoy quemando.

— Joder, Elena, estás chorreando, preciosa, chorreando —exclama, con sus dedos entrando y saliendo de mí, todos empapados de mi excitación. — ¡Tu coño es mío, todo mío, joder! — Me mordisquea el clítoris antes de apartarse y empezar a lamerme de abajo hacia arriba, subiendo y bajando, mientras su pulgar sigue estimulando mi punto sensible e hinchado por sus besos.

— Yo… —empiezo a decir, pero ni siquiera consigo terminar la frase; todo mi cuerpo empieza a temblar y ya no puedo controlarme.

— Córrete, preciosa, córrete, joder —grita Pietro, acelerando el ritmo de las embestidas, al mismo tiempo que me devora el clítoris, y lo único que puedo hacer es gritar su nombre, bien alto, mientras el orgasmo me invade y me dejo llevar.

—Pietro —gimo, agarrándole del pelo, necesitando que esté ahí, volviéndome loca, y él hace exactamente eso: sigue chupando,

succionando, metiéndome los dedos, hasta que no soy más que un cuerpo flácido y sensible.

Y cuando creo que ha terminado, no, él simplemente sigue, saca los dedos de dentro de mí y empieza a meterme la lengua justo en la entrada, sin dejar de estimular mi punto sensible con el pulgar.

—Oh, Dios —gimoteo, desorientada por las sensaciones que me inundan.

— Qué buena, qué buena, joder, quiero tu orgasmo en mi lengua, todos los días, maghetta…

Joder, si mi coño no palpita solo con oír eso.

—Ya lo has oído, Elena, no solo hoy, *todos los días*.

—Estás loco —jadeo, sintiendo que se me doblan las piernas, necesitando alejarme de él antes de que simplemente me caiga.

—Por ti, solo por ti —exclama Pietro, incorporándose, y tan rápido como se ha levantado, su boca ya está sobre la mía, su lengua invadiendo la mía, haciéndome sentir mi sabor en él, y joder, si eso no me pone aún más caliente.

—Por favor —gimoteo, necesitando más, más de él.

—¿Por favor, qué? —Sus labios se separan de los míos y empiezan a dejar un rastro de besos en mi cuello, dirigiéndose hacia mis pechos. — Pídelo, es tuyo —dice de repente, con la boca a centímetros de mi pezón, y observo, hipnotizada, cómo Pietro rodea mi pezón con la lengua antes de morderlo y empezar a chuparlo como si su vida dependiera de ello, como si yo fuera la última comida de alguien hambriento: él.

—¡Joder!

Me da un mordiscito, solo para volver a chuparlo.

El placer crece en mi interior, es casi asfixiante.

—¡Tú! —digo, sin ningún tipo de vergüenza—. ¡Te quiero a ti! —exclamo, y veo al maldito sonreír contra mi piel.

En un instante, estamos dentro de la bañera; al siguiente, fuera, y Pietro me levanta sin ninguna dificultad, caminando hacia la cama, ignorando el rastro de agua que deja por donde pisa.

—Lo vas a mojar todo.

—Que le den, te necesito, y te necesito ahora —exclama, colocándome con cuidado en el centro de la cama.

Me apoyo en los codos y lo veo acercarse; su polla dura atrae mi atención como un imán.

— Elena —me advierte, pero no puedo evitarlo.

—Quiero probarla —susurro, mientras un calor inexplicable me inunda solo de imaginar mis labios allí, lamiéndola, volviéndola loca como él me volvió loca a mí.

—Más tarde —replica, con voz ronca, sin apartar la mirada de la mía—. Ahora necesito penetrarte, sentir tu coño apretándome, tragándose hasta la última gota de mi semen.

— Oh…

— ¿Has cambiado de opinión? —Arquea una ceja, y ni siquiera me molesto en responder, solo abro bien las piernas en una invitación más que clara.

— Joder, Elena, tienes el coño empapado. —Su voz es cruda, hambrienta, y observo fascinada cómo bombea su polla, frotando la ancha cabeza contra mis pliegues.

— Pietro… — gimo, con el corazón latiendo tan rápido, tan rápido.

— Tu coño es mío, tú eres mía, Elena.

Tuya…

—Pues tómate lo que es tuyo, *Don* —le provoqué, en el fondo saboreando la frase, aunque no debiera.

—Para ti, solo Pietro, solo yo —exclama, sin dejar de provocarme, untando su polla en mi excitación.

—Hazme tuya, Pietro —le suplico, tal y como él me dijo que haría, y sin apartar la mirada de la mía, hace exactamente lo que le he pedido: empuja despacio, invadiendo mi interior, poseyéndome, mientras acaricia mi clítoris. —Pietro… —gimo, agarrándome a la sábana, fijando la vista en el punto donde se unen nuestros cuerpos, solo para darme cuenta de que apenas ha empezado a entrar. —Te lo dije… no va a caber, no va a… —Ni siquiera consigo terminar la frase; él sigue empujando, con el rostro serio, casi como si estuviera sufriendo, y cuando siento una punzada de dolor, esta llega rápido, pero enseguida se ve sustituida por la sensación de que estoy a punto de explotar. —Oh, Dios… —Miro hacia donde nuestros cuerpos

están unidos solo para confirmar que Pietro está casi hasta el fondo dentro de mí.

Llena… de él.

— Maghetta… — jadea, y parece que le duele. — Joder, dime que estás bien, porque necesito moverme.

—Estoy bien —le tranquilizo, y observo, hipnotizada, cómo se aleja por completo, saliendo casi por completo de mi interior, y estoy a punto de refunfuñar cuando vuelve de un solo movimiento, llenándome, haciendo que todo a mi alrededor desaparezca. —Oh, Dios, qué bien… —gimo, echando la cabeza hacia atrás, y no me pierdo su sonrisa de satisfacción.

— Te gusta, *bella*, te gusta mi polla metida hasta el fondo en tu coño apretado, ¿verdad? ¿Te gusta verme sufrir?

—No voy a repetirlo solo para que tu ego sea aún más grande de lo que ya es —replico, y él se ríe.

—Esa boca descarada también será mía —me advierte, y ni siquiera sé qué decir.

—¿Vas a seguir haciendo promesas o vas a hacer lo que te he pedido? —le provoqué, emocionándome con la mirada que me lanza.

— Ay, Elena, ¿qué voy a hacer contigo?

Tengo algunas sugerencias, pero ni siquiera consigo decir nada.

Pietro vuelve a alejarse, solo para penetrarme rápido y con fuerza, al mismo tiempo que su pulgar frota mi clítoris, haciéndome jadear ante el estímulo inesperado.

—No pares, por favor —le pido, enrollando instintivamente mis piernas alrededor de su cadera, haciendo que me penetre aún más profundamente.

— Joder, qué estrecha —jadea, y empieza a moverse despacio, entrando y saliendo de mí, solo para hacerme ansiar más. — Debería ir despacio, poco a poco, pero te voy a follar como te mereces, bruja. Fuerte, duro, rápido, tal y como he estado soñando, para que mañana recuerdes mi polla dentro de ti con cada paso que des, recuerdes cómo tu coño fue hecho para mí, solo para mí, joder.

— Dios, sí, fóllame —grito, levantando las caderas en señal de provocación, solo para recibir una palmada ahí.

Pietro no dice nada, solo me abre los muslos con las manos, manteniéndome abierta, expuesta, y luego se arrodilla sobre mí, con la mirada fija en la mía.

— Mía…

¡Mía, toda mía!

Se aleja, saliéndose casi por completo de mí, solo para volver con una embestida fuerte, llenándome, y entonces no hay descanso, empieza a entrar y salir de mí a un ritmo frenético, follándome, de forma placentera, exactamente como te lo pedí, y lo único que puedo hacer es agarrarme a las sábanas y gemir, sin control, mientras el placer crece dentro de mí con cada embestida tuya.

— Sí, sí, no pares.

— Joder, qué coño más bueno, mío, joder, todo mío… — gruñe Pietro, follándome sin parar, entrando y saliendo rápido, llenándome, haciéndome suplicar por más, tal y como dije que haría, y yo suplico sin ningún pudor.

— Fuerte, fuerte…

— Guapa, ¿quieres mi polla?

— Sí, sí… — gimo, y él me pellizca el clítoris, haciéndome echar la cabeza hacia atrás, mientras su cuerpo choca contra el mío, sin piedad ni compasión, dándome lo que pedí, haciéndome sentir dueña de mi propio destino, dueña de mí misma, llena, plena, feliz *y suya*.

— Toma lo que es tuyo, preciosa, solo tuyo y de nadie más.

Solo mío, solo mío.

Sus palabras parecen calarme hasta los huesos, y no sé si es su polla la que me llena, su dedo índice el que me estimula el clítoris, solo sé que, de repente, es demasiado.

Cierro los ojos, sintiendo cómo mi cuerpo empieza a temblar, sabiendo que el orgasmo está a punto de llegar, a punto…

— ¡Mírame, Elena! — me ordena, con voz ronca, y quiero decirle que es tan bueno que solo quiero que siga. — Mírame, joder, necesito tener tus ojos fijos en mí cuando te corras con mi polla bien metida en tu coño — exclama, y no puedo negarme a su petición.

Abro los ojos, solo para encontrar su mirada intensa, y lo que veo allí me desarma: hay deseo, hay hambre, pero hay más, algo que no puedo explicar. — Córrete, preciosa, córrete para mí, tómate lo que es tuyo —gruñe, embistiendo sin parar, y ni siquiera intento dar una respuesta atrevida, y mucho menos resistirme; sin apartar la mirada de la suya, dejo que el orgasmo llegue, desgarrándome, sin control, arrollándome, llevándose todo de mí.

De él…

Soy suya.

— ¡Ah, joder! —gime Pietro en voz alta, y este es mi nuevo sonido favorito, el de mi hombre desmoronándose de placer. — Eso, preciosa, aprieta mi polla, tómate toda mi corrida —grita, sin dejar de embestirme. — Sí, sí, fóllame —ruge, alcanzando su propio clímax, corriéndose con fuerza, llenándome con su semen, tal y como dijo que haría, marcándome, haciéndome suya.

—Eso… —empiezo a decir, pero ni siquiera consigo terminar la frase, y Pietro sonríe, dejándose caer a mi lado.

Mi corazón parece que va a estallar, y no exagero: los dos respiramos con dificultad y mi pecho sube y baja al ritmo de mi respiración entrecortada.

Si tuviera que resumir lo que acaba de pasar, no podría.

Imposible.

Lo cierto es que he descubierto músculos que ni siquiera sabía que existían, y estoy segura de que mañana recordaré su polla dentro de mí, como dijo ese maldito, pero aun así, no puedo contener la sonrisa.

Estoy feliz.

Y aunque sé que hoy solo ha sido eso, al menos he podido saborear un poco la felicidad.

Pietro me ha hecho sentir deseada, viva… completa.

—¿Estás bien? —Su mano me acaricia la cara, apartando un mechón de pelo que se me ha pegado a la frente.

—Mejor que bien —respondo, sin ocultar la sonrisa de satisfacción, al tiempo que, sin ningún pudor, me subo a sus muslos, observando atónita que su polla sigue erecta.

—Interesante —replica, con voz ronca, la mirada entrecerrada devorando mi cuerpo, viendo cómo froto mi coño empapado contra su polla—. Es una pena que dijeras que solo sería hoy. —Arquea una ceja, provocándome.

—¿Sabes qué es lo más interesante? —le pregunto, sin dejar de provocarlo—. Son las veintitrés y treinta, lo que significa que…

—Todavía es hoy, joder —exclama, y no pierdo más tiempo: me siento despacio sobre su polla, observando cómo mi coño se traga cada centímetro de ella, engulléndola. —Ah, joder, eso, trágate mi polla, bruja —gruñe Pietro, agarrándome los pechos, mordisqueando el pezón duro, chupándolo con fuerza.

— Estoy llena —gimo, apoyando las manos en su pecho, mientras miro hacia abajo, solo para confirmar que lo tengo todo dentro de mí.

— Joder, Elena, joder —maldice, agarrándome por las caderas—. Toda dentro de ti, preciosa, toda.

— Treinta minutos —jadeo, levantándome despacio, solo para bajar con fuerza, temblando al ver cómo Pietro aprieta los puños.

—¿Quieres matarme?

Sonrío.

—Quiero que me hagas correrme otra vez, en los treinta minutos que nos quedan, ¿crees que puedes? —le pregunto, y lo que veo en su mirada es toda la respuesta que necesito.

Me agarra las caderas con fuerza, y estoy segura de que mañana tendré las marcas de sus dedos, pero ni me importa. Observo, hipnotizada, cómo Pietro desliza la lengua por la punta de mis pezones, provocándome, atizándome, solo para metérselos enteros en la boca, chupándolos con ganas, al mismo tiempo que empieza a mover las caderas hacia arriba, embistiendo profundamente dentro de mí.

—Sí, sí… —gimo, abrumada por la sensación de tener su polla llenándome mientras él sigue chupándome sin descanso.

No es suave, es urgente, ansioso; Pietro me mordisquea el pezón, solo para volver a chuparlo con fuerza, haciéndome gemir

palabras inconexas y suplicar más, mientras sigue embistiendo dentro de mí.

—Tu coño está hecho para mí, *maghetta* —exclama, besándome el cuello, mientras su dedo índice sigue provocando mi sensible pecho—. Estás tan mojada que mi polla se desliza sola hacia dentro —gruñe, intensificando la presión.

— Pietro… — Le agarro por los hombros y empiezo a mover mi cuerpo al ritmo de su polla, necesitando más y más de él. — Qué bien, qué bien, no pares, por favor…

En la habitación solo se oye el sonido de nuestros cuerpos chocando entre sí y mis gemidos suplicando más y más.

—¡Joder! —maldice, apretándome las caderas, y sé que está tan cerca como yo, y no pienso, solo actúo, intensifico mis movimientos, cabalgando con ganas sobre su polla, bajando y subiendo, mientras Pietro sigue chupándome los pechos, chupándolos con fuerza.

— Me voy, me voy… —jadeo, sintiendo cómo me tiemblan los muslos, pero ni siquiera consigo terminar la frase; echo la cabeza hacia atrás, un placer absurdo me inunda, y mi marido no para.

Pietro me agarra el culo con fuerza y sigue embistiendo profundo, rápido, dentro de mí, mientras yo solo grito su nombre, totalmente entregada.

— Fóllame, sí, aprieta mi polla, joder —grita, agarrándome por la nuca, con la mirada clavada en la mía, los labios pegados a los míos, tragándose mis gemidos, acompañándome, corriéndose con fuerza dentro de mí.

Arruinada.

Pensé que podría protegerme, pero fallé.

Ni siquiera intento hacer ninguna broma, y mucho menos averiguar qué hora es; solo dejo que mi cuerpo se relaje contra el suyo, apoyando la cabeza en su pecho, intentando memorizarlo todo, guardarlo todo dentro de mí.

—Eres mía, Elena —susurra Pietro contra mi cabello, y cierro los ojos, deseando que fuera más sencillo, que no hubiera tanto miedo dentro de mí—. Y yo soy tuyo, no solo hoy…

Oh, mierda.

—Pietro —susurro, levantando la mirada solo para encontrar la suya clavada en mí, y se me hace un nudo en la garganta—. No volverá a pasar —afirmo, sintiendo cómo un vacío se apodera de mí.

Me gustaría poder explicarlo, pero no puedo. Es complicado.

—¡Va a pasar! —afirma, serio, y ni siquiera tengo tiempo de replicar—. Va a pasar, porque tú me deseas, bruja, tanto como yo deseo ese coñito tan apetecible. Tanto como *te* deseo *a ti por completo*.

Niego con la cabeza.

— Créeme, es mejor así… —jadeo, pero él me ignora.

— Dejaré que lo descubras por ti misma, *bella maghetta*. — Me besa en la frente y cierro los ojos, sabiendo que acabo de meterme en un buen lío.

Porque, si antes ya era difícil resistirse a Pietro…

Ahora…

Ahora que sé lo bien que se está, lo bien que me siento en sus brazos.

Ahora que sé lo que es sentirme plena y feliz, me resultará difícil seguir llevando una vida vacía y sin él.

Estoy completamente perdida.



Tonight – Zayn
Modo John Wick – Le Castle Vania
The Red Circle – Le Castle Vania

No tengo ni idea de qué hora es y, sinceramente, no me importa.

Solo sé que dormir no es una opción.

No cuando lo único que puedo hacer es quedarme mirando a Elena dormir plácidamente en mis brazos. Sus rasgos delicados, el pecho subiendo lentamente al ritmo de su respiración, la boca entreabierta.

Qué guapa.

Y ahí, ahora, no va a huir, no va a inventarse excusas y, lo más importante, no va a insistir en esa mierda de que solo fue eso.

Solo hoy.

No he dejado de pensar en ello ni un segundo, pero joder, si que entiendo sus motivos.

¿Por qué se resiste tanto? ¿Por qué no se entrega?

¿Qué la ha llevado a levantar esas barreras a su alrededor?

Algo me dice que ese hijo de puta de su padre tiene mucho que ver en esto, ese gran cabrón, pero hasta que la chica entienda de una vez por todas que yo no me parezco en nada a su padre, ni a

sus familiares, la batalla será dura, y los únicos que salimos perdiendo en todo esto somos nosotros.

Lo cierto es que no voy a rendirme.

Ni hablar.

Si antes ya la deseaba, ahora que la he probado, que la he tenido derritiéndose en mis brazos, suplicando más y más, por mí, joder, ahora soy un caso perdido.

Y sé que, tarde o temprano, Elena comprenderá que lo que hemos tenido no es cosa de una sola noche ni de unas pocas horas. Sus defensas ya se están desmoronando, y llegará el día en que mi mujer no tendrá más remedio que reconocer lo que yo ya he aceptado: esto entre nosotros puede que haya empezado como un simple acuerdo comercial, pero ya no es solo eso.

Es más…

Es algo que ni siquiera yo consigo entender ni explicar.

Estoy jodidamente inquieto y la sensación no hace más que empeorar cuanto más tiempo me quedo ahí.

Necesito hacer algo, mantener la mente ocupada, y estoy pensando precisamente en qué hacer cuando un sonido seco me llama la atención, poniendo todo mi cuerpo en alerta.

Joder.

Inmediatamente, mi mano se dirige a la pistola que tengo debajo de la almohada.

Me levanto despacio; la habitación está a oscuras y la escasa luz que entra proviene de la piscina y de la cubierta.

Gracias a la lámina del cristal, consigo tener una visión privilegiada del exterior; no se puede decir lo mismo de quien está al otro lado.

Ahora no, con todo a oscuras.

Sin hacer ni un solo ruido, me muevo, escudriñando cada rincón, cada posible escondite, y cuando echo un vistazo a la cubierta que rodea la piscina, no tardo mucho en ver algo que no debería estar ahí.

Algo mojado cerca de la escalera que lleva a la lancha y a la moto acuática.

Hay alguien ahí.

Alguien que va a desear estar muerto.

Vuelvo junto a Elena, sabiendo que la situación está a punto de ponerse fea y que ella necesita protección. No sé con quién nos enfrentamos ni cuántos son, solo sé que ella es mi prioridad.

Sin apartar la mirada de la terraza, marco el número de Domenico; él sabe lo que eso significa. Sabe que solo le llamaría si algo fuera muy mal.

—Elena —susurro, pero ella sigue durmiendo.

Joder…

Ni siquiera tengo tiempo de volver a llamarla, cuando de repente veo a dos hombres con trajes de neopreno subiendo a la cubierta, con armas semiautomáticas, y no hay tiempo que perder: la agarro, acercando su cuerpo al mío y teniendo cuidado de taparle la boca.

Se despierta de inmediato, asustada, con los ojos muy abiertos, pero le hago un gesto para que guarde silencio y ella asiente.

—Necesito que te quedes aquí.

— ¿Qué está pasando? —susurra, y justo en ese momento el sonido de cristales rompiéndose inunda la habitación.

— Agáchate y no salgas —grito, dejándola a salvo, al tiempo que me giro y disparo un tiro certero en plena frente al primer hijo de puta que se cruza en mi camino.

Agarro su cuerpo y lo utilizo como escudo mientras cruzo hasta el otro extremo de la habitación, en dirección al baño, con la necesidad de alejarlos de ella.

Los disparos resuenan por todo el bungaló, con fragmentos de cristal volando por todas partes, pero ni siquiera me importa, simplemente sigo adelante.

Encuentro refugio detrás de una pequeña columna y sorprendo al imbécil que entra en el baño con un disparo en pleno pecho y otro en la cabeza, lo que hace que se desmorone ante mí.

Dos menos y sumando.

—Matad a ese hijo de puta. Matadlos a todos —grita uno de ellos, y todo mi ser se hiela; tengo que mantenerlos lejos de Elena, lo que significa que no hay tiempo que perder.

Le quito la semiautomática a ese pedazo de mierda y cojo una granada aturdidora de su chaleco, lanzándola directamente hacia donde están los otros dos cretinos.

El sonido ensordecedor inunda el ambiente mientras avanzo hacia mis objetivos, ignorando los fragmentos que me hieren los pies.

Hijos de puta, podría matarlos otra vez solo por eso.

Uno de ellos se acerca al lugar donde dejé a Elena, y todo ocurre en fracciones de segundo: me tiro detrás de la mesa que hay en la esquina de la habitación y, tal y como esperaba, el movimiento los atrae, haciendo que disparen contra ese lugar y que trozos de fruta y cristal salgan volando por todas partes.

Vuelvo a comprobar la munición y me arrastro por el suelo, necesitando saber dónde están, y no tarda en llegar la respuesta.

De pie, junto a la cama, a centímetros del armario donde ella está.

Muy cerca, muy cerca, joder.

Aprovecho que uno de ellos está recargando y no dejo pasar la oportunidad; me muevo rápido, lo suficiente para tener la mira despejada y vaciar el cargador en el pecho de ese imbécil.

El hijo de puta sigue disparando mientras cae y lo silencia con un tiro de pistola en la cabeza, volviendo a buscar cobertura detrás de lo que queda de la mesa.

—Joder, joder… —Lo que queda de él empieza a disparar a diestro y siniestro, y su desesperación es justo lo que necesito.

—¡Aquí, hijo de puta! —grito, lanzando un trozo de plato en dirección opuesta a la mía, y él, claro, se gira, apuntando al lado contrario; ni siquiera lo pienso, me levanto y le disparo en la rodilla, emocionándome al ver cómo su cuerpo se dobla ante mis ojos. Le disparo dos veces más, una en cada mano, haciendo que la ametralladora salga volando fuera de su alcance. —¿Quién te ha mandado? —le pregunto, acercándome, mientras la sangre brota de los innumerables cortes de mi cuerpo. —¿Quién te ha mandado, joder? —Le aprieto la barbilla con fuerza, oyendo el crujido de los huesos al romperse, pero sigo, implacable.

—¡Que te jodan!

—¿Quién? —grito, pero él se mantiene imperturbable; sabe que solo le espera un destino, y por mucho que me encantaría divertirme con ese imbécil, tengo que asegurarme de que la amenaza ha sido neutralizada.

—¡Pietro, cuidado! —La voz de Elena resuena a mis espaldas, y no tengo tiempo de reaccionar; el inconfundible sonido de un disparo estalla detrás de mí, me preparo para el impacto, pero este no llega, solo el ruido de otro cuerpo al caer al suelo.

Giro la cabeza y me encuentro con mi mujer, completamente desnuda, con una pistola en la mano, la mirada fija en el atacante que ahora agoniza en el suelo, con un charco de sangre formándose a su alrededor.

Ni siquiera pienso, solo actúo, apuntándole a la cabeza, rematando la faena.

—Última oportunidad, hijo de puta.— Dirijo mi atención hacia el cretino que está a pocos pasos de mí, que intenta arrastrarse por el suelo en vano, pero no llegará muy lejos.

—Que te jodan, eres hombre muerto.

— No, tú lo estás —digo, retorciéndole el cuello con toda mi fuerza, con la rabia hirviendo en mi interior, y ese pedazo de mierda ya no vale ni una bala gastada.

Silencio.

Miro a mi alrededor y no veo a nadie más, solo destrucción.

—¿Estás bien? —le pregunto, agarrándole la cara a Elena y recorriendo su cuerpo en busca de cualquier herida, cualquier cosa —. Elena…

—Estás sangrando —jadea, con sus ojos verdes clavados en los míos.

—Estoy bien, preciosa, estoy bien… —Le rozo los labios—. ¿Te has hecho daño?

Niega con la cabeza.

—Solo… —jadea, haciendo una mueca de dolor—. Solo los pies —me avisa, y veo que, al igual que yo, Elena se ha cortado con los cristales esparcidos por el suelo. —Él… él iba a matarte… —Su voz es un susurro.

—Pero no lo hizo, gracias a ti. —Le levanto la barbilla—. Me has salvado.

Las lágrimas le resbalan por la cara.

— ¿Por qué? ¿Quién haría algo tan…?

¡Joder!

— Ojalá tuviera esa respuesta, pero por desgracia no nos faltan enemigos, ni tampoco motivos para un ataque; créeme, muchos nos matarían por el simple placer de vernos fuera del negocio, de eliminar a la competencia, pero… —Respiro hondo, necesitando calmar mis nervios—. Sea quien sea, deseará estar muerto, porque nadie se mete con Sacra y sigue con vida. Voy a matar al hijo de puta que se ha atrevido a intentar hacernos daño y, créeme, deseará estar muerto antes de que acabe con él. —Le acaricio la mejilla—. Pero eso es tema para otro momento. Ahora tengo que ocuparme de ti, nuestros hombres estarán aquí en unos minutos —le advierto, ya oigo el motor de la lancha acercándose, y ella parece entender lo que quiero decir.

—Oh, Dios, necesito ropa.

—Sí, voy a buscar tu maleta —digo—. Pero, por ahora, ponte este albornoz —le digo rápidamente, cogiendo la percha del armario —. Debe de ser lo único que hay por aquí sin trozos de cristal en este momento.

—Vale —murmura, conmocionada.

—Todo va a salir bien… —Le levanto la barbilla, rozando mis labios contra los suyos y, para mi sorpresa, Elena me abraza con fuerza, y joder, lo único que me gustaría es poder tranquilizarla, asegurarle que esto nunca volverá a pasar, pero lo único que puedo prometerle es que los responsables lo pagarán.

Eso es una jodida certeza.



—*Don* Zampieri… —La voz de Domenico resuena a mis espaldas, pero ni siquiera me giro, sigo haciéndole un vendaje provisional en el pie a Elena.

— Cuando lleguemos a casa, el médico lo revisará, pero creo que he conseguido sacar la mayoría de los fragmentos.

—Estoy bien, deberías estar preocupado por ti. No soy yo quien parece haber atravesado una pared de cristal.

Sonrío.

— Créeme, he estado peor —digo, acariciándole la cara y volviéndome hacia mi guardaespaldas—. ¿Qué tal la situación?

—Hemos encontrado los propulsores subacuáticos —informa —, junto a la misma cantidad de cadáveres.

Lo que significa que ya no hay más intrusos.

— ¿Algo más?

— Estamos terminando de examinar los cadáveres, pero, hasta ahora, no hemos encontrado ningún tatuaje que los vincule con ninguna mafia rival ni con ningún enemigo conocido.

— ¡Joder!

— Todo apunta a que son mercenarios, señor.

— Haced fotos antes de deshaceros de los cadáveres y enviadlas al grupo; con suerte, alguien podrá identificarlos o sabrá quién puede hacerlo.

— Consideralo hecho. Una cosa más: a uno de ellos le hemos encontrado un móvil desechable; parece estar protegido por algún tipo de cifrado.

— Guárdalo, a ver si conseguimos extraer alguna información.

Domenico asiente, pero sigue de pie frente a mí, y mi mirada se cruza con la suya.

—Lo siento —comienza a decir, pero ni siquiera le dejo terminar.

—Nunca hubiéramos imaginado un ataque aquí, y mucho menos con esos hijos de puta viniendo desde las profundidades del océano como si fueran malditos SEAL. —Me levanto, apoyando la mano en el hombro de mi mejor soldado—. No me has fallado, joder.

Asiente, pero lo conozco lo suficiente: seguirá dándole vueltas a esta mierda hasta que tengamos al responsable muerto y sus restos sirvan de comida en Chiusure.

— El helicóptero ya está listo y a nuestra disposición.

— Perfecto, esperadnos en la cubierta.

Con un gesto, él y los demás soldados que estaban repartidos por el bungaló se retiran.

— A esto es a lo que yo llamo una luna de miel emocionante —exclama Elena, haciendo una mueca, pero sé que, en el fondo, está muy nerviosa.

— Siento mucho que haya acabado así.

— Lo importante es que estamos vivos, y yo… he podido dar una vuelta en moto acuática e ir a un luau. —Guiña un ojo—. Ya he salido ganando.

—¿Solo eso? —la provoqué, solo por el placer de verla sonrojarse.

— ¿Qué querías decir con enviar fotos de los cadáveres al grupo? ¿Qué grupo es ese?

—El grupo de la familia —explico, solo para verla abrir los ojos como platos.

— ¿Están todos ahí?

No puedo contener la sonrisa.

—¡No! *Mamá* me mataría si abriera el móvil y se encontrara con una foto al azar de un cadáver, y lo mismo ocurre con mis tías y mi abuela.

— Vale, supongo.

—Mi padre, mis tíos y mis primos.

— ¿Incluso Alessia y Romeo? — Arquea una ceja.

—Mi prima no solo es la contable de Sacra, sino que también ha heredado ciertas habilidades de sus padres, lo que la hace extremadamente útil cuando necesitamos descubrir algo, hackear algún sistema, poner la vida de alguien patas arriba y mantenerlo todo dentro de un círculo más restringido de confianza.

— Oh…

— Normalmente recurrimos a colaboradores, pero en este caso concreto la necesito a ella.

— ¿Y qué hay de Romeo? ¿No es solo el abogado?

No puedo contener la sonrisa.

— Digamos que los problemas en el despacho y en los tribunales son solo una pequeña parte de su rutina.

— No me digas nada más, prefiero quedarme con la imagen de un abogado tranquilo y aburrido.

—Joder, no dejes que oiga eso. Romeo es todo menos eso.

Elena murmura algo que no entiendo, algo relacionado con su hermana.

— ¿Qué has dicho?

— Nada, nada… mejor nos vayamos, nos están esperando y tú de verdad necesitas un médico.

—¿Estás deseando dar por terminada nuestra luna de miel, *maghetta?*

Elena se sonroja, pero no aparta la mirada de la mía.

— Sobre lo que pasó ayer… — Se muerde los labios y no hace falta ser un genio para saber a dónde quiere llegar, pero aun así, no me contengo.

—¿Qué parte de ayer? —suelto—. ¿Nuestro paseo, el luau o la parte en la que me suplicaste que te follara?

— Pietro… — jadea, con el pecho subiendo y bajando.

—¿Qué parte, Elena? —insisto, aunque ya sé lo que va a decir, y una mezcla de rabia y frustración me inunda.

— Ya lo sabes… —espeta, incorporándose.

— Refresca mi memoria.

—Basta ya —exclama—. No lo compliques más de lo que ya está.

—Tú es la que lo está complicando —gruño, observándola intentar alejarse, lo cual es una misión casi imposible con los dos pies vendados. —¡Que le den! —insulto—. Te voy a llevar, joder —exclamo, tomándola en mis brazos, ignorando sus protestas y el dolor que me inunda.

— Ponme en el suelo, te vas a hacer aún más daño.

— Créeme, nada va a ser peor que lo que estás haciendo ahora —las palabras salen rápido y enseguida me arrepiento al ver su mirada—. Vamos a casa, Elena. Solo vamos a casa —susurro, intentando calmar la mierda que hay dentro de mí, solo para descubrir que estoy fracasando estrepitosamente.

El trayecto hasta Siena transcurre en silencio.

He taponado la hemorragia de mis pies, que era lo peor. El resto puede esperar.

Mi móvil no deja de vibrar.

Ni siquiera son las cinco de la mañana, pero sé que ya estarán todos despiertos esperándome, por mucho que les tranquilice diciendo que estamos bien.

Ha sido un susto de cojones, pero hemos sobrevivido.

No se puede decir lo mismo de esos hijos de puta, que a estas alturas ya se han convertido en comida para los peces.

En cuanto el helicóptero toca el césped, los veo en la escalinata: mi hermano, *mamá*, *papá*, además de Stella, Martina y mis tíos, lo que significa que el día apenas ha empezado, pero va a ser un infierno de ajetreo.

— Puedo ir andando —empieza a decir Elena, pero ni siquiera le respondo, solo la cojo en mis brazos y camino hacia ellos.

—¡Oh, Dios mío! —exclama la señora Giulia, acercándose a nosotros—. Llévala directamente a la habitación, *hijo*, el médico ya está de camino.

—No soy yo quien necesita ayuda, sino él. Qué terco —replica ella, y, a juzgar por su tono de voz, está enfadada. Genial, justo lo que me faltaba.

La mirada preocupada de *mamá* se cruza con la mía.

—Son solo unos rasguños, nada por lo que tenga que preocuparse —le advierto, y ella entrecierra los ojos.

—Algunos son bastante profundos, por lo que veo. Los dos, directamente a la habitación.

Ni siquiera me molesto en responder.

Si Elena cree que soy terco, es porque aún no conoce a la señora Giulia.

—Ya has oído a tu madre… —interviene *papá*, apoyándome la mano en el hombro.

—Solo necesito un baño y unos puntos —digo sin pensarlo, subiendo los escalones con Elena aún en mis brazos.

Cuanto antes la deje en el dormitorio, eliminaré una distracción.

Porque, sí, quedarme pensando en mi mujer, o en el hecho de que ella no me quiera, no es una puto opción. Ahora no.

Mi único objetivo debe ser uno solo: descubrir quién intentó matarnos y acabar con todos ellos.

— ¿Alguna idea de quiénes pueden ser? —pregunta mi hermano, y me detengo, ya en lo alto de las escaleras.

—No, pero lo averiguaremos. Os espero en el despacho dentro de treinta minutos —digo, volviendo la mirada hacia *mamá*, que parece un poco menos angustiada—. Dile al doctor que suba en cuanto llegue, *mamá*.

— Claro, cariño, claro. Voy a preparar el café; seguro que ya nadie más en esta casa va a dormir.

Eso es lo que me imaginaba.

— Tranquiliza a Alessia y a Romeo, lo último que necesito es tenerlos aquí; más bien, que se centren en las actividades de la organización. A todos los efectos, este atentado no ha tenido lugar; ya he dado instrucciones a nuestra gente en Pianosa y espero lo mismo aquí.

— Buena idea, Pietro —dice mi tío Enzo, y su mirada se cruza con la mía.

—¿Quieres saber si hay alguien hablando de lo ocurrido? —añade Martina, y yo solo asiento, dispuesto a dar por zanjado el tema, por ahora.

—Treinta minutos —insisto, antes de dar la espalda a todos y dirigirme a mi habitación.

—Puedes bajarme al suelo —insiste Elena cuando me detengo frente a la puerta, pero solo lo hago cuando ya estamos dentro de la habitación. —Gracias, de verdad que no hace falta… —continúa, pero la interrumpo.

—El baño está a tu derecha. Siéntete como en casa; el médico vendrá enseguida a examinarte las heridas, pero no creo que necesites puntos.

—Debería verte a ti primero —empieza a decir, y respiro hondo, sabiendo que, en el fondo, está preocupada… *por mí*.

—Solo date una ducha y tenlo todo listo para cuando llegue el médico. ¿Puedes hacerlo, Elena? —le suelta, en un tono que deja

claro que no espero una respuesta por su parte, salvo un jodido «sí».

—¿Ahora va a ser así? —pregunta, pero no le respondo; solo abro la puerta de cristal que da al balcón y salgo. —Que así sea… —la oigo decir, antes del inconfundible sonido de la puerta del baño al cerrarse.

Las articulaciones de mis dedos llegan a ponerse blancas por la fuerza con la que aprieto la barandilla de la terraza, y me obligo a respirar hondo.

¿Cómo ha podido pasar esto? ¿Cómo voy a arreglar esta situación?

Concentrate, joder… Concéntrate.

Hay asuntos más urgentes que abordar.

Tengo que ser racional, es lo que esperan de mí, además de que le dejé claro a la bruja que respetaría su petición.

Bueno, adivina qué: aquí estoy, haciendo precisamente eso.

Elena tomó su decisión, esta es la consecuencia.



Try – Pink
You're the reason – Olivia Penalva
Always remember us this way – Noelle Johnson
«Love the way you lie» – Skylar Grey

De todas las formas en que me imaginé mis primeros días aquí, ninguna se acercó ni remotamente a la realidad.

Apenas veo a Pietro.

No desde que volvimos de nuestra luna de miel.

No desde que todo parece haber cambiado.

Se ha distanciado.

Ha accedido a mi petición.

Con cuidado, me levanto de la cama y voy hasta el balcón, necesitando aire fresco, ver el cielo azul, las colinas verdes, e intentar no pensar que yo mismo he provocado esto.

Aquel día, sabía que estaba preocupado por el ataque, pero había algo más: yo… de alguna manera, le decepcioné.

Cuando salí de la ducha, unos minutos después, el médico ya estaba allí, muy profesional y atento; me cambió los vendajes y, tal y como Pietro sospechaba, no hizo falta poner puntos, la mayoría de los cortes eran superficiales; solo tenía que evitar apoyar el pie en el suelo y tomar antibióticos por precaución.

Reposo.

A Pietro lo atendieron justo después; yo estaba allí, lo vi, en silencio, cómo le suturaban no solo los pies, sino que también tenía otros cortes en las piernas y los brazos.

Se hizo daño para salvarnos, para salvarme.

Pero, a diferencia de mí, que desde entonces estoy en reposo y su familia me mima, él… él está trabajando desde el amanecer hasta el anochecer. Me está evitando.

Cuando me despierto, ya se ha ido de la habitación; cuando me acuesto, aún no ha subido.

Debería estar agradecida, pero no puedo.

Le echo tanto de menos que me está volviendo loca.

Las pocas veces que nos hemos visto han sido en alguna comida y, aun así, se pueden contar con los dedos de una mano.

El encuentro suele ser breve; enseguida vuelve a la oficina o se va a Chiusure.

Está centrado en buscar respuestas, y tengo la sensación de que nada va a cambiar, al menos hasta que consiga lo que está buscando.

En cuanto a nosotros, no sé qué nos depara el futuro.

Maldita sea, no sé si todavía hay un «nosotros», y pensar en ello me inquieta; me invade una frustración enorme, acompañada de miedo, mucho miedo.

Es diferente a todo lo que he sentido antes.

Y no deja de ser irónico, porque lo alejé precisamente por miedo.

Miedo a dejarme llevar, miedo a que él se volviera aún más importante para mí.

Si hay algo que la vida me ha enseñado, es que es más fácil que la gente te haga daño cuando te importan.

El gran problema es que ya me importa.

Más de lo que creía posible.

Mucho.

Mi móvil vibra en la mesita que tengo al lado y respiro hondo. Agradezco esta interrupción más que bienvenida; hablar con Dona siempre me hace feliz.

Ella es mi refugio.

— ¡Buenos días! — la saludo, intentando parecer más animada de lo que realmente estoy, pero fracaso estrepitosamente.

— ¿Qué pasa?

— Nada, ¿por qué?

— Pareces rara.

—Voy a pasar por alto que apenas me saludas y ya me llamas rara —bromeo, y ella solo entrecierra los ojos, recelosa. —Te lo juro, e , todo va genial. Estoy aquí sin hacer nada, con los pies en alto… —Giro el móvil, mostrando que estoy tumbada en el paraíso.

— Mmm, aun así, pareces…

Vuelvo la cámara hacia mí y, justo en ese momento, ella completa la frase.

—Triste.

Respira, no te desahogues contándolo todo. Donatella tiene preocupaciones mucho más serias.

— A eso se le llama aburrimiento, ya se te pasará. Cuéntame, ¿cómo van las cosas por ahí?

—Voy a fingir que me lo creo, por ahora —replica, y sé que no lo va a olvidar de verdad. —Maldita sea, tenía tantas ganas de ir allí.

—Yo también quería que estuvieras aquí, pero… —Me encojo de hombros, sabiendo que Tiziano Del Vecchio no consideró necesario visitar a su hija y a su yerno tras el regreso de la «luna de miel anticipada». —¿Y bien?

— *Papá* me llamó ayer a la oficina. — Pone una mueca, y ya sé que las noticias no son nada buenas.

— Venga, suéltalo.

La veo mirar a ambos lados, como si se asegurara de que está realmente sola.

— Señora… —insisto.

—Va a iniciar las negociaciones con Otavianno.

— ¿El *capo* de Terracina?

Ella asiente con la cabeza, mordiéndose los labios, y ya veo cómo se le humedecen los ojos.

Ese imbécil es repugnante, su última esposa murió a causa de las palizas que le propinaba, esto no puede estar pasando.

No puede ser.

— No, no, tiene que haber algo que podamos hacer.

— No hay nada.

— No digas eso. Se me ocurrirá algo, de verdad —digo, intentando levantarme, incapaz de aguantar ni un segundo más sentada.

— La única salida es que él no muestre interés, pero las dos sabemos que no va a querer meterse en líos con *papá*.

Cierro los ojos, sintiendo ya cómo me viene el dolor de cabeza.

— Se me ocurrirá algo —digo más para mí misma que para ella.

—Siempre intentando salvarme. —Sonrío, una sonrisa triste —. Preocúpate por recuperarte. Yo —mira hacia atrás— tengo que colgar. Hablamos luego, besitos.

—Señora —la llamo, pero ya ha colgado. —Maldita sea, maldita sea, maldita sea… —maldigo y casi no oigo los golpes en la puerta. —Puedes pasar —digo, necesitando calmarme; lo último que necesito son preguntas.

Alessia.

—¿Te molesto? —pregunta, asomando solo la cabeza por la puerta de la habitación.

—No, no. Entra, por favor —le digo, empezando a levantarme.

—Ni se te ocurra, yo voy hasta ahí —dice, y hace precisamente eso: me encuentra en el balcón y me sorprende con un abrazo y un beso en la mejilla—. ¿Cómo estás? Siento no haber venido antes…

—Estoy bien, solo fueron unos rasguños y el susto; Pietro se llevó la peor parte.

—Ya está acostumbrado.

— Todo el mundo dice eso —hago una mueca—. Él debería estar en reposo, no yo —exclamo, y ella se queda mirándome unos segundos, hasta que finalmente se echa a reír.

— Lo siento, es que eso es algo que me gustaría ver: a Pietro o a cualquiera de mis primos descansando.

— ¿Son todos tan testarudos? —Arqueo una ceja.

— Sí, y ni siquiera sé si esa palabra basta para describirlos — replica ella y, esta vez, soy yo quien se ríe.

— ¿Qué te trae por aquí?

—¿Ya quieres que me vaya?

— No, no, solo me extraña, porque sé que sueles estar más en Florencia.

—Es verdad, pero había asuntos que me pareció mejor tratar en persona con P y, claro, necesitaba verte.

Siento que se me hace un nudo en la garganta.

Es una tontería, lo sé, pero no puedo dejar de pensar que ni siquiera mi padre ha venido, pero Alessia sí.

Ella sabe lo del atentado, él no —intento convencerme—, pero, en el fondo, sé que eso no importa. Tal y como están las cosas, aunque supiera lo del atentado, no se molestaría en salir de casa, no por mí.

—¿Sobre el atentado?

Asiente con la cabeza.

— Pietro me ha dicho que tú también te dedicas a los ordenadores.

— Solo por diversión. No se me da ni de lejos tan bien como a mi padre o a mi madre, pero es un pasatiempo; ahora lo que me encanta son los números.

—Por eso la contabilidad —señalo lo obvio.

—¡Exacto! —Guiña un ojo—. Ahí es donde pertenezco, es como un gran rompecabezas, y si hay algo que me gusta, son los enigmas —dice, sin ocultar su entusiasmo—. ¿Y tú?

—Nunca lo había pensado mucho —revelo, sintiéndome de repente avergonzada—. *Papá* siempre decía que una mujer no tiene por qué ser inteligente, solo tiene que saber comportarse.

—Tu padre es un imbécil.

—Lo es —sonrío—. Por suerte, mi abuelo pensaba de otra manera y nos mandó a un buen colegio; quería que fuéramos inteligentes y fuertes.

—Y lo sois —exclama, y mi corazón se acelera.

— Gracias.

— Bueno, te voy a dejar descansar; solo he venido a verte un momento y a asegurarme de que no me odias… — Me guiña un ojo.

—¿Odiarte? —pregunto, sin ocultar mi desconcierto.

— ¿La maleta? —susurra, haciendo una mueca.

—Ah, la maleta… —exclamo, y ella sonríe. —Todavía no lo he olvidado, y seguro que habrá una revancha, pero no, no te odio.

—Sabía que te iba a gustar.

—No he dicho eso.

—Es un detalle…

Maldita sea, ¿cómo voy a ponerme seria delante de ella?

Imposible.

— Eres…

— Increíble, créeme, lo sé —bromea, y estoy a punto de responderle que se le ha olvidado la modestia, cuando me asalta un pensamiento y todo lo demás pasa a un segundo plano.

— Les…

— ¿Eh?

— ¿Crees que…? — Me muerdo los labios, sabiendo que, una vez que lo diga, no habrá vuelta atrás.

— ¡Dilo ya!

—Quiero pedirte algo, pero necesito que no se lo cuentes a Pietro.

— Elena… —empieza a decir, y me apresuro a tranquilizarlo.

—Es algo personal y no quiero molestarle, cuando… bueno, ya sabes.

—Vale, ¿qué ha pasado?

Respiro hondo y le cuento lo que me ha dicho Dona.

—No tenemos mucha información, pero si pudieras investigar a ese imbécil, quizá yo pueda intentar convencer *al Papa* de que no la entregue a ese monstruo.

Alessia se queda en silencio y, por un instante, creo que va a decir que no, pero entonces sonríe.

—Déjamelo a mí, y no tendrás que hablar con tu padre; lo haremos mejor, créeme.

— ¿Crees que podrás?

— ¿Si creo que puedo? Estoy segura.

— Definitivamente, qué modesta —bromeo.

— Oye, espera a que te cuente lo que he conseguido y lo que vamos a hacer.

No digo nada, solo me levanto y la abrazo fuerte.

— Gracias.

— Todavía no he hecho nada.

— Pero te has ofrecido a ayudarme, a ayudar a mi hermana.

— Sois familia. ¿Pietro no te ha explicado lo que eso significa?

Sí que lo hizo.

— Pues acéptalo: nos cuidamos unos a otros.

Unas lágrimas rebeldes empiezan a resbalar por tus mejillas.

— Vale, las lágrimas son un golpe bajo, me voy porque es mi punto débil, lloro. Te enviaré un mensaje en cuanto consiga algo que sirva.

Asiento con la cabeza, incapaz de hablar, mientras la veo salir de la habitación, con un nuevo sentimiento en el pecho: *esperanza*. Y, si Dios quiere, cuando vuelva a hablar con Dona, tendré buenas noticias.

El resto del día se me hace eterno.

Ya he perdido la cuenta de cuántas series he intentado empezar a ver, pero nada parece captar mi atención.

Estoy nerviosa, irritada y sé lo que funciona en estas situaciones.

No sirve de nada.

La verdad es una sola: no puedo quedarme ni un segundo más encerrada aquí.

Me levanto y, con cuidado, apoyo mi peso sobre el pie derecho.

Nada.

Vale, miento, solo una ligera molestia, nada grave.

Nada que no se pueda solucionar con un par de calcetines mullidos.

Me pongo las zapatillas y me miro en el espejo.

Podría ser peor.

Me cepillo el pelo, me lo recojo en una coleta, me pongo un poco de pintalabios y me siento lista para salir de la habitación.

El corazón me da un vuelco cuando abro la puerta y salgo, deseando que nadie me vea.

A estas horas deben de estar todos ocupados.

Crucemos los dedos.

El pasillo está vacío, empezamos bien.

No se oyen voces en la planta de abajo, mejor aún.

Bajo los escalones despacio, intentando no apoyar demasiado peso en el pie derecho, y consigo llegar al salón sin mayores problemas.

Está vacía.

¡Perfecto!

Ni siquiera miro a los lados, empiezo a caminar hacia el gimnasio.

Solo he estado allí una vez, cuando me hicieron una pequeña visita guiada por la mansión, pero no debe de ser difícil encontrarla, ¿verdad?

¡Qué equivocado!

Solo después de diez minutos consigo llegar por fin, y suspiro aliviada.

No me he cruzado con nadie.

El universo realmente está de mi lado hoy.

Aprovecho la suerte y voy directamente al saco de boxeo rojo, que me atrae como un imán.

—Cuánto tiempo —susurro, lanzando el primer puñetazo, emocionado al sentir cómo trabajan mis músculos.

Es hora de descargar un poco de la rabia, la frustración y el miedo que me están ahogando.

Estoy a punto de asestar el segundo golpe cuando siento que ya no estoy sola.

Me giro y me encuentro con Pietro.

¡Joder!

Guapísimo, solo con una sudadera, sin camiseta, con el sudor goteando por su pecho marcado, e inmediatamente mi mente traicionera me recuerda lo bien que se sintió todo… aquello.

—Yo… —tartamudeo, en estado de shock—. Pensaba que estabas en…

la oficina, vestido, por el amor de Dios.

—Lo estaba —dice simplemente, sin apartar la mirada de mí.

— Lo siento, me voy… — Hago un gesto con la cabeza hacia la puerta.

—¡No! —exclama, acercándose, y siento que el corazón se me va a salir por la boca.

Respira, respira, Elena.

— Quédate, ya me iba.

— ¿Seguro?

—Sí —dice, secándose con una toalla, y yo intento no fijarme en ese trozo de tela que se desliza por su piel.

—Vale… —murmuro, desconcertada, volviendo mi atención hacia el saco de boxeo y asestándole otro golpe, pero no sirve de nada, mi cabeza ya no está ahí.

Está en él, que todavía está aquí.

Simplemente lo sé.

—Aquí —. Pietro se acerca al saco y lo sujeta con firmeza entre sus manos. —¡Sigue! —exclama, y el tono de mando de su voz me pone la piel de gallina.

—No hace falta —empiezo a decir, pero ni siquiera se molesta en responder.

Solo golpeo el maldito saco, así, quién sabe, quizá se vaya pronto.

Cierro los ojos, respiro hondo y me pongo a hacer precisamente eso.

Me olvido de que es él quien lo sostiene.

La razón de mi frustración, de mis miedos… de mis noches de insomnio.

Golpeo con fuerza, rápido, sin parar, alternando los puñetazos, brazo derecho, brazo izquierdo, hasta que ambos empiezan a palpitar, hasta que el dolor nubla estos sentimientos, y solo entonces me detengo, jadeando, y, cuando levanto la cara, es solo para encontrar su mirada fija en mí.

—Alguien podría pensar que estás pensando en mí. —Su voz es ronca.

—Más bien intentando no pensar —se me escapa, pero él no dice nada; su mirada sigue fija en mí, ardiente, haciéndome arder. —Pietro… —jadeo.

—Hasta luego, Elena —dice, y se marcha, dejándome allí con el saco de boxeo.

¿Y qué hago yo? Golpeo, golpeo, sin sentir nunca el alivio que solía sentir, no cuando era *el Papa* quien ocupaba mi mente.

—Maldita sea —maldigo, lanzando una ráfaga de golpes, hasta que agarro el saco, respirando con dificultad.

Admite que lo quieres.

No puedo.

Me va a hacer daño.

Por mucho que Pietro sea diferente, por mucho que me sienta diferente con él…

No puedo correr ese riesgo.

Nunca.

Soy una cobarde.



Tonight – Zayn
Modo John Wick – Le Castle Vania
The Red Circle – Le Castle Vania
Enter Sandman – Metallica

—Decidme que hemos conseguido algo —suelto en cuanto veo a mi hermano y a mi prima entrar en la oficina, pero, a juzgar por la mirada de ambos, las noticias no son buenas.

¡Joder!

—Diez días, diez jodidos días y no tenemos nada. —Doy un puñetazo en la mesa, dejando que mi frustración se apodere de mí.

— Yo no diría nada… —empieza Giovanni, pero se calla cuando mi mirada se cruza con la suya.

— ¿Qué coño quieres decir? —exclamo, haciéndoles gestos para que se sienten, mientras me sirvo un trago generoso de whisky.

Normalmente soy centrado y tranquilo, pero estos últimos días me han hecho perder la cordura.

No es solo no saber quién intentó matarme, matarnos…

Y ella…

Esta jodida situación.

Por mucho que intente mantenerme al margen o mostrarme indiferente, basta con llegar a la habitación para que, aunque esté

agotado tras otro día más intentando remover cada piedra, hablando con cada informante y socio, todo desaparezca y solo queden ella y su necesidad.

Salgo de la habitación temprano, vuelvo tarde, pero aun así, no es suficiente.

Y, si soy sincero, ni siquiera dormir en otra habitación —algo que incluso he barajado, pero que descarté tan rápido como surgió la idea— lo resolverá.

Ni de coña.

Elena me persigue en mis sueños, cada segundo de mi día.

—¿Has oído algo de lo que he dicho? —La voz de Giovanni me devuelve al presente.

— Repítelo, joder.

—¿Qué coño está pasando?

— Nada, repítelo.

Giro la cabeza y solo veo preocupación en su mirada.

—Estoy distraído, he dormido de mierda.

No dice nada, ni siquiera Stella, pero todos saben que algo va mal.

Es evidente que estoy evitando a mi mujer como el diablo huye de la cruz.

— ¿Problemas en el paraíso tan pronto? — Arquea una ceja y recibe un codazo de nuestra prima.

— Joder, solo estoy haciendo la pregunta que todos se quieren hacer.

—No es asunto tuyo, joder —replico, en un tono que deja claro que no voy a tolerar bromas. —Ahora, ¿vas a repetirlo o no, joder?

Durante los siguientes minutos, mi subjefe me pone al corriente de lo que han conseguido.

El teléfono que hemos recuperado de uno de esos cabrones tiene un cifrado de última generación, de tipo militar, lo que significa que quien está detrás de esto no está escatimando en recursos.

— Nuestra idea es averiguar qué antenas de telefonía se utilizaron en las últimas llamadas, para intentar reducir el área de búsqueda.

— Aun así, sería como buscar una aguja en un pajar — exclamo, incapaz de callarme.

— Romeo ha sondeado a sus contactos y, de momento, no ha sacado gran cosa. Al parecer, uno de ellos ya ha hecho algunos trabajos esporádicos para la Foice. Está intentando obtener más información.

— ¿Alessia?

— No ha sacado nada en claro con el reconocimiento facial. Sean quienes sean, son casi como fantasmas —suelta Gio.

— Todo lo que necesitábamos.

—Hay algo que me preocupa, P —comienza Stella, y hago un gesto para que continúe—. Aparte de la familia y algunas personas dentro de la organización, nadie sabía cuál era tu paradero.

—Es algo que no se me va de la cabeza —revelo, consciente de las implicaciones que tendría si la información sobre mi paradero se hubiera filtrado desde dentro de la Sacra.

—¿Crees que tenemos un traidor? —le pregunta Gio a Stella.

— No lo sé, pero no podemos descartarlo.

—Quiero una lista con los nombres de todos los que han tenido acceso a esa información, sin excepción.

—Me encargaré de ello.

—¿Algo más? —pregunto, ansioso por un poco de aire fresco; he perdido la cuenta de cuántas horas llevo encerrado en la oficina.

— Creo que te gustará saber que tu estrategia ha dado resultado.

— ¿Qué quieres decir?

— Siguiendo tus instrucciones, a todos los efectos, tú y Elena decidisteis volver unos días antes de la luna de miel por decisión de la pareja. No hemos revelado el ataque, ni siquiera a los *jefes*.

— ¿Y?

— Han surgido rumores en las calles de Pistoia sobre un atentado contra el *Don*.

— ¿Rizzi? — Se me hierve la sangre solo de pensar en ese hijo de puta que está detrás de todo esto.

— Giorgio Rizzi, no sé… —comenta mi prima, incrédula—. No me parece lo bastante inteligente como para estar metido en algo así.

—Puede que tenga un cómplice —reflexiona Gio, y no podría estar más de acuerdo—. ¿Qué queremos hacer?

— Tráelo, hace tiempo que quiero hablar con él, ha llegado el momento.

— Eso va a ser divertido. ¿Mañana?

—¡No! —Sonrío—. La semana que viene, fecha y hora por confirmar.

—Quieres que el muy cabrón sienta curiosidad. —Stella capta mi intención sin que tenga que decir nada.

—Quiero que se vigilen todos sus movimientos: con quién habla, con quién sale, a qué hora se levanta, a qué hora se va a dormir ese cabrón. Si está de alguna forma metido en esto, lo sabremos o, como mínimo, obtendremos alguna información útil.

— Considéralo hecho.

— Si ya no me necesitáis, necesito un poco de aire fresco.

— Tienes un aspecto horrible, creo que el aire fresco no va a ser suficiente —bromea Giovanni, y yo solo le levanto el dedo corazón, apuntando a mi asesora, que está poniendo los ojos en blanco.

—Por mi parte, todo bajo control. Deberías hacer caso a tu hermano…

— ¿Tú también crees que parezco una porquería, consejera? —Arqueo una ceja.

—No tendría ningún problema en decir eso, si fuera el caso, pero no, solo creo que necesitas dormir bien esta noche y resolver lo que sea que te esté preocupando, y no me refiero al trabajo — susurra la última parte solo para mí.

Joder, Stella.

Me gustaría resolver esta mierda, créeme.

Pero no hay otra opción que mantenerme firme, respetar su deseo, por mucho que eso me esté volviendo loco.

—Mantenedme informado —pido y salgo de la oficina.

—Mira quién se presenta —comenta la señora Giulia en cuanto me ve y se acerca, con esa mirada que parece saberlo todo —. Necesitas descansar, *figlio*. Estás abatido.

— Cuando encontremos a los responsables, descansaré.

—Tan testarudo como tu padre.

—¿Él, eh?

— ¿Qué estás insinuando, Pietro Zampieri? —Arquea una ceja, fingiendo estar enfadada.

— Nada, *mamá*, es solo una constatación.

— Además de terco, eres terrible —espeta, y sonríe—. Pero ahora, dejando las bromas a un lado, realmente pareces un dinamo, cariño.

—Lo estoy —reconozco, y ella me acaricia la cara.

—Quizá deberías hacer lo mismo que Lena —dice, como si nada, y yo solo entrecierro los ojos.

— ¿Qué tiene ella?

—Míralo tú mismo. —Señala hacia el jardín—. Quizá deberías ir a reunirte con ella. —Me guiña un ojo, sale de la cocina y me deja solo.

Claro que voy allí a ver qué demonios está pasando, solo para encontrarme con mi mujer…

Mi…

Nadando de un lado a otro de la piscina, con movimientos precisos y delicados, y claro que en mi mente me veo arrancándole ese maldito bikini y follándomela allí mismo.

Chupándole las tetas hasta que ella suple por más, solo para tenerla con las piernas enroscadas alrededor de mi cintura, mientras se traga toda mi polla.

—Joder —maldigo, hirviendo por dentro, y no tiene nada que ver con el calor absurdo que hace.

—¡Pietro! —exclama, deteniendo el movimiento y mirándome con curiosidad.

—No quería molestarte —digo, pasándome la mano por el pelo.

—¿Vas a meterte? —pregunta, y todo mi ser grita que haga precisamente eso, pero una ducha helada, a solas, es la mejor

opción.

Es eso o ponerme duro aquí y ahora.

—No. —Mi voz suena dura, cargada de frustración.

—Oh, vale… —Parece decepcionada y aprieto los puños, intentando controlarme.

—Hasta luego, Elena —digo, necesitando salir de allí antes de que pierda el poco control que me queda.

—Hasta luego —responde ella, pero, en el fondo, sabe tan bien como yo que no habrá ninguna cita.

No si depende de mí.

Es mejor así.



Try – Pink
You're the reason – Olivia Penalva
Always remember us this way – Noelle Johnson
«Love the way you lie» – Skylar Grey

—Deja de pensar en él—, me digo a mí misma entre dientes, mientras miro fijamente el techo de la habitación, pero lo único que consigo es recordar nuestro encuentro de esta tarde.

De la sorpresa al verlo allí de pie junto a la piscina y, claro, de la forma en que Pietro me miraba.

Esa mirada que lo dice todo, que me acelera el corazón, que me hace querer…

Pietro dijo «*hasta luego*», pero claro, eso no ha ocurrido ni va a ocurrir; no debería sorprenderme. Ahora ya es más de medianoche y ni rastro de él.

Sé por qué estoy aquí… atenta a los ruidos de la planta de abajo y observando el ajetreo de fuera, esperando a que llegue algún coche, esperándole a él.

¡Maldita sea!

Pensé que lo vería en la cena, aunque fuera solo unos minutos, pero no. Según Giovanni, tuvo que ir a un interrogatorio en Chiusure. No soy tonta, vi las miradas que se cruzaron entre su padre y sus tíos, la preocupación en el rostro de su madre; además,

normalmente es Tina quien se encarga de este tipo de cosas, pero Pietro está tan desesperado por encontrar a los culpables —y, claro, por mantenerse alejado de mí— que está torturándolos él mismo.

No sé cómo me siento al respecto.

Mentira, sí que lo sé… me siento fatal.

Es una sensación de fracaso, de derrota, de pérdida…

Me levanto, decidida a echar un último vistazo al balcón antes de acostarme, cuando mi móvil vibra sobre la mesita de noche, llamando *mi atención.*

¿Quién será a estas horas? ¿Se habrá hecho daño?

—Pietro… —contesto apresuradamente, sin siquiera acordarme de mirar la pantalla.

—Por aquí no hay ningún Pietro. —La voz de su prima suena al otro lado, y me invade el desánimo.

Contrólate, Elena…

— Alessia, hola, lo siento…

—Soy yo quien te pide perdón por llamar a estas horas.

—No pasa nada, aún no me había acostado.

—¿Estás esperando a alguien? —pregunta, y sé a dónde quiere llegar.

— Mejor cambiemos de tema.

— Si te sirve de consuelo, debe de estar a punto de llegar; acabo de hablar con Tina y me ha dicho que estaba saliendo del sótano.

— ¿El aparcamiento?

— Chiusure.

—Ah, nunca había oído ese término.

— El lugar donde se llevan a cabo las torturas está en el subsuelo, lejos de la vista de todos. El aislamiento acústico es mejor —explica con naturalidad.

— Vale.

— Está bien —añade, sorprendiéndome.

— ¿Cómo? —pregunto, sorprendida de que ella supiera la pregunta que me rondaba por la cabeza.

— Sé que estás preocupada por él, todos lo estamos…

— ¿Es tan obvio?

— Solo vosotros parecéis no daros cuenta de lo que tenéis justo delante de los ojos.

— Es complicado.

— Bueno, te sugiero que lo simplifiques, porque si P sigue robándole las torturas a Tina, pronto tendrá problemas con ella.

Me río.

— ¿Robar torturas? ¿En serio?

— ¿Crees que estoy bromeando? Mi hermana es extremadamente posesiva con algunas cosas, sus juguetes y su parque infantil son algunas de ellas.

— ¡No existís!

— La charla está bien, pero no te he llamado para ponernos a charlar sin más.

— Ni se te ocurra pensar que fuera por eso. —No me puedo contener y ella se ríe.

— Vale, vamos allá, hablemos de ese asunto para el que me pediste ayuda.

— ¿Otavianno?

— El mismo —confirma, y ya me pongo tensa.

— ¿Has averiguado algo?

— Si lo he conseguido, ese imbécil va a desear no haberse cruzado nunca en nuestro camino.

— Eso está bien, has conseguido algo para… — Ni siquiera necesito terminar la frase.

— Digamos que el *capo* de Terracina, a pesar de haberse casado varias veces y de ser un hombre de iglesia y de valores, parece tener una predilección secreta y enfermiza. Algo que ha intentado ocultar durante décadas, con acuerdos de confidencialidad y pagos sospechosos.

—¿Engañaba a su mujer? Eso es algo por lo que *el Papa* podría darle una medalla a ese imbécil.

— No, no… le gusta divertirse con hombres; hasta ahí, nada extraordinario; ya estoy harto de ver a hombres casados que utilizan eso como tapadera, intentando ocultar la vida paralela que llevan.

— Vale, entonces a Otavianno le gustan los hombres.

—No solo eso, he encontrado fotos y vídeos que, solo de recordarlos, ya me dan ganas de vomitar. No le gusta cualquier tipo de hombre.

— Me has dejado con la curiosidad por saber más.

— Cadáveres.

—¿Qué? —casi grito.

— Le gusta hacer cosas con muertos, o con gente que está a punto de morir.

— ¡No me lo puedo creer!

— Créeme, por desgracia tuve que ver algunos de los vídeos, y o bien la persona estaba exhalando sus últimos suspiros, sangrando mientras él hacía ya sabes qué, o bien el «compañero», si se me permite decirlo así, ya estaba muerto, es decir, muy muerto.

— Dios mío… — Me llevo la mano a la boca, completamente en estado de shock. — ¿Y ahora qué?

—Ahora, se me ha ocurrido que hagamos esto…

Durante los siguientes minutos, la prima de Pietro me cuenta su plan, y no podría estar más de acuerdo.

—Es perfecto —exclamo cuando ella se queda en silencio.

— Si funciona.

—¡Funcionará! La cuestión es: ¿cómo lo haremos sin que sospechen de nosotros?

—Eso lo resuelvo yo: le enviaré un sobre con parte de lo que hemos descubierto; el mensaje será claro: o renuncia a las negociaciones con *Don* Del Vecchio, o se entregará una copia no solo al *Don*, sino a todos los miembros de su familia y del consejo de Civitavecchia.

Estará acabado.

Ese hombre es basura, pero aun así vive de su imagen. Si esa imagen se va al traste, es como pegarle un tiro en la cabeza.

— ¿Qué puedo hacer yo?

—Ya lo has hecho, me has dado el visto bueno. Del resto me encargo yo —me advierte, y por muy descabellado que sea, estoy emocionada.

Voy a amenazar a un hombre, *a un monstruo*, lo recuerdo, pero no podría estar más feliz.

— Gracias.

— Agradécemelo si sale bien; me aseguraré de que reciba la carta mañana temprano, lo que significa que deberíamos tener una respuesta antes del fin de semana.

—Ya estoy cruzando los dedos.

—Y yo también. Buenas noches, Lena, cuida bien de mi primo.

Ah, ya está, tenía que sacar el tema.

Mi corazón ya se acelera solo con mencionarlo.

—Buenas noches, Alessia —respondo, y consigo oírla reír antes de colgar.

Esta familia está llena de locos, pero cada día los quiero más a todos.

En especial, a uno… sí, a *él.*

Y pensando en eso, me levanto y decido quitarme este pijama.

— Hace calor —murmuro, intentando convencerme a mí misma, y fracasando, obviamente.

La verdad es una sola: podría estar nevando, pero me voy a cambiar de ropa. Puede que mi marido me esté evitando y llegue tarde, pero cuando llegue, se llevará una sorpresa; al fin y al cabo, a *Don* hay que *recibirlo… como es debido.*

¿Estoy jugando con fuego? ¡Por supuesto!

¿Podría acabar quemándome? Quizás (¡ojalá que sí!).

El caso es que, por mucho que intente negarlo, en el fondo lo que más deseo es quemarme, porque *ardiendo… ya estoy.*



Pillowtalk – Zayn
Dusk till Dawn – Zayn con Sia

Miro mis dedos magullados.

Heridos de tanto darle puñetazos a ese cabrón.

Martina dijo que él no sabía nada, que si lo supiera ya lo habría dicho, que ella había intentado sacarle información, pero que le den si le hice caso.

Necesitaba respuestas, necesitaba… sacarme a Elena de la cabeza.

No sirvió de una mierda.

Sigo con esa mujer en mi cabeza, y ahora he añadido a la lista de problemas una posible fractura en la mano.

Justo lo que me faltaba.

—¿Cuánto tiempo? —le pregunto a Domenico, que me observa en silencio.

El soldado me conoce demasiado bien.

Sabes que no soy de los que disfrutan con la tortura; no tengo ningún problema en ordenarla o participar en ella, pero prefiero un trabajo limpio: una bala en la frente, asunto resuelto,

siguiente objetivo, y así sucesivamente; por eso, claro, le extrañó mi repentino interés en ir a Chiusure.

Todos se quedaron sorprendidos y preocupados.

Yo simplemente lo sé.

Los conozco demasiado bien.

Pero no había la más mínima posibilidad de que me quedara en la mansión, no después de nuestro encuentro, no después de haber estado a punto de correrme en los pantalones solo con ver a mi mujer nadando.

Nadando, joder.

Me vienen a la mente destellos de nuestra breve conversación, lo suficientemente breve como para volverme loco: su mirada, ella mordiéndose los labios.

— ¡Joder!

— Diez minutos, señor.

— Hazlo antes —replico, sin ocultar mi mal humor.

Necesito darme una ducha ya, quitarme toda esta sangre y rezar para que el cansancio sea suficiente para noquearme, para que no haya nada entre mí y la oscuridad de una noche sin que Elena me persiga, ni siquiera en sueños.

Lo que necesito es una noche de paz.

Por desgracia, el universo solo puede estar tomándome el pelo.

—Ni de coña —susurro, en cuanto abro la puerta de mi habitación, con cuidado de no hacer ruido, y me encuentro a Elena tumbada boca abajo en la cama.

Se suponía que iba a ser un día como todos los demás de las últimas semanas, en el que yo llegaba tarde y la encontraba durmiendo profundamente. He perdido la cuenta de cuántos días llegué agotado y me fui directamente a darme una ducha helada y a masturbarme pensando en esa mujer… en mi cama.

En la mía.

Y por mucho que intente resistirme, basta con estar cerca de ella para que pierda la cabeza, solo la quiero una y otra vez, así que, a la mierda, si estaba preparado para la visión de Elena tumbada con su culo blanco prácticamente desnudo, expuesto como un

maldito caramelo, salvo por la jodida tanga negra metida en su trasero.

Sí, unas braguitas de hilo.

Me paso las manos por el pelo y cierro la puerta a toda prisa.

Esto es Dios castigándome, es la única explicación.

¿Cómo voy a fingir indiferencia ante esto, joder?

¿Cómo?

—Maldita —maldigo en voz baja, dirigiéndome a toda prisa al baño, resistiendo la urgencia de tocarla y, por supuesto, con la polla a punto de estallar.

Esa bruja lo va a pagar caro.

Todos los días la encuentro en uno de los rincones del colchón, envuelta en la sábana, como un canelón, cubierta de pies a cabeza, como si estuviera nevando en la puta habitación, y de repente… esto.

Elena va a descubrir que este juego lo pueden jugar dos.

Me aseguraré de ello.



La ducha helada y la paja solo sirvieron para ponerme aún más cachondo. Resultado: tardé en dormirme, lo que significó más tiempo sufriendo con Elena a mi lado.

La cubrí con una sábana, pero el daño ya estaba hecho.

Sabía lo que había debajo de la sábana.

Ya he tocado y lamido cada centímetro.

No te acuerdes, joder…

Dejo de intentar seguir tumbado y me levanto tras otra noche de sueño a ratos. Voy directo al baño y, normalmente, ya estoy fuera de la habitación antes de que ella se despierte, pero hoy no.

Ni de coña.

Me tomo mi tiempo y, cuando termino de ducharme, salgo de la ducha con la polla aún dura y pesada.

Respiro hondo, me envuelvo una toalla alrededor de la cintura y abro la puerta, solo para encontrarla sentada en la cama con mi almohada en las manos.

Interesante.

—Todavía estás aquí… —parece sorprendida, y debe de haberse despertado hace unos minutos, cuando yo ya había cerrado el grifo de la ducha; es la única explicación.

—No te preocupes, ya me voy —le respondo, pasándome las manos por el pelo mientras me dirijo hacia el vestidor.

Me quito la toalla, sin preocuparme lo más mínimo por ocultar mi erección descomunal.

—Oh, Dios… —Oigo a Elena jadear y contengo la sonrisa. —Podrías haberte cambiado ahí dentro —jadea

—Podrías haberte acostado con unos jodidos pantalones de chándal —replico, dándome la vuelta, solo para que ella tenga una vista privilegiada.

—Vaya… —jadea, con el pecho subiendo y bajando, sin apartar la mirada ni un segundo de mi polla.

—Si sigues mirándome la polla, voy a entender que la quieres —apenas reconozco mi voz, ronca, cruda, ansiosa— metida bien profundo dentro de ti, ¿verdad, esposa?

—Se me había olvidado lo imbécil que puedes llegar a ser cuando quieres —exclama, clavándome una mirada fulminante.

Sí, mejor tu enfado que tu culo tentándome por la noche.

Sonrío, encantado de verla alterada, lo que la indigna aún más.

Me pongo los calzoncillos y, riendo, termino de vestirme.

— Ni te molestes en esperarme, tardaré un rato, tengo asuntos que resolver en *La Roccia*.

— ¿En el club?

— No sabía que ya estuvieras al tanto de nuestros negocios.

— Este sitio es conocido en toda Italia. Ya he oído a varias chicas comentarlo en el internado.

— Eso es lo que dicen, el boca a boca es la mejor publicidad.

— Si te frotas contra alguna zorra… —exclama Elena, y no hay duda de que está cabreada, y joder si mi polla no palpita en

respuesta.

— ¿Celoso? —Me acerco y le levanto la barbilla con el dedo índice.

—¡No podría importarme menos! —escupe las palabras y entrecierra los ojos.

—No me mientas, pequeña bruja —gruño, agarrándola por la nuca y manteniendo su mirada fija en la mía—. Eres jodidamente transparente.

Elena se levanta y se dirige a toda prisa hacia el baño, regalándome la vista de su culo blanco, sin bragas, y casi se me hace la boca agua, pero la alegría dura poco: la muy cabrona da un portazo, acabando con la diversión.

Debería estar cabreado, pero esta interacción nuestra y la maravillosa visión de su culo solo han servido para ponerme aún más duro. Quiero dejarle el culo rojo, abrirle las nalgas y deslizar mi lengua hasta el fondo, tenerla suplicando en mis brazos por más, solo para luego tener el placer de ver cómo mi polla desaparece en ese culo apretado.

— Joder…

Justo lo que necesitaba en este momento.

El día apenas ha empezado, pero ya sé que me va a dar un jodido dolor de cabeza, y no hay medicina que lo cure.

Solo la hay a ella.



Breakaway – Kelly Clarkson
Already Gone – Kelly Clarkson
Wings – Birdy
Holding out for a hero – Bonnie Tyler

Respira.

Aprieto con fuerza el lavabo de mármol y solo me relajo cuando oigo cerrarse la puerta de la habitación.

Pietro se ha ido.

Y no puedo dejar de recordar que estaba desnudo.

Completamente, deliciosamente, desnudo delante de mí, a solo unos centímetros.

MUY DESNUDO.

Dios, ¿qué calor hace y ni siquiera son las ocho de la mañana?

Miro mi reflejo en el espejo, con la boca abierta, las mejillas sonrojadas, y lo único que se me ocurre pensar es: soy un desastre.

Me quito el camisón, sabiendo que la culpa de todo esto es mía.

Fui a dar un codazo al hombre y lo único que conseguí fue unas braguitas mojadas.

Enhorabuena, Elena. Como si no supieras que toda acción tiene una reacción… sobre todo cuando se trata de Pietro Zampieri.

¿Si sabía que podría pasar algo? Lo sabía.

De hecho, quería que pasara, pero pensé que sería una charla, que él llegaría antes, un almuerzo, una cena… no sé.

No que se pavonease con la polla dura delante de mí.

Desde luego que no, pero disfruté cada segundo.

Lo cual es aún peor.

Qué broma, guarra.

Me muerdo los labios, con ganas de reírme de mí misma, y lo dejo todo, y decido que nada como un baño para empezar bien el día.

Cuarenta minutos después, estoy terminando de cambiarme, cuando mi móvil empieza a vibrar como un loco.

—¡Vaya! —exclamo, al ver cómo varios mensajes de Dona aparecen uno tras otro en la pantalla.

Mi hermana se ha despertado con ganas, por lo que parece.

Voy primero a un mensaje no leído de Alessia, deseando que sean noticias sobre nuestro «asunto».

Lo primero que me llama la atención es la hora de recepción: hace más de una hora.

¿Cómo no lo había visto antes?

Estaba demasiado ocupada admirando la polla de mi marido —recuerdo, sonrojándome al instante.

Vale, vale, centrémonos en el mensaje y no en lo que ya pasó, por el amor de Dios.

Les: «Carta enviada y con acuse de recibo. Ahora solo queda esperar. Besos».

Esto está pasando de verdad.

Ahora solo queda cruzar los dedos para que salga bien.

Voy a ver los mensajes de Dona.

El primero también se envió hace bastante tiempo, y pongo cara de disgusto, deseando que no sea nada urgente.

Dona: Hola, ¿qué tal por ahí? Cuéntame cosas. Te echo de menos.

Respiro aliviada y paso al siguiente, enviado unos quince minutos después y acompañado de varios emojis llorando.

Dona: Acabo de recibir un mensaje de tu marido. Algo sobre que vaya a visitarte y pase el día allí contigo.

¡Dios mío! ¿De verdad va a enviar un helicóptero solo para venir a recogerme?!

¿Por qué no me lo has dicho, loca?

¿Ya te he dicho que adoro a tu marido? Con todo mi respeto.

Estoy deseando verte.

¿Cómo es eso?

Leo y releo los mensajes con el corazón latiéndome a mil por hora en el pecho.

—Ay, Pietro… —Respiro hondo, necesito calmarme, pero no puedo, estoy alucinando, él ha hecho esto… por mí.

Podré recuperar el contacto con mi hermana, hablar con ella sin miedo, abrazarla…

— ¡Dios mío! —exclamo, sin poder creer que sea real.

Me olvido del caos que fue nuestra conversación, salvo la parte del club, que sigue dando vueltas en mi cabeza, pero la dejo a un lado, por ahora.

Empiezo a escribir una respuesta cuando llega otro mensaje.

Dona: Está pasando algo…

Yo: Hola, ¿qué quieres decir? ¿Qué está pasando?

Dona: Solo oigo los gritos de papá, y las puertas de la oficina están cerradas.

Joder, ¿ya estará pasando?

Dios, ojalá sea eso.

Yo: Ve a averiguar más.

La señora: ¿Te has vuelto loco? Me va a matar. No lo entiendes, está muy enfadado.

Yo: Ve a la cocina, desde allí se oye mejor. Y lo mejor de todo, ¿a qué hora vienes?

Señora: Dame unos minutos, ahora vuelvo.

Yo: No tardes mucho.

No puedo esperar más.

¿Qué parte de «no tardes» no ha entendido Donatella?

Quiere destrozarme el corazón, tiene que ser eso.

Llevo ya más de diez minutos dando vueltas por esta habitación, y mi estómago está pidiendo comida a gritos.

Cojo el móvil y bajo las escaleras sin disimular mi emoción.

No sé cómo explicarlo.

Solo siento que hoy va a ser un buen día…

— ¡Buenos días! — Giulia Zampieri es la primera en saludarme.

— ¡Buenos días! Perdón por el retraso.

—No hace falta que te disculpes. Es solo que a la señora Eleonora le gusta madrugar por aquí. —Mira hacia la *nonna*, que ni siquiera responde, solo sonríe—. Yo bajé hace unos cuarenta minutos.

—Era mi idea, pero al final me he distraído charlando con la señora.

—Pietro me avisó de que vendría —exclama, y la sonrisa en su rostro es sincera.

— Sí, no tenía ni idea.

— No hay nada como una buena sorpresa para empezar el día.

Sus palabras me llegan al alma y siento que se me sonrojan las mejillas, porque, obviamente, recuerdo otra sorpresa.

También por cortesía de su hijo.

— Sí, madre mía, ni que lo digas.

— Siéntate, cariño, imagino que tendrás hambre.

— Vaya, muchísimo. Se me está haciendo agua el estómago.

— En ese caso, vamos a solucionarlo ahora mismo.

Durante los siguientes minutos, me tomo ese desayuno tan especial en excelente compañía.

Al final, no fui la única que decidió aparecer más tarde.

Isa y Chiara también se unieron a nosotras y, como siempre, fue sinónimo de risas y de no darme cuenta de cómo pasaba el tiempo.

— ¿Martina y Stella? —pregunto, con curiosidad por saber si también se unirán a nosotros.

—Tina está por aquí, desde primera hora.

—Stella también —comenta Chiara, antes de dar un mordisco a una tostada con mermelada—. Pietro parece el Teo, sacando a todo el mundo de la cama.

Me muerdo los labios para no reírme.

—Seguro que tiene una buena razón —comenta Giulia.

—Es verdad y, pensándolo bien, no tengo de qué quejarme, ¿verdad? Lucca se ha levantado animado hoy y ha sido genial no tener que preocuparme por los niños en casa. —Esboza una sonrisita pícara y la madre de Pietro casi se atraganta.

—Tu madre está aquí, loca —murmura.

—¿Qué? Ella también se lo debe de haber pasado bien. Mira cómo la señora Eleonora está toda sonriente, con la piel estupenda, nada como una buena… —Ni siquiera termina la frase, y yo estallo en una carcajada.

Las cuatro me miran, al principio sorprendidas, pero al final, todas nos estamos riendo.

— Dios, hasta me duele el estómago —dice Giulia.

— A mí también —confieso.

— Chi, una palabra para ti: aislamiento acústico —dice Isa, como si nada.

— Interesante.

— O eso, o cruzar los dedos para que Stella se vaya de casa.

—Quizá Tina podría hablar un rato con ella —empieza Chiara, pero luego se detiene—. No, no, mi pequeña puede quedarse todo el tiempo que quiera. Voy a ver qué es eso del aislamiento. —Me guiña un ojo.

— Tu «niña» de veinticinco años —dice Isa arqueando una ceja.

— Exacto, ¿vas a decir que Alessia y Martina no son…?

— Joder, sí que lo son.

— Prepárate, Lena, llegan los hijos, te arrancan el corazón del pecho y nunca te lo devuelven.

— Sí, eso sí que asusta a mi nuera. ¿Cómo voy a tener nietos así? — suelta Giulia, seria, y ni siquiera puedo responder.

Por suerte, mi móvil vibra y es mi señal.

— Tengo que contestar.

— Ve, querida. Pero después dime qué le gusta comer a tu hermana.

— Ni que decir tiene.

— Insisto.

— ¿Dona va a venir a visitarnos? ¡Qué buena noticia!

— Lasaña —digo, sabiendo que a Dona le va a encantar.

— Mi plato favorito. Ahora me gusta aún más —dice Chiara guiñando un ojo.

—Pero no hace falta que ayudes a prepararla, queremos que siga viniendo a visitarnos —exclama Giulia, y ni siquiera la *nonna* puede contener la risa.

— Vaya, chicas…

Me despido, riendo, y contesto el móvil.

— ¡Cuéntamelo todo! — digo, y el silencio al otro lado me indica que el asunto es serio.

—¿Estás sentada?

—Casi, voy al jardín, pero habla ya.

— ¿Te acuerdas de que *papá* estaba negociando con Otavianno?

— Sí…

—No salió bien.

— No me lo creo, la carta funcionó.

— ¿Qué carta?

— Eso es algo de lo que tenemos que hablar en persona.

— No sé qué has hecho, pero ha funcionado.

— ¿Estás seguro de eso?

— ¡Claro! Hice lo que me sugeriste. Bajé y, nada más entrar en la cocina, los gritos se hicieron más fuertes. Pude oír, con toda claridad, que él no me quería. Créeme, no es algo que vaya a olvidar tan rápido.

Maldita sea, ya me imagino las barbaridades que debe de haber dicho *papá*.

— Eso es un alivio, ¿sabes?

— Lo sé. Estoy contenta —exclama, pero sé que no es tan sencillo.

Las palabras duelen.

—¿A qué hora vienes?

— Sobre eso…

—No me digas que *el Papa* no te lo ha autorizado —casi grito, mientras ya imagino mil situaciones para resolver el problema.

— No, no, de hecho, dijo que no le importaba lo más mínimo, y que si el helicóptero se estrellara, le estaría haciendo un favor.

— Hijo de puta.

—Estaba muy enfadado.

—Que se vaya al infierno. ¿Se puede decir algo así? ¡Que se caiga con él, eso sí! —exclamo, sin importarme que me oigan.

— En fin, pronto intentará encontrar otro candidato…

— Una cosa cada vez, vamos a celebrar esta victoria.

—Tienes razón. ¡Vamos, claro! Prepárate porque, por lo que a mí respecta, estaré allí para comer.

—Ah, claro que estarás, me aseguraré de ello.

—Y dale las gracias a Pietro de mi parte.

—Ya se lo dirás cuando estés aquí… o quizá no —me corrijo al recordar su advertencia.

No me esperes…

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Nada, solo otro tema para cuando llegues.

— Estoy deseando que llegues.

—Yo también. Ve a arreglarte ya, que el piloto llegará enseguida. Besos.

— Hasta luego, hermanita.

Sonriendo, cuelgo y me apoyo el móvil contra el pecho.

Ha salido bien, ha salido bien.

Me dan ganas de gritar, de tanta emoción.

Alessia lo ha conseguido, lo hemos conseguido, y voy a decírselo ahora mismo, pero antes respiro hondo, sabiendo que, por mucho que quiera evitarlo, tengo que darle las gracias.

Yo: Sé que estás ocupado…

Y, en el fondo, no sé cuándo verás mi mensaje, si es que lo lees después de esta mañana. Que sepas que mi hermana me ha pedido que te dé las gracias, pero quien tiene que hacerlo soy yo…

Gracias.

Esto significa mucho para mí.

Me quedo mirando el mensaje, releyéndolo, hasta que me armo de valor y pulso «enviar».

No tarda ni un minuto en llegar la notificación de un nuevo mensaje al móvil: Pietro.

Me muerdo los labios, expectante, pero la abro.

Pietro: Nunca estoy ocupado, no para ti.

Y no hace falta que me des las gracias, tu felicidad es la mía.

Que pases un día estupendo con tu hermana, mia maghetta.

¡Oh, mierda!

¿Cómo se las arregla para irritarme y hacerme suspirar…? ¿Y ni siquiera son las diez de la mañana?



—De verdad has venido —exclamo, abrazando a Dona en cuanto pisa el césped.

—¿Acaso iba a dejar pasar esta oportunidad? —Sonrío.

— Y no bromeabas cuando dijiste que vendrías a comer.

—Nunca bromeo cuando se trata de lasaña —me guiña un ojo, y yo estallo en carcajadas.

— Dona, sé muy bienvenida, querida.

—Gracias, señora Zampieri —dice, solo para corregirse acto seguido—. Giulia.

— Mejor. ¿Te ha contado ya Elena lo que estamos preparando? —pregunta, con sus fieles ayudantes a su lado.

—¿Nosotras? —Chiara no se contiene.

—No te preocupes, es la señora Eleonora quien lo está preparando —murmura Isa.

— No hacía falta que se tomaran tantas molestias… —susurra, muy avergonzada, y yo acudo en su ayuda.

—Yo dije eso.

—Pero insistimos; al fin y al cabo, a todos aquí nos encanta la pasta.

—Siempre que no sea Chiara quien esté detrás de los fogones —bromea Isa, y yo me muerdo los labios para no reírme.

— ¿En serio, Isabella? ¿Qué va a pensar la señora de mí?

—¡Que cocinas fatal! Mejor avísale, para que no cometa el error de probar ninguna de tus recetas extravagantes.

—Era una nueva versión de la tarta de limón.

— Era incomestible —replica ella.

— No les hagas caso, Dona. Es que no tienen un paladar tan refinado como el mío.

—Vale… —murmura mi hermana, pero se está conteniendo para no echarse a reír también.

— La charla está bien, pero ¿qué os parece si entramos?

— ¡Dios, sí! Hace mucho calor.

— ¿Todo bien por aquí? —pregunta la señora, nada más entrar, seguramente al darse cuenta de la ausencia del resto de la familia.

—Llevan desde primera hora en una reunión —explico.

— Pero seguro que enseguida se unirán a nosotros para comer —añade Giulia, y mi corazón se acelera.

Sé que es una tontería, pero la idea de volver a ver a Pietro me hace esto.

Y no acordarte de todo lo que has visto al despertarte.

Sí, claro, como si fuera posible olvidar algo así.

Hoy tengo a mi hermana a mi lado, nada me va a perturbar.

Todo va a ir bien.



La comida fue todo… menos tranquila.

No me malinterpretes.

La comida estaba deliciosa, la compañía y la charla, maravillosas como siempre, pero había esa tensión…

Pietro no apartaba la mirada de la mía, y yo tampoco iba a hacerlo.

Nos quedamos allí, en una batalla solo nuestra.

Ninguno de los dos cedía.

Pensé que podríamos mantener una conversación, pero todo se redujo a un intercambio de monosílabos, sobre todo después de que Giovanni sacara a relucir el tema que llevo dándole vueltas desde primera hora.

La maldita reunión en Florencia.

Eso, por sí solo, ya bastaría para arruinarme el humor, pero entonces recordé que las cosas siempre pueden empeorar.

¿Cómo que la consejera no estará en la reunión?

¿Qué tipo de reunión es esa?

Todas esas preguntas no se me quitan de la cabeza, y lo que me apetecía era obtener las respuestas, allí mismo, delante de todos.

Y lo peor fue ver su mirada.

Él sabe que estoy cabreada.

Es un maldito, lo sé, pero si cree que voy a ser como las otras esposas-trofeo de la mafia, que solo reciben una traición tras otra, está muy equivocado.

¡Ni siquiera quieres a ese hombre! ¿Por qué te importa lo que haga o deje de hacer?

Cierro los ojos y respiro hondo; es eso o lanzarme al cuello de mi marido.

—Si me disculpan —digo, levantándome, mientras mi mirada se cruza con la de Dona en una petición silenciosa: *que me siga*.

—¿Todo bien, cariño? —pregunta Giulia, mirándome con preocupación.

—¡Todo genial! —Esbozo una sonrisa forzada—. Todo estaba delicioso, solo tenía que enseñarle unas cosas a Dona y quiero aprovechar…

—Claro, claro… —Sonrío, pero no soy tonta, todos se han dado cuenta del ambiente que hay entre nosotros y, justo en ese momento, el hombre se levanta, acaparando toda la atención.

—Estaré en la oficina, *mamá*.

— ¿No te vas a tomar el postre?

—Más tarde, a ver.

¿Más tarde a qué hora? Solo si es de madrugada.

—¡Joder, Pietro! —exclama Giovanni, que apenas ha terminado de comer.

— No te precipites —responde, mirando a su hermano—. Tengo que hacer unas llamadas, organizar nuestra reunión con Massimo.

— Joder, sí, no te olvides de pedirle que consiga a esas bailarinas…

— ¡Giovanni! — Giulia se pone hasta roja.

— Para mí, *mamá*. Ya sabes lo mucho que me gusta hacer amigos. — Me guiña un ojo, y si me quedo ahí un segundo más, voy a vomitar.

Es peor de lo que pensaba.

Es descarado.

Ni siquiera le miro, solo me levanto de la mesa con mi hermana pisándome los talones y subo apresuradamente las escaleras, no sin antes oír a Giulia y a Matteo regañando a Giovanni.

No podría importarme menos lo que haga el subjefe de la Sacra.

Mi única preocupación es el *Don*, mi marido.

Porque una cosa está clara: Pietro es mío.

Solo mío.

Donatella cierra la puerta tras de sí, mientras yo sigo paseándome de un lado a otro, intentando calmarme.

—Eso ha sido… interesante —comenta, sentándose en el sillón junto a la cama, con la mirada siguiendo cada uno de mis movimientos.

—No creo que «interesante» sea la palabra que yo usaría, pero…

— Cuéntame más.

— Créeme, no te interesa saberlo.

— No, no, sí que quiero, y mucho. Nunca te había visto tan fuera de ti como ahora, y ¿qué fue eso de cómo te miraba Pietro durante la comida?

—¡Ni me lo recuerdes!

— Parecía que en cualquier momento iba a echarte al hombro y subir las escaleras, o mi versión favorita: echar a todo el mundo de la sala y arrancarte la ropa allí mismo.

— ¿Qué? —casi grito—. ¿Qué te has tomado?

— Zumo, y ni se te ocurra engañarme. ¡Tengo ojos, ¿vale?! Sé muy bien lo que he visto.

— No hablemos de eso, no voy a dejar que Pietro me arruine el día a su lado. Hoy se trata de ponernos al día, cotillear sin miedo a que nos oigan…

— Sí, ¿vamos a cotillear sobre lo que está pasando entre tú y tu marido? ¿Qué tal fueron las lunas de miel? Las braguitas que te mandó Alessia han surtido efecto, por lo que parece.

— ¡Donatella!

— Ya lo sabía.

— Créeme, no sabes ni la mitad.

— Lo sabrías si me lo contaras. — Hace pucheros, y aunque estoy enfadada, me dan ganas de reír.

— Ay, Dona, es complicado.

— Siempre lo complicas todo, Lena.

— ¡Eso no es justo! —replico, a la defensiva, pero sabiendo que tiene razón.

— Apuesto a que le estás haciendo la vida imposible al pobre Pietro.

— ¿Qué? — Casi me atraganto. — ¿El pobre Pietro? ¿Y qué hay de la pobre Elena?

— Ah, ni lo digas, te conozco. Debes de estar haciéndole la vida imposible a ese hombre, por eso casi te devoraba con la mirada durante la comida.

—Eres mi hermana —le recuerdo—, deberías defenderme, no acusarme.

— Debería darte unas bofetadas para ver si te despiertas y dejas de perder el tiempo con lo que sea que estés perdiendo.

—Vaya, señora —murmuro, de repente sin saber qué responder.

—¿Lo ves? Ya te lo decía, eres culpable.

—Vale, basta ya de hablar de Pietro y de mí, cuéntamelo todo…

—Ya te lo he dicho, *papá* se ha enfadado muchísimo con Otavianno, y la cosa se puso fea; no me sorprendería que apareciera muerto dentro de unos días.

— Sería genial.

— ¡Lena!

— Solo lo digo, al menos tendríamos la certeza de que no se echaría atrás en la decisión de… ya sabes.

— Hablando de eso, ¿qué travesuras has hecho?

—Hoy solo acusaciones, no he hecho ninguna tontería.

La señora solo entrecierra los ojos.

—Vale, al menos ya estás sentada —bromeo, solo para verla abrir los ojos como platos.

Durante la siguiente hora, le cuento con todo detalle mi conversación con Alessia, cómo le pedí que me ayudara a investigar la vida del *capo* de Terracina, lo que descubrimos y lo que decidimos hacer.

— Cadáveres… —suelta Dona cuando me callo—. No me lo puedo creer.

—Esa fue mi primera reacción, pero créeme. Les consiguió fotos, vídeos, todo un espectáculo de terror.

— Sí, la verdad es que no estaría mal que *el Papa* lo matara.

—¿Hasta tú? —Me río.

— Hace cosas con los muertos, con los difuntos, por el amor de Dios, ¿qué esperas que diga? ¡Que se muera de una vez! Tenías razón, fue una gran salvación.

—Ya te lo dije.

— Solo puedo pensar: ¿será que mataba a sus esposas para luego…? — Mi hermana ni siquiera puede hablar.

— Creo que lo hacía por otros motivos. Su «gusto cadavérico», si se puede llamar así, se limitaba a los hombres, según el informe.

— Vale, vale, cuando crees que ya nada te puede sorprender, siempre hay algo.

— ¡Exacto! Ahora, dime, ¿qué te apetece hacer? ¿Piscina? ¿Películas?

— No me he traído un bañador.

—No pasa nada, tengo montones de bikinis.

— En primer lugar, unas braguitas tuyas ni siquiera me quedarían bien en la pierna y, en segundo lugar, nunca me atrevería a ponerme algo…

— ¿Algo?

— Tan provocativo. — Se pone roja como un pimiento.

— ¿Pero puedo?

— Estabas de luna de miel, en la playa —argumenta.

— Ya, ya, ya te tocará a ti, Donatella.

— ¿Una película y palomitas? — cambia de tema, pero ni siquiera le discuto, me encanta la idea.

—Te dejaré elegir.

— Entonces, tendré que volver más veces —bromea.

—Esa es la idea.

Casi dos horas después, las dos tenemos la cara hinchada de tanto llorar, tras ver una película romántica en la que el perro tiene un papel importante en el desarrollo de la relación de los protagonistas.

— Joder, Dona, ¿por qué me has hecho esto? Me arde la garganta.

— Es precioso, ¿verdad? —solloza.

—Sí —asiento, porque no hay forma de negarlo—, pero se suponía que iba a ser relajante, solo risas, joder, quería que el perrito viviera para siempre —suspiro, sintiendo cómo me resbalan más lágrimas.

—Ha tenido una buena vida —argumenta, y basta con mirarla para ver que ella también está emocionada—. Cuántos no tienen la suerte que tuvo Gnocchi. Una familia que los quiere, que les da cariño —dice, y por un segundo no sé si se refiere al perro de la película.

Me trago el nudo que se me forma en la garganta y me limito a asentir con la cabeza.

—Vale, nunca más voy a poder comerme un Gnocchi sin acordarme de él.

La señora sonríe, secándose las lágrimas.

—No bromeo, definitivamente no tengo corazón para eso. Mil veces prefiero una película de acción a estas con perritos monos.

—La próxima película la eliges tú.

—Hablando de la próxima… —empiezo, cogiendo el móvil solo para confirmar que la tarde ha pasado en un abrir y cerrar de ojos—. Podrías quedarte a dormir aquí, podríamos hacer un maratón de películas —suelto, para su total sorpresa.

—¿Te has vuelto loca, eh?

— ¿Por qué? Solo hay que arreglar la habitación de invitados, o te quedas aquí mismo, no es como si yo fuera a tener marido… —suelto, y enseguida me arrepiento.

—Vale, vale, ahora no te vas a escapar de mí, puedes decirme qué te preocupa. ¿Es esa reunión de la que hablas?

—Señora…

— Nada de «señora», puedes empezar.

Cierro los ojos, sabiendo que no va a dejar de insistir, no mientras no le diga lo que me molesta. Pero, ¿cómo explicar que me estoy muriendo de celos ante la idea de Pietro en esa discoteca, sin mí, cuando soy yo misma quien lo está alejando?

— Vale, sí, es la reunión.

— Explícamelo mejor.

— Intenta adivinar dónde será la reunión… —empiezo, respirando hondo.

— Mmm, Giovanni dijo algo sobre bailarinas, supongo que eso no tiene nada que ver con la reunión, ¿verdad? —Hace una mueca, y no puedo contenerme.

—Será en La Roccia.

— ¿Qué? —exclama, sin disimular su sorpresa—. ¿En el La Roccia en el que estoy pensando?

—¿Y, por casualidad, hay algún otro, señora? Es ahí, en la discoteca más grande de Florencia.

—¿Y te parece bien?

— ¿Si me parece bien? —empiezo a decir, pero me detengo, con la rabia hirviendo en mi interior—. ¡Maldita sea!

Dona se ríe, sabiendo ya cuál será mi respuesta.

—Estoy cabreada —reconozco—. Más que cabreada, furiosa, irritada, ¡por Dios!, podría matar a alguien.

— Ahora sí, pareces mi hermana.

Pongo los ojos en blanco.

— Pero vayamos al grano: si, hipotéticamente, voy a dormir aquí, en la habitación de invitados —subraya—, dime, ¿qué vas a hacer al respecto?, porque sé que vas a armar jaleo, simplemente lo sé.

Abro la boca para responder que no voy a hacer nada, pero entonces se me ocurre una idea y no puedo contener la sonrisa.

Pietro se habrá arrepentido de haber ido a esta reunión de negocios.

—Vale, ahora me estás asustando —exclama Dona, mirándome con atención.

— ¿Qué?

— Esa sonrisita… no presagia nada bueno; sea lo que sea lo que hayas pensado, olvídalo. Ya conoces esa técnica, ¿no? Cuando estás enfadada, escribes en un papel todo lo que quieres decir y luego lo rompes, le prendes fuego; el mismo razonamiento, has pensado… pero olvídalo.

Ni hablar.

— Ni hablar.

— En serio, Lena, ni siquiera te he oído, pero sea lo que sea, piénsatelo de nuevo.

— Llama a casa…

— ¿Para qué?

— Para avisar de que vas a dormir aquí y que te vas mañana.

— Elena…

— Date prisa, tenemos mucho que hacer.

Con el corazón latiéndome a mil por hora, observo cómo mi hermana llama a la mansión y habla con Fat.

— ¿Y bien?

— *Papá* no está.

— ¿Vas a llamarle?

— ¿Te has vuelto loca? Le he dejado un recado, no creo que se vaya a quejar porque duerma en casa de mi hermana.

No, eso no.

Pero ¿qué vamos a hacer…? Quizás.

— ¡Perfecto!

— No me he traído ropa de recambio.

— No te preocupes por eso, ven conmigo —le digo, mientras me dirijo hacia la puerta, sabiendo que a estas horas Pietro ya se habrá ido.

— ¿Adónde vamos?

— A visitar a la prima de Pietro.

— ¿Alessia?

—No, ella vive en Florencia —le explico—. Martina tiene una casa aquí, en la finca, y no sé tú, pero yo necesito dar un paseo para relajarme.

—¡Ya está empezando a oscurecer!

— Es la mejor hora, hace más fresco. —Guiño un ojo.

—No me gusta nada esto, pero… vamos.

Cojo mi móvil y miro la hora: son casi las 20:00.

¡Saldrá bien!

Por suerte, no nos encontramos con nadie en la sala.

La puerta del despacho está cerrada, pero ni siquiera hace falta llamar para saber que está vacío; mientras veíamos la película,

oí la voz de Giovanni en el pasillo y quedó muy claro que se estaban marchando.

Pietro debe de haberse arreglado en la habitación de su hermano.

La brisa fresca nos da la bienvenida en cuanto pongo un pie fuera de la mansión.

— ¿Está lejos?

— No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

— Solo he pasado por allí una vez, y fue en coche, pero por lo que recuerdo, no estaba lejos.

—Genial, nos vamos a perder.

— Nadie se va a perder, exagerada. Estamos dentro de la finca.

— ¡Es enorme! —exclama—. Menos mal que llevo zapatillas. Solo tú.

Después de unos diez minutos caminando, empiezo a pensar que quizá me haya equivocado de dirección.

— ¿Nos hemos perdido?

— No… estamos cerca —digo, haciendo una mueca, mientras doy unos pasos más, hasta que por fin lo veo. — ¡Lo sabía! —grito, sin poder contener mi emoción.

—Gracias, Dios.

— Ya ves, ya ves… no nos hemos perdido.

—A ver si conseguimos volver —bromea Dona.

— Si llegamos, volvemos. — Guiño un ojo, caminando animada hacia el edificio situado en un punto elevado de la finca.

— ¡Dios mío, qué bonito!

Dona no puede ocultar su sorpresa, y lo entiendo perfectamente, porque cuando vi la construcción yo tampoco me lo podía creer.

Una cabaña rústica en medio de los cipreses, con unas vistas privilegiadas de las colinas y los olivos, tejado a dos aguas, vigas de madera a la vista, toda revestida de piedra, excepto por uno de los laterales, que es todo de cristal, lo que le da un toque de

modernidad a la construcción, pero es la terraza con flores y enredaderas que caen la que le da ese encanto y comodidad.

— A mí también me ha parecido maravilloso. Vamos, las luces están encendidas, lo que significa que ella está ahí.

En el lateral del edificio, decenas de escalones conducen hasta la puerta de entrada, pero ni siquiera tengo que llamar: en cuanto me acerco, la puerta se abre de par en par y Martina aparece con un perro negro gigante a su lado.

—Oh, Dios… —Dona casi se cae, dando un paso atrás y, por poco, no pierde el equilibrio.

— Lena, Dona… —saluda con ese aire serio que la caracteriza —, y ni siquiera puedo responder; mi mirada está fija en el perro, que parece observar cada uno de mis movimientos, hipnotizado.

Respira, acuérdate de respirar.

—Fofo, estas son Lena y Dona, unas amigas… —dice, y el animal parece entender lo que dice, pues se relaja y da un paso hacia mí.

Me quedo paralizada, sabiendo que si me ataca, no quedará mucho de mí.

—Te va a olfatear —me avisa Tina, y Fofo hace precisamente eso: se acerca, olfateándome las piernas, como si estuviera analizando todo lo que encuentra allí.

Que no quiera comerse, que no quiera comerse…

— ¿Debo hacer algo? —susurro, y ella niega con la cabeza.

—¿Dónde están tus modales, Fofo? —dice Martina, y ni siquiera tengo tiempo de asimilar lo que ha dicho, me sorprende que el animal salte hacia mí, apoye las patas en mis hombros y luego me dé un lametón en la cara.

—Ay, qué bonito —suspiro, aún recuperándome del susto y la sorpresa, y solo capaz de pensar en lo grande que es y en *lo realmente adorable* que es. —Dios mío, me ha dado un beso.

—¡Le has caído bien! —exclama Tina, y puedo ver el atisbo de una sonrisa en su rostro—. No es algo habitual.

—A mí también me has gustado, Fofo —digo, agachándome despacio para no tentar a la suerte—. ¿Puedo tocarte?

—Está esperando.

—Qué mono, qué guapo, qué grande eres, chico —digo, acariciándole con cuidado el costado del cuerpo.

Completamente embelesada.

Me levanto al cabo de unos segundos y miro hacia atrás, solo para encontrarme con Dona mirándome fijamente sin ocultar su preocupación.

—Es bueno —le digo, y ella solo niega con la cabeza.

— Yo… — mi hermana ni siquiera puede hablar, parece paralizada en el sitio, y cuando el perro se acerca a ella, solo cierra los ojos con fuerza, completamente inmóvil. — Me está olisqueando. ¡Ay, Dios mío! —jadea, hasta que Fofo le lame la mano, frotando la cabeza contra sus piernas, casi como pidiendo cariño; entonces, Dona abre los ojos, mira al animal y esboza una sonrisa enorme, tan enorme que incluso el perro debe de haber notado el cambio, pues se sienta frente a ella, esperando atención.

—Puedes tocarlo —la tranquiliza Martina, y ella lo hace, con las manos temblorosas, pero lo hace.

— ¡Qué pelaje tan bonito tienes, ¿eh?! Suave. ¡Eres tan aterrador como adorable! —exclama.

— Acércate — le ordena Martina, y el animal se acerca rápidamente a su lado, y te lo juro, es impresionante.

De pie a su lado, queda claro lo alto e imponente que es el animal, con la cabeza llegando casi hasta la mitad del muslo de Martina.

— ¿De qué raza es? — Dona se me adelanta con la pregunta.

—Es un *cane corso*[8] de tres años. Inteligente, protector, fiel, muy unido a la familia —comienza, acariciándole detrás de la oreja, algo que parece encantarle— y mortal. Su mordedura es tan fuerte que podría acabar con un hombre en cuestión de minutos.

Silencio.

—Pero no os preocupéis, os ha reconocido como parte de la familia.

Gracias, Dios. Gracias, Fofo.

—Vale —suspiro, sabiendo que tengo que decir lo que me ha traído hasta aquí; el tiempo pasa.

Y la ejecutora de la mafia es la única de la familia con la que tengo más contacto y que creo que aceptará lo que estoy pensando.

Stella también vive aquí, y sería una opción, pero no creo que la consejera se sumara a mi locura.

Parece demasiado rectita y, en este momento, necesito locura, necesito ayuda para poner en práctica mi plan por mi cuenta.

Estoy a punto de abrir la boca cuando suena su móvil y ella lo saca del bolsillo de sus vaqueros.

— Hola, hermanita, estoy con Lena y Dona aquí en la puerta de la cabaña, te pongo en altavoz.

—Hola, Les —digo, y Dona hace lo mismo, saludándola.

—¿Qué hacéis por aquí a estas horas? ¿Qué está pasando? —pregunta Alessia, yendo directa al grano.

—Esa era precisamente mi siguiente pregunta —comenta Martina, directa y objetiva, con la mirada fija en mí.

Se acabaron las caricias a Fofo, la ejecutora quiere respuestas.

—Pues no cuelgues, que yo también quiero saberlo.

— Siento molestar, pero…

— ¿Cuál es el problema?

Me muerdo los labios, sabiendo que no es exactamente un problema.

— Pietro está en una reunión en La Roccia.

— Sí, lo sé.

— Pero tú estás aquí.

—No me necesitaban allí. Va acompañado de unos soldados, además de Giovanni, Romeo y Roman. —Se encoge de hombros.

— Lo que significa que se lo están pasando en grande —dice Alessia sin tapujos, pero tras unos segundos añade: — Todos, menos Pietro, claro.

Demasiado tarde.

Se me hierve la sangre solo de imaginar la escena.

— ¿Qué necesitas, Elena?

— Tengo que ir allí. AHORA MISMO.

— Vaya, eso sí que me lo tengo que ver —exclama Alessia.

— ¿Puedes ayudarme? —pregunto sin rodeos.

Martina se queda en silencio unos segundos, y yo ya me estoy preparando para recibir un rotundo «no».

— Vamos, Tina, será divertido.

—No puedes hablar en serio —interviene mi hermana, pero ni siquiera me giro, sigo mirando a la prima de Pietro.

— Lo digo muy en serio.

— Joder, Lena…

— Yo voto SÍ, solo tienes que pasar por aquí a recogerme, está de paso —continúa Alessia, provocándola, y entonces veo cómo se dibuja una sonrisa en el rostro de la ejecutora.

—Tienes exactamente treinta minutos. Ni uno más.

— ¡Gracias! —grito, abrazándola con fuerza, y ella sonríe. — Treinta, contando desde que llegue a la mansión, ¿no? —Arqueo una ceja y ella asiente.

—Pasaré por allí a recogeros.

— ¿Qué? No, yo no. ¿Estás loca, Lena? *Papá* me va a matar.

— Tranquila, estaremos en territorio de la Sacra, yendo al encuentro de mi marido. Sí que vas, señora.

—¿Te has olvidado de que solo tengo esta ropa?

—Eso no es ningún problema —replico, fijándome en los leggings negros y la camisa de rayas que lleva puesta—. Tengo unas sandalias que te quedarán perfectas, ya que a mí nunca me han quedado bien, y solo tienes que quitarte esa camisa y ponerte una bata negra y estarás perfecta.

— Todo de negro. ¡Me encanta! —continúa Les, y me contengo para no reírme.

—Hasta dentro de un rato —digo, sabiendo que tenemos que correr contra el reloj.

Esto va a ser divertido.

Prepárate, Pietro Zampieri, porque allá voy.

Y tu reunión va a ser todo menos tranquila.



Human – Rag' n' Bone Man
Back to the Bone – George Thorogood & The Destroyers
Back in the Black – AC/DC

Ni siquiera recuerdo la última vez que deseé tanto simplemente olvidarme de los problemas.

Hoy es uno de esos días.

Estoy tirado en el sofá de la zona VIP del club, observando todo lo que pasa a mi alrededor: la gente bailando, parejas follando, Giovanni, Roman y Romeo con mujeres a punto de arrancarse la ropa delante de ellos y ofrecerse como un manjar, pero mi mente está en otra parte.

En mi *maghetta*.

En la mujer que me ha hechizado.

Y basta con recordar su mirada de hoy, la forma en que me miraba con la misma necesidad que late en mí, para que una sonrisa brote en mi rostro.

—Maldita —maldigo, apurando el resto del whisky y haciendo un gesto al camarero para que me mantenga el vaso lleno.

— Mejor que te lo tomes con calma, P, o puede que tu mujer se pelee contigo esta noche.

— Créeme, a ella no le podría importar menos lo que haga — esputo, recordando sus palabras.

Mentirosa.

Se cabreó cuando se enteró de que estaría aquí, pero ni se imagina que el objetivo era en realidad hablar con ese cabrón de Massimo Tomazini. El imbécil puede que sea mi primo de *leche* y el *capo* responsable de la región de Florencia y Arezzo, pero no es tonto; sea pariente o no, no necesito muchos motivos para meterle una bala en la cabeza.

El desgraciado ya ha metido la pata varias veces a lo largo de su vida de mierda; sé lo que ocurrió en el pasado, cómo trató a la señora Giulia con desprecio, y tiene suerte de que, al parecer, haya aprendido a mantener esa jodida lengua dentro de la boca; de lo contrario, ya habría muerto.

Sonrío al pensar en lo feliz que estaría *el Papa* al recibir esta misión.

Quién sabe, quizá algún día, si me saca de quicio o se sale un centímetro de la línea.

Por hoy, el muy cabrón está a salvo.

Las operaciones en la región van mejor de lo esperado, y estoy de acuerdo con él en que hay que invertir más en la infraestructura que conecta la provincia con el puerto de Livorno, el más cercano y responsable de más del 70 % de la salida de nuestros productos.

Por supuesto, no se lo he comentado al chaval, pero el objetivo es invertir en el crecimiento de las operaciones en La Spezia, Livorno y, por supuesto, en el puerto de Civitavecchia. Con la fusión y la consolidación de la alianza, ahora tenemos otro establecimiento que explotar en las operaciones, pero eso es tema para otro momento.

Ahora la prioridad es solo una.

No puedo presentarme ante *Don* Del Vecchio con una propuesta de negocio cuando ni siquiera he conseguido averiguar quién intentó matar a su hija.

Aprieto los puños, dejando que la rabia me inunde, sabiendo que es mucho mejor que los otros sentimientos que me han

dominado: frustración, necesidad, hambre…

—¿Tan mal ha ido? Creía que la luna de miel había ido bien —mi amigo se tumba a mi lado—, casi para morirse —bromea, y yo solo levanto el dedo.

—¿No hay nadie más a quien fastidiar? —le pregunto y él se ríe.

—Claro, esas chicas guapas y yo —señala a un grupo que no deja de mirarnos—, vamos a tener una charla en el metro. —Sonrío —. ¿Seguro que te va a ir bien?

—¡Por supuesto! ¡Diviértete! —le digo, casi echando a Roman, pero él ni se inmuta.

—Diversión siempre, ese es mi lema —exclama, guiñándome un ojo antes de volver a reunirse con Giovanni en la fiesta.

—¿No te vas a divertir con ellos? —le pregunto a Romeo, que parece tener la mente en otra parte.

—Quién sabe, más tarde. —Se encoge de hombros mientras se toma su cerveza.

— Eso es algo nuevo…

— ¿Qué?

—Que rechaces a esas mujeres.

—No es eso.

— Y una mierda que no. Normalmente, ya estarías allí, igual que ese holgazán de mi hermano.

Mira hacia donde Giovanni está prácticamente con las tetas de la bailarina en la cara y parece reflexionar, pero luego asiente con una sonrisa, dando la razón.

—Espero que la información te haya sido útil —suelta, apoyando la botella vacía sobre la mesa, y yo no pillo ni una mierda.

—¿De qué estás hablando? Giovanni dijo que no había conseguido nada con el reconocimiento facial, ni con sus contactos.

—No me refiero a eso. Terracina —continúa, mirándome fijamente—. De verdad que no sabes de qué estoy hablando.

—Espero que resuelvas pronto ese problema.

Romeo sonríe, pasándose la mano por el pelo revuelto.

—Pensaba que tenía que ver con tus negocios con ese imbécil de Del Vecchio.

— Sigue.

—Alessia habló conmigo hace unos días; había investigado al *capo* de Terracina, Otavianno Falchetto.

¿Qué demonios está tramando mi prima?

— ¿Qué ha averiguado?

— Un montón de basura. Ese tipo es la escoria más absoluta. He visto muchos expedientes que te darían miedo incluso a ti, pero este cabrón está enfermo.

— Interesante.

— Les ya había conseguido material más que suficiente, pero quería acceder a unos expedientes de antiguas investigaciones que no estaban digitalizados.

— Y te pidió ayuda —añado.

— Exacto. Homicidios que acabaron archivados y con acuerdos de confidencialidad.

— ¿Con quién?

— Por lo que parece, el *capo* tiene mala suerte en lo que respecta a sus matrimonios: sus esposas siempre han sufrido accidentes extraños, al cabo de unos meses, con el mismo resultado.

— Déjame adivinar: la muerte.

Romeo asiente.

— ¿Y los acuerdos?

— Indemnización para los familiares. Grandes sumas de indemnización.

— ¡Pero qué coño!

—Exactamente lo que pensé, y tras investigar un poco, quedó claro que siempre que fallecía la esposa, el padre recibía una indemnización, una especie de compensación por la pérdida prematura de su hija.

¿Qué coño hacía Alessia metiéndose en esto?

En cuanto la pregunta surge en mi mente, llega la respuesta.

— ¡Joder!

Elena, ¿por qué no me lo has dicho?

— ¿Qué pasa?

— Respóndeme, ¿ese imbécil está soltero ahora mismo?

— ¡Sí! —mi primo es rápido—. —Aún no ha encontrado a su próxima víctima.

— Te equivocas, ya la ha encontrado.

Romeo arquea una ceja.

—La hermana —susurro, y veo el momento en el que capta exactamente a dónde quiero llegar.

— ¿Donatella? ¿Crees que ese hijo de puta quiere casarse con ella? — Se le enrojece la cara.

— No sé si es él quien quiere, o si es ese cabrón de su padre, que quiere sacar provecho de la boda de su hija.

—¿Has oído lo que he dicho? Ese imbécil siempre se las arregla para deshacerse de todas las mujeres con las que se casa.

—Lo he oído, y creo que por eso mi mujer le pidió ayuda a Les.

— Joder, P. Joder, ¿el propio padre? Eso es fuerte.

— Seguro que Elena tenía la esperanza de convencer a su padre de que no celebrara la boda, sin saber que quizá él tuviera un interés económico en ello.

—Eso es enfermizo, joder.

—Es una posibilidad que no podemos descartar. —Aprieto los puños, sabiendo que en cuanto vea a Elena, tendré que aclarar este asunto.

Joder, ¿por qué no me lo has contado, guapa?

Conmigo, joder.

Si mi mujer necesita ayuda, sea lo que sea, tiene que saber que estoy ahí para ella.

Sé que su pasado es una mierda, pero aquí nos cuidamos unos a otros, y me aseguraré de que ella lo entienda, *de una vez por todas*.

— Si eso es todo, *Don* Del Vecchio se va a llevar una sorpresa, porque matar a sus esposas es solo una parte del historial de este cretino.

Durante los siguientes minutos, Romeo me cuenta lo que Alessia ha descubierto además: las fotos, los vídeos… Y no podría estar más de acuerdo con mi primo.

Es enfermizo.

— Gracias.

— ¿Por qué? — Romeo arquea una ceja.

—Por avisarme de esto.

—Solo te lo he dicho porque pensé que debías saberlo. Alessia me va a matar cuando se entere de que he hablado contigo.

Sonrío.

—Estarás bien, y yo me encargaré de esta mierda.

— No, lo vamos a resolver nosotros —exclama, con la mirada fija en la mía, y no está bromeando—. Quiero estar al tanto de cada paso que se dé en este asunto.

— ¿Te preocupa el *capo* de Terracina?

—Podría matarlo aquí y ahora —dice, y veo cómo le late la vena del cuello, sabiendo lo difícil que es sacar a Romeo de su pozo de control—, me preocupa asegurarme de que Donatella no caiga en manos de ese pedazo de mierda.

— ¿Y qué hay de los demás?

— ¿A qué te refieres?

—Si esta negociación fracasa, conociendo a Tiziano, seguro que ya tiene un plan B y un plan C, ya sabes, posibles candidatos para su hija. —Me encojo de hombros.

—No me jodas, Pietro.

—Solo lo digo, creo que ver a la benjamina casarse le ha despertado el deseo de tener el nido vacío.

Romeo no responde, solo hace un gesto al camarero, que rápidamente le trae otra botella, y apenas da tiempo a que el empleado se aleje, ya se bebe todo el contenido, dando un golpe con la botella sobre la mesa.

—¡Otra más! —ordena.

Vale, definitivamente tenemos un problema aquí.

— Otra copa para mí también —pido, y apenas hago un gesto, una morena prácticamente se lanza a mi regazo.

—Ups, lo siento —dice, toda sonriente, creyendo que me engaña.

La agarro del brazo y la ayudo a levantarse.

— ¡Lárgate! — Mi tono es bajo, serio, y no deja lugar a dudas: no tengo ningún interés.

— Puedo hacerte tan feliz —casi gime, de lo forzada que suena su voz.

— Créeme, no puedes —exclamo, esforzándome por ser educado y no empujarla lejos de mí—. Solo mi mujer puede —subrayo, mostrando mi alianza, pero la mujer no parece molesta.

— Ella no tiene por qué saberlo, será nuestro secretito, estoy segura de que puedo hacerte disfrutar mucho aquí —se lame los labios rojos—, ni siquiera te acordarás de que existe.

Hago un gesto a Domenico para que se acerque, y él ya sabe lo que tiene que hacer, pero el soldado ni siquiera tiene tiempo de actuar.

Por un segundo, creo que mi mente me está jugando una mala pasada.

¿Estaré tan jodido que hasta la voz de Elena estoy oyendo?

Pero entonces lo oigo de nuevo, más cerca, más fuerte, y no hay tiempo para decir nada.

Solo hay caos y gritos.



Holding out for a hero – Bonnie Tyler
«Barracuda» – Heart
Somebody Told me – The Killers
I See Red – Everybody loves an outlaw

—¿Lo ves? Te dije que te quedaría genial —exclamo cuando Dona, a regañadientes, se pone la blusa negra, estilo bata, muy holgada, de manga larga, que le realza bien el escote, ya que deja los hombros al descubierto.

—¿En serio? —Se muerde los labios, nerviosa—. ¿No queda un poco sosa?

—¡Te lo juro! No es nada sosa. Estás de muerte con esos pantalones que te marcan los muslos y la blusa, que llama la atención sobre tu escote. ¡Perfecto!

— Creo que necesitas ir al oftalmólogo.

— No, tú eres la que tiene que aceptar que eres guapísima —le digo, besándole la frente y arrancándole una sonrisa.

—Vale, no sirve de nada discutir. Eres mi hermana y no cuenta.

— No seas ridícula. Deberías contar aún más. —Guiño un ojo.

— En fin, no tengo aquí mi neceser de maquillaje, pero debo de tener un pintalabios en el bolso. ¡Con eso nos las arreglaremos!

—¡Ni hablar! —le respondo—. Puede que mi habilidad no valga ni un céntimo, pero eso no significa que no tenga algo que podamos usar. Mira en el segundo cajón del baño —le aviso, mientras corro a terminar de vestirme.

Cinco minutos después, respiro hondo y me miro en el espejo.

— ¡Lo hemos conseguido! Ha sido un auténtico milagro.

— Estás preciosa, Lena —suelta Dona, mirándome de arriba abajo.

—Confieso que es un poco atrevido para mis estándares —digo, observando cómo la falda de cuero negra me queda ajustada, marcando mis caderas, y la cremallera delantera, que llega hasta la parte alta del muslo, sin duda cumplirá su función.

Sí, ya puedo sentir la mirada de Pietro, cabreado, clavándose en mí.

Pues que siga ardiendo, porque yo estoy que ardo.

Y si la falda ya llama la atención, combinada con la blusa de satén del mismo color, con un escote en V impresionante y sin mangas, hace que el conjunto sea perfecto.

—Pero… —continúo, volviendo a mirar a mi hermana, sin poder contener la sonrisa de satisfacción.

—Hoy te apetece atreverte.

—¡Hoy quiero prenderle fuego a todo!

—Que Dios nos ayude.

Va a… Me siento poderosa.

Soy la jodida mujer de Don.

Y voy allí para dejarlo bien claro.

—Todavía nos quedan cinco minutos —me recuerda Dona, cuando estoy terminando de rociarme un poco de perfume en el cuello y en la muñeca.

—Vale, vale, vamos, porque llegar tarde no es una opción y además tengo que hablar con la madre de Pietro —digo, cogiendo el bolso pequeño y abriendo la puerta del dormitorio, solo para encontrarme de frente con ella: Giulia Zampieri.

—Qué elegantes estáis —dice, mirándonos a mi hermana y a mí con evidente curiosidad.

—Gracias —susurro, cohibida—. Iba a avisarte… —continúo, pero ni siquiera hace falta que termine la frase.

—¿Os vais a La Roccia?

—¿Cómo?

—Ay, querida, ¿te parece que soy de las que dejarían que mi marido fuera solo a una reunión en la discoteca más importante de la organización?

Siento que el corazón se me va a salir por la boca.

— ¿No estás enfadada?

—¿Enfadada? ¡Claro que no! Yo haría lo mismo, solo quiero saber si estarás a salvo.

—No iremos con soldados —empiezo, deseando que no se enfade por eso—, pero iremos con Martina y recogeremos a Alessia por el camino —le revelo, y ella esboza una enorme sonrisa.

—¿Quién necesita soldados? ¡Estaréis más que bien! —suelta, para mi alivio. —Que os divirtáis, las dos —exclama, mirando de mí a Dona, y estoy a punto de alejarme cuando me atrae hacia ella para darme un abrazo—. Y en cuanto a ti —su mirada se clava en la mía y contengo la respiración—, espero que resolváis lo que sea que esté pasando entre vosotros.

Oh, mierda.

Siento que se me hace un nudo en la garganta.

No puedo negarlo ni mentir.

Algo va mal, y la culpa es mía.

—Ni lo intentes negar, está claro que los dos estáis sufriendo.

— Yo… — Me quedo callada, sin saber qué decir.

— Sé que te preocupas por mi hijo, Elena, lo veo en tu mirada.

No la corrijo.

Nunca podría hacerlo, no cuando lo… me quedo en blanco, mordiéndome los labios.

— Él también siente lo mismo por ti. Créeme.

¿De verdad?

— Daos una oportunidad. — Me acaricia la mejilla y yo solo asiento con la cabeza. — Ahora vete, o Tina se irá sin vosotros.

Sonrío y le lanzo un beso mientras bajo las escaleras a toda prisa.

Apenas salimos, se detiene un todoterreno gigante, rojo sangre. No uno cualquiera, un Cadillac Escalade.

—Claro, tenía que ser este tu coche —murmuro para mis adentros, al ver a Martina en el asiento del conductor, guapísima, como siempre.

Como nosotras, toda de negro, pero ella ha optado por unos pantalones de cuero, botas militares, una camiseta negra con detalles plateados y una chaqueta.

Maravillosa y fatal, porque ni siquiera quiero pensar en lo que esconde bajo la ropa.

— Hola, Tina —la saludo al subir al coche y sentarme a su lado en el asiento del copiloto—. Al final, todo ha salido bien. Hemos llegado justo a tiempo. —Sonrío, aún sintiendo que mi corazón late desordenadamente por las prisas, pero la ejecutora no dice nada, solo se limita a mirar de mí a Dona, que está en el asiento trasero.

Estoy a punto de preguntarle si va todo bien, cuando ella sonríe y pone el coche en marcha.

—Esto va a ser realmente interesante —exclama, mientras el Escalade acelera por el camino de tierra en dirección a la autopista.

Florencia, allá vamos.

El trayecto transcurre prácticamente en silencio, salvo por el rock que inunda el coche.

¿Cómo pueden Martina y Alessia ser tan parecidas y, al mismo tiempo, tan diferentes?

Estoy segura de que, si la contable estuviera aquí, no habría ni un minuto de silencio; en cambio, quizá tendríamos dolor de cabeza de tanto hablar y reír.

Coincidencia o no, la quietud se ve interrumpida por la voz animada de Alessia, y solo entonces me doy cuenta de que se trata de una llamada telefónica.

— Decidme que ya están llegando — suelta ella.

—Cinco minutos.

— ¡Perfecto! Ya bajo —avisa, y se corta la llamada.

— Todo es tan bonito —exclama Dona, y me giro solo para encontrar a mi hermana embelesada contemplando el paisaje.

— ¿Nunca habéis estado aquí? —pregunta Martina, mirándome rápidamente, y yo niego con la cabeza.

—No cambiaría Castiglione D'Orcia por nada del mundo, me encanta estar allí, en medio de la naturaleza, pero reconozco que Florencia tiene su encanto.

Vaya, creo que nunca había oído hablar tanto a la prima de Pietro.

— ¡Oh, Dios mío, Lena, mira, mira, es el Duomo!

—¡Joder! —Sorprendida, contemplo ese edificio histórico que nos hemos cansado de ver en los libros y en la tele, pero nunca tan de cerca.

Es impresionante.

— Es el puente del Vecchio[9] … —continúa Dona, y es bonito ver su entusiasmo.

— Deberíais venir otro día, con calma, para pasar el día por aquí. Seguro que a Les le encantará.

— Vaya, sería increíble.

— ¡Dios, sí! —exclama Dona, y yo solo puedo sonreír.

— Ya hemos llegado.

— ¿Alessia vive aquí? — pregunto cuando Martina aparca frente a un edificio extremadamente lujoso, muy diferente de la mayoría de los edificios históricos que vemos por allí, pero la ejecutiva ni siquiera tiene que responder.— ¡Guau! —se me escapa en cuanto veo a la prima de Pietro salir por la puerta principal del edificio, maravillosa, y si pensaba que estaba preparada para causar sensación en La Roccia es porque aún no había visto a Alessia Zampieri.

Está preciosa con un mono largo negro de pantalón ancho, pero no son los pantalones lo que llama la atención.

¡No, en absoluto!

Es la parte de arriba, un top negro estilo halter con un diseño cruzado en la parte delantera, que apenas cubre los pechos y tiene

un corte central.

Elegante y sensual.

Una auténtica bombón.

—Hoy no va a ser interesante —digo, sintiendo la mirada de Martina sobre mí—, va a ser caótico.



El trayecto hasta la discoteca dura unos veinte minutos, y confieso que, en cuanto aparcamos y veo a toda esa multitud agolpándose para entrar, el nerviosismo me invade por completo.

Esto está pasando de verdad.

Salgo del todoterreno notando que tengo las manos sudorosas.

— ¿Saben que estamos aquí? — le pregunta Alessia a su hermana.

—No, pero en cuanto pasemos por la entrada, se lo avisarán a Massimo.

—Ese idiota es lento, a Pietro no se lo dirán hasta que ya estemos a su lado —comenta, volviéndose hacia mí—. ¿Lista para causar sensación? Porque, créeme, ¡lo vas a hacer! —Me mira de arriba abajo y yo aparto el miedo y el nerviosismo a un rincón de mi mente.

—Listísima.

Alessia sonríe.

—¡Vamos!

Juntas, caminamos hacia la entrada, y todas las miradas parecen estar puestas en nosotras.

Respira, respira.

— Lena —me susurra mi hermana a mi lado—, nos están mirando todos.

— Eso es porque nunca han visto tanta belleza junta — exclama Les, guiñando un ojo, y yo le cojo ligeramente la mano a Dona.

— Todo irá bien. Diviértete.

A cada paso, queda más claro por qué el club es tan famoso y tiene cola de espera.

Situada en lo alto de una colina, rodeada de pinos y cipreses y con unas vistas privilegiadas al lago Bilancino, destaca la fortaleza medieval, construida íntegramente en piedra.

Es gigantesca, opulenta y, al mismo tiempo, sombría, gracias a las enredaderas y al musgo que cubren parte de las paredes exteriores.

—Por aquí —dice Alessia, siguiendo un camino de piedras, lejos de donde se agolpa la mayoría del público—. La entrada principal está allí, pero vamos a entrar por el lateral. —Me guiña un ojo, y lo único en lo que consigo fijarme son las innumerables antorchas que iluminan el camino, mientras los primeros compases de la música electrónica empiezan a llegarme.

Dona me aprieta la mano y no sé cómo tranquilizarla, no cuando mi corazón parece a punto de salirse por la boca.

Subimos por una escalera estrecha y oscura, y al poco rato veo a unos hombres con traje, enormes, guardias de seguridad, supongo, controlando el acceso.

Martina solo mira en dirección a uno de ellos, que da un miedo de muerte, y, como por arte de magia, nos dejan pasar.

Damos unos pasos más y mis ojos empiezan a acostumbrarse a la oscuridad, cuando el salón principal de la fortaleza aparece ante nosotros.

Al igual que el exterior, por dentro todo es de piedra y madera.

La pista está abarrotada, cientos de personas saltan y bailan al son de la música electrónica, mientras los destellos de las luces parecen latir al mismo ritmo.

Es contagioso.

—Nos vamos a la zona VIP —dice Alessia, mientras Martina va delante, abriéndose paso entre la multitud.

No hay nadie que no mire en nuestra dirección, y empiezo a pensar que me he pasado con la osadía.

Demasiado tarde para eso.

A los lados de la fortaleza hay dos grandes escaleras, y veo que Tina se dirige hacia allí.

Intento concentrarme en no tropezar, pero a cada paso algo me llama la atención: hay tantos detalles, los bancos de cuero y las mesas de madera en las esquinas, iluminados solo por la tenue luz de las velas; las lámparas de hierro que cuelgan del techo y parecen perderse en la lejanía; y el bar, con una larga barra e e de madera maciza, iluminada por un haz de luz y, justo detrás, en la pared de piedra, estanterías de hierro repletas de las bebidas más variadas, mientras dos hombres con la cabeza rapada y tatuada preparan cócteles que parecen auténticas obras de arte.

—Vaya —susurro, obligándome a mirar al frente, hacia la entrada a la zona VIP.

—¿Qué hay ahí? —pregunta mi hermana, y solo entonces me fijo, en la esquina derecha, casi al fondo del salón, en una puerta de hierro con tres hombres de pie delante, como estatuas.

— El sótano —dice Martina. — Un lugar sin reglas —añade, como si eso tuviera algún sentido para nosotras, que nos quedamos mirándonos la una a la otra.

—Es una zona restringida, solo tienen acceso los invitados del local o los clientes VIP —Alessia acude en nuestro auxilio.

—Vale —susurro, sin entender nada todavía.

—Hay un bar privado, pista de baile, barra de pole dance, más sofás, una piscina climatizada y acceso a la azotea —explica mientras subimos las escaleras que llevan a la zona VIP, donde espero encontrar a mi marido.

—¿Ya has estado allí? —se me escapa, y la veo sonrojarse.

—Todavía no ha surgido la ocasión, pero iré… —Esboza una sonrisita.

—Eso ya lo tengo que ver —murmura Martina, pero yo lo oigo.

— No le hagas caso — Les pone los ojos en blanco.

—Tan restringido que ni siquiera tú has ido.

—Mis primos pueden ser muy protectores y posesivos —dice haciendo una mueca.

— Lo he entendido todo; si quieres, podemos ir allí más tarde, HOY —suelto de repente, llena de valor.

— Quién sabe, otro día —me río—, ya me preocupa la reacción de Pietro, no quiero que le dé un infarto tan joven.

Esbozo una sonrisa, pero desaparece tan rápido como ha surgido cuando me doy cuenta.

—¡Ni de coña! —exclama Les, apretando los puños, a unos pasos delante de mí—. Claro que Roman estaría restregándose contra alguna zorra.

La pelirroja, de hecho, tiene las tetas casi en su cara, como una ofrenda, pero eso no es lo que me preocupa.

No.

Al otro lado están Pietro y Romeo, sentados uno al lado del otro, charlando mientras beben, si no fuera por la morena de pelo largo, pintalabios rojo chillón y ropa casi inexistente que está prácticamente encima de Pietro.

No digo nada, solo actúo.

Me acerco a ellos, completamente cegada por la rabia, y como todo lo malo siempre puede empeorar, oigo a esa zorra ofrecerse a él.

«*Puedo hacerte tan feliz*».

—¿De verdad ha dicho eso? —casi grito, con la sangre bullendo en mis venas, y todo a mi alrededor parece desvanecerse.

Oigo a Dona y a Alessia llamándome desde lejos, pero ni siquiera respondo; en este momento soy un tren descontrolado, y esta zorra va a desear no haberse cruzado en mi camino.

Pietro la despide, y todo mi ser vibra.

Él no la ha querido. Ha dicho que solo yo puedo hacerle feliz.

Menuda respuesta, *Don* Zampieri.

La rabia empieza a disiparse, pero creo que me he alegrado demasiado pronto, porque cuando oigo las siguientes palabras salir de su boca, pierdo el rumbo y todo lo que veo es rojo.

—Ella no tiene por qué saberlo, será nuestro secretito; estoy segura de que puedo hacerte correrte a lo grande aquí, ni siquiera te acordarás de que ella existe.

Pietro le hace un gesto a Domenico para que se deshaga de la zorra, pero yo sonrío, sabiendo que esta noche quien va a hacerlo soy yo.

—¿Has oído algo de lo que ha dicho, zorra? ¡Está casado! —grito, al mismo tiempo que mi mano se cierra alrededor de su pelo y tira de su cabeza, alejándola de mi marido, haciéndola gritar de dolor.

Ignoro las miradas de sorpresa y me centro únicamente en la mujer que tengo delante.

—Suéltame —grita, pero ni siquiera le doy oportunidad de continuar; con la mano libre le doy una fuerte bofetada en la cara y cae a mis pies. —¡Loca! ¡Seguridad! —exclama, y yo sonrío.

— ¿Loca? Tú no has visto a la loca, querida —exclamo, colocándome encima de su cuerpo y empezando a propinarle una serie de bofetadas en la cara a esa desgraciada, que intenta defenderse mientras yo sigo fuera de control—. Nadie se mete con lo que es mío. ¡Nadie! —Sigo abofeteándola, mientras ella intenta defenderse, gritando descontroladamente, pero yo simplemente la ignoro.

Ella incluso intenta levantarse, pero soy más rápida, le doy un cabezazo que la hace gritar de dolor, con la sangre brotándole de la nariz y resbalándole por la cara.

—Esto es para que aprendas a no volver a ofrecerte nunca más a otro hombre, zorra. ¡Pietro es mío, mi jodido marido!

La mujer no sabe si llorar o intentar detener la hemorragia.

Mi pecho sube y baja al ritmo acelerado de mi respiración y oigo gritos a mi alrededor, pero los ignoro.

—Elena, ¿qué coño pasa? —La voz de Pietro resuena justo detrás de mí, y sé que está enfadado.

Que le den.

La culpa es suya.

Por hacerme sentir así…

No quería.

El puñetazo llega rápido, a traición, la zorra aprovechándose de mi distracción, y el anillo me corta el labio, haciéndome sentir el sabor de la sangre.

Es la gota que colma el vaso.

—Ah, te vas a arrepentir —gruño, abalanzándome sobre esa maldita que ha tenido el descaro de devolverme el golpe.

Ella abre mucho los ojos, intentando protegerse, pero no me detengo, le doy puñetazos en la cara una y otra vez, y solo paro cuando unos brazos fuertes me rodean la cintura y me alejan de ella.

— Para, ya lo ha entendido, bruja, ya lo ha entendido —me susurra Pietro al oído, sujetándome con fuerza.

Y sus palabras parecen resonar en mi mente.

Ha entendido el mensaje.

Mi pecho sube y baja al ritmo desordenado de mi respiración.

Nunca tuve nada, y esa mujer se estaba tirando a él…

De lo único bueno que me ha dado la vida.

Pietro es mío.

— Eres mío, mío… —jadeo, aún cegada por la rabia, pero veo que me ha oído.

Su mirada lo dice todo.

En un segundo, estoy en medio del caos; al siguiente, me carga sobre su hombro y se aleja de allí con paso firme.

— Pietro — grito, pero él hace como si no me oyera.

Abre una puerta de un golpe, dejando al descubierto una especie de despacho.

— ¡Fuera, YA! —grita, y quienquiera que sea obedece sin replicar.

La puerta se cierra de un portazo detrás de nosotros, con tanta fuerza que se nota las prisas que tienen por salir.

Estoy jodida, estoy tan jodida.

Pietro me suelta y, sin decir nada, se dirige hacia la puerta y la cierra con llave.

Estamos solos.

Apoya la mano sobre la madera y parece estar respirando hondo.

Está enfadado, cabreado y, por un segundo, pienso que me he pasado, pero joder, en ese momento no pude pensar.

Simplemente no pude.

Que le den, la mejor defensa es el ataque.

—Si vienes a defender a esa maldita, te juro por Dios que te arrancaré los huevos mientras duermes —exclamo, dejando que mis emociones se apoderen de mí, y entonces él se gira, lentamente, con su mirada verde clavada en la mía.

Intensa, ardiente.

No dice nada.

Pero se acerca, sin dejar de mirarme fijamente en ningún momento.

— Pietro —jadeo, dando un paso atrás, solo para chocar contra la mesa de madera.

—Repite lo que has dicho ahí fuera —me ordena, deteniéndose a pocos centímetros de mí.

— ¿Qué? —Me muerdo los labios, nerviosa, y el dolor me invade.

Su pulgar roza con cuidado el punto magullado, y las piernas se me debilitan un poco.

—Ya lo sabes, Elena. —Esa voz ronca no debería afectarme, pero lo hace.

Mucho.

— Yo… dije que tú… —empiezo, pero me callo.

— Sigue —insiste, y sé que no hay escapatoria.

Sé que ya no quiero huir.

—Eres mío —exclamo, levantando la barbilla.

Su mano me agarra con fuerza por la nuca, sus dedos se enredan en mi cabello y sus labios están casi pegados a los míos.

— Joder, sí, y tú eres mía, toda mía —subraya, y siento cómo se me humedecen las bragas.

—No quería… quererlo —jadeo, sin apartar la mirada de la suya—, pero…

— Lo quieres —concluye mi frase, y no me contengo, digo lo que hay dentro de mí.

— Mucho.

Apenas salen las palabras de mi boca, sus labios ya están sobre los míos, intensos, exigentes, tomándolo todo de mí, tragándose mis gemidos ansiosos.

—Joder, cómo deseaba oírte admitirlo —susurra, con la boca pegada a la mía.

Los dos estamos jadeando.

— No me hagas arrepentirme —le advierto, y él sonríe.

—Te haré arrepentirte solo por haber tardado tanto en admitirlo, *maghetta* —exclama, tirándome de la camiseta hacia abajo, dejando al descubierto mis pechos. Y apenas tengo tiempo de decir nada, cuando se abalanza sobre mi pezón, chupándolo con fuerza.

Es brusco, ansioso.

—Pietro —grito, sorprendida por su embestida, agarrándole el pelo con fuerza, mientras él sigue chupando sin descanso.

No responde, no dice nada.

Empuja todo lo que hay sobre la mesa, y solo oigo el ruido de las cosas al caer al suelo.

¡Joder!

En un segundo, siento el suelo; al siguiente, me agarra el culo, me levanta y me sienta sobre la mesa, con el cuerpo metido entre mis piernas, sin dejar ni un segundo de chuparme las tetas.

—A alguien no le va a gustar este desastre —jadeo, sintiendo cómo su mano sube por mi muslo, sabiendo que encontrará mis bragas empapadas.

—No podría importarme menos —responde, pasando la lengua por el pezón duro, solo para morderlo a continuación, tirando ligeramente entre los dientes, con los dedos casi tocando mi intimidad, y me doy cuenta del momento exacto en que se da cuenta de mi estado.

Su mirada cambia.

—Joder, Elena. —Aparta la tela hacia un lado, deslizando el índice por mi raja empapada.

— Oh…

— ¿Sabes lo que significa esto? —pregunta, metiéndome dos dedos, con el pulgar frotándome el clítoris.

Niego con la cabeza, incapaz de hablar, limitándome a sentir su invasión.

—Significa que voy a follarme a mi mujer, aquí y AHORA MISMO.

— Por favor…

Pietro vuelve a chuparme las tetas, mientras sus dedos siguen embistiendo dentro de mí.

— Joder, podría pasarme horas aquí, chupándote, sintiendo cómo tu coño me empapa los dedos —exclama, deslizando la lengua por el pezón duro, solo para volver a chuparlo, con la mirada fija en mí.

— Pietro… —jadeo, necesitando más, mucho más.

—Si supieras lo difícil que ha sido estar lejos de esto, de estas tetas tan ricas —gruñe, soltando mi pecho con un chasquido, rozando su cara contra mi vientre, hasta detenerse a centímetros de mi intimidad, observando embelesado cómo sus dedos entran y salen de mi interior. —Estar lejos… —apenas reconozco su voz, está hambrienta, necesitada— …de este coño delicioso.

— No te alejes —suspiro, y su mirada se cruza con la mía—. No más, nunca más.

— ¡Joder! — Se baja la cremallera hasta el fondo, levantándome la falda hasta que queda como un montón de tela alrededor de mi cintura, y luego se acerca a mi oído. — Te quiero bien abierta sobre esta mesa, para mí —gruñe, y ni siquiera pierdo el tiempo, simplemente hago lo que me ha pedido.

Me inclino, apoyando los codos sobre la mesa, mientras Pietro apoya las manos en mis rodillas, abriéndome, con la mirada fija en mi coño.

—Por favor…

—Sí, joder, bien abierta, toda mía —exclama y, de un tirón, las bragas se convierten en un trozo de trapo en su mano.

—No lo has hecho… —Ni siquiera consigo terminar la frase; observo, casi en trance, cómo Pietro se arrodilla ante mí, me separa los muslos con las manos, saca la lengua y la desliza de abajo hacia arriba por mi pliegue, saboreando toda mi excitación.

—Mía, joder, toda mía —afirma, y no me oirá quejarme, porque sí, suya, toda suya.

Echo la cabeza hacia atrás, deleitándome con la sensación de su barba rozando mi piel, mientras su lengua sigue lamiéndome con placer, y cuando creo que no puede mejorar, claro que Pietro me sorprende: me clava dos dedos profundamente dentro de mí, al mismo tiempo que se lleva mi clítoris a la boca, chupándolo con ganas, como si no pudiera tener suficiente, como si no hubiera nada más que nosotros y la necesidad urgente que tenemos el uno del otro.

—¡Joder! —grito, agarrándome con fuerza al borde de la mesa, sin importarme lo más mínimo que alguien nos oiga.— Más, más… —suplico, y podría jurar que está sonriendo, pero no responde.

Solo actúa.

Me sujeta la cadera con la mano, manteniéndome prisionera de su asalto, volviéndome loca con cada deslizamiento de su lengua por mi raja, cada vez que sus labios se cierran alrededor de mi clítoris, chupando con fuerza, al mismo ritmo que sus embestidas.

—Pietro —gimoteo, intentando levantar la cadera, necesitando más, necesitando que esté dentro de mí, y el muy maldito no responde, solo extiende la mano sobre mi vientre, mientras sigue torturándome, recordándome todo lo que he perdido por terquedad, recordándome *todo lo que es mío.*

—Quiero que te corras en mi lengua, bruja. Córrete… —Me muerde el clítoris, haciéndome gritar—. Córrete, que voy a beber hasta la última gota, y luego veré cómo mi polla desaparece en tu coño apretado.

— Sí, sí… — gimo, sintiendo cómo me tiemblan los muslos; él también se da cuenta, porque empieza a embestir con fuerza, con sus dedos invadiéndome, abriéndome, mientras me chupa el clítoris sin piedad.

Solo hambre, solo necesidad.

— ¡Oh, Dios! —gimo, agarrándole del pelo, y eso parece excitarlo aún más, ya que me mete otro dedo dentro—. —Pietro — grito, echando la cabeza hacia atrás, explotando en un orgasmo arrollador, intenso, como todo entre nosotros.

Y mi marido no para.

Saca los dedos de dentro de mí y empieza a follarme con la lengua, saboreando mi orgasmo tal y como dijo que haría, y lo único que puedo hacer es gemir, mientras él sigue frotando su cara contra mi coño, empapándose de mi excitación.

—Pietro, por favor —gimo, ansiosa.

Levanta la cabeza ligeramente, con la cara metida entre mis piernas, y podría correrme de nuevo solo con esa imagen, pero quiero más, lo quiero a él.

— Fóllame —exclamo, y su sonrisa de satisfacción me desarma; al muy muya le gusta oírlo, le gusta saber que lo deseo. — ¡Quiero tu polla dentro de mí, AHORA! —ordeno, dándole exactamente lo que quiere.

Pietro da una última lametón, de abajo hacia arriba, mordisqueándome el clítoris por última vez y luego empieza a desabrocharse el cinturón, con la mirada fija en mí.

— ¿Quieres mi polla? —pregunta, con voz ronca, cargada de deseo.

— ¿Tengo que repetirlo?

—¡Claro que sí, joder, claro que sí! —exclama, frotando la cabeza hinchada contra mis pliegues, empapándola de mi excitación.

— ¡La quiero!

— ¿Qué quieres, *maghetta*? — Empuja dentro de mí, solo para alejarse.

— Por favor…

Sonríe, esperando mi respuesta.

— Esto tendrá consecuencias.

—Estoy deseándolo —me provoca, repitiendo el movimiento, entrando, haciéndome jadear, solo para retirarse.

—Quiero tu polla —exclamo en voz alta, sin apartar la mirada de la suya. —Que me folles, que me llenes, que me hagas tuya, *toda* tuya… —insisto, y Pietro ni siquiera responde, solo se clava de un solo golpe dentro de mí, haciendo exactamente eso.

Y yo soy un caso perdido.

Miro donde nuestros cuerpos se funden y no me callo.

— Sí, sí, todo dentro de mí, hasta el fondo… — grito, echando la cabeza hacia atrás, gimiendo de placer, y él hace

exactamente eso, se aleja, solo para volver a meterla hasta el fondo.

Hasta que solo quedan nuestros cuerpos pegados, juntos, y siento que estoy a punto de explotar.

— Fóllame, fóllame —gruñe Pietro, agarrándome por la nuca, manteniéndome allí, observándolo embestir sin descanso dentro de mí, abriéndome, llenándome, haciéndome sentir en cada centímetro de mi cuerpo a quién— — le pertenezco. — Mira qué golosa es tu coño, bruja, mira cómo te lo tragas todo, toda mi polla, joder — exclama, embistiendo rápido, fuerte, y yo solo gimo, entregada, tragándome todo lo que me da.

Todo.

Pietro empieza a frotar su pulgar contra mi clítoris hinchado, al mismo tiempo que aumenta la velocidad de las embestidas, entrando y saliendo de mi interior, follándome con fuerza, sin descanso, y no voy a aguantar mucho más.

— Pietro, Pietro, yo… — gime, apoyando las manos en la mesa, intentando mantenerme firme, intentando aguantar, pero cada segundo que pasa se vuelve imposible.

— Mía, mía… — repite, sin dejar de embestir, y no sé si es el sonido de nuestros cuerpos chocando, de mis gemidos, de los suyos, o la forma en que me hace sentir con cada movimiento, marcándome, arruinándome, solo sé que estoy de acuerdo con cada palabra que sale de su boca, y por eso grito, sin importarme las consecuencias, sin importarme nada más.

—¡Tuyo, tuyo, todo tuyo! —exclamo, cuando todo se vuelve demasiado, y el orgasmo llega con toda su fuerza, desgarrándome, haciéndome ver que no hay vuelta atrás.

Nunca tuve ninguna oportunidad.

No contra él, contra nosotros.

— Joder, Elena, joder, soy tuyo, joder, solo tuyo, *mia* maghetta… —grita, corriéndose al instante, llenándome con su semen, y no puedo contener la sonrisa. Me siento débil, el corazón parece a punto de estallar en el pecho y, contra todo lo que había imaginado, siento cómo una lágrima resbala por mi rostro, no de tristeza, sino de constatación, *de aceptación*.

Ya no puedo huir.

Ya no quiero huir.

Nunca más.

Lo quiero…

En mi vida, en mi cama.

Quiero que nuestro matrimonio sea real.

Porque lo que siento por Pietro Zampieri es real.

Lo amo.

Y negarme a aceptarlo por miedo al mañana, a lo que el futuro nos pueda deparar, es lo mismo que no vivir por miedo a la muerte.

Y yo elijo vivir… *con él.*



Walking the Wire – Imagine Dragons
I See Red – Everybody loves an outlaw
Perfectly Broken – Banners con Lily Meola

—Creo que no siento las piernas —murmura Elena, con el pelo esparcido sobre la mesa, la respiración acelerada, el rostro sonrojado y la mirada aún embelesada por el placer.

Mi…

—Déjame ayudarte, *bella* —le digo, sujetándola por la cintura y levantándola hasta que queda sentada frente a mí.

—Debo de tener el pelo todo revuelto —hace una mueca.

—¡Estás preciosa! —exclamo, sin apartar la mirada de la suya, rozando mis labios contra los suyos, al mismo tiempo que le vuelvo a colocar la camiseta en su sitio.

—Gracias —me da las gracias, sonriendo—, pero creo que no habrá mucho que hacer en cuanto a… —Su mirada se dirige a lo que queda de las braguitas.

Cojo el trozo de tela y lo guardo en mi bolsillo.

— ¿Un recuerdo?

—Soy más bien de las que prefieren crear siempre nuevos recuerdos… —Le guiño un ojo, y la bruja se sonroja, sabiendo ya a

dónde quiero llegar.

Sí, preciosa, ya quiero comerme tu coñito una y otra vez.

Joder, mi polla apenas se ha ablandado y ya empieza a animarse.

Contrólate, joder.

La fotografío desde encima de la mesa y observo cómo Elena se arregla la falda de cuero.

— Esta cremallera debe permanecer totalmente cerrada — digo sin rodeos, y mi tono deja claro que no estoy bromeando.

— Pero es que es tan…

— Elena.

— Es broma, se va a quedar cerrada, quiero disfrutar un poco del sitio sin tener que preocuparme de que mates a alguien.

— Vale.

— Pero que quede claro que es una falda muy recatada.

— Da las gracias por no dejarte el culo rojo por haber venido aquí con ella.

—No lo harías —dice, pero en cuanto su mirada se cruza con la mía, sabe cuál es la respuesta y se sonroja.

Hasta otro día, bruja.

—Ya que me has ayudado, me toca a mí —cambia de tema y empieza a abrocharse algunos botones de mi camisa, y confieso que ni siquiera me di cuenta de cuándo se habían desabrochado—. Tú ocúpate de ahí abajo… —susurra, mirando fijamente mi polla, que ya está lista para otra ronda.

—Si sigues mirándola así, ni siquiera tendremos que arreglarnos. —Mi voz es una advertencia.

— Yo… —jadea, saltando de la mesa y alejándose unos pasos, pero le agarro la muñeca y la atraigo hacia mí—. Pietro — susurra mi nombre, con la boca a centímetros de la mía, y le levanto la barbilla, necesitando que me mire a los ojos.

—Lo que ha pasado aquí, hoy… —empiezo, pero ni siquiera necesito terminar la frase.

—No ha sido solo hoy —me corrige, con sus ojos verdes clavados en los míos—. Ya no voy a huir, no de ti —dice, y hay tanto en su mirada.

Tanto.

Le sujeto la nuca, pegando mi frente a la suya.

Me dan ganas de gritar.

— Por fin, joder —gruño, uniendo mis labios a los suyos, y por mucho que intente ir despacio, con calma, no lo consigo, no cuando la bruja responde con la misma necesidad, con la lengua enzarzada en un duelo con la mía, gimiendo en voz baja, con las manos deslizándose por mi pecho, agarrándome la polla por encima de los pantalones. — Elena —gimo, apartándome, y los dos estamos jadeando, ambos con ganas de más.

—Más tarde.

—Cuento con ello.

—¿Lista para volver allí?

Asiente con la cabeza, sonriéndome.

— Cuando oí tu voz, pensé que estaba delirando.

— La próxima vez que se te ocurra quedar aquí… —empieza a decir, y esta vez soy yo quien termina la frase.

—Mi mujer vendrá conmigo.

—Buena respuesta. —Sonrío, y todo mi ser se agita.

— Solo te quiero a ti, bruja, solo a ti.

Y joder, su sonrisa se hace aún más grande.

Salimos de la oficina y ni a Massimo ni a sus hombres se les ocurre decir nada.

Por suerte, ni rastro de ninguno de ellos.

Espero bromas y comentarios maliciosos de Roman, pero tampoco hay ni rastro del Ruso; solo veo a Martina y a Giovanni, y ambos siguen sentados en el sofá, ajenos a nuestra llegada, o quizá no tanto, ya que la ejecutora deja de mover el cuchillo y mira en nuestra dirección con una leve sonrisa.

Es sutil, pero la conozco muy bien.

Joder, Tina, hasta tú.

—Espero que hayáis resuelto todo lo que había que… *resolver*.

Elena, a mi lado, se pone roja como un pimiento, pero yo ni me inmuto, simplemente la ignoro.

— Todos los oyeron follando; si eso no es resolverlo, no sé qué es —suelta mi hermano, con su sutileza de siempre.

— ¡Oh, Dios! — La oigo jadear.

— No le hagas caso —le susurro al oído, antes de volver mi atención hacia mi subjefe. — ¿Dónde están los demás?

— Romeo y Roman están en la pista.

Arqueo una ceja, sabiendo que ambos odian la planta baja y prefieren las ventajas de la zona VIP o del sótano.

—Sí, has oído bien. A Alessia se le ocurrió bajar con la Dona y, básicamente, mandó a Roman a la mierda cuando él le dijo que ella no iría.

— ¿Así de tranquilo fue?

—¿Tranquilo? ¿Has oído lo que he dicho? —espeta Giovanni.

—No veo ni rastro de sangre —respondo, volviendo mi atención hacia Martina, que, al igual que yo, parece estar divirtiéndose con la situación.

—Eso es porque la noche no ha hecho más que empezar —murmura—. Lo único que sé es que, con esta payasada, Les ha conseguido espantar a todas las chicas.

—Entiendo cuál es tu problema. Seguro que encontrarás una solución.

—Claro que sí. —Esboza una sonrisita y hace un gesto al camarero, que le trae otra copa de whisky.

—¿Quieres bajar? —le pregunto a Elena, deseando que su respuesta sea no.

—Creo que ya he tenido suficiente sangre por hoy —dice, tocándose ligeramente la frente, donde empieza a aparecer un pequeño hematoma.

No disimulo mi sorpresa.

—¿Qué? ¿Crees que no sé que te meterás en líos con el primero que me mire mal?

— ¿Meterse en líos? No, lo mataría.

—Exacto, prefiero quedarme aquí, hay menos gente.

— ¡Joder, sí! — Me siento, atrayéndola hacia mi regazo, e inmediatamente recuerdo que no lleva bragas. Elena también debe

de haberse dado cuenta de ello, porque veo cómo aprieta las piernas una contra otra.

Joder…

—No nos quedaremos mucho rato, *maghetta* —empiezo, apartándole el pelo rubio, solo para susurrarle al oído, empapándome de su perfume—. Ya estoy duro y listo para follarte otra vez, pero eso ya te has dado cuenta. —Le beso el cuello y ella sonríe, haciendo que mi polla presione contra la cremallera, rozándole el culo suave.

— Vosotros dos realmente necesitáis una habitación —espeta Tina, levantándose y caminando hasta la barandilla, y no puedo contenerme, me echo a reír a carcajadas.

—¿No te vas a divertir, Tina? —le pregunto, sabiendo ya cuál será su respuesta. —Aquí no hay nada que merezca ni un segundo de mi tiempo.

—¿Por qué has venido? —provoca Giovanni, pero ella no duda en responder.

—Por el caos.

—Pues lo has conseguido —afirma mi hermano, y no podría estar más de acuerdo. Menuda noche.

—¿Quién ha dicho que haya acabado? —suspira, volviendo a mirar hacia abajo, y por los gritos, ya sé lo que significa: problemas.

No tarda mucho en que Alessia y Donatella regresen con Roman y Romeo justo detrás de ellas y, por lo irritada que parece mi prima, mientras Roman sangra por la ceja, diría que el problema ya está aquí.

—¿Qué ha pasado? —pregunto sin inmutarme.

—Está vivo, o al menos lo estaba cuando tus guardias de seguridad se lo llevaron a rastras.

—¿Cómo puedes ser tan imbécil, Roman? Podría haberlo solucionado todo yo sola.

—De nada, Rayo de Sol.

Alessia levanta el dedo corazón y se dirige hacia el bar.

—Tu prima es una desagradecida. Solo la libré de ese fastidio.

Asiento con la cabeza, sabiendo que seguro que lo hizo, aunque no fuera necesario.

—¿Te lo has pasado bien, señora? —le pregunta Elena a su hermana, que solo entonces mira en nuestra dirección y parece ligeramente sonrojada. Romeo, por su parte, abre y cierra los dedos de la mano y no se me escapan dos cosas: la sangre fresca, señal de que su puño ha impactado en la cara de alguien, y, por supuesto, la mirada fija en ella.

Sí, el cretino también se lo pasó bien por allí.

—Ha sido… interesante —dice, sonrojándose aún más.

Esto se pone cada vez mejor.

Es una pena que mi consejera no haya venido. Sin duda, Stella habría encontrado la confirmación de algunas de sus teorías.

Afortunadamente, el resto de la noche pasa en un abrir y cerrar de ojos y sin contratiempos.

Aunque estaba desesperado por marcharme, hice el sacrificio de quedarme unas horas más, ya que era evidente que Elena y su hermana se lo estaban pasando bien con mis primas, y me resultaba imposible no pensar en todo lo que se las habían quitado.

Miro a mi hermano, completamente entretenido con dos mujeres en su regazo, y ni siquiera hace falta preguntar: es obvio que la noche aún no ha terminado para él.

Le hago un gesto a Domenico y él sabe lo que tiene que hacer. Por suerte, y previendo ya este tipo de situación, hemos venido en dos coches, lo que facilita la logística.

— ¿Vuelves hoy a Moscú? —le pregunto de improviso a Roman, que sigue tirado en el sofá, con un vaso de vodka en la mano y la mirada perdida. — Roman… —insisto, y solo entonces consigo captar su atención.

— No. Primero voy a Fráncfort. Mañana tengo asuntos que tratar allí con el *brigadier* de la región.

—¿Algún problema?

—Nada que no pueda manejar. —Sonrío y ya sé que alguien no vivirá para ver el día siguiente.

—Si necesitas algo —destaco, sin apartar la mirada de la suya, y el chaval lo sabe.

—Lo mismo digo, hermano. —Me aprieta el hombro, pegando su frente a la mía—. Me alegro de verte —parece pensar en la palabra—. Feliz —añade, y tengo que admitir que en nuestro mundo no es tan habitual.

Me callo, no hace falta que diga nada.

Él sabe por qué.

—Me alegro de ver que has sobrevivido a la noche —le provoqué, y su mirada se dirigió hacia ella.

—Bueno, la noche aún no ha terminado; al fin y al cabo, no me he ido —bromea, guiñándome un ojo y dirigiéndose hacia Alessia, que está hablando con uno de los camareros.

Riendo, vuelvo mi atención hacia donde están Elena, su hermana y Martina.

—¿Listas?

—He venido con Tina… —empieza Elena, un poco cohibida, y ni siquiera la dejo terminar.

—Y volverá conmigo —subrayo, dejando claro que no es un tema que se pueda discutir.

— Oh…

—Seguro que a tu hermana no le importará volver con Tina. —Mi mirada se cruza con la de Donatella y ella, claro, ha entendido mi intención.

— Muy sutil —susurra Romeo solo para mí, pero lo ignoro.

A la mierda la sutileza, lo único en lo que puedo pensar es en lo largo que se me hará el viaje con Elena sin bragas a mi lado.

—No le molesta en absoluto —afirma Dona, para mi alivio—. Ya he tenido suficiente de mi hermana por hoy, créeme —añade, y es evidente que se está riendo por dentro.

—Vaya, traidora —refunfuña Elena, pero también se está divirtiendo con la situación.

Durante los siguientes minutos, nos despedimos y, a excepción de Giovanni, que seguirá de juerga, todos se marchan.

—Todo listo para partir, señor —avisa Domenico y, con una señal, los soldados comienzan a moverse, dejándonos paso.

—Es mucho más fácil atravesar esta multitud con ellos abriéndonos paso —susurra Elena, mientras caminamos hacia el

convoy.

—No me gusta ni siquiera pensar en ti moviéndote por la planta baja, sin protección.

— Tranquila. Nadie se nos ha acercado. Parecía que todos sabían que acercarse a Martina era un camino sin vuelta atrás.

No podían tener más razón.

— Aun así, la próxima vez te quiero a mi lado y totalmente protegida.

—¿Hay peligro aquí?

—Siempre lo hay, siempre —subrayo, y veo cómo la comprensión se refleja en su mirada; sin duda, Elena está recordando lo que pasó en nuestra luna de miel, y eso me recuerda que tengo que resolver esta mierda de una vez por todas.

Hay que dejar las cosas claras.

Nadie se mete con la familia y sale vivo.

— Hemos tomado precauciones, tenemos hombres repartidos por toda la zona, algunos de civil, pero aun así, nunca podemos bajar la guardia.

— Eso es horrible.

—Por desgracia, es nuestra realidad. —Le tiendo la mano para ayudarla a subir al todoterreno y ella asiente.

En cuestión de segundos, nos ponemos en marcha y un silencio opresivo invade el vehículo a medida que el club se va alejando cada vez más.

Miro a Elena, que está contemplando el paisaje, perdida en sus propios pensamientos.

—Me gustaría aprender a defenderme —suelta de repente, y su mirada se cruza con la mía—. Sé que tú puedes protegerme… — Se muerde los labios, y sé que está preocupada.

—Siempre te protegeré, con mi vida, pero me parece una idea estupenda e, de hecho, iba a sugerírtelo.

— ¿Lo prometes?

—Por supuesto. Todos en la familia están entrenados.

— ¿Todos?

— Sin excepción —afirmo—. Está claro que sabes disparar y luchar…

— Fue suerte. —Hace una mueca.

— Suerte o no, me has salvado —exclamo, y nos quedamos unos segundos mirándonos fijamente.

Los recuerdos de aquella noche aún están frescos.

—Quiero saber más, quiero estar preparada, quiero ser útil… quiero poder proteger a nuestra familia —dice, sin apartar la mirada de la mía.

Y sé que lo ha dicho en serio, cada jodida palabra.

Cada una de ellas.

Nuestra familia.

Joder, cómo se me acelera el corazón solo con oír eso.

La agarro por la cintura, la siento sobre mi regazo y le sujeto la nuca con firmeza.

—Vaya —susurro, con la boca a centímetros de la suya.

— Vaya — repite ella, y yo me pierdo en sus labios, necesitando más y más de ella.

— Pietro… —jadea, apoyando las manos en mi pecho, con su coño desnudo rozando mi polla, y tengo la sensación de que podría explotar aquí y ahora.

— Fóllame, Elena —gruño, mordisqueándole la oreja—. Estoy seguro de que estás toda mojada.

— Descúbrelo…

—Ya te he dicho que toda acción tiene una reacción —le advierto, subiendo la mano por su muslo, y la veo jadear cuando mis dedos se deslizan por su coño.

—Cuento precisamente con eso —provoca la bruja, y yo aprieto los dientes al sentir mis dedos empapados de su excitación.

—¡Empapada, joder! —gruño, metiéndole dos dedos dentro, y ella se muerde los labios.

—¿Cuál va a ser tu reacción, *Don* Zampieri? ¿Qué vas a hacer al respecto? —me susurra al oído, rozándome el cuello con las uñas.

—¿Yo? ¡Nada! —respondo, y me divierte ver la sorpresa en su rostro. —Tú vas a… —continúo, captando su atención—. Vas a montarte en mi polla y cabalgarla hasta que mi semen te resbale por los muslos.

— Pietro, los soldados…

Mis dedos se cierran sobre sus mechones.

—Deberías haber pensado en ellos antes de provocarme, bruja, pero ten por seguro que no pueden ver ni oír lo que pasa aquí atrás, a menos que yo lo desee.

—Oh… —suspira, aliviada, y le muerdo la barbilla.

— ¿De verdad crees que dejaría que alguien se quedara mirando mientras mi mujer me cabalga, mientras se traga mi polla?

Elena se sonroja, negando con la cabeza, y yo me pongo aún más duro.

—Exacto. Eres solo mía, solo mía. Ahora, ¿qué vas a hacer?

No responde.

Sus dedos se dirigen a mi cinturón y, en cuestión de segundos, la bruja me tiene en la mano.

— Joder, Elena —la insulto cuando empieza a mover la mano arriba y abajo, en una clara provocación, pero luego se acomoda, con las rodillas apoyadas junto a mis muslos, abierta, lista para recibirme.

— ¿Es eso lo que quieres? —me pregunta, colocando mi polla en su entrada, solo para bajar, despacio, metiéndose cada centímetro en su coño apretado.

— Joder, sí —gimo, observando hipnotizado cómo Elena me toma por completo.

—Oh… —jadea, y meto mi mano entre nosotros, estimulándole el clítoris, al mismo tiempo que le devoro la boca en un beso hambriento, necesitado, tragándome todos sus gemidos, mientras Elena empieza a moverse, tímidamente, sobre mi polla, en una dulce tortura.

—Me vas a matar… —Apenas reconozco mi voz y la bruja sonríe, subiendo y bajando sobre mi polla, al principio despacio, pero luego acelera y, con cada movimiento, tengo la sensación de que voy a explotar.

— ¿Te gusta? —pregunta, inclinando sus deliciosos pechos hacia mí, y yo aparto la tela, ansioso por tenerlos en mi boca.

Muerdo el pezón duro, chupándolo con fuerza, y ella grita, cabalgando sobre mi polla sin descanso.

—Qué buena estás —gruño, agarrándole las tetas, frotando mi cara contra ellas, y eso parece volverla loca, porque aumenta la velocidad. —Eso, guapa, monta, cabalga mi polla. Toma lo que es tuyo —exclamo, untando un dedo en su excitación, solo para llevarlo hasta su culo, frotando, presionando despacio, solo para oírla jadear mi nombre.

— Pietro… — Abre mucho los ojos, clavándome las uñas en el pecho, intensificando los movimientos, tomándome con ganas.

— Joder —gimo, añadiendo otro dedo y empezando a embestir en su culo, mientras su coño se traga mi polla. — Eso, *maghetta*, dé , apriétame —le ordeno, en un esfuerzo sobrehumano por mantenerme inmóvil, dejándola al mando, dejándola tenerme todo para ella.

Absolutamente todo.

Y, joder, si la visión de mi mujer, subiendo y bajando sobre mi polla, con los ojos vidriosos de placer, los labios entreabiertos, gritando mi nombre, no es mi perdición.

Fóllame, fóllame…

Exploto, llenándola con mi semen.

—Elena… —susurro, besándole la frente una, dos veces, mientras su cuerpo flácido se apoya contra mi pecho.

—¿Puedo quedarme aquí un rato más? —pregunta, acurrucándose sobre mí, con mi polla aún palpitando dentro de ella.

—Todo el tiempo que quieras, todo el tiempo que quieras —le susurro entre su cabello, pero sabiendo que me ha oído, ya que su cuerpo se relaja, y yo solo me entrego a la indescriptible sensación de tenerla ahí, en mis brazos, conmigo… *entregada.*

—Ya hemos llegado, preciosa —murmuro, unos minutos después, sin poder posponer más el momento.

— Mmm… —murmura, somnolienta, y le arreglo la ropa lo mejor que puedo.

—Enseguida estaremos en casa —le digo, y ella parpadea, como si asimilara mis palabras.

—¿Ya? —murmura, y yo sonrío.

En pocos minutos, el todoterreno se detiene frente a la escalera y me bajo, cogiendo a Elena en mis brazos rápidamente y

subiendo los escalones que llevan a nuestra habitación.

— Me pesan los ojos. No debería haber dejado que durmiera encima de ti —murmura.

—Estaba bien, tú ahí… conmigo —confieso, y veo su tímida sonrisa—. ¿Un baño y a la cama?

—¿Te vas a dar una ducha conmigo?

— Elena…

—Solo una ducha, te lo juro, me encantaría —me pide, y ¿cómo voy a negarme a su petición?

—Voy a cuidar de ti, *mia maghetta.*

Esboza una enorme sonrisa y no pierdo el tiempo; en cuestión de segundos la tengo desnuda delante de mí y tengo que contenerme para no atraerla hacia mí y sentirla derretirse en mis brazos, suplicando más y más.

Solo un baño, recuérdalo.

La cojo de nuevo en mis brazos y me dirijo al baño.

— Tengo sueño, pero aún puedo caminar.

Ni siquiera respondo.

La acuesto sobre la alfombra mullida, abro la ducha y ajusto la temperatura del agua.

—Las damas primero… —Hago un gesto y ella se ríe, metiéndose bajo el agua tibia, con la mirada fija en mí.

—¿No te vienes?

Me quito la ropa y enseguida me uno a ella, deslizando la mano por su espalda; sus pechos rozan mi pecho y mi cuerpo se anima.

—Mi polla no entiende que solo es una ducha —le explico, y su mirada se dirige hacia allí.

—Pietro —susurra mi nombre y sé lo que está pensando; veo sus mejillas sonrojadas y, por mucho que todo en mí grite que sí, Elena se merece descansar.

—Solo un baño, ¿te acuerdas?

—Pero… —empieza a decir, pero ni siquiera le dejo terminar; cojo el champú y vierto una cantidad considerable en mi palma.

— Date la vuelta —le ordeno y ella obedece, dándome la espalda.

Qué guapa.

Ese culo blanco suplicando que se lo laman, que se lo follen…

Concéntrate, joder.

— No te preocupes, aún te voy a follar en la ducha —le susurro al oído, al mismo tiempo que le masajeo el pelo.

— Eso no es justo, me estás poniendo cachonda.

— Piensa que son los preliminares…

— No hace falta, ya estoy lista. — Saca el culo hacia mí, rozando mi polla.

— ¡Joder, Elena!

—Quiero correrme, ¿cómo voy a dormir así?

— Debería dejarte el culo rojo por provocarme. — Tiro de su cuerpo hacia el fondo del agua, asegurándome de que se vaya toda la espuma, y no me resisto: me sorprendo acariciándole los pechos, pellizcándole los pezones duros.

Fóllame, fóllame…

— No pares.

Cojo el jabón líquido y empiezo a enjabonarla, deslizando mi mano por sus brazos, piernas, muslos, subiendo por la parte interior, solo para llegar al vientre, y luego volviendo a empezar.

— Pietro… — jadea, y yo sigo concentrado.

Empiezo a enjabonarle los pechos, sin prisas, tomándome mi tiempo, observando cómo se sonroja, le pellizco los pezones, solo por el placer de verla jadear, y solo entonces sigo hacia su culo, y la bruja, claro que me complicaría la vida, se inclina, a propósito, y no pierdo el tiempo, deslizo mi dedo índice por su culo.

— Apuesto a que estás deseando que mi polla te llene por aquí… — Presiono el dedo índice contra su culo, sintiendo la resistencia de los músculos, y ella jadea. — Apuesto a que me vas a apretar de lo lindo, igual que lo estás haciendo con mi dedo — añado, metiéndole otro dedo dentro.

— Estás loco, yo no…

—Loco o no, será un placer para mí cuando me supliques que te folle el culo, que te llene hasta el fondo…

— Tú y esa fijación por hacerme suplicar.

No puedo contener la risa.

— Lo has suplicado, ¿verdad? Y te ha gustado.

—Maldito —me insulta, pero se está riendo, y esa es mi señal: empiezo a enjabonarle el coño.

—Qué mojada, joder…— Le meto dos dedos dentro y empiezo a follarla, entrando y saliendo sin parar.

— Pietro, por favor.

Hago caso omiso de su petición, sigo ahí, embistiendo dentro de ella, observando cada una de sus reacciones, y cuando veo que está a punto de llegar, empujo su cuerpo bajo el chorro, sacando mis dedos, solo para ver cómo toda la espuma se va por el desagüe, mientras ella maldice en voz baja.

— Yo…

Ni siquiera espero a que termine la frase.

Sé que solo es una ducha, pero eso no significa que mi mujer no pueda correrse.

Todo gira en torno a ella.

Todo.

Me agacho delante de ella, le abro los labios y le lamo con ganas, subiendo y bajando por su raja.

—Pietro… —Me agarra del pelo, pero no le hago caso; le rodeo el clítoris con la lengua, provocándola, excitándola, y luego lo muerdo, chupándolo con fuerza, metiéndole dos dedos en el coño.

— ¡Oh, Dios, sí, no pares, no pares!

Ni de coña.

Cada gemido que suelta Elena va directo a mi polla, es mi combustible.

Chupo como el hombre hambriento que soy, y no tarda mucho en que sus muslos empiecen a temblar y su agarre sobre mi polla se intensifique.

— Pietro… — jadea, y sin dejar de chuparle el clítoris, le estimulo el punto G con el índice, sintiendo cómo sus paredes se contraen alrededor de mis dedos.

— Córrete, bruja, córrete para mí —le ordeno, intensificando los movimientos, observando hipnotizado cómo Elena sucumbe al orgasmo, derritiéndose en mis brazos, mientras sigo tomándolo

todo, lamiendo de arriba abajo, solo para pasar a embestir en su entrada, bebiendo su placer directamente de la fuente.

—Ahhh… —grita, y yo sigo, implacable, saboreándolo todo, hasta que por fin le doy una última lamida, levantándome, solo para presionarla contra la pared, uniendo sus labios a los míos, haciéndola sentir su sabor en mí.

— Me encanta tu sabor.

¡Te quiero!

Las palabras se me atragantan.

No quiero asustarla.

Cuando me aparto, los dos estamos jadeando, y su mirada se posa en mí, con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

— A eso es a lo que yo llamo un baño —dice jadeando.

—No podía dejar que mi mujer se fuera a dormir sin correrse.

—Me lo recordaré, ya verás, pero ahora me toca a mí —dice rápidamente, cogiendo el jabón, y ni siquiera intento decirle que no hace falta.

Observo cómo se acerca la pequeña bruja, con esa sonrisa de satisfacción en el rostro, mientras empieza a enjabonarme.

Cierro los ojos y dejo que se divierta, disfrutando de la increíble sensación de sus manos sobre mí.

Todos estos años, todos esos polvos sin sentido, nada…

Nada me ha preparado para lo que siento cuando estoy con Elena.

Ella recorre mi pecho con las manos, rozándome con las uñas, provocándome, y luego baja hacia mis muslos y la tortura continúa.

Soy yo probando mi propia medicina.

—Elena.

— Ni se te ocurra quejarte, ya tuviste tu oportunidad — replica, rozando a propósito sus deliciosos pechos contra mi espalda, y yo aprieto los dientes.

Sus manos se alejan y estoy a punto de meterme bajo el chorro de agua, cuando me sorprende al agarrarme la polla.

— ¡Joder! — Abro los ojos, solo para encontrarme con sus ojos verdes clavados en mí, mientras mueve la mano arriba y abajo,

en una dulce provocación.

—Solo falta esto —explica, sonriendo, frotando el índice contra la punta de mi polla, y no puedo contener un gemido. —¿Te gusta? —Intensifica los movimientos y se acaba el juego; me meto bajo el chorro de agua, deseando que esté jodidamente fría.

— Oye, aún no había terminado.

— Créeme, ya has terminado. — Mi voz es áspera y ella entrecierra los ojos.

Me preparo para su lengua afilada, su boca atrevida, todo menos ver a Elena inclinarse y tragarse mi polla, llevándola tan profundo como pueda, solo para volver subiendo y frotando sus labios a lo largo de toda mi polla.

—Joder… —apenas puedo articular, y la bruja sigue sin parar, moviendo la mano arriba y abajo, metiéndomela más profundo en la boca con cada embestida.

Le tiro del pelo, haciendo que su mirada se cruce con la mía, y casi me corro allí mismo al ver a mi mujer con la boca llena de mi polla.

— ¿Lo estoy haciendo bien? —pregunta, deslizando la lengua por el lateral hasta abarcar la punta, centrando allí su atención, chupando con ganas.

— Joder, sigue así, preciosa, chúpame la polla, chúpamela — le pido, y ella hace exactamente eso: la chupa con ganas, lamiéndome desde la punta hasta los huevos, solo para volver a la punta y tragarse casi toda mi longitud. —¿Te gusta, bruja? —le pregunto y, como respuesta, ella acelera sus movimientos. —Joder… —Le aparto el pelo, observándola chupar sin descanso, enloqueciendo con la visión de mi polla desapareciendo entre sus labios.

Mi autocontrol pende de un hilo.

No voy a aguantar mucho más.

—Elena —la llamo, y ella levanta la vista, con la boca llena, ocupada, y casi me corro allí mismo, llenándole la boca de semen. —Necesito que te apartes, necesito que pares… —le digo, ya al límite, pero ella no para, me agarra los muslos, desafiándome, diciéndome que va a seguir.

Dios mío.

Le agarro del pelo, necesitando que me mire, necesitando que entienda las consecuencias.

— O me haces caso y te apartas AHORA MISMO, o te voy a follar la boca, te la voy a meter con fuerza y te la voy a llenar con mi semen, y te lo vas a tragar hasta la última gota, te lo vas a tragar todo… — Mi voz es dura, una advertencia que la bruja ignora, volviendo a meterse mi polla hasta el fondo de la boca.

Joder, Elena.

Enredo una mano en su largo pelo, mientras la otra se dirige a su nuca.

Su mirada no se aparta de la mía.

—Acción y reacción, *bella maghetta* —susurro, y entonces empiezo a mover mis caderas hacia sus labios, al principio despacio, dejándola que se acostumbre. —Eso, joder, abre bien la boca, relaja la garganta —le ordeno, y ella asiente ligeramente con la cabeza. Me alejo un poco, solo para volver a meterla hasta el fondo, llenándola, vibrando con los sonidos que ella emite al intentar que me meta cada vez más profundo.

Aumento la velocidad, empezando a follarle esa boca atrevida, y Elena no se echa atrás; al contrario, me agarra los muslos, tragándose todo lo que le doy, volviéndome loco.

— Joder, joder… — Mi polla palpita y ella se da cuenta, levanta la mirada, y que Dios me ayude, pero es ahí, perdido en su mirada con mi polla enterrada entre sus labios, donde encuentro mi fin, exploto, llenándole la boca de semen, tal y como dije que haría, y Elena se lo traga todo, chupándome la polla sin descanso a un ritmo alucinante.

Gimo su nombre y necesito apoyar las manos en la pared para mantenerme firme, mientras mi glotona esposa sigue tragándoselo todo, chupando hasta la última gota de mi semen.

—De verdad que quieres matarme… —grito, hundiendo mi mano en su melena, y veo a la bruja reír, con los labios contra la cabeza hinchada de mi polla, dándome una última lametón, para luego levantarse con una sonrisa en el rostro.

—Ahora sí que se ha acabado —exclama, atrevida, pero ni siquiera puedo responderle, solo la atraigo hacia mí, rozando mis labios contra los suyos.

— ¿A la cama?

— Una ducha y a la cama, me parece un buen plan —sonrío y no puedo contener mi propia sonrisa.

—Me has dejado hecho polvo.

— ¿He hecho algo mal? —pregunta.

—No, no, al contrario.

— Yo… —empieza a decir, y hasta me da miedo lo que vaya a decir.

—¿Tú?

— Me ha gustado mucho.

— ¿Te ha gustado? —Arqueo una ceja, sin poder creer que esto esté pasando de verdad.

—De… —mira mi polla, que incluso da un espasmo— …de chupártela… —Se muerde los labios.

— Ya está, me he muerto.

Elena se echa a reír a carcajadas y yo no puedo resistirme, me uno a ella.

—Debo de estar soñando ya, mi mujer acaba de decirme que quiere chupármela.

— ¡Pietro! —exclama, sonrojándose.

— Estás preciosa así, toda sonrojada, y para que lo sepas, puedes chupármela siempre que quieras, *bella*, siempre. — Guiño un ojo, cierro el grifo de la ducha y la atraigo hacia mis brazos.

— Sabes muy bien —dice de repente, y yo cierro los ojos.

—Que Dios me ayude, vamos a dormir, antes de que me olvide de todas mis buenas intenciones y me te coma otra vez.

—No sería mala idea —me provoca.

—¡A la cama, ya! —ordeno, y ella se envuelve en la toalla blanca, riendo, preciosa de cojones.

Veinte minutos después, los dos estamos tumbados en la habitación a oscuras.

Agotados y satisfechos.

A diferencia de los días anteriores, no hay distancia, estamos juntos, Elena está acurrucada sobre mi brazo, con la mano apoyada en mi pecho, y me da miedo que pueda oír mi corazón acelerado, que pueda darse cuenta de cómo me afecta.

—Hay algo que tengo que contarte —le digo, acariciándole el pelo, incapaz de dejar este asunto para mañana

— ¿Qué pasa? — Gira ligeramente la cabeza y cruza su mirada con la mía.

—Otavianno Falchetto.

— ¿Te ha hablado Alessia?

—No ha sido ella —digo, y ella arquea una ceja.

— Romeo, pero eso no viene al caso.

—Necesitaba ayuda, necesitaba… —Le pongo el dedo índice sobre los labios y ella se calla.

—No has hecho nada malo —le tranquilizo, y veo sorpresa en su mirada.

Ah, bella maghetta…

—Somos familia, nos cuidamos unos a otros, Alessia, Romeo, Martina, joder, todos no dudarán en ayudarte, en protegerte, eres mi mujer, eres la matriarca de ellos, eres de la familia, Elena.

— Pietro… — susurra, con los ojos llenos de lágrimas.

— Pero me hubiera gustado que me lo hubieras contado, preciosa.

— Yo…

—Soy tu marido —digo, saboreando las palabras—. Y haría todo lo que estuviera en mi mano para ayudarte, pase lo que pase; movería montañas por ti, joder.

Una lágrima le resbala por la mejilla y me apresuro a secársela.

— No llores, no estoy enfadado.

— Lo sé. — Sonrío, acariciándome la cara. — Gracias por recordármelo.

— Si me necesitas, sea lo que sea, estaré aquí para ti… siempre.

Asiente con la cabeza y le beso la frente.

— Duerme bien, *mia maghetta.* Duerme bien —le susurro, y ella cierra los ojos, acurrucándose en mis brazos.

Jodido paraíso.

Y allí, acariciándole el pelo, observándola relajarse, viendo cómo su respiración se volvía más tranquila con cada minuto que pasaba, fue cuando entendí por qué *mamá* estaba tan preocupada cuando anuncié la alianza con Civitavecchia.

Ella quería que yo tuviera esto.

Quería que fuera feliz.

Ay, doña Giulia…

He conseguido mi felicidad.

Está aquí mismo, en mis brazos.



You're the reason – Olivia Penalva
Love the way you lie – Skylar Grey
«Ode to my Family» – The Cranberries

Me despierto y lo primero que me doy cuenta es de que no estoy sola.

No…

Pietro está aquí, conmigo, siento su cuerpo contra el mío, su mano apoyada en mi barriga, su pierna entrelazada con la mía, y me sorprendo sonriendo.

Es agradable.

Mucho…

Lo segundo que noto es la luz; a pesar de la cortina, la habitación está iluminada, lo que, sumado a cómo me gruñe el estómago, significa que ya es hora de levantarnos.

¿Dónde he dejado mi móvil?

Está dentro de mi bolso, muy lejos de la cama.

¡Maldita sea!

Intento levantarme con cuidado para no despertarlo, solo para descubrir que está muy despierto.

—¡Buenos días! —susurra, rozándome la nuca con la barba.

— ¿Te he despertado?

—¡No! Llevo despierto mucho rato.

— ¿En serio? —pregunto, girándome para quedarme cara a cara con él.

Precioso.

—Sí —exclama, estirándose y regalándome la vista de sus abdominales marcados—. Pero dormías tan plácidamente que no quise moverme, así que me quedé aquí contigo.

Sonrío.

No puedo contenerme.

—Bueno, pues ya me he despertado, y algo me dice que es tarde.

—Son las 9:15 —me avisa.

— Dios mío, ¿cómo es posible? ¿Ya han pasado las nueve?

Pietro ni se inmuta.

— Estabas cansada, anoche fue una noche agitada… —señala, y me sonrojo al recordar cómo estuvimos los dos en la discoteca, en el coche y luego en el baño; no es de extrañar que parezca que he hecho el ejercicio de todo un mes en una sola noche.

Fue intenso y delicioso.

— Tenemos que levantarnos —empiezo a decir, pero ni siquiera consigo terminar la frase. Con un movimiento rápido, Pietro me inmoviliza bajo su cuerpo, y es difícil no darse cuenta de que el hombre ya se ha despertado con ganas.

— ¿Tenemos que levantarnos? —Arquea una ceja, mientras su lengua se desliza por mi cuello, dirigiéndose hacia mi pecho, solo para empezar a rodear el pezón, que se pone duro al instante, delatando lo mucho que me afecta.

Concentración, concentración…

—Sí, tenemos que hacerlo —digo, con dificultad incluso para pensar con claridad—. Dona, Dios, ni siquiera sé cómo llegó ayer. Soy una hermana horrible. —Hago una mueca, y Pietro se mueve, con su erección rozando mi muslo.

Duro…

—Pietro —jadeo, cerrando los ojos, y me invaden de inmediato los recuerdos de ayer, de él agarrándome del pelo y follándome la boca, haciéndome casi atragantarme, de su sabor en

mi lengua, de lo poderosa que me sentí al ver a mi hombre desmoronarse bajo mi ataque.

—Tu hermana está estupenda —dice, mordisqueándome ligeramente el pecho, solo para volver a frotar su lengua allí, provocándome, atizándome—. Ha venido con Tina y, por lo que sé, en este momento está tomando café con mis padres y mis tíos.

Estoy a punto de preguntarle cómo puede saber eso, pero entonces recuerdo que Pietro siempre sabe todo lo que ocurre a su alrededor.

Siempre.

— Mmm, en ese caso… —Hundo los dedos en su melena, disfrutando de su suavidad, y él levanta la mirada, encontrando la mía, con la boca suspendida sobre mi pecho—. Creo que podemos retrasarnos unos minutitos —exclamo, y él sonríe, abocando mi pecho, chupándolo con fuerza, recordándome que para nosotros unos minutitos nunca serán suficientes.

Media hora después, por fin salimos de la habitación, y tengo las piernas casi sin fuerzas.

Necesito recuperar energías urgentemente, porque Pietro…

Ese hombre es insaciable.

Me chupó hasta que ya no pude más y me corrí, mojando toda la cama, tal era mi excitación.

Y, aún débil por el orgasmo, el hombre me giró como si fuera una muñeca de trapo, me puso boca abajo, me levantó ligeramente las caderas y, con una embestida, me llenó hasta el fondo.

Dios, tan profundo…

Y allí, ni siquiera intenté pensar con claridad, me olvidé por completo de que nos esperaban abajo, solo disfruté.

Pietro me folló, con fuerza, rápido, entrando y saliendo sin descanso, con las manos agarrándome las caderas con tanta firmeza que creo que hasta me han quedado alguna que otra marca, pero no me oirás quejarme.

Ni mucho menos.

Solo si es para que lo repita.

Sí, me he convertido en una guarra que no se cansa nunca de su marido.

Y la culpa es toda suya.

Pero tengo que dejar de pensar en eso, a menos que quiera que todos los que están en la sala sepan lo que estábamos haciendo hace unos minutos.

Apenas pisamos el último escalón, veo que todavía están en la mesa y, claro, nos miran a los dos, sin siquiera disimularlo.

Joder.

—Buenos días, familia —saluda Pietro, y no se me escapa la forma en que sus tíos lo miran.

—Veo que alguien se ha levantado con ganas —Lucca es el primero en comentar, y yo solo intento recordar cómo mover los pies.

—No hay nada como una reunión productiva —dice él, acercándome una silla para que me siente y sentándose a mi lado—. Y una buena noche de descanso.

—Descanso —Martina carraspea, y yo podría cavar un agujero allí mismo con mis propias manos.

Por suerte, parece que nadie lo ha oído, o si lo han hecho, están haciendo un gran trabajo conteniéndose para no reírse.

—¿Cómo estás, cariño? —pregunta Giulia, mirándome fijamente, y me quedo en blanco unos segundos; lo único que se me ocurre pensar es «estoy estúpidamente bien, su hijo me ha dejado mal y apenas puedo caminar», pero respiro hondo y consigo sonreír.

—Estoy genial —me sale por fin de los labios, y ni siquiera miro hacia mi hermana o hacia Martina; me centro en la madre de Pietro, que sigue observándome.

— ¿Qué es eso que tienes en la frente? ¿Te has hecho daño? —pregunta, y al parecer he hecho un pésimo trabajo ocultando el pequeño hematoma, resultado del cabezazo que le di a esa zorra.

—Yo… no es nada —la tranquilizo.

—La otra seguro que tiene una opinión diferente, que se lo diga su nariz —comenta Martina, dando a continuación un mordisco a una manzana, y yo abro mucho los ojos, sintiendo toda la atención puesta en mí.

—Ah, ya entiendo —exclama Giulia, y Chiara e Isa no pueden disimular la sonrisita.

Hago una mueca, sonrojándome, sin saber qué decir.

—Lena ha dejado claro quién manda —me guiña un ojo, y juraría que la ejecutora está orgullosa.

—¡Exacto! Lástima que no estuviera allí para verlo —comenta Chiara, y es imposible que mi cara no se ponga roja.

—Veo que la reunión ha sido productiva —dice Giulia, y miro a Pietro en una clara petición de ayuda, pero él solo sonríe.

Sí, sonríe.

—Muy productiva, *mamá* —dice por fin, y espero que esto ponga punto y final al asunto.

—Bueno, en ese caso, vamos a comer; imagino que estaréis hambrientos.

—Nos estamos muriendo de hambre —exclamo, sin poder contenerme, y no hay nadie que se quede serio, todos se ríen, incluida yo.

Los siguientes minutos transcurren entre una agradable conversación y muchas risas.

— Esa reunión debe de haber ido realmente bien, tu hermano aún no ha dado señales de vida.

— Gio no ha vuelto con nosotros, *mamá* —explica Pietro—. Estaba ocupado.

— Ni me des detalles, ya me hago una idea de lo ocupado que estaba tu hermano.

—¡Claro que sí! Hay que aprovecharlo mientras se pueda, es lo que siempre le digo a Romeo —suelta Lucca, guiñándole un ojo, solo para recibir un codazo de su mujer.

—Tú sí que eres de las que… Como si nuestro hijo necesitara más incentivos para ir de juerga por ahí —refunfuña Chiara.

—Está soltero, tiene que aprovecharlo.

Miro hacia mi hermana y veo que parece molesta con el tema.

—Por lo que vi ayer, Romeo estaba muy tranquilo —señalo, y no sé qué es peor, la sorpresa de su padre o la de su madre.

—Vale, eso es preocupante, voy a llamarle para comprobar que no esté enfermo.

—Está bien, *mamá* —la tranquiliza Stella, riendo—. Hablé con él antes de venir aquí. Romeo solo tenía otras preocupaciones —comenta como si nada, pero veo cómo mira hacia Dona.

Sí, hermanita, solo tú no te das cuenta.

—Aun así, voy a echar un vistazo. Esto no es habitual —dice, sacando el móvil y tecleando algo.

—En ese sentido, soy un tipo con suerte, mis hijas no me dan ningún trabajo —suelta Enzo, y me muerdo el labio para no reírme.

Nadie dice nada y veo cómo nos mira a cada uno, buscando cualquier indicio, cualquier pista que apunte en sentido contrario.

—¿Verdad, *figlia*?

— Claro, *papá* — exclama Martina, sin inmutarse lo más mínimo.

— ¿Tu hermana?

—La llevé en coche hasta su piso.

Su padre sigue mirándola, esperando algo.

—Estaba sola.

— ¡Vaya!

— Dios, Enzo, ¿te estás escuchando? —exclama Chiara—. Tus hijas tienen más de veinticinco años, por el amor de Dios.

— ¿Qué quieres decir con eso?

—El más ciego es el que no quiere ver —espeta, levantándose y dejando a su hermano sin respuesta.

Nada como un desayuno en familia.

—Estaré en la oficina con Stella —anuncia Pietro, levantándose—. Hablaré de mis asuntos con Giovanni más tarde. Dejaré que el muy cabrón duerma un rato más.

Su mirada se cruza con la mía y me hace un ligero gesto con la cabeza, antes de darse la vuelta y empezar a caminar hacia el despacho.

Maldita sea, ¿cómo es posible que ya le eche de menos?

¿Qué me ha hecho Pietro?

—Lena… —me llama Stella y dirijo mi atención hacia ella.

— Ayer estaba realmente agotada y habría sido una pésima compañía, pero la próxima vez será un placer ir con vosotros —

guiño un ojo—. Puede que no lo parezca, pero me encanta el caos.

Sonrío.

—Ya me he dado cuenta de que a todas os gusta —replico, y ella también sonríe—. La próxima vez iremos todas.

Ella asiente con la cabeza y se dirige a la oficina.

Miro a mi hermana y sé que pronto se marchará, lo que significa que tengo que aprovechar lo poco que queda de su compañía.

— Lena, Dona, ¿qué os parece si nos vamos al gimnasio? — suelta Martina, sorprendiéndome.

— ¿Al gimnasio?

— Pietro me ha dicho que quieres entrenar; podemos empezar con algunos movimientos básicos de defensa personal y luego pasar a los cuchillos.

De verdad lo ha hecho.

— ¿En serio?

— ¡Claro! Esta mañana tengo la mañana libre.

— ¡Me encantaría! —exclamo, sin poder contener mi emoción —. ¿Señora?

— Puedo mirar.

— Ni hablar, vamos a entrenar juntas.

— Puedo intentarlo, pero mi coordinación es pésima, ya lo sabes.

— ¡Disfrutadlo! —dice Giulia—. Tina es una luchadora fantástica.

—Y una profesora excelente —interviene su madre, orgullosa —. Incluso yo he aprendido algunas cositas en los últimos años.

— Las armas se las dejo a P. Es el mejor de todos.

— Oye, pensaba que yo era el mejor —dice Lucca en serio, pero enseguida se echa a reír—. Es broma.

—Lo siento, tío Luc, pero en lo que a puntería se refiere, los mejores son Pietro, el tío Matteo y *papá*, por este orden —subraya la ejecutora, sin rodeos.

—En tercer lugar, ¿eh, Enzo? Cómo has cambiado. —Lucca no se puede contener.

—Que te den. Eso es porque voy primero en otras categorías —exclama—. Además, no he oído tu nombre.

— Estoy seguro de que estaba ahí pegado a vosotros…

— Dios mío, parecéis niños, siempre queriendo ser mejores que el otro. ¿En serio? —reprende Chiara, y su marido incluso intenta callarse.

—¡Siempre! —responde el marido, guiñándole un ojo.

—Hombres —comenta Isa, y no puedo contener la risa, y veo que Giulia tampoco.

— Ya basta, vosotros dos. La *diavoletta* tiene razón —interviene el padre de Pietro—. Estás en buenas manos, Elena —subraya, y me mira a los ojos—. Buen entrenamiento, *figlia.*

Creo que nunca me acostumbraré a eso.

Hija.

—Gracias —susurro, cohibida.

Nos despedimos de todos y nos dirigimos al gimnasio.

Y nada, absolutamente nada, me había preparado para las próximas horas y toda la intensidad de Martina Zampieri.

Con una paciencia increíble, nos enseñó y nos mostró algunos de los movimientos básicos de defensa personal.

Sé que tanto a mí como a Dona nos queda un largo camino por delante, pero terminar nuestra primera clase conociendo los principales puntos vulnerables de un posible agresor y sabiendo qué hacer si intentan estrangularnos ya es un buen comienzo.

— Recordad que, por ahora, el objetivo es solo escapar, no atacar.

— Quiero pasar ya a la parte de atacar.

Ella sonríe, y sé que está deseando enseñarnos eso.

—Por hoy, eso es todo: saber cómo alejarlo, protegerse y huir en busca de ayuda.

— Me ha encantado, es una pena… —empieza Dona, pero se detiene, esbozando una sonrisa forzada.

— Oye, puedo hacer una videollamada y tú sigues las instrucciones, ¿qué te parece?

— ¿Entrenar en el ático? No creo que funcione, acabaré chocándome con algo y se darán cuenta.

Respiro hondo, sabiendo que tiene razón.

Y, a diferencia de Pietro, *papá* ni siquiera puede imaginar que Dona está aprendiendo a defenderse; cuanto más indefensa esté, mejor.

Así le resultará más fácil someternos.

— Ya se nos ocurrirá algo —digo—, y se me ocurrirá algo, o no me llamo Elena Zampieri.

— Gracias, Tina. ¿Mañana?

—A la misma hora. —Me guiña un ojo, se despide y entonces solo quedamos Dona y yo en el gimnasio, agotadas.

— Es increíble.

— Lo es —asiento—. Menudo ajetreo, ¿eh? Y, lo creas o no, ya tengo hambre.

— Dios mío, y eso que casi te lo has comido todo.

— ¿Ahora voy a controlar lo que como? — bromeo. — Solo estaba reponiendo energías.

Donatella entrecierra los ojos y yo, claro, me rindo.

— Pero ni siquiera lo niegas. Elena, Elena.

—Qué le voy a hacer, estaba poniéndome al día.

— Pensé que aquello, vosotros dos a punto de derribar la oficina, era ponerte al día.

— Fue el principio… — Me muerdo los labios. — Luego vino lo del coche, y…

— No me importa, no me importa —grita, tapándose los oídos, y yo me echo a reír a carcajadas—. No me extraña que se esté comiendo hasta la mesa. Dios mío…

—Lo entenderás cuando te toque a ti.

—Va a ser difícil, sobre todo teniendo en cuenta que *papá* está buscando hombres que bien podrían ser un abuelo o un bisabuelo.

— Joder, eso es cierto.

—La realidad.

— Una mierda. ¿A qué hora te vas?

— Dentro de un rato. —Hace una mueca—. Antes de que bajaseis, Stella me avisó de que el helicóptero ya está a mi disposición.

— Quédate un rato más.

— Sabes que no puedo. Ni siquiera sé cómo estará todo cuando llegue.

— Avísame en cuanto llegues allí.

— Sí, mamá. — Pone los ojos en blanco.

—Gracias —digo, y mi hermana entrecierra los ojos—. Por haber venido aquí, te necesitaba.

No dice nada, solo me abraza con fuerza.

—Yo te lo agradezco —me susurra al oído, y se aparta, con sus ojos azules fijos en los míos—, vuelvo a casa sabiendo que ahora, por fin, eres feliz.

—Lo estoy —respondo sin dudar, y ella sonríe.

—La charla está muy bien, pero tengo que irme.

Suspiro, sabiendo que no hay forma de escapar de esto.

—Vamos, te acompaño hasta la habitación.

—Ya lo tengo todo listo.

—Claro que sí, estás deseando deshacerte de mí.

— Siempre loca. — Me río.

Volvemos a la mansión y, en pocos minutos, Donatella ya lo tiene todo listo.

Bajo las escaleras con ella a mi lado, sintiendo ya esas ganas de llorar. Si hay algo que odio es eso, despedirme sin saber cuándo la volveré a ver.

Apenas llegamos al último escalón, ahí están ellas…

Giulia, Isabella y Chiara.

—Es una pena que ya tengas que irte, querida —mi suegra es la primera en hablar.

— Me ha encantado cada segundo que he pasado aquí, gracias por acogerme.

—Siempre serás bienvenida —continúa Giulia, y todas asienten; ni se imaginan lo mucho que eso significa para mí y, sobre todo, para la Dona.

—Gracias —susurra, con la voz ligeramente embargada—. Aquí siempre me siento como en casa.

— Eso es porque estás en casa —exclama Chiara, guiñándole un ojo, y ella sonríe, mientras yo tengo que secarme una lágrima

que empieza a resbalarme por la mejilla.

Pero qué infierno.

Además de morirme de hambre, hoy estoy muy sensible.

Tras las despedidas, acompaño a Dona hasta el césped, donde la espera el helicóptero.

— Es una pena que no haya podido despedirme de todos. Dales un abrazo de mi parte.

—Lo haré —le aseguro. —Al final, ni siquiera hablamos en serio sobre lo de ayer —suelto de repente, sorprendiéndola.

— ¿Ayer? —Arquea una ceja.

—Allí te escapaste de mí, pero sigo esperando detalles de lo que pasó en esa pista de baile.

—No sé de qué estás hablando… —esquiva la pregunta.

— Pícara, sí que lo sabes, señora.

— Adiós, Lena —me río, sabiendo que ahora no puedo insistir.

—No creas que me voy a olvidar.

—Claro que no, no tendría tanta suerte —exclama, abrazándome de nuevo.

— Llámame cuando llegues —le pido, y ella asiente con la cabeza mientras se aleja. — Adiós, señora, cuídate mucho.

—Déjalo en mis manos. —Me guiña un ojo, y siento un nudo en el corazón.

Que mi hermana esté bien.

Que Dios la proteja.



«Certain Things» – James Arthur con Chasing Grace
High – James Blunt

Las últimas semanas han pasado en un abrir y cerrar de ojos.

Nunca he sido tan feliz.

Me despierto y me duermo en los brazos de mi mujer.

Hemos estado practicando en el campo de tiro todas las tardes y, cada día, la puntería y los reflejos de Elena mejoran.

La facturación de las operaciones de Sacra no deja de crecer, y el consejo quedó más que satisfecho cuando anuncié, en la última reunión, las inversiones que vamos a realizar en la zona portuaria.

La alianza con Civitavecchia también ha dado sus frutos, para ambas partes. Han surgido nuevos clientes y sé que *Don* Tiziano también debe de estar contento, ya que está consiguiendo mejores condiciones con nuestros proveedores.

Todo sería perfecto si no fuera por esta maldita investigación que no lleva a ninguna parte.

Giovanni y Stella siguen hablando con todos nuestros contactos, socios e informantes; se está removiendo cada piedra, pero, por ahora, solo tenemos un montón de nada.

Tuvimos algunos problemas en la provincia de Massa Carrara, con el desvío de parte de un cargamento destinado a España, pero al final todo se resolvió. Martina se las apañó para divertirse y obtener las respuestas que necesitábamos. Resultado: todos los implicados muertos, cargamento recuperado, mensaje transmitido y cliente satisfecho.

— ¿Y qué hay de Rizzi? — suelta Giovanni, devolviéndome al problema actual, el *capo* de Pistoia.

—¿Qué pasa con él?

—Sabes tan bien como yo que está ocultando algo.

—Tengo que dar la razón a Gio —comenta Stella, y me quedo unos segundos en silencio, mirando primero a mi subjefe y luego a mi asesora.

Tienen razón.

Si la reunión de esta mañana ha servido para algo, ha sido para dejar claro que Giorgio Rizzi no ha dicho todo lo que sabe sobre cómo el atentado durante mi luna de miel se convirtió en tema de conversación en las calles de su territorio.

Ese imbécil no ocultó su sorpresa al verme bien, y bastó con que sacara el tema para que empezara a sudar como un cerdo.

Para echar una mano, Stella fingió atender una llamada mientras él estaba en la sala y dio a entender que habíamos conseguido algo gracias a un informante.

En ese momento, el *jefe* se quedó incluso pálido y dijo que, por desgracia, tenía que volver.

¿Qué hice?

Me limité a observarlo, dejando que la tensión lo invadiera, hasta que comprendiera que su destino pende de un hilo; entonces lo dejé irse con el rabo entre las piernas, temeroso de lo que ya sabe: no hay forma de escapar.

La cuenta siempre llega.

— Puedo llevarlo a Chiusure —dice Martina con aire indiferente.

—Todavía no es el momento, eso causaría un estrés innecesario entre los demás *jefes* —señala Stella, y yo asiento en señal de acuerdo.

—Cuando Giorgi caiga, será porque el propio imbécil se ha cavado su propia tumba —destaco—. Sigue vigilando cada paso de ese hijo de puta. Tarde o temprano, se entregará y descubriremos con quién estamos lidiando.

—Una cosa es segura: ha picado el anzuelo —comenta Stella.

—Ha picado y nos llevará directamente hasta quien está actuando con él. Porque, sin duda alguna, no ha actuado solo.

—¿Necesitas algo más, P? —pregunta mi hermano de repente y yo niego con la cabeza—. Antes de que preguntes, todo listo para mañana.

—Perfecto.

Stella se despide y se dirige hacia la puerta.

— Supongo que querrás hablar conmigo —Martina ni siquiera me deja hablar, y me levanto para ir a la barra y servirme un chupito de whisky.

—Solo dime que lo has conseguido.

—¿Y aún lo preguntas? —Arquea una ceja, se levanta y se acerca a mí.

Sin decir nada, coge un vaso vacío y me lo tiende, sin apartar la mirada de la mía; lo lleno con el líquido ámbar, observándola mientras se bebe el contenido de un solo trago.

—Ya me darás las gracias más tarde —dice, dejando el vaso vacío y dirigiéndose hacia la puerta.

— Tina… — la llamo y ella detiene la mano en el pomo. — Gracias — digo, y ella solo sonríe, antes de cerrar la puerta tras de sí.

Hoy es cuando te lo voy a agradecer, porque sé lo que pasará mañana…

Y estoy deseando que llegue.



Hoy me he levantado temprano y he dejado una nota sobre la almohada:

«Reuniones desde primera hora.
Que tengas un buen día, Pietro».

El día va a estar realmente ajetreado, pero no por las reuniones, al contrario de lo que decía la pequeña nota que Elena encontró al despertarse.

Sí, lo encontró.

Recibí su mensaje con varios emojis tristes, y me costó mucho esfuerzo mantenerme indiferente y en silencio.

Sé que ya ha desayunado con *mamá* y mis tías, todo según lo previsto, como de costumbre, y ahora debe de estar yendo a entrenar con Tina.

Nada fuera de lo normal, salvo por lo que está a punto de suceder en la próxima hora.

Llevo diez minutos contemplando el paisaje, las colinas, sintiendo una mezcla de emociones, expectación, sabiendo que pronto la casa estará llena, ansiedad por verla sonreír y tristeza al pensar que ese imbécil de su padre no estará aquí.

Un golpe en la puerta me llama la atención.

—Pietro…

—*Mamá*, pasa.

— No quiero molestar, cariño.

—Ya te he dicho que no molestas. ¿Va todo bien?

— Ya está todo listo en el jardín. Espero que le guste.

— Le va a encantar, *mamá*.

— Todavía no me creo que no haya dicho ni una palabra sobre hoy…

— Algo me dice que ella y su hermana no están acostumbradas a celebrar —digo lo obvio, ya que solo sé que es su cumpleaños porque vi la fecha de nacimiento en los papeles de la boda y la memoricé.

— Qué triste. — Se nota claramente lo mucho que le molesta a la señora Giulia.

— Vamos a cambiar eso.

— Sí… — Me acaricia la cara, sin ocultar su emoción. — Lo haremos. ¿Sabes algo de él?

—No vendrá.

— Mejor así. Dios lo sabe todo —me tranquiliza, pero lo único que siento es unas ganas locas de ir hasta allí y arrastrar a ese hijo de puta hasta aquí.

¿Cómo puede estar tan ausente?

Mi móvil vibra y aparece el nombre de mi hermano en la pantalla.

—Más te vale estar aquí en los próximos veinte minutos —le digo, y puedo verlo riéndose.

—Claro que sí, joder. Solo tenía que venir a la ciudad. Seguro que no seré el último en llegar, acabo de hablar con Roman.

— Yo no estaría tan seguro, el jet acaba de aterrizar en Chiusure. Están de camino.

— Joder, me dijo que estaban volando.

—El último —le provoqué.

—Cuelgo, voy a pisar a fondo.

— Que llegues bien. — Cuelgo, y ni siquiera hace falta que diga nada.

— Déjame adivinar, ¿tu hermano llega tarde?

— Dijo que llegaría a tiempo.

—Más le vale que llegue, porque tus primos ya están aquí. — Señala hacia la ventana, donde se ve el helicóptero aterrizando en el césped, trayendo a Alessia, Romeo y Donatella.

— ¡Genial!

— ¡Ya estoy deseando que lleguen!

— *¿Papá*?

— Con tus tíos en los jardines, y me atrevo a decir que ya han empezado las celebraciones.

— Lo bueno de la jubilación. — Guiño un ojo.

— De volverme loca, querrás decir.

Sonrío.

— En serio, creo que todavía no me he acostumbrado a que mi marido tenga tanto tiempo libre.

— ¿Te quejas? —la provoqué, y ella sonrió, apoyando la mano en mi pecho.

— ¡Nunca! ¡Ni mucho menos!

— ¿Necesitas ayuda con algo, *mamá*?

— No, *hijo*. Tus tías y tu abuela ya me han ayudado con todo. Ahora solo nos queda esperar a la cumpleañera.

— Y darle una sorpresa.

— Y darle una sorpresa, cariño —dice, sonriendo.

Puede que Elena nunca haya celebrado un cumpleaños.

No como debería…

Pero hoy lo hará.

Puede que no sea una gran fiesta, pero estará con todos aquellos que se preocupan por ella… *su familia.*



A Thousand Years – Christina Perri, Steve Kazee
«Tanti Auguri» – The World's Birthday Club
«Dreams» – The Cranberries
«Perfectly Broken» – Banners & Lily Meola
Already Gone – Kelly Clarkson

— Vaya, hoy te has esforzado mucho —suspiro, sentándome en el banco tras otra sesión de entrenamiento.

— Créeme, no me he esforzado tanto.

— Entonces me da miedo pensar en cuándo te lo vas a tomar en serio.

Martina se ríe.

— Si me hubiera pasado, estarías empapada de sudor, y no es el caso.

—Estoy sudando… —Señalo la gota de sudor que me resbala por la frente.

— Eso no cuenta.

—Pues sí que cuenta; creo que voy a subir a darme una ducha después de esto.

—¡No! —replica rápidamente, sorprendiéndome—. Quiero decir, es mejor que te duches después de entrenar por la tarde con P. Me ha comentado que hoy va a aumentar la distancia al blanco.

— ¿En serio? No me puedo creer que por fin me vaya a dejar probar el rifle con mira.

—Sí que lo hará, así que, ¿para qué ducharte si enseguida te vas a estar revolcando por el suelo? —argumenta, y es un argumento válido.

—¿Nos vamos? —digo, levantándome, y ella hace un gesto con la mano, pidiéndome que espere, mientras mira el móvil. — ¿Pasa algo?

— No, no, todo bien. Solo estoy mirando cuándo va a llegar un paquete.

— ¿Nos vamos?

—¡Vamos, vamos!

Caminamos codo con codo hacia la mansión y, teniendo en cuenta que es casi la hora de comer, me resulta extraño el silencio y la total falta de movimiento en la cocina.

—Qué raro —exclamo, poniéndome inmediatamente en alerta.

— ¿Qué?

— No hay nadie aquí.

— Deben de estar fuera.

¿Ahí fuera?

— Algo va mal —digo, y dejo de recogerme el pelo en una coleta, saco el móvil del bolsillo, solo para ver que no hay ninguna llamada ni mensaje.

— ¿Algo?

— No, nada…

— Creo que he oído la voz de mi madre. Ven —exclama Martina, y abre la puerta de cristal que da a la piscina y al jardín.

Todo en mí me grita que llame a Pietro, que vaya a su despacho, pero me encuentro siguiendo a su prima, y en cuanto mis pies tocan el césped de fuera, no puedo creer lo que tengo delante.

—¡Feliz cumpleaños! —gritan todos, aplaudiendo.

—¿Cómo? —jadeo, y ellos sonríen.

—¿De verdad pensabas que íbamos a dejar pasar tu cumpleaños, *maghetta*? —Pietro se acerca y, delante de todos, me atrae hacia sus brazos, rozando sus labios contra los míos.

—Pensaba que nadie lo sabía —murmuro, mirando atónita a cada uno de ellos, sin siquiera intentar contener las lágrimas.

Simplemente caen.

De la felicidad más pura.

Nunca había sentido algo así.

Nunca.

Como mucho, Fat preparaba una galletita a escondidas y nos la comíamos en la cocina, y eso si *papá* estaba fuera. Si él o los gemelos estaban en casa, no teníamos nada.

Y ahora estoy ahí, frente a una mesa…

Una que nunca soñé con tener.

Preciosa.

De madera, toda decorada con rosas, y detrás de ella un panel con mi nombre y mi edad. Hay tantos detalles: los dulces, la tarta cubierta de fresas, llena de velas rosas, pero más que eso, son ellos… los que se han tomado su tiempo para hacer de esto una sorpresa increíble, real…

—Chicos… —jadeo y, durante los siguientes minutos, uno a uno vienen a abrazarme.

— Felicidades, querida mía —me felicita la señora Eleonora con ese abrazo tan cálido, un abrazo de abuela—. Que Dios te dé mucha salud, mucha felicidad y muchas bendiciones.

— Gracias, *nonna*, Rafaelle…

La sorpresa no cesa, siguen llegando; Dimitri y su esposa Ivana también han venido y, por supuesto, Roman también está allí.

—Felicidades, Elena…— Me preparo para un apretón de manos, pero el ruso tatuado me atrae hacia él para darme un abrazo.

A cada uno que se acerca, solo puedo dar las gracias y llorar.

Giovanni, Romeo, Stella, Alessia y Martina, que me engañó bien, todos lo sabían, así que ella viene…

—Señora… —Y se me escapa un sollozo al tener a mi hermana allí conmigo.

Intento contenerme, aguantar, pero no lo consigo.

Lloro como una niña abrazada a ella.

Allí no está la Elena de diecinueve años, sino la niña que siempre deseó algo y nunca tuvo, por pequeño que fuera, la que nunca tuvo una tarta de cumpleaños ni una familia cariñosa, pero que encontró más de lo que se atrevió a soñar: *aquí.*

—Es hora de soplar las velas —anuncia la señora Giulia, y respiro hondo, necesitando decirlo, necesitando hablar…

—Gracias, gracias a cada uno de vosotros, yo… —Me detengo, necesito respirar, y siento cómo la mano de Pietro se cierra sobre la mía; él está ahí, él ha hecho que esto sea posible—. Ni siquiera sé qué decir, salvo que mi mayor regalo *sois vosotros*.

Todos aplauden y, acto seguido, empiezan a cantar a pleno pulmón *«Tanti Auguri a* Te»[10] , mientras más lágrimas resbalan por mi rostro.

—No te olvides de pedir un deseo —exclama Giulia cuando llega el momento de soplar las velas, y yo sonrío.

Sabiendo que no necesito nada más.

Solo de ellos.

— ¿Eres feliz? —susurra Pietro, atrayéndome hacia sus brazos y besándome el cuello.

— Tanto que parece que voy a explotar. ¡Gracias!

—Todo para ti, preciosa, todo…

—No necesito nada más —susurro, sin apartar la mirada de la suya.

—Ya veremos —comienza, y yo arqueo una ceja, confundida —. Espero que te guste tu regalo, porque no aceptan devoluciones.

—¿Regalo? ¿A qué te refieres? —pregunto de golpe, y él se aleja unos pasos solo para volver con una caja cuadrada enorme con un lazo en la parte superior.

Me llevo las manos a la boca cuando él, con cuidado, la coloca sobre el césped, y ni siquiera tengo tiempo de levantar la tapa, que, con un movimiento brusco, se mueve.

—No —grito, sorprendida, con los ojos que se llenan de lágrimas al instante mientras miro a ese sercito precioso—. Tú…

—Es tuyo, preciosa.

Llorando, me arrodillo y, con cuidado, cojo al pequeño cachorro salchichita en mi regazo.

Precioso, de un tono chocolate con varias manchitas.

Todo peludo.

Tal y como siempre había soñado.

— ¿Cómo? —susurro, cruzando la mirada con él, y Pietro está emocionado.

—Puede que tu hermana me haya dado información privilegiada.

—Hola, guapo —exclamo, mientras me regala un sinfín de lametones, y me emociono al ver que su rabito no para ni un segundo.

Está feliz, conmigo.

— ¿Eso es un perro? —pregunta Lucca, recibiendo un codazo de su mujer.

—Es un dachshund, un «bassotto», bajito, salchicha —explico, enumerando las distintas formas en que se le conoce.

— A Fofo le va a encantar su amiguito —exclama Martina.

—Fofo se va a comer al amiguito —suelta Lucca, y no puedo contener la risa.

—Le va a encantar el SALAMI —digo, y capto la atención de todos. —¿A que sí, cariño, SALAMI Zampieri?

— Increíble, hasta tiene nombre de comida.

—Y apellido —exclama Giulia, sonriendo.

Para demostrar lo que dice, Martina le hace una señal a un soldado y, en pocos minutos, este regresa con el perro gigante y le entrega la correa.

Mi mirada se cruza con la suya y ella asiente, en un claro *«puedes confiar en mí»*.

Dejo a Salame en el suelo y él, como era de esperar, empieza a explorarlo todo, soltando esos ladridos tan bonitos, mientras yo sigo de cerca cada uno de sus pasos.

Fofo se inquieta y se pone en guardia, pero Martina se arrodilla a su lado y le dice algo al perro mientras le acaricia el cuello.

—Fofo, te presento a Salame, es tu amigo y el nuevo miembro de la familia —dice, y le suelta la correa, pero él se queda quieto, limitándose a observar al cachorro con sus pasos torpes.

—Ni siquiera puedo mirar —exclama Giulia.

—Todo irá bien —la tranquilizo, sabiendo que solo es cuestión de que se conozcan, de que se acostumbren a la presencia del otro, y pronto serán amigos inseparables.

Hipnotizada, observo cómo el perro mayor, poco a poco, se acerca al pequeño y lo olfatea.

Fofo es enorme y, con un solo paso, ya le haría daño a Salame, y creo que, en el fondo, él lo sabe, porque se tumba, dejando que el pequeño se acerque y lo olfatee, y entonces, ante todos, empiezan a interactuar.

Salame le ladra y da dos saltitos hacia atrás cuando Fofo le responde con otro ladrido.

—Están hablando —exclama Chiara, y cuando menos nos lo esperamos, el cachorro ya está trepando por el gigantesco Cani Corso, mordiéndole las orejas con sus afiladísimos dentitos, mientras el otro le devuelve los mordiscos con todo cariño.

—Están jugando, joder. Increíble —Lucca no oculta su sorpresa—. Caramba, Tina. ¿Qué le ha pasado a la máquina de matar?

— Fofo reserva toda su furia solo para los enemigos; de la familia se encarga él.

—¡Por la familia! —exclama Pietro, y todos gritan en respuesta.

Y allí, sentada en el suelo, con Salame de nuevo en mi regazo, levanto la cara solo para encontrar la mirada de Pietro.

—Gracias… —suspiro, y él se agacha, apartándome un mechón de pelo.

—Es hora de actualizar tu lista, guapa.

—¿Lista?

—De las cosas que te gustaría tener o hacer —dice, recordando nuestra conversación durante la luna de miel, y yo sonrío de oreja a oreja, acariciando su suave pelaje.

—Todo lo más importante ya lo tengo —exclamo, y él sabe a qué me refiero, pues sus labios están sobre los míos, suaves, una dulce caricia, y podría quedarme besándolo durante horas, pero Salame nos interrumpe, lamiéndonos la cara a Pietro y a mí, feliz.

—Vamos a tener que establecer algunas normas por aquí, campeón —le dice al animal, que está eufórico en mi regazo.

—Ha perdido a su mujer —grita Giovanni y Roman se ríe, pero Pietro ignora a todos, coge a Salame en brazos y le mira con cara de enfado, mientras él sigue agitado, moviendo la colita.

— No sirve de nada, no vas a asustarlo.

— Ya veremos.

—Ya te quiere. —Y, como si confirmara lo que acabo de decir, Pietro recibe una serie de lametones.

—Joder, me has ensuciado todo —refunfuña, pero se lo está pasando bien y deja que el perro le huela la barba. —Salame Zampieri, quién lo diría, ¿eh? ¡Bienvenido, tío!



—Ahí estás —digo cuando me encuentro con Dona—. ¿Qué haces aquí fuera, sola? —le pregunto, pero enseguida noto que algo va mal.

—Me ha llamado el *Papa*.

Vale, eso es interesante.

—¿Ha muerto alguien? —pregunto, porque no recuerdo ni una sola vez que él haya hecho eso. Aunque antes no teníamos móviles.

—Todavía no. —Pone cara de disgusto y me siento a su lado —. Deberías estar ahí dentro, disfrutando de tus invitados, pequeño. —Esboza una sonrisa forzada.

— No son invitados, son familia, y lo entenderán si salgo unos minutos a charlar con mi hermana —subrayo—. Además, Salame está siendo mimado por sus tíos, primos y abuelos.

— Estás loca.

— Tendrías que verlo, Dona, a este perrito lo van a mimar mucho.

—¿Por quién, me preguntas?

—Yo desde luego que no, voy a imponer límites, normas, seré la jefa —digo, seria, pero enseguida me rindo—. Voy a darle un beso y a comprarle un montón de juguetes.

—Ya lo sabía, imagínate cuando tengas hijos.

—Bueno, eso aún queda muy lejos en nuestros planes, como ya sabes. —Guiño un ojo, y ella sabe a qué me refiero.

Pietro y yo no volvemos a hablar de eso, pero en algún momento tendré que contarle lo de los anticonceptivos.

—¿Qué quería? —Vuelvo al tema que me preocupa.

—Preguntó a qué hora volveré.

— Mmm…

—Está pasando algo, lo sé sin más.

—¿Has oído algo?

— No, nada, pero, no sé cómo explicarlo, lo siento…

—Señora.

— Se ha encontrado con alguien.

— ¿A alguien?

— Novio, marido, dueño, llámalo como quieras.

No puede ser.

— ¿Quizá sea otra cosa, negocios? —Pongo cara de asco.

— ¿De qué tipo de negocios tendría que hablar conmigo?

— Tienes razón, joder, no estoy pensando con claridad, pero tranquila…

La señora se levanta y empieza a dar vueltas de un lado a otro, tensa.

—Veo cómo me miráis.

— *¿Papá*?

— No, Fabrizzio, Federico…

— Son unos imbéciles, no les hagas caso.

— No lo entiendes —continúa, y su mirada angustiada se cruza con la mía—. Saben lo que está pasando y se están divirtiendo.

—Vale, aunque sea así, que haya otro posible prometido/imbécil.

— Eso es, estoy seguro.

—Vale, en ese caso, lo resolveremos —digo, pensando ya en cómo averiguar quién es—. Solo necesitamos algo de información, cualquier cosa, por pequeña que sea; quizá puedas conseguirla hoy mismo.

—Prométeme que no te meterás en líos, no cuando las cosas te van bien aquí.

—¡No lo haré! —la tranquilizo—. Pietro me dijo que, si necesito ayuda, debo hablar con él, y eso es lo que haré. Todo irá bien —intento tranquilizarla, pero confieso que por dentro ya estoy que ardo.

A diferencia de antes, esta vez no tenemos información y, si no conozco a mi enemigo, no puedo hacer nada.

Tengo las manos atadas.

¡Maldita sea!

Respira, tienes que tranquilizar a Dona, no hacer que se preocupe más.

— Solo me queda cruzar los dedos para que sea alguien bueno.

— Dona —suspiro, sin ocultar mi angustia.

— Es lo único que me queda, Lena… la esperanza.

— No vamos a llegar a ese punto —murmuro, y ella me dedica una sonrisa triste. — Llámame en cuanto llegues allí, ¿me oyes?! Y más te vale que estés más animada. Odio verte triste, lo odio.

La abrazo con fuerza y no sé cuánto tiempo nos quedamos allí, en silencio, juntas.

— Vamos a resolver esto, te lo prometo. ¿Me oyes? ¡Te lo prometo!

— No puedes salvarme siempre, hermanita.

— Sí que puedes, y lo haré.

O no me llamo Elena Zampieri.



[…Estas heridas parecen no querer curarse
Estas heridas parecen no querer cicatrizar
Este dolor es demasiado real
Este dolor es demasiado real
Hay demasiadas cosas que el tiempo no puede borrar
***Hay simplemente demasiadas cosas que el tiempo no puede** borrar…] – Fragmento de «My Immortal» - Evanescence*

Contemplo la oscuridad, sabiendo que nada bueno me espera en casa.

Casa.

Eso no lo es ni lo será jamás.

Elena siempre tuvo razón y, al ver ahora lo que ella tiene, eso solo lo hace aún más evidente.

No llores.

No sirve de nada.

Aprieto los puños con fuerza y respiro hondo, una, dos, tantas veces como sea necesario para que esta angustia se vaya.

Pero no se va.

Aun así, me obligo a recordar lo maravilloso que fue el día.

Todo era precioso: la felicidad reflejada en el rostro de Lena, el perrito que siempre había querido, las conversaciones, las risas…

Sonrío solo de recordar la agradable sensación de estar allí.

Y, claro, estaba él, Romeo Zampieri, mirándome de una forma extraña, haciendo que mi corazón se acelerara, haciéndome olvidar las palabras, recordándome lo tonta que soy solo por imaginar que alguien como él podría querer a alguien *como yo*.

Se me hace un nudo en la garganta y siento cómo se me acumulan las lágrimas.

Respira…

El día aún no ha terminado.

Sí, aún queda eso.

¿Qué querrá *papá* de mí?

El miedo no debería ser el primer sentimiento que me invade al pensar en encontrarme con mi padre, pero lo es.

— Vamos a aterrizar, señorita Del Vecchio —avisa el piloto, y le doy las gracias con un gesto.

Odio esta parte y me agarro con fuerza al asiento; por suerte, dura solo unos minutos y enseguida el helicóptero toca tierra.

Hemos llegado.

Lo primero que noto es que hay más soldados patrullando fuera de la mansión.

Qué raro.

— Vaya, vaya, mira quién ha llegado —suelta uno de los soldados que siempre se queda mirándome, pero lo ignoro y corro hacia el interior de la mansión, con esa sensación desagradable en el pecho.

Respira, Donatella… todo va a salir bien, solo es un día más.

En cuanto entro, veo a Fat, y me invade un enorme alivio, pero basta con cruzar la mirada con él para saber que algo va mal.

—¿Qué pasa, Fat?

—Oh, querida mía… —Se acerca y me agarra las manos con fuerza.

—Me estás asustando.

—Tu padre te está esperando en el despacho.

—Vale.

Ya me esperaba algo así, pero no deja de dar miedo, ya que apenas lo he visto en las últimas semanas.

—Voy —digo, respirando hondo y esbozando una sonrisa.

—No está solo. —Sus palabras me impactan y, por mucho que intente evitarlo, el miedo se apodera de mí, pero no hay otra opción más que seguir adelante, más que ir.

Llamo suavemente a la puerta de madera y enseguida se abre. Lo primero que veo es a Federico, pero enseguida me doy cuenta de que el despacho está lleno.

Papá está sentado detrás de su escritorio, con un vaso de whisky en la mano.

Sentado frente a él hay un hombre alto que, aunque le da la espalda, parece mayor que *papá*, a juzgar por cómo el poco pelo que tiene es casi todo blanco; pero entonces se gira, su mirada se cruza con la mía y mis sospechas se confirman.

Pero no es el hecho de que probablemente tenga unos setenta años lo que me asusta.

No…

Es su mirada.

La forma repugnante en que recorre mi cuerpo, sin ningún pudor, como si yo no fuera más que un trozo de carne.

—Donatella… —La voz de *papá* es fría, sin emoción, pero me devuelve al presente, y centro mi mirada en él, apretando los puños, deseando que no vea cómo me tiemblan las manos.

—*Papá* —lo saludo, fijándome en que, junto al «invitado», hay dos hombres vestidos con traje negro que lo observan todo con una mirada vacía y letal.

¿Soldados?

¿Qué está pasando aquí?

¿Por qué también hay soldados nuestros dentro del despacho? Y no solo mis hermanos y el consejero, como es habitual.

Papá se levanta y empieza a hablar, pero sus palabras no van dirigidas a mí, sino a él…

— Si te gusta, podemos cerrar el trato hoy mismo. No acepto devoluciones. Es pura, virgen, con mucha carne, tal y como sé que

te gusta.

¿Qué?

Abro mucho los ojos y, sin darme cuenta, doy un paso atrás, solo para chocar con uno de nuestros soldados.

— Así, vestida, es difícil analizarla —murmura, sin dejar de mirarme fijamente, y, a una señal de mi padre, dos soldados se acercan; no dicen nada, uno me agarra, tirándome de los brazos hacia atrás, inmovilizándome, mientras el otro rasga mi vestido, tirando de la tela como si fuera un trozo de papel.

Mi conmoción es tan grande que no consigo reaccionar.

No grito, no lloro, solo me quedo paralizada, congelada, intentando comprender lo que está pasando, mientras lucho en vano contra los sollozos que sacuden mi cuerpo.

Esto no está pasando, no está pasando…

Respira.

Las lágrimas comienzan a resbalar por mi rostro y, cuando levanto la mirada, es solo para darme cuenta de que el hombre aterrador se acerca, caminando hacia mí, y por un segundo creo que voy a vomitar allí mismo; me tiemblan las manos, pero, al menos, ahora están libres e intento cubrirme lo mejor que puedo, y es entonces cuando veo cómo se le endurece la mirada.

—Las más delgadas no aguantan mucho tiempo —susurra—. No para lo que tengo en mente.

Se acerca tanto que puedo oler su hedor.

—*Papá*, por favor —le suplico, temblando de pies a cabeza.

— Cierra la puta boca —grita, dando un fuerte golpe con la mano sobre la mesa, y yo doy un respingo. — Perdona los modales, tiene que aprender a callarse.

—Nada que yo no pueda solucionar —señala, con una sonrisa macabra que desaparece al mismo tiempo que me agarra del brazo con tanta fuerza que sé que me dejará marcas—. —Está marcada —exclama, y tardo unos segundos en comprender de qué está hablando.

¿Marcada? ¿En qué sentido?

Papa se pone rojo y suelta una palabrota, levantándose y viniendo hacia mí como un tren descontrolado; la bofetada llega

rápida y fuerte, haciéndome girar la cabeza bruscamente y llenándome la boca del sabor a sangre.

Más lágrimas resbalan por mis mejillas, pero no digo nada.

—Estúpida —espeta, agarrándome de la barbilla—. —Traedme mi puro —ordena a Fabrizzio, quien, en cuestión de segundos, le atiende.

Con la mano libre, *papá* se lleva el puro a la boca y mi hermano le ayuda a encenderlo.

Todo ocurre muy rápido.

Estoy concentrada en su rostro, en su próximo movimiento, pero de todo lo que imaginé, nunca pensé que utilizaría el puro para quemarme la piel.

—¡Para, por favor! —grito, pero mis hermanos me sujetan con fuerza, mientras la brasa me toca la piel.

Dolor, tanto dolor.

—Quítala de mi vista —ordena Tiziano Del Vecchio, sin siquiera mirar en mi dirección, y sé que, de no ser por los brazos que me sujetan, estaría en el suelo. —Ya no hay marca —sentencia, con esa voz dura y fría que sé que me perseguirá para siempre.

Pero es precisamente esa respuesta la que le confirma que esto no es más que el principio.

—Nuestro trato se mantendrá, *Don* Tiziano. Emilio se encargará de los trámites necesarios y le informará sobre la fecha y la entrega.

— Perfecto. Donatella será suya.

Me arrastran fuera de la oficina y me tiran al suelo del salón.

Intento levantarme, pero las lágrimas me impiden ver.

Me duele el cuerpo, pero no tanto como el alma.

— Ay, hija mía… — Oigo la voz de Fat, que me suena lejana.

Unas manos me ayudan a ponerme de pie.

Murmuro un «gracias» y, reuniendo todas las fuerzas que aún me quedan, me agarro a la barandilla y subo las escaleras a toda prisa.

Elena siempre tuvo razón.

Papá nunca nos querrá.

Nunca.

Cierro con fuerza la puerta del baño, aunque sé que es inútil.

Mi destino está sellado.

Abro el grifo de la ducha y me agacho en el suelo, dejando que caiga el agua caliente, mientras los sollozos sacuden mi cuerpo.

Qué vergüenza.

¿Cómo ha podido?

¿Cómo ha podido hacer eso papá?

Ni siquiera en mis peores pesadillas.

El dolor me atraviesa cuando el agua toca mi herida, y con cuidado limpio la zona enrojecida, pero apenas consigo mantener el jabón en la mano.

Solo tiemblo y allí, encogida, lloro, lloro todo lo que parece estar guardado dentro de mí desde hace años, y con cada recuerdo el llanto no hace más que aumentar, no puedo parar.

Todo sale a la superficie: las miradas de desprecio, las constantes humillaciones, el menosprecio, la falta de amor, de cariño, y hoy, el colmo de la maldad, de la completa falta de humanidad: que me rasguen la ropa, que me expongan allí, en la oficina, en bragas y sujetador, ante la mirada de extraños, de los soldados, que me quemen, me hieran y, lo peor de todo, por quien debería honrarme y protegerme: mi padre.

En ese momento, comprendí lo que debería haber comprendido hace años: no hay esperanza.

Mi vida no me pertenece y, al final, solo cambiaría de un monstruo por otro.



Zombie – Cramberries

—¿Qué te preocupa? —pregunta Pietro, leyéndome tan bien como siempre, y esbozo una sonrisa forzada.

—No debe de ser nada.

—Si es por él, ya le he pedido a Tina que me recomiende un adiestrador.

Miro a Salame, que ya está animado explorando la habitación, y sonrío, esta vez de verdad. El cachorro se ha portado de maravilla, sobre todo teniendo en cuenta que es su primera noche. Lloriqueó un poco cuando Pietro lo acostó en la camita que improvisamos con una manta mullida, en uno de los rincones de la habitación, cerca del balcón, pero luego durmió plácidamente.

—No, Salame es una monada, ¿verdad, cariño? —digo, y al oír su nombre, ya se pone nervioso. —Es hora de bajar y llevarlo a hacer pipí fuera, quiero ver si se acostumbra a hacerlo solo ahí fuera.

—Más le vale que lo haga, o acabará durmiendo allí también.

—Claro que lo hará, porque es inteligente, ¿verdad, guapísimo? En serio, ¿cómo te atreves a amenazar a algo tan delicioso?

—Créeme, ahora mismo solo puedo pensar en otras cosas ricas —dice, acercándome a él, y me sonrojo al recordar cómo

terminó nuestra noche.

— Pícaro.

—Siempre. —Me guiña un ojo, rozando sus labios contra los míos.

—No hagas caso de lo que dice, Salame —le digo, cogiendo al cachorro en brazos y dirigiéndome ya hacia la puerta—. Tú te quedarás durmiendo aquí, calentito. Vamos al césped, para que marques tu territorio y dejes orgulloso a papá.

Pietro estalla en una carcajada y yo aparto la cara.

— ¿Papá orgulloso?

—¿Cómo quieres que te llame? —Arqueo una ceja.

— Joder, Elena, solo tú eres capaz de hacerme reír a estas horas.

— ¿Nos vemos en la cafetería? — Cambio de tema, soltando una risita.

— No, tengo varias reuniones esta mañana. Me voy directo a la oficina.

Vaya…

—Y, Elena —dice, con la mirada fija en mí—, todavía no me has dicho qué te preocupa —suelta de repente, y no tengo adónde escapar.

—Seguro que es una tontería mía.

— Sigue.

— La señora no me llamó ayer, ni me mandó ningún mensaje… —Me muerdo los labios, nerviosa.

— Puede que se le haya olvidado y se haya ido a dormir.

Ahí está el problema, mi hermana no es de las que se olvidan de las cosas.

— Seguramente tengas razón. Voy a cuidar de Salame, a tomarme un café y a intentar llamarla.

— Hazlo y, si pasa algo, avísame.

Sonrío, sintiendo cómo parte de la angustia me abandona.

Pietro debe de tener razón.

No será nada.



— Contesta. Contesta, señora.

Nada.

Otra llamada perdida, además de los innumerables mensajes sin respuesta.

Algo va mal.

¡Y mucho!

El corazón me late a mil por hora y sé que tengo que ir allí, simplemente lo sé.

Bajo las escaleras a toda prisa y la primera persona que veo es Giulia Zampieri.

¡Perfecto!

—¿Pasa algo, cariño? —Me mira, preocupada.

—¿Puedes cuidar de Salame por mí? Tengo que hablar con Pietro, es urgente. —Me muerdo los labios, nerviosa.

—Claro que puedo cuidar de este pequeño —dice, cogiendo al cachorro en brazos.

—Gracias —digo, mientras me dirijo ya hacia la oficina.

—*Figlia* —me llama y vuelvo la cabeza, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

—Todo irá bien —dice, y solo espero que tenga razón.

Llamo a la puerta y, al poco rato, oigo su voz.

—Adelante.

Empujo la puerta y enseguida veo a Pietro sentado tras el gran escritorio de madera, con Romeo y Stella sentados frente a él.

— Lo siento… — empiezo, al entrar, pero en cuanto mi mirada se cruza con la suya, él lo sabe.

No le molestaría si no fuera por esa mirada crítica.

—¿Qué pasa? —pregunta, levantándose y acercándose a mí, y allí, toda mi angustia y mi miedo parecen salir a la superficie.

Apenas puedo articular palabra.

— Elena, ¿qué pasa? — Pietro me levanta la barbilla con el dedo índice.

—Tengo que ir a Civitavecchia.

— ¿Cómo es eso?

—No consigo hablar con Dona —suelto de golpe—. Algo va mal, lo sé, necesito…

— ¿Qué le ha pasado a Donatella? —pregunta el primo de Pietro, que ya está de pie a mi lado.

— No lo sé, solo sé que tengo que ir, que…

—Vale, cálmate, irás. Les pediré a Nicola y a Dante que te acompañen. Stella, pide que preparen el helicóptero.

— Gracias, gracias —le doy las gracias, notando cómo me tiemblan las manos.

Me siento como la misma niña indefensa de hace años.

El miedo es asfixiante.

— ¿Por qué crees que pasa algo malo? —pregunta Romeo, y me obligo a respirar hondo, necesito calmarme.

—Ayer me di cuenta de que estaba triste, preocupada —empiezo—. Me dijo que nuestro padre había llamado, pidiéndole que volviera lo antes posible.

— Increíble, además de no venir, el cabrón todavía se mete donde no le incumbe —maldice Pietro, y no podría estar más de acuerdo.

—Estaba angustiada, parecía presagiar algo —digo, recordando su angustia—. Dijo que creía que *papá* había encontrado una nueva pretendienta.

—Ni de coña —exclama Romeo, empezando a pasearse de un lado a otro.

—Intenté tranquilizarla, le dije que encontraríamos una solución y le pedí que me llamara en cuanto llegara…

—No ha llamado —concluye Pietro la frase.

—No, e intenté convencerme de que era por cansancio, que había llegado y se había ido a descansar, pero la he llamado una y otra vez, y todas las llamadas van directamente al buzón de voz; no responde a mis mensajes. Mi hermana no es así —exclamo, con las manos temblorosas.

—Vale, lo primero es que te calmes —Pietro me coge las manos entre las suyas—. Ve allí, ve a ver a tu hermana, averigua qué ha pasado y luego ya veremos qué hacemos, ¿vale?

Respiro hondo.

—Sí, sí… no debe de ser nada, solo preocupación de hermana —digo, intentando convencerme a mí misma.

—Puedo acompañar a Elena —suelta Romeo, y veo que Pietro mira a su primo.

—Llamaría la atención —dice Stella—. ¿Por qué iba el abogado de Sacra a acompañar a la esposa del *Don* en la visita a su hermana?

—Tu hermana tiene razón y tú lo sabes —responde, apoyando la mano en el hombro de Romeo, que no parece nada satisfecho con la respuesta.

—Joder, esto no me gusta nada. Primero Otavianno, y ahora esto.

—El helicóptero está listo —avisa Stella.

Pietro me sujeta la cara entre las manos.

— ¿Quieres que vaya contigo?

—No. —Niego con la cabeza, emocionada por que me lo haya sugerido—. No hace falta.

— Si tú quieres, me voy, lo dejo todo aquí y me voy —insiste, sin apartar la mirada de mí.

Sonrío, sintiendo cómo se me acumulan las lágrimas.

—Nicola y Dante estarán conmigo, voy a visitar a mi hermana y vuelvo enseguida, y si puedo, la traeré para que pase unos días con nosotros. —Parpadeo, intentando tranquilizarlo.

Pietro asiente.

—Mantenednos informados —pide Romeo, que está realmente preocupado.

—Lo haré —le tranquilizo, y rozo mis labios con los de Pietro antes de salir de la oficina, deseando que Giulia no se enfade al saber que tendrá que quedarse más tiempo como niñera de Salame.

La encuentro en los jardines, junto a Chiara e Isabella, y las tres están allí mimando al pequeñín.

— Hola…

—Mira quién ha llegado, Salame —dice Giulia, y él responde con sus ladridos estridentes.

—Necesito que me hagas otro favor.

—Ni lo digas, vete ya, cariño, ya sé que el piloto te está esperando.

— Yo…

— No me des las gracias, vete y trae a tu hermana. Se merece estar más tiempo lejos de ese mausoleo. Lo siento.

—No te disculpes, es realmente un museo.

— Puedes estar tranquila, nos encargaremos de él. Si me las apañé para ir tras Pietro y Giovanni, Salame será pan comido.

—Ya te estás entrenando para los nietos —bromea Isa.

— Ay, Dios mío, ya me lo puedo imaginar: él corriendo y Salame persiguiéndole…

Dios mío, ¿cómo hemos acabado hablando de nietos y perritos?

—Me voy —digo, despidiéndome y corriendo hacia el helicóptero, donde me esperan los soldados.

Me voy, Donatella, y más te vale tener una buena razón para no responderme.



Apenas la aeronave toca tierra, corro hacia la mansión.

— Señora Zampieri, espere.

— Espérame aquí, Nicola. No pasa nada —grito, sin siquiera mirar atrás.

En cuanto empujo la pesada puerta del salón, lo único que encuentro es silencio y ese olor a cerrado.

— Lena… — Fat sale corriendo de la cocina, secándose las manos con el paño de cocina.

—Fat —la saludo, y allí tengo la confirmación.

—Menos mal que has venido, Dios te ha enviado —susurra, mirando de un lado a otro.

—¿Qué ha pasado?

— Ay, chica… — Tiene los ojos llorosos.

— ¿Qué ha pasado?

—Me han hecho daño… —Ni siquiera espero a que termine la frase, subo corriendo las escaleras, con el corazón a punto de salirse por la boca.

—Señora, señora, estoy aquí —exclamo, abriendo de un tirón la puerta del ático, solo para encontrarme con la habitación a oscuras, la cortina cerrada y a mi hermana acurrucada en un rincón de la cama.

Con la mano temblorosa, aprieto el interruptor y entonces entiendo por qué no me ha respondido.

Tiene la cara hinchada, el lado derecho completamente morado, los párpados tan hinchados que apenas puede abrir los ojos, y allí mismo empiezo a llorar.

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué te han hecho? —susurro, acercándome, arrodillándome en el suelo, con miedo incluso de tocarla, tantos moratones en los brazos, los muslos, el cuello… y entonces veo el rojo vivo a la altura de las costillas. —Oh, Dios… —La bilis me sube a la boca y, por poco, vomito sobre la alfombra raída.

La han quemado.

Le han quemado nuestro tatuaje.

—No es tan grave como parece —balbucea, y yo solo soy capaz de llorar.

Piensa, Elena, piensa…

Con las manos temblorosas, saco el móvil del bolsillo de mis vaqueros, pero mi hermana me agarra la mano con firmeza.

—Te voy a sacar de aquí, te vas a casa conmigo —le advierto, pero ella solo niega con la cabeza.

— No, no te dejarán.

— Y una mierda que no lo vayan a hacer.

—Hoy te van a pedir algo —dice con dificultad.

—Solo si es para no matarlos —espeto, con la rabia hirviendo en mi interior—. ¿Cómo se han atrevido? ¿Quién te ha hecho esto, quién? ¿Ha sido *papá*? ¿ ¿Los gemelos? —insisto y veo cómo una lágrima resbala por su rostro herido—. Lo pagarán, lo pagarán, te lo prometo —digo, sujetándole la mano.

— Escúchame…

— No hables, te voy a llevar conmigo, un médico tiene que examinarte —le digo, pero Dona me agarra de nuevo de la muñeca.

—No nos queda mucho tiempo, *papá* ya debe de estar de camino…

— ¿Qué?

—Te van a pedir algo, no aceptes —jadea.

—¿Pedirme qué?

Me ignora y sigue hablando:

— No aceptes, digan lo que digan.

— Señora…

— Sé que las cosas fueron difíciles entre tú y *Don* Zampieri al principio, pero él te quiere, hermanita… —Quiero decirle que deje de preocuparse por mí, pero ella sigue hablando: —He visto cómo te mira, y qué decir de esa familia —hace una pausa, mientras le caen más lágrimas—; son una verdadera familia, cuidarán de ti —dice, y parece que se está despidiendo de mí.

— ¿Por qué me estás diciendo esto? Ellos también son tu familia, la nuestra, todos te quieren —exclamo, secándome las lágrimas que brotan sin control.

—No podemos ser monstruos como ellos, nuestra madre nunca lo permitiría. Nunca… —dice, y ni siquiera tengo tiempo de responder, la puerta se abre de par en par y mis hermanos aparecen con esa sonrisa enfermiza en la cara.

— Hermanita.

— ¿Cómo habéis podido hacer esto? ¿Cómo…? —Me abalanzo sobre ellos, cegada por la rabia, y, antes de que puedan detenerme, le doy un puñetazo en toda la cara a Federico.

—¡Zorra! —Levanta el brazo, pero Fabrizzio se lo impide.

—¡Hoy no! Recuerda lo que dijo *papá*.

—Zorra, lo vas a pagar caro. —Se suena la nariz y le corre sangre.

—¡Tú es que lo vas a pagar! —grito, lanzándome de nuevo contra él, pero Fabrizzio se interpone, agarrándome de la muñeca, y ni siquiera pienso, solo actúo, haciendo el movimiento que me enseñó Martina, zafándome de él.

Los dos se quedan mirándome atónitos.

—Vaya, vaya, a ver si eres capaz de con nosotros dos —sonríe Federico, y todo sucede muy rápido; se abalanzan sobre mí y, esta vez, por mucho que intente zafarme y darles puñetazos, me sujetan con tanta fuerza que me arrastran fuera de la habitación.

— Lena… —grita Dona, pero es inútil.

—*Papá* quiere hablar contigo.

Que le den por culo a lo que quiera.

— Os vais a arrepentir de esto —exclamo, dejando de forcejear; es inútil y solo me hace daño en los brazos.

—¿Qué vas a hacer, vas a hablar con tu maridito, eh? —Aumentan el agarre, y sé que tendré moratones antes de salir de aquí. —Mejor que te quedes calladita, o esos dos soldaditos de ahí fuera no volverán sanos y salvos a Siena.

Nicola, Dante…

Respiro hondo, sabiendo que no es una amenaza en vano; mi padre debe de haberse vuelto loco, es la única explicación para lo que le hizo a Dona y para lo que está haciendo ahora.

La puerta del despacho está abierta y me empujan dentro sin ningún tipo de delicadeza; caigo sobre el suelo duro y oigo cómo se cierra detrás de mí.

—Elena, Elena…

—¿Cómo has podido hacerle daño? ¿Qué clase de padre eres? —escupo las palabras mientras me levanto, y él sonríe.

El hijo de puta sonríe.

—Tu hermana no recibió ni la mitad de lo que se merecía —exclama, haciendo girar el vaso de whisky en la mano—. Me avergonzaste delante de un invitado importante, y no creas que no sé que fuisteis a ese club de Florencia.

—Es uno de los negocios de *la famiglia*, estábamos a salvo.

—Me importa un comino la seguridad —se ríe—, más me hubiera valido que se hubiera muerto. Solo me preocupa el honor. Entiéndelo, de una vez por todas: tu hermana es una mercancía que no puede sufrir ninguna devaluación más. Ya basta con que sea una cerda que pocos quieren.

— ¿Te oyes? ¿Honor? ¿Dónde está el tuyo? ¡Eres repugnante! —grito, incapaz de guardármelo para mí misma.

— Vaya, vaya, ¿dónde están tus modales? Has pasado dos meses en casa de los Zampieri y ya te has olvidado de a quién debes respeto. —Da un fuerte golpe en la mesa— Soy tu padre, no lo olvides nunca.

Como si pudiera olvidarlo.

Respiro hondo, sabiendo que seguir discutiendo con él es inútil; tengo que sacar a Dona de allí.

—Dona necesita que la examinen —digo, con toda la calma que puedo reunir.

— Está bien, por ahora… — Sonríe, y yo reconozco esa sonrisa.

— ¿Qué quieres decir? ¿Qué has hecho? — le pregunto, avanzando hacia él, pero justo en ese momento se abre la puerta y no necesito mirar atrás para saber quiénes son: mis hermanos.

— ¡Siéntate!

—Prefiero quedarme de pie.

— Siéntate, ya, joder.

Hago lo que me ha pedido.

—Tu hermana está comprometida.

Cierro los ojos, asimilando las palabras.

— Un aliado mío de la Camorra.

¿Qué acaba de decir? La mafia de Nápoles lleva décadas enemistada con la Sacra.

— Sé lo que está pensando esa cabecita —continúa, y ya no me queda ninguna duda: se ha vuelto loco de verdad, su mirada es enfermiza—. Pero, verás, la Civita no tiene ningún problema con la mafia napolitana; al contrario, los admiro mucho, y una vez que tenga el control de la Toscana…

— Pietro es quien controla la mayor parte del territorio — replico, yendo directamente a su punto débil.

—Por ahora.

¿Cómo es eso? Intento descifrar sus expresiones, entender qué está tramando su mente enfermiza, pero no lo consigo.

—Qué inocente.

— No lo entiendo.

—Claro que no, eres una puta estúpida… está en tu naturaleza.

Me muerdo los labios para no responderle; necesito conseguir toda la información posible.

—¿Crees que esta alianza con Sacra surgió de la nada? Claro que no, tonta, yo la provoqué…

Mis hermanos, que están detrás, se ríen y yo aprieto los puños.

—Durante los últimos años, he aguantado pacientemente que mi padre idolatrara a esos críos, Matteo Zampieri por aquí, Pietro Zampieri por allá, la necesidad que tenía el viejo de someterse, incluso después de lo que le hicieron a Tommaso —escupe las palabras—, de tener una alianza con esos malditos me pone enfermo. No los necesitamos, nunca los hemos necesitado —exclama, cada vez más exaltado.

— ¿Por qué, entonces? —pregunto, y su mirada vuelve a posarse en mí.

—Porque entendí que los Zampieri eran un medio para alcanzar un fin.

¿Un medio para alcanzar un fin?

—Una vez forjada la alianza, tendríamos acceso a información privilegiada, inversiones, contactos… Nos extenderíamos como una plaga, hasta que llegara el momento.

— ¿El momento?

—De hacernos con todo. —Sonrío.

Esto no puede estar pasando.

Cierro los ojos, intentando asimilar todo lo que acabo de oír.

— ¿Quieres traicionar a Sacra y quedarte con todo? ¿Es ese tu gran plan? — La última pregunta sale con tono burlón, y él se da cuenta; veo cómo se le enrojece la cara y se acerca.

— Tienes suerte de que te necesite por completo para la última parte del plan.

Me río.

— ¿De verdad crees que voy a ayudarte en algo? ¿Te has dado un golpe en la cabeza?

Me agarra la barbilla, apretándola con fuerza, y yo no aparto la mirada ni me quejo.

—Lo harás, porque, si no, tu dulce hermanita no durará hasta el final de la semana.

Señora…

—Veo que lo has entendido. —Sonríe, soltándome y volviendo a su silla—. Tu hermana será entregada mañana a su prometido; la boda debe celebrarse pronto, pero poco me importa, ya me han pagado.

—¡No! —grito, y él se divierte con mi desesperación.

—Pero, si haces todo lo que te ordene, te garantizo que Francesco no se mostrará tan duro, al menos no durante las primeras semanas. —Me guiña un ojo.

—Vas a entregarla a un monstruo.

—Son negocios y él ha pagado el precio.

—¡Donatella no es un producto! —grito, levantándome—.

—¡Para mí sí lo es! —Extiende las manos sobre la mesa—. Las dos lo sois.

—Ya te he dado la maldita alianza, ¿qué más quieres? —exclamo, con un dolor que me desgarra el pecho con cada palabra que sale de su boca.

—La cabeza de Pietro Zampieri —dice, con un tono de voz serio que no deja lugar a dudas: no está bromeando.

Todo parece dar vueltas y me siento apresuradamente, cerrando los ojos.

—Es exactamente lo que has oído, chica, y créeme, si fuera por mis socios, tu maridito ya se habría convertido en comida para los peces —enfatiza la última palabra y la comprensión me inunda.

—El atentado, tú…

— Nada me vincula con esa mierda, pero puede que haya dicho en los círculos adecuados adónde iba a viajar mi querido yerno.

—Tú, tú… —ni siquiera puedo hablar.

— Al final, tu marido resultó difícil de eliminar, pero me gusta pensar que todo tiene un lado positivo.

— ¿Un lado bueno?

— Claro, así tendríais más tiempo para aseguraros un nieto.

Se me revuelve el estómago.

— Ya sabes cómo es, mejor que matar a Pietro Zampieri es matarlo y ser el abuelo del futuro *Don*, ¿entiendes?

— No, nunca…

— Lo sé, es demasiado para tu cerebro limitado —se burla, y yo respiro hondo.

— Tu gran plan es un desastre —espeto, conteniéndome para no reírme.

— ¿De verdad? ¿De verdad crees que la inyección que te pusieron en esa consulta era un anticonceptivo? ¿Crees que no sé lo que pasa bajo mi techo, chica?

No puede ser…

La doctora. Ha sobornado a la doctora.

—Te entregaron y te sirvieron al *Don* para que te metiera un puto hijo en el vientre.

—¡No estoy embarazada! —exclamo.

— Vaya contratiempo, me he pasado todas estas semanas esperando la buena noticia, pero mis socios y yo nos hemos cansado de esperar y hemos llegado a la conclusión de que esto tiene fácil solución…

No digo nada.

El shock me paraliza.

— Una vez que el *Don* esté muerto, aparecerás embarazada, y no te preocupes, mis soldados te follarán hasta dejarte exhausta, hasta que te quedes preñada.

El vómito sale con fuerza, sin control, y me inclino, dejando que lo que me he comido en el café caiga sobre su costosa alfombra.

—Es casi poético, ¿no crees? La pobre viuda del Don… —mi padre se levanta y pronuncia cada palabra con énfasis, como si las saboreara—… nadie sospechará jamás que fuiste tú quien lo mató.

—Nunca, nunca —jadeo, limpiándome la cara con la mano, sudando frío por los nervios.

— La vida de tu hermana o la de tu marido. ¿Qué es más importante para ti?

—¡Estás loco! ¡Loco!

—Un loco que es dueño de su destino y que pronto lo será de todo —exclama, y señala a los gemelos—. Lleváosla de aquí, ya me ha cansado; explicadle lo que hay que hacer, quiero esta mierda resuelta para el fin de semana.

— Sí, *papá* —responden al unísono, como robots, y esta vez me sacan a rastras del despacho.

Fabrizzio y Federico empiezan a hablar sin parar, gritan instrucciones, algo sobre una sustancia, unas gotas que debo echar en la bebida, pero no consigo seguirles el hilo.

No puedo.

—¿Lo has entendido, joder? —Federico me aprieta la barbilla y yo solo asiento con la cabeza.

—No lo sé, creo que deberíamos retenerla aquí —dice Fabrizzio, y me quedo helada, pero sigo callada.

—*Papá* fue claro: dar las instrucciones y dejarla marchar; los críos están empezando a sospechar por el retraso, y no podemos levantar sospechas. Todo debe hacerse según el plan.

Plan, plan…

Quieren que lo mate.

Una lágrima resbala por mi mejilla, y ellos se dan cuenta.

—No sirve de nada llorar, hermanita —me susurra Federico al oído, tirándome del pelo—. ¡Ya sabes lo que hay que hacer!

Respiro hondo, necesito salir de ahí, necesito aire.

— Lo he entendido.

— ¿Qué has dicho?

—Tres gotas en la bebida son suficientes.

—¿No es que realmente lo ha entendido? Ahora, sonríe y vete, estaremos en contacto —dice, entregándome otro teléfono, que guardo rápidamente en el bolsillo.

— Señora…

— Haz tu parte y quizá vuelvas a verla —dice Fabrizzio.

— Aunque no podemos garantizar si estará viva o muerta. — Federico se ríe, y yo me muerdo los labios para no echar a llorar.

Ay, señora, aguanta.

Todavía no sé qué hacer, pero lo averiguaré.

Te lo prometo.



Zombie – Bad Wolves

— Creo que será mejor que sigamos hablando de esto más tarde, ya que está claro que ninguno de los dos está prestando atención a lo que digo —dice Stella, y vuelvo a centrar mi atención en mi consejera.

—Joder, Ste… —Ni siquiera la corrijo; desde que se fue Elena no tengo paz.

— Lo siento, hermanita —dice Romeo, que también tiene problemas para concentrarse.

—Hablaremos de esto más tarde —digo, ya dispuesto a llamar a Nicola para saber qué coño está pasando por allí.

—Voy al juzgado a resolver unos asuntos de la organización y luego vuelvo aquí —avisa—. Y, Pietro, llámame en cuanto tengas noticias.

— Cuenta con ello —respondo, viéndole salir.

— Creo que nunca os había visto a los dos tan…

— ¿Tan?

— Distraídos.

—He oído todo lo que has dicho —empiezo, pero me corrijo —: casi todo.

—¡Ya lo sabía!

— En cuanto Elena vuelva con noticias de su hermana, volveré a estar concentrado al 100 %.

—¿Un descanso, entonces? —pregunta Stella, pero ni siquiera tengo tiempo de responder.

Se abre la puerta de la oficina y entra Alessia con su portátil, seguida de Giovanni y Martina.

— ¿Alguien puede explicarme qué coño está pasando?

— Perdón por entrar así… — Mi prima pone cara de asco, mientras que mi hermano simplemente se deja caer en el sillón.

— ¿Tina? — Arqueo una ceja hacia la única persona seria entre ellos.

— Créeme, te va a interesar saberlo.

—En ese caso, seguid.

— ¿Te acuerdas de cuando dije que intentaríamos averiguar qué antenas de telefonía se utilizaron en las últimas llamadas de ese cabrón? —pregunta Gio, y yo asiento con la cabeza.

—Sí, dije que, aunque lo consiguiéramos, sería como buscar una aguja en un pajar, el área sería demasiado amplia.

— Excepto que nuestra primita ha conseguido lo imposible. — Me guiña un ojo y, justo en ese momento, Alessia conecta su portátil al televisor que hay en la oficina.

— ¿Qué es esto? —pregunto, al ver una imagen de satélite.

—Es la ciudad de Pistoia —explica Alessia, ampliando el mapa.

— ¿Qué son esas marcas?

—Los triángulos representan las tres torres y esa zona resaltada es de donde puede haber procedido la llamada.

Como imaginaba, una zona enorme.

—Vale, ¿y el punto rojo?

—Es de donde vino efectivamente.

— ¡Joder! —exclamo, sin poder creer que Les lo haya conseguido de verdad—. ¿Qué precisión tiene?

— Un margen de hasta tres kilómetros, en el perímetro, como máximo.

—Eso descarta muchas posibilidades —señala Stella, y me levanto para acercarme a la pantalla.

— Debajo de este punto rojo, ¿qué pone?

—Parco di Monteoliveto —responde ella, y todos los presentes en la sala saben muy bien lo que significa.

—Giorgio Jodido Rizzi —mi hermano es el primero en intervenir.

— ¿Y qué hay de la segunda llamada? —pregunto, y veo en la mirada de Alessia que no me va a gustar la respuesta.

No responde, solo teclea varios comandos y, en cuestión de segundos, la imagen de Pistoia se sustituye por otra, una que conozco bien: es el l litoral de Civitavecchia, y el punto rojo… ni hace falta que me diga qué hay cerca, ya lo sé: es la mansión de los Del Vecchio.

—Lo siento, P —susurra ella, y yo asiento con la cabeza.

La sangre me hierve, pero me obligo a mantener la calma y la racionalidad.

—Tina —llamo a mi ejecutora y ella ya sabe que se va a divertir.

—Dile que vayan a buscar a Giorgio, quiero a ese hijo de puta en Chiusure antes de que acabe el día y espero respuestas.

—¡Las tendrás! —dice.

—Buen trabajo, Les —saludo a mi prima, que sonríe.

— ¿Qué vamos a hacer con el viejo Del Vecchio? —pregunta mi segundo al mando, y mi mente ya está a mil por hora pensando en ello.

Ningún escenario es bueno.

— Elena se ha ido a visitar a su hermana; en cuanto llegue, hablaré con ella y veremos cómo actuar.

—¿Crees que…?

— Ni se te ocurra terminar la frase —espeto, y la ira en mi voz es todo el mensaje que mi hermano necesita.

— Lo siento, no quería…

— Disculpa aceptada. Refuerza la seguridad alrededor de la mansión; que no entre nadie aquí a menos que esté autorizado, *nadie*, y eso incluye a cualquier miembro de la organización, incluso a mi jodido suegro.

—Déjalo en mis manos.

— A menos que tengan algún otro asunto que tratar conmigo, me gustaría quedarme solo.

Uno a uno, se levantan y empiezan a salir y, justo en ese momento, veo a través del cristal del despacho cómo se acerca el helicóptero.

Elena está volviendo.

Es hora de tener una charla, una que no va a ser nada fácil.

Me la encuentro en nuestro dormitorio, se está lavando la cara y no hace falta ser un genio para darme cuenta de que ha estado llorando.

Estoy a punto de preguntarle qué le pasa cuando ella corre hacia el lavabo y empieza a vomitar.

— Oye, oye… estoy aquí contigo. — Le sujeto el pelo y le acaricio la espalda.

— Pietro… — intenta decir, pero vuelve a sentirse mal, y yo no digo nada, solo sigo acariciándole la espalda, recordándole que estoy ahí.

—Toma… —Le tiendo un pañuelo y, en cuanto ella estira el brazo para cogerlo, lo veo: marcas inconfundibles de dedos en su brazo, muñeca y cara.

Hijos de puta.

Me olvido de todo, me olvido de Giorgi Rizzi, me olvido de su jodido padre, la sangre me hierve de una forma inexplicable y todo lo que veo es rojo, quiero sangre, y la quiero hoy mismo.

— ¿Quién?

Me mira confundida y le toco el brazo con delicadeza.

— ¿Quién te ha hecho esto, joder?

— No importa —balbucea, con los labios temblorosos.

— Y una mierda que no importa, voy a matar a quien se haya atrevido a hacerte daño. Ya se lo he dicho al hijo de puta de tu hermano —espeto, sin apenas reconocer mi propia voz, pero Elena solo me sujeta la cara, y hay tanto dolor en su mirada, tanto, que resulta casi asfixiante.

Cierro los ojos y me callo, necesitando calmar el torbellino que hay dentro de mí.

—¿Qué pasó en casa de tu padre? —digo, al cabo de unos segundos—. ¿Está bien tu hermana?

Sus ojos brillan y las lágrimas comienzan a resbalar sin control por su precioso rostro, y sé que no me va a gustar lo que voy a oír.

—Necesito tu ayuda… —Su voz, siempre fuerte y atrevida, es ahora un susurro.

— Cuéntamelo, preciosa —le pongo las manos sobre las suyas—, déjame ayudarte, déjame cuidar de ti.

Elena respira hondo y asiente.

Durante los siguientes minutos, me cuenta lo que pasó nada más llegar a la mansión: su breve encuentro con la ama de llaves, la noticia de que su hermana estaba herida y cómo se apresuró a ir a su antigua habitación.

—Lo que vi… —un sollozo sacude su cuerpo—… ojalá pudiera olvidarlo.

No digo nada, solo espero.

—Su cara, su cuerpo, los brazos, las piernas, todo cubierto de moratones… —Le tiemblan los labios y llora sin control—. Apenas podía hablar ni mirarme…

—¡Hijos de puta!

—La quemaron, Pietro, quemaron el tatuaje que tenía, el nuestro… —Le tiemblan las manos—. ¿Cómo han podido hacer eso? ¿Cómo?

— Vamos a arreglar esto.

—La van a matar —exclama con pánico en la voz.

— ¿Cómo es eso?

— Cuando vi aquello, me volví loca, le di un puñetazo a Federico y me arrastraron hasta mi padre; así es como me hice *la mayoría* de las marcas… —explica, y yo solo consigo pensar en mil formas de matarlos.

— ¿Qué quería tu padre?

Elena mira al suelo, a los lados, a cualquier parte menos a mí, y es evidente que no le está resultando fácil revivir el tema.

— Elena… —suspiro, levantándole la barbilla con el dedo índice, necesitando que me mire.

—Siempre supe que mi padre era un monstruo —su voz se quiebra y respira hondo—, pero lo que he visto y oído hoy… —Aprieta los puños y le toco la mano, recordándole que estoy ahí, con ella, que no voy a dejar que le pase nada—. *Papá* me dijo que negoció con alguien de la Camorra a cambio de Donatella.

— ¡Joder! —suelto, sin poder contenerme.

—Francesco —continúa ella.

Ni de coña.

Tiziano va a entregar a su hija al Destripador de Nápoles, Francesco Sorrentino, cuya fama y sangre fría le preceden. Un hombre que no se anda con tonterías y deja un rastro de muertes a su paso.

—Un grupo de soldados se encargará de la entrega mañana. *Papá* dijo que ella, que nosotros —esboza una sonrisa triste— somos mercancía, y una vez pagado el precio, el cliente recibe lo que le corresponde. —Le tiemblan los labios y no aparta la mirada de mí—. Si se lleva a cabo esta entrega, mi hermana estará muerta.

No digo nada, y Elena se da cuenta.

— ¿Conoces a este hombre? ¿A este Francesco?

No miento.

—Su fama es bien conocida.

— Entonces sabes que es verdad…

— Elena…

— *El Papa* dijo que si quería volver a verla viva, sana y salva… —empieza a decir, pero se calla.

— ¿Qué hiciste?

Su mirada se cruza con la mía y vuelve a llorar, sin poder contenerse.

— Oye, oye… — La atraigo hacia mí y Elena no dice nada, solo me abraza con fuerza, susurrando que no puede perderme, que no puede perderme. — No te vas a ir, estoy aquí, ¿me oyes? Estoy aquí. — Le beso el pelo.

—Por favor, Pietro, ayuda a mi hermana, no sé, no sé qué hacer. No puedo, no puedo… —Llora, y verla así destrozada y saber quién ha sido el culpable es el último clavo en el ataúd de Tiziano Del Vecchio.

—Si tu hermana es mercancía, la mercancía se puede extraviar —suelto, y ella me mira, confundida.

— ¿Qué quieres decir?

— ¿Sabes a qué hora se realizará el traslado?

—Solo que es por la mañana…

— No hay problema, enviaré a unos soldados de confianza; vigilaremos su salida y rescataremos a tu hermana a mitad de camino, antes de que se realice la entrega.

— Yo… — jadea, pero sigo hablando.

—No la traeremos aquí, pero estará en un lugar seguro, protegida, hasta que resolvamos la situación con tu padre —le digo, y ella tiene que entender lo que eso significa.

Elena asiente con la cabeza, mientras más lágrimas le resbalan por el rostro.

—¿De verdad vas a hacer eso?

—Claro, es tu hermana, es importante para ti, *para nosotros* —subrayo—. Donatella es *famiglia*.

Mi mujer se queda unos segundos mirándome fijamente y, luego, sin decir nada, solo me abraza con fuerza, hundiendo la cara en el pliegue de mi cuello, mientras los sollozos sacuden su cuerpo, y yo permanezco inmóvil, acariciándole la espalda, dejando que se calme, necesitando que confíe en mí, que me cuente todo lo que haya que contar, porque ni de coña es ese nuestro único problema.

Cuando se aparta, tiene la cara ligeramente hinchada y enrojecida.

— Lo siento, yo…

— Nunca te disculpes por sentir, por preocuparte o por amar. *Tú quieres a tu hermana.* — Le aparto un mechón de pelo que se le ha pegado a la cara.

— Mucho… — Ya le caen más lágrimas.

— ¿Qué pasa, Elena? No sirve de nada decir que solo es tu hermana… — Le acaricio la mejilla y ella cierra los ojos, respirando hondo.

—Necesito que entiendas que, hasta hoy, ni Dona ni yo sabíamos nada; nosotras… nunca, nunca estaríamos de acuerdo con algo así.

— ¿Estar de acuerdo con qué?

—*Papá* quiere… —Cierra los ojos.

— ¿Quiere? — Le acaricio la barbilla y ella me mira a los ojos.

—Quiere matarte, Pietro —sus palabras vienen a confirmar lo que ya sabía—, y con ello hacerse con el control de la Sacra; quiere quedarse con toda la Toscana para él y sus socios, sea lo que sea que eso signifique.

— Sigue.

— ¿Has oído lo que he dicho? Mi padre quiere matarte, él y sus amigos enfermos están detrás del atentado de nuestra luna de miel —hace una pausa, respirando hondo—, él… —se muerde los labios, agarrándome las manos— …quiere que lo envenene, pero yo nunca podría, nunca. Necesito que me creas, yo nunca… —exclama, entre lágrimas.

—Lo sé —digo, sujetándole la nuca para que me mire a los ojos—. Lo sé, joder —insisto.

Las lágrimas le resbalan por la mejilla, pero ella sonríe.

— ¿Lo sabes?

— Lo sé, preciosa, creo en ti, en nosotros, sé quién eres, Elena Zampieri, y sé que solo harías daño a alguien si fuera para proteger a quienes amas, a tu familia.

Asiente con la cabeza, secándose las lágrimas con la mano.

—Puede que hasta muera intentándolo, pero os defiendo a todos los que estáis aquí, a todos, pero la Dona… ella solo me tiene a mí.

—Ahí es donde te equivocas, ella nos tiene a todos nosotros, a todos —subrayo, y ahí está ella, llorando.

—*Papá* dijo que tenía que elegir: salvar la vida de la Dona o matarte, pero nunca podría tomar esa decisión, nunca, porque… —sus ojos verdes están fijos en los míos— …porque yo también te quiero. —Un sollozo sacude su cuerpo, y siento cómo se me hace un nudo en la garganta. —No quería quererte, no quería que me importaras, intenté resistirme, intenté mantenerme al margen, pero… te quiero.

— Joder… — La atraigo hacia mis brazos, mis labios rozan los suyos; se suponía que iba a ser suave, lento, pero no me resisto, la

devoro, saboreándola, enredando mis manos en su melena, y Elena me corresponde e , entregándose a mí, dándome todo. —Hay tantas cosas que quiero decirte, tantas —susurro, con la frente pegada a la suya—, pero ahora no es el momento, y no pienses ni por un segundo que esta conversación ha terminado o que no te quiero, *mia maghetta*, porque, joder, te quiero con todo mi ser, TODO, Elena.

La bruja sonríe entre lágrimas.

— Pero ahora necesito que te calmes, que te laves la cara y que estés preparada para lo que nos espera en las próximas horas; hay mucho que ver y organizar, tengo que hablar con Stella, con Giovanni, con todos, joder, lo que ha pasado hoy, lo que ha hecho tu padre…

—No aceptará un «no» por respuesta, Pietro; encontrará la manera de intentar matarnos.

— Eso ya lo veremos —replico, levantándole la barbilla con el dedo índice—. Tiziano subestima lo mucho que vales para mí y para todos los que estamos aquí; eres mi mujer, la matriarca de la Sacra; todos aquí morirían por ti y, además, *yo cuido de lo que es mío*.

—¿Mi padre? —pregunta, y no vacilo.

—Su destino está sellado —afirmo con voz dura—. El suyo y el de todos los implicados.

Elena sigue mirándome fijamente.

—¿Entiendes lo que quiero decir? —le pregunto, necesitando oírlo.

—¡Mátalos a todos! —exclama, secándose la cara con el dorso de la mano—. ¡A todos!

Asiento con la cabeza, más que dispuesto a pasar a la acción.

—Tu teléfono —le aviso, al oír que suena, y ella abre mucho los ojos.

—Me lo dieron mis hermanos; me dijeron que se mantendrían en contacto.

Sonrío.

— Contesta, ponlo en altavoz, di que has llegado bien, que aún no me has visto, que estoy en la oficina y que vas a pensar en

cómo poner en práctica el plan.

—Vale, vale… —dice, contestando la llamada—. Hola.

—Solo llamo para comprobar que estás bien, hermanita.

—Estoy bien.

— ¿Y *Don*?

— En la oficina, todavía no lo he visto.

— No te olvides de lo que tienes que hacer.

— No, no, solo tengo que ver cómo…

— Eso es problema tuyo, joder. Solo hazlo y no intentes hacerte la lista; si nos jodes, me aseguraré de enviarte un vídeo de Francesco follándose a esa zorra de tu hermana.

— No, por favor, voy, voy… — suplica Elena, pero la llamada se corta.

Le tiemblan las manos mientras sujeta el móvil, y me cuesta un montón mantenerme indiferente y frío, incluso escuchando esa conversación.

Jodidos enfermos. Son tus hermanos, ¿cómo pueden hacer eso?

Saco mi móvil y, al primer tono, contesta.

— Convoca una reunión, toda la familia, en casa, dentro de una hora, hay mucho que discutir.

— ¿Romeo también?

— Todos. Romeo no aceptará quedarse al margen de esto; además, hay un asunto burocrático del que tendrá que ocuparse.

— ¿Roman?

— A ver si puede participar por teléfono; sé que es una petición repentina, pero le encantan los líos.

— Déjamelo a mí.

— Gracias, hermano.

— ¿Crees que podrás bajar? —le pregunto a Elena—. Seguro que todos están preocupados por ti.

— Y si piensan que yo… — Le tiemblan los labios y ni siquiera la dejo continuar.

— Escucha bien lo que te voy a decir: no lo pensarán, porque te conocen, porque saben quién eres…

— Pietro…

—Tú y tu hermana sois las mayores víctimas de la locura de Tiziano Del Vecchio.

—Gracias —susurra.

— ¿Por qué?

— Por todo, pero sobre todo por confiar en mí, por quererme… y por darme esta maravillosa familia.

Le sujeto la nuca, pegando mi frente a la suya.

— Confío en ti, te quiero. — Joder, qué bien sienta poder decir eso. — Y esta familia es tuya desde que entraste en mi vida, te has ganado a cada uno de ellos… TÚ —subrayo, secándote las lágrimas rebeldes que insisten en resbalar por tu precioso rostro. — Ya basta de llorar, *mia maghetta*, ¿lista para salvar a tu hermana y acabar con los cretinos de tu padre y tus hermanos?

— «Lista» es mi segundo nombre.

—Esta es mi mujer —exclamo, y ella sonríe mientras me da la mano.



Elena y yo bajamos al salón y, tal y como imaginaba, toda la familia ya está allí reunida.

Listos para actuar, para proteger, para hacer lo que sea necesario.

Aún no lo saben todo, me aseguraré de ello, pero, aun así, bastó con que mi mujer pisara el último escalón para *que todos la* acogieran de inmediato.

Eso es lo que hace una familia: acoger, cuidar y proteger.

Intercambio una rápida mirada con *papá* y mis tíos, y aunque no digo ni una palabra, el mensaje es claro: todos participarán en las decisiones que tomaré en las próximas horas.

— Primero tengo que hablar con Romeo, pero luego os llamaré a todos. —Mamá… —empiezo a decir, pero ni siquiera necesito terminar la frase.

—Vete, vete —dice, emocionada, mientras abraza a Elena, que llora en sus brazos.

Joder.

— ¿Qué ha pasado? — pregunta Romeo en cuanto se cierra la puerta del despacho detrás de nosotros.

— ¿Whisky? —pregunto, necesitando urgentemente una doble ración, y él niega con la cabeza.

—¿De qué gravedad es la situación?

— ¿Qué sabes ya?

—Sé lo del imbécil de Rizzi y lo de *Don* Tiziano.

— Será mejor que te sientes —le indico hacia el sillón, y mi primo acepta mi sugerencia.

Durante los siguientes minutos, le pongo al día sobre la situación de la hermana de Elena, le cuento cómo la encontraron herida, agredida por sus hermanos y su padre, del acuerdo con Francesco Sorrentino y de la entrega prevista para mañana c , y con cada palabra que sale de mi boca, veo cómo cambia la expresión de Romeo.

El abogado siempre tranquilo, frío, con todo bajo control, ya no está ahí, y mis sospechas se confirman cuando termino mi relato y él da un puñetazo en la mesa, haciendo que todo se desplace.

— Pero joder… — Se levanta y se dirige directamente a la barra, sirviéndose un trago generoso de whisky.

—Sabía que ibas a aceptar.

— ¿Qué vamos a hacer? Dime que tienes un jodido plan, o soy capaz de meterme en esa puta mansión y sacarla de allí yo mismo.

— Necesito que interceptes este vehículo; la entrega no debe llevarse a cabo.

—¡Dalo por hecho! —responde, golpeando la mesa con el vaso vacío.

—Giovanni va a enviar a cuatro hombres para que te acompañen.

— Joder, con la rabia que tengo, podría matarlos yo solo.

— ¿Estás dispuesto a ensuciarte el traje, primo?

— No me jodas, P, sabes que me da igual tener el puto traje o las manos sucias.

— Lo sé. Romeo, no hace falta que te diga lo importante que es esta misión…

— Donatella es importante, y no solo por ser tu cuñada, créeme.

No digo nada y él tampoco.

Sabe que ya ha revelado más de lo que pretendía.

— Es importante que crean que no ha habido ningún problema con el transporte.

— Seguro que seguirán el GPS del vehículo, además de mantener contactos esporádicos con los soldados.

— Conociendo a Tiziano, si comprueba el seguimiento, ya será mucho; no es una carga valiosa para él, pero tomaremos todas las precauciones.

—Donatella no es una carga —exclama, con la mirada fija en la mía.

— No, no lo es —asiento, al ver cómo se le marca la vena en la frente.

Todo lo que Romeo esconde tras la imagen de ejecutivo impecable está a punto de derrumbarse.

Esos cabrones conocerán la otra cara del abogado de Sacra.

—Cuando estés con ella, necesito que la escondas y la protejas. Es importante que Tiziano y Francesco, sobre todo, no tengan ni idea de dónde está, al menos hasta que lo tengamos todo resuelto.

— Cuenta con ello.

— Una cosa más: necesitaremos tu ayuda para averiguar cómo liberaremos a la chica de este pacto con la Camorra.

—Déjalo en mis manos.

—Algo me dice que al Destripador de Nápoles no le va a gustar que le roben a su prometida —continúo, y veo en su mirada la misma necesidad que arde en mí: sangre.

—¡Que le den por culo! Donatella no es suya —exclama, con los puños cerrados—. Y será un placer dejárselo muy claro.

—Ten cuidado —le advierto.

—Es él quien tendrá que tener cuidado. ¿Algo más?

—Tenemos un plan, cuento contigo para llevarlo a cabo.

—Lo será, *te lo garantizo* —afirma, y no hay duda en su voz, solo convicción y sed de venganza.



Hallowed Be Thy Name – Iron Maiden

Como ya me imaginaba, todos me miran con una mezcla de sorpresa y rabia, mucha rabia.

Durante los últimos minutos, he compartido con todos los que están en la oficina y con Roman, que sigue todo por teléfono, lo que ha ocurrido en las últimas horas.

Lo que Elena se encontró al ir a visitar a su hermana, el descubrimiento de las negociaciones de Donatella Del Vecchio con uno de los líderes de la Camorra, nuestros enemigos desde hace décadas, lo cual por sí solo ya sería suficiente para que le cortara la cabeza a Tiziano.

—Dios mío, su propia hija, ¿cómo puede ser? —*Mamá* no puede contener la conmoción.

—Para él, somos productos, mercancía, nada más —dice Elena, y en su rostro la decepción y la tristeza son evidentes.

—Este asunto ya está en marcha. Giovanni ya ha reunido a un grupo de soldados que, junto con Romeo, interceptarán el vehículo y traerán a Donatella al lugar al que pertenece… —Miro a mi mujer y veo cómo se le humedecen los ojos—. Donde estará a salvo, con la familia.

—¡Gracias a Dios! —dice mi tía Chiara, mirando a su hijo—. Tráela con nosotros, *figlio*.

—Pero no es solo eso. —Mi mirada se cruza con la de Alessia, y ella sabe qué hacer.

En cuestión de segundos, el mapa de Pistoia aparece en la televisión y en el móvil de Roman, y ella empieza a explicarlo.

—El teléfono que Pietro consiguió recuperar de uno de los cretinos que intentaron…

— Matarme —añadí.

— Sí, matarte. Bueno, había recibido dos llamadas ese día. Una procedía de esta zona, entre las tres torres, y, tras semanas trabajando en ello, conseguí hackear el sistema de la compañía telefónica y hacer una triangulación indirecta.

—En un lenguaje que podamos entender, Rayo de Sol. —La voz de Roman suena alta y fuerte, y veo cómo Alessia respira hondo.

—Como iba diciendo, analicé los metadatos… —continúa, pero debe de haber visto la mirada de interrogación en los rostros de todos, bueno, excepto en los de sus padres—. Analicé cada torre a la que se conectó el móvil, los patrones de uso, la hora de la llamada, la duración, en fin… —Suspira—. La llamada procedía de esta zona marcada en rojo.

— Podrías haber ido directo al grano.

— Vete a la mierda, Roman.

—Vale, ¡centrémonos! —le interrumpo—. ¿Sabéis todos lo que hay aquí?

— La residencia de los Rizzi —Lucca es quien habla, y no hay tono de broma en la voz de mi tío.

—¡Hijo de puta! —maldice *papá*, y su mirada se cruza con la mía.

Una cosa que no toleramos, nunca, son los traidores.

— Martina acaba de enviarme un mensaje: él ha admitido la llamada al mercenario y está pidiendo que vaya allí.

—Eso es una pérdida de tiempo. Solo el mate —dice Giovanni.

—Puede que haya otra información que solo quiera compartir con Pietro —señala Stella, y yo asiento.

—En cuanto salga de aquí, me voy para allí. Si alguien va a matar a ese hijo de puta, seré yo.

—Voy contigo —avisa *papá*, y yo solo asiento con la cabeza en señal de acuerdo.

—Les… —hago un gesto y ella continúa, cambiando el mapa, y se instala un silencio opresivo.

—La otra llamada vino de aquí —empieza, y mi mirada se fija en Elena, en cómo se muerde los labios, está nerviosa, y *mamá* parece percibirlo, porque la abraza—. Región de Roma, Civitavecchia.

—Viejo cabrón —exclama Roman—. Ese cabrón nunca me ha hecho la gracia. Lo siento, Elena.

—No hace falta que te disculpes —dice ella, acaparando toda la atención.

—Tiziano Del Vecchio no solo actuó en connivencia con Giorgio, proporcionando información confidencial a los mercenarios.

— ¿Hay más? —pregunta Gio, y es el momento de contarlo todo.

—Aprovechó la visita de Elena para chantajearla.

— ¡Dios mío! —*Mamá* no puede contener la conmoción, y sé que esto solo va a empeorar.

—Le dio a elegir: la vida de su hermana a cambio de la mía.

Veo a mi padre apretar los puños, a mis tíos tensos; todos están tan cabreados como yo y, en la mirada de mi hermano y mis primos, la misma rabia, el mismo deseo de hacer que Tiziano Del Vecchio pague por sus pecados.

—Esto es enfermizo.

—Siempre supe que mi padre era un monstruo —comienza Elena, y todas las miradas se posan en ella—, pero hoy, lo que le ha hecho a Dona, lo que me ha hecho a mí, su petición… —Su mirada se fija en mí. —Su plan original era que me quedara embarazada justo después de la boda y, una vez viuda y madre del futuro heredero, se hiciera con el territorio de la Sacra, logrando así gobernar la Toscana con el apoyo de sus socios en Nápoles.

—Oh, querida mía.

—Ni yo ni mi hermana sabíamos nada de sus planes. Nunca, nunca…

—Lo sabemos —dice *mamá* y todos asienten.

—Hoy, cuando le planté cara —respira hondo—, cuando le dije lo defectuoso que era su plan, me dijo que se había cansado de esperar y que ordenaría a sus soldados que me follaran hasta que quedara embarazada; sería fácil engañar a la familia… —Su voz se quiebra y veo cómo mi madre se lleva la mano a la boca. —Y que debería envenenar a Pietro, si quería ver a mi hermana con vida. —Una lágrima le resbala por la mejilla, pero se apresura a secársela.

—Pietro… —La voz de mi padre es dura, y ni siquiera necesita continuar.

—Tiziano Del Vecchio y sus hijos morirán; han traicionado a la Sacra, han traicionado a sus propias hijas, han traicionado todos los valores en los que creemos, y la muerte será incluso poco para ellos —sentencio, y se hace un profundo silencio.

—Puedo llegar a Siena mañana temprano, ¿a qué hora será la fiesta? —pregunta Roman, y se nota claramente que está deseando matar.

—Recibirás la invitación con todos los detalles —le aviso, sin poder contener la sonrisa.

La fiesta no ha hecho más que empezar.



Perfectly Broken – Banner & Lily Meola

No sé qué hora es.

Solo sé que es tarde.

Ya era medianoche cuando Pietro volvió de Chiusure y subimos a la habitación; no le pregunté cómo había ido la reunión, y él tampoco me lo dijo, pero, a juzgar por cómo llegó, todo manchado de sangre, Giorgio Rizzi encontró su merecido final.

Traicionó a la familia, y ese será el destino de mi padre.

Pensar en ello debería inquietarme, pero no es así; lo que siento es una profunda preocupación, no por él ni por mis hermanos, sino por quienes importan, por quienes pueden salir heridos al cruzarse en su camino.

Y creo que por eso no consigo desconectar.

Miro al suelo y, al menos, Salame está tumbado en su cama, muy quieto; es extraño, pero incluso él parece saber que el ambiente no es el mejor y que no soy buena compañía.

Hoy no.

Mi mente va a mil por hora.

Solo consigo pensar en la Señora; basta con cerrar los ojos para recordarla, tan herida, con esa mirada de quien ya se ha rendido…

—Desde aquí puedo ver cómo le da vueltas la cabeza. —La voz de Pietro resuena a mis espaldas.

—Pensaba que ya te habías dormido —digo, girándome, solo para encontrar su mirada.

—Yo tampoco consigo relajarme —reconoce, acariciándome la cara.

Estamos juntos en esto.

—No dejo de pensar en ella —admito, aunque sé que él ya se lo debe imaginar; Pietro siempre me lee muy bien— y, claro, en lo que nos espera mañana.

—Sé que da igual lo que diga, pero Romeo ya lo tiene todo preparado; tenemos un informante vigilando todo el perímetro alrededor de la mansión. Cuando ella salga, lo sabremos.

—Sí, sí, y ahí es donde entra en acción nuestra parte —respondo, recordando lo que oí en la oficina.

Me gustaría que las circunstancias fueran diferentes, pero fue increíble verlos trabajar en equipo, planificando cada paso, cada movimiento; es casi una partida de ajedrez, una en la que Pietro determina la primera acción, pero ya tiene cuatro jugadas por delante preparadas.

—Veo que has prestado atención en la reunión —comenta, mirándome con atención.

—¿Qué creías que estaba haciendo allí? —le pregunto, y él sonríe.

—En cuanto Romeo te haga una señal, llamarás a tu padre y, cuando llegue, estaremos listos, esperándole.

Respiro hondo.

Ya me da miedo esta parte.

Hay tantas cosas que pueden salir mal.

—Mañana, si algo… —empiezo a decir, pero ni siquiera me deja terminar; su dedo índice me roza los labios.

— Lo único que va a pasar mañana es que tu padre y tus hermanos se vayan al infierno.

— Pero…

— Todos estaremos bien, preciosa.

— Estarás solo en el piso, ¿cómo va a salir bien eso? —Hago una mueca.

— Si fuera de otra manera, sospecharían y tú no puedes correr ningún riesgo. Cuando ellos entren en el piso, tú te vas.

— Aun así…

— Créeme, puedo encargarme de ellos.

— Sé que sí, vi lo que hiciste en el bungaló, pero…

— ¿Pero?

— Tengo miedo —digo, y es la más pura verdad—. Me muero de miedo, por la señora, por ti, por todos…

— El miedo forma parte de nuestra vida, pero no podemos dejar que nos domine. —Me acaricia la cara.

— ¿Me prometes que estarás bien?

— Prometo dar lo mejor de mí para volver pronto a casa, contigo, con el pulguiento…

No puedo evitarlo, sonrío.

Solo Pietro es capaz de hacerme sonreír en una situación como esta.

— Oye, es una monada, y además hoy se ha portado de maravilla.

Pietro se ríe.

— Lo vas a despertar así, haciendo ruido…

— En ese caso, me mantendré ocupado y más te vale que no hagas ruido —dice, metiéndose debajo de las sábanas.

— Pietro, ¿en qué estás pensando…?

— Necesito tu permiso, necesito chuparte el coño —exclama, y llega la primera lamida, de arriba abajo, y todo mi cuerpo cobra vida, y allí, con él, con la cara metida entre mis piernas, todo parece desaparecer.

Solo existimos nosotros.

—No pares —susurro.

Y él no para.

Me abre, me devora, deslizando su lengua por mi coño, rodeando mi clítoris, provocándome, excitándome, hasta que lo atrapa con los labios, chupándolo con fuerza, sin descanso.

Me retuerzo, pero él afianza las manos en mis muslos, manteniéndome abierta, expuesta, y solo sigue, implacable, chupando, llevándome lejos de aquí, a donde solo hay placer.

—Pietro… —gimo y, en respuesta, me mete dos dedos, embistiendo al mismo ritmo que las succiones; es bueno, tan bueno, que no quiero que acabe, quiero que dure, pero cuando tira de mi clítoris entre los dientes, solo para volver a metérselo en la boca chupándolo con fuerza, con los labios chasqueando mientras me chupa con ganas, las sensaciones son demasiado intensas, y yo simplemente me entrego a ellas.

Me rindo.

— Yo… —jadeo, con el pecho subiendo y bajando, observándolo mientras se cierne sobre mí, mirándome con tanta intensidad, tanta que siento cómo se me oprime el corazón—. Te necesito tanto. —Rozo mis labios contra los suyos—. Tanto…

— Elena…

— Me haces sentir completa, me haces olvidar todo… todo lo que no seamos nosotros.

Sin apartar la mirada de la mía, se coloca en mi entrada, y la expectación crece en mí.

—Me tienes, Elena, siempre me has tenido —dice, empujando profundamente dentro de mí, haciéndome sentir llena, plena, y solo enrosco mis brazos alrededor de su cuello, al mismo tiempo que envuelvo su cintura con mis piernas, gimiendo con cada movimiento, con cada embestida, sintiéndolo profundamente.

— Llena, tan llena…

— Tu coño está hecho para mí, Elena —me susurra al oído, deslizando la lengua por mi cuello—. ¡Naciste para ser mía, solo mía, joder!

— Mía, mía…

Pietro acelera las embestidas, y hay tantas cosas que aún quiero decir, pero mi voz se quiebra.

Puede que le haya dicho que le quiero, pero me parece poco.

Poco para lo que él significa para mí, para lo que ha aportado a mi vida.

Y como las palabras fallan y no parecen suficientes, me declaro con cada caricia, con cada beso, me entrego en cuerpo y alma al *Don* que cambió mi vida, que me dio esperanza, que me hizo ver que hay mucho más de lo que imaginaba, que es posible ser feliz, a aquel que me hizo replantearme todas mis acciones y que me hizo seguir adelante, incluso con miedo, simplemente porque la idea de una vida sin él no tenía sentido.

No estaría completa.

Y cuando llega el orgasmo, es su nombre el que está en mi boca, en mi mente y en mi corazón. Una lágrima rebelde resbala por mi rostro, pero me apresuro a secarla.

El mañana puede dar miedo, pero lo que siento por él me da valor para enfrentarme a todo, absolutamente todo.

—Hay algo que tengo que decirte —le digo, en cuanto se tumba a mi lado, tan jadeante como yo.

—Dame cinco minutos.

—No es eso, loco —sonrío.

Se gira hacia mí y, de repente, me pongo tensa.

— Quizá deberíamos empezar a usar condones u otro tipo de anticonceptivo —digo sin rodeos.

— ¿Cómo que? ¿Por qué te preocupa eso justo ahora?

¡Dilo ya!

—Creía que estaba tomando la píldora —revelo, y busco algún indicio de que esté enfadado, pero no lo encuentro—, pero he descubierto que mi padre se ha entrometido incluso en eso. —Pietro me mira sin entender nada, y yo sigo: —Sobornó a la doctora, y ella me recetó vitaminas en lugar de… la píldora.

—Eso significa que podrías estar embarazada —dice, y veo cómo se le ilumina el rostro.

— No, no, me vino la regla nada más volver de Pianosa.

—Ah… —Parece decepcionado, y mi corazón se acelera—. Si quieres, podemos pedir cita; seguro que *mamá*, mis tías o mis primas te pueden recomendar a algún profesional. —Me acaricia la cara—. Pero, sin condón, no quiero nada entre mi polla y tu coño jugoso.

¡Oh!

Él y su capacidad para hacerme sonrojar.

—Y cuando te sientas preparada —se agacha hasta que su cara queda sobre mi vientre plano—, podemos hablar de ampliar la familia.

— Yo… —empiezo a decir, pero ni siquiera sé qué decir.

Pensé que se enfadaría conmigo, que se quejaría por el uso de anticonceptivos, pero no. Pietro siempre me sorprende y me conquista cada vez más.

Me muerdo los labios, sabiendo que lo último que necesito es llorar *más*, pero entonces él besa mi vientre, antes de volver a posarse sobre mí.

—Te quiero, Elena, y nada me haría más feliz que ver cómo se multiplica nuestra felicidad y cómo crece nuestra familia. —Rozó sus labios contra los míos… —Ahora, vamos a dormir, que mañana será un día ajetreado.

—Buenas noches, Pietro —susurro, con los ojos llorosos, y me doy la vuelta apresuradamente, por miedo a que se dé cuenta.

—Buenas noches, bruja —me susurra al oído, acurrucándose contra mí, con la cara hundida en mi cuello, la mano sobre mi barriga, y aunque soy consciente de todos los peligros y retos que nos esperan, no puedo contener la sonrisa, ni tampoco las lágrimas que insisten en escapar, pero son de felicidad, de esperanza, porque lo más importante lo tengo ahí conmigo: *a él*.



The Wicker Man – Iron Maiden
The Trooper – Iron Maiden
Oceans (Where Feet May Fail) – Hillsong United, Taya.

Apenas he cerrado los ojos.

Dormir no es una puto opción.

No cuando basta con cerrar los ojos para acordarme de ella.

De la chica de ojos angelicales, dulce, tan amable…

Donatella Del Vecchio.

Han pasado dos malditos meses desde que la conocí y no se me va de la cabeza, me persigue.

Ya he buscado consuelo en otras, no es que falten opciones, pero todas parecen vacías, aburridas, insustanciales…

No son ella.

Sé que estoy jugando con fuego.

Ella no es cualquiera.

Es la hermana de la matriarca y, sin duda, por muy buena que sea mi relación con mi primo, el *Don* de la Mafia, él no quiere que haga daño a su cuñada.

Y eso es lo que acabaría pasando inevitablemente, ¿verdad?

Por eso tengo que mantener la distancia, tengo que sacármela de la cabeza y mantener la polla dentro de los pantalones.

¡No soy lo que Donatella necesita!

No soy un hombre para una relación.

Solo me la follo y paso a la siguiente.

Y esa rubia, ah, está claro que quiere un cuento de hadas, quiere el *«felices para* siempre», una familia, hijos y toda esa mierda.

Nuestros intereses no podrían ser más distintos.

Como solo vivo para el trabajo, no sé cómo lidiar con mujeres sentimentales. Me gusta la libertad, no tener que dar explicaciones, hacer lo que me dé la gana y cuando me apetezca.

Pero…

Que le den a todo eso.

Ahora mismo, lo único en lo que puedo pensar es en ella y en cómo sacarla de esta jodida situación, y solo de pensar que la han hecho daño, que la han tocado, me dan ganas de pedirle a Pietro que me espere, que me deje participar en la maldita fiesta.

Todo mi ser clama por sangre, por venganza, pero eso tendrá que pasar a un segundo plano; solo hay una prioridad: ELLA.

Sé que Pietro cree que me interesa la chica; no está del todo equivocado, es cierto que me interesa, pero soy racional, y una vez que Donatella esté fuera de peligro, a salvo, mi papel en todo esto habrá terminado.

Ella se merece encontrar la felicidad.

Se lo merece todo.

Y eso no va a pasar, no conmigo.

Vuelvo a repasar el plan en mi cabeza; aunque ya me lo he memorizado, es mejor que pensar en ella.

Pensar en Donatella me distrae, y hoy no hay margen para errores ni distracciones.

Solo tendremos una oportunidad para llevar a cabo la extracción perfecta.

Por eso, antes de las seis de la mañana, ya estaba listo, esperando la señal del informante.

El móvil vibra en mi bolsillo y espero que sean buenas noticias.

— Adelante.

— Un vehículo sale de la finca. Un todoterreno negro, matrícula: DYTO1Z66.

— ¿Confirmado visualmente?

— Sí, ella está en el vehículo, acompañada del conductor y de otro soldado.

Esto va a ser pan comido.

— ¿Escolta?

— No.

— Síguelos a una distancia segura, no queremos que nos descubran. Avísame cuando llegues a la A12, cerca de la salida de Fiumicino.

—Me mantendré en contacto.

Escribo un mensaje rápido a Pietro y otro al grupo de soldados que están apostados en una gasolinera; a mi señal, se acercarán con la grúa.

Treinta minutos después, llega el mensaje.

«A12, km 17, acercándonos a la salida de Fiumicino en 2 km».

Es hora de que empiece mi fiesta.

Compruebo el cargador de la pistola y pongo en marcha el Maserati; en pocos minutos estoy en el acceso a la autopista, detengo el coche en el arcén y enciendo las luces de emergencia, sin apartar la vista del retrovisor, y al poco rato veo pasar el todoterreno.

Los próximos minutos son críticos.

Acelero, me incorporo a la autopista y me sitúo en el carril central; el todoterreno negro sigue delante, ajeno a nuestros movimientos.

— Lorenzo y Angelo, acercaos y, a mi señal, colocáos delante del todoterreno. Luigi y Marco, colocáos detrás. Yo estaré en el carril de al lado. Recordad: la idea es sencilla, obligar a esos cretinos a detener el coche simulando un accidente de tráfico.

—Entendido —responden.

Rodeado de vehículos que circulan a menor velocidad, el conductor no tendrá más remedio que reducir la velocidad, ya que no podrá adelantar conmigo obstaculizándole por la izquierda.

—En posición —avisa Lorenzo, seguido inmediatamente por Luigi.

Mi corazón se acelera en el pecho.

Donatella está ahí.

Tan cerca, tan…

Es hora de llevarla a casa.

— ¡Ahora, joder! — ordeno, y todo sucede en una fracción de segundo.

El coche de delante reduce la velocidad, lo que obliga al todoterreno a frenar, y Luigi, a su vez, le da un golpe por detrás.

Perfecto.

Freno bruscamente, deteniendo el Maserati unos metros más atrás, mientras observo cómo el todoterreno se detiene y los dos hombres se bajan quejándose para ir a ver los daños del vehículo, mientras nuestros hombres también se bajan del coche.

El típico accidente de tráfico.

No pierdo el tiempo, bajo del coche, con el arma en la mano, y los dos imbéciles están demasiado ocupados mirando la linterna rota. Cuando se dan cuenta de que me acerco, ya es demasiado tarde; incluso intentan alcanzar el arma, pero soy más rápido: un disparo certero en la frente de cada uno y otro en el pecho, solo por si acaso.

Caen al suelo y los soldados no pierden tiempo: meten los cadáveres en la furgoneta, mientras nuestro informante aparca la grúa con la identificación de la empresa concesionaria.

—Tres minutos —dice Luigi por el comunicador—; es el tiempo que tenemos para marcharnos antes de que alguien de la empresa que vigila la autopista aparezca de verdad y nos cause problemas.

Me acerco al todoterreno y abro la puerta trasera, y que le den si estaba preparado para la escena que tengo ante mí.

Con los ojos vendados, amordazada, las manos y las piernas atadas con bridas de plástico, la cara cubierta de hematomas e

hinchada, casi irreconocible.

Joder, joder…

Donatella se retuerce en el asiento, gritando contra el trozo de cinta que le han pegado en la boca, sin tener ni la más mínima idea de lo que está pasando.

—Joder —maldigo, y me apresuro a quitarle la venda, y lo que veo en sus ojos azules casi me hace caer de rodillas; brillan de emoción al encontrarse con los míos. —Soy yo, preciosa —le susurro, y veo cómo una lágrima resbala por su rostro.

— Un momento —grita Luigi por el intercomunicador, y no hay tiempo que perder.

—Esto puede doler —le digo, sujetándola lo mejor que puedo, pero ella grita de dolor y eso me destroza.

Lo pagarán.

Todos y cada uno de ellos.

—Todo va a salir bien —le susurro, llevándola en brazos hasta el Maserati, con el corazón a punto de estallar—. Estás a salvo, te llevaré a casa —le digo con cuidado, sentándola en el asiento del copiloto, y ella asiente con la cabeza, con las lágrimas resbalando por su rostro magullado.

Hago un gesto a los chicos, y la grúa que se lleva el todoterreno acelera, volviendo a la autopista, asegurándonos de que, si alguien está siguiendo el rastreo, vea el vehículo en movimiento.

Rodeo el vehículo y, en cuestión de segundos, estoy acelerando, rompiendo todos los límites de velocidad, incumpliendo decenas de leyes municipales y estatales, pero a la mierda, solo necesito sacarla de aquí.

Cálmate, joder.

Cálmate.

—Ya estamos lejos —digo, mirando por el retrovisor y viendo solo el coche de Luigi a unos metros de distancia; es nuestra escolta. El otro se ha ido a deshacerse de los cadáveres.

Tomo la salida, me adentro en una zona menos transitada y, unos metros más adelante, me detengo bajo un puente.

—Voy a quitártelo, ¿vale? —Señalo la cinta que le tapa la boca y ella asiente con la cabeza—. Uno, dos… —Tiro de ella y ella hace una mueca de dolor, pero no se queja; no, la primera palabra que pronuncia es mi nombre, y todo mi ser vibra de una forma que no sé explicar.

—Donatella —le respondo, acariciándole con cuidado la cara, y ella cierra los ojos.

—¿Te he hecho daño? —le pregunto, preocupado.

—Me has salvado.

Joder, joder…

No consigo decir nada.

Saco mi navaja y señalo las ataduras.

Con dos movimientos, ya está libre, y no se me escapan las heridas que tiene en las muñecas y en el talón.

— Cuando lleguemos a casa, nos ocuparemos de eso, ¿vale?

Asiente con la cabeza, mordiéndose los labios.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto, mirándola en busca de alguna otra herida, y enseguida me arrepiento al ver cómo más lágrimas le resbalan por la cara. —Joder, olvida lo que he dicho, joder… —Apoyo mi frente contra la suya—. Lo siento, es obvio que no te encuentras bien.

—Nunca me he sentido tan feliz en mi vida. —Su respuesta me sorprende y mi mirada se clava en la suya.

Le seco las lágrimas con el pulgar, sintiendo cómo me arde la garganta, y en ese momento sé que haré todo lo que esté en mi mano para que Donatella conozca el verdadero significado de la felicidad.

— Vamos a casa. — Le acaricio la mejilla y, sin apartar la mirada de la suya, le digo lo que llevo dentro: — Voy a cuidar de ti, Donatella, y a protegerte con mi vida.

No espero una respuesta, me abrocho el cinturón de seguridad y pongo en marcha el Maserati, con destino a mi piso de Florencia, porque ni de coña se va a quedar en ningún otro sitio que no sea *conmigo*.



Zombie – Bad Wolves
Wasted Years – Iron Maiden

—Romeo está con Donatella —aviso, en cuanto recibo el mensaje, sorprendiendo a todos los que están sentados en la mesa de la cafetería—. Ya están de camino a Florencia.

—¡Qué buena noticia! —exclama *mamá*.

— ¡Joder, qué pasada! — Lucca se emociona.

—¡No hay nada como empezar el día con buenas noticias! — Chiara aplaude, animada.

No hay nadie que no esté emocionado.

— ¿De verdad lo ha conseguido? —pregunta Elena, sin ocultar su sorpresa.

—Sí, guapa. Ya se dirigen a su piso —la tranquilizo.

— ¿Está bien? ¿No sería mejor llevarla a un hospital? ¿Puedo hablar con ella? — Elena suelta de golpe, y su emoción es evidente.

Le cojo la mano y su mirada se cruza con la mía.

— Romeo la cuidará, y un médico la examinará. Quédate tranquila.

— Lo siento, es que…

— ¡Nada de disculpas, ¿te acuerdas?!

—Sé que es difícil, Lena, pero Dona está en buenas manos, Romeo la cuidará y pronto estará aquí con nosotros —la tranquiliza la señora Giulia, y Elena asiente.

—No es porque sea mi hijo, no, pero la verdad es que no podría estar en mejor compañía —exclama Chiara, arrancándole una sonrisa.

—Estoy segura de que sí, es solo que… quiero verla pronto —se justifica.

—*Mamá*, todo estaba delicioso, pero… —digo, levantándome, y todos saben ya lo que eso significa.

—¡Hora de la fiesta! —exclama Martina, sin ocultar la sonrisa.

—Eso es, *figlia*, diviértete sin límites —suelta Enzo, para horror de su mujer.

—¿Seguro que no quieres nuestra ayuda? —pregunta *papá*, con la mirada fija en mí.

—Lo que tu padre quiere decir, Pietro, es que, aunque sea mayor, todavía es capaz de acabar con unos cuantos cabrones —provoca Lucca, pero mi padre ni se inmuta, sigue mirándome.

—Os necesito aquí, protegiendo a *la familia* —le digo, y él asiente—. No estoy convencido de que Giorgio fuera la única fuente de información de Tiziano. Si ese crío está vigilando nuestros movimientos, que todos salgan de la mansión acompañados de soldados sin duda llamará la atención.

Papá hace un gesto con la cabeza, y sé lo difícil que debe de ser quedarse atrás.

Me acerco a él y me detengo frente a él.

—Necesito saber que todos estáis a salvo.

— Lo sé, *figlio*. Ve en paz, ningún hijo de puta se atreverá a entrar aquí, te lo garantizo.

Sonrío, sabiendo que no hay la más mínima posibilidad.

— Estaré en la piscina mientras vosotros hacéis el trabajo duro —bromea Lucca, y no hay ni uno que se quede serio.

— En serio, Lucca, solo tú…

— Estoy jubilado, tengo que aprovecharlo.

— Disfruta mientras puedas —digo, sintiendo que los tiempos de paz están llegando a su fin.

— Ya está, ahí viene Pietro, *el «mensajero del Apocalipsis»*. Matteo, pon a tu hijo a raya, joder.

—Pietro tiene razón —es el tío Enzo quien toma la palabra, en serio, no es ninguna broma—. Algo me dice que esta situación con Del Vecchio es solo el principio.

— Joder, justo lo que me faltaba, ahora son los dos. — Cruza los brazos sobre el pecho y todos se quedan en silencio, asimilando las palabras.

—Bueno —es *mamá* quien interviene—, si surgen problemas, los afrontaremos, como siempre hemos hecho.

—JUNTOS —responden todos, y hasta se me pone la piel de gallina.

Me despido de ellos y, claro, da igual que tenga casi treinta años, *papá* siempre me da consejos.

No me quejo, son años de experiencia.

Cada una de sus palabras puede marcar la diferencia entre la vida y la muerte.

Media hora después, todos están listos.

Stella y Alessia llevan ropa normal. Las dos serán nuestros ojos y oídos, vigilando todo lo que ocurra en los alrededores y dentro del Hotel Firenze, nuestro destino.

Giovanni y Martina con su ropa táctica, mientras que yo…

— Joder, P, creo que nunca pensé que te vería ir a una misión así.

—¡Ni una palabra! —murmuro, ajustándome la maldita corbata que me está asfixiando. A todos los efectos, voy a una reunión de negocios, acompañado de mi preciosa esposa, en uno de nuestros hoteles, de ahí el traje.

— ¿Cómo consigues esconder tu arma?

— Si abres la boca una vez más, te lo enseño.

—Niños —interviene *mamá*, y Gio se ríe, levantando los brazos.

—Sigue riéndote, hermanito, mientras puedas…

— ¿Qué coño significa eso?

Ni siquiera respondo; mi mirada se dirige hacia la escalera, donde aparece mi mujer, preciosa con un vestido de flores, con el

pequeño siguiéndole cada paso, todo descoordinado.

— Ay, qué monada, ya sube y baja las escaleras solo —dice Alessia, agachándose para acariciar al pequeño.

— Eso y royendo los malditos muebles —digo en serio, solo para recibir una mirada de Elena.

—Son los dentitos —lo defiende ella.

—Ya le he comprado juguetes —avisa la señora Giulia, y mis tías se echan a reír, mientras mi padre se limita a observar, seguramente sin poder creer la escena que tiene ante sí.

—Ni una palabra, señora Isabella, sé muy bien que mimas a Fofo.

—Lo mimo de verdad, a ver si se le ocurre comérmeme —replica, y joder, es difícil no reírse.

—Tenemos que irnos —digo, mirando la hora—. No podemos correr el riesgo de que Tiziano descubra que Donatella no llegará a su destino final antes de nuestra cita.

— Sí, sí, marchaos —dice *mamá*, prácticamente echándonos. — ¡Tened cuidado!

—¡Que Dios os acompañe! —La inconfundible voz de *la nonna* resuena en el salón y veo que incluso ella ha venido a despedirse; no puedo contenerme, me acerco a ella y le doy un beso en la frente. —Cuídate, *figlio* —exclama, sujetándome la cara.

— Lo haré.

—Y, lo más importante, divertíos —grita mi tío Enzo en cuanto nos subimos a los todoterrenos.

De eso se trata: es hora de ir a honrar a la Sacra y proteger a la familia.



— ¿Todo listo? — pregunto a través del comunicador imperceptible que llevo puesto.

Todo está listo, incluida Elena.

— Recepción, todo bien —avisa Alessia, y, siguiendo el plan, lo supervisa todo disfrazada de huésped, cerca de la cafetería.

— ¿Stella?

— Todo bien en la sala de control.

Perfecto, ella y otros dos soldados están siguiendo en tiempo real las decenas de cámaras repartidas por todo el recinto, que cubren cada entrada y salida del complejo.

— ¿Gio, Martina?

—Listos para la fiesta —responde mi hermano.

— ¿Tina?

—Ya me estoy aburriendo.

Sonrío, sabiendo que eso cambiará en breve.

— Pietro, tengo un mal presentimiento —suspira Elena, paseándose de un lado a otro, y me acerco a ella, sujetándole la nuca.

— ¿Ves este panel de aquí? — Señalo el lugar donde hay un televisor enorme fijado frente a la cama de matrimonio. — En realidad, eso oculta la conexión con la habitación de al lado, donde está Giovanni, listo para irrumpir a mi señal — explico, deslizando la madera, y mi hermano aparece al otro lado.

— Oh…

—Hay cámaras por toda la habitación; sabrán lo que está pasando aquí y si necesito ayuda. Además, tengo a mi prima y a Roman vigilando el pasillo, en el improbable caso de que su padre aparezca con más soldados de los que esperamos —digo, y ella apoya las manos en mi pecho—. Todo irá bien, solo tienes que seguir con el plan. —Le acaricio la mejilla—. En cuanto lleguen, les dejas entrar, les muestras dónde estoy y sales.

Asiente con la cabeza, en señal de confirmación.

—Vale, vamos a hacer la llamada —le aviso—. Y si todo sale como hemos planeado, dentro de treinta minutos tendremos visita.

Observo cómo Elena coge el móvil que le ha dado su hermano y marca el número, poniendo el altavoz.

Al segundo tono, se contesta la llamada.

— Federico, Federico, ¿eres tú?

— ¿A qué coño me llamas?

— Yo… —jadea, metiéndose en su papel.

— Di de una vez, joder, ¿crees que tengo todo el día?

— Yo… necesito ayuda, hice lo que me dijiste, eché las gotas en el whisky, pero…

— ¿Qué has hecho?

— Aproveché que estábamos solos e hice lo que me explicaron, pero no sé si ha funcionado, no sé… no sé qué hacer.

— Si lo has hecho bien, está muerto.

— No, no, yo… —llora, y oigo a su hermano maldecir y dar puñetazos a algo al otro lado de la línea.

—Voy a hablar con *papá*.

—No cuelgues, no cuelgues… —suplica ella, y se oyen más voces de fondo.

—Estúpida, ¿en qué planta estás? —pregunta, seguramente comprobando la ubicación en tiempo real del móvil, como ya me imaginaba.

—Última planta.

—Ya vamos para allá.

— ¿Y los soldados? ¿Qué les digo?

— Eres la jodida matriarca, arréglalo tú.

—Vale, vale, les diré que busquen algo que le guste, sí, eso, eso debería bastar.

— ¿Cuántos hombres hay con vosotros? —pregunta, y Elena me mira angustiada, y yo le muestro tres dedos.

— Tres. Domenico, Nicola y otro cuyo nombre no recuerdo.

—Será un placer matarlos a todos, después de asegurarnos de que Pietro Zampieri está muerto.

—No tardéis.

—No le abras la puta puerta a nadie. ¿Te lo puedes arreglar, hermanita?

— Sí, sí…

Y, con eso, se corta la llamada.

Miro a Elena y veo que le tiemblan las manos.

— Lo has hecho muy bien, guapa, lo has hecho muy bien.

— ¿Crees que se lo han creído?

—Pronto lo sabremos. ¿Alessia? —pregunto, sabiendo que lo ha oído todo y ya está haciendo su magia.

— ¡Bingo! Acaba de aparecer aquí: plan de vuelo, Civitavecchia a Florencia.

Sonrío.

— Nuestros invitados están de camino, chicos. Todos listos para recibirlos.



— Aterrizaje completado —avisa Stella, y reviso mis pistolas y navajas.

— ¿Cuántos?

— Tiziano Del Vecchio, sus dos hijos y seis soldados; el piloto se queda en el helicóptero.

—Demasiado fácil, ¿no, P.? Intenta dejarnos algunos para nosotros —suelta Roman, y puedo ver cómo ese hijo de puta sonríe.

— ¿Alguna vez te tomas algo en serio? —pregunta Alessia.

— Ah, Rayo de Sol, así es como me lo tomo en serio. Créeme, no bromeo cuando se trata de matar.

—Tú…

—Han entrado en el ascensor y se dirigen directamente hacia ti, P —avisa Stella.

—En cuanto bajen, los bloquearé, así nadie podrá entrar ni salir, salvo por las escaleras —comunica Alessia.

—Perfecto. Pon la radio en silencio ahora —digo, y me dirijo a la habitación.

Elena está de pie en un rincón.

Me acerco y le toco la frente con la mía.

— Respira —le susurro, y ella asiente. — ¿Te acuerdas de lo que te dije sobre el miedo?

—Que *no dejemos que nos domine.*

—Exacto. —Rozo mis labios contra los suyos—. *Te quiero*, *bella maghetta*, ahora ve a recibirlos, yo voy a prepararme; tengo que parecer muerto, pero mirándote, no puedo.

Ella pone los ojos en blanco y se va a la otra habitación.

Me tumbo en la cama y lo difícil será permanecer lo más inmóvil posible mientras Elena esté en la habitación; después de eso, cuando ella esté a salvo, nada me detendrá.

Se oye un fuerte golpe.

Y respiro hondo, sabiendo que no hay margen para el error.

Oigo a Elena abrir la puerta y el sonido de unos pasos.

—Él… él está en la habitación, le he dado las gotas, pero no sé, no sé… —Hace exactamente lo que habíamos planeado, y el orgullo me inunda el pecho.

Así es, preciosa, deja que vengan a comprobar mi cuerpo.

—Ha sido más fácil de lo que pensábamos —se jacta uno de sus hermanos.

—¿Ya has visto el puto cuerpo?

—No, pero…

—Pues no te alegres todavía, joder. Vosotros cuatro vigilad el pasillo, aseguraos de que no nos interrumpan.

Así que quedan los tres más dos soldados.

Perfecto.

—¿Adónde crees que vas, *figlia*? —Vuelve a sonar la voz de Tiziano, y me pongo en guardia.

—Me estás haciendo daño —jadea Elena, y me cuesta mucho esfuerzo permanecer inmóvil.

Sal de la habitación, preciosa, sal…

—¡Quédate! —exclama, y un miedo irracional me invade, pero tan rápido como llega, lo empujo lejos, sabiendo que Elena me necesita. —¿No quieres despedirte de tu marido?

—Ya me puedo ir, suéltame, he hecho lo que me has pedido —grita ella, y el sonido de los pasos se acerca; ya puedo oler su hedor, a sudor y perfume barato.

—¿Estás segura de que le has dado la cantidad correcta de gotas? No parece… —Siento el aliento de su hermano cerca de mi cara, y esa es mi señal.

Levanto la cabeza con toda mi fuerza, golpeándolo con fuerza, haciéndolo caer hacia atrás, llevándose la mano a la nariz de la que brota sangre, y con un movimiento rápido, saco mi pistola,

asegurándome de que se quede donde está: un disparo en la mano y en ambas rodillas.

Y en cuanto el primer disparo resuena en la habitación, se desata el caos.

Mi hermano irrumpe en la habitación, se deshace de uno de los soldados y se enzarza en una pelea cuerpo a cuerpo con el otro.

El ruido de cristales y objetos rompiéndose es casi ensordecedor.

Elena intenta zafarse de su padre, pero el anciano es ágil, la agarra y utiliza su cuerpo como escudo, con el arma apuntándole a la sien.

Le tengo en la mira, con el dedo listo para apretar el gatillo.

—¿Usando a tu propia hija, pedazo de mierda? —grito, dando un paso hacia él; solo necesito que haga un movimiento en falso.

Solo uno.

—Ella no significa nada para mí —escupe al suelo.

—Ella vale más que esos dos gusanos juntos —me burlo, oyendo a la que he alcanzado quejarse como una niña en el suelo, mientras que el otro ha tenido peor suerte. Ha corrido directamente hacia la puerta de salida, donde Martina lo esperaba.

—No tan rápido —exclama ella, girando el brazo, la hoja deslizándose por el cuello del hijo de puta, y es como si accionaras un interruptor: simplemente se derrumba, cae, agarrándose la garganta, donde ahora hay un corte preciso y profundo que le alcanza la yugular.

El hermano de Elena se ahogará en su propia sangre en los próximos segundos.

—Fabrizzio, joder, joder… —grita Tiziano, mirando hacia un lado, y esa es mi oportunidad: el viejo aparta el arma de la cabeza de Elena, y yo no dudo, le disparo en la mano, cortándole unos dedos en el proceso.

Él grita, y mi bruja reacciona: le da un codazo en el estómago y corre en dirección contraria, pero el cabrón aún consigue agarrarla del pelo; le disparo en la rodilla, haciendo que su cuerpo se doble, pero es demasiado tarde: Elena pierde el equilibrio

y cae, golpeándose la cabeza contra la esquina de madera de la cama.

—Joder, ¿estás bien, preciosa? —le pregunto, acercándome y dando una patada al arma para alejarla del alcance de Tiziano—. —Giovanni, Martina, Roman, ¿qué tal? —grito, acercándome a Elena, que sangra por el corte en la frente—. —Te vas a poner bien, *amore* —le digo, al ver cómo se lleva la mano a la cara, solo para quedarse cubierta de sangre.

— Pietro…

—Lo tenemos, vete —avisa Martina, arrastrando a Tiziano por el pelo hasta la otra habitación.

—Es mío, esos dos cabrones son… —grito, cogiendo una toalla y presionándola sobre la frente de mi mujer, necesito detener la hemorragia hasta que llegue el médico. —Vas a necesitar unos puntos, *maghetta* —le digo y ella pone una mueca.

—¿Seguirás queriéndome, aunque me hayan cosido? —bromea, apoyando la mano sobre la toalla.

—¿Qué? Claro que sí, joder, aún más —exclamo, acariciándole la cara.

Se me paró el corazón al ver toda esa sangre, y aunque sé que el corte no es tan profundo, no estaré tranquilo hasta que el médico le dé el alta.

Joder.

— No me vuelvas a asustar.

— No ha sido culpa mía…

— No, solo hay un culpable —digo, mirando a ese pedazo de mierda, que yace inmovilizado y sangrando sobre la alfombra del salón. — Tenemos que terminar lo que empezamos —digo, levantándole la barbilla, mirándola a los ojos, y ella asiente.

— Voy contigo.

— Elena, deberías…

— Voy contigo, Pietro —dice, levantándose ya, terca como siempre—. Necesito mirarle a los ojos, necesito entenderlo…

—No merece tu tiempo.

Elena me acaricia la cara.

— Necesito cerrar este capítulo.

Y entonces, al escuchar sus palabras, lo comprendo y asiento con la cabeza.

Sabiendo que ella lo necesita.

La habitación está completamente destrozada, sobre todo el salón, donde los muebles están todos revueltos.

— ¿Te cuesta lidiar con *un* soldado, hermano? —le provoqué, y él se limitó a levantar el dedo corazón.

— ¿Roman?

—Los cuatro que estaban ahí fuera ni siquiera han dado para empezar; la próxima vez, llámame cuando de verdad haya acción.

Martina sonríe, y estoy a punto de responder cuando aparecen Alessia y Stella para avisarnos de que todo está bajo control en el perímetro.

Todos están ahí, todos bien.

Lo que me lleva a mis invitados.

— ¡Vaya mujerzuela! Has traicionado a tu familia, a tu nombre; por tu culpa tu hermano está muerto, ¡maldita! —grita Tiziano, pero tan pronto como las palabras salen de su boca, mi ejecutora le clava el cuchillo en la rodilla herida y lo gira, haciéndole gritar de dolor. — Hija de…

— Cállate, o te arrancaré la lengua la próxima vez; quedará preciosa en mi colección.

—¿Ahora también coleccionas lenguas? —Roman arquea una ceja y ella se limita a encogerse de hombros.

Me acerco a donde está Tiziano, con la rabia hirviendo en mi interior, y le agarro por el cuello, apretando con fuerza, lo que le hace abrir los ojos como platos y luchar por respirar.

—¿De verdad creías que podías engañarme, viejo? ¿Tan tonto eres? —Aumento la presión y veo cómo el miedo inunda su mirada—. No mereces ni una mierda de mi tiempo —exclamo, soltándolo—. Es como dar una patada a un animal muerto.

—*Don* Zampieri —empieza a decir, pero ni siquiera le miro.

—Lo que le has hecho a Donatella, a Elena, a tu propia sangre, solo demuestra el tipo de escoria que eres. Podría llevaros a los dos a Chiusure, podría quedarme viendo cómo Martina se divierte pelándoos, como se hace con una naranja, deleitándome

con cada grito de dolor que saliera de vuestras bocas inmundas y, aun así, sería poco…

—No me importa ensuciarme las manos —dice Tina, sacando el karambit y dirigiéndose hacia Federico, quien, como ya me imaginaba, intenta arrastrarse, suplicando por papá, mientras se caga encima por completo.

—*Papá*, *papá*, por favor…

Con un gesto, Tina tira de Federico por el pelo.

—Por favor —suplica él, pero ella, sin apartar la mirada de él, le clava el cuchillo hasta el fondo en el vientre, moviendo la mano con toda su fuerza hacia la derecha, abrile en dos.

—*¡Dio Mio!* —jadea Tiziano, al ver cómo los intestinos de su hijo empiezan a deslizarse por el corte, mientras él no puede hacer nada más que esperar la muerte.

Miro a Elena y su mirada sigue fija en su padre.

Le advertí que no sería agradable, que podía marcharse, pero ella quiso quedarse allí, presenciarlo…

—Aún sería poco, *Don* Del Vecchio —continúo, y el hombre ya ni siquiera me mira.

Está abatido, con la mirada clavada en el suelo, desolado.

—Pero me consuela saber que la mayor tortura que podrías sufrir es saber que, por tu culpa, tus hijos están muertos, que tu nombre, tu sangre y tu herencia morirán contigo, aquí, en esta sala, y que todo lo que tienes se lo quedarán las dos mujeres a las que despreciaste, las dos hijas a las que nunca trataste como debías.

Levanta la cara y la derrota que veo en ella es mi recompensa.

Desenfundo mi arma, dispuesto a zanjar este asunto, y él se da cuenta, pues se pone tenso.

—No… —Elena me toca la mano y mi mirada se cruza con la suya.

—*Maghetta* —susurro, y ella me tiende la mano—. ¿Estás segura?

—Nunca he tenido tanta…

— Elena, hija —el imbécil empieza a quejarse.

Es vergonzoso.

Elena sujeta la pistola con ambas manos mientras se acerca a su padre.

—Soy tu padre, joder.

—¡Te equivocas! —dice ella, con voz tranquila y serena—. Nunca has sido un padre, ni para mí ni para Dona; nuestro abuelo fue más padre que tú…

—Maldita ingrata —refunfuña él y aprieta el puño.

—Tú, Tiziano Del Vecchio, siempre has sido el monstruo, nuestra pesadilla, y esto se acaba aquí y ahora —exclama, al tiempo que le dispara un tiro certero en plena frente. —Nunca más nos vas a , nunca más —suspira, tambaleándose hacia atrás, tirando el arma al suelo, con la mirada fija en la escena que tiene delante, y estoy a punto de llegar hasta ella cuando se derrumba y cae al suelo.

—Joder, traed al puto médico —grito, sujetando su cuerpo inconsciente mientras un miedo asfixiante se apodera de mí—. Despiértate, Elena, despiértate, preciosa. *—¿Dónde coño está el médico?*



Perfectly Broken – Banners & Lily Meola

—Pietro —lo llamo, sintiendo que me late la cabeza al abrir los ojos.

—Estoy aquí, estoy aquí, preciosa. —Me acaricia la mano y tardo un poco en orientarme.

—¿Dónde estamos? —Miro a mi alrededor, confundida.

—Estamos en el hospital de Florencia, y casi me matas de un susto.

—¿Qué ha pasado? Recuerdo… —Imágenes fugaces del *Papa* arrodillado en el suelo, tanta sangre, y entonces, no lo dudé, yo… —Lo maté —jadeo, mientras el peso de la realidad me golpea.

—Lo hiciste y, justo después, perdiste el conocimiento.

El médico del hotel te examinó y constató una conmoción cerebral, y nos envió aquí por precaución; has estado oscilando entre la conciencia y la inconsciencia —explica, sin dejar de tocarme —.

Hay tanta preocupación en su mirada que me siento fatal por ser la responsable.

— Creo que han sido demasiadas emociones para un solo día.

— Creo que sí.

— ¿Dónde están todos?

— Fuera, esperando a que el médico te dé el alta para recibir visitas…

— ¿Y han obedecido? — Arqueo una ceja y enseguida me arrepiento.

—Se me había olvidado esta parte, cuatro puntos —dice, señalando el vendaje.

— ¿En serio? ¡No me lo puedo creer! La señora dirá que la he imitado —digo, pero claro, él no entiende nada.

— ¿Qué?

— Olvídalo, ya estoy bien, podemos irnos —digo, impaciente por marcharme; odio los hospitales, el olor… No sé cómo explicarlo.

— Solo cuando estén listos los resultados.

—Pero estoy bien —replico, y él simplemente me ignora.

Por suerte, enseguida unos golpes en la puerta indican que alguien está llegando.

Que sea el médico, que sea el médico…

— Disculpen, señor y señora Zampieri, soy la doctora Teresa, y ya tengo los resultados de las pruebas.

— ¿Ya podemos irnos? —bromeo, y ella sonríe.

— Casi, solo tengo que dar unos recados.

— ¿Todo bien, doctora? —pregunta Pietro.

— Sí, todas las pruebas están normales. Aparte del corte, que necesitará cuidados durante los próximos días, su esposa ha sufrido una conmoción cerebral a causa del golpe, pero nada que no se pueda solucionar con un analgésico.

—Perfecto.

—Los niveles de glucemia han dado valores alterados, pero supongo que se debe al ayuno. ¿Cuándo fue la última vez que comió, señora Zampieri?

— Ayer —admito—. No conseguí comer mucho en el desayuno, parecía que nada se me quedaba en el estómago.

— Lo entiendo, pero tiene que comer; la falta de una alimentación adecuada puede provocar hipoglucemia y una bajada de tensión.

— Voy a comer —prometo.

— En cuanto a las náuseas, por desgracia son un síntoma muy común y suelen persistir durante el primer trimestre; lo que le recomiendo es…

¿Cómo?

—¿Primer trimestre? ¿De qué está hablando? —pregunto, sintiendo cómo se me acelera el corazón en el pecho.

—La doctora abre mucho los ojos y mira la tableta, lo que me angustia aún más.

— Dra. Teresa —insisto, y ella mira de mí a Pietro.

—Está embarazada —anuncia—. Le pido disculpas, daba por hecho que ya lo sabía.

—No puede ser —tartamudeo, y Pietro parece estar en estado de shock a mi lado. —He sangrado, yo…

—Muchas mujeres, al principio del embarazo, refieren un ligero sangrado; es frecuente y no es más que la implantación del embrión en el útero.

Un bebé.

La mujer sigue hablando, pero mi mente está en otra parte.

Voy a ser madre.

— Yo…

— Voy a pedir a enfermería el ecógrafo para que podamos confirmar el embarazo y ver si todo va bien con el embrión; por el nivel de hormonas que indica el análisis de sangre, todo apunta a un embarazo de seis o siete semanas —dice, saliendo apresuradamente de la consulta.

— La luna de miel —jadeo, y mi mirada se cruza con la de Pietro, que parece tener dificultades para asimilar la noticia también. — Pietro —susurro, con la voz entrecortada y sin intentar disimular las lágrimas que inundan mis ojos.

De todas las noticias que imaginaba recibir hoy, nunca…

—Acabo de ver cómo mataban a mis hermanos, yo… he matado a mi propio padre, ¿qué clase de madre voy a ser? —lloro, dejando que el miedo se apodere de mí.

En cuestión de segundos, sus brazos me rodean.

—Serás una madre que cuida, que da cariño, que ama y que no duda en hacer lo que sea necesario para proteger a la familia —

susurra, y yo le agarro la camisa con fuerza.

— Un bebé —suspiro.

—El nuestro —exclama, y levanto la mirada para encontrar la suya, llena de lágrimas, y él ni siquiera intenta ocultarlo, porque eso, esa sensación, este sentimiento, no es *debilidad… es amor que desborda*.

—El nuestro —replico, dejando que las lágrimas fluyan, dejando que el miedo se desvanezca, hasta que solo queda la felicidad.

Los siguientes minutos parecen eternos, pero por fin la doctora regresa con un ecógrafo portátil, y lo único que puedo hacer es contener la respiración mientras desliza el aparato sobre mi barriga.

—¿Y bien? —pregunta Pietro, tan nervioso como yo.

Y la doctora ni siquiera tiene que responder, el sonido fuerte, rápido y rítmico invade la habitación, y es toda la respuesta que necesitamos.

—Vamos a ser papás —exclamo, llevándome las manos a la boca.

— Sí… —empieza Pietro, pero se queda callado, con la mirada fija en la pantalla.

—Es el corazoncito de él o de ella, todavía no lo sabemos; probablemente en la próxima ecografía ya podamos identificarlo.

— Joder, *maghetta*, ¡un hijo! —Me besa la frente, la cara, la boca, y la doctora sonríe, diciendo que nos dejará solos, y lo único que puedo hacer es saludar con la mano, mientras envuelvo mis brazos alrededor del cuello de Pietro y lloro, lloro…

—Empecé el día con mucho miedo… —La voz se me quiebra, pero ni me importa; Pietro me sujeta la cara y sus ojos están fijos en mí, siempre en mí. —Tanto… —suspiro— …temía que él consiguiera —mi voz se quiebra, pero me obligo a continuar— arrebatarme lo único bueno que, de alguna forma retorcida, me dio… *a ti*.

— Elena…

Apoyo el dedo índice sobre sus labios, necesitando hablar.

—Tú, Pietro Zampieri, has sido lo mejor que me ha pasado en la vida, mi mejor ELECCIÓN.

Él sonríe, sin duda, recordando nuestra primera conversación.

— Nunca pensé que encontraría lo que he encontrado contigo, en tus brazos, en tu familia.

—En la nuestra —me corrige, y yo sonrío.

—En la nuestra —repito, sonriendo entre lágrimas—. Y ahora, va a crecer aún más. Gracias —digo, mordiéndome los labios, que tiemblan sin control.

—Soy yo quien tiene que dar las gracias —dice, acariciándome la mejilla con el pulgar—, a Dios, al maldito universo, por haber hecho que nuestros caminos se cruzaran, por haberme puesto en aquel maldito baño y haberme hecho oírte aquel día…

— ¿Dando las gracias por escuchar la conversación ajena? ¿Te parece bonito? —bromeo, y él sonríe.

— Joder, fue la mejor conversación que he escuchado nunca, porque oí tu voz y, allí mismo, me hechizaste, mi bruja, *mia maghetta* —exclama, apoyando su frente contra la mía.

—Creo que nunca me había gustado tanto que me llamaran bruja —susurro, y sus labios se posan en los míos; los dos sonreímos como tontos cuando la puerta se abre de golpe.

—Ahí estáis —dice Alessia, mirándonos a los dos con los ojos entrecerrados—. Todos estamos preocupados y vosotros, en plena juerga.

Me muerdo los labios para no reírme, mientras sigo intentando calmar mi corazón.

Los quiero tanto a cada uno de ellos.

—Nos dijeron que no podíamos entrar —suelta Lucca, apoyándose en la pared, mientras los demás van entrando.

—Veo que no ha servido de nada, ¿qué habéis hecho? —pregunta Pietro.

—Tu padre puede que haya dicho que le iba a hacer una endoscopia al pobre enfermero con el cañón de su pistola —avisa *mamá*, sacudiendo la cabeza.

—Tranquilo, P, ya lo he acordado todo con el director del hospital —avisa Stella.

—Además, es un gran absurdo que solo pueda entrar un familiar cada vez; somos una familia grande y curiosa —exclama Les, sonriendo.

—Y que va a crecer —suelta Pietro, sin pensarlo dos veces, y le aprieto la mano, nerviosa.

—¿Qué? —Giovanni parece perdido y mira a Roman, que parece haber oído que los extraterrestres han invadido la Tierra.

—Oh, Dios mío, ¿es lo que estoy pensando? —exclama Giulia, ya llorando, y yo no puedo contenerme, empiezo a llorar de nuevo—. —Un nietito, Matteo, un nietito —grita.

—Un nieto —Matteo mira a su esposa, que está en estado de shock, y luego se acerca a Pietro; se nota claramente que está emocionado—. ¡Un nieto, joder!

—Aún no sabemos si es niño o niña, pero sí, un nieto, *papá* —exclama Pietro, y su padre lo abraza de inmediato; no hay nadie en esa habitación del hospital que no se emocione.

Nadie.

Porque eso es la familia.

Son quienes se alegran de tus bendiciones, de tus logros; son quienes se emocionan, sufren y lloran contigo ante cada obstáculo, cada dificultad, cada victoria, y que, al final, siempre están ahí, a tu lado… *porque eso es lo que importa*.

Creo que nunca me habían abrazado tanto en mi vida.

Y cuando pensé que ya había terminado, que por fin iba a poder dejar de llorar… un movimiento cerca de la puerta me demostró que me equivocaba.

Allí, de pie, ella…

Donatella, toda magullada, con una sonrisa en la cara, mi Dona.

Ni siquiera intento contenerme.

Ella tampoco.

Extiendo los brazos y ella viene hacia mí, llorando, sonriendo.

Dios, qué lío somos.

—Me tomo un día *libre* y ya acabas en el hospital —susurra, examinándome con cuidado.

—Deberías estar tú aquí, no yo —susurro entre sollozos.

—Estoy bien —pone una mueca—. ¿Y esto? —Señala el vendaje.

—¡Cuatro puntos! —digo, y ella entrecierra los ojos. —Incluso en eso somos iguales —bromeo, y ella pone los ojos en blanco.

— Imitadora —me susurra al oído, llamándome como solía hacer cuando yo le copiaba el peinado o su forma de escribir.

Dona siempre ha sido mi ejemplo… *mi todo*.

—Tenía tanto miedo de no volver a verte nunca más —dice, y le aprieto la mano, comprendiendo ese sentimiento.

—Estoy bien, ¿y tú?

—Yo… —balbucea, mirando hacia Romeo, que no le quita los ojos de encima—. Estoy bien, vosotros me habéis salvado —exclama, mirando a cada uno de los presentes en la habitación—. Gracias, gracias… —Su voz se quiebra y ella intenta secarse las lágrimas; yo ya me he rendido.

—Ay, Dios, pásame otro pañuelo, Lucca, porque, joder —refunfuña Chiara, ya llorando.

—Señora —la llamo y ella me mira—, hay algo que tengo que contarte, papá… —empiezo, pero ella me interrumpe.

—Ya lo sé —dice, y no hay ningún atisbo de juicio en su mirada—. Hiciste lo que tenías que hacer. —Me sujeta la cara, apoyando su frente contra la mía—. Nos has salvado, hermanita.

Asiento con la cabeza, incapaz de hablar.

—Hay más… —continúo, y ella abre mucho los ojos.

— ¿Más?

Esbozo una sonrisa y le llevo la mano hasta mi barriga.

—Elena —jadea, y más lágrimas comienzan a caer.

—Vas a ser tía.

—Voy a ser… —ni siquiera puede hablar, vuelve a llorar—. —Voy a ser tía —exclama, mirando al resto de la familia.

— Lucca, dame la caja, me rindo —dice Chiara.

— Gracias, Lena.

— ¿Por qué?

—Por no abandonarme, por no rendirte conmigo.

—Nunca me daría por perdida, nunca, ¿me oyes? Puede que te hayan estropeado el tatuaje, pero lo que tú y yo tenemos está

aquí —señalo mi pecho—, y luego nos haremos otro aún más grande.

— Me gusta el plan —sonríe ella.

— Ahora que ellos, ya sabes, se han ido al… infierno.

— ¡Elena!

— ¡Es verdad!

—Tienes razón, que se quemen allí, pero hoy no vamos a hablar de eso; tú necesitas recuperarte y, siendo sincera, yo también; ya nos preocuparemos después por la mansión, por los negocios… —dice Dona, y tiene razón, eso puede esperar; además, sé que Pietro nos ayudará.

—Donatella se quedará en mi piso, conmigo, hasta que podáis hablar mejor —dice Romeo, y algo en el tono del abogado me dice dos cosas: (i) que realmente está preocupado por mi hermana y (ii) que esta es la única opción.

—¿Te parece bien? —le pregunto, cruzando la mirada con él, y lo que veo allí me tranquiliza el corazón.

—Sí —susurra—. No soporto la idea de volver allí, al menos no ahora.

Veo a Pietro y a Romeo intercambiando miradas, y Stella también parece tensa.

Hay más de lo que están dejando entrever, lo sé sin lugar a dudas.

¿Por qué no va ella a la mansión con nosotros?

—Vale, estaré tranquila sabiendo que estás bien —digo, esbozando una sonrisa forzada.

—Lo estoy —dice, besándome en la frente—. Tía… es increíble.

— Créeme, dentro de unos meses estará aquí para que la mimes.

—Ponte a la cola —suelta Alessia, y puedo oír las discusiones y las risas a medida que empiezan a salir de la habitación, hasta que, de repente, nos quedamos solos los dos.

— La doctora ya debe de estar de vuelta para darte el alta.

—Vale, ¿qué es lo que no me estás contando?

—*Maghetta…*

— Necesito saberlo, es sobre la señora, ¿verdad? He visto la mirada que has intercambiado con tu primo.

— Ya lo hablaremos más tarde, tienes que descansar.

— Descansaré cuando sepa qué está pasando y qué tengo que hacer.

— El prometido de tu hermana…

— ¿Qué pasa con ese monstruo?

— La muerte de tu padre ya ha llegado a oídos de la Camorra.

Respiro hondo, sabiendo que no me va a gustar lo que voy a oír.

— ¿Y…?

— Francesco ya ha dejado claro que, independientemente de la muerte del *Don*, exigirá que se cumpla el acuerdo.

— ¿Qué? ¡No! *El Papa* ha muerto y con él este contrato absurdo. No, no puede ser.

— Romeo revisará la documentación; ya nos la han enviado.

— ¡Qué rápidos son! ¡Cretinos!

— El documento no tiene validez legal, pero en nuestro mundo, lo que vale…

—Es la palabra —añadí—. Eso es ridículo, Dona es mayor de edad, *el Papa* ni siquiera debería haber firmado nada en su nombre.

— Lo sé, lo sé todo.

— ¿Qué vamos a hacer? No podemos… — Ni siquiera consigo terminar la frase.

— ¡No vamos a hacerlo! —afirma, y no hay ni una pizca de duda en su tono de voz—. Vamos a encontrar una solución, juntos.

Juntos.

— Y si él no cede, y si…

— Cuando hice la alianza con tu padre, lo único que quería era evitar una guerra, pero a veces la batalla viene a buscarnos.

— Pietro… —jadeo, entendiendo lo que quiere decir.

—Tu hermana no puede ir a la mansión —dice, casi como si me leyera el pensamiento.

— Pero…

—Es el primer lugar en el que pensarán que estará. Es importante que no sepan dónde está.

Cierro los ojos.

—Estará a salvo con Romeo.

— Dona se merece algo más que tener que vivir escondida o con miedo.

— Lo siento mucho, preciosa.

— No es culpa tuya, solo pensaba que… —respiro hondo— … que tendríamos paz.

—Me aseguraré de que tu hermana esté a salvo. Por ahora, está al cuidado de Romeo, y cuando regrese a Civitavecchia, contará con todo nuestro apoyo y protección.

— No debería volver a ese lugar, se merece ser feliz. — Las lágrimas resbalan por mi rostro.

— Lo es, te tiene a ti.

—Nos tiene a nosotros —le corrijo, y él asiente.

— Exacto, solo quería ver si prestabas atención. — Me guiña un ojo y yo pongo los ojos en blanco. — De la familia nos ocupamos y la protegemos, ¿te acuerdas? — repite la frase que ya he oído decenas de veces desde que llegué a Siena, y que nunca me canso de escuchar.

—*¡Famiglia per sempre!* —exclamo, apoyando la mano en su pecho, sobre su corazón.

—*¡Para siempre!* —exclama, colocando su palma sobre la mía —. Te quiero, Elena —dice Pietro, con sus ojos verdes clavados en los míos—. Te quiero, pequeñín o pequeñina —continúa, y tengo la sensación de que voy a estallar.

—Te quiero, Pietro Zampieri, gracias por darme todo lo que jamás soñé tener: una familia a la que llamar mía.

Él sonríe y me atrae hacia sus brazos, y allí, perdida en su abrazo, sintiendo su cuerpo junto al mío, escuchando cómo su corazón late tan fuerte como el mío, sé, simplemente sé, que no importan las batallas que surjan ni los retos que haya que superar, lo que nos depare el futuro..., todo es fácil, porque lo tendré a mi lado, conmigo.

Ya no hay miedo.

Solo esperanza y ganas de vivir, intensamente.

¡Fin!



Photograph – Ed Sheeran
«Con te partiro» – Andrea Bocelli

Decir que ni siquiera he visto pasar los últimos días es ser educada.

Un mes.

Desde que todo cambió.

Desde que descubrí que llevo dentro un pequeño milagro y que, por él o por ella… soy capaz de todo.

Absolutamente de todo.

De aquel día me quedan los recuerdos, y aunque la mayoría no sean buenos, el balance es el mejor posible.

Ya me he recuperado al cien por cien.

Los puntos han dado paso a una cicatriz que apenas se ve, pero que, cuando me miro al espejo, me recuerda que la pesadilla ha terminado.

Papá y los gemelos ya no pueden hacernos daño.

Nunca más.

No hubo entierro.

No sé qué hizo Pietro con los cadáveres y, la verdad, ni siquiera quiero saberlo.

Quizá debería importarme, pero no.

No se lo merecen.

No se merecen tener una tumba junto a la de *mamá* o la del *abuelo*.

Han avergonzado a la familia.

Y puedo afirmar con certeza que nadie derramará ni una lágrima por ellos.

Es triste, pero es la realidad.

Por supuesto, con *papá* fuera de escena, muchos *jefes* se volvieron codiciosos y se interesaron por ocupar el puesto que dejó Tiziano Del Vecchio.

Pietro se encargó de todos.

Les dieron un billete de ida a Chiusure, y se les transmitió el mensaje: Civitavecchia es de Donatella, y le corresponderá a ella decidir qué quiere hacer. Por ahora, los negocios siguen adelante, nada se ha detenido, y todo debe comunicarse a ella y a Pietro.

Sinceramente, no sé qué va a hacer ella.

Ya tiene mucho de qué preocuparse.

Sigue en el piso de Romeo Zampieri; no nos hemos visto desde aquel día en el hospital, salvo por videollamadas, pero eso no cuenta… y echo de menos abrazarla, tener a mi hermana a mi lado.

Pero esta etapa pasará.

Sé que pasará.

Lo importante es que parece estar bien, recuperándose, no solo físicamente, sino también mentalmente.

Ha estado sonriendo más, a pesar de la amenaza de la mafia napolitana que se cierne sobre ella. Y algo me dice que el primo de Pietro tiene un papel fundamental en todo esto, que le está haciendo mucho bien.

Y, solo de pensarlo, ya me dan ganas de llorar.

Donatella se lo merece tanto…

Claro que en cada llamada la provo y le hago bromitas, y ella sigue insistiendo en que no hay nada entre ellos.

Es un juego: yo finjo que me lo creo, ella cree que me engaña.

Aquí, en la mansión, todo va más que perfecto.

Se ha reforzado la seguridad.

Pero Pietro dice que es solo por precaución.

Hay mucho en juego.

No sabemos qué hará Francesco, cuál será su próximo movimiento.

La verdad es que solo deseo que se atragante y nos deje en paz.

Pero, en fin, como iba diciendo, por aquí Salame ya está más grandecito, guapísimo como solo él, travieso, y me atrevo a decir que su momento favorito del día es jugar con Fofo, algo que Martina y yo siempre nos aseguramos de que suceda, para desesperación de Lucca, que siempre cree que acabará en una muerte.

No puedo contener la sonrisa.

Le he explicado que dentro de unos meses tendrá un compañero o una compañera, que al principio no podrá jugar mucho con él, pero después… ah, después, más le vale prepararse, porque no tendrá paz.

E imaginar esa escena hace que mi corazón se acelere y que se me llenen los ojos de lágrimas.

—Ahí estás. —Pietro aparece y, como siempre, todo en mí vibra.

— Hola.

—¿Pasa algo? —Se acerca, con mirada preocupada.

—No pasa nada —le tranquilizo, sonriendo—. Solo estaba pensando en lo rápido que han pasado estas últimas semanas.

—Ni que lo digas. —Se pasa la mano por el pelo, y sé que es un tic que tiene cuando está nervioso.

— ¿Qué pasa?

— Ha llegado la doctora.

— Oh…

— ¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —pregunta, tirando de mí para acercarme a él.

— Sí, señor, ya lo hemos hablado. Será una sorpresa, incluso para nosotros.

— Pero…

— ¡Nada de «peros»!

— ¿Ya te he dicho que eres terca?

—Sí, pero prefiero cuando usas otros adjetivos —le provoqué, y él entrecerró los ojos.

— Bruja.

— Ese es uno de ellos —me río—. Vamos, y nada de intentar espiar, o te vendaré los ojos.

— Esto va a ser una pasada, Capraia no será hasta dentro de una semana.

— Se te pasará volando, vamos a escuchar el corazón de nuestro bebé.

— ¡Joder, sí!

Quince minutos después, estoy tumbada y la Dra. Teresa —sí, la misma de aquel día— se prepara para hacerme la ecografía morfológica.

—¿De verdad estáis seguros de que no queréis saberlo? —pregunta, mirando alternativamente a Pietro y a mí, y por mucho que mi curiosidad esté a flor de piel, respondo:

—Solo queremos saber si todo va bien, doctora —afirmo—. El sexo, si se puede ver, se lo dirá a otra persona.

—Yo solo obedezco —refunfuña Pietro, pero al final sonríe, me besa en la frente y entrelaza sus dedos con los míos.

Cierro los ojos, estoy muy nerviosa.

Que todo vaya bien, que todo vaya bien…

—Lo estará —me susurra al oído, y abro los ojos, solo para encontrar la emoción en los suyos.

Ese sonido tan agradable invade la habitación.

—¡El corazón late con fuerza! —anuncia la doctora, y yo me muerdo los labios. —Vuestro bebé está estupendamente, creciendo, todo dentro de lo esperado para la edad gestacional —declara, sonriendo, mientras me entrega un pañuelo para limpiarme el gel del vientre.

—¿Lo has visto? —pregunta Pietro.

— ¡Pietro!

—Solo quería asegurarme.

—Sí, lo he visto, señor Zampieri.

—¡Joder! Aún hay tiempo, *maghetta…*

—Deja de ser tan pesimista y ve a llamar a *la nonna* —le digo, intentando parecer enfadada, y él sale de la habitación con esa misión.

— ¿Solo ella lo sabrá? —pregunta la doctora, y yo se lo confirmo.

— ¡Sí! Se lo contaremos más tarde.

— Seguro que será un momento especial.

—¡Lo será! Gracias, doctora.

—A su disposición.

Estoy de pie, lista para salir de la habitación, cuando se abre la puerta y aparece la señora Eleonora, y ya puedo ver lo emocionada que está.

— ¿Lista para descubrir el sexo de tu primer bisnieto? —bromeo, y ella me acaricia la cara.

— ¡Oh, *figlia*, estoy más que lista!

— *Nonna*, después pásate por mi despacho —dice Pietro de repente, esbozando una sonrisita.

— Vete ya de aquí, chico, mi boca es una tumba. Tendréis que esperar hasta el gran día —replica ella, riendo.

—¡No se lo digas a Rafaelle, ¿vale?! —le recuerdo, al ver a su marido en el pasillo.

—¡Nunca! Es otro bocazas —exclama, mirándolo con cariño.

— ¿Qué tal, Rafaelle? ¿Te lo contará ella más tarde? —pregunta Pietro, como si nada.

¡Qué horror!

—Como si no conocieras a tu abuela: cuando se mete algo en la cabeza, va hasta el final; eso solo lo descubriréis en Capraia.

— Joder…

— Venga, Pietro, deja de intentar buscar informantes.

Riendo, bajamos juntos, solo para encontrarnos con todos en el salón.

— ¿Y bien? —pregunta Giulia.

—¡Todo genial! El corazón está fuerte y crece cada día —exclamo, sin poder contener la sonrisa.

— ¿Y qué, niño o niña? —pregunta Giovanni.

— Solo en Capraia, hermanito.

—¡Joder!

—Exacto.

— Falta una semana.

—Una semana muy larga —se ríe Alessia.

— Seguro que os mantendréis ocupados.

—Ya voy a comprarle su primer juego de cubiertos —anuncia Martina con una sonrisita, y yo ni siquiera sé qué decir.

— ¿Para él? ¿En serio, Tina? — Stella no se aguanta.

— Sea suyo o de ella, da igual. Será personalizado. — Guiña un ojo.

— Oh… —jadeo.

— Tranquila, te acostumbrarás a esta locura —dice Giulia, acariciándome la espalda.

—Ya me lo imagino —empiezo—, Les, ayudando con los ejercicios de matemáticas; Stella, dando los mejores consejos y siendo la voz de la razón; y Tina, bueno… anatomía, supongo.

Todos se ríen.

—No te olvides de mí —bromea Giovanni.

— Hablando de eso…

—Lena ya sabe que tiene que mantener a la niña lejos de ti y de Roman.

— ¿He oído mi nombre? —interviene el ruso, que, por casualidad, ha venido a tratar asuntos de negocios con Pietro.

— Alessia dice que somos malos ejemplos para el bebé.

— ¡Claro que sí! —replica él.

— Joder, Roman, ahí me la estás jodiendo.

—Pero de eso se trata, tío, del equilibrio; ya tiene a su prima para ser la buena —replica él, con la mirada fija en ella.

—Solo os estoy escuchando hablar y os estáis olvidando de los mayores que estamos aquí. ¿Dónde está el respeto, joder? — suelta Lucca, haciéndose el ofendido, y me echo a reír.

— ¿Hace falta decirlo? —bromeo.

—Seréis los abuelos y tíos-abuelos más babosos de toda Italia,

—Me gusta cómo suena eso, excepto lo de abuelo, me hace sentir viejo… —bromea él, y todos se echan a reír a carcajadas.

Todos.

El sonido de unos pasos nos hace mirar hacia la escalera y, como ya imaginaba, es la *nonna*, acompañada de Rafaelle.

Y basta con mirarla para que las lágrimas empiecen a acumularse en mis ojos.

—Pietro —susurro, y ahí está él, envolviéndome en sus brazos, abrazándome, apoyando las manos en mi barriga, mientras vemos a Eleonora Zampieri bajar el último escalón, secándose las lágrimas con un pañuelo.

— Bueno, *madrina*, cuéntanoslo todo —dice Lucca de inmediato—. Sé que quieres hacerlo.

—Vamos, *nonna* —la incitan.

Ella mira a cada uno, despacio, tomándose su tiempo, abre la boca y suelta un sonoro:

— ¡Ni hablar!

— Vaya…

— Pensaba que me lo iba a contar.

— ¿Cómo voy a esperar una semana?

—Al final se lo acabará contando.

La sala se convierte en un auténtico caos, y me muerdo los labios para no reírme al oírlos hablar, pero la *nonna* hace caso omiso de todo y viene directamente hacia nosotros, me toca la cara y luego la de Pietro.

—Gracias por esta bendición, gracias, queridos míos —agradece, llorando, y claro que ni siquiera puedo responder, solo me acerco a ella, y los tres nos quedamos allí, llorando de pura felicidad.

Pronto toda la familia se reunirá en Capraia, incluidos Dona y Romeo, y allí, con todos los que nos importan, incluido Salame, revelaremos el sexo de nuestro bebé.

La familia Zampieri está creciendo.

Y el amor se multiplica.

Siempre.

Un adelanto de lo que te espera en:

UN PEQUEÑO DEGUSTO DEL PRÓXIMO LIBRO

Romeo



«Trying not to love you» - Nickelback

Aparco el Maserati en el aparcamiento subterráneo con el corazón latiéndome a mil por hora en el pecho. Normalmente soy un pozo de calma y frialdad, pero hoy no, no con esta mujer a mi lado.

Donatella no ha dicho ni una palabra más y me preocupa que le duela algo.

—Aquí nadie te hará daño, estás a salvo —le digo, apretando el volante, y su mirada se cruza con la mía.

Y es casi como un puñetazo en el estómago, que me deja sin aliento, sin rumbo.

Joder.

Respiro hondo, necesito aclarar mis ideas, pero es difícil; esta chica me desestabiliza de una forma que desafía la razón.

Es inexplicable.

Salgo del coche, rodeo el vehículo a toda prisa y, en cuestión de segundos, la tengo en mis brazos.

Es bueno.

Jodidamente bueno.

No debería estar pensando en eso, en lo bien que se siente tener su cuerpo junto al mío, pero lo estoy haciendo.

Estoy en serios problemas, y algo me dice que todo va a ir a peor.

Porque, si antes ya me costaba sacármela de la cabeza, ahora que Donatella va a estar aquí…

—¿Puedo irme y…—, empieza a decir, pero se calla, mordiéndose los labios con fuerza.

Cojo el ascensor, manteniéndola junto a mí, y, en pocos minutos, estamos dentro de mi piso.

Mi refugio, como suelo bromear.

Pocas personas han estado aquí, *solo la familia*.

No traigo a nadie.

No me gustan los extraños en mi espacio.

Pero Donatella no es una desconocida.

Es de la familia.

Es mi…

Pero ¿de dónde coño ha salido este pensamiento?

¿Qué coño es esto?

— La casa es tuya. — Con cuidado, la dejo en el suelo, y ella no dice nada, solo se queda mirando a su alrededor, sin disimular su sorpresa.

— Es… precioso.

— Me alegro de que te haya gustado.

— ¿Puedo? —pregunta.

— Haz lo que quieras —le indico con un gesto, y ella da un tímido paso hacia delante, luego otro, con los ojos azules observándolo todo, la mano deslizándose por la encimera de mármol de la cocina, hasta que su atención se dirige hacia la ventana corredera de cristal que da a la terraza.

Me mantengo a distancia, limitándome a observar, y veo cómo se acerca hasta allí y tira de la puerta.

Parece reticente, casi indecisa, pero luego da un paso hacia delante.

La terraza es amplia, mide más de cuarenta metros cuadrados, y a diferencia del interior, que tiene suelo de baldosas, el

suelo es de madera, rústico, y solo cuenta con una mesa de seis plazas y un sofá en forma de L donde a veces me tumbo en compañía de una buena copa de vino, o del buen y viejo whisky, y me quedo admirando el río Arno, la ciudad o simplemente las estrellas; aparte de eso, solo hay varias macetas con plantas que ya estaban allí desde que me mudé, pero que, de alguna manera, he conservado, y la chica que se encarga de la limpieza se asegura de regarlas; de lo contrario, ya estarían muertas.

No es la habitación más elegante ni moderna del ático, pero sin duda las vistas y la sensación que tengo con solo sentarme allí la convierten en mi favorita.

—Es precioso —susurra Donatella, abriendo los brazos y contemplando el cielo azul, sonriendo, mientras los rayos de sol iluminan su rostro.

Y, joder, vaya si estaba preparado para eso.

Para esa visión.

Un jodido ángel rubio.

—Espera a verlo de noche —me sorprendo diciendo, y ella se gira hacia mí, con esa tímida sonrisa aún en los labios, y joder, necesito más de él, más de ella.

— Estoy deseando verlo.

Yo también.

Me quedo paralizado unos segundos y no sé cuánto tiempo nos quedamos ahí, quietos, mirándonos.

— Te voy a enseñar tu habitación, llamaré al médico y haré que nos traigan algo de comer.

— No hace falta… —empieza a decir.

— Sí que hace falta y lo sabes —le digo, y mi tono deja claro que no es un tema negociable.

Dona se queda mirándome unos segundos, con el pecho subiendo y bajando.

— Odio a los médicos.

— Si te sirve de algo, estaré aquí todo el tiempo.

Ella se ríe.

— Eso no cambia nada.

—Claro que cambia, siempre puedo matarlo.

— Eres abogado, ¿deberías estar diciendo ese tipo de cosas?

— Acabo de matar a dos hombres a quemada ropa en la carretera, por ti. ¿Crees que un cadáver más me preocupa?

Sus ojos se agrandan.

— Yo… — jadea. — Espero que esto no te traiga problemas, no quiero…

Con todo lo que está pasando, su preocupación es por mí.

Respiro hondo, intentando calmar el torbellino que siento en el pecho, pero cuando me doy cuenta estoy de pie frente a ella.

— Romeo… — susurra mi nombre, y joder, me cuesta todo mi autocontrol no tirarla hacia mis brazos, para saborearla y descubrir si es tan dulce como he estado soñando.

— Mataría a tantos más como fuera necesario —digo, levantándole la barbilla, necesitando que me mire a los ojos—. A tantos como fuera necesario —repito, para que no le queden dudas —, para tenerte aquí, conmigo.

Mi mirada se dirige a sus labios entreabiertos, a cómo su pecho sube y baja al ritmo de su respiración acelerada, y me siento un puto egoísta.

Debería estar cuidando de ella… no deseándola.

—Es la primera puerta a la derecha, en el baño encontrarás todo lo que necesitas —le digo, alejándome de la tentación que representa Donatella—. Voy a llamar al médico y a avisar a Pietro de que estamos aquí.

—Vale —dice, dándose la vuelta y dirigiéndose por el pasillo.

—Donatella —la llamo, sin poder saciarme de su presencia, y ella se gira, con sus ojos azules fijos en mí—. Todo va a salir bien —le prometo.

— Lo sé… — Sonríe y luego me da la espalda.

Puede que la mañana apenas esté empezando, pero ya sé que el día va a ser largo, jodidamente largo.

Estoy terminando de coger todo lo que necesito de la nevera para prepararme un tentempié, cuando oigo pasos detrás de mí y el olor a jabón me inunda.

Me giro y me encuentro a Donatella con la camiseta negra que dejé sobre la cama y que le llega casi hasta la rodilla de lo larga

que le queda. Las mangas las tiene remangadas hasta el codo, y quiero creer que los pantalones cortos también están ahí debajo, porque la idea de que esté sin bragas delante de mí me resulta totalmente impensable.

Contrólate, joder.

Pensar en ella sin nada debajo no es un camino seguro.

Ni hablar...

—Veo que te queda un poco grande —bromeo, necesitando aliviar la tensión.

— Está limpio… — Sonrío. — Gracias por haber dejado la ropa sobre la cama. Estaba convencida de que tendría que ponerme el vestido…

— Ni hablar. Voy a poner tu ropa a lavar y a secar, así podrás usarla más adelante, hasta que te consigamos más ropa.

Asiente con la cabeza, mirando hacia la encimera donde ya he dejado algunas cosas.

—¿Tienes hambre? Te prometo que prepararé algo en otro momento, pero, por ahora, he optado por algo rápido.

— Vaya, ni siquiera recuerdo la última vez que comí un bocadillo de jamón y mozzarella —revela—. Dios mío, ¿es pepperoni y queso pecorino?

— Es hora de que te des un capricho con un buen bocadillo; opciones de relleno no faltan.

Durante los siguientes minutos, nos preparamos los bocadillos, y ahí está algo que nunca me imaginé haciendo: quedarme embelesado simplemente observando a alguien comer.

—¿Tengo la cara manchada? —pregunta ella, y me dan ganas de darme un puñetazo.

—No —digo, y ahí está la tensión.

Enhorabuena, Romeo. Eres un jodido genio. A este paso, para cuando acabe la noche, la habrás hecho huir muy lejos de aquí.

— Sobre lo de antes… —empieza, cuando por fin termina de comer.

— ¿Qué?

— Gracias.

— No hace falta.

— Sí que tengo que hacerlo —me interrumpe—. Sé que esto puede acarrear problemas para ti, para Pietro, para toda la familia.

— ¿Crees que eso nos importa?

— Yo…

— Lo único que nos preocupaba eras tú.

Veo cómo se le humedecen los ojos y sé que no puedo posponer esta conversación.

—Hay algo que tienes que saber.

— ¿Qué ha pasado? ¿Elena? —pregunta, angustiada.

—No pasa nada, todos están bien —le tranquilizo—. Pero, mientras yo venía a verte, Pietro y tu hermana…

—Van a encontrarse con *papá*, ¿verdad? —pregunta, quitándome las palabras de la boca.

—No solo a él, sino también a sus hermanos.

—No será una simple reunión…

—No.

Donatella se mira las manos, y se nota claramente que está nerviosa.

Me acerco y ella me mira.

—Tu padre y tus hermanos no saldrán vivos de esta reunión —le digo, sabiendo que no hay una forma fácil de decirlo—. —No después de lo que te hicieron a ti, a la famiglia…

Ella niega con la cabeza.

—Nunca imaginé que él pudiera llegar tan lejos, ser tan frío y monstruoso. —Se abraza a sí misma, como si estuviera perdida en sus recuerdos—. Que Dios me perdone, pero me alegraré cuando eso ocurra.

No digo nada y veo cómo se le humedecen los ojos.

—¿Qué dice eso de mí? ¿Yo también soy un monstruo? — Hace una mueca, con una lágrima resbalando por su rostro magullado.

— Joder, no —digo, acercándome y secándole las lágrimas.

—Dice que eres humana —susurro, dando un paso más hacia ella, tan cerca que puedo sentir su aliento en mi cara.

— Romeo… — balbucea mi nombre, y hay tanto en su mirada.

Suena el interfono, y le doy las gracias al universo por la interrupción.

¿En qué estaba pensando para acercarme así?

—Debe de ser el médico —digo, alejándome, con el corazón aún latiendo a destiempo. —Pueden dejarlo pasar —aviso a la conserjería, observando por la cámara cómo el viejo doctor sale del ascensor unos minutos después.

— De verdad, ya estoy bien…

—Dejemos que sea él quien lo diga —interrumpo, abriendo la puerta y recibiendo al viejo conocido.

—Gracias por venir tan rápido.

— No hay de qué, Romeo. Ya he perdido la cuenta de cuántas veces me has salvado.

Sonrío.

— Esta es…

— Una amiga. — No hace falta que sepa nombres; cuanto menos sepa, mejor.

— Vale, vamos a echarle un vistazo a tu amiga. ¿Qué te han hecho, hija? ¿Pensaban que eras un saco de boxeo?

La señora no dice nada, su tensión es evidente.

— ¿Puedes sentarte aquí? — Señala el sofá y ella obedece.

Durante los siguientes minutos, recostado contra la encimera, observo cómo el médico examina los hematomas de los brazos, las piernas y la cara, le ausculta el corazón, le palpa el cuerpo pidiéndole que le diga si le duele, y cuando le toca la zona de las costillas, Donatella no puede contener un gemido.

— ¿Podrías levantarte la camiseta, solo un poco, para que pueda ver?

Parece que se lo está pensando, y estoy a punto de darme la vuelta para darles más intimidad a los dos, cuando hace lo que le ha pedido el médico: se levanta un poco la ropa, dejando al descubierto un enorme moratón en el lado derecho y, en el izquierdo, una quemadura; y, incluso desde la distancia, se puede ver la piel enrojecida, inflamada y con ampollas, y me invade una rabia absurda.

No solo la han golpeado, sino que también la han quemado.

—¿Un cigarrillo? —pregunta el médico, examinando con atención la herida.

—¿Un cigarrillo? —revela ella, y yo no puedo soportar ver aquello ni un segundo más. Me voy a la terraza, necesitando aire, necesitando…

Joder, joder…

Oigo a Donatella dando las gracias y al médico dándole instrucciones, y eso me sirve de recordatorio de que tengo que volver.

Entro solo para verla bajarse la camiseta, y me fijo en que hay un apósito blanco sobre la quemadura.

— ¿Doctor?

— Lo ideal sería una radiografía, para comprobar si hay alguna fisura en las costillas, pero creo que, por ahora, nuestra mayor preocupación es la quemadura. Si el dolor empeora o tiene dificultades para respirar, toser o moverse, lo mejor es que la lleve al hospital.

— Ya voy.

— Le he dejado una receta de analgésicos y una crema antibiótica para la herida; el apósito debe cambiarse a diario, por la mañana y antes de acostarse, durante quince días o hasta que la piel empiece a regenerarse.

— Gracias —le doy las gracias.

—De nada. ¡Que te mejores! —dice el médico, mirándola y sorprendéndose cuando ella lo abraza con cuidado.

— Gracias.

—Cuida bien de esta chica, la han maltratado mucho — susurra el anciano mientras la acompaño hasta la puerta.

—Lo haré —digo, sin pestañear, y él asiente, despidiéndose con un gesto de la mano.

Cierro la puerta y respiro hondo, una, dos veces, antes de girarme para mirar a Donatella, pero basta con cruzar la mirada con ella para recordar lo que vi.

Tantos moratones, tanto dolor…

—No es tan grave como parece —dice ella, como si me leyera el pensamiento.

—Es peor —respondo, y veo cómo la sorpresa inunda su mirada.

En contra de mi mejor juicio, me acerco, hasta que casi no hay distancia, hasta que estoy de pie frente a ella y solo unos centímetros nos separan.

— La suerte de tu padre es que su reunión no es conmigo…

— ¿Por qué? —jadea.

—Porque podría matarlo con mis propias manos.

Continúa en ROMEO – El abogado de la mafia. – Libro 2 – Serie Herederos Zampieri, próximamente en Amazon y Kindle Unlimited.



Para Cecília, que nunca pensó en escribir sobre la mafia, que tenía miedo… mira dónde hemos acabado.

Empiezo otra serie, y no una cualquiera, sino la segunda generación de la mafia que cambió mi vida, mi carrera: los Zampieri.

Matteo, Vincenzo y Chiara ocupan un lugar especial en mi corazón. Los QUIERO muchísimo, por eso es un placer y una gran responsabilidad contar la historia de sus hijos y seguir mostrando más de esta familia.

Pietro es el primero de seis libros y no te preocupes, aún queda mucho caos y confusión por delante, con el corazón calentito SIEMPRE (en algún momento).

Pero bueno, gracias por haberle dado una oportunidad a Pietro y a esta maravillosa familia.

Espero que hayáis disfrutado de su historia tanto como yo he disfrutado escribiéndola, y que ahora estéis deseando leer Romeo y Donatella. 😊

Como siempre, hay mucho que agradecer.

¡Gracias, Dios mío! Por iluminar mi camino, por permitirme llegar a la vida de otras personas a través de mis libros, de mis historias.

¡Gracias a mi marido por apoyarme, SIEMPRE!

Gracias a mis lectoras beta: ***Jully y*** Luana… que, como siempre, se han volcado, en medio del ajetreo y el caos del día a día, y creedme, esta vez ha sido muuuuy ajetreado. ¡Gracias, guapísimas!

Gracias, Bah, mi maravillosa correctora, por tu paciencia y disponibilidad para ir recibiendo el archivo poco a poco, a medida que lo iba escribiendo. 😊

Gracias a mi asesora ***Ariel @leiturasdaariel***, la poderosa «jefita»; quizá este haya sido nuestro lanzamiento más complicado hasta la fecha, pero de eso se trata: lo importante es que lo hemos conseguido. ¡Pietro ya está aquí! ¡Gracias!

Gracias a ***Jully @leiturasdajully***, por ayudarme a que el feed esté a la altura de la intensidad y el atractivo de Pietro, ¡y menuda delicia, ¿eh?! ¡Muchísimas gracias!

Gracias a mis *Ceciletes*, espero que hayáis disfrutado de esta nueva etapa de los Zampieri. Habéis visto nacer a Pietro, espero que hayáis admirado y disfrutado del tío de cojones en el que se ha convertido. ?? ¡Os quiero!!!

Gracias a ***mis lectores.*** De verdad, espero que os haya gustado esta historia, pero si no ha sido así, *no pasa nada*, quizá la próxima os conquiste. ¡Pero no me deis la espalda! Aún queda mucho por venir. ?? Gracias por todo el cariño que me habéis mostrado a mí y a mis libros. Sois vosotros quienes me motiváis a crear más y más historias.

¡Gracias a TI, que estás leyendo esto! Sí, ¡a ti! Espero que te haya gustado su historia y que tengas curiosidad por lo que está por venir…

Os recuerdo que me encanta recibir mensajes por privado, no os cortéis, *vamos* a charlar un rato.

Si este es tu primer contacto con mis libros, que sepas que hay más protagonistas encantadores que conocer: mafiosos, bomberos, militares protectores, directores ejecutivos, vaqueros y jugadores de fútbol americano ☐ . Echa un vistazo a las próximas páginas y elige tu próxima lectura.

¡¡¡Os quiero mucho!!!

P. D.: POR FAVOR, dejad vuestra valoración y un comentario; es importante para mi evolución y para que la historia llegue a otros lectores.

¡Un beso enorme y hasta la próxima!

Cecília Turner .



Cecília Turner es el seudónimo de una abogada de São Paulo.

Lectora voraz desde la adolescencia, solía ir a casa de sus tías a buscar libros y más libros para devorar, una vez terminados los deberes.

Hoy, casada y con dos hijas, sigue devorando un libro tras otro.

Las ganas de escribir surgieron hace unos años.

Tras casi cuatro años compaginando su carrera profesional, la crianza de sus hijas, su marido, sus estudios de posgrado y las innumerables series que le encanta ver, terminó su primera novela, «Viciada en ti», en 2021, y desde entonces no ha parado.

Le gusta crear historias que calienten el corazón y garanticen unas buenas risas.



Instagram: **@ceciliaturner_autora**

Facebook: **@CeciliaTurner.autora**

TikTok: **autora_ceciliaturner**

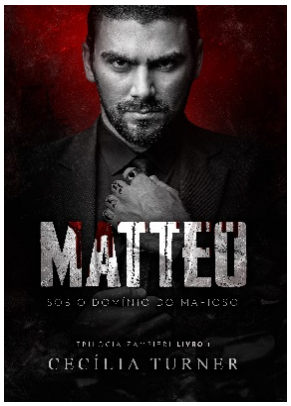
Twitter:
https://twitter.com/Ceci_Turner

Página web: **www.ceciliaturner.com.br**

AUTORA
Cecilia Turner

OTRAS OBRAS

Libros de la 1.ª generación – Zampieri:



"Sus enemigos no tendrán piedad de ustedes ni de sus mujeres, de sus hijos. Tienen que ser fuertes, protegerse a sí mismos y a la familia. Cuidar unos de otros". Giuseppe Zampieri.

Matteo Zampieri es el Don de la Sacra Siena Organizzata, la mafia más poderosa del centro de Italia, dominan la Toscana, tienen aliados poderosos y enemigos más que dispuestos a sacarlos del camino.

Es un hombre inteligente, metódico e implacable, criado para ser el líder de la organización. Aprendió desde pequeño que el enemigo siempre acecha y que no hay margen para la debilidad.

Desde que asumió el cargo de su padre, ha estado bajo presión para casarse y tener un heredero, además de tener que

lidiar con algunos *jefes* que creen que sus planes de diversificar su negocio son un error.

Puede manejar esto último, pero cuando se trata de lo primero, sabe que sus días de soltero han terminado.

Todo tiene un precio.

Una reunión de negocios, una emboscada, lo pondrá cara a cara con una brasileña que habla media docena de palabras en italiano.

Ella lo salvó.

Ella simplemente no contaba con que esto la pondría directamente bajo su control.

Giulia Tomazini ha perdido a todos sus seres queridos en los últimos años.

A excepción de su mejor amiga, ella está sola.

Decide seguir con sus orígenes italianos y, como beneficio adicional, obtener su ciudadanía.

Era un viejo sueño de ella y de su madre.

Uno que fue interrumpido.

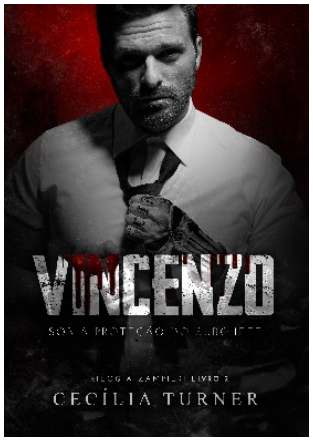
No más…

Parte hacia Italia con dos objetivos: convertirse en italiana y descubrir más sobre su familia.

Ella no fue criada en la mafia.

Todo lo que sabes es lo que has leído en novelas románticas o películas de acción, pero eso está a punto de cambiar.

Dos desconocidos.
Caminos que se cruzan.
Ella lo salvó.
Él la cuidará, la protegerá, incluso contra su voluntad.
Ella es familia.
Y honra a la familia.



"La inteligencia es el único arma que siempre estará contigo. Afínala". Giuseppe Zampieri.

Vincenzo Zampieri es el subjefe de la Sacra Siena Organizzata, la mafia más poderosa de la región central de Italia. Es observador, experto en informática y especialista en tortura. A los diez años mató a su primer hombre y no sintió absolutamente nada, salvo el placer de ver cómo los ojos de aquel hijo de puta se volvían opacos, sin vida. Odia tanto a las mentiras como a los traidores; por eso se dedica a aprender nuevas formas de obtener respuestas. Vive para la *famiglia* y su único objetivo es honrarla. Si hay algo que ya aprendió, es que el dolor trae la verdad.

Isabella Venturini es analista de sistemas en horario de oficina y, por las noches, una hacker de sombrero blanco. A los dieciséis años perdió a todos los que amaba… todos, excepto a su mejor amiga, Giulia Zampieri, la hermana que la vida le regaló. Podría haberse ahogado en el luto y la tristeza, pero eligió concentrarse en los estudios y en el trabajo, intentando ser feliz a su manera. Ella era lo que sus padres habrían querido.

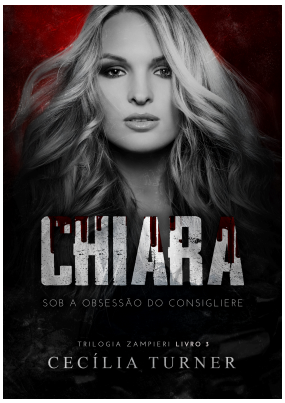
La realidad no podría ser más distinta. Día tras día, vive para trabajar y mantener a su madrina y a sus dos primos.

Un viaje a Italia…

Una mirada compartida con Vincenzo Zampieri lo cambiaría TODO.

Por primera vez en años, se sintió viva, en casa… feliz. Pero todo lo bueno termina. De regreso en Brasil, lo único que desea es olvidarlo, volver a su rutina y seguir adelante. Sin embargo, cuando el peligro acecha… el subjefe de la Sacra no dudará en ponerla bajo su protección, para bien o para mal.

Él es inteligente.
Ella también.
Él ama matar.
Ella no lastimaría ni a una mosca.
Él es conocido por sus enemigos como el mismísimo Diablo.
Ella está lista para arder en el infierno con él.



"Afortunado será tu futuro marido. Además de tener como esposa a una mujer bellísima y despierta, se asegurará su lugar en el cielo, porque solo un santo podría aguantarte, figlia mia". — Giuseppe Zampieri.

Chiara Zampieri es la hermanita del Don y del Subjefe de la Sacra Siena Organizzata.

La princesita de la mafia.

Creció bajo una cúpula de protección, sabiendo que su papel sería uno solo: conseguir un buen matrimonio y tener herederos.

Había aceptado su destino, pero no contaba con que su corazón traicionero se acelerara cada vez que se cruzaba con él… el consigliere de la mafia, el mejor amigo de sus hermanos.

Lucca Salvatore es el consejero de la mafia de Siena, el brazo derecho del Don de la organización; pero nadie sabe que, detrás de su actitud bromista, hay mucho oculto.

Nunca fue amado por su padre. Una carga, el recordatorio constante de lo que le arrebató.

Fue acogido por los Zampieri y encontró allí mucho más que amistad: encontró la "familia" que nunca tuvo. Por eso, aunque todo en él grite por reclamar a la princesita de la mafia como suya, se resiste.

La niñita que vio nacer, crecer y transformarse en una mujer por la que todos harían fila para tener una oportunidad…

Todos, menos él.

No importa que ella sea su mayor y única obsesión.

Chiara Zampieri merece a alguien mejor, alguien suficiente… alguien que no es él.

Ella cree que él no la soporta.
Él cree que no es digno de ella.
Él es todo lo que ella quiere…
Ella es su obsesión.
Un compromiso falso los acercará.
¿Lograrán mantener las máscaras de indiferencia o lo que sienten el uno por el otro finalmente saldrá a la luz?



Dimitri Valisiev tiene 39 años y es el actual *Brigadier* de la *Kirovskaya Bratva* en Europa.

Es el responsable de dirigir todas las operaciones y negocios de la organización en el viejo continente, lo que hace con frialdad y precisión.

Si hay algo que estos veinte años en la mafia rusa le han enseñado, es que no hay lugar para la debilidad y que solo los fuertes sobreviven.

Eso es lo que hace: sobrevive cada día, buscando malditas respuestas.

Ivana Viktoria Heck Svetolova es médica residente en el Hospital Sankt Marien, en Fráncfort.

Su padre falleció hace un año y, desde entonces, su vida se reduce a los estudios y al trabajo.

Se suponía que iba a ser solo otro día cualquiera, sin grandes emociones, pero las cosas no siempre salen como se espera… ni mucho menos.

Ella descubrió el sucio secreto de alguien…

Alguien que no escatimará esfuerzos para mantenerlo en secreto.

Y cuando todo parece derrumbarse a su alrededor, descubrirá que su protección está en manos del gigante ruso, de increíbles ojos azules, fríos como el hielo, pero que, con una sola mirada, hace que todo dentro de ella arda.

Ella está en peligro.

Él la protegerá.

En medio de secretos y muertes, ambos tendrán que descubrir quiénes son sus verdaderos aliados y enemigos.

Lo único seguro es que no estarán solos.



ROMANCE UNIVERSITARIO + QUARTERBACK POPULAR + NOVATA HIJA DEL ENTRENADOR + CHICO DE ORO + ÉL LA AYUDA A SUPERAR EL DUELO + PRIMERAS VECES

Megan Adams tiene 19 años y acaba de ver cómo su vida da un vuelco.

Ha perdido a una de las personas más importantes de su vida: su madre.

El tan soñado ingreso a la universidad ya no le parece interesante.

Nada lo es... *no sin ella*.

Decidida a superar el duelo y empezar de nuevo, sigue a su padre a un pequeño pueblo de Kentucky.

Es tu nuevo comienzo.

El plan: quedarse allí hasta que termine el semestre de primavera...

Haces una lista de objetivos para los próximos meses: sacar buenas notas, hacer amigos, conocer lugares nuevos y, por supuesto, ***no enamorarte.***

¿Quién necesita confusiones y dolores de cabeza cuando tienes una fecha y una hora para marcharte?

Tu estancia en Georgetown tiene fecha de caducidad, o eso creías, hasta que conociste a un jugador de fútbol americano.

.

Josh Miller tiene 21 años, es inteligente, divertido y tremendamente atractivo... No en vano es uno de los cuatro

Guerreros Calientes, los jugadores más cotizados y deseados de la Universidad de Georgetown.

Él es todo lo que tú quieres evitar..., pero cuanto más intentas resistirte, más te ves atrapada por los encantos del veterano.

Solo quieres pasar cada día, esperando que el dolor disminuya.

Él tiene sueños y ambiciones y está centrado en convertirse en jugador profesional.

Ninguno de los dos quiere una relación...

Pero a veces las cosas suceden cuando menos te lo esperas.

¿Conseguirán cumplir sus objetivos?

Hasta que termine el semestre, ¿será suficiente para el sentimiento que crece cada día entre ellos?

.

Ella está tratando de encontrarse a sí misma...

Él no quiere una relación ni nada que interfiera en su rendimiento dentro del campo.

No sabían que se necesitaban tanto el uno al otro hasta que se conocieron.



ROMANCE UNIVERSITARIO + RECEPTOR POPULAR + CHICA CON UN PASADO TRAUMÁTICO + CHICO SUPERANDO EL DUELO + ÉL LA AYUDA CUANDO MÁS LO NECESITA + PRIMERAS VECES + FAMILIA ENCONTRADA.

April Coleman solo tiene 19 años, pero a veces parece una eternidad.

Creció en un hogar desestructurado.

Nunca conoció a su padre, y su madre, que debería haberla protegido, le dio la espalda cuando más lo necesitaba. Desde los doce años sabe lo que *es estar sola y tener miedo*...

La beca en Georgetown es su oportunidad: irse sin mirar atrás, huir y no volver nunca más.

Es la oportunidad de empezar de nuevo, estudiar, conseguir un trabajo, *vivir* en las sombras, para que él nunca la encuentre.

Todo era perfecto...

Se estaba adaptando a las clases, había hecho una amiga increíble y, por una vez en su vida, intentó divertirse, pero no contaba con conocer a uno de los jugadores más codiciados de la universidad, uno que parece ver a través de ella cada vez que se cruza en su camino.

Estar cerca de este *guerrero ardiente* es peligroso.

Él la afecta más de lo que ella quisiera admitir.

Ella sabe lo peligroso que es dejar que alguien se acerque, sobre todo cuando no tiene nada que ofrecer... salvo sus pedazos.

Segura de que el jugador no quiere su desastre, él se merece a alguien completo y perfecto.

Y ella está rota.

.

William Cooper tiene 21 años, es inteligente, centrado y tremendamente atractivo... no es de extrañar que sea uno de los cuatro *Guerreros Calientes*, los jugadores más cotizados y deseados de la Universidad de Georgetown.

Ha perdido a alguien importante y su objetivo es convertirse en jugador profesional, tal y como habían planeado.

Él es todo lo que ella quiere evitar, pero cuanto más intenta resistirse, más se ve atrapada en los encantos del *sarcástico y engreído* veterano.

Ella solo quiere pasar cada día, esperando que sus traumas permanezcan en el pasado.

Él vive rodeado de gente, pero nunca se ha sentido tan solo.

.

Ella está huyendo del pasado.

Él no quiere nada que interfiera en su rendimiento dentro del campo.

No sabían que se necesitaban tanto el uno al otro hasta que se encontraron.

Ya no están... solos.

El destino los hizo encontrarse, pero ¿será suficiente para mantenerlos juntos?



DIFERENCIA DE EDAD + PADRE SOLTERO + ROMANCE LENTO + BOMBERO MALHUMORADO + CHICA INOCENTE + SEXY

Carlos Eduardo Moreira de Carvalho, o simplemente Cadu, vive para su hija, Manuela, y para su trabajo en la 21.ª brigada del cuerpo de bomberos de Sorocaba.

A sus 39 años, no busca relaciones.

Cuando quiere, busca mujeres maduras, con los mismos intereses que él: un buen polvo y nada más.

.

Laura Alves Godoi tiene 24 años y ha vivido prácticamente toda su vida recluida, por motivos de salud.

Ahora que está curada, lo que más quiere es vivir cada día con intensidad.

Un proyecto de fin de carrera y una acción solidaria los pondrá a los dos cara a cara:

Una sesión de fotos: un calendario con el cuerpo de bomberos más sexy de la región.

Debería ser sencillo: unas fotos y recaudar fondos para la unidad de quemados del hospital regional, pero la realidad es otra.

Él quiere resistirse, ella quiere vivir.

Se suponía que solo iba a ser sexo, pero las cosas no siempre salen como queremos.

¡Y más aún cuando está escrito en nuestro destino!

Al fin y al cabo, ¿qué es el destino?



NUEVO ADULTO + De amigos a amantes + Haras

Ana Clara Telles *tiene 19 años y acaba de terminar la secundaria.*

Su padre quiere que estudie derecho, pero ella odia la idea con todas sus fuerzas.

Negocia seis meses de descanso...

Destino: la granja de su abuelo, un haras en el interior de São Paulo.

Siempre ha sido su lugar favorito.

Fue allí donde conoció a su mejor amigo... Joaquim.

En realidad, su EX MEJOR AMIGO...

Él dijo «amigos para siempre», ¡pero mintió!

.

Joaquim Alberto Lopes Saraiva *tiene 23 años.*

No tuvo una infancia fácil.

Su vida dio un vuelco de la noche a la mañana.

Encontró en la granja un nuevo hogar, una nueva familia y a su mejor amiga...

Al menos eso creía, pero ella se marchó y él se quedó SOLO, otra vez.

.

Después de seis años, ella va a volver al lugar del que nunca quiso marcharse.

Va en busca de respuestas, de encontrar su camino.

Ya no es una niña...

Pero mentiría si dijera que tu corazón no se acelera solo con la idea de volver a verte.

¿Puede una amistad permanecer después de una larga distancia?

Su corazón de niña siempre fue de él, pero eso es pasado o debería serlo...

Se trata de la amistad...

Se trata del reencuentro...

Se trata de descubrimientos y elecciones.

Se trata de no estar más solo.

Se trata del AMOR...

---

[1] Protagonista del libro 2 —trilogía Zampieri—: VINCENZO: Bajo la protección del subjefe —Cecília Turner—. Disponible en Amazon y Kindle Unlimited.

[2] Protagonista del libro 3 —trilogía Zampieri—: CHIARA: Bajo la obsesión del consigliere —Cecília Turner—. Disponible en Amazon y Kindle Unlimited.

[3] Significa «He fallado como padre, pero no os fallaré a vosotros, nunca más».

[4] Protagonista del libro 1 —Trilogía Zampieri— MATTEO: Bajo el dominio del mafioso —Cecília Turner— Disponible en Amazon y Kindle Unlimited.

[5] «Cretino» en italiano.

[6] Mi bella bruja en italiano.

[7] El ciambellone es un pastel tradicional italiano, con una masa esponjosa y ligera, ideal para el desayuno o la merienda. El nombre significa «rosca grande» y hace referencia a su forma característica, horneado en un molde con un agujero en el centro.

[8]

[9] Puente medieval en arco sobre el río Arno, en Florencia, famoso por tener tiendas (sobre todo orfebrerías y joyerías) a lo largo de toda su extensión.

[10] Equivalente a «Cumpleaños feliz» en italiano.